

Pintura y tiempo

Por Juan José Martín González

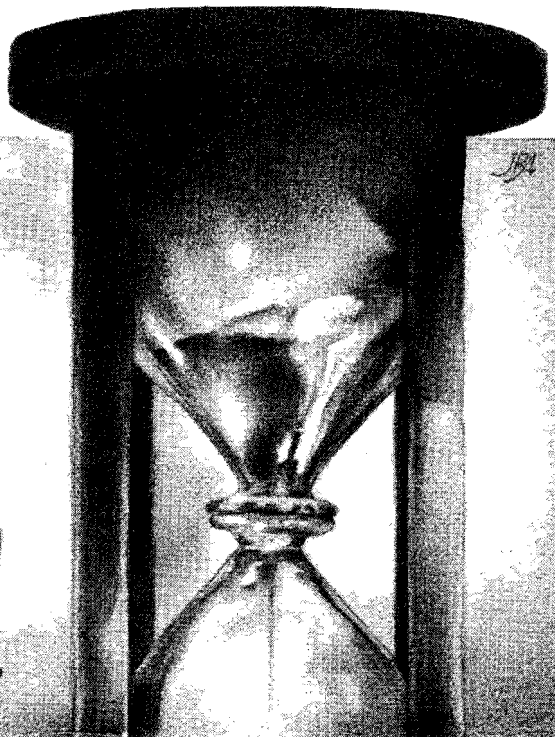
Juan José Martín González (Alcazarquivir, Marruecos, 1923) es profesor emérito de la Universidad de Valladolid, donde ha dirigido el Departamento de Historia del Arte. Es miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Entre sus obras más conocidas se hallan El artista en la sociedad española del siglo XVII y Escultura barroca en España.

Es un hecho comprobado que la *Gioconda* de Leonardo atrae preferentemente a los visitantes del Museo del Louvre, que se disputan el sitio para contemplarla. Algo más que la letra impresa y la fama del autor median en el atractivo. Pese a su sencilla composición, la vista queda engarzada ante el lienzo, comprometiendo al espectador. Si el verdadero sentido de una obra de arte radica en establecer un diálogo con el público, en el caso de la pintura de referencia es la perdurabilidad lo que le singulariza. Está al otro lado de la frontera del tiempo; es una obra «infinitamente perdurable».

En 1958 se publicaba en Madrid el libro de Camón Aznar *El tiempo en el arte*, con segunda edición en 1972. Dudo que se haya hecho el aprecio que la obra se merece. Dadas las inclinaciones del autor, el planteamiento se mantiene en un entendimiento de estética y filosofía. Ya en el preámbulo manifestaba que aunque pareciera inverosímil, «no se había estudiado la obra de arte desde su costado temporal». En el capítulo dedicado al tiempo en Kant, recordaba que para este filósofo el alma del hombre estaba encadenada por las nociones del tiempo y del espacio. Y en la dialéctica de Kant, tiempo y espacio están absolutamente imbricados, son inaislables. «Espacio-tiempo es como el cuenco del alma donde pueden intuirse y desarrollarse todos los fenómenos.»

Según todas las opiniones, la creación del espacio es la principal ocupación de la pintura. Ya dice bastante la importancia que en ella ha poseído la perspectiva. Otras artes, como la música y la cinematografía, se expresan forzadamente a través del tiempo. Pero las artes intercambian sus programas. El *Laoconte* es a la vez una escultura y un poema; necesariamente se manifiesta en el tiempo, como toda narración.

Aunque el tiempo es una coordenada que afecta a todas las artes, sin duda donde mejor pueda valorarse es en la pintura. Ya se



JUAN RAMON ALONSO

anunciaba en la obra de Umberto Eco *Il tempo nell'arte*, que vio la luz en Milán, en 1985. Este autor y Omar Calabrese han publicado en 1987 su libro *El tiempo en la pintura*, simultáneamente aparecido en las lenguas italiana y española. El libro se acoge a la colección «Idea», destinada a enseñar a ver, cosa que con tanta fruición como eficacia han cultivado los italianos.

El objetivo de los autores es claramente el que anuncia el título, pero no dejan de reconocer que sus problemas están relacionados con los del espacio, y es gracias a consideraciones espaciales como se protagonizan acciones temporales. Si se desea argumentar un ejemplo donde una pintura acomete a la vez un programa espacial y temporal, nada más a propósito que el lienzo de William Turner *Lluvia, vapor y velocidad* (1844). Los valores plásticos que corresponden a la lluvia y al vapor son los de indefinición visual, que se adecuan perfectamente a la noción temporal de la locomotora que se lanza rauda hacia adelante.

La noción del tiempo en la pintura es susceptible de clasificarse en diferentes apartados, según el autor que la haya producido, el contenido que encierre y la interpelación que lance al público que la ha de contemplar.

Contar una historia, breve o larga, es lo que suele hacer una pintura. El tiempo se compone de pasado, presente y futuro. El artista los combina; a veces los empareja en función

de objetivos religiosos, literarios o filosóficos. Pero existe un «orden de lectura», que el espectador se ha de cuidar de descubrir. A veces este orden es laberíntico y entretenido, sin perjuicio del propio significado religioso. Así planteó el relato de la pasión de Cristo Hans Memling (Turín, Galería Sabauda). De la forma más ingeniosa distribuyó los diferentes episodios de la pasión de Cristo en el ámbito de una ciudad, evitando la monotonía de una narración lineal y continua. Lo curioso del caso es que respetó la funcionalidad de la ciudad, si bien acomodando los acontecimientos al tiempo histórico del siglo XV. En definitiva, un paciente lector de los Evangelios puede ir siguiendo gráficamente lo que refieren.

Pero los grandes ciclos de la pintura mural del arte cristiano medieval ofrecen una lectura fácil, por lo general atendida a los hábitos de la lectura de textos, de arriba abajo y de izquierda a derecha. El tiempo abarcado depende del número de pinturas incluidas, siempre en relación con el contenido del texto. Así se «leen» las pinturas de muros y bóvedas de los templos románicos y góticos. Y el contemplador tendrá que moverse, acercando su vista a los temas, de igual manera que pasa las páginas de un libro o de un códice ilustrado con miniaturas. El tiempo de la narración está patente; pero durará más o menos en función del interés que ponga el observador. Los frescos de Giotto en la basílica de San Francisco de Asís suponen una buena muestra. Los retablos españoles del Renacimiento, de pintura y escultura, son repertorios de historias, dispuestos en cuerpos y calles, con arreglo a un orden de lectura que, aunque con variantes, responde asimismo a un sistema de libro.

Otro es el caso de la pintura que incluye varias escenas en relación con la que se ofrece en primer término y que marca el rumbo de la interpretación. Fue el sistema que se prefirió en la Edad Media, no sólo porque ahorra realizar otras pinturas, sino porque indicaba una dependencia conducente a una clave o lección. El recorrido visual suponía una inversión de tiempo necesaria para alcanzar

la interpretación. Con el tiempo, una escena separada con su marco («el cuadro en el cuadro») representaría un juego alambicado en la trama de lo simbólico. El pintor utiliza el espacio creado para situar las otras escenas, siendo esto un elemento que valora su originalidad. El lienzo de *San Mauricio*, del Greco, constituye un testimonio. Grandes maestros, como Van Eyck, conjuntaron las pinturas de todo un retablo integrándolas en una unidad de perspectiva (el políptico de Gante). El efecto producido es el de simultaneidad, que permite reunir dos o tres tiempos que conducen a un final venturoso. *El Tributo al César*, de Massacio, se suele explicar incompleto, fijando la atención en el grupo central, donde más relevantes aparecen los valores plásticos; pero es necesario observar los temas laterales, de San Pedro extrayendo la moneda de la boca del pez y del recaudador recibiendo la moneda.

La parábola de Cristo se completa con estas dos escenas.

La duración

Intemporal y efímero son las formas extremas de manifestarse el tiempo. La pintura ha efectuado un completo viaje de una a otra postura. La misma experiencia indica que el movimiento es un adecuado detector del tiempo. El cómo y el cuánto del movimiento es ya una medida del tiempo. El pintor escoge justo el instante de la acción. En una escena de decapitación, la espada puede estar tocando el cuello o separando ya totalmente la cabeza. Caravaggio representó a *Judit decapitando a Holofernes* (Roma, Galería Nacional de Arte Antiguo) en el momento en que la espada se halla a la mitad de su cruento recorrido; ese fragmento de tiempo seleccionado es decisivo en el desarrollo patético del tema. En otro orden de cosas, aflora la emoción en el cuadro de la *Muchacha leyendo una carta*, de Vermeer (Dresde, Gemäldegalerie), ya que se advierte que la protagonista ha ido pasando los ojos por la carta que lleva en las manos, deteniendo la lectura en un pasaje que le ha conmovido.

Se admira la rapidez con que se mueve la rueda de la máquina de hilar en las *Hilanderas* de Velázquez. Aparte de la habilidad que ello suponía en el arte del pintor, diríase que esta máquina es el diapason del movimiento, pues éste se transmite a todas las figuras, con mayor o menor intensidad; acredita la mayor sagacidad la observación del movimiento de la mano izquierda de la mujer que está en la devanadera, sorprendida en rápida agitación, que hace que los dedos se vean borrosos.

La «naturaleza muerta» indica que el tiempo se ha detenido; el movimiento ha cesado. Hay toda una filosofía del objeto, y en rigor, pese a la inmovilidad, algo vive (de ahí la expresión inglesa «still life»), aunque sea hacia atrás.

El reloj acompaña al pintor. Las escenas suceden en un momento determinado del día; el recorrido del sol va a ser el gran expediente para expresarlo. El artista en todo caso no

En este número

Artículos de

Juan José Martín González	1-2	Francisco Tomás y Valiente	8-9
Miguel Artola	3	Emilio Lledó	10-11
Antonio Domínguez Ortiz	4-5	José Ferrater Mora	12
Gonzalo Sobejano	6-7		

SUMARIO en página 2





Pintura y tiempo

buscará una precisión científica; pues ha de ser la emoción del momento o la necesidad de conformar la representación a la temática.

Desde el amanecer a la puesta del sol, todos los momentos han sido representados. Y se conquistó la noche: la luna, la candela encendida, la luz eléctrica al fin, no sólo rasgaron las tinieblas, sino que crearon el hilo conductor de la expresión pictórica.

La aurora ofrece los primeros resplandores, necesarios en una escena que comienza, como puede ser la caza o una aventura amorosa. La luz del amanecer es rápida y tornadiza. El sol se dibuja con nitidez. Con la mayor presteza sorprendía Monet el amanecer el año 1872, fijándolo en el cuadro que bautizó al Impresionismo.

El siglo XVII realizó prodigiosos avances en esta fijación del «tiempo cronológico». En dos cuadritos que pintó Velázquez durante su estancia en Roma, en Villa Médicis, el paisaje está valorado especialmente por el momento escogido. No es casualidad que familiarmente se denominen *Mediodía* y *La tarde*. En el primero caen verticalmente los rayos solares, que perforan los árboles; en el ambiente se percibe calor. Por el contrario, los rayos caen tibios en el cuadro de *La tarde*.

La hora del mediodía prepondera en las vistas de la ciudad de Venecia. Una pintura con pretensiones turísticas ha de dejar los testimonios de máxima vistosidad. La utilización de la cámara óptica en la realización de las pinturas exigía escoger las horas centrales del día en que la visibilidad era mayor.

El atardecer va unido al cierre de la jornada. Los estilos van empleando la puesta de sol en función de su estética. En el siglo XVII viene a ser una escena de costumbres (Rubens, *El regreso del trabajo*). Los crepúsculos de Claudio de Lorena, no obstante, buscan ya la emoción de la naturaleza y entregan a la luz el protagonismo del cuadro. El siglo XVIII se desentendió de la luz en el paisaje y hasta la llegada del Romanticismo no adquirió el carácter melancólico que advertimos en los cuadros de Friedrich.

Entrar en la noche supuso una aventura. Los comienzos vinieron de la mano del tema: Nochebuena. La revolución de Caravaggio necesitó a la noche para la estructuración plás-

tica y emocional de los cuadros. En la noche sumió Goya el cuadro de los *Fusilamientos de la Moncloa*. Para hacer más patética la escena, recurrió a la única fuente de luz que proporciona el farol. Pero realmente, ¿qué horas es? Lo advierten los autores: el alba. Comienza a clarear. Es el momento espeluznante escogido para las ejecuciones.

El siglo XIX reservó otras modalidades temporales para la pintura. Es a la vez un siglo laboral y de ocio; de obrerismo y de burguesía. La hora del trabajo y la hora de la desocupación, el relajamiento. Así despertó la pintura impresionista, siguiendo al sol desde el alba a la puesta, observando los matices que sus rayos dejaban por segundos en la catedral de Rouen; acudiendo a los bailes, cabarets; entrando en los camerinos y observando a la muchacha en la intimidad del tocador. Cualquier lugar y cualquier momento eran materia pictórica. Es el tiempo impresionista; una capitalización del tiempo.

Tiempo para el pintor

Aunque la pintura sea objeto de un encargo, el artista no renuncia a manifestar con su autoría el tiempo que le ha ocupado. El tiempo le pertenece. Sin duda el firmar sea a la vez un testimonio de ello. Jan Van Eyck firma en el retrato del *Matrimonio Arnolfini* «aquí estuve», y para que no dudemos del lugar (la alcoba conyugal) el espejo refleja la habitación en sentido contrario, representando a un personaje que puede ser él mismo. Existe la doble referencia al espacio y al tiempo. Como signo de propiedad intelectual, el pintor progresivamente va introduciendo en la firma su propia caligrafía, con lo que el cuadro adopta la forma jurídica de un documento. Durero puntualiza en el cuadro de *La fiesta del Rosario* que la obra le ha ocupado cinco meses.

Pero el tiempo del pintor se revela especialmente cuando se entrega a su autorretrato. El de Durero firmado y fechado en 1500 de la Pinacoteca Antigua de Munich ofrece reflejada en los ojos la habitación donde fue pintado el cuadro. Imagen, tiempo y lugar, todo es de Durero.

Rembrandt tuvo un exacerbado sentido de la propiedad de su tiempo. Nadie ha hecho de sí tantos retratos. El autorretrato se hace ante un espejo y es como un espejo. Rembrandt estudiaba su faz y su espíritu, que pasaban seguidamente al lienzo. ¿Cuánta vida del pintor hay acopiada en esta larga serie de retratos? Desde la juventud a la ancianidad, los retratos atesoran el inexorable paso del tiempo por su rostro.

La pintura tiene en el público el ulterior destinatario. Una vez ejecutada, la pintura es ya del observador. Hay, por lo tanto, otro tiempo para el contemplador. Pero es mérito del pintor prever el acceso de la curiosidad. Existen recursos para evitar la distracción. Desde el cuadro se urden procedimientos que atraigan la mirada de los de fuera. El lienzo hace prosélitos entre el público. Pintores y escultores usaron desde el Renacimiento figuras dentro de la representación que se ausentan de la acción precisamente para indicar al contemplador lo que está sucediendo. Es característico de estos personajes mirar hacia afuera y señalar con la mano. Tal es lo que hacen José de Arimatea en el *Entierro de Cristo*, de Juni (Valladolid, Museo Nacional de Escultura), y Jorge Manuel en el *Entierro del Conde de Orgaz*, del Greco. ¿Y no es acaso Velázquez quien en *Las Meninas* nos llama la atención acerca de lo que está pintando? Imposible medir el tiempo que invertimos cada vez que accedemos al Museo del Prado, sumidos en la magia creadora del pintor. Mayormente cuanto que este personaje constituye la clave de un enredo conceptual (barroco, por tanto) que

ha movilizó la pluma de incontables escritores. Nunca un pintor ha conquistado mayor botín de tiempo de sus admiradores.

La construcción del espacio es a la vez manantial que nutre al tiempo. Como en filosofía, tiempo y espacio resultan inseparables. No hay sino ver el entrelazamiento de miradas dentro de un cuadro, o el entendimiento de las manos. El mentado *Entierro del Conde de Orgaz* era para el doctor Marañón una sinfonía de miradas y manos; en la asamblea no faltan ni el rostro del pintor ni la figura de su hijo. El contemplador pide un asiento y queda solo, durante horas, entregado al placer de ver.

El tiempo en las otras artes

Hay libros cerrados y libros abiertos; el de Eco y Calabrese pertenece al último grupo. Creo que el primer deseo de quien se acerca a una pintura es el de que le enseñen a ver. La historia del arte es materia exigente y fatigosa. Pero no debe estar vedada para quienes generosamente se aproximan al banquete. Se ha abierto una nueva ventana para contemplar el escenario de la pintura; lo que se divisa ofrece encanto, divertimento y fantasía.

La pintura siempre encuentra valedores, y con este libro sale favorecida. Pero pienso en ese otro tiempo de las Pirámides, del *Laoconte*, del *David* de Miguel Ángel. Otros son los recursos para estimar el tiempo, pero las obras están ahí, como relojes eternos. □

RESUMEN

El profesor Martín González trae a estas páginas un texto de Umberto Eco y Omar Calabrese, en el que los autores ofrecen una sugestiva lectura del arte pictórico basada en la medida del tiempo. Es ésta una situación

necesaria para la debida comprensión de este arte, hasta el punto de que en muchas obras constituye la clave interpretativa. A su juicio es un libro de profundo contenido y a la vez de amplio consumo intelectual.

Umberto Eco y Omar Calabrese

El tiempo en la pintura

Mondadori, Madrid, 1987. 254 páginas. 8.500 pesetas.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER *Leer*

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	<i>Págs.</i>
«Pintura y tiempo», por Juan José Martín González, sobre el libro <i>El tiempo en la pintura</i> , de Umberto Eco y Omar Calabrese	1-2
«Sobre la guerra», por Miguel Artola, sobre el libro <i>The military revolution. Military innovation and the rise of the West, 1500-1800</i> , de Geoffrey Parker	3
«Los estudios inquisitoriales, al día», por Antonio Domínguez Ortiz, sobre el libro <i>L'Inquisition</i> , de Jean-Pierre Dedieu	4-5
«Todos los miedos, el miedo», por Gonzalo Sobejano, sobre el libro <i>377A, madera de héroe</i> , de Miguel Delibes	6-7
«El sistema europeo de constitucionalidad», por Francisco Tomás y Valiente, sobre el libro <i>La formación del sistema europeo de control de constitucionalidad</i> , de Pedro Cruz Villalón	8-9
«Acerca del sentido de la Filosofía», por Emilio Lledó, sobre el libro <i>Filosofía '87</i> , de Gianni Vattimo (ed.)	10-11
«La flecha del tiempo», por José Ferrater Mora, sobre el libro <i>A Brief History of Time: From the Bing Bang to Black Holes</i> , de Stephen W. Hawking	12

Sobre la guerra

Por Miguel Artola

Miguel Artola (San Sebastián, 1923) es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Madrid. Es académico numerario de Historia y presidente del Instituto de España. Entre sus obras pueden citarse *La burguesía revolucionaria*, *Los orígenes de la España contemporánea* y *Antiguo régimen y revolución liberal*.

No es fácil exagerar la importancia de la guerra si se piensa que, entre otros muchos efectos, el diseño de las fronteras es el resultado de conflictos bélicos más o menos remotos. El estudio de la guerra es un tema que requiere ciertas condiciones: la catalogación y libre acceso a los archivos y la disociación entre los intereses presentes y el estudio del pasado. Los países que ofrecen mayores posibilidades en ambas cuestiones cuentan con la historia militar más avanzada.

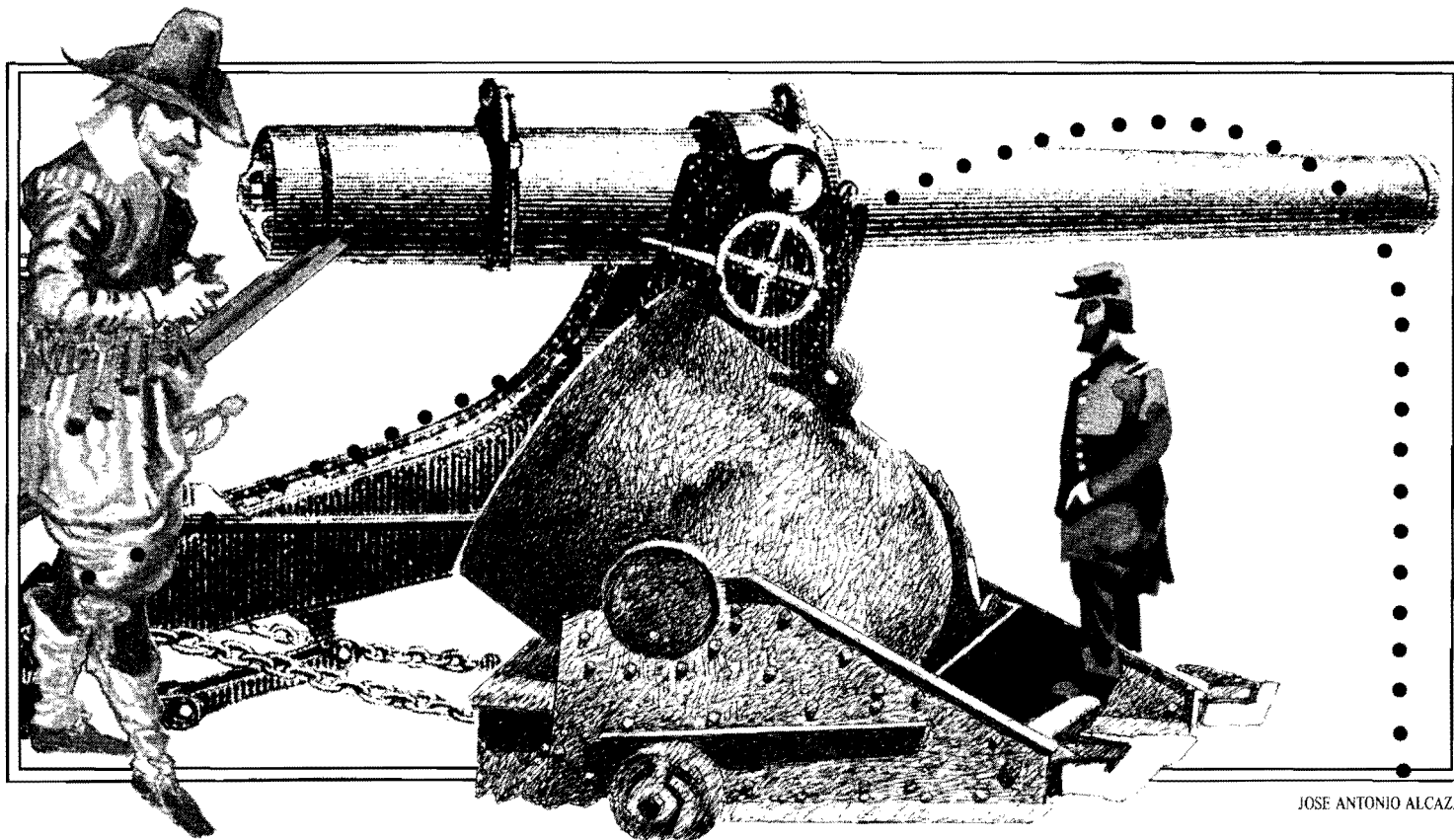
La aplicación de la pólvora a la fabricación de armas fue un descubrimiento revolucionario, que cambió por completo la forma de hacer la guerra y dio a los países que fabricaron las mejores armas la hegemonía planetaria, o al menos una posición de primer lugar frente a los que disponían de armas semejantes. Podría hablarse de revolución si no fuera por la lentitud del desarrollo de las nuevas armas y su forma de empleo.

La utilización de la fuerza propulsiva obtenida por la explosión de la pólvora dio origen a dos tipos de armas. El «cañón» lanzaba bolas de piedra o hierro y requería para su manejo de un sistema propio de transporte y de una dotación compuesta por varios hombres, entrenados para su manejo. El «mosquete», que aparece un siglo después, es un arma personal con una capacidad limitada de fuego por la cantidad de movimientos necesarios para su carga. Ninguno de los dos ofrecía gran precisión después de un cierto número de disparos, pero aun así su superioridad frente a las armas y las defensas hasta entonces empleadas fue decisiva. La caballería pesada, vencida por los arqueros británicos en Crécy (1378) y un siglo después por los piqueros suizos, había perdido su capacidad de decidir el combate antes de que apareciesen las armas de fuego. La defensa que habían proporcionado las fortalezas y castillos de trazado poligonal, muros altos y de poca profundidad, descubrió su debilidad ante los elementales cañones del siglo XV, que pudieron abrir brecha en ellos sin dificultad.

Ataque y defensa

La constante relación dialéctica entre el arma y la armadura, el ataque y la defensa, conoció en las campañas de Italia un cambio que se llegó a pensar como definitivo en favor del primero. Nada, ni hombres ni murallas, se resistía al impacto de la artillería, y los más acreditados tratadistas, como Maquiavelo, pensaron en el fin de una época al decir: «No hay muralla por fuerte que sea que la artillería no pueda derribar en pocos días.» Al mismo tiempo que se negaba toda posible defensa ante la nueva arma, la arquitectura militar se adaptaba a las circunstancias y se levantaban las primeras fortalezas modernas, de muros más bajos y gruesos, con un trazado «a la italiana», en el que la forma poligonal se refuerza con la aparición de bastiones en las esquinas y otras obras del mismo carácter que dificultan la aproximación de los cañones y el asalto de la infantería.

El coste de las nuevas fortificaciones era muy superior al de las hasta entonces conocidas, de modo que sólo pudieron ser levantadas por los estados y ciudades con mayores recursos y necesidad. Las ciudades de los Países Bajos fueron las primeras en adoptar la nueva traza para proteger recintos que incluían en su interior el casco entero de la población.



JOSE ANTONIO ALCAZAR

Aprovecharon las posibilidades del medio para reforzar las obras de defensa con la creación de fosos al rodear las murallas con canales, que sólo podían vadearse mediante puentes sólidamente fortificados. Francia, Alemania e Italia vieron multiplicarse las obras defensivas de este tipo, que en el resto de Europa se reservaron para proteger posiciones claves como Viena o Belgrado, en tanto el Kremlin conserva hasta hoy su viejo trazado.

Guerra de sitios

La batalla dejó de proporcionar la victoria en la medida en que el ejército enemigo conservaba sus posiciones. El triunfo requería la reducción sucesiva de las fortalezas y ciudades, razón por la que la guerra de sitios pasó a ocupar el primer plano, una guerra en la que el factor decisivo reside en la posibilidad de reducir por hambre a las poblaciones asediadas, rechazando todos los intentos para acudir en apoyo de los sitiados. Las grandes batallas se libraron entre ejércitos que en última instancia trataban de mantener o levantar el sitio de una plaza. La mayor parte de los hombres de los nuevos ejércitos fueron armados con mosquetes y su eficacia dependió de la frecuencia de los disparos. El principal cambio se produjo cuando a fines del siglo XVI los holandeses descubrieron la posibilidad de disparar de forma continuada, al hacer retroceder a los hombres que acababan de disparar, para que los de las filas siguientes disparasen en tanto procedían a rearmar sus mosquetes. A partir de este momento las operaciones necesarias para cargar y las maniobras de despliegue se convirtieron en materia central de la instrucción militar, que buscará un comportamiento mecánico en los soldados.

La incorporación del cañón a los barcos tuvo efectos distintos de acuerdo con el tipo de éstos. Los que carecían de cubierta, como las galeras, fueron competitivos en tanto la artillería embarcada no pasó de un cierto número de cañones. Cuando los buques con cubierta, como las carabelas y galeones, abrieron sus flancos para alojar una y más filas de cañones, el desnivel fue definitivo. En el siglo XVII las guerras angloholandesas dieron origen a un buque especializado para el combate naval y se creó una nueva táctica, que siguió aplicándose hasta Trafalgar. El «buque de línea», con dos y tres puentes, recibe su nombre porque se emplea en formaciones lineales, que se mueven una al lado de la otra hasta conseguir

desbarbolar al mayor número de los buques enemigos.

El empleo de la artillería, tanto en tierra como en mar, dio a las potencias europeas una superioridad indiscutible frente a los pueblos que encontraron más allá de sus fronteras, en América, Siberia o en el sudeste asiático. La independencia de los estados periféricos dependió de la negociación de condiciones favorables a los europeos o, en su caso, de la adopción del sistema militar occidental. India, China y Japón son ejemplos de la primera opción, en tanto Rusia ilustra el caso del país que accede a la condición de gran potencia por la vía de la modernización, mientras Turquía demostró, en el sitio de Viena de 1683, qué consecuencias se seguían de equivocarse en el calibre de los cañones, en la dirección de las operaciones de sitio, etc. Las limitaciones del ejército austriaco es lo único que permitió la supervivencia del Imperio.

Doctrina militar

Geoffrey Parker, autor de diversas obras sobre la España del siglo XVI, ha dedicado una atención preferente a los problemas militares derivados de la rebelión de los Países Bajos. Con ocasión de realizar un curso en Cambridge, gracias a una de tantas fundaciones que enriquecen la vida universitaria anglosajona, tuvo la ocasión de preparar una notable síntesis, sólidamente documentada, sobre la innovación militar y la hegemonía europea entre 1500 y 1800, con un título, *The military revolution*, en el que hay una cierta concesión a la sugestión del título. El tratamiento de las cuestiones en ocasiones nos deja con el deseo de un análisis más sistemático de ciertos temas, como ocurre con los problemas logísticos, con la organización e instrucción militar y con todo lo que toca con la doctrina militar y sus tratadistas.

RESUMEN

La historia militar constituye un capítulo de especial importancia en la historia. El estudio de los conflictos del pasado es un elemento esencial para la comprensión de la historia. Parker, acreditado especialista en cuestiones militares de los siglos XVI y XVII, ha

A pesar de su excelente conocimiento de nuestra historia, las grandes opciones estratégicas de la corona española en el mar y en América han sido olvidadas a pesar de su indudable interés en la historia militar. Antes de que finalizase el siglo XVI, la Corona española aceptó la pérdida de la hegemonía en el Atlántico. De esta decisión primera proceden otras dos, que caracterizan la política española de los Austrias e incluso la de los primeros Borbones. La primera es la invención del «convoy», que proporciona una muy razonable seguridad de transporte marítimo cuando no se puede evitar la presencia de buques enemigos. La concentración de los buques mercantes en una única expedición anual se justifica por la seguridad que proporciona. La eventualidad de tropezar con la flota de Indias en medio del Atlántico era prácticamente nula, y para el caso de que un corsario lo hiciese el convoy iba protegido por dos buques de guerra. En las cercanías de los puntos de partida y llegada la posibilidad se vuelve cierta, razón por la que se arman dos flotas destinadas a escoltar a los mercantes en estos momentos. La eficacia del sistema se comprobó en el corto número de pérdidas. Cuando en la primera y segunda guerras mundiales la navegación atlántica se encontró con la amenaza de los submarinos, los anglosajones no hicieron más que adaptar la fórmula española. La defensa del continente americano, una vez aceptada la presencia de buques enemigos en sus aguas, quedó confiada a fortalezas de traza italiana, que constituyeron la base de una «defensa activa» que, a pesar de derrotas ocasionales, funcionaría con suficiente eficacia para mantener la integridad de los dominios americanos y asiáticos hasta la guerra de emancipación. Al margen de la monumentalidad de las defensas existe una concepción estratégica que bien merece un estudio más detallado del que hoy disponemos. □

escrito una síntesis de ágil lectura que permite una fácil introducción a estas cuestiones. Ciertos puntos, de especial interés para la historia de España, son comentados por Miguel Artola al hilo de las reflexiones que sugiere la obra de Parker.

Geoffrey Parker

The military revolution. Military innovation and the rise of the West, 1500-1800

Cambridge University Press, 1988. 234 páginas.

Los estudios inquisitoriales, al día

Por Antonio Domínguez Ortiz

Antonio Domínguez Ortiz (Sevilla, 1909) ejerció la docencia hasta su jubilación en 1979. Es académico de la de Historia, doctor «honoris causa» por varias universidades, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1982) y Premio Menéndez Pidal (1986). Su amplia bibliografía se ha centrado en Sevilla, Andalucía y la España de la Edad Moderna.

Tradicionalmente los extranjeros asocian a los españoles con dos estereotipos: el torero y el inquisidor. Recuerdo que en mi primer viaje a Nueva York el taxista que me recogió, en cuanto supo que era español, puso el disco de la Inquisición, causante de nuestro retraso, etc., etc. Por fortuna, otros extranjeros se han interesado por la Inquisición española por motivos y con criterios más científicos. Al comenzar este siglo, Henry C. Lea, notable investigador sin problemas económicos, realizó la misma hazaña que medio siglo antes otro historiador norteamericano: rehacer una parcela de nuestra historia, a la luz de documentos originales, sin haber puesto nunca los pies en España. Por la misma fecha, un profesor alemán, Ernesto Schaefer, escribió un tratado magistral sobre los protestantes españoles del siglo XVI ante la Inquisición. Ni uno ni otro consiguieron ver traducidas sus obras; la de Lea lo ha sido hace pocos años con gran provecho de los que cultivan estos estudios. La de Schaefer nunca lo ha sido; quizás le perjudicó su estilo nada brillante, su detallismo. Lector de alemán en la Universidad de Sevilla, derivó hacia el americanismo y nos ha dejado una buena monografía sobre el Consejo de Indias. En los tiempos de la guerra me dijo que le habían comisionado (quizás la Staatsbibliothek de Berlín) para que les enviara libros proscritos en España, que se suponía habían de hacerse muy raros. Lo notable del caso es que por aquel mismo tiempo en Alemania también estaban quemando libros...

Años más tarde, los historiadores extranjeros volvieron a interesarse por el tema inquisitorial; algunos han producido obras de síntesis que gozan de merecida fama; otros se mantienen en el dominio de las monografías, de los estudios concretos. Jean-Pierre Dedieu estaba catalogado en esta segunda categoría. Huésped durante varios años de la madrileña Casa de Velázquez, fue el más puntual, el más asiduo lector de cuantos libros y legajos hacían referencia a la actividad del tribunal de la Inquisición de Toledo en el Archivo Histórico Nacional. Fruto de aquella labor será la tesis titulada *L'administration de la Foi. L'Inquisition de Tolède et les vieux chrétiens. Siècles XVI-XVII*. No abarcará, como puede apreciarse, la totalidad del tema; las competencias de la Inquisición eran muy variadas y sus comportamientos cambiaron bastante a lo largo de tres siglos y cuarto de existencia. El tribunal de Toledo es de los pocos que han conservado en amplia medida sus propios fondos; para otros tribunales, los andaluces por ejemplo, hay que acudir a la documentación de la Inquisición Suprema, y aunque, como organismo muy centralizado, ello es suficiente para darnos una visión global, nada reemplaza las minuciosas «inquisiciones» (pesquisas, averiguaciones) que se contienen en los procesos originales. Estos procesos solamente algunos tribunales (Toledo entre ellos) los han conservado más o menos íntegros. Son documentos de un valor humano insuperable, porque el procesado, sometido a una refinada técnica que combinaba las palabras de misericordia con el aislamiento y, en caso de resistencia, con la tortura, acababa por revelar los más profundos repliegues de su alma.

En el siglo XVI, casi agotado ya el filón de los judaizantes, que había sido el más fructífero, el primordial motivo de existencia de la Inquisición, ésta dirigió su mirada hacia otras posibles víctimas para justificar su exis-

tencia: ante todo, los moriscos; después, y en número creciente, los cristianos viejos incurridos en una serie de delitos que casi siempre eran de costumbres pero que por medio de sutilezas teológicas se convirtieron en delitos contra la fe, por consiguiente, capaces de caer bajo la jurisdicción del Santo Oficio. La bigamia, por ejemplo. El bigamo, con su actuación, ¿no daba a entender que no creía en la santidad del matrimonio y su origen divino? El Poder Civil aprovechó esta capacidad silogística del Santo Oficio y le entregó algunos huesos duros de roer; por ejemplo, en un momento en que el Gobierno estaba muy preocupado por las acuñaciones falsas, hizo «caso de Inquisición» la falsificación de moneda. Un caso, entre muchos, demostrativo de cómo fue manipulada la Inquisición por el Poder Real.

Inquisición «moderna»

Mientras nos llega su tesis, el profesor Dedieu nos ofrece un producto mucho más susceptible de interesar al gran público: un tomito de apenas 130 páginas que lleva este título escueto: *L'Inquisition*. Pues no se trata sólo de la Inquisición española, creada, o más bien renovada, a instancias de los Reyes Católicos, sino del fenómeno inquisitorial en general, aunque la Inquisición «moderna» tal como funcionó en España desde fines del siglo XV a comienzos del XIX se lleve, lógicamente, la parte del león. La apuesta era difícil; el autor la ha superado gracias a una juiciosa selección de temas, excluyendo todo lo que no sea de interés esencial, y al empleo de un estilo claro y conciso. Es imposible decir más en menos palabras. Aun los que llevan largos años dedicados a estos estudios encontrarán aquí materia para meditar e incluso para aprender; no en balde es el extracto, muy concentrado, de muchos años de reflexiones sobre cuestiones que ofrecen ancho campo a la discusión y a la duda.

Un capítulo preliminar nos introduce en los orígenes del Santo Oficio (siglos XI-XIII). En aquellos tiempos, y hasta los finales del

Antiguo Régimen, se admitía como incontrovertible un principio sin el cual la idea misma de la Inquisición no podía surgir: la estrecha unión entre poder espiritual y poder temporal. Gracias a este principio, los herejes podían ser castigados con penas no sólo espirituales sino temporales. La herejía no era sólo pecado sino delito, y era obligación del soberano castigarla.

En el capítulo segundo se delinea la Inquisición medieval como institución ya fuertemente organizada y con muchas de las características que había de conservar en el futuro. Su centro, Francia; más concretamente las tierras meridionales de Francia, que contemplaron el auge de la herejía albigense y la feroz represión. En fechas más tardías los tribunales inquisitoriales se extendieron a Italia y España.

Con el capítulo tercero entramos en el meollo de la cuestión. En Italia, en Portugal, en España y sus Indias la decadente Inquisición medieval es sustituida por otra de métodos renovados y de terrible eficacia, a veces luchando contra fuertes resistencias: Venecia, Milán y Nápoles no la admitieron. En España misma, los Reyes Católicos tuvieron que emplear toda su autoridad para vencer los recelos que el aire absolutista del temible Tribunal suscitaba en los países forales, sobre todo en Aragón. ¿Hay que concluir que la Inquisición era impopular? La respuesta no puede pender de un monosílabo; hay que distinguir tiempos, lugares, situaciones, estratos sociales. Lo que es seguro es que no hubo aquí un movimiento popular decidido como el que en Nápoles impidió su implantación.

En otros dos breves capítulos el autor resume las cuestiones organizativas y procesales. Encuentra un sabor muy moderno en la organización inquisitorial precisamente porque su talante totalitario, que no admitía diferencias, excepciones, ni fueros privilegiados, es una de las características del Estado moderno. En cuanto a su financiación, no descubre ninguna novedad diciendo que, contra lo que se había venido diciendo, la Inquisición disponía de escasos recursos, y ése era uno de los lazos de dependencia que la ligaban al Po-

der Real, sin cuya ayuda no hubiera podido subsistir.

El procedimiento judicial de la Inquisición se basaba en los mismos principios que los tribunales ordinarios, con algunas variantes, unas favorables, otras adversas a los reos. Basándose en datos de la Inquisición de Toledo sostiene que las absoluciones eran numerosas y que dos tercios de los acusados sometidos al tormento lo superaban. El proceso inquisitorial era más serio que el civil y no admitía componendas, lo que no era frecuente en una época en que con dinero se arreglaba todo o casi todo. No oculta Dedieu, por otra parte, que los procesados por la Inquisición eran sometidos a una verdadera tortura moral, a un lavado de cerebro basado en el aislamiento, los numerosos interrogatorios y otros procedimientos que, por desgracia, no pertenecen exclusivamente al pasado. Por mi parte sólo diré que tal vez el comportamiento de los inquisidores de Toledo, vigilados más de cerca, no sea prototípico; en la Inquisición de Sevilla abundaron los casos de corrupción, y los que superaban el tormento eran pocos, sin duda a causa de un mayor rigor que con frecuencia no respetaba las limitaciones legales.

Aventurar cifras

No ofrece muchas cifras este libro: más bien son escasas; pero aventura cálculos sobre un tema muy debatido y que nunca se aclarará por completo a causa de la pérdida de mucha documentación: el número de procesados y condenados. A principios del siglo pasado Juan Antonio Llorente dio unas cifras que hoy se consideran unánimemente exageradas. Llorente no fue un falsificador; se basaba en documentos auténticos, pero sacaba de ellos conclusiones impregnadas de subjetivismo, porque aquel secretario de la Inquisición, pasado luego al servicio del rey José, llegó a ser el más virulento crítico del Tribunal. Después la cuantificación ha ido avanzando sobre ba-



FUENCISLA DEL AMO

Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

ses más sólidas, en especial las «relaciones de causas» que los tribunales de provincias tenían que remitir a la Suprema Inquisición; pero queda la incógnita de los primeros tiempos, de los que sólo quedan datos sueltos. Dedieu avanza el siguiente cálculo: «200.000 personas debieron comparecer [ante la Inquisición] en toda España, la tercera parte antes de 1530. 10.000 ejecuciones como máximo, el 80 por 100 en los treinta primeros años. Un proceso por cada 5.000 españoles cada año a fines del siglo XV y principios del XVI; después, uno por cada 20.000, y en el XVIII uno de cada 100.000. Es poco» (pág. 85). Pero a continuación aclara que estas cifras globales, estas medias, deforman la realidad, porque la represión se concentró en ciertos grupos: judaizantes, moriscos, protestantes, que tuvieron porcentajes altísimos de condenados.

Los efectos de la represión inquisitorial sobre esas minorías son indicados sobriamente basándose en un ejemplo concreto: los moriscos de Daimiel. A la larga, el terror inquisitorial produjo la desintegración de un grupo que, en un principio, mantenía una fuerte cohesión: los más tenaces fueron duramente castigados, los demás sacaron las consecuencias y cuando llegó el momento de elegir entre un efectivo abandono de sus antiguas prácticas y creencias o la desaparición física por la ejecución o el destierro, eligieron el primer término del dilema. «Comenzó a aparecer la carne de cerdo en sus mesas, fueron con más regularidad a la iglesia... Se despertaron entre ellos vocaciones de monjes y soldados; abandonaron sus prácticas funerarias, cavando tumbas más profundas y dejando de adornar a los difuntos como para una ceremonia nupcial. En 1609, cuando Felipe III decretó la expulsión de los moriscos, rehusaron salir. Se les condujo a la frontera de Francia y volvieron. Acabaron permitiéndoles quedar y se fundieron en la masa.»

Este proceso parece que funcionó con bastante amplitud en el caso de los judeoconversos, mientras que fue excepcional en el caso de los moriscos; para obtener la asimilación no bastaba la presión física y la asfixia cultural; debía haber en el grupo agredido al-

guna voluntad previa de dejar de ser «los otros»; actitud existente y explicable en grupos como los moriscos de Daimiel y del valle de Ricote, que eran islotes aislados en la masa cristianoveja; pero no en Valencia y Aragón, donde las comunidades moriscas formaban masas compactas, en muchos lugares mayoritarias.

Delitos de «costumbres»

Cuando Gustav Hennigsen tabuló por primera vez los procesos inquisitoriales se puso de relieve un hecho singular; la mayoría de los procesados no eran judaizantes, moriscos ni protestantes, sino cristianos viejos, a los que sólo por medio de sutilezas y utilizando procedimientos tortuosos se les podía acusar de delitos contra la fe; en realidad, sus delitos eran de «costumbres»: blasfemias, sortilegio, bigamia, etc. Kamen, Bannassar y cuantos recientemente se han aproximado a este fenómeno coinciden en apreciarlo como algo que distorsiona la idea tradicional de la Inquisición. Dedieu lo considera tan interesante que este fenómeno constituirá la base de su tesis. Fenómeno que dimana de dos fuentes: la primera, el deseo del Santo Oficio de ampliar su área jurisdiccional, sobre todo desde que los judaizantes, que habían sido su «clientela» principal, disminuían bajo el peso de la implacable represión. La segunda, la reforma tridentina, de la que la Inquisición se convirtió en instrumento. Estas nociones, indudables y conocidas, son acompañadas en el libro que comentamos de unas precisiones que suscitarán sorpresa y quizá reservas: «Esta persecución de los cristianos viejos "escandalizó". La Inquisición tuvo que defenderse, justificarse, publicar apologías. De hecho, su control sobre los cristianos viejos sólo tuvo efectividad en un lapso de tiempo breve: de 1560 a 1620, poco más o menos. Después tuvo que renunciar... Las "visitas" se hicieron raras, los autos de fe perdieron solemnidad y audiencia... Por otra parte, esta acción sobre los cristianos viejos sólo pudo ejercerla en Castilla. En los reinos periféricos, allí donde el Poder

Real era débil, esta acción parece haber fracasado casi por completo.»

Me parece que hay una gran parte de verdad en estas aseveraciones, pero quizás no son toda la verdad. La decadencia de la Inquisición en el siglo XVII es indudable, pero no veo claro que ello se relacione con una reacción contra los procesos inquisitoriales de costumbres. Las visitas inquisitoriales se abandonaron, pero por la misma razón que se descurdaron las visitas episcopales: inquisidores y obispos odiaban caminar por pésimos caminos y albergarse en viviendas pueblerinas. Acabaron omitiendo casi del todo una obligación tan penosa. Los autos perdieron solemnidad, pero fue por falta de dinero. Los procesos de costumbres siguieron siendo muy numerosos, y si los procesos contra los que decían que la simple fornicación no era pecado disminuyeron, no fue porque se manifestaran resistencias, sino al contrario; la creciente severidad de las condenas, si no convenció, por lo menos cerró las bocas. Y este resultado lo obtuvo gracias a la colaboración popular, porque la Inquisición no procedía de oficio sino a partir de denuncias, y estas denuncias no solían proceder de familiares o comisarios sino de oyentes ocasionales.

Otro aspecto (fundamental) de la acción inquisitorial sobre los cristianos viejos, o sea, sobre la gran masa de la nación, es la represión intelectual, y la responsabilidad que por ello le cabe en el retraso científico de España.

RESUMEN

Aunque la Inquisición española se lleve buena parte del león en esta breve obra, también se habla de otras inquisiciones europeas. Y todo ello, a juicio de Domínguez Ortiz, con un estilo claro y conciso, con una oportuna selección de temas:

Sobre un tema tan interesante y controvertido, J.-P. Dedieu no nos ofrece más que unas cortas líneas, en las que subraya la escasa eficacia del aparato inquisitorial: poca información, grandes retrasos en las prohibiciones de libros, ineficacia de los controles fronterizos, etc. Y concluye: a la depresión intelectual que sufrió España «la Inquisición contribuyó como instancia última de la represión y por el clima que creaba. Pero su responsabilidad fue parcial, muy compartida». Es un mérito de vista, y nos gustaría que el autor se hubiera extendido más en este aspecto.

Relaciones Iglesia-Estado

Otra cuestión bastante debatida es la de las relaciones entre el Poder Real y la Inquisición, que se inscriben en el marco más vasto de las relaciones Iglesia-Estado. Aunque de acuerdo en cuanto a los aspectos generales, historiadores, teólogos y juristas discuten acerca de la naturaleza y misiones de la Inquisición en el Estado español. ¿Fue un tribunal esencialmente religioso con secundarias connotaciones políticas o una institución que bajo su cobertura exterior eclesiástica fue usada sobre todo como instrumento político? Para Dedieu, la Inquisición española fue un instrumento del Estado, pero no siempre un instrumento dócil. Salvo en sus últimos años de existencia, cuando fue abiertamente utilizada contra la propaganda revolucionaria, las intervenciones puramente políticas, del tipo de las dirigidas contra Antonio Pérez y don Melchor de Macanaz, fueron muy excepcionales. Pero su organización, muy centralizada, y su desprecio por las autonomías políticas y religiosas, sintonizaban perfectamente con los ideales del Estado absoluto.

El lector de esta obra, sobria, escueta y fría, podría pensar que no expresa con suficiente calor la indignación que suscitan los procedimientos inquisitoriales. Podría pensar incluso que de su lectura se desprende algún tuflillo reivindicativo. El autor se ha dado cuenta de esta posible objeción y la rechaza: «He llorado, leyendo el relato de algunos casos, de emoción ante la grandeza de un mártir, o de rabia al ver las cosas que se hacían en nombre de Cristo.» Pero su intención era descubrir los mecanismos que hicieron posibles tales hechos. Por otra parte, «han corrido sobre la Inquisición leyendas tan fantásticas que el restablecimiento de una perspectiva adecuada, de acuerdo con la opinión de los más eminentes especialistas, podría parecer un intento de defensa». Jean-Pierre Dedieu no pretende defender lo indefendible, sino sentar unas bases sólidas que en el caso de las ciencias históricas siempre tendrán que partir del viejo, combatido y siempre válido principio de Ranke: contar los hechos tal como realmente ocurrieron. Eruditas monografías y gruesos volúmenes han aparecido y siguen apareciendo sobre la Inquisición española. Los millares de títulos reunidos por Van der Vekene en su *Bibliographie* se incrementan sin cesar. Yo creo, sin embargo, que este resumen del profesor Dedieu puede ser útil y esclarecedor para un público mucho más amplio. □

Jean-Pierre Dedieu

L'Inquisition

Les Editions du Cerf, París, 1987. 130 páginas.

es imposible decir más en menos palabras. Su autor, Jean-Pierre Dedieu, lleva muchos años dedicado a este tema, y esta breve monografía es el resultado, en forma concentrada, de tantos años de reflexión e investigación.

Todos los miedos, el miedo

Por Gonzalo Sobejano

Gonzalo Sobejano (Murcia, 1928) es profesor de la Universidad de Columbia (Nueva York) y especialista en narrativa moderna, habiéndose ocupado de la producción de Miguel Delibes en Novela española de nuestro tiempo y en extensos estudios introductorios dedicados a las obras de este escritor: Cinco horas con Mario (versión teatral) y La mortaja.

¿Quién usó la palabra «horripilado» sino en alguna rara ocasión en que deseaba encarecer o variar la ya trivial hipérbole del «quedé horrorizado» o «quedé atónito»? Aun en tal ocasión sería extraño que el hablante tuviese conciencia de que al decir «quedé horripilado» significaba lo mismo que si hubiera dicho «se me pusieron los pelos de punta» (cuando decimos «había en la plaza la mar de gente» tampoco solemos pensar para nada en las olas).

Dos horripilados

En 377A, *madera de héroe* se dibuja la historia, desde niño a joven, de un «horripilado» en el sentido literal del término: a Gervasio se le eriza el vello y se le ponen los pelos de punta en ciertos trances que, por coincidir con una marcha militar u otro alarde, algunos parientes (su tío Felipe, sobre todo) interpretan como señal de precoz heroísmo y que sólo su padre —médico— acierta a diagnosticar: «¡Está horripilado! Nunca en la vida vi un caso de horripilación semejante» (pág. 141).

Tampoco este lector recordaba haber presenciado jamás, ni en su inmediata realidad ni en la realidad segunda de una novela, caso alguno de horror llevado a tanta crispación. La memoria tiene, sin embargo, sus lagunas, como la lectura sus azares. Había leído yo hace años el *Angel Guerra* de Galdós, pero había olvidado muchas cosas del prolijo volumen. Concluida la lectura de 377A, hube de hacer por motivos que no importan una cuidadosa relectura de aquella obra galdosiana, publicada va a hacer pronto un siglo, y quedé, si no atónito, bastante sorprendido al llegar a un pasaje en que el vehemente Angel, un muchacho todavía, contempla el fusilamiento de los sargentos del sublevado cuartel de San Gil (Madrid, 22 de junio de 1866) y ve allí algo más: ve a su lado, sobre un seco arbolillo, junto a un montón de escombros, a un hombre que parecía loco y que, como él, miraba la siniestra ejecución:

«El desconocido que parecía demente salió otra vez de entre los escombros, los ojos desencajados, los cabellos literalmente derechos sobre el cráneo. Por primera vez en su vida observó Guerra que la frase del cabello erizado no es una vana figura retórica. La cabeza de aquel hombre era como un escobillón, su rostro una máscara griega contraída por la mueca del espanto... De su cuadrada boca salió, más que humana voz, un fiero rugido que decía: "¡Esto es una infamia, esto es una infamia...!"» (Parte I, libro III, capítulo 5).

Y el desconocido, de faz semejante a la de un mascarón griego y cabellos rígidos como púas, no dejará ya de aparecerse, acá y allá, al Angel Guerra adulto, conforme éste, en ardua transformación, va intentando desistir de toda venganza, renunciar a la cólera.

Describía Galdós el caso con caracteres de incerteza alucinatoria y rasgos alegóricos; era, además, respecto al protagonista, un caso accidental, aunque obsesivo. En la novela de Miguel Delibes la horripilación la sufre, repetidas veces, el «héroe», y es en lo concreto una enfermedad y en lo abstracto una síntesis del pánico ante la violencia: un símbolo, pues. A poco que el lector se adentre en esta novela, advierte que la horripilación funciona sólo como matriz anecdótica de una representación novelística del mundo larga, amplia y honda: implica trece años de Historia (1927

a 1939); abarca vastos espacios de una España en guerra; penetra en las conciencias de numerosos personajes revelando estados de esperanza y desesperación, amor y odio, agresividad y defensa, valor y miedo.

Novela de aprendizaje

La última novela de Miguel Delibes (una de las mejores suyas) analiza imaginativamente, en sus matices y en su progresión, el miedo: un sentimiento biológico elemental de instintiva defensa ante el peligro. Tal miedo germina, crece y estalla en el ánimo de un sujeto que lo vive primero como augurio de valentía según algunos de los que le observan; tiene más tarde ocasión de ir creyendo que sus horripilaciones sean síntomas de heroísmo mientras permanece adherido a la causa de la familia materna (conservadora), y comprueba luego, a través de la guerra y al término de ésta, que su presunta vocación castrense no había sido sino miedo, como tempranamente reconociera el padre (republicano). Descubre, además, que el heroísmo dimana del hombre capaz de inmolarse por una causa, y que no es ésta la que hace al héroe, sino el individuo quien dignifica con su conducta la causa elegida. En el cabo Pita, uno de los persona-

jes mejor logrados (quizá por las mismas elipsis y dilaciones con que su retrato moral se pergeña), parecería encarnarse el verdadero héroe (considerado como un traidor por sus enemigos).

No es fácil admitir que en nuestro tiempo sobreviva la «novela de aprendizaje» («Bildungsroman») en la forma consagrada por Goethe, pero algo de esa tradición pasa a la novelística moderna, ya no integrante ni conciliatoria. *Madera de héroe* expone en todo caso la maduración de una persona desde los iniciales miedos oscuros al último miedo clarividente.

El Libro I (niñez, 1927-28; la casa) se centra en la familia, dividida en dos sectores, el tradicionalista de los Lastra y el progresista de los García. El Libro II (adolescencia, 1930-37; la ciudad provincial) evoca la dependencia de Gervasio respecto a la madre y sus deudos nacionalistas, pero abre el horizonte a las amistades de colegio y las quimeras combativas. Sucede todo el Libro III (mocedad, 1938-39; los mares) en plena guerra civil, entre los camaradas, y trae una reconciliación, al menos incipiente, con la actitud del padre y con el derecho al respeto de toda causa. El drama familiar se hace político y bélico, sin dejar de ser nunca un drama personal. Exagerada con pluma de caricaturista, la explica-

ción del heroísmo como consciente horror culmina en los espantos del joven marinero ante el avance irrefrenable de los torpedos.

De escritor tan coherente como Miguel Delibes no puede esperar el lector, y menos a estas alturas de su fecunda carrera, variaciones o novedades extraordinarias. Hállanse, pues, en *Madera de héroe* ingredientes bien conocidos de cuantos hayan seguido la trayectoria del autor: un hombre con su nombre (Gervasio García de la Lastra), una pasión con su acento maniaco (el miedo extremado en horripilación), un camino (la vía iluminativa del héroe pusilánime hacia la comprensión de su carácter), la defensa expresa o tácita de los seres sencillos y auténticos en tensa convivencia con los ofuscados por alguna especie de mentira; la técnica selectiva y repetitiva; el ritmo de la compasión determinado aquí por un narrador concorde con el ánimo del protagonista; y, para citar algún aspecto más particular, el modo sinecdótico de sugerir un ambiente (la calle, para los niños, son los entierros que se despiden en Santa Brígida o las pintadas chicas que se asoman a las ventanas del «Friné») o un tiempo (1928, es la gesta del Plus Ultra o el incendio del Teatro Novedades; 1931, los curas vestidos de paisanos, etc.), y también la rareza o curiosidad de muchos nombres: papá Telmo y mamá Zita, tío Felipe Neri, tío Jairo, tía Macrina, la criada Zoa, Manena Abad, Lucinio Orejón, Fermín Linaje «el Escorbuto»...

Fácil es notar estas constantes, y fácil también comprobar el parentesco del nuevo protagonista con otros de novelas anteriores. Gervasio se asemeja a Pedro (*La sombra del ciprés es alargada*) por la tristeza precoz, el efusivo compañerismo y el servicio en la Marina; a Mario (*Cinco horas*) y a Víctor Velasco (*El disputado voto del señor Cayo*) en la perplejidad ante los posibles motivos que justifiquen un comportamiento; a Jacinto San José (*Parábola del naufragio*) en la timidez y en el horror a morir ahogado; al niño de *El príncipe destronado* en los temores infantiles y en el recelo de no ser bastante querido; a Pacífico Pérez (*Las guerras de nuestros antepasados*) por la hipersensibilidad a la violencia y por la opresión padecida junto a familiares de tendencia militante.

Historia y estilo

Las novedades de mayor relieve en 377A, *madera de héroe* son otras: el largo aliento histórico, la sazónada eficacia del lenguaje narrativo, el intento de clarificación moral de la guerra, el penetrante estudio imaginativo del miedo.

Es ésta la única novela de Delibes en que el escritor aborda la guerra civil directamente y, en tal propósito, se aproxima genéricamente al «episodio nacional». Las postrimerías de la dictadura de Primo de Rivera, la proclamación de la República y sus inmediatos efectos, la Revolución de Asturias, las elecciones de 1936, el Alzamiento y los tres años de contienda en la retaguardia y en el frente marítimo, el júbilo de la victoria en el puerto de Palma de Mallorca; estas y otras efemérides componen un tejido de referencias, cada vez más densas, en cuya urdimbre se enlaza la trama del caso personal de Gervasio: inicial engaño; largo proceso de esperanzas y confusiones puestas a prueba en la guerra; desengaño final que culmina en el reconocimiento de la primaria verdad del miedo y en la aceptación de que no hay una causa buena en pugna con otra mala, sino hombres buenos que hacen buena aquella causa por la que se sacrifican.

Acierta el autor a reflejar la historia española con tacto selectivo y ágiles pinceladas, sin ceder nunca a la tentación de resultar «completo». La voz narrativa impersonal le proporciona el distanciamiento adecuado a su punto de vista panorámico, abarcador de las



Miguel Delibes en diversos momentos de su vida.

Viene de la página anterior



ANGELES MALDONADO

razones y los errores de las fuerzas en conflicto, lo cual no impide que aquella voz delate una conciencia compenetrada casi siempre con el personaje preocupado, veraz y leal a la vida, y discretamente irónica respecto a los turbios, mendaces y violentos que no perdonan porque no comprenden.

Tal narrador, en su delicado entrelace de sumarios y escenas (y hojas de diario, y páginas epistolares), construye con admirable economía una novela más bien larga pero ingrátida, en la que el lector puede apreciar un tino infalible para exhumar de las galerías de la memoria más los ecos intrahistóricos (ambientes, costumbres, anécdotas, canciones, comentarios) que las voces de los hechos resaltados por las crónicas. Y en ese don de animar mediante desgranados ejemplos el pretérito se encontrará uno de los mayores atractivos de *377A, madera de héroe* (título en el que los guarismos que designan el puesto de Gervasio en el barco integran, sumados, un total de 17: los años de Gervasio al ocupar ese puesto en 1937 y los de su creador en aquellas mismas fechas).

El lenguaje del novelista Delibes, premio al principio (*La sombra del ciprés* era una novela tan inquietante en su problemática como gris en su palabra), alcanza ahora la seguridad y la riqueza por las que el escritor ha venido trabajando en continua superación. Para mostrar algunos hitos de una obra que en fuerza descriptiva y en viveza dialógica jamás decae, baste recordar las páginas sobre la procesión de Semana Santa, las del bombardeo urbano seguido de la manifestación de la multitud ansiosa de vengarse en los presos, las del abatimiento de los viandantes al conocer la pérdida del «Balears», o las descripciones espléndidas de la vida a bordo (rutinas, humillaciones, fracasos, mareos, alarmas y combates):

«Al brincar entre dos olas, los torpedos se dejaron ver un instante: dos brillantes peces metálicos, fusiformes e incisivos, que al sumirse de nuevo en el mar volvieron a convertirse en dos estelas efervescentes. Permaneció quieto, rígido, plantado sobre las planchas, la mente hueca, los dedos en los oídos. La conciencia del entorno se le había esfuma-

do. Su miedo era tan profundo que no advertía la presencia de sus compañeros ni las balas incandescentes de la ametralladora del «spardek». En esta situación de pleno desconcierto, le sobrevino el ostento: el calambre chascó en la morra con la violencia de un cortocircuito, y acto seguido su cuerpo se electrizó, se convirtió en un acumulador de cargas encontradas que erizaban su cabello y escarapelaban su piel. Era como una energía incoercible generada por su propio terror» (págs. 432-33).

El mensaje de la novela (llamémoslo así) es pacifista, pero sobre todo humanista (hominista, hubiera preferido decir Unamuno). Verifica una desconstrucción del heroísmo tópico (el de las «grandes causas») en homenaje al personal heroísmo de quien cree en la causa del hombre y la defiende —hasta la muerte si es preciso— por amor a la vida ajena.

La lección política viene, sin embargo, subordinada a la exploración imaginativa y sensitiva del miedo.

Exploración del miedo

Tres serían los aspectos principales del miedo en la historia del «héroe».

El menos insólito y más difuso consiste en los «primeros miedos»: oscuridad, fantasmas, crujidos del roble, bultos imprecisos de los muebles, espacios vacíos en la casa; el abuelo muerto, llevado a enterrar, soñado temerosamente en el infierno; la anciana criada que, no obstante su mimoso trato, olía a «agua muerta»; la rata grande que asusta al voluntario en la primera noche de su embarque; el vértigo del marinero encaramado al mástil mirando allá abajo lo diminuto del casco y lo umbrío del océano; los mareos durante las galernas.

El aspecto más singular del miedo, hasta rayar en lo monstruoso, es el estremecimiento cutáneo y capilar que de vez en vez se apodera de Gervasio: el repeluzno, el ostento, la crispadura. Miedo que permanece como inexplicable a quien lo sufre hasta el instante de la veloz y paralela embestida de los torpedos, y que es apreciado como signo de vocación

marcial por quienes ignoran las crisis casi epilépticas que sólo el médico entiende. Ocorre esta forma de miedo pseudoheroico cuando el niño o el muchacho oye el antiguo himno carlista del abuelo, o más tarde un pasodoble en cierto popular baile patriótico, o la solemne música procesional, o el himno de los Cruzados de su colegio, o, ya en la guerra, el de los Voluntarios y las marchas radiadas por el programa «Al paso alegre de la paz», o cuando el propio Gervasio alienta a sus paisanos en los refugios entonando «La fiel infantería» y «El novio de la muerte», o cuando presencia la entrada de los legionarios en su ciudad, o al escuchar el himno del crucero hundido.

La más profunda manifestación del miedo no depende, con todo, ni de aquellas extrañezas de la criatura ante el misterio ni de estas irradiaciones de la trompetería, sino de la reacción del ser humano frente a la violencia. Al infeliz Gervasio le repele y le angustia la crueldad: cuando ve a Cristo sangrando bajo los azotes de los sayones, al tío Jairo contraído en un espasmo sadoomasoquista y oye la música luctuosa que marca el cortejo nazareno, se horripila (y es ahí donde el padre identifica la dolencia). Parecidas reacciones (con o sin repeluzno) experimenta el supuesto héroe al conocer la muerte de un amigo en el frente, al imaginar la agonía de otro compañero naufrago, al resistir el asedio de los bombardeos y, sobre todo, cuando su fantasía o su concreta actividad de bisoño le aturden con el presagio o con la visión de los tor-

pedos acometiéndole. Es entonces cuando la verdad del miedo cobra esa calidad fatal del despertador que llama no a un nuevo día, sino a la nada. Es el instante —sólo un instante— en el que todos los miedos relativos y pasajeros definen el miedo radical y absoluto. Cualquier hombre lleva impresa en su entraña, desde el origen, esta verdad del puro desamparo. Hacerla visible, descubrirla, parece haber sido el empeño principal de Miguel Delibes en su generosa novela, que corona cuatro decenios de incansable producción y recapitula con densidad nueva sus más genuinos atributos.

Comencé evocando aquella novela de Galdós en la que un airado luchador político se esforzaba después por imitar a Cristo en la mansedumbre, el perdón y el olvido. A distancia de un siglo, Miguel Delibes concuerda con el autor de *Angel Guerra* y de tantos *Episodios Nacionales* de intención antiépica. En un reciente estudio de Gilberto Triviños (*Benito Pérez Galdós en la jaula de la epopeya*, Barcelona, Edicions del Mall, 1987, pág. 276) dicese de Galdós algo que de Miguel Delibes podría igualmente afirmarse: «Su pacifismo puede ser burgués o puede ser utópico, pero tiene absoluta vigencia en la época en que las armas modernas, convertidas en hiperbólicas, tienen el poder para destruir el linaje humano. El repudio de la guerra, la lucha por la paz, el rechazo de la «épica militar», son necesidades urgentes en nuestros «tiempos revueltos»». □

RESUMEN

Para Gonzalo Sobejano, la última novela de Miguel Delibes, una de las mejores de este escritor castellano, analiza imaginativamente, en sus matices y en su progresión, el miedo: un sentimiento biológico elemental de instintiva defensa ante el peli-

gro. Situada en los años anteriores a la guerra civil y en el transcurso de la misma, esta suerte de «novela de aprendizaje» expone la maduración de una persona desde los iniciales miedos oscuros al último miedo clarividente.

Miguel Delibes

377A, madera de héroe

Destino, Barcelona, 1987. 440 páginas. 1.650 pesetas.

El sistema europeo de constitucionalidad

Por Francisco Tomás y Valiente

Francisco Tomás y Valiente (Valencia, 1932) ha sido catedrático de Historia del Derecho en Salamanca y en la actualidad lo es en la Autónoma de Madrid. Magistrado desde 1980 del Tribunal Constitucional, desde marzo de 1986 es presidente de dicho Tribunal. Entre sus obras pueden citarse El marco político de la desamortización en España, Manual de historia del Derecho español y Gobierno e Instituciones en la España del Antiguo Régimen.

La alternativa a una visión cíclica de la historia no tiene por qué ser la de una humanidad en progreso continuo y ascendente, sino la más realista de una historia con múltiples «corsi e ricorsi» (G. Vico), con aciertos y con hundimientos en simas casi inhumanas. La República de Weimar con su Constitución de 1919 y, simultáneamente, la organización de dos nuevas repúblicas democráticas, la de Austria y la de Checoslovaquia, significaron en el campo del constitucionalismo novedades ilusionantes de gran resonancia. Recuerdese «la segunda parte» de la Constitución alemana, con la inclusión en ella de los derechos económico-sociales. De igual o mayor trascendencia fue la formación de un modelo europeo (o centroeuropeo, de momento) de justicia constitucional concentrada, esto es, de control de constitucionalidad de las normas, tal como se construye en Austria y en Checoslovaquia. España, la España republicana, no sólo incorporó a su Constitución de 1931 los derechos fundamentales de contenido económico y social (con alguna ingenuidad y más de una imprecisión técnica, pero ahora eso no importa), sino que, como escribe Pedro Cruz en el

libro comentado, fue el primer Estado que se encuentra ante la posibilidad de optar entre los dos sistemas de control de constitucionalidad, el americano (control difuso) y el europeo (control concentrado), formulados ya como tales, uno antiguo y venerable pero ajeno a la estructura de nuestro ordenamiento jurídico, otro nuevo y quizá artificioso pero con experiencia y prestigio a sus espaldas, y eligió el segundo, el europeo, contribuyendo, por desgracia brevemente, a su difusión y a la experimentación de nuevos ensayos sobre el modelo básico. La historia europea vivía años de esperanza, crisis y temor. Se demostró que éste era más certero en sus profecías que el voluntarismo esperanzado de los bien pensantes, y Europa saltó en pedazos. Se abre el paréntesis de la guerra mundial, donde la trayectoria de progreso se hunde en la miseria enloquecida de unos hombres tan humanos como destructores de lo mejor de otros hombres. Entre las muchas cosas cuya línea de desarrollo se quebró hay que contar la del constitucionalismo democrático, y, dentro de él, la consolidación del sistema europeo de control de constitucionalidad. Hubo que esperar a la posguerra para que Austria restableciera el modelo una vez recuperada su normalidad, y para que la nueva República Federal de Alemania se adhiriera con decisión al modelo europeo de justicia constitucional concentrada. En cuanto a Checoslovaquia, su experiencia de 1918-1938 queda aislada en el pasado al organizarse como «democracia popular». Y por lo que hace a España, la guerra civil y el franquismo triunfante interrumpen durante un paréntesis de más de cuarenta años, hasta la Constitución de 1978, la recuperación y el perfeccionamiento de su jurisdicción constitucional concentrada, dentro de un modelo

europeo enriquecido y ampliado. A veces la historia da vueltas de cuatro décadas en busca de un tiempo perdido, nunca del todo recuperable. La línea recta e ininterrumpida apenas se percibe entre las que dibujan los hombres en su historia.

Como tampoco se dan casi nunca los aciertos plenos al primer ensayo. El libro de Pedro Cruz nos cuenta analíticamente los tanteos, frustraciones y éxitos en el difícil proceso de «formación del sistema europeo de control de constitucionalidad», expresión que debemos repetir en su literalidad porque él la prefiere a otras semejantes.

No hay duda de que hoy tal sistema existe y está asentado en Austria, Alemania, Italia, Portugal y España con firmeza. Pero lo que leemos en este espléndido libro es la historia polémica y compleja de cómo se formó el sistema. Pedro Cruz arranca con una introducción más sistemática que histórica, nos dice qué debe entenderse por modelo europeo y nos anuncia que vamos a asistir a su formación.

República de Weimar

Pero nos da más de lo que anuncia. La experiencia de Suiza no prefigura el posterior modelo europeo. Sin embargo, es objeto de unas páginas tan inteligentes como las restantes y quizá entre las más sugestivas, acaso por la singularidad del federalismo helvético, que por cierto en tiempos recientes algunos han defendido como modelo de un supuesto Estado federal español, no sé si conscientes, por ejemplo, de su riguroso y axial principio de primacía o prevalencia del Derecho federal sobre el cantonal.

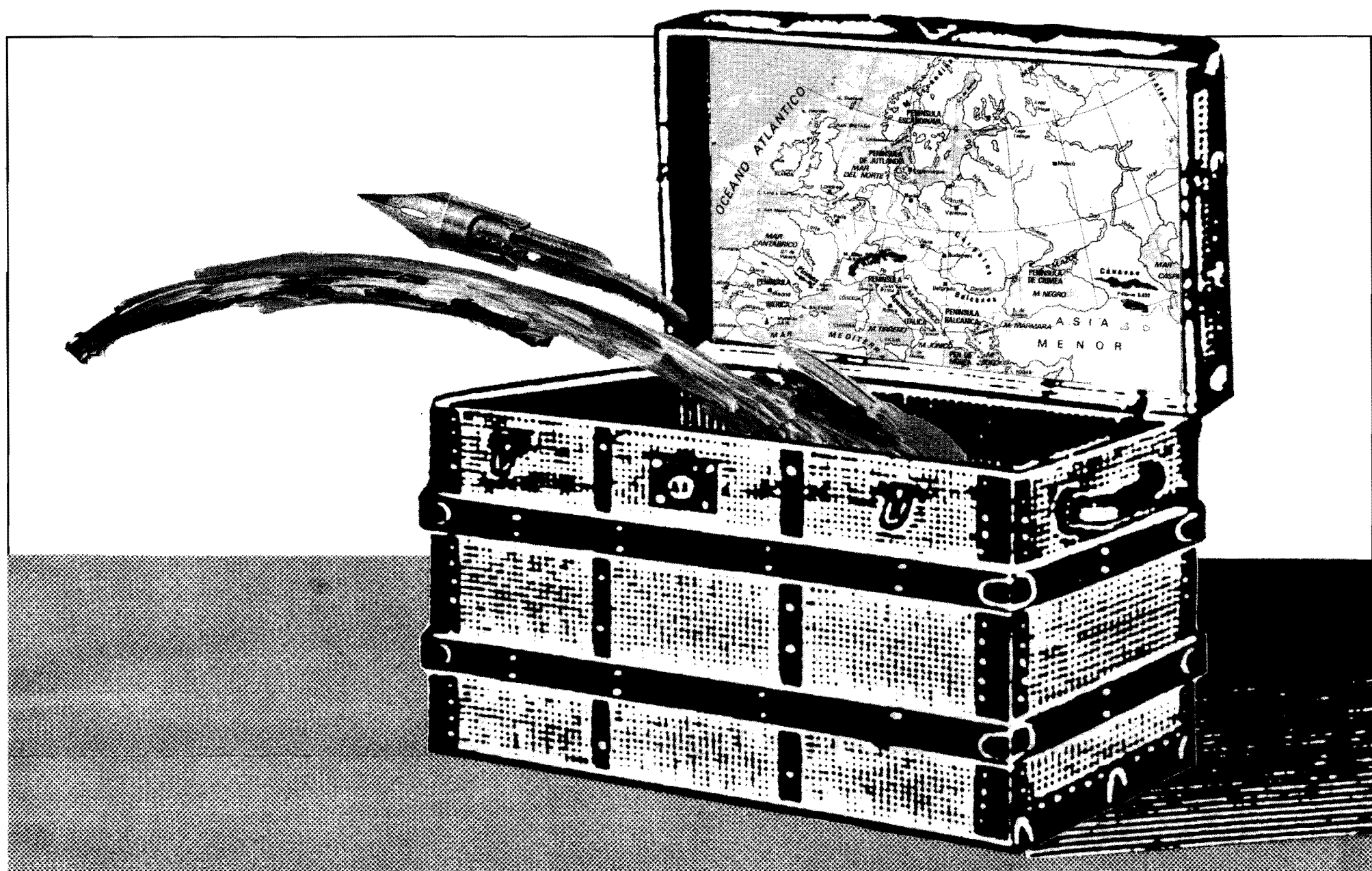
La parte central del libro está integrada por el examen del control de constitucionalidad en la República de Weimar. Paradójica experiencia aquella. No llegó a implantarse un sistema autónomo de control e incluso se combatió doctrinalmente el que como una «fantasía austriaca» estaba construyendo Kelsen por entonces. Y sin embargo, como Pedro Cruz demuestra y afirma, repitiendo la frase de Rainer Wahl, en la historia del control de constitucionalidad Weimar representa la fase de incubación. Se incubó más de lo que se alumbró. Se implantó, por ejemplo, el control de constitucionalidad del Derecho de los «länder» como consecuencia del artículo 13.2 de la Constitución. Aunque autores tan eminentes como Triepel saludaron en ella la construcción de un procedimiento objetivo de control, éste no dejaba de ser parcial, puesto que no se construyó un verdadero control concentrado de la constitucionalidad del Derecho del Reich. El artículo 13.2 pudo ser en verdad «la célula germinal» (W. Jellinek) de una justicia constitucional sistemática, concentrada y completa: pero el germen no pudo desarrollarse en plenitud.

Quizá el obstáculo insalvable consistió en la no aceptación, con todas sus consecuencias, del dogma o principio de la supremacía de la Constitución. De Weimar interesa todo. Hasta sus proyectos frustrados (como el de 1926, que con tanto cuidado estudia Pedro Cruz), y, desde luego, su aportación teórica, de superior valor a las realizaciones institucionales. Pero si es lícita la sorpresa, hay que sorprenderse por esa falta de reconocimiento de la prevalencia de la Constitución. «De ahí (pág. 170) que siempre le faltase [a la jurisdicción cons-



ALFONSO RUANO

Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

titucional de Weimar] el alma de toda jurisdicción constitucional: la garantía jurisdiccional de la supremacía de la norma constitucional. Esta última siempre sería vista como una abstracta y abstrusa justicia de normas sobre normas; en definitiva, como una fantasía austriaca.»

Pero cuando las fantasías no son ilusorios sueños de la razón, sino sólidos y rigurosos productos de una creativa imaginación, suelen triunfar. La de Kelsen se abrió camino.

Algunos precedentes

Pedro Cruz examina con detenimiento los precedentes de la Constitución austriaca de 1920 y, sobre todo, la introducción y la evolución del control de constitucionalidad. En octubre de 1918 cae la Monarquía austro-húngara. Dos años después se promulga la Constitución federal de la República de Austria. Como antes en Alemania, el control autónomo de constitucionalidad de las leyes se inserta en el contexto de la tensión entre la competencia legislativa federal y la de los länder. Pero la novedad austriaca consiste en romper este planteamiento e introducir el control de constitucionalidad de las leyes federales a instancia del Gobierno de un Land. Bajo la influencia personal de Kelsen, pero no como obra exclusivamente suya, se abandona la posibilidad de un control previo y se implanta sólo el control represivo de leyes en vigor. Los efectos de la Sentencia de nulidad son derogatorios («ex nunc»), y según el inciso final del párrafo tercero del artículo 140 de la Constitución, «la derogación entra en vigor el día de la publicación [de la Sentencia] a menos que el Tribunal Constitucional fije un plazo para la misma», plazo que no podrá ser superior

a los seis meses, y que abre desde entonces hasta hoy al Tribunal austriaco un margen de discrecionalidad cuya presencia en otros países evitaría a los jueces de sus respectivos Tribunales más de un quebradero de cabeza.

Antes de aludir en este comentario a la experiencia española de 1931, conviene destacar, repitiendo lo expuesto por Pedro Cruz Villalón, que Checoslovaquia, en su Constitución de febrero de 1920, fue no sólo el primer país que introdujo el sistema europeo de control de constitucionalidad adelantándose en unos meses a Austria, sino que además lo hizo con el más puro de los modelos: un Tribunal «ad hoc» que conoce de forma exclusiva y excluyente, con efectos generales, la constitucionalidad de las leyes.

Las cuarenta páginas dedicadas al Tribunal de Garantías Constitucionales (TGC) español son un modelo de concisión, aunque, como el autor declara, cuenta historias ya sabidas y estudiadas por Bassols, García Ruiz y Joaquín Tomás Villarroja, entre otros. El lector podrá, dejándose llevar de la mano del autor, comprobar que el TGC, en contra de opiniones vertidas entonces y ahora, no fue un sistema mixto entre el americano y el «austriaco», sino una versión heterodoxa de éste; y también que las diferencias entre la Constitución de 1931 y la actual y, complementariamente, entre la Ley Orgánica del TGC (14 de junio de 1933) y la vigente se resuelven siempre a favor del sistema actual, más puro, menos politizado en la designación de los magistrados, sin que ninguno de éstos represente a ninguna región, y sin una serie de adherencias competenciales que entonces complicaron más de lo asimilable la estructura y la vida de una institución poco querida, poco comprendida y poco respetada desde su primera Sentencia, que no fue acatada por una Región autónoma.

Cruz Villalón termina su obra con un análisis comparativo de los elementos del control de constitucionalidad en sus versiones austriaca, checoslovaca y española, siguiendo para ello el esquema metodológico propuesto ya en la introducción, en el que se distingue entre parámetros de la constitucionalidad (parámetro mejor que sujeto: esta última expresión es equívoca y puede desorientar al lector), objeto, órgano, procedimiento y efectos.

Reflexión dogmático-jurídica

Quiero terminar con unas palabras sobre el autor y respecto al grupo profesional en el que yo le sitúo. Pedro Cruz es un excelente joven jurista que con su timidez y modestia casi logra disimular su apasionado interés por el Derecho Constitucional. Su obra tiene (como su anterior libro sobre el Estado de sitio) mucho de historia del Derecho y de Derecho comparado. En esos márgenes sitúa su reflexión, que es puramente dogmático-jurídica. Hace quince años había en España pocos constitucionalistas de estas características.

RESUMEN

Esta obra de Pedro Cruz Villalón, que comenta el presidente del Tribunal Constitucional, Francisco Tomás y Valiente, cuenta analíticamente los tanteos, frustraciones y éxitos en el difícil proceso de «formación del sistema europeo de control de constitu-

ción», en palabras exactas del profesor Cruz. Hoy día este sistema existe y está asentado con firmeza en Austria, Alemania, Italia, Portugal y España, y es la historia polémica y compleja de cómo se formó el sistema lo que se recoge en este libro.

Pedro Cruz Villalón

La formación del sistema europeo de control de constitucionalidad.

C.E.C., Madrid, 1987. 470 páginas. 1.700 pesetas.

Acerca del sentido de la Filosofía

Por Emilio Lledó

Emilio Lledó (Sevilla, 1927) es catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad de Distancia, ha sido docente en las universidades de La Laguna, Barcelona y Heidelberg, y «fellow» de Wissenschaftskolleg, «Institute for Advanced Study», de Berlín. Entre sus libros se encuentran Filosofía y Lenguaje, El epicureísmo y La memoria del Logos.

Con una cierta periodicidad, en el centro de ese conjunto de saberes que ha dado en llamarse Filosofía, se plantean problemas sobre el sentido, fundamento e, incluso, utilidad de lo que «hacen» los hombres que a ella se dedican. Desde los orígenes griegos la pregunta que formula «¿para qué filósofos?», «¿qué hacen los filósofos?», ha acompañado a los escritos que cuentan este «hacer». En cada época, sin embargo, las posibles razones que sustentan tales incertidumbres han surgido de diferentes perspectivas. Pero, tal vez, el denominador común que articula la inseguridad filosófica no sea otro que su dificultad por encontrar en la praxis, en la actividad real, la culminación de sus empresas. Es cierto que hay saberes «teóricos» que, en principio, no parecen tener que ver con lo real; pero siempre esos saberes vienen de lo real como experiencia, o van hacia lo real, como modificación técnica de la naturaleza. El último horizonte ante el que se desplaza todo producto de la mente no es otro que la vida, la realidad de los hombres, y todo lo que éstos producen acaba siempre por insertarse en la naturaleza que los constituye y de la que son parte.

En nuestra época, la vieja aporía ha adquirido una especial radicalidad. La llamada sociedad tecnológica ha extremado el pragmatismo de sus productos, y la ontología tradicional que organizaba sus reflexiones en torno al ser ha sido desplazada, según se dice, por los «ideales» de una sociedad en la que predomina el «tener» sobre el «ser», la «aparición» sobre la «esencia». El Ser y las Ideas que lo representaban recogían ecos teológicos que parecen no encajar en la época de plena secularización, como se ha definido la nuestra; aunque, paradójicamente, en el cielo conceptual de nuestro tiempo flotan restos de un pasado ideológico que todavía sirve para disimular la ferocidad de determinados intereses.

La reflexión crítica sobre el sentido de la Filosofía ha acentuado, en nuestro siglo, otra variante que ya había surgido con las viejas disputas de escuelas. La crisis se ha presentado, en el seno mismo de la Filosofía, como un enfrentamiento entre distintas formas de entenderla. Por supuesto que esa pugna de escuelas no ha acabado todavía; pero está apareciendo, en el horizonte filosófico, la saludable necesidad de superar una buena parte de aquellas diferencias «escolásticas». La aceleración histórica, que digiere sus productos antes, incluso, de que el sistema de la moda haya agotado sus posibilidades de uso, descubre la implacable ley de la temporalidad. Esta ley, además de hacer envejecer al hombre y a sus obras, nos sirve también para aprender a mirar, en la perspectiva de un tiempo nuevo, todo lo que, en otro tiempo, tuvo el sentido del que hoy ya carece. El aprendizaje de lo efímero es una de las grandes experiencias de nuestra condición temporal. Pero también la aceptación de ese hecho ha impulsado al hombre a inventar lo «clásico», o sea aquello que es capaz de seguir reviviendo en la memoria. Este revivir consiste en servir de estímulo para nuevos proyectos ideales o vitales y volver a existir en el aliento de otros individuos. Hacer existir el pasado en el mundo ideal es mucho más importante aún que escuchar el latido de cada presente. El aire del tiempo histórico que, abstractamente, se transmite con la escritura, arrastra más experiencias, ofrece más perspectivas, que el limitado espacio de cada presente.



ALBERTO URDIALES

La reflexión crítica sobre los fundamentos en los que descansa la Filosofía puede servir, también, para otear el horizonte de lo que, de una manera un tanto imprecisa, puede denominarse el «espíritu del tiempo». Esta reflexión tiene que hacerse cargo de la historia de la Filosofía. En esa historia aparecen, sobre todo, aquellas obras «clásicas», y, por ello, destinadas a revivir en la sucesiva memoria. Como historia de la Filosofía, el pasado se presenta como una serie de libros a los que atribuimos la pertenencia a una época, y a los que acompañamos con un determinado sistema de referencias culturales; pero que únicamente «viven» en su incorporación a la experiencia concreta de cada lector. La existencia «real» de la historia no tiene lugar más que en la mente que percibe esa forma de lenguaje por cuyo cauce llega. Todo actúa, única y exclusivamente, en el presente de cada lector. El modelo filosófico que se plasma en un escrito, sólo revive como lectura. Y leer es «energía» y tiempo. Los ojos se acomodan a la luz y ésta recrea, a través de los infinitos puntos de consciencia, la letra, la sílaba, la palabra, la frase, el texto. La memoria permite conservar todos esos puntos en un proceso creciente que llega hasta la inteligencia de ese «objeto» visual. Inteligencia quiere decir incorporación en el sujeto de una nueva forma ideal, alimentada por el acto de lectura, que no es sino una «temporalización», una «vivificación» de lo muerto en el escrito, de lo inerte en él. Este complicado proceso, en el que no sólo la Filosofía sino toda la cultura se hace presente, parece indicar un predominio del tiempo del sujeto que, en los ojos de cada lector, ilumina la oscuridad de la historia.

El libro editado por Gianni Vattimo indica ya en su título, *Filosofía '87*, esa urgencia de la temporalidad: una especie de almanaque filosófico que evoca el latido del tiempo de la Filosofía. Después de la Introducción de Vattimo, el libro está dividido en dos grandes apartados: «La tradición plural» e «His-

toria y Destino». El primero de ellos está compuesto con colaboraciones de O. Marquard, D. Marconi, G. Giorello, S. Rosen y R. Rorty. En el segundo apartado escriben G. Carchia, F. Wahl, G. Gargani, G. Marramao, F. Vercellone y el mismo Vattimo, que cierra la obra con un trabajo sobre la «Ontología de la actualidad». Entre los muchos aciertos de este libro está, sin duda, la calidad y originalidad de sus colaboradores, que han sabido marcar una frontera nueva en el intrincado terreno de la Filosofía hoy y, sobre todo, sugerir planteamientos desde los que descubrir otros territorios que las ya trilladas parcelas de la tradición filosófica. Una nueva mirada, además, hacia esta tradición que se presenta como «historia de la Filosofía» puede arrancar experiencias inéditas de unos textos en los que, frecuentemente, una sesgada manipulación o torpeza historiográfica ha acabado por hacer enmudecer.

Historia y Teoría

El argumento que da coherencia al desarrollo de este Anuario es el estudio de la supuesta oposición entre «Historia y Teoría», entre un pensamiento que pretende reivindicar espacios de saber total y totalizador, como el que pretendieron los viejos sistemas, o una filosofía que sólo encuentre camino consolándose en una «cura arqueológica».

Vattimo había ya dedicado su *Filosofía '86*, con la que iniciaba la publicación de estos espléndidos Almanques, a un análisis del concepto de «secularización». Una sociedad secularizada empieza a apartarse de los viejos principios que encarna la metafísica más o menos tradicional. Sin embargo, el concepto de secularización no parece haber hecho, todavía, pie firme en nuestra época. El viejo sueño del pensamiento ilustrado —fraternidad, racionalidad— está muy lejos aún de haberse realizado. Por el contrario, los antiguos

principios metafísicos que habían suplido el lugar del «orden divino», al parecer perdido —el famoso tema de la «muerte de Dios»—, han sido hoy desplazados por «otros» dioses y por «otras» metafísicas. Ni Dios, ni los supuestos principios metafísicos que lo sustituyeron, murieron nunca. Y no murieron, porque tampoco habían «vivido». Su vida era la vida de los hombres que los utilizaba, los interpretaba, los manipulaba, para compensar así su soledad, su indefensión, su necesidad de dominar ideológicamente, o sea mentalmente, a los otros hombres. Y esta vida era, históricamente, inmortal.

En un contexto diferente, Rorty, describiendo los cuatro géneros de historiografía filosófica, plantea, entre otras cosas, las formas de plena secularización, en este caso, de asimilación del pasado, por el que pugnan el historiador que busca descubrir significados («meaning»), posibles «intenciones» del autor, y el filósofo indagando significaciones («significance»). A esta diversificación de las perspectivas subyace una común estructura. La «koiné» hermenéutica, que tan certeramente ha descrito Vattimo, manifiesta un rasgo distintivo de nuestro tiempo: la apertura al mundo como diálogo, como «intercomprensión». En una sociedad inundada de mensajes, de estereotipos y «logotipos», donde impera infinitamente el decir (informar) sobre el entender, y el ver sobre el preguntar, la apertura hermenéutica, las formas nuevas de sentirse «diálogo», son imprescindibles para mantener alerta la vida, que es, fundamentalmente, consciencia creadora. Porque el preguntar, que constituye la «estructura profunda» del diálogo, es la manifestación de la posibilidad y, por consiguiente, la liberación ante la amenaza del mundo histórico, del presente histórico, apelmazado en apariencias y en mensajes dominantes.

El interrogar, sin embargo, puede provocar una situación angustiosa cuando no hay interlocutor, o cuando la pregunta jamás será atendida, ni siquiera oída. Toda pregunta se dirige siempre a alguien que puede respondernos, que puede equilibrar con su respuesta el desequilibrio inherente a toda interrogación.

La vida humana está configurada por la inseguridad creadora de ese desequilibrio. Una sociedad que, por el predominio y el exceso de sus incesantes mensajes, destruye la posibilidad de interrogar, es una sociedad en peligro. Marquard, en su colaboración, sostiene con optimismo que la Filosofía, las «ciencias del espíritu», permiten abrir senderos en el satinado y escurridizo territorio de la «hiperinformación». En la «inexactitud» de la Filosofía consiste, precisamente, una de sus más estimulantes virtudes. La «inexactitud» es continua posibilidad de interrogar; de que el mundo aparezca desde perspectivas múltiples, y de orientarse ante ellas.

La lectura del pasado filosófico tiene que hacer juego con la posibilidad. Aunque el saber filológico, que pretende determinar el «único» sentido de esta lectura, haya de ser riguroso y preciso, esa misma rigurosidad y precisión deja abierto el camino para el inacabado diálogo con la variedad y con la búsqueda de ese utópico mundo de «intenciones» que, por muy problemático que sea descubrirlo, constituye el filtro donde, más o menos conscientemente, fluyen las tendencias y las incidencias de cada tiempo.

Al comienzo del libro, Marquard plantea una cuestión problemática que podría formularse en los siguientes términos: «Cuanto más moderno se haga el mundo moderno, tanto más imprescindibles serán las llamadas ciencias del espíritu» (pág. 9). El carácter aparentemente paradójico de esa tesis supone un fuerte reto para justificarla. Frente a otras épocas, la nuestra está alcanzando una cota muy alta de pragmatismo, fomentado incluso en determinadas instituciones oficiales que,

Viene de la página anterior



con una incomprensible falta de sensibilidad y una absoluta torpeza, consideran superada la clásica distinción entre «ciencias de la naturaleza» y «ciencias del espíritu», con la definitiva extinción de estas últimas. Ni siquiera quedaría, para las «ciencias del espíritu», el leve resquicio que permite entrever la jugosa anécdota, que recuerda Marquard, cuando alguien preguntó al gran físico danés Niels Bohr, al ver sobre la puerta de su casa de campo una herradura: «¿Un científico de su categoría cree en estas cosas?», y a lo que respondió Bohr: «Obviamente no, pero me han asegurado que las herraduras son eficaces, aunque no se crea en ellas.»

Naturaleza y espíritu

La separación de estos dos territorios no es muy precisa e, incluso, podría ocurrir que no existiera. Es verdad que hay una cierta diferencia entre lo que se llama «naturaleza» y lo que se llama «espíritu»; pero sin querer entrar en detalles semánticos, la trivializada división es absolutamente inadecuada. Sólo existe el hombre, en medio de una naturaleza que es él mismo. Todo lo que produce la naturaleza humana, literatura, arte, filosofía, es tan naturaleza y tan humana como la química orgánica, las matemáticas o la física cuántica. Todos los productos de la cultura están enraizados en la esencia misma del «animal que habla», y es él el único principio, sustento y justificación de todas sus obras, fruto de su *Logos*, o sea de su cerebro.

En el hombre, el «comprender», aunque suponga frecuentemente un desarrollo de facultades lógicas, está ceñido por un territorio mucho más extenso y en cuya plenitud se constituye. Y ese territorio opera continuamente en lo que produce. Es posible que, como comprueba Marquard, en las supuestas ciencias experimentales, los experimentadores sean intercambiables. «La neutralización del mundo de la vida supone, pues, la renuncia metódica a los universos históricos de los que el experimentador proviene. Esto es un síntoma de la modernización, que sustituye al mundo «original» por un mundo de cosas verificadas experimentalmente y producidas técnicamente.» Sin duda que es ésta una importante diferencia que uniformiza el mundo de la vida convirtiéndolo en «cosa, objeto exacto, instrumento técnico, producto industrial, mercancía valuable económicamente» (págs. 10-11).

Este proceso de uniformidad que ha sido observado por filósofos y sociólogos, arrastra consigo una delicada cuestión que podría ser objeto de un detenido análisis. En primer lugar porque no se si es ya un tópico semicientífico el de que los experimentadores que elaboran ese mundo técnico estén tan «neutralizados» como se dice. Los ojos y la mente que miden y analizan no son intercambiables, y si lo son, esa intercambiabilidad es absolutamente insignificante. La Institución en la que se desarrollan las «experimentaciones» es quien orienta, determina y promueve, en gran parte, su quehacer. Por el imperio de ese mecanismo institucional, el «inofensivo» experimentador queda «desneutralizado». Es cierto que las ciencias que, exactamente, trabajan con lo real tienen sus leyes y metodologías; pero la utilización de esas leyes está hoy ya condicionada por los aparatos institucionales, desgraciadamente menos asépticos que los tubos de ensayo o los aceleradores de partículas. La «Institución» presenta el nuevo rostro de la desaparecida historia. Y esto es todavía más grave que la, en el fondo, imposible neutralidad. El mundo se homogeneiza; el científico se neutraliza; pero los motores de esa homogeneización y neutralización son fuerzas muy «diferenciadas» que interfieren, decididamente, la idílica asepsia e inocencia científica.

Ante ese mundo de la supuesta ciencia de la naturaleza, que exige del individuo una pro-



ALBERTO URDIALES

blematía «indiferencia», las ciencias del espíritu, o sea de aquel conocimiento que existe esencialmente como lenguaje, abren el dominio de la «no-neutralización». El lenguaje de la experiencia inmediata con la naturaleza puede ser el lenguaje de la univocidad, el lenguaje de la exactitud; pero, ante la opaca manipulación institucional, el saber de la historia de la Filosofía, y el lenguaje que lo expresa, permiten ver, en su aparente «inexactitud», la compleja vida del pensamiento.

Stanley Rosen abre su colaboración planteando el significado del término «empirismo». «Lo empírico es una creación, una creación necesaria porque, con la modernidad, la naturaleza ha perdido su sustancia» (pág. 66). El texto filosófico en el que se condensa la experiencia del pasado sólo se comunica, en principio, como lectura. Pero el término «leer» es extraordinariamente problemático. Su análisis es, sin embargo, una tarea fundamental en la renovación de la Filosofía. Leer es la «posición» de un tiempo vivo que hace latir, otra vez, el tiempo de la historia. Pero leer es comprender. Suponemos que, para esta comprensión, una tesis orientadora sería «pensar los pensamientos del autor tal como él los ha pensado, y pensar lo que el autor ha dejado no pensado o no dicho» (pág. 72). Sin embargo, estas reglas aparentemente tan elementales nos sumergen en complicados análisis para determinar el sentido del término «leer». Efectivamente, no podemos «leer» la «intención» de un autor, como no podemos «leer» su cerebro, su personalidad. El medio en el que, únicamente, es posible semejante utópica operación es el «texto», la escritura. Las páginas escritas constituyen el elemento en el que aparece ese problemático concepto de «contenido filosófico, que no es un conjunto de pensamientos que debamos reproducir de manera exacta. Tampoco es una especie de versión preliminar o fallida de algo que debamos pensar por nuestra cuenta, sino que debe ser una versión esencial de aquello que se nos ofrece para pensar» (pág. 73). En la lec-

tura tiene lugar esa «fusión de horizonte», donde la tradición que el texto aglutina se transforma en la mente del intérprete. Sólo esa transformación permite la aproximación al contenido. En ese contenido no hay, únicamente, problemas «técnicos». El impulso que pone en marcha a la Filosofía es distinto de aquello que aparece como «objeto de investigación». Por consiguiente, reducir a «técnica filosófica» los textos es, paradójicamente, violentar su sentido. La Filosofía no es un comercio académico, aunque, en la mayoría de los casos, el pensamiento filosófico sólo discurre entre los muros de la Institución (universidades, escuelas, etc.) que la cobija. Precisamente, en el mundo de la homogeneización y la información, «el conformarse con el aspecto técnico de una doctrina, no es filosofía» (pág. 78). Pero ¿puede hoy desprenderse el saber filosófico de esa pesada losa que lo ha convertido en «disciplina» filosófica? Por eso insiste Rosen en que el término «reconstrucción» del pasado filosófico es un término aceptable y que ha de llevarse a cabo «con una mezcla hábil de imaginación y competencia». Sin embargo, esta liberación de la «objetividad y tecnología» que convierte al texto en «manual», se podría prestar a lo que llamaríamos interpretación «a neurona libre», que en el campo

filosófico ha producido una bibliografía deleznable. La imaginación y «enérgica» interpretativa tiene que revelar la doble dimensión del texto filosófico, que lleva de la lectura precisa a la «existencia», del ser filósofo al ser hombre (pág. 78).

La crisis filosófica de nuestro tiempo hace posible la búsqueda de un sendero en el que se integren esos dos aspectos. En este sentido, y aun coincidiendo con la necesidad de alejarse de la grandilocuente voz de un lenguaje metafísico, que resuena sólo en la hierática campana de su total vaciedad, el pensamiento contemporáneo tendrá, al parecer, que convertirse en un «pensamiento fuerte», que aborde, inmediata y decididamente, ese mundo de imágenes, de estereotipos, de alienaciones que debilitan la elemental y, por eso, fuerte función del pensar.

El pensamiento no se origina, pues, de una presunta reflexión interna que tuviese a su disposición «objetos cognitivos». No existen tales objetos como algo «ahí fuera», ni siquiera en el texto, «ni existe algo así como un pensamiento que nazca linealmente de otro pensamiento que, a su vez, tenga como origen un pensamiento oculto que haya que traer a la luz» (Gargani, pág. 155). Estas perspectivas sumergen a la interpretación en el verdadero mar de los problemas, cuya superficie se ha congelado bajo los maltratados vecicuetos de la tradición. Los problemas filosóficos son el mar vivo de los «eventos» de esa comunidad simbólica que constituye el género humano. Comunidad en la que actúan «signos, rasgos, ecos mentales, creencias, deseos que constituyen nuestra mente» (pág. 155) o, como diría Aristóteles, «pasiones, destino, violencia, suerte» (Ret., I, 10, 1369a). La mente se convierte, así, en un «evento», en una «circunstancia», donde la vida individual está atravesada por los vectores de la vida colectiva.

La historia de la Filosofía adquiere entonces una dimensión creadora que, desde el pasado, orienta su propio destino. Esta orientación no puede, sin embargo, definirse si no es en función de una vida colectiva que, como la nuestra, tiene hoy necesidad de una radical distinción, entre la apariencia y la realidad. Asoma aquí una vez más, el compromiso con una filosofía de la sospecha que, en el espacio del pensamiento actual, no es sino la no sumisión ante la máscara, cuando es el rostro real de la sociedad el que debemos contemplar.

Con razón ha planteado Vattimo, en el ensayo con que se cierra el libro, los problemas de una nueva ontología. Una ontología que conduzca a un conocimiento del hombre que no sólo lo describe, sino que pone los medios para evitar su creciente alienación. Una real lucha por el «demos», cuya primera batalla sería la de aventar los fantasmas grotescos de la magia irracional que inunda una buena parte de los mensajes y los comportamientos y que, extrañamente, emergen e incluso se cultivan en el momento en que se alaba el imperio de la racionalidad tecnológica.

El libro editado por Vattimo es una fuente continua de reflexión y un extraordinario estímulo para el diálogo. Apenas puede hacer justicia a su interés y «fuerza» esta escueta glosa. □

RESUMEN

Desde que aparecieron los filósofos, éstos se han preguntado sobre su utilidad, sobre el sentido último de la filosofía; y si esto se ha dado siempre, desde los orígenes griegos, hoy la inseguridad filosófica es mayor, ha adquirido una especial radicalidad en una época tecnológica como la nuestra, en la que

el «ser» y las «ideas» no parecen encajar en sociedades secularizadas como las presentes. Gianni Vattimo ha dirigido una obra que ya expresa desde su título esa urgencia de la temporalidad: se trata, comenta el profesor Lledó, de una especie de almanaque filosófico que evoca el latido del tiempo de la filosofía.

Gianni Vattimo (ed.)

Filosofía '87

Laterza, Roma-Bari, 1988. 232 páginas. 18.000 liras.

La flecha del tiempo

Por José Ferrater Mora

José Ferrater Mora (Barcelona, 1912) ha sido profesor de Filosofía en Estados Unidos, país en el que reside. Es autor de diversos trabajos filosóficos como Diccionario de filosofía, De la materia a la razón y Ventana al mundo. Entre sus libros literarios figuran las novelas Claudia, mi Claudia, Hecho en Corona y El juego de la verdad.

Stephen W. Hawking es, sin duda, uno de los más grandes físicos de nuestra época. Es, además, una persona de envidiable coraje. Atado a su silla de ruedas, sólo puede comunicarse —y no fácilmente con cualquiera— mediante un ordenador diseñado especialmente para él. Sin embargo, la actividad de Hawking como profesor, conferenciante e investigador es asombrosa. Su primer libro para el gran público, *A Brief History of Time*, ha sido un «best-seller»; es de esperar que se convierta también en un «long-seller». Su contenido y la autoridad de su autor lo hacen merecedor de que sea ampliamente leído.

Siendo un libro para el gran público —por lo menos para el gran público comprador, que no siempre coincide con el gran público lector—, la obra de Hawking no contiene ninguna fórmula matemática, salvo la ya popular ecuación de Einstein, y aun así sin valores específicos. La gran mayoría de físicos y cosmólogos piensan que un libro horro de ecuaciones que aspire a dar cuenta de nociones físicas complejas es poco recomendable primero porque con él se induce al lector a que entienda algo que, en puridad, no entiende y, segundo, porque poco parece poder decir un libro relativo a una ciencia en la cual una parte sustancial de la investigación consiste en transformaciones de ecuaciones para ver si alguna de ellas explica más que otras y es oportunamente confirmada por la observación.

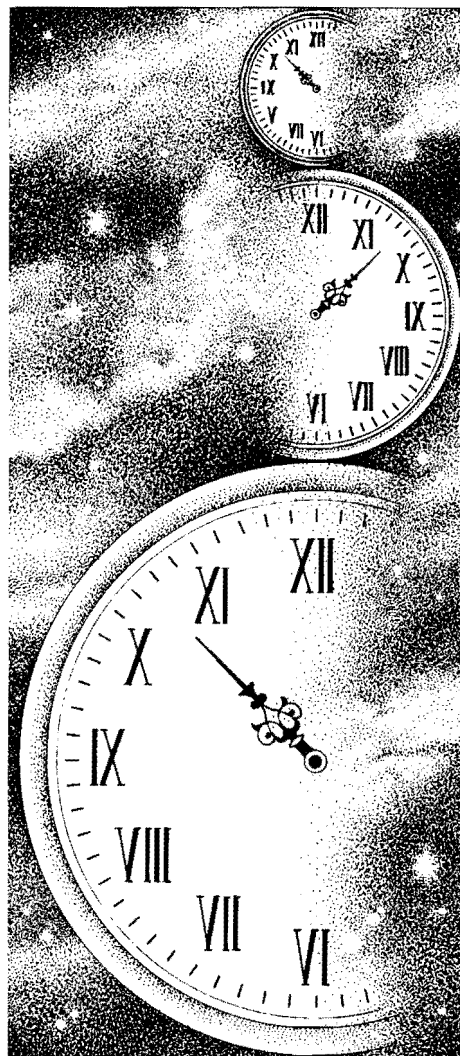
En esto hay sólo una parte de verdad. Sin ecuaciones en física y, en general, en ciencia, algo se pierde. Pero si se quiere ser accesible al gran público —y hasta a cierto número de «pequeños públicos»— en esta materia, no hay más remedio que proceder de un modo similar al de nuestro autor y eliminar las fórmulas, o reducirlas a un mínimo, a menos de poseer un talento expositivo tan excepcional que el autor sea capaz de «vulgarizar», sin por ello deformar, una ciencia. El talento expositivo de Hawking es alto, pero no mayor que el de otros autores menos conocidos. De hecho, hay que releer algunos párrafos de su libro, y no necesariamente sólo porque lo tratado en ellos sea difícil, cosa perfectamente normal, sino porque no son siempre todo lo claros que sería de desear. Por ejemplo, en el importante capítulo 9, acerca de «la flecha del tiempo», y a propósito de la segunda ley de la termodinámica y del aumento de desorden o entropía, Hawking indica que de tener lugar ese proceso en sentido inverso, es decir, de pasarse de estados más desordenados a estados más ordenados, lo que ocurriría es que en vez de caerse al suelo y hacerse trizas una copa que se había depositado sobre una mesa,

los pedazos rotos de la copa se «recompondrían» y el proceso terminaría con una copa entera sobre la mesa. Se habría pasado del desorden al orden, del presente al pasado. Concomitantemente (o, mejor dicho, concurrentemente), los seres humanos que habitasen un universo con una «flecha del tiempo» dirigida en sentido inverso al «normal», experimentarían sus estados mentales psicológicos hacia atrás. Perfectamente. Pero acto seguido se lee: «Esto es, recordarían acontecimientos en el futuro y no recordarían acontecimientos en su pasado. Cuando la copa se rompió, la recordarían en su estado encima de la mesa, pero cuando estaba encima de la mesa no la recordarían como estando en el suelo.» Ahora bien, esto no es tan transparente como sería de desear. Para empezar, parece enunciar lo contrario de lo que se pretendía. Luego, las imágenes de la dirección del pasado hacia el futuro y de la dirección del futuro hacia el pasado, ya un poco gastadas, inducen a confusión —como induce a confusión inclusive la propia imagen de «la flecha»—. En puridad, los conceptos de pasado y futuro tendrían que ponerse aquí en cuarentena para ser minuciosamente aclarados.

Al igual que muchos científicos eminentes, Hawking se embarca en algunas reflexiones un tanto precipitadas. Así, afirma sin más que «la tradición aristotélica» (una expresión ya de suyo muy brumosa) mantenía que se podían conocer las leyes que rigen el universo mediante el pensamiento puro y que no era necesario llevar a cabo observaciones. Bueno, inclusive dentro de «la» tradición aristotélica, los hubo que sí, y otros que mucho menos, y hasta algunos que de ninguna manera. En lo que se pueden considerar como apéndices —dos páginas sobre cada uno de los tres más ilustres nombres en física: Einstein, Galileo y Newton, en este orden— se lee que Newton descubrió el cálculo mucho antes que Leibniz (aunque publicara su obra introduciendo las «fluxiones» y su cálculo mucho después). Bien: la cosa no es tan segura, pero como lo contrario, a despecho de los leibnizianos, no es tampoco seguro, mejor sería abstenerse de un juicio tan contundente y aguardar a que las investigaciones históricas permitieran conclusiones algo más probables.

Tal vez arrastrado por su propia intención de escribir, o dictar, un libro para un gran público, Hawking cae en un vicio bastante común en autores de lengua inglesa y especialmente extendido en los Estados Unidos (los científicos que no son anglosajones, o no usan el inglés en escritos de su especialidad para el gran público, no suelen exhibir esta tara, pero manifiestan otras acaso peores): el de confundir la ingenuidad con el ingenio. Por ejemplo, nuestro autor escribe que si se proyecta una película donde aparezca la ya citada copa cayendo al suelo, se sabrá que se proyecta al revés si se ve ascender la copa del suelo a la mesa, y ello porque estas cosas no suelen suceder en la vida diaria. Si se observara en «la realidad» la inversión del proceso, comenta Hawking, los fabricantes de piezas de cristal o, en general, de productos frágiles, «tendrían que cerrar sus negocios». Se supone que el lector debe sonreírse pensando en lo chusco que esto sería y en lo entretenido que

tes hoy en cosmología. Ferrater Mora, filósofo, comenta —y si es preciso no regatea desacuerdos— un libro de un físico. No hay que extrañarse de ello: en sus mejores momentos, nos recuerda Ferrater, física y filosofía han constituido dos aspectos de un solo cuerpo teórico.



FRANCISCO SOLE

es el ejemplo. Cosa similar ocurre con la idea de que si se pudiera observar el futuro, podría uno hacerse rico en la Bolsa. Por otro lado, Hawking da a veces en el clavo para evocar o sugerir muy efectivamente la característica principal de alguna teoría particularmente complicada. Un ejemplo de ello es su sugerencia de que la explicación de la formación y transformación de agujeros negros da la impresión de que se trata de una serie de operaciones llevadas a cabo por algún fontanero de genio.

Dadas las precedentes observaciones, el lector de esta reseña podría concluir que el libro de Hawking no merece tantos plácemes como los que ha recibido. Esta conclusión sería precipitada. Sucede exactamente lo contrario: es un libro de alto valor y de acendrada calidad. Por eso, y sólo por eso, es una lástima que no sea perfecto en todos los órdenes.

Las ideas centrales

A despecho de su brevedad (182 páginas más cinco páginas de un útil «Glosario»), la obra de Hawking trata prácticamente de todos los temas —y todos los debates— hoy importantes en cosmología. De ellos destacan cuatro, objeto de otros tantos densos capítulos: la teoría (o teorías) de los agujeros negros (en rigor, dos capítulos), el origen y destino del universo, la «flecha del tiempo» y la unificación de la física (de las teorías físicas). Podría pensarse que los tres primeros temas conciernen a la realidad y el último a la teoría de la realidad, pero esto no sería exacto. En las alturas en que se mueve Hawking, así como muchos físicos y filósofos de la ciencia realmente al día, la distinción no es, ni puede ser, siempre clara. El que se propugne o se rechace una «unificación» de teorías físicas no es ajeno a los modos como estas teorías son interpretadas y hasta a los modos como se constituyen.

Me limitaré a poner de relieve los dos primeros de los cuatro indicados aspectos: agujeros negros y «origen y destino del universo».

Hawking brinda una rápida y apretada historia del concepto de agujero negro, desde su postulación (menos el nombre) en 1783 hasta los últimos trabajos en este sentido, entre los que destacan los del propio Hawking (a menudo en colaboración con Roger Penrose). De estos trabajos cabe señalar dos importantes resultados: la variedad de tipos de agujeros negros y la idea de que algunos agujeros negros «no son tan negros como se ha dicho». Lo último es especialmente importante porque si algunos de los agujeros negros (o acaso todos) emiten cierta cantidad de radiación, hay que modificar a fondo la idea de que el desplome gravitatorio del universo es un proceso irreversible. Hay otras consecuencias importantes que resultan de las investigaciones de Hawking, pero aunque hubiera sólo la mencionada bastaría para exigir una reconstrucción teórica de partes sustanciales de la física cosmológica.

Es interesante advertir que sucede con la física de los agujeros negros algo que se reitera en las teorías sobre el origen y destino final del universo: que aunque ciertas teorías no son por el momento verificables, pueden, como escribe Hawking, arrojar luz sobre sus presuntos referentes. Por otro lado, la verificabilidad (o la falsabilidad) de ciertas teorías físicas es en muchos casos función del instrumental observacional disponible. La teoría sobre agujeros negros es un caso ejemplar de esta situación: a medida que se ha ido refinando dicho instrumental (o que se ha podido dar más completo y exacto sentido a ciertas observaciones), ha sido posible comprobar, o refutar, teorías que al comienzo parecían demasiado arbitrarias, y hasta demasiado absurdas, para que fueran aceptadas por la mayor parte de los científicos.

Entre las virtudes de Hawking destaca una: el sincero y leal reconocimiento de errores y omisiones. Ejemplos al respecto son la anécdota (págs. 130-132) relativa a la idea de «universo inflacionario» y la admisión de que la idea de una «condición límite» tanto en la expansión como en la contracción del universo puede muy bien no implicar aumento de entropía (pág. 150). Ello hace que haya que tomar muy en serio sus ideas sobre el origen y destino del universo, justa y precisamente porque son presentadas implícitamente como rectificables.

La idea central —como escribe Hawking, sólo «una propuesta», ya que «no puede derivarse de ningún otro principio»— parece ser la de «no límite» o «no borde» en una «superficie espacio-temporal finita». Según Hawking, esta condición, unida a una interpretación débil del principio antrópico (tan débil que apenas puede seguir hablándose de semejante principio), puede explicar, entre otras cosas, la forma unidireccional de las tres «flechas del tiempo»: la termodinámica, la psicológica y la que permite establecer una distinción entre el pasado y el futuro. Pero la propuesta de no límite puede explicar más que esto: «que hay una familia particular de historias (historias o procesos de desenvolvimiento del universo) que son más probables que otras». Al leer este párrafo (y otros del mismo libro), uno se pregunta si Hawking es un físico o un filósofo, pero esta pregunta es ociosa: en sus mejores momentos, física y filosofía han constituido dos aspectos de un solo cuerpo teórico. □

En el próximo número

Artículos de Miguel Siguan, A. Zamora Vicente, Claudio Prieto, R. Fernández-Carvajal, P. Cerezo Galán, José María Jover, Alberto Galindo y Angel Latorre.

RESUMEN

Stephen W. Hawking, uno de los más grandes físicos de nuestra época, imposibilitado de moverse y que utiliza un ordenador especialmente diseñado para comunicarse, es autor de un libro de divulgación sobre el tiempo en el que trata prácticamente de todos los temas —y de todos los detalles— importan-

Stephen W. Hawking

A Brief History of Time: From the Bing Bang to Black Holes

Bantam Books, Nueva York, 1988. 187 páginas.

Escribir y pensar en dos lenguas

Por Miguel Siguan

Miguel Siguan (Barcelona, 1918) fue catedrático de Filosofía en Santander y de Psicología en la Universidad de Barcelona, de donde es profesor emérito en la actualidad. Su actividad profesional y docente se centra preferentemente en la sociolingüística, el lenguaje infantil y los problemas del bilingüismo. Es autor, entre otras obras, de Educación y bilingüismo, Del campo al suburbio y Metodología para el estudio del lenguaje infantil (en preparación).

Si alguien puede ilustrarnos sobre los enigmas del bilingüismo y de lo que significa escribir en dos lenguas, éste debería ser ciertamente Julien Green.

Nacido con el siglo en el seno de una familia norteamericana por los cuatro costados, su infancia transcurrió en París, en un ambiente plenamente francés y no sólo en la escuela, sino también en su propio hogar donde sólo su madre le hablaba en inglés. Hasta tal punto fue modelado por su ambiente que a los doce años nos cuenta que «la revolución francesa era "mi" revolución y la derrota del 86 "mi" desastre nacional». Cumplidos ya los veinte años se trasladó a Virginia para seguir estudios universitarios y allí descubrió la tierra de sus antepasados y empezó a escribir en inglés. Cuando terminó sus estudios regresó a Francia y siguió escribiendo, pero ahora en francés, y el éxito de su primera novela selló su vocación de escritor. Entre las dos guerras Green se convirtió en una de las grandes figuras de las letras francesas. La ocupación alemana le llevó otra vez a los Estados Unidos y a volver a escribir en inglés, ahora sobre Francia. Pero esta segunda estancia también resulta un paréntesis y acabada la guerra regresa a su patria adoptiva, donde unos años después se le llama a formar parte de la Academia, la primera y única vez en que un ciudadano de un país no francófono —pues ha mantenido la nacionalidad estadounidense— se sienta entre los inmortales. Y en el crepúsculo de su larga vida ha publicado una colección de textos en las dos lenguas que domina —a la izquierda en inglés y a la derecha en francés—, con la particularidad de que todos han sido escritos y traducidos por él en distintas épocas y que la mayoría exponen consideraciones sobre el bilingüismo o sobre los problemas de la traducción.

No hace falta recorrer muchas páginas para tropezar con una afirmación explícita:



FRANCISCO SOLE

«Probablemente el bilingüismo es imposible.» Pero, ¿qué significa esta imposibilidad? La primera explicación nos la ofrece el propio Green. Cuando a causa de la guerra y siendo ya un escritor reconocido volvió a establecerse en los Estados Unidos, decidió escribir un libro sobre Francia, mezcla de recuerdos personales y reflexiones culturales. Empezó a escribirlo en francés, pero cuando llevaba escritas unas páginas se dio cuenta de que, dadas las circunstancias, el libro debía publicarse en los Estados Unidos y ser leído por los lectores norteamericanos, por lo que lógicamente debía escribirlo en inglés. Reemprendió la escritura y pronto se dio cuenta de que le estaba saliendo un libro distinto del que originalmente había pensado y ello simplemente porque lo escribía en otra lengua. De aquí dedujo que la lengua filtra y tamiza las experiencias y la manera de expresarlas de tal modo que incluso si la intención es la misma el contenido y el tono son distintos. Y Green ha dedicado muchas y deliciosas páginas a intentar apresar este «genio» de la lengua y a intentar caracterizar la diferencia entre lo que es posible decir en francés y lo que es posible decir en inglés.

La Biblia como inspiración

Pero las mejores páginas sobre las dificultades de la traducción se las ha inspirado la Biblia. Miembro de una familia anglosajona, pero profundamente católica, su madre le leía cotidianamente páginas de la Biblia en la traducción inglesa del rey Jaime. Incorpora-

do más tarde a los medios literarios franceses en la estela de la admiración por Péguy, formó parte de la generación de escritores declaradamente católicos: Claudel, Mauriac, Bernanos..., y compartió su común admiración por la Biblia; se familiarizó con el latín de la Vulgata y aplaudió los esfuerzos de los dominicos franceses por ofrecer una versión en francés actual de los textos sagrados. Y cuando aprendió el alemán, su modelo de lengua literaria era la traducción de la Biblia de Lutero. De modo que muy pronto sintió la tentación de aprender el hebreo para acercarse a la «verdadera» Biblia. Sus intentos juveniles en este sentido acabaron en fracaso hasta que ya en su madurez encontró un rabino escapado de la Alemania hitleriana que, después de haberse convencido de que sus intenciones eran «puras» y de que sentía por el texto el debido respeto, se prestó a enseñarle unos elementos de hebreo. Para ello le invitó a empezar aprendiendo de memoria el *Libro de Isaías*, y sólo cuando había memorizado largos fragmentos empezó a ilustrarle sobre el sentido de palabras y de frases, refiriendo cada vez su significado a otros párrafos del libro y del conjunto de la Biblia. Poco a poco Green se fue convenciendo de que cada palabra y cada frase son un mundo de significados que sólo adquieren sentido en el contexto de toda la Biblia y que cualquier intento de aislarlas, como fatalmente ha de hacer el traductor para verterlas a otra lengua, las deforma.

Bilingüismo imposible

La imposibilidad del bilingüismo significaría entonces que la obra literaria está indisolublemente unida a la lengua en la que fue pensada, la lengua que condicionó las experiencias en las que se apoya y las formas de expresión que utiliza. Aun admitiendo que puedan existir autores como el propio Green que a veces escriban en una lengua porque piensan y sienten en aquella lengua y a veces escriban en otra porque también piensan y sienten en esta otra. Un escritor así puede producir una obra literaria en una lengua y una obra distinta en otra lengua, pero lo que no puede es producir la misma obra en dos len-

guas distintas. En esta perspectiva diríamos que lo que no puede ser bilingüe es la obra literaria y tomando la afirmación a la letra que lo que no es posible es la traducción.

Pero la afirmación de Green sobre la imposibilidad del bilingüismo puede también entenderse referida no a la obra literaria forzosamente creada y anclada en una lengua determinada, sino a su autor, y significará entonces que es el sujeto humano, autor literario o no, el que no puede ser, estrictamente hablando, bilingüe.

Claro que no se trata de negar que un hombre pueda ser bilingüe en el sentido de conocer las dos lenguas en profundidad y de ser capaz de utilizarlas con plena eficacia, y el ejemplo del propio Green basta para demostrarlo. Pero es cierto que Green, como cualquier bilingüe, no domina exactamente igual las dos lenguas, sino que hay registros y zonas del vocabulario que le son más familiares en una u otra lengua. Y tampoco las usa exactamente en las mismas circunstancias ni para cubrir las mismas funciones, y esta diferencia funcional no sólo significa que para el sujeto de las dos lenguas no son intercambiables, sino que establece entre las dos un cierto desequilibrio y una cierta jerarquía. Una de las dos se utiliza en funciones íntimas y sirve de soporte a relaciones más personales y entrañables y puede considerarse, por tanto, como la lengua más propia del individuo, aunque la otra se utilice en funciones socialmente más prestigiosas.

Lengua materna

Green nos dice que también para él las dos lenguas no son intercambiables, y reflexionando sobre el tema se llega a la conclusión de que, a pesar de su inserción en la cultura y en la sociedad francesas, a pesar de su dedicación principal a la literatura francesa y de sus encendidos elogios a la lengua francesa, su lengua más propia es el inglés. Y llega a esta conclusión a partir de dos hechos: por un lado, porque el inglés es la lengua en la que le hablaba su madre, y por otro, porque todavía en su ancianidad, en los momentos de fuerte afectividad, espontáneamente pronuncia palabras o frases en inglés.

Antes de comentar su argumentación notemos que Green constituye un caso poco frecuente. No sólo para los monolingües, sino que para muchos bilingües la lengua principal es a la vez la lengua materna, la lengua de las relaciones más personales y la lengua usada con más frecuencia. Para Green, en cambio, el francés no sólo es su lengua de uso más frecuente, sino la lengua de la mayoría de sus relaciones personales. En su infancia hablaba en inglés exclusivamente con su madre y su madre murió cuando él tenía catorce años. O sea, que el carácter de lengua propia que concede al inglés resulta exclusivamente de ser su lengua materna en el doble sentido de ser la primera que conoció y de estar ligada a la figura materna. Pero leyendo las páginas autobiográficas de Green, la historia de sus primeras adquisiciones lingüísticas resul-

En este número

Artículos de

Miguel Siguan	1-2	Pedro Cerezo Galán	6-7
Alonso Zamora Vicente	3	José María Jover	8-9
Claudio Prieto	4	Alberto Galindo	10-11
Rodrigo Fernández-Carvajal	5	Angel Latorre	12

SUMARIO en página 2





Escribir y pensar en dos lenguas

ta más ambigua. Es cierto que en unos párrafos de gran lirismo evoca el sonido de la lengua de su madre, que mucho antes de que pudiese comprenderla le acompañaba y tranquilizaba en la noche. Pero en otros lugares habla de Jeanne, la niñera por la que sentía un cariño apasionado y que fue quien le enseñó a hablar en francés, y aclara que el francés fue la primera lengua en la que entendió el significado de palabras y de frases y la primera lengua en la que habló, bastante antes de que fuese capaz de hacerlo en inglés. No fue hasta su primer viaje a Estados Unidos, pasada la adolescencia, que se sintió plenamente cómodo en el inglés; pero de todos modos Green insiste en pensar que si en aquel momento su dominio del inglés aumentó tan rápidamente es gracias a una especie de connaturalidad creada por la voz materna.

Renunciemos, porque nos llevaría demasiado lejos, a cualquier escarceo analítico sobre estos recuerdos infantiles para referirnos al segundo argumento de Green: el hombre maduro que a lo largo de un día cualquiera habla en francés con sus amigos y conocidos y escribe en francés una obra literaria de alta calidad considera que el inglés es su lengua más propia y más personal porque en un momento de ternura o de indignación le brotan espontáneamente expresiones inglesas. Lo que equivale a considerar que la expresividad cuasi automática y cuasi impersonal que acompaña a una emoción es algo más profundo y personal que muchas horas de reflexión consciente o de comunicación íntima. No pretendo al decir esto enmendarle la plana a Green, sino que me limito a recordar que nuestro conocimiento del lenguaje verbal en la estructura y en el funcionamiento de la personalidad es muy limitado.

El lenguaje en la personalidad

Entre las muchas anécdotas que Green utiliza para apoyar sus comentarios cita el caso de un niño, hijo de una amiga suya, que un día preguntó a su madre: «Mamá, ¿cuando pensamos, pensamos con pensamientos o con palabras?» La madre, sin pararse a reflexionar, contestó: «Por supuesto, con pensamientos.» Pero en seguida empezó a dudar de su

respuesta y, cada vez más insegura, planteó la pregunta a un filósofo que conocía y que era nada menos que Jean Walh, el profesor de la Sorbona, quien le contestó: «Puede decirle a su hijo que no lo sabemos.»

Sabemos muy poco, ésta es la verdad, sobre la relación entre pensamiento y lenguaje. Somos conscientes de que la mayor parte de nuestra actividad mental ocurre en forma verbal; tenemos la impresión de que el lenguaje interior tiene una estructura sensiblemente distinta de la del lenguaje formulado al exterior y dirigido a otros, y sospechamos que el pensamiento abstracto, incluso si utiliza el lenguaje verbal, de alguna manera lo desborda. Y resulta sorprendente que los que han reflexionado sobre estas cuestiones hayan prestado tan poca atención al «experimento natural» que constituyen los bilingües y a su extraña capacidad de verter una misma cadena de argumentos en una lengua o en otra e incluso de cambiar de lengua en el curso de una argumentación sin perder por ello el hilo del discurso o la fuerza del razonamiento.

Pero cuando recordaba nuestro desconocimiento del papel del lenguaje en la estructura de la personalidad no me refería tanto a las relaciones entre pensamiento y lenguaje, sino a algo mucho más oscuro. Aprendiendo a hablar el niño adquiere, además de un medio de comunicarse con los demás, una determinada manera de ver y de organizar la realidad que le rodea. Pero al mismo tiempo aprendiendo a hablar el niño estructura su propia personalidad y se hace consciente de ella. Para empezar a entenderlo deberíamos reflexionar sobre lo que significa la adquisición del uso de los pronombres personales —la oposición «yo»/«tú»—, el empleo del masculino o del femenino para referirse a sí mismo, los comienzos de la expresión verbal de los propios deseos, el uso del imperativo y, en general, lo que conocemos como pragmática del lenguaje, y más adelante la constitución del lenguaje interior y la importancia de la formulación verbal de las decisiones y tantos otros hechos en los que la propia personalidad se nos manifiesta a través de vehículos verbales. Si de este papel del lenguaje en la estructuración de la persona humana, incluso en el caso del monolingüe, sabemos bien poco, mal podemos intentar asegurar qué es lo que

ocurre en el caso de un niño que aprende a hablar a la vez en dos lenguas. O en el caso no menos intrigante del joven que con una lengua propia bien establecida cambia de ambiente lingüístico y de relaciones personales y adopta progresivamente una segunda lengua hasta que un día descubre que su segunda lengua se ha convertido en su lengua principal.

Creación estética

Para una discusión a fondo de estos temas, los comentarios de Green ya no nos ayudan. El es un escritor y su preocupación por el lenguaje se centra en sus posibilidades respecto a la creación estética. Pero su ejemplo sí que nos sugiere un comentario al tema que acabo de plantear. Por su testimonio sabemos que hay un Green francófono capaz de escribir un libro en francés y un Green anglófono que con el mismo tema y la misma intención produce un libro distinto. Pero hay también un Green capaz de comparar los dos libros posibles, de apreciar sus valores respectivos y de decidirse por uno o por otro. Este Green se sitúa, por tanto, más allá de su doble expresividad verbal para compararla y juzgarla y no parece que sea necesario más para demostrarnos que el hombre, por mucho que se exprese verbalmente, no se agota en sus formulaciones verbales.

Y una última reflexión para terminar, ésta sí inspirada explícitamente en los comentarios de Green. En su segunda estancia en los Estados Unidos, Green emprendió y remató la traducción de toda la obra poética del ido-

lo de su adolescencia, Péguy. Hay que reconocer que para un hombre tan sensible a las dificultades de la traducción éste era un extraño proyecto, pues el francés de Péguy, y no digamos el de sus poemas, que Green considera una de las cimas de la poesía francesa, es una lengua única. Pero la razón por la que Green emprende esta «misión imposible» es transparente; para el católico fervoroso y que confía en una renovación del catolicismo, el mensaje de Péguy socialista y patriota, revolucionario y creyente, es tan válido en Francia como en los países anglosajones. Y éste puede ser el hilo conductor para entender lo que puede resultar más sorprendente en la personalidad del hombre Julien Green. Un hombre que ha insistido tanto en las diferencias irreductibles que separan las dos lenguas que domina y en la estrecha relación entre estas lenguas y las culturas igualmente irreductibles que se expresan a través de ellas, nunca ha vivido su doble pertenencia lingüística y cultural como un conflicto o una especie de esquizofrenia, sino que siempre ha circulado de una a otra sin dificultad y sin problemas. Así lo vivía en su infancia en el seno de una familia tranquilamente instalada a la vez en dos mundos y así lo ha seguido viviendo a lo largo de su vida. Porque lo que había aprendido en su casa era que había un conjunto de valores éticos, estéticos y religiosos que se mantenían intactos al pasar de un ambiente a otro. Por esto, en su ancianidad, Julien Green puede creer que si en alguno de sus viajes hubiese decidido quedarse en Estados Unidos su vida habría sido distinta y su obra literaria mucho más, pero fundamentalmente habría sido la misma persona. □

RESUMEN

Para Miguel Siguan, el caso del novelista anglofrancés Julien Green ilustra como pocos el enigma del bilingüismo, tema que ha escogido para su comentario a partir de un libro reciente de Green. Los textos de Green, en in-

glés y en francés, fueron escritos y traducidos por el propio escritor en distintas épocas de su dilatada actividad literaria y exponen consideraciones diversas sobre el bilingüismo o los problemas de la traducción.

Julien Green

Le langage et son double / The language and its shadow

Editions du Seuil, Paris, 1988. 400 páginas. 45 francos.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER/Leer
Revista crítica de libros

Fundación Juan March
Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Escribir y pensar en dos lenguas», por Miguel Siguan, sobre el libro <i>Le langage et son double / The language and its shadow</i> , de Julien Green	1-2
«Quinientos años de español», por Alonso Zamora Vicente, sobre el libro <i>El español hablado en la ciudad de Oaxaca</i> , de Beatriz Garza Cuarón	3
«Las cartas de Arnold Schoenberg», por Claudio Prieto, sobre el libro <i>Cartas</i> , de Arnold Schoenberg	4
«'El doctor Esperanza', sistematizado», por Rodrigo Fernández-Carvajal, sobre el libro <i>Ernst Bloch: ¿Un futuro sin Dios?</i> , de Manuel Ureña Pastor	5
«La hermenéutica como vía de pensamiento», por Pedro Cerezo Galán, sobre el libro <i>Du texte à l'action</i> , de Paul Ricoeur	6-7
«Los caminos de la dictadura», por José María Jover, sobre los libros <i>Radiografía de un golpe de Estado</i> , de Javier Tusell, y <i>La Dictadura de Primo de Rivera</i> , de María Teresa González Calbet	8-9
«Tres siglos de gravitación», por Alberto Galindo, sobre el libro <i>Three hundred years of gravitation</i> , de S. W. Hawking y W. Israel (eds.)	10-11
«Roma y los juristas», por Angel Latorre, sobre el libro <i>Storia del Diritto romano</i> , de M. Bretone	12

Quinientos años de español

Por Alonso Zamora Vicente

Alonso Zamora Vicente (Madrid, 1916) ha sido catedrático de Filología Románica de la Universidad Complutense y es secretario perpetuo de la Real Academia Española. Su bibliografía recoge temas filológicos y literarios tanto clásicos como contemporáneos: desde Lope de Vega a Cela, pasando por Valle Inclán. Es autor, además, de varios libros de narrativa.

Por todas partes nos acosa el anuncio de un próximo gran acontecimiento. En 1992, ya a la vuelta de la esquina, celebraremos los cinco siglos transcurridos desde que se puso el primer pie español en suelo americano. La fecha está tan traída y llevada que está a punto de convertirse en un vano reclamo. Tanto y tanto se jalea como remedio de los cotidianos males, que ya está al borde de la fácil broma la dichosa fecha. Sin embargo, el 92 servirá para recordarnos muchas cosas. Asistiremos a la resurrección fugaz de una España prolongada al otro lado del mar, y desmenuzaremos sus vías de gobierno, sus aciertos y sus fracasos. Nos volverán a hablar en todos los tonos de la organización de la justicia, de la vida universitaria, de los problemas de la Iglesia vireinal, de la Hacienda Pública, de las comunicaciones. No faltará un tiento a los juicios de residencia, por aquello de la ejemplaridad que tanto nos gusta airear... en cabeza ajena especialmente. Sí, habrá, ya las va habiendo, multitud de manifestaciones sobre la proyección y vida de lo español en América en estos últimos quinientos años, y de todos y de cada uno de estos trabajos (investigaciones sobre la vida cotidiana, las instituciones, el urbanismo, etc.) sacaremos, sin duda, gran provecho.

El estudio de la lengua

Pero habrá un aspecto de la penetración española en América que no sé si va a ser considerado como merecido. Me refiero al estudio de la lengua. Creo que, en este aspecto, bien valdría la pena dividir la posible tarea en dos direcciones. Una, recapitular y poner en orden, con comentarios oportunos y breves, lo hecho hasta ahora. Y otra, hacer un esfuerzo por ensanchar el área de los conocimientos sobre las diversas hablas americanas. Mucho es ya lo hecho, pero aún falta mucho más por hacer. Echando una rápida ojeada a los estudios sobre el español americano, vemos que, a partir de la década de los veinte, el estirón en esta clase de actividades, muy pronunciado estirón, comenzó en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, prolongación del pidaliano Centro de Estudios Históricos de Madrid. A partir de la dispersión española de 1939, le corresponde a Bogotá (Instituto Caro y Cuervo) y a México (Colegio de México) incorporarse al paisaje de la investigación lingüística. El resultado es hoy verdaderamente admirable. De un saber hecho a tentones —los copiosos vocabularios parciales de las diversas repúblicas— que aparecieron en el paso de los dos siglos (argentinos, peruanismos, chilenismos, etc.), llegamos a nuestros días, en los que ya tenemos excelentes Atlas lingüísticos (Colombia, Puerto Rico, México en avanzada elaboración y otros más) y series monográficas con muy importantes aportaciones. En varios casos ha habido colaboración estrecha de voces españolas en tan ingente tarea. Hoy quiero destacar cómo se han sumado a ella jóvenes investigadores de aquellas tierras atraídos por noble quehacer: el conocimiento del propio idioma. Lo que empezó a adquirir tonalidades de rigor con la llegada de la escuela de Menéndez Pidal, hoy presenta una lograda autonomía, acusados rasgos diferenciadores y frutos logrados.

Todo esto viene a propósito de la lectura de un precioso libro de Beatriz Garza Cuarón,

actual directora del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México. Beatriz Garza representa el tesón, la pulcritud exigibles a un investigador maduro y consciente. Ha convivido con los habitantes de la ciudad de Oaxaca y se detiene, en todas sus observaciones sobre el habla, en decirnos en qué nivel social se da el hecho lingüístico analizado, rasgo esencial cuando se intenta caracterizar una lengua en proceso de nivelación. Hace Beatriz Garza detenido examen de las características fonéticas y léxicas de esa parcela de la lengua española, y lo hace con exquisito tacto y delicada gracia expresiva. En fin, es un libro que formará parte destacada de los estudios dialectales referentes al español ultramarino.

Es verdaderamente asombroso comprobar cómo hasta apartados rincones del mundo hispanoamericano llegó el aliento de la expansión española. Y ese aliento llegó con una lengua, el vehículo de un estilo de vida, en el que predominaba la interiorización de la existencia toda, el vestir de dimensión personalizada cuanto quedaba fuera, al alcance de la mano o del ensueño. Es actitud que podemos saborear al repasar los datos referentes al léxico sexual, los insultos, la medicina casera, las denominaciones humorísticas de la cabeza... Leyendo los riquísimos materiales allegados por Beatriz Garza, ¿estamos allá, en la lejana Oaxaca, o aquí, en la tertulia cotidiana de la plaza mayor de un pueblo del occidente peninsular, o quizá en el pasillo de una Facultad, si se nos habla de lo que Beatriz llama «clase alta»? A este permanecer el ademán hispánico, permanecer de cierta manera, es lo que llamaba Américo Castro la huella del «gran vendaval del imperio». Lo decía él, nada sospechoso de palabrerías «imperialistas». La presencia en el habla oaxaqueña de multitud de viejas voces aún vigentes en amplias zonas del español europeo, con significado idéntico o muy próximo, sirve para iluminar la penetración y aceptación del léxico general, culto, en el habla de las clases directoras, que, a la vez que acercan su español al de otras comarcas, se alejan de la base colectiva, dotándola de significativos relictos, testigos de una realidad social en trance de extinción. De ahí que para entender bien el léxico americano hayamos de dejar en la cuneta nuestro viejo concepto del arcaísmo. Urge armonizar en este sentido las dos orillas del Atlántico. Y esta expedición por el español oaxaqueño ayuda a ello. Unos cortos ejemplos nos indican qué quiero decir.

Voces fluctuantes

La medicina moderna ha relegado «poder», «pus», a ciertos estadios culturales (aún era usual en la Península en el siglo XIX, y se conoce en hablas laterales), pero no ha podido evitar la vacilación en el género de la palabra generalizada, «pus». «Moretón», mancha morada en la piel, por un golpe, erosión, etc., nos extraña en el habla seriada actual, pero nos señala el camino del cambio cultural: «moradura», «morado», «moratón», «cardenal», «equimosis», «hematoma»... Quién sabe qué nuevo vocablo estará al acecho para designar tan sencillamente familiar contratiempo. Pues «moretón» tiene copiosa parentela en Extremadura, Andalucía, León, las tierras manchegas. Una ruta de análogos pasos ha seguido «resfrío», «catarrillo», «constipado», «comienzo de gripe». Ya el *Diccionario de Autoridades* lo calificaba de «vulgar y bajo». Todavía era literario no hace mucho: Gómez de la Serna lo empleó en *Automoribundia*. Se precipitó la definición del venerable *Autoridades*. «Descalabrarse», «hacerse una herida en la cabeza» («escalabrar», «escalabrarse», en el habla popular peninsular, hoy casi olvidado, quizá por la desaparición de las acreditadas «pedreas»), funciona como en la lengua clásica: Lázaro de Tormes nos habla de la herida en la cabeza en el episodio de la serpien-



MIGUEL ANGEL PACHECO

te, la llave, etc. Es un matiz que parece relegado a clases cultas en el habla oaxaqueña, como entre nosotros. Pero fue también 'herida o lesión ósea en cualquier otra parte del cuerpo', y así vive en la lejana Oaxaca. Ya a fines del siglo XVI, F. de Ocaña decía en su *Viaje americano*: «Pasa esta gente gran trabajo y mueren muchos indios de enfermedad, otros despeñados, otros ahogados, y otros descalabrados de las piernas, que caen.» Llama nuestra curiosidad en el habla mexicana el frecuente «esculcar», «registrar», «cachear». La voz vive hoy en otros lugares del Caribe y América Central. Y es conocida en España (Asturias y Andalucía). En todos los usos actuales subyace el antiguo valor de 'registrar, inquirir, buscar con diligencia y cuidado' (en algunos sitios significa 'mirar por el ojo de la cerradura', lo que añade el viejo contenido 'espíar'). El *Diccionario de Autoridades* ya la tachaba de «antigua y sin uso». Pues ahí la tenemos viva, tras un largo viaje, preñada de sentido. En el cotidiano «esculcar» a un delincuente o sospechoso de delito, que llena los periódicos, late todavía la lengua que llegó a América con los conquistadores: «Envía a ti varones y esculquen la tierra de Canaán», leemos en las primitivas versiones de la Biblia («esculca», «espía», «centinela», es frecuente en los libros de caballerías). También «desconsolado», «triste, muy triste», ha perdido ese matiz para la lengua general. Sin embargo, era uso de los viejos textos. Hay ejemplos en *La Celestina*, en Lucas Fernández, en Espinel. Juan del Encina dice en un inolvidable romance que todos hemos cantado alguna vez: «¿Qué de tí, desconsolado? / ¿Qué de tí, rey de Granada? / ¿Qué de tu tierra y tus moros?» La moda, con sus fluctuaciones, no ha podido arinconar del todo las viejas voces. Sobre ellas aparece superpuesto el léxico advenedizo, de modernidad rechicante: «brasier», «fichú», «suéter»... Pero al lado andan todavía la tradicional «cachucha» o la general «chamarra».

RESUMEN

El secretario perpetuo de la Real Academia Española, Alonso Zamora Vicente, piensa que tal vez, en la conmemoración en 1992 del V Centenario, el estudio de la lengua no tenga la consideración que se merece. Un estudio filológico sobre el español hablado en la ciudad mexicana de Oaxaca es motivo para hablar, en su artículo, de los cinco siglos de español ultramarino, de su estado actual y de su vitalidad.

Beatriz Garza Cuarón

El español hablado en la ciudad de Oaxaca, México. Caracterización fonética y léxica.

Colegio de México, México, D. F., 1987. 172 páginas.

En fin, se percibe, repasando las provincias léxicas que tan cariñosamente agrupa Beatriz Garza, la intensa hispanización del habla durante los siglos XIX y XX, es decir, el peso de la enseñanza, de la radio luego, de la televisión después. Ya no tiene más que un valor de erudición histórica la famosa cédula de Aranjuez, de 1770, en la que Carlos III decidió la rápida, forzosa y enérgica castellanización de todos los territorios. Ahora se percibe claramente que esa castellanización se viene haciendo, y quizá desde esa fecha, y se dirige, desde los centros de prestigio social de las nuevas repúblicas. La cédula real ha sido sustituida por la enseñanza nacional obligatoria.

Variedades locales

El estudio de Beatriz Garza abre un prometedor sendero para el mejor conocimiento de las variedades locales del español mexicano. Es de desear que la serie de tesis y estudios dedicados a temas análogos alcancen también este nivel de publicación, ya que de su manejo saldríamos enriquecidos (tesis de Estrella Cortichs, Raúl Avila, Gloria Bravo, etc.). Beatriz Garza reconoce que su libro es un primer panorama que destaca dónde está lo importante entre lo estudiado y qué aspectos del habla serán los más fructíferos y sugestivos en posteriores trabajos. Veo diáfana-mente las diferencias, fundamentalmente de actitud, ante la variedad lingüística. Hace un siglo, todavía Clarín se permitió aquella simpleza de decir que los españoles éramos «los dueños del idioma». Paseando por las páginas de Beatriz Garza, nos asomamos al ancho espacio rellenado durante este siglo último. El español de Oaxaca, ciudad emplazada sobre un complejo substrato de lenguas indígenas, está llamado a ser el unificador, la guía y norte de la relación social en la comarca, por su prestigio y por su superioridad cultural. Ya es impensable, como ocurría cuando Ramón del Valle Inclán hizo su primer viaje a México, manejar el sucinto folleto de José Sánchez Somoano (*Modismos, locuciones y términos mexicanos*, Madrid, 1892) en el que se recogían las palabras que, estaba seguro el autor, un español no iba a entender al llegar a Tierra Caliente (palabras que, por cierto, pasaron después a *Tirano Banderas*). Tan hondo es el cambio, tan vivo el intercambio, que ahora hemos de acercarnos al español americano dispuestos a ver, en el entramado de sus tensiones internas, la vida más fecunda y creadora de nuestra propia lengua.

Y ahora vuelvo a la celebración del tan socorrido centenario. Dedicar a la lengua la máxima atención, condensar en trabajos útiles su conocimiento, fomentar la publicación de investigaciones como la que ha dado lugar a estas líneas, pueden ser factores de inestimable eficacia en esa conmemoración. Al fin y al cabo, el gran territorio hoy vivo, entre los grandes territorios que constituyeron el ademán español en la historia, es nuestra lengua. Y es, además, provincia que se ensancha cada día. Obligación nuestra es seguir atentamente sus vaivenes y acomodar nuestros pasos a los del otro lado del mar, en un estricto plano de igualdad en simpatías y diferencias. □

Las cartas de Arnold Schoenberg

Por Claudio Prieto

Claudio Prieto (Muñeca, Palencia, 1934), compositor, ha realizado estudios musicales en Alemania, España e Italia y es titulado por el Conservatorio Superior de Madrid y la Academia Nacional de Santa Cecilia, de Roma. Entre otros premios posee el Internacional «Oscar Esplá», el «Manuel de Falla», el «Reina Sofía» de Composición Musical y el de Radio Televisión Italiana.

«Su colección de cartas forma también una autobiografía que es la más consecuente y honesta que existe de un gran compositor. De hecho, éste es uno de los pocos grandes libros escritos por un compositor, y nadie relacionado con la música —y no únicamente la música contemporánea— puede permitirse el lujo de estar sin él.»

Igor Stravinsky
(«The Observer», Londres)

Efectivamente, este párrafo que aparece en la portada del libro *Cartas*, de Arnold Schoenberg, sintetiza con gran acierto lo que el lector puede encontrar en su interior: 261 cartas casi convertidas en breves escritos que no sólo ofrecen un valor histórico por la persona a la que pertenecieron, sino que también penetran con inteligencia en aquellos aspectos humanos, profesionales y artísticos que envuelven al compositor, hasta llegar a constituir una auténtica autobiografía, canalizada a través del estilo claro y sincero de un hombre seriamente comprometido con sus propios ideales.

Como reza en el prólogo del libro, la primera selección de las más de 3.000 cartas que se conocen de Schoenberg apareció por primera vez el año 1958 en Alemania, publicada por B. Shott's Soehne bajo el título de *Briefe*. El trabajo corrió a cargo de Erwin Stein (1885-1958), antiguo alumno y amigo personal del maestro, quien, por cierto, le definió como «apenas un verdadero talento de compositor, sino sólo un músico talentoso y dotado de fantasía, director o algo por el estilo» (véase carta núm. 1, pág. 24).

Stein, asesor de la Universal Edition —editorial con la que trabajó Schoenberg desde 1909; anteriormente había editado con la «Drei Lilien Verlag», Berlín— y editor de la revista «Pult und Taktstock», ha entresacado de la correspondencia aquellas misivas con un contenido más sustancioso desde el punto de vista biográfico-musical. Su selección estuvo rodeada de un espíritu muy respetuoso con los personajes aún vivos en aquella época y se suprimieron algunos párrafos en los que se trataban asuntos estrictamente personales o de poco interés para el objetivo del editor.

Esta edición española —traducida por Angel Fernando Mayo— aparece tras la alemana, la inglesa y la francesa, y se presenta como la más completa de todas, teniendo en cuenta que se han añadido algunas cartas a la versión original y se han ampliado tanto las notas a pie de página como el índice onomástico, los apuntes biográficos y el catálogo de obras, estos últimos localizados al principio de cada uno de los cinco capítulos que integran el libro. Dichos capítulos están ordenados cronológicamente y abarcan el período comprendido entre 1910 y 1951.

Se pueden contabilizar más de 120 destinatarios de sus cartas, entre ellos nombres tan conocidos como Heinrich Jalowetz, Hermann Scherchen, Edgar Varese, Adolf Loos, Leo Kestenberg, Winfried Zillig, Wilhelm Furtwängler, Hans Rosbaud, Josef Rufer, Rudolf Kolisch, sir Adrian Boult, Ernest Hutcheson, Otto Klemperer, Rene Leibowitz, Karl Amadeus Hartmann, Luigi Dallapiccola, Pau Casals, Thomas Mann... y, por supuesto, las dirigidas a sus amigos Alban Berg, Anton We-



Arnold Schoenberg.

CORTESÍA DE MUCHNIK EDITOR

bern, Alma Mahler, Wassily Kandinsky, Alexander von Zemlinsky, Oskar Adler, Oskar Kokoschka, etc.

El conjunto de la obra está resuelto con gran coherencia. Nos permite ir conociendo la paulatina evolución íntima de Schoenberg y su postura frente al arte en general, a la música en particular, a la metodología pedagógica y a la situación política (recordemos aquí que el artista fue testigo de las dos guerras mundiales). Pero, sobre todo, nos permiten conocer su gran humanidad, su lealtad hacia los amigos, su intransigencia frente a lo que él consideraba una labor mal hecha, su defensa a ultranza de los logros obtenidos mediante un duro trabajo de investigación, su constante llamada de atención a la responsabilidad de los críticos —por quienes sentía bastante aversión— y su calidad como pedagogo. Las cartas están llenas de matices expresivos que sugieren una aproximación bastante fiel a su personalidad. Las notas a pie de texto ayudan en mucho para la comprensión de algunos párrafos, y la introducción capitular a la que aludía antes nos pone en contexto del período que se va a tratar.

A este respecto creo, sin embargo, que la brevedad en los datos perjudica en cierta medida el disfrute de la lectura. Echo en falta una mayor extensión en los apuntes biográficos, y especialmente en las notas explicativas de varias cartas. Algunas de éstas apuntan o plantean abiertamente determinadas polémicas de las que al lector le gustaría tener una información más minuciosa sobre su desarrollo y desenlace. Me viene a la memoria, por citar un ejemplo, el apasionado enfrentamiento del músico con Thomas Mann, autor de la famosa novela *Doktor Faustus* (1947), en la que se narra la leyenda del compositor Adrian Leverkühn, quien opta por vender su alma al diablo para conseguir superar a todos en su arte. Mann, que estuvo asesorado para escribir esta obra por el musicólogo Theodor Wieselgründ Adorno, hace todo tipo de incursiones entre la metafísica y la música hasta llegar a afrontar el sistema dodecafónico ideado por Schoenberg. Este, en una carta fechada en mayo de 1948, dirigida a Josef Rufer, dice haberse enterado de que el escritor «atribuye mi método dodecafónico a su héroe sin citar mi nombre», y que «tras larga resistencia se ha declarado dispuesto a añadir, en todos los ejemplares que aparezcan en cualquier lengua, una aclaración sobre mi autoría» (carta núm. 224, pág. 279). El litigio, no obstante, no quedaría zanjado hasta enero de 1950, cuando Schoenberg acepta la propuesta de paz lanzada por Mann, aunque rehúsa hacer pública su respuesta, ya que, en su opinión, «con esto daría de espaldas a todos los que me habían apo-

yado en este combate» (carta núm. 249, pág. 305).

La versión que Thomas Mann ofrecía de este método de composición, causante del encendido debate entre ambos artistas, apareció en su novela plasmado así:

«... Todo el fragmento procede de una figura fundamental, una serie de intervalos variables en lo infinito, las cuatro notas h, e, a, e, es la horizontal y la vertical y están determinadas y dominadas, en la medida de lo posible, con un motivo fundamental de un número de notas también limitado. Es como una palabra, como una palabra clave, cuyos signos aparecen en todas partes en ese lied y aspiran a determinarlo por completo; pero es una palabra demasiado breve y en sí poco manejable. Las notas que ofrece son demasiado restringidas. Se debería, partiendo de este punto, ir más lejos con los doce escalones del alfabeto temperado de los medios tonos y formar palabras mayores, palabras de doce letras, combinaciones de intermedios determinados de doce medios tonos, formaciones de series de las cuales deriven la frase estrictamente, el fragmento entero, y ver de este modo una obra de múltiples movimientos. Cada nota del conjunto de la composición melódica, armónicamente debería poder probar su filiación con esta serie de tipos preestablecida. Ninguno de estos tonos debería tener derecho a reaparecer antes que los otros no aparecieran. Ningún tono debería aparecer que no cumpliera su función de tema en la construcción general. No quedaría una nota libre. Esto es lo que yo llamaría una composición rigurosa» (Claude Samuel, *Panorama de la música contemporánea*, Guadarrama, Madrid, 1965, pág. 214).

Este tipo de polémicas han acompañado de una forma continua a un Schoenberg que tenía el terrible «defecto» de manifestar las cosas tal y como las pensaba. Con esta actitud, lo difícil, desde luego, hubiera sido que ocurriera lo contrario. Sí hay que decir, en honor a la verdad, que nunca se mostró rencoroso con

quienes, como Mann, le tendieron tras la guerra la bandera blanca de la paz.

Asimismo, me parecería interesante ahondar aún más en sus relaciones con personas que fueron tan queridas para él y que vivieron tan de cerca la filosofía del maestro. No cabe duda de que las cartas cruzadas con sus discípulos más reconocidos, Alban Berg y Anton Webern, son una magnífica fuente para conocer con más profundidad la cotidianidad de las aplicaciones prácticas del soberbio caudal teórico en el que se desarrollaron los componentes de la llamada «Escuela de Viena», aunque abordar todas estas cuestiones fuera, tal vez, materia y pretexto para trabajar un nuevo volumen en el que se incluyeran conjuntamente este tipo de correspondencia y documentación.

Después de Schoenberg

Arnold Schoenberg fue un músico que hizo de la libertad su credo artístico. Hombre de espíritu innovador, sus inquietudes le hicieron llegar, a través de un arduo proceso de investigación, a la apertura de nuevos horizontes para el mundo de la música. Este hallazgo ejerció clara fascinación en muchos de los jóvenes que comenzaban su andadura a principios de los cincuenta, y su radio de acción se extendió un poco por todo el mundo. Esta influencia empezaría a decrecer en los primeros años de los sesenta, dando paso a nuevos aires, culturales y sociales, que entonces apuntaban con fuerza y esplendor, aunque debo apostillar que aquellos hallazgos han seguido flotando de algún modo en el ambiente hasta nuestros días.

Su actividad didáctica, acreedora de grandes elogios, le llevó a escribir, entre otros libros, un *Tratado de Armonía* que, según sus palabras, nace de lo mucho que aprendió de sus alumnos y de sus propios errores, los cuales le sirvieron de estímulo para reconsiderar o formular mejor aquello que había sido mal expuesto (Arnold Schoenberg, *Manuale di Armonia*, Il Saggiatore, Milán, 1963). Este legado metodológico sigue siendo hoy un patrimonio vivo, y aunque en realidad no se trata de una teoría de la armonía, no por ello deja de poseer las virtudes que se le han atribuido a lo largo de los años, sino que, por el contrario, se ha acrecentado día a día como manual fenomenológico de la técnica musical tal y como ha venido presentándose en la evolución histórica de la música europea. Nos encontramos ante un tratado donde la transparencia y la disección juegan un papel primordial, algo que contrasta curiosamente con lo que el músico vienés vierte en sus partituras, a veces presentadas como espesos tejidos, casi marañas, que dificultan seriamente un análisis pormenorizado.

Por lo que respecta a sus aportaciones al patrimonio musical de este siglo XX, coincido plenamente con aquellos que entienden que sus mejores logros creativos no guardan relación exacta con el llamado «período serial», sino más bien con aquellas obras concebidas entre lo tonal y lo serial, que caracterizan fielmente la enorme personalidad del protagonista de un riquísimo capítulo de la historia cultural universal más reciente. □

RESUMEN

Estas 261 cartas del compositor alemán Arnold Schoenberg, una selección de entre las más de tres mil que escribió, bien pueden considerarse como una auténtica autobiografía, por su valor histórico y por los aspectos humanos, profesionales y artísticos que en ellas

aparecen. Así lo vio en su día otro compositor contemporáneo, Igor Stravinsky; así también valora el epistolario Claudio Prieto, quien señala que estas cartas seleccionadas, ordenadas con coherencia, permiten conocer la paulatina evolución íntima del músico.

Arnold Schoenberg

Cartas

Ed. de Erwin Stein, Turner, Madrid. 1987. 330 páginas. 2.200 pesetas.

El «doctor Esperanza», sistematizado

Por Rodrigo Fernández-Carvajal

Rodrigo Fernández-Carvajal (Gijón, 1924) es catedrático de Derecho Político de la Universidad de Murcia desde 1957. Ha escrito, entre otras, las siguientes obras: La Constitución española, El lugar de la Ciencia Política y La idea del Derecho en Federico de Castro.

Manuel Ureña, profesor de Metafísica en la Facultad de Teología de Valencia, ha cumplido la tarea esforzada de condensar en casi 600 páginas la filosofía de Ernst Bloch, neomarxista «por libre» que fallece, ya nonagenario, en 1977: 17 tomos de *Obras completas* en la editorial frankfurtiana Suhrkamp.

El que un profesor de Derecho Político como yo, que no conoce al profesor Ureña, estime obligado dar noticia de su libro y, por supuesto, ponderar sus calidades sin perjuicio de anotar ciertos reparos, es cosa que pide alguna explicación. Que me sirva la circunstancia de que otro jurista, don Felipe González Vicén, ha sido, según pienso, el más brillante traductor que ha vertido a Bloch al español, y probablemente a cualquier lengua; cuyas son las versiones de *El Principio Esperanza* y de *Derecho Natural y dignidad humana*. Tareas esforzadas también, porque el lenguaje de Bloch —de «bravura y belleza singulares», según González Vicén— está muy entrañado en el aprecio y difusión que ha llegado a alcanzar su obra. Para algunos grandes críticos, como Georg Steiner, se trata de un maestro de la prosa alemana. Para otros no menos conspicuos, de un reiterativo charlatán que oculta el vacío conceptual con pirotecias y efectos mágicos. Dejo de lado la cuestión; sólo el tiempo dirá si el estilo de Bloch es producto de bisutería o de joyería.

Volvamos al centro. Si el pensamiento de Bloch interesa a los cultivadores del Derecho y de la Ciencia política es, ante todo, porque sobre él, siendo como es rotundamente ateo, han proyectado sus focos ciertos teólogos políticos postconciliares: Moltmann, Metz, Panenberg, Gustavo Gutiérrez y otros liberacionistas. Todos con las reservas lógicas en quienes, como teólogos, son teístas y no ateos.

¿Qué es lo que estos teólogos buscan en el «Doctor Esperanza», como se le solía denominar a Bloch en sus últimos años de docencia en Tubinga? Llevando la fórmula a términos escuetos, diría que pretenden libar en él, cada cual a su modo, inspiraciones útiles para edificar sus respectivas meditaciones sobre la esperanza como virtud y actitud cristiana. Un teólogo equilibrado, el P. Luis Buoyer, dibujaba hace ahora veinte años, cuando tan sólo llevaba cuatro o cinco en circulación la literatura a que me refiero, el hueco, muy real, que ella venía a llenar: «Uno de los problemas más urgentes que se plantean al pensamiento cristiano es el de definir con mayor precisión lo que es la esperanza sobrenatural en función de las diversas esperanzas que mantiene el mundo moderno... ¿En qué medida los cristianos pueden acoger la esperanza humana de un mundo mejor, que realizaría el mismo hombre? Esta esperanza debe ciertamente ser alentada en la medida en que se armonice con la capacidad de anticipar la esperanza cristiana... Tenemos aquí un aspecto necesario en todas las épocas, pero especialmente en la nuestra, del testimonio cristiano» (*Diccionario de Teología*, trad. esp. reed. 1973, pág. 236).

La esperanza presupone, como explicaba Pedro Laín en 1957, el previo hábito entitativo de «aguardo» o espera; tal hábito subyace tanto a la esperanza humana —hábito emocional que espera un bien futuro arduo, pero posible, fiando a las propias fuerzas naturales— cuanto a la esperanza divina, hábito teológico que fía a la promesa revelada; Jesucristo es la esperanza del creyente. Ahora bien, ocurre que hoy día la esperanza humana, tomada en bloque, está impregnada aún por la fe secular en el progreso. La «fórmula del pro-



Ernst Bloch.

greso», como se solía decir en el siglo pasado, o la vía a través de la cual la humanidad logrará «construir un mundo mejor», como suele decirse más cautamente hoy, ha sido y es proteica; cada autor o escuela la concibe a su modo. En todo caso el «progresista», decimonónico o actual, piensa que la historia es una suerte de escalera mecánica dotada de movilidad y legalidad propias y que, por tanto, en ella habrá de instalarse la humanidad para acceder a un estadio distinto y superior a su estadio presente. La historia «fará da se» sin que cada hombre individual tenga que esforzarse mayormente.

Progreso cristiano y gnosticismo

Este planteamiento tiene, a mi entender, dos graves consecuencias. Primera, olvidar, o cuando menos postergar, la evidencia de que el progreso, visto desde el punto de vista cristiano, no puede consistir sino en la «imitación progresiva» de Cristo; por ende, la meta a que aspira la humanidad ya ha sido realizada en Él (cfr. Soloviev, *La justification du bien*, trad. París, 1939). Segunda, olvidar que cualquier ideal de «mundo mejor» al que apunte nuestra esperanza tiene que ser, por de pronto, tensión perfecta hacia el reino de Dios actuante en cada persona; tan sólo esta tensión perfecta alumbrará —como adehala o añadidura— las soluciones institucionales y sociales que hagan al progreso colectivamente más fácil mediante la remoción de los obstáculos (Juan Pablo II ha hablado recientemente de «estructuras de pecado») que en cada momento y oportunidad lo dificulten. No hay, en suma, escalera mecánica; no hay proyecto social o político (de derecha o de izquierda) infaliblemente progresivo o progresista. El «status viatoris» o condición de caminante propia del hombre hace de éste un viajero de a pie que debe tantear y consultar a cada paso su itinerario en el tiempo; no un pasajero que adquiere un billete y se adormece pensando que le lleva en volandas el artificio de una determinada interpretación global de la historia.

Cuando Santo Tomás considera la virtud teológica de la esperanza incluye, según su uso en toda reflexión aretológica, el estudio de las formas defectivas o vicios opuestos: desesperación y presunción (*Summa Theol.*, II-II, q. 20 y 21.) La «desperatio», vicio que en su presentación tomista pertenece esencialmente a la voluntad, es la pérdida de la confianza que la esperanza entraña; la «praesumptio» es su exceso, y radica preferentemente en el entendimiento (presunción material o formalmente herética). El presuntuoso, en el sentido fuerte del término, confía en las fuerzas de la naturaleza para obtener la salvación; Pe-

lagio y los pelagianos serían su representación tradicional y su arquetipo. Ahora bien, el pelagianismo anónimo propio de nuestro tiempo tiene un claro componente gnóstico; quiero decir, implica la transformación de la religión en filosofía; la sustitución, consciente o inconsciente, de la fe por la ciencia.

Que el gnosticismo invade hoy al mundo es un lugar común, y no hay duda de que el máximo gnóstico de nuestros días es Ernst Bloch, con lo que queda justificada nuestra digresión precedente. En 1985 se expresaba así el cardenal De Lubac, uno de los máximos teólogos de este siglo: «En las arbitrarias interpretaciones exegéticas que Bloch propone de toda la Biblia, vemos a Jesús ocupar el lugar de la Serpiente del Génesis para revelar, al fin, el hombre a sí mismo y liberarle de la esclavitud a que le somete un Dios padre y celoso; no puedo comprender qué clase de aberración impulsa a ciertos teólogos a cristianizar semejante pensamiento, cuyo brillo seductor no puede ocultar ni la arbitrariedad ni el prejuicio» (*Diálogo sobre el Vaticano II*, trad. esp. 1985, pág. 88; desde otro horizonte, Kolakowski titula «El marxismo como gnosis futurista» su exposición de Bloch en *Principales corrientes del Marxismo*, III, cap. 12, trad. 1983).

El propósito de Ureña Pastor, en definitiva, es reducir a cuadros conceptuales claros al más consecuente y tentador gnóstico de nuestro tiempo, y creo que este propósito lo alcanza espléndidamente. Para ello distribuye su libro en tres partes, cuyo contenido reseño de modo escueto.

La primera parte, preliminar y breve, se aplica al estudio de la vida de Bloch, a la forma literaria de su pensamiento y a la herencia cultural que lo condiciona y delimita. La biografía se desmigaja en datos recortados; echo en falta un retrato psicológico que los unifique. Para el Bloch joven, rayano en la treintena, no hay fuente más viva que Paul Honigsheim, cuyo libro *On Max Weber* (Collier-MacMillan, Toronto, 1968, págs. 28-29) no recoge Ureña en su muy nutrida bibliografía. Allí aparece Bloch, a la sazón residente en Heidelberg, como un perfecto «antofagasta» o aguador de tertulias, para emplear el término que inventó García Lorca; su profetismo irresponsable ponía nervioso al cortés antifitrión, Max Weber.

La segunda parte se consagra al examen del sistema blochiano: teoría del conocimiento, ontología, cosmología dialéctica, antropología utópica. Ureña tiene aquí dos principales méritos: la atención, ausente en otros expositores, que presta a la gnoseología y la precisión con que plantea la ontología del «todavía-no-ser», meollo de Bloch que aflora, de forma unas veces tangencial y otras sistemática, en todos sus libros; no hay para él realidad actual, sino futura, esto es, posible.

La tercera parte, que triplica la extensión de la primera y Ureña considera núcleo de su libro, es un ordenado análisis de los «sueños diurnos» de la Humanidad, que describe abigarradamente Bloch, sobre todo en *El Principio Esperanza*. «Sueños diurnos» llama éste a los acontecimientos y manifestaciones culturales en los que se patentiza la «conciencia anticipadora» del hombre; su aspiración a «un

mundo mejor». Así las utopías, el derecho natural, el pensamiento filosófico renacentista, los «modelos morales y mandamientos de la vida recta», los paradigmas literarios como Don Quijote, la música, la religión, el marxismo entendido como «utopía concreta». Aquí tendríamos que hacerle a Ureña otra observación: consagra a los «sueños diurnos» de naturaleza religiosa tan sólo un centenar escaso de páginas, cuando ocurre que ellos son los que, a través de las elaboraciones teológicas a que antes nos referimos, han dado y están dando en nuestros días mayor y más problemático juego.

Logros y reparos

En fin, el libro concluye con unas consideraciones críticas de sólo cuatro páginas; saben a poco, y el lector piensa que el profesor Ureña, que tan a fondo conoce a Bloch, sería muy capaz de prolongarlas. Sitúa Ureña, como pesas en balanza, logros y reparos. Entre los logros anota las críticas del positivismo, del nihilismo y del historicismo, críticas en cuyo trasfondo alienta la «ontología escatológica immanente» u «ontología utópica» que Bloch profesa; una ontología para la cual «el hombre no es un proteo sin sustancia propia, sino un buscador de un «telos» que ya late en él, pero cuyo núcleo no ha sido aún desvelado» (pág. 574). Y entre los reparos, el hecho de que esta misma ontología descansa sobre dos principales supuestos no justificables: la reducción de la realidad a materia finalizada «a priori», pero en contradictoria trascendencia hacia «un núcleo immanente todavía no logrado en el que se encontrará plenamente a sí misma»; y, en fin, la aporía que entraña la relación dialéctica entre actualidad y futuro, presentado éste como absoluto «novum», pero intraterreno. Dada la condición religiosa del hombre, entiende Ureña que ese «novum» sólo puede ser trascendente, «aunque se muestre en el «ahora» por medio de cifras immanentes que suscitan la aspiración a la fuente de la que emanan».

Este planteamiento crítico tiene, en voluntad y declaración de Ureña, «como único horizonte la razón y el ser mismo de lo real», cuya interpretación perseguiría la filosofía blochiana. Propósito leal, sin duda, pero quizá inadecuado; a un autor gnóstico no se le puede tratar como a un metafísico más entre otros, sino como a alguien que solicita los datos de la revelación para hacerlos pasar, de contrabando, como metafísica. Bloch, Marción del siglo XX, absorbe la religión judeocristiana y la transforma en filosofía religiosa; exactamente en una paradójica «ateosofía». A esta luz, y sólo a esta luz, pueden explicarse sus provocadoras fórmulas: «Ubi Lenin, ibi Jerusalem»; «sólo un ateo puede ser buen cristiano, sólo un cristiano puede ser buen ateo». No es que su ontología ilumine tan sorprendente interpretación de la Biblia, como dice Ureña (pág. 486); más bien ocurre, me parece, que su ontología del «todavía-no» tiene como raíz una lectura gnóstica de la Biblia y una immanentización total del mesianismo expectante que Bloch, hijo de judíos, llevaba disuelto en las venas. □

RESUMEN

El profesor Ureña, de la Facultad de Teología de Valencia, promovido muy recientemente a obispo de Ibiza, ha condensado en una síntesis el pensamiento del neomarxista Ernst Bloch. Se trata quizá, piensa Fernández-Carvajal, de la más útil obra de conjunto hasta hoy

escrita sobre este filósofo. El prólogo del teólogo francés Gustave Martelet acentúa el aspecto gnóstico del pensamiento blochiano, que, aunque presente, resulta acaso un poco diluido en el análisis de Ureña. En este aspecto centra sus reflexiones el autor de la reseña crítica.

Manuel Ureña Pastor

Ernst Bloch: ¿Un futuro sin Dios?

Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1986. 589 páginas. 3.750 pesetas.

La hermenéutica como vía de pensamiento

Por Pedro Cerezo Galán

Pedro Cerezo Galán (*Hinojosa del Duque, Córdoba, 1935*) es catedrático de Filosofía de la Universidad de Granada. Entre otros libros ha escrito *Arte, verdad y ser en Heidegger*, *Palabra en el tiempo: poesía y filosofía en Antonio Machado* y *La voluntad de aventura: Aproximación crítica al pensamiento de Ortega y Gasset*.

Una compilación no es simplemente, como suele creerse, un libro fragmentario en sentido defectivo, sino en el más positivo y propio de esbozo de innumerables cursos de pensamiento, algunos de los cuales encontrarán cauce en un libro u obra sistemática, y otros, quizá los más, quedarán incitantes como una promesa de aventura. De ahí el carácter de ensayo reduplicativo que tiene la compilación, porque a la diversidad de registros une la experiencia o experiencias de un pensamiento haciéndose, a la búsqueda de sí mismo. La compilación resulta ser entonces un libro/guía, testimonio de un camino de pensamiento, que puede ser reemprendido y continuado en diversas direcciones. Se me ocurren estas reflexiones a propósito de la inteligente compilación que ha hecho Olivier Mongin, en *Du Texte à l'Action* (1986), de artículos de Paul Ricoeur, a partir de los años setenta, con el subtítulo de «Ensayos de Hermenéutica II», para marcar la continuidad con *Le Conflit des Interprétations* (1969) y, a la vez, el contraste inevitable con aquella otra compilación de los artículos ricoeurianos de los sesenta.

Pero esta Hermenéutica, como advierte el propio Paul Ricoeur en el Prefacio, ya no siente necesidad de legitimarse frente a otros hábitos mentales —la semiótica o el psicoanálisis—, ni de enfatizar su propio papel, sino que se entrega confiada a la aventura de su pensamiento. De buscar algo, intenta encontrar su lugar específico en el campo de la Hermenéutica, su propio estilo hermenéutico. Por eso, tanto o más que la aportación de Paul Ricoeur a la Hermenéutica, interesa su talento de escritor, un pensamiento libre, es decir, que no se deja intimidar ni seducir por nada y, sin embargo, se interesa por todo en la rosa de los vientos; que, a igual de distancia de la polémica y el sincretismo, hace su camino en una mediación incesante e interminable entre posiciones contrarias que no advierten su complementariedad. Camino de pensamiento, que Ricoeur cuida de trazar con mano maestra por la precisión y sobriedad en el primer artículo, «De la interpretación», que abre la obra. En él nos cuenta el relato de su propia historia, yendo hacia atrás y abarcando con una mirada retrospectiva desde los últimos temas —el análisis de la función narrativa (*Temps et Récit*) y de la función simbólica (*La Métafore vive*)—, presentados en su parentesco esencial en la innovación semántica y la apertura de nuevas referencias, hasta sus raíces en una filosofía hermenéutica, que se ha liberado del idealismo fenomenológico, aun permaneciendo fiel a su exigencia ética fundamental de la posición del «sí mismo». Sólo que este trabajo de reflexión tiene que estar mediado, como ya señalaba en *De l'interprétation. Essai sur Freud*, por el mundo de los símbolos, al que añade ahora el mundo del texto, es decir, por las expresiones y las obras, que dan fe del esfuerzo del hombre por constituirse como tal. La filosofía hermenéutica —precisa Ricoeur— «es una filosofía que asume todas las exigencias de este largo rodeo y que renuncia al sueño de una mediación total, a cuyo término la reflexión se igualaría de nuevo a la intuición intelectual en la transparencia a sí mismo de un sujeto absoluto» (32). De ahí que uno de los trances más ejemplares del pensamiento de Paul Ricoeur haya sido su interno ajuste de cuentas con la Fenomenología.

La mayoría de los artículos recopilados en la primera parte de esta obra están dedicados a esta transformación interna de la Fenomenología en Hermenéutica. Ricoeur insiste en la inspiración originaria ética del proyecto fenomenológico de una fundación radical del sentido, pero crítica, a la vez, el idealismo implícito en esta pretensión de libertad soberana de un sujeto capaz de alcanzarse a sí mismo en el origen de su actividad. El contraconcepto de esta libertad absoluta es la categoría de «pertenencia», como un ser ya implicado y tomado en una relación ontológica, previa a toda constitución —categoría gemela, como se ve, de la «Faktizität» heideggeriana—, y que marca la condición limitante, insuperable, de una filosofía de la reflexión. El primado de la intuición intelectual cede paso a la comprensión, encargada de explorar y explicitar la situación de pertenencia y, en consecuencia, el «telos» de toda vida intencional en la comprensión de sí —autoconciencia— ha de pasar por el largo camino, interminable, de una mediación infinita con el mundo histórico y cultural del hombre. Pero la liberación del idealismo fenomenológico no renuncia por ello a la exigencia básica de toda Fenomenología —«la elección por el sentido»—, que hace que la experiencia hermenéutica sea una experiencia interna al espacio lingüístico, así como la Fenomenología se encuentra, en última instancia, abocada a la interpretación por el «exceso de sentido» inherente a la vida intersubjetiva. Fenomenología y Hermenéutica se presuponen recíprocamente, concluye Ricoeur, dando fe de su estilo mental de envolvimiento y entrecruzamiento de las diversas posiciones.

El paradigma del texto

Es obvio que esta transformación de la Fenomenología en Hermenéutica está en deuda tanto con la radicalización ontológica de la Hermenéutica por obra de la analítica existencial heideggeriana, como con la universalización de la misma en la obra de Gadamer,

y así lo reconoce Ricoeur en un vigoroso cuadro de la historia de la Hermenéutica, viniendo de Schleiermacher y Dilthey, que es, a mi juicio, la exposición más sintética y, a la vez, precisa y rigurosa que cabe del problema. Sin merma, pues, de esta deuda, la obra de Ricoeur reclama su aportación original a esta herencia, en la medida en que ha desarrollado, por su propia cuenta, el camino de vuelta desde la «comprensión» («Verstehen») a la epistemología de las ciencias humanas, recuperando así una voluntad de diálogo con la ciencia, que había cegado el radicalismo ontológico de Heidegger. En cierto modo, Gadamer ya se había adelantado en esta dirección, pero su obra está todavía bajo el impacto de la sospecha antiepistemológica heideggeriana. Como advierte Ricoeur, más que «Verdad o Método» debería haberse llamado «Verdad o Método», por el carácter dilemático en que con frecuencia incurre con respecto a la modernidad. Esta tensión se muestra especialmente en la aporía, que le señala Ricoeur, entre la pertenencia («Zugehörigkeit») y la distanciamiento («Verfremdung»), que para Gadamer es siempre alienante, en la medida en que intenta neutralizar o finge desconocer el vínculo originario de la pertenencia a la historia (tradición) y a un ámbito lingüístico/cultural. Pero en tal caso —pregunta Ricoeur—, ¿cómo introducir una cuña crítica, autocrítica, en la conciencia de pertenencia, si ésta se entiende a sí misma por su rechazo de la distanciamiento? La intención de Ricoeur, con respecto a la posición gadameriana, es ganar una noción positiva y, a la vez, productiva de distanciamiento, actuante en el seno mismo de la pertenencia, y que garantice así un tratamiento crítico, y no meramente empático o simpático, en suma, acrítico, a la tarea de la interpretación. Porque «la conciencia histórica efectiva» debe incluir tanto lo uno como lo otro, la pertenencia y la distanciamiento, pues su eficacia histórica se lleva a cabo a distancia y por la distancia, en una comunicación

que no anula la tensión entre lo propio y lo ajeno, lo próximo y lo lejano. Para introducir esta distanciamiento, Ricoeur tiene que virar, con respecto a Gadamer, desde el habla a la escritura, desde el paradigma dialógico al paradigma del texto. Su aportación original consiste en la transformación de las categorías hermenéuticas, tales como reproducción y apropiación, a partir del descubrimiento del mundo del texto, como tema relevante de la Hermenéutica. Ricoeur niega la simetría engañosa entre el diálogo y la escritura, que ha privilegiado el paradigma de la palabra en la tarea hermenéutica. Lo específico, en cambio, de la escritura es que intercepta la relación intersubjetiva dialógica o el circuito de la comunicación. El texto produce así una doble ocultación, tanto del escritor como del lector, pues la relación entre ambos mediante el texto no es reductible al circuito de la comunicación intersubjetiva. Surge así un paradigma específico de la escritura o del texto, caracterizado por la fijación de sus estructuras expresivas y por la autonomía de su significado con respecto a la intención subjetiva, las circunstancias concretas y el destinatario singular que hubiera tenido in mente su autor. El texto sólo remite a otros textos, al mundo de la literatura, pero justamente en este contexto, en el que queda anulada o suspendida su referencia circunstancial o coyuntural, puede abrir o desplegar su nueva referencia: el mundo propio, inherente, al texto. La distanciamiento, que introduce el espesor del texto, permite, mediante el rodeo del análisis, una toma de postura crítica y objetivadora en el propio seno de la pertenencia. El objetivo de la interpretación no será ya —precisa Ricoeur— descubrir la intención subjetiva del autor ni comulgar con ella, sino abrir el horizonte referencial del texto, el mundo del texto, a partir de sus estructuras significativas. Sobre esta base, Ricoeur puede reclamar una colaboración complementaria entre los métodos de la explicación y la comprensión que, lejos de excluirse, se potencian y refuerzan. Ni intropatía ni mera combinatoria de signos, sino la dialéctica de vanen entre explicar y comprender, entre el análisis estructural y la semántica profunda; el entrelazo metódico, que garantiza la corrección de la Hermenéutica.

La acción como texto

A partir de esta innovación, que es sin duda decisiva, Ricoeur intenta el paso de la Hermenéutica a la razón práctica, ensayando el paralelo entre el texto y la acción. Si el texto es una acción, también a la recíproca, la acción es un texto, que obra a través de su inscripción en el tiempo histórico, el tercer tiempo de *Temps et Récit*, intermediario entre el tiempo fenomenológico y el tiempo cosmológico. El título genérico *Del texto a la acción*, que da nombre al volumen, se recubre muy bien con esta intención fundamental, donde está a mi juicio el centro de gravedad de la obra, y a la que se dedican los artículos de la segunda parte. En verdad, si el texto marca la maduración de un camino procedente de la Hermenéutica —como advierte Ricoeur en el Prefacio—, será la inscripción del texto en la teoría de la acción la dirección de marcha de un pensamiento que no renunció nunca, como puede ya verse en *Histoire et Vérité*, a confrontarse con los problemas prácticos más apremiantes ni a recuperar todos los usos de la razón.

El problema será si el texto puede servir de paradigma a las ciencias sociales, es decir, si la acción significativa puede ser considerada como un texto a interpretar, esto es, a reconstruir y ser apropiado y reabierto en la praxis histórica. La propuesta de Ricoeur es que la acción presenta también los caracteres de fijación en su estructura noemática y de autonomía con respecto a las intenciones subjetivas.



STELLA WITTENBERG

Viene de la página anterior



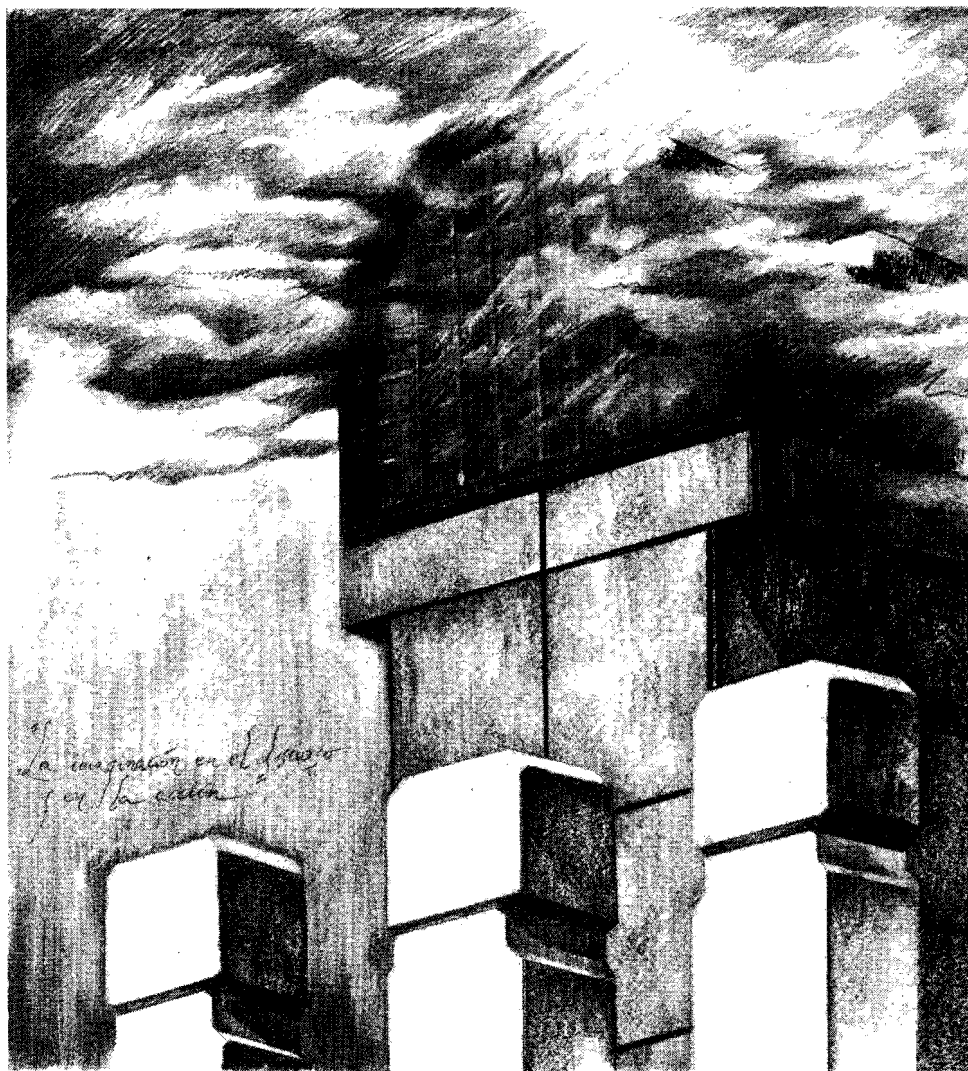
vas de los que intervienen en ella, en cuanto proceso o trama de acción, que trasciende en su curso a las voluntades singulares implicadas. En paralelo con el texto/escritura, la acción es marca o trazo que se registra en el curso de los acontecimientos y se sedimenta, inscribiéndose, en el tiempo social de las instituciones. La acción es, por lo demás, apurando su analogía con el texto, una obra abierta, capaz de desarrollarse en nuevas posibilidades y referencias en el curso de la historia, de modo que su importancia sobrepasa su propia situación coyuntural, para desplegarse autónomamente en la praxis histórica.

No puedo menos de señalar que esta parte de la obra me produce una fuerte impresión de juego analógico o metafórico, a veces excesivamente formal o externo. Creo que en este caso el curso del pensamiento queda en mera propuesta. Es verdad que parte de esta problemática ha sido analizada en *Le discours de l'action* (1977), en diálogo vivo, como siempre en Ricoeur, con la filosofía analítica y la sociología comprensiva, pero más en la línea de la estructura noemática de la acción que en la tarea, que aquí se pretende, de una metodología crítica de las ciencias humanas.

Papel de la imaginación

Más sugestivo resulta, a mi juicio, el artículo «La imaginación en el discurso y en la acción», en el que analiza el papel fundamental de innovación semántica que juega la imaginación tanto en el orden teórico como en el práctico. Inspirándose en el esquematismo kantiano (aprovecho para decir que Kant es el verdadero animador de la reflexión ricoeuriana), se profundiza en la función imaginativa productiva de dar carne o imagen a una nueva significación emergente, así como prestar figura y variaciones imaginativas al esfuerzo práctico. No hay, pues, acción sin imaginación, como no hay emergencia de significado sin libre juego imaginativo. Ricoeur lleva a cabo una revaloración del papel de la imagen, en sentido heurístico —despliegue de nuevas referencias—, y crítico —ruptura con el campo dado de la presencia perceptiva—, frente a teorías extremas, ya sean de la fascinación o del reflejo. Se comprende así el papel central de la imaginación en el «presente de la iniciativa» —anticipo de la temática desarrollada más tarde en *Temps et Récit*—, que no es sólo el presente moral del compromiso y la promesa, sino también el imaginativo de la recreación del pasado y del ensanchamiento del horizonte de las expectativas. En suma, un presente de creación o de inminencia, como diría Antonio Machado.

Una ejemplificación pertinente del tema lo encuentra Ricoeur en lo imaginario social, con su doble práctica, invertida y contrapuesta, de ideología y utopía, en función respectivamente de una doble imagen, ya sea aquella que un grupo se da a sí mismo al entrar en escena social (ideología) o aquella otra en que proyecta el porvenir de su esperanza. Ideología y utopía se integran, pues, en la experiencia sociohistórica como dos formas de reconfiguración y configuración del tiempo colectivo, bien en su acto fundacional o en su madurez terminal. «Este juego cruzado de utopía e ideología aparece como el de dos direcciones fundamentales de lo imaginario social. La primera tiende hacia la integración, la repetición, el reflejo. La segunda, en cuanto excéntrica, hacia la errancia» (234). Ambas se implican y se presuponen, como dos vectores indispensables de la constitución simbólica del vínculo social. Pero ideología y utopía no son sólo direcciones de lo imaginario social, sino también sistemas de legitimación y justificación que apelan a un orden de razones. Cada una de ellas tiene a su vez una patología específica, ya sea como disimulación legitimadora (ideología), en un caso, o como pensamiento desiderativo y esquizofrénico, en el otro. A mi gusto, las páginas dedicadas a



STELLA WITTENBERG

esta problemática son de las más bellas, sutiles y sugestivas de toda esta obra de Ricoeur, y una muestra espléndida, por si faltaba poco, de su método hermenéutico de poner en juego los complementarios.

La razón práctica como crítica

Pero el tema de lo posible/práctico reclama, como su complemento, el de lo razonable/agible; es decir, el tránsito de la imaginación a la razón práctica. Aquí de nuevo el planteamiento de Ricoeur procede desde abajo, por composición de conceptos, al modo aristotélico, en síntesis progresiva de diferentes niveles de complejidad, desde el teleológico de la motivación al sociológico de la regla de acción significativa, y por último, al propiamente axiológico del criterio de la acción moral. Llegado a este punto, Ricoeur se aparta igualmente del moralismo kantiano, con su implícita reducción del obrar a saber, como del eticismo hegeliano del espíritu, por su riesgo de hipóstasis ontológica del Estado. La vida moral está en la tensión constitutiva entre la ley moral y la institucionalización en el mundo público objetivo; en la relación dialéctica entre libertad e instituciones, en la doble exigencia de una autodeterminación pura de la voluntad y de su especificación indispensable en el mundo de la vida social. Esta tensión confiere a la razón práctica el estatuto, más que de un saber «a priori», de una función crítica permanente, «el desenmascaramiento de los mecanismos disimulados de distorsión por los que las objetivaciones legítimas del vínculo comunitario devienen alienaciones intolerables» (258). Empalma así Ricoeur en su reflexión moral con el tema de la equivocidad razón/poder, que ya había analizado brillantemente en *Histoire et Vérité* bajo el título de la paradoja política, la paradoja entre la constitución racional del Estado en el consentimiento y su mantenimiento y conservación empírica por la fuerza, que hace posible una alienación política específica, independiente de la económica, la legitimación frau-

dulenta de un poder, no congruente con el orden ideal de su constitución racional. La razón práctica consiste, por tanto, en una crítica de las ideologías, de aquellas formas de legitimación/disimulación que pretenden hacer pasar el Estado real por el ideal y salvar así el hiato entre el espíritu ético y la realidad empírica del poder.

Desde este planteamiento alcanza Ricoeur el punto/clímax de esta obra en la relación entre Hermenéutica y crítica de las ideologías, tomando parte en el debate con el mismo nombre entre Gadamer y Habermas/Apel. Se muestra una vez más que su postura no es excluyente ni conciliadora, sino mediadora y comprensiva, pues ni es aceptable el punto de vista absolutista, al margen de la historicidad concreta, en que se instala la teoría crítica de las ideologías, ni el contingentismo radical de la hermenéutica gadameriana, con riesgos de una recaída relativista. El propósito de Ricoeur es abrir el diálogo obturado por interlocutores obsesionados en un debate, que reproduce en cierto modo los esquemas de la vieja polémica entre Ilustración y Romanticismo. Piensa Ricoeur que la nueva posición lograda por la hermenéutica del texto permite una dimensión autocrítica en el seno de la experiencia hermenéutica, ganando así una descentración progresiva y rectificación de la intersubjetividad histórico/hermenéutica. Pero, recíprocamente, la teoría crítica de las ideolo-

gías habermasiana tendría que reconocer que el interés crítico/emancipatorio no es inseparable del de comunicación, y que, en definitiva, la crítica de las distorsiones ideológicas sólo puede llevarse a cabo «sobre el fondo de la reinterpretación creadora de las herencias culturales, por las que el hombre puede proyectar su emancipación y anticipar una comunicación sin trabas ni límites» (373). De otro modo, el «consensus» como idea reguladora quedaría vacío en su formalismo, si no pudiera ampararse en el ejercicio permanente de comunicación que lleva a cabo la Hermenéutica.

La polémica a la que acabo de aludir, y en general todo el libro, es exponente del estilo hermenéutico de Ricoeur, su oposición a todo exclusivismo reduccionista como a toda síntesis conclusa; su voluntad de cruzar, atravesar, una tesis hacia su contraria/complementaria, para retornar de nuevo sobre la primera, alcanzada o, mejor, envuelta por el movimiento de la segunda. Como advierte con frecuencia, no se trata de detenerse en Marx o en Kant, sino de cruzarlos, yendo a través de las filosofías, en el movimiento infinito de la reflexión filosófica, que nunca encuentra un punto definitivo de reposo. Voluntad, pues, de mantenerse siempre en camino y de abrirse al campo libre, traspasando las obturaciones e inercias de lo ya pensado. Cruzar o entrecruzar, como quien anuda hilos envolventes en todas las direcciones, tratando de reconstruir una totalidad de sentido, incompatible, ¡ay!, con nuestra experiencia de finitud. Si la Hermenéutica legítima ha surgido del doble voto de sospecha y de escucha, como recordaba Ricoeur en el *Essai sur Freud*, no es menos hija de esta voluntad de totalidad, de restauración de la integridad del sentido, que sólo puede abrirse paso a través de un proceso infinito de comunicación histórica. La Hermenéutica es así la posibilidad de seguir haciendo filosofía cuando se ha renunciado al saber absoluto, pero no se resigna uno al escepticismo. Por eso, como el genio platónico del amor, ha de estar siempre en camino. El espacio del «entre», del entrelazo, en que se anima la reflexión de Ricoeur no es más que el «metaxu» del genio filosófico, según Platón, en donde se trama el vínculo del universo o, como diríamos mejor hoy, del mundo del significado. Y, sin embargo, hacer camino sólo es posible si se está orientado; y mantenerse en diálogo productivo, en mediación inagotable con todo lo otro, e incluso consigo mismo, si no se desespera de la plenitud e integridad del sentido. Hay, pues, una teleología de la razón, al modo kantiano, que guía secretamente los pasos y las mediaciones. La Hermenéutica de Ricoeur es hija, a la vez, del éxodo y de la tierra prometida, y nace, en última instancia, de un «ordo amoris» que no necesita declararse de puro expreso en su ejercicio. ¿Ha logrado sospechar Ricoeur, es decir, poner en entredicho esta inspiración, o acaba en él predominando la voluntad de escucha y de obediencia, sobre cualquier otra instancia? Yo me inclino por lo segundo. Pero de este modo, la Hermenéutica renuncia a la arrogancia de un pensamiento libre de presupuestos y acaba asumiendo sus propios juicios. También en esto el estilo de Ricoeur acaba siendo ejemplar. □

RESUMEN

Una compilación de textos dispersos de un pensador puede convertirse, a pesar de su fragmentariedad, en un libro/guía, en testimonio de un camino de pensamiento. Así valora el profesor Cerezo Galán la compilación, hecha por Olivier Mongin, de artículos

de Paul Ricoeur, que suponen no sólo su aportación original a la hermenéutica, sino que además permiten apreciar su talante de escritor, ese pensamiento libre que no se deja intimidar ni seducir por nada y, sin embargo, se interesa por todo, en una mediación infinita.

Paul Ricoeur

Du texte à l'action

Du Seuil, París, 1986. 414 páginas.

Los caminos de la dictadura

Por José María Jover

José María Jover (Cartagena, 1920) ha sido catedrático de Historia Moderna y Contemporánea en las Universidades de Valencia y Madrid (Complutense); en la actualidad es profesor emérito de esta última. Miembro de la Real Academia de la Historia, dirige la Historia de España fundada por Ramón Menéndez Pidal. Entre otros, es autor de El siglo XIX en la historiografía española contemporánea; 1898: teoría y práctica de la redistribución colonial; y La imagen de la Primera República en la España de la Restauración.

¿«La dictadura», así, en singular? ¿Qué dictadura? En la terminología habitual de nuestra historia política, «la dictadura» por antonomasia ha sido, durante muchos años y a través de muchas páginas impresas, la del general Primo de Rivera.

El régimen del general Franco rehusó cuidadosamente tal definición, sin duda por un reflejo defensivo frente a la nota de transitoriedad, de intermedio de excepción en el contexto de un proceso constitucional «normal», que la palabra «dictadura» ha llevado siempre consigo. Pero los deseos de «el anterior Jefe del Estado» —circunspeto eufemismo al que se suele recurrir para eludir la engorrosa cuestión de la titulación específica— no han prevalecido, y hoy cualquier encuesta nos mostraría que «la dictadura» por antonomasia no es otra, para muchedumbre de españoles —sobre todo los más jóvenes—, que la ejercida por el general Franco durante los años a que alcanza nuestra memoria histórica inmediata.

Por mi parte, confieso mi resistencia a designar con tal palabra un régimen que rompió los moldes clásicos por su larga duración; por su total ruptura, expresamente proclamada, con una tradición liberal y parlamentaria más que secular; por el lento e indeciso proceso constituyente que lo anima, a través de situaciones históricas muy diversas, desde los comienzos de la guerra civil hasta la transición.

Circunstancias que no encontramos ni en la «dictadura legal» del general Narváez en 1848, ni en la del general Serrano en 1874, ni tampoco —con la reserva que habremos de recordar más adelante— en la del general Primo de Rivera en 1923, que son las tres dictaduras clásicas a que se hace necesario recurrir para esbozar un modelo de lo que ha sido tal institución en el transcurso de nuestra historia política contemporánea.

Las dictaduras clásicas

Ya sé que no son las tres recién nombradas las únicas «situaciones dictatoriales» que aparecen en la historia constitucional de España entre las Cortes de Cádiz y la guerra civil de 1936. Pero creo que son, sin duda, las que mejor se prestan a una formalización del concepto por la nitidez de sus perfiles institucionales y sociopolíticos. Sobre esta base, el modelo de dictadura que se manifiesta en nuestra historia contemporánea ofrece unos caracteres genéricos que saltan a la vista.

El dictador es un general con experiencia bélica que fundamenta su poder no sólo en la «potestas» que le confieren unas normas de excepción y en la «auctoritas» que dimane de su personalidad y de su experiencia, sino también en la percepción social de una capacidad de «iussum» ejercida como poder irresistible y arbitrario: tres componentes que aparecen mezclados, en proporciones muy variables y a veces con manifiesto predominio de uno u otro, en el despliegue de todo poder personal.

El dictador asume este último con el designio explícito de salvaguardar el orden constitucional frente a un temido contagio revolucionario (Narváez), de consolidar y endurecer el orden constitucional frente al desorden (Serrano), de «regenerar» el orden constitucional purgándolo radicalmente de sus desviaciones y de sus lacras (Primo de Rivera).

Ya sé que, en este último caso, la apreciación que antecede vale sólo para la primera etapa de la dictadura, cuando todavía no hay proyecto de «renovación» constitucional. Pero sobran los testimonios de que Jesús Pabón pudo haber extendido a Primo de Rivera la observación hecha al caracterizar lo que aquél llamara «régimen de los generales»: la primera condición para entender a Espartero, a Narváez, a O'Donnell, a Prim, a Serrano, es su liberalismo esencial bien contrastado en las guerras civiles del Ochocientos.

En fin, el dictador no opone resistencia a la restauración del orden constitucional, cifrado para Narváez en la Constitución del 45, para Serrano en la Constitución del 69, para Primo de Rivera en la Constitución del 76; buen testimonio de la profunda asunción hecha del carácter temporal y excepcional de su mandato.

Es cierto que la frontera entre un funcionamiento constitucional correcto —es decir, presidido por la vigencia real y eficaz de una norma jurídica a la que todos han de atenerse— y el poder arbitrario que se sobrepone o soslaya el imperio del derecho, es difícil de tra-

zar; entre otros motivos, porque son muchas las formas de sobreponerse o de eludir la norma jurídica guardando, «grosso modo», las formas.

Por ejemplo, el orden jurídico basado en la Constitución de 1876 fue tan vulnerado por los artífices del «encasillado» como por el autor del golpe de Estado del 13 de septiembre. Pero como estamos hablando de formas políticas y no de comportamientos éticos, lo que interesa dejar apuntado aquí es que la historia constitucional española está tejida no sólo de monarquías y repúblicas, de revoluciones y restauraciones, sino también de unas dictaduras que convendría analizar, caracterizar y definir.

La Europa de las dictaduras

La dictadura de Primo de Rivera es referible, pues, a un modelo político configurado a través de distintos momentos de nuestra historia constitucional. Ahora bien, cada uno de estos momentos —de estas experiencias— se encuadra en una peculiar situación histórica de amplitud europea. La dictadura de Narváez responde —como el golpe de Estado de Luis Bonaparte— a la reacción suscitada por las tormentas del 48. La dictadura del duque de la Torre, tras el golpe de Estado de Pavía, responde a la reacción suscitada en Europa por el levantamiento de la «Commune» de París (1871); en España, por los acontecimientos del verano del 73, valorados desde el pánico conservador como un amago de levantamiento internacionalista, en la onda de los recientes sucesos de Francia.

En cuanto a la dictadura de Primo de Rivera, no hay análisis que pueda prescindir del contexto europeo en que se gesta y en que transcurre. Para entender su gestación no basta con tener en cuenta la mera convergencia de problemas nacionales —orden público, nacionalismo catalán, desastre y responsabilidades marroquíes, crisis de los partidos políticos...— es necesario partir de la situación global vivida por Europa durante esos seis años de crisis bélica, de revolución y de reajuste, entre 1917 y 1923, que constituyen el marco histórico en el cual cobra sentido y unidad aquel conjunto de antecedentes. Y para entender su fisonomía histórica es necesario no perder de vista que la dictadura de Primo de Rivera no es un hecho aislado en la Europa de su tiempo, sino que transcurre, entre 1923 y 1930, en una «época de dictaduras»; en unos años en los cuales emergen o acaban de surgir regímenes dictatoriales de muy distinto sig-

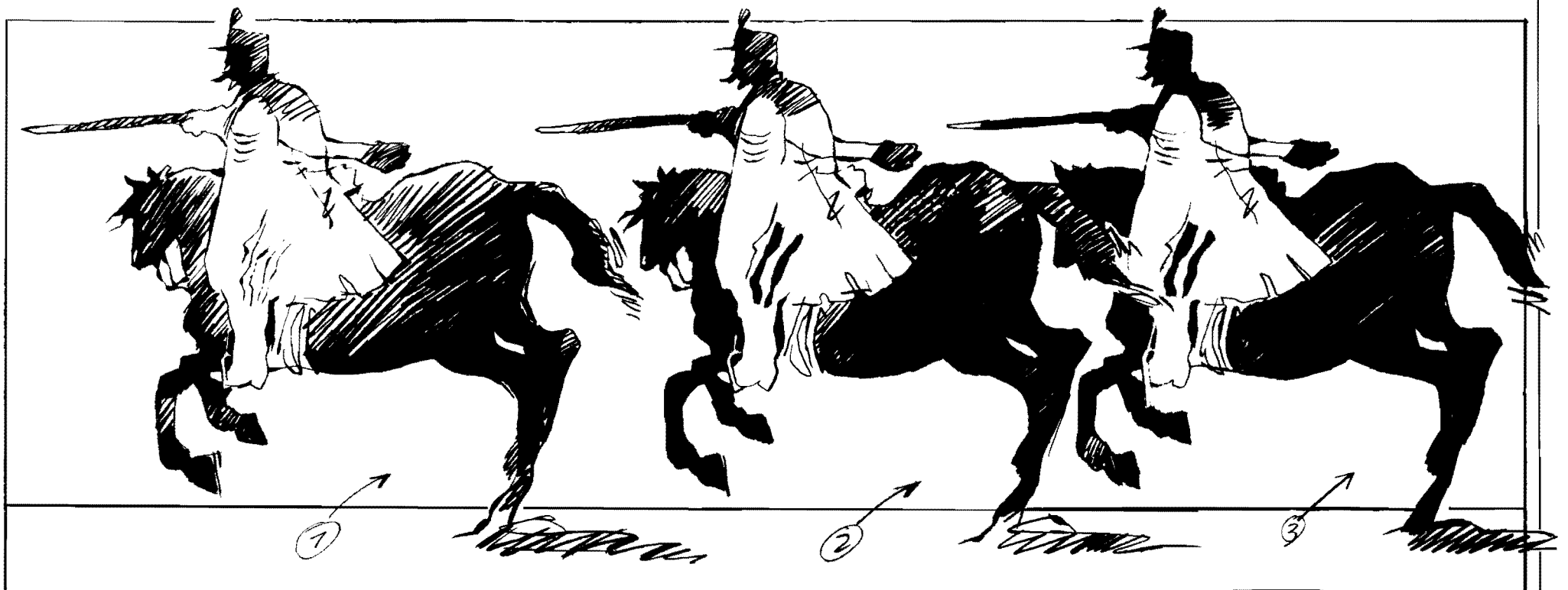
no en Rusia y en Hungría, en Italia, España y Portugal, en Turquía, en Polonia y Lituania, en Grecia, en Yugoslavia...

El fenómeno llamó, por supuesto, la atención de los contemporáneos, y ahí quedó como testimonio de ello el ensayo de Cambó sobre *Las dictaduras* (1929). La historiografía europea posterior se ha mostrado un tanto remisa en el reconocimiento de las dimensiones reales del proceso, movida, sin duda, por el hecho de que las escuelas históricas más avanzadas e influyentes corresponden a países —Francia, Inglaterra, Alemania— cuyas instituciones democráticas y parlamentarias resistieron la marea dictatorial, por lo menos hasta 1933 en el caso alemán; ello facilitaba la consideración de tal marea como un fenómeno periférico propio de civilizaciones secundarias.

Hoy el riesgo consiste más bien en saltar por encima de la noción de situación histórica, ignorando la profunda frontera que marcan en la historia europea los años decisivos que transcurren entre el 29 y el 34. Si en España el régimen del general Franco difícilmente se presta a su homologación con la dictadura de Primo de Rivera, no resulta más fácil comparar como homogéneos el primer fascismo de Mussolini y el nacionalsocialismo de Hitler. Una es la situación de Europa en los años veinte y otra en los años treinta: cualquiera sabe los componentes de todo orden —internacional, económico, social, político, ambiental— que determinan este contraste de situaciones históricas. Es por ello por lo que el intento de analizar *The European Dictatorships* durante la totalidad del período 1918-1945 —como ha hecho Stephen J. Lee en un libro, por lo demás, excelente (Methuen, Londres, 1987)—, sin parar suficientemente la atención en el cambio de rumbo que experimenta el conjunto de la historia europea a partir de la crisis del 29 y, sobre todo, de los acontecimientos de 1933-34, quizá no sea el mejor camino para llegar a entender lo que fueron las dictaduras del período de entreguerras.

Orígenes y caracteres

Centrando la atención en las anteriores a aquellos críticos años, es posible decantar en las dictaduras europeas algunos rasgos generales que pueden ayudarnos a establecer un contexto más preciso para la española del general Primo de Rivera. Al considerar conjuntamente el primer fascismo de Mussolini, la



TINO GATAGAN

Viene de la página anterior



dictadura española de Primo de Rivera (1923) y la portuguesa de Gomes da Costa y Carmo- na (1926), la dictadura turca de Mustafá Kemal (1923), la polaca de Pilsudski y la lituana de Smetona (1926), saltan a la vista algunos rasgos comunes, básicos, que el historiador no puede eludir. Todas estas dictaduras están condicionadas, directa o indirectamente, por la revolución rusa de 1917. En unas, por contagio: recuérdese la «dictadura del proletariado» fugazmente ejercida por Bela Kun en Hungría. En otras, por reacción: el mito de 1917, como antaño el del 48 o el de la Comuna, suscita reflejos autoritarios y represivos en aquellas sociedades cuyos desequilibrios las muestran proclives al contagio revolucionario. Y en algunas como modelo, como objeto de imitación, como aquiescencia a algo «nuevo» que parece abrir nuevos derroteros a la historia. En este sentido, la dictadura de Mustafá Kemal no es ajena al precedente soviético; por otra parte, el fascismo italiano muestra claramente el afán de asumir para sí la proyección histórica y la mitología propias del 17. Por primera vez surge entre las filas conservadoras la tentación de adueñarse de grandes palabras del adversario: «revolución», «octubre», «proletario», «sindicalismo»... El segundo rasgo común que manifiestan las dictaduras europeas de los años veinte es su localización geográfica sobre los confines orientales y meridionales del continente; sobre una faja angular que cubre desde Rusia, Lituania y Polonia, a Turquía, Grecia, Yugoslavia, Italia, España, Portugal. Países todos ellos con sociedades conflictivas, predominios agrarios y experiencias insatisfactorias —allí donde han existido— de la práctica democrática y parlamentaria. En efecto, todas estas dictaduras vienen a instalarse sobre países en que la crisis de la democracia parlamentaria ha surgido impetuosa, no como un cambio en las corrientes de pensamiento o en las ideas políticas, sino como consecuencia inmediata de una falta de ciudadanía real sobre la que sustentan un régimen de partidos. Una situación potencialmente revolucionaria —cuando no explícitamente revolucionaria— en la Europa que vive las privaciones, la confusión, los temores y las esperanzas de 1917 y de los años que siguen. En fin, creo que, situada en este contexto temporal y espacial, la dictadura de Primo de Rivera cobra muchas perspectivas de explicación y de comparación. Todavía añadiría una precisión en este punto. Puesto a seleccionar modelos de referencia con miras a un estudio comparado, yo no los buscaría en Europa oriental. Las semejanzas formales que pudieran salirnos al paso —y que, de hecho, existen— no pueden compensar el profundo contraste que resulta allí de una guerra vivida sobre el propio territorio; de un ruralismo más intenso; de una diversidad nacional históricamente exacerbada que motiva por entonces, dentro de cada nueva unidad territorial, al polaco contra el ruso, al lituano contra el ruso y el polaco (Vilna), al griego contra el turco, al croata contra el serbio. A mi manera de ver, los análisis comparativos deben ser hechos en profundidad y sin desbordar el marco relativamente homogéneo que ofrecen las unidades regionales integradas en las dos penínsulas europeas del Mediterráneo occidental: la ibérica y la italiana.

Primo de Rivera y los historiadores

Es necesario repetir en este punto el par de lugares comunes que encabezan, por estos años, toda referencia bibliográfica al tema histórico de la Dictadura; hay que repetirlos porque los dos son ciertos. En primer lugar hay que felicitarlos porque el tema ha salido de su fase polémica, anclada en valoraciones de ética política (en el mejor de los casos), entrando en manos de historiadores que buscan una explicación a través de unas fuentes suficientemente diversificadas. Sin minusvalorar ningun-



na de las valiosas aportaciones hechas al conocimiento de la dictadura primorriverista antes de 1983, y sin sugerir que *Fascism from above*, de Shlomo Ben-Ami, sea un libro definitivo (no hay libros «definitivos» en Historia, ni en ciencia alguna), creo que la síntesis del historiador israelí marca un jalón importante en el tratamiento historiográfico del tema. En segundo lugar, hay que reconocerlo objetivamente fundado de ese giro que se aprecia en las palabras iniciales de tantas reseñas y críticas: a las lamentaciones sobre los muchos sectores y rincones inexplorados que quedan en aquellos años de nuestra historia, han sucedido expresiones de satisfacción y de euforia porque, en tanto se suceden las aportaciones monográficas sobre los aspectos más diversos de aquella experiencia histórica, vamos en camino de llegar a saberlo todo —es un decir— acerca de la Dictadura. Efectivamente, el tema ha enfriado sus planteamientos polémicos; ha adoptado como punto de partida en sus investigaciones el abanico de preguntas que cualquier historiador tiende a formularse en presencia de cualquier situación histórica del pasado; ha enriquecido el arsenal de sus fuentes, gracias al recurso a archivos públicos y privados; ha ensanchado sus perspectivas, mediante la atención al trabajo de sociólogos, historiadores de la economía y expertos en ciencia política; ha diseñado sus dimensiones precisas al quedar encuadrado en las coordenadas europeas de su tiempo. Y ha caído en manos de una nueva generación de historiadores, cosa que conlleva sus limitaciones —cada generación tiene las suyas—, pero que ha traído consigo nada menos que los considerables factores de enriquecimiento que dejo apuntados en las líneas que anteceden.

Tengo sobre la mesa dos libros recientes, muy expresivos de esa ampliación y rejuvenecimiento del tema histórico que nos ocupa. El primero de ellos es el de Javier Tusell sobre el golpe de Estado que abre paso a la Dictadura. Mi estrecha relación académica con Tusell —iniciada por los días de su presencia en mi cátedra de Historia Contemporánea hace ya más de veinte años, proseguida a través de mis funciones de director de sus tesis de licenciatura y de doctorado; alimentada siempre, por mi parte, con una lectura atenta de su relevante aportación a la historiografía de nuestro tiempo— me ha permitido seguir paso a paso el proceso de su penetración en la realidad sociopolítica de la España de los años veinte. Primero fue su libro sobre *La crisis del caciquismo andaluz, 1923-1931* (Cupsa-Planeta, Madrid, 1977), o, dicho más exactamente, su monumental tesis doctoral —leída en 1972— sobre *Oligarquía y caciquismo en*

Andalucía. Las elecciones y la vida política, 1890-1931, inmensa cantera de datos y de testimonios de primera mano, de la que aquel libro constituye sólo una parte; después fue el artículo sobre «La dictadura de Primo de Rivera como régimen político», redactado conjuntamente con Genoveva García Queipo de Llano («Cuadernos Económicos» de ICE, núm. 10, 1979), en el cual aparecen ya expresamente definidos algunos de los criterios cardinales que han presidido la ideación de la obra a que ahora nos referimos. El segundo de los libros a que aludí al comienzo de este párrafo es el de María Teresa González Calbet sobre el Directorio Militar que cubre la primera etapa de la dictadura primorriverista —entre septiembre de 1923 y diciembre de 1925—, cuya lectura resulta, pues, complementaria de la *Radiografía* de Tusell.

Pocas líneas quedan al autor de este artículo para caracterizar someramente lo que cada uno de estos dos libros viene a aportar a los estudios sobre la Dictadura. El de González Calbet aporta una excelente y clara exposición, con profusión de aspectos bien articulados, de lo que fuera esa primera etapa del régimen de Primo de Rivera en que su condición de «dictadura» se manifiesta más conforme con el patrón clásico que intenté esbozar líneas arriba. Por otra parte, no dejan de ser analizadas en sus páginas las corrientes ideológicas —procedentes de distintos sectores de la derecha española— que impulsarán la pretensión constituyente que se manifiesta en el desarrollo ulterior de la Dictadura. En cuanto al libro de Tusell, mi lectura se ha fijado con particular interés en tres aspectos del

mismo: hay en él, en efecto, una tesis cardinal; hay un insólito y bien documentado reportaje acerca de una conspiración; hay unas reflexiones del autor que expresan sus convicciones historiológicas y que aparecen allí movidas por la experiencia directa de la compleja gestación de una decisión histórica. La tesis, ya lo apunté, se encuentra en obras anteriores de Tusell, pero aparece ahora considerablemente reforzada. En sustancia, podría enunciarse así: el pronunciamiento de Primo de Rivera no vino a interrumpir brutalmente el proceso, en marcha, de una democracia parlamentaria en vías de consolidación, sino que sobrevino en un momento en que la entera clase política española, los partidos políticos del sistema y el sistema mismo habían mostrado su plena incapacidad para superar la honda crisis social y política en que se debatía España, e incluso para hacer frente de manera adecuada a un golpe de Estado prácticamente anunciado. En cuanto a la reconstrucción minuciosa —ágil, cinematográfica— del proceso seguido por la conspiración; al valor extraordinario de las fuentes documentales manejadas; a la increíble cercanía a la trabazón de los hechos que el método seguido por Tusell nos depara; a la extrema fragilidad que revela la cadena de iniciativas y reacciones que había de conducir al advenimiento de la Dictadura, sería mucho lo que habría que glosar aquí.

El «cirujano de hierro»

No puedo sustraerme, sin embargo, a la tentación de añadir mi propia reflexión a las reflexiones finales de Tusell, dignas de un debate detenido. La ocasión perdida en 1917 para una profunda reforma constitucional y para una reforma social adecuada, capaces de dotar de sólidos fundamentos a nuestra democracia parlamentaria; la percepción social de que el contagio revolucionario era posible (piénsese en la Andalucía de «el trienio bolchevista», 1918-1920, de Díaz del Moral, o en la situación de orden público vivida a la sazón por Barcelona), y ello por más que fueran escasas las posibilidades reales de revolución; la explosiva situación de las masas campesinas del Sur; la aceptación pasiva del golpe de Estado por el mismísimo Gobierno de la nación y por gran parte de la sociedad española... todo ello, y junto a todo ello la semejanza de condiciones con respecto a tantos otros países de la que he llamado «Europa de las dictaduras», nos induce a pensar que, aunque el frágil hilo de la conspiración primorriverista hubiera quebrado en aquellos decisivos días de septiembre, el «cirujano de hierro», otro cirujano de hierro, no hubiera tardado en abrirse camino. Y quizá con trazas menos humanas y liberales que las propias de un general que, como escribió Ramos Oliveira, «no se deshonró nunca con la crueldad del tirano».

RESUMEN

La lectura de unos libros recientes sobre la dictadura del general Primo de Rivera ha dado ocasión al profesor Jover para exponer algunas reflexiones acerca de lo que han significado las «dictaduras», como interrupciones en el proceso de la historia constitucional

de España, entre 1812 y 1936. El autor intenta relacionar, por otra parte, el régimen de Primo de Rivera con la «Europa de las dictaduras», que tiende a cubrir, en los años veinte de nuestro siglo, los confines orientales y meridionales del continente europeo.

Javier Tusell

Radiografía de un golpe de Estado. El ascenso al poder del general Primo de Rivera

Alianza Editorial, Madrid, 1987. 282 páginas. 1.800 pesetas.

María Teresa González Calbet

La Dictadura de Primo de Rivera. El Directorio Militar.

Ediciones El Arquero (Fundación Ortega y Gasset), Madrid, 1987. 290 páginas. 1.272 pesetas.

Tres siglos de gravitación

Por Alberto Galindo

Alberto Galindo (Zaidín, Huesca, 1934) es matemático y físico. Catedrático de Física Teórica de la Universidad Complutense. Académico numerario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Sus campos de investigación actual son los procesos no-lineales y la física cuántica.

Ciertamente singular para la ciencia fue 1987. Además de marcar el centenario del nacimiento del genio matemático Srinivasa Ramanujan, de eclipsar Charon a Plutón por primera vez desde su descubrimiento, y de que la Administración Reagan diese luz verde al ambicioso proyecto del gran «ponderador» de partículas SSC (Super-Colisionador Superconductor), en ese año de gracia:

i) La fiebre de la superconductividad a alta temperatura crítica recorrió la faz del planeta.

ii) Con los neutrinos y la luz procedentes de la supernova SN1987a que llegaban a la Tierra para anunciar con unos 165.000 años de retraso el espasmo agónico de una estrella gigante azul en la Gran Nube de Magallanes, pequeña galaxia en los alrededores de la nuestra, concluyó una larga vigilia de cuatro siglos tras la supernova que Johannes Kepler divisara a simple vista en 1604.

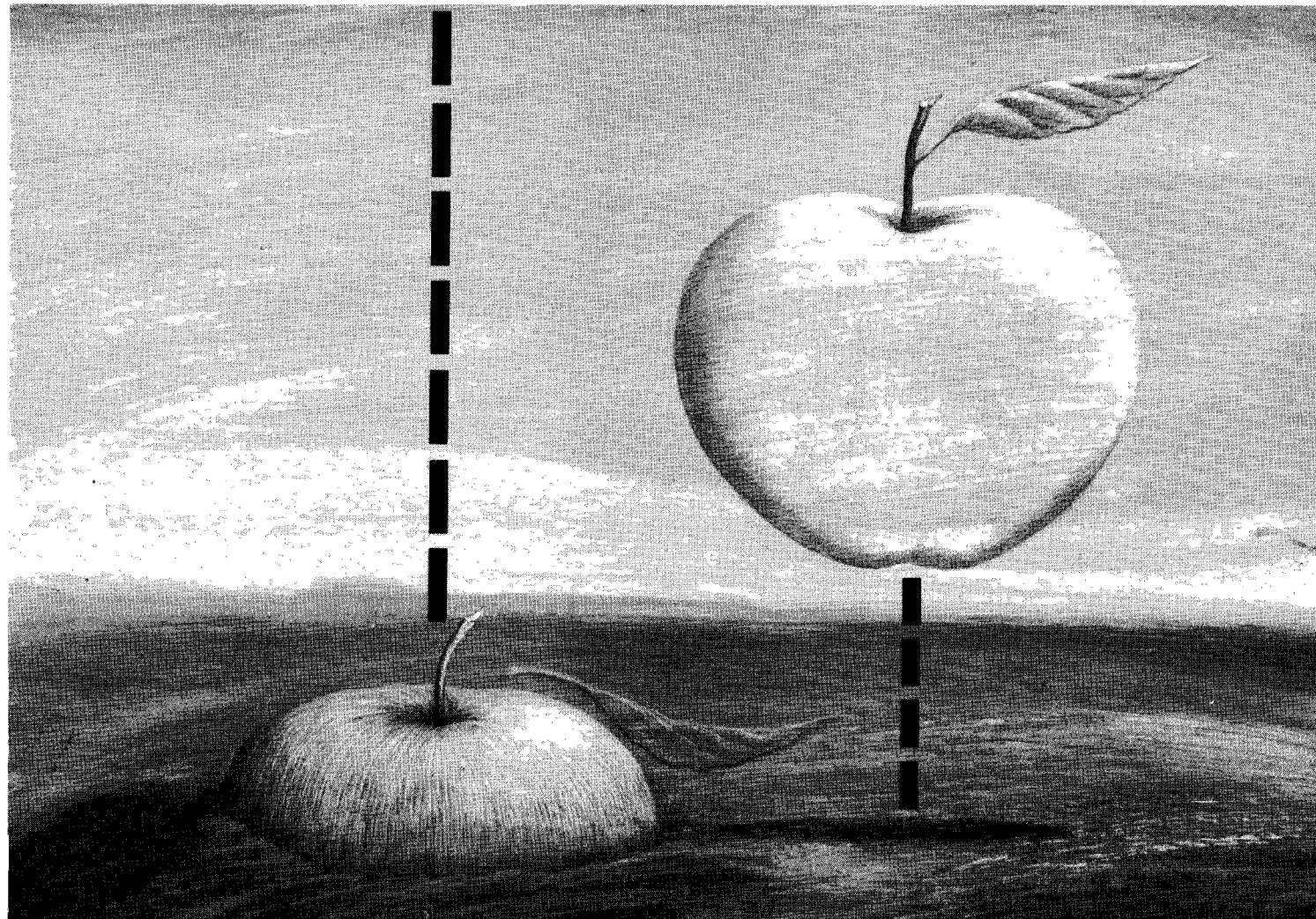
iii) La comunidad científica conmemoró el tricentenario de la primera edición de los *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*, obra máxima de Isaac Newton y monumento cumbre del pensamiento científico de todos los tiempos. ¡Ni los cielos quisieron perderse tal ocasión, y con la SN1987a se sumaron a la fiesta! Así dicen con regocijo, en el prólogo de la obra que nos ocupa, Stephen Hawking y Werner Israel, coeditores de la misma.

Si los científicos honraban en 1979 la memoria de Albert Einstein, en el centenario de su nacimiento, con el espléndido volumen *General Relativity: An Einstein Centenary Survey*, Cambridge Univ. Press, los mismos editores elegirían también las plumas de quienes debían narrar ahora el espectacular progreso, observacional y teórico, que la presente década traía para la física de la gravitación: el púlsar binario 1913 + 16, la cosmología inflacionaria, las cuerdas cósmicas y las supercuerdas son objetos e ideas que cierran los trescientos años de gravitación que nos separan de aquella afirmación newtoniana: «Gravitatem in corpora universa fieri, eamque proportionalem esse quantitativae materiae in singulis» del «Liber Tertius "De Mundi Systemate"» en los *Principia*.

Pocas pero jugosas concesiones al público culto no especializado tiene este libro *300 Years of Gravitation*. De sus 16 reflexiones, críticas y ensayos sobre el fenómeno gravitatorio, déjanse leer con facilidad éstas:

1. La primera y breve contribución de Hawking intitulada «Newton's Principia», un cántico a esta obra de Newton. Sólo la estatura científica de Albert Einstein se acercaría más tarde a la del «último de los babilonios», a la del «último niño prodigio a quien los Reyes Magos podrían rendir justo y sincero homenaje» (Keynes), aunque sin alcanzarla del todo; pues si bien ambos, Newton y Einstein, crearon una mecánica y una teoría de la gravitación, en lo tocante al marco matemático Newton construyó el suyo mientras que Einstein tuvo que apoyarse en la obra de Riemann y de otros sobre espacios curvos.

2. El artículo de Steven Weinberg «Newtonianism and today's physics». En él confronta diestramente el autor al tosco determinismo newtoniano que negaría toda pizca de libertad a las partículas con la visión mística y delicada de la naturaleza que algunos ven en la mecánica cuántica. También el caos clásico asoma con la luna Hiperión de Saturno en nuestro sistema solar, y diluye en mera utopía al determinismo; reina éste, pero a de-



ALFONSO RUANO

cir de Michael Berry, ya no gobierna. La «caología», tercera revolución de este siglo en la ciencia de la dinámica, marca sus límites operativos. Las posiciones reduccionistas se ven así acosadas incluso dentro de la misma física, pero el afán unificador para la descripción de las fuerzas básicas sigue siendo meta suprema. «I wish we could derive the rest of the phenomena of nature by the same kind of reasoning for mechanical principles, for I am induced by many reasons to suspect that they may all depend on certain forces.» Este deseo de Newton aún no se ha cumplido; y es la gravitación, la primera de todas las fuerzas conocidas, la que más rebelde se muestra. La actual teoría de supercuerdas, en que las partículas elementales conocidas, puntuales, inextensas, son como «notas» o modos de vibración de esas cuerdas, estructuras extensas unidimensionales, ofrece por vez primera la posibilidad de total unificación. ¡Cuán aleccionador es el «mea culpa» que en esto entonces valientemente un Weinberg pesaroso de acallar en el pasado las voces de los pocos teóricos de cuerdas! Todos aprendimos que la gravitación newtoniana sigue la ley del inverso del cuadrado; pero bien pudo haber obedecido a otra fórmula. Einstein nos enseñó que la ley tenía que ser ésta, y no otra, para campos débiles y velocidades lentas (límite newtoniano); pero la relatividad general no explica por qué debe existir la gravedad. Con las supercuerdas ya no cabe un Universo sin gravitación.

3. Unas profundas especulaciones de Roger Penrose en «Newton, quantum theory and reality». Tras una incursión pseudo-histórica, como él dice, sobre las razones de Newton para defender contra viento y marea la teoría corpuscular de la luz y sobre unos atisbos de relatividad galileana en quien propusiera el espacio absoluto, entra a saco Penrose en lo que se conoce como el delicadísimo problema del colapso de los estados cuánticos en los procesos de mediación. ¿Bifurcación en un escenario de múltiples mundos? ¿Evolución no unitaria cuando la consciencia del observador entra en juego? ¿Ilusión provocada por la compleja interacción del siste-

ma observado con el mundo exterior? Para Penrose, la solución está en la gravedad cuántica; mientras la mayoría tiende a modificar la gravitación para hacerla compatible con la mecánica cuántica, propone Penrose adecuar esta última a aquélla. Partiendo de la fundada creencia del carácter especialmente ordenado de nuestro Universo en la Gran Explosión, afirma que la verdadera gravedad cuántica ha de ser asimétrica en el tiempo. Siéndolo también la reducción o colapso de la función de onda en el proceso de observación, busca el autor un nexo, y propone que la elección entre alternativas cuánticas, y con ello la rotura de su coherencia, surge cuando los campos gravitatorios producidos por cada alternativa difieren en un quantum (virtual) al menos. Original sin duda, merece especial atención tal propuesta.

Agujeros negros

4. El documentado estudio histórico de Israel: «Dark stars: the evolution of an idea». Contraejemplo al ciclo kuhniano es esta evolución con su camino tortuoso, casi browniano, que comienza en 1784 con John Michell y en 1795 con Pierre Laplace y se extiende prácticamente hasta nuestros días, cuando en 1974 Hawking consigue, con su descubrimiento teórico de la evaporación cuántica de los agujeros negros, el primero y tímido abrazo de la relatividad general, la mecánica cuántica y la termodinámica. En medio, las enanas blancas y Chandrasekhar, las estrellas de neutrones y Oppenheimer/Volkov, el colapso gravitacional y los poderosos teoremas de singularidad, la conjetura de «sin pelos» y los difíciles teoremas de unicidad sobre agujeros negros, y las «locas» ideas de Beckenstein sobre la entropía de tales objetos y su vinculación al área del horizonte de sucesos. Espectador privilegiado y actor más de una vez, Israel ofrece un relato sin par.

El resto es lectura obligada, que no sencilla, para cualquier físico preocupado por las fronteras de su ciencia. Aquí podrá ver, entre otros:

5. La confrontación entre teoría y experimentación-observación en las contribuciones de A. H. Cook «Experiments on gravitation» y de Clifford Will «Experimental gravitation from Newton's Principia to Einstein's general relativity». La primera analiza los experimentos (viejos y nuevos) en laboratorio sobre la ley del inverso del cuadrado, sobre el principio de universalidad en la caída libre (recuérdese la legendaria demostración de Galileo desde lo alto de la Torre de Pisa, y la extraordinaria precisión con que el barón húngaro Eötvös comprobó que la madera y el aluminio caen con igual aceleración en el campo gravitatorio terrestre) y sobre la determinación de la constante de Newton (que por cierto entraría como tal en la física bastante más tarde, con Laplace y Poisson). La segunda contribución es un magnífico resumen de los fundamentos empíricos de la gravitación newtoniana y einsteiniana. Dos siglos de éxitos ininterrumpidos vio la teoría de Newton; aún hoy se usa para calcular las órbitas de planetas, satélites (naturales y artificiales) y naves espaciales con precisiones de una parte en cien millones. La relatividad general aporta correcciones generalmente pequeñas, pero cruciales. La deflexión gravitacional de la luz (¡la luz pesa!), la precisión de periastron (¡las elipses de Kepler giran sin cerrarse!), el desplazamiento espectral gravitacional (¡la gravedad distancia entre sí los sucesivos tic-tac de un reloj!), el retraso en la recepción del eco de una señal de radar que rebota en un planeta en conjunción superior (¡la luz se «frena» en un campo gravitacional!), la igualdad de caída para la energía gravitatoria y la «detección» indirecta en 1979 de las ondas gravitacionales por la pérdida de energía asociada a la inspiral del púlsar binario 1913 + 16, son pruebas que la gravitación einsteiniana ha superado con brillantez. Otras de extrema dificultad tecnológica, como el arrastre de inerciales, llevan en preparación más de un cuarto de siglo. No faltan tampoco las obligadas alusiones a una hipotética quinta fuerza puesta en el candelero por la revisión que Fishbach et al. hicieron en

Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

1986 de los viejos datos de Eötvös. Esta nueva fuerza, repulsiva entre trozos de materia y de alcance de un centenar de metros, más otra presunta (sexta fuerza), siempre atractiva y de alcance similar, son las componentes gravitacionales que afectarían a la ley de Newton sólo hasta distancias de unos centenares de metros como máximo (por tanto, sin influencia consiguiente en el movimiento de planetas y satélites), y que de varios experimentos ya hechos estos años unos detectan y otros no. La importancia fundamental del problema es evidente, y sin duda muy pronto quedará empíricamente dilucidado.

6. La posible evidencia observacional con que se cuenta para creer en ciertas extrañas e inevitables «criaturas», en la revisión «Astrophysical black holes» por Roger Blandford. Aparte del Cygnus X-1, el más firme candidato desde su detección en 1972 con el satélite Uhuru (Libertad, en swahili), poco más hay; tres o cuatro candidatos más en fuentes X binarias, y presuntos superagujeros negros en ciertos núcleos galácticos activos. Contrasta esto con el medio millar de pulsares conocidos.

7. Las fuentes previsible y los experimentos en marcha para la detección directa de ondas gravitacionales en el magnífico estudio de Kip Thorne «Gravitational Radiation». Si las ondas de radio nos mostraron un universo violento y desconocido, las gravitacionales, ondulaciones de curvatura, pueden llevarnos a contemplar interiores cataclísmicos infranqueables a fotones e incluso a neutrinos (esas elusivas partículas que pueden atravesar, como si nada, bloques de hierro de años luz de espesor). Su detección, pues, puede abrir las puertas a una nueva astrofísica. Mas no será fácil; tras el precipitado *ευρηκα* de Joseph Weber en 1969, ningún otro grupo experimental las ha detectado aún. Tan extrema es la debilidad de la interacción gravitacional que la detección de estas ondas mediante dispositivos basados en la más alta tecnología obliga a sortear dificultades relacionadas con límites a la sensibilidad impuestos por el propio principio de indeterminación de Heisenberg.

8. Los esfuerzos ímprobos por explicar cómo de un Universo inicialmente amorfo pudo surgir la estructuración observada a gran escala (galaxias y cúmulos galácticos) y su relación con la materia oscura en el artículo de Martin Rees «The emergence of structure in the universe: galaxy formation and dark matter». ¡Cuánto más fácil, como dice Saslaw, resultara justificar la inexistencia, si así fuere, de galaxias! Pero no; ahí están. Apuntan con fuerza las observaciones a que al menos un 90 por 100 (hasta un 99 por 100 se acepta en los modelos inflacionarios) de la materia del Universo es oscura; si tal materia consta de estrellas pequeñas («jupiter's»), agujeros negros, o elementos más exóticos (neutrinos con masa, axiones, partículas supersimétricas, píldoras de materia extraña, etc.), es algo por aclarar. Su naturaleza parece decisiva en la formación y evolución del espectro de inhomogeneidades primitivas que generarían las galaxias y sus cúmulos por condensación gravitacional; pero otras semillas, como las cuerdas cósmicas, no son descartables.

Cuerdas, inflación

9. El posible papel astrofísico de las cuerdas cósmicas, defectos filiformes, a modo de cicatrices, ocasionados en transiciones de fase del universo primitivo, de la mano autorizada de uno de sus progenitores, Alexander Vilenkin, en «Gravitational interactions of cosmic strings». Con espesor despreciable y densidad lineal inconcebiblemente alta (¡un kilómetro de esa cuerda pesaría como nuestra Tierra!), estos objetos, de existir, distorsionarían la geometría. Algunos casos de doble imagen de cuásares podrían ser debidos a cuerdas cósmicas interpuestas. Asimismo su presencia, como decíamos antes, hubiera podido nuclear la formación de galaxias.

10. La inflación, sea «nueva», sea «caótica», como panacea para resolver una decena de problemas (horizontes, planitud, ausencia de monopolos primordiales, etc.) que afligen al modelo cosmológico estándar, por partida doble en los ensayos «Inflationary cos-

mology», de Steven Blau y Alan Guth, e «Inflation and quantum cosmology», por Andrei Linde. La idea motriz, debida esencialmente a Guth en 1981, es que el Universo, recién salido de la brevísima era cuántica, sufrió una titánica expansión impulsada por la llamada «energía de un falso vacío», que luego sería devuelta al medio como calor y elevaría la temperatura del Universo a los valores dados por la cosmología estándar. Sobre los detalles de esta cesión y las condiciones iniciales de la inflación difieren los autores, y los escenarios resultantes de la inflación «nueva» o de la «caótica» (Linde) son bien distintos (burbujas de falso vacío, universos «bebés», universos «mutantes», etc.). El «Nil posee creari de nilo», de Lucrecio, bien pudo ser trascendido: la criticidad («summarum summa est nulla») originada por la inflación permite contemplar la creación como una fluctuación cuántica espontánea de la nada.

11. Una visión provocativa de la era de Planck y de las flechas del tiempo, en la segunda aportación del genial Hawking «Quantum cosmology». Con el principio de que «la condición de contorno del Universo es que éste carece de contorno», propone el autor una función de onda para el Universo, con inflación desde un estado no-singular de radio mínimo, que pasa luego a un Universo dominado por materia y, tras alcanzar un radio máximo, recae a una singularidad. Carecien-

RESUMEN

Por muy exacta que sea la ciencia, destacar un año no parece, en principio, método muy preciso y sin embargo subraya el profesor Galindo que 1987 (precisamente cuando apareció el libro objeto de su comentario) no fue un año como otro cualquiera. Se produjeron varios e importantes hechos como para de-

do de «flecha temporal» la condición de «no-contorno», ¿cómo se explica la asimetría entre pasado y futuro? Por la presencia a que esa condición fuerza de más orden en un extremo del tiempo que en el otro (llamamos pasado a aquél, futuro a éste, porque nuestros recuerdos exigen ordenación en la memoria que a su vez provoca más desorden en el exterior). Pero, ¿por qué vivimos en una fase expansiva? Es decir, ¿por qué la flecha cosmológica coincide con la entrópica? «Cogito ergo mundus talis est»; ahí puede estar la respuesta basada en el principio antrópico de Carter.

¿La teoría de todo?

12. Las poderosas razones que llevan a bastantes físicos a depositar enormes esperanzas en los modelos de cuerdas y supercuerdas como «teoría de todo», en la puesta a punto «Superstring unification» por John Schwarz, uno de sus creadores. En una teoría de partículas puntuales no hay sitio para la gravitación; la teoría de cuerdas exige la gravitación. Ante la diversidad de acoplos, masas, etc., que plagan las teorías convencionales (incluso unificadas), en la de cuerdas sólo interviene un parámetro (¡qué menos!). Parece que las singularidades de la relatividad general quedan ahora exorcizadas y desaparecen. No será fácil, sin embargo, someter este esquema a comprobación experimental; su época natural fue la de Planck, la de la fase cuántica del Universo, enormemente separada en energías de la nuestra. Se dice (mas no es obligado) que allí las supercuerdas vivían en un ambiente de diez dimensiones, y que enseguida seis de éstas se «rizaron» en círculos de radio pequeñísimo, inobservable, quedando como están las cuatro ordinarias de nuestro espacio-tiempo. Abrir artificialmente aquellas seis dimensiones compactificadas exigiría aceleradores del tamaño de varios años luz. El único recurso para detectarlas es acudir humildemente al gran acelerador cósmico, ese viejo y gran universo que no entiende de presupuestos ni de restricciones energéticas, y «preguntarle» a través de partículas fósiles, de posibles variaciones con los eones de las constantes fundamentales, etc., ya que, como decía Galilei, «la filosofía è scritta in questo grandissimo libro che continuamente ci sta aperto innanzi agli occhi (io dico l'universo)». Físicos muy insignes hay, empero, que se muestran totalmente escépticos ante este novedoso programa de un submundo «ciliar», matemáticamente fascinante; y en espera estoica a que se rompa la ola, llega a afirmar Glashow por ellos que «Perhaps we unstrung and unsung dinosaurs will have the last laugh after all».

Hacer mediana justicia al contenido, calidad y nivel de todas y cada una de estas aportaciones sería pretensión desatinada en una crítica de esta extensión; por eso adopté la simple exposición lineal. Nos hallamos ante un libro excepcionalmente valioso, escrito por los mejores especialistas del momento, y que será fuente obligada durante años para todos los que deseen adentrarse en el fascinante mundo de la gravitación y de sus tres primeros siglos de historia científica. □

S. W. Hawking y W. Israel (eds.)

Three hundred years of gravitation

Cambridge University Press, 1987. i-xiv + 684 páginas.

Roma y los juristas

Por Angel Latorre

Angel Latorre (Pamplona, 1925) ha sido catedrático de Derecho Romano de la Universidad de Barcelona y lo es de la de Alcalá de Henares. Miembro de la Academia de Jurisprudencia y Legislación de Cataluña, es magistrado desde 1980 del Tribunal Constitucional. Autor, entre otras obras, de Universidad y Sociedad e Introducción al Derecho.

En su reciente historia del Derecho romano, M. Bretone llama la atención desde sus primeras páginas sobre un hecho que, aun siendo bien conocido, no atrae siempre el interés que merece. Y es que en Roma aparece por primera vez en la historia la figura del jurista, es decir, de la persona cuya actividad consiste en el análisis de los conflictos de intereses que surgen en las relaciones humanas y en ofrecer soluciones de esos conflictos conforme a normas y principios claramente diferenciados de las pautas religiosas o morales o de los simples usos sociales. Una actividad análoga no existió ni en las sociedades orientales ni siquiera en Grecia. El pensamiento griego planteó ciertamente los grandes temas de la filosofía jurídica y de la teoría política, pero en la sociedad helénica no se formó un grupo de personas que se dedicase al estudio del Derecho como ciencia autónoma. En palabras de Max Weber, citadas por Bretone, en Roma aparece por vez primera «una doctrina racional del Derecho», mientras que en otros ambientes culturales, incluido el griego, faltan «los esquemas severos del Derecho romano» y «la forma mental, rigurosamente jurídica, que le es propia». Quizá no está de más recordar que Max Weber comenzó su carrera académica como profesor de Derecho romano, materia de la que publicó en su juventud alguna obra valiosa, y que, por tanto, también en este punto sabía muy bien de qué hablaba.

El Derecho romano es una de las grandes creaciones de la civilización occidental, pero como ya observó Savigny, lo es no sólo y no tanto por el contenido de las normas que lo integran, sino por el método de sus juristas. Ya Mommsen rechazaba con palabras tajantes que el Derecho romano fuese «el mejor del mundo» y la pretensión de que pudiese servir de ejemplo a las generaciones futuras. Y con independencia de las matizaciones de que pudieran ser objeto los duros juicios de Mommsen, no es hoy fácil creer que ese Derecho, aun después de las elaboraciones de que ha sido objeto durante siglos, sea la «ratio scripta» que en él vieron los juristas medievales. Puede afirmarse, en cambio, que todos los que con mayor o menor fortuna nos hemos dedicado al estudio o a la práctica del Derecho descendemos espiritualmente de los juristas romanos. A ello no obsta que la mayor parte de la obra de estos juristas que se nos ha conservado se refiera a lo que hoy consideramos Derecho civil, y que sectores del ordenamiento jurídico de tanta importancia actual como el Derecho mercantil o las diversas ramas del Derecho público, por no hablar del Derecho laboral, les fueran desconocidos o los trataran en forma que hoy ofrece escaso o nulo interés. Pero ya se ha dicho que no es el resultado concreto de la actividad de los juristas ro-



ANTONIO LANCHÓ

manos, sino su método, su mentalidad como tales juristas, lo que constituye su principal aportación para nosotros. Esa mentalidad y ese método es lo que hoy define al jurista, sea cual sea el campo del Derecho a que se aplica. Bien lo prueba el hecho de que los juristas medievales extrajeron de opiniones que encontraban en el Digesto materiales para construir algunos de los conceptos básicos del Derecho público moderno o, por poner otro ejemplo, que Hugo Grocio utilizase ampliamente esas opiniones para sentar las bases del Derecho internacional.

Los intermediarios

Cuestión distinta y que no debe eludirse es determinar cuáles han sido las consecuencias de esa invención de los juristas para la buena marcha de la vida social. A lo largo de la historia occidental, la recepción del Derecho romano y de sus heraldos los juristas tropezaron, como es sabido, con duras resistencias populares. Prescindiendo de causas accidentales, lo cierto es que esas resistencias se han mantenido vivas en muchos sectores sociales. Los estudios jurídicos casi fueron suprimidos a raíz de las revoluciones soviética y china, para referirme sólo a los ejemplos más significativos de nuestro siglo. La hostilidad ha-

cia los juristas se intenta justificar porque éstos aparecen como una clase de intermediarios entre la idea de justicia y su realización práctica, que interponen entre una y otra una compleja red de conceptos refinados y de sutiles distinciones. La mentalidad jurídica comporta, además, una cierta frialdad y distanciamiento ante los problemas y ante las pasiones que desatan, una búsqueda de equilibrios y compromisos, una actitud más bien escéptica y poco dada al entusiasmo. Se comprende así la famosa invectiva de Lutero contra los juristas: «Iuristen, böse Christen». Malos cristianos los juristas, que oponen al ardor de la fe la frialdad de la ley. No es extraño que Lutero hiciera quemar los libros de Derecho canónico.

Es fácil responder a este tipo de críticas diciendo que la creencia en una idea de justicia surgida de la entraña del pueblo es un ingenuo residuo de concepciones románticas ya superadas. Pero no hay que exagerar la fuerza de esa respuesta, pues existen, sin duda, un conjunto de estimaciones sociales sobre la justicia, dominantes en cada sociedad, de las que no se puede ni se debe prescindir. Quizá una meditación sobre el papel que los juristas deben jugar en nuestros días pueda tener otros puntos de referencia. Uno es que el Derecho no tiene sólo por finalidad la realización de la idea de justicia tal y como se expresa en la conciencia popular. Junto a esa finalidad existe otra, no me atrevo a decir más importante, pero sí de importancia no desdeñable, que es la seguridad. Los individuos y los grupos sociales han de saber a qué atenerse en sus relaciones y han de prever las consecuencias jurídicas de sus actos. La primera condición para ello es que las normas jurídicas puedan ser conocidas, es decir, que sean públicas. La historia del Derecho romano ofrece sobre esto un buen ejemplo. El conocimiento del Derecho y de la forma de ejercitar las acciones judiciales comenzó siendo un monopolio del Colegio de los Pontífices, celosamente guardado por los patricios que lo componían. Una

de las primeras reivindicaciones de los plebeyos fue la revelación de esos secretos. La Ley de las XII Tabas y la divulgación de las fórmulas procesales por Gneo Flavio supusieron las primeras victorias plebeyas en este campo. La aparición de los juristas se encuentra en la misma línea. El conocimiento y la enseñanza del Derecho dejan de ser el monopolio de un colegio sacerdotal para convertirse en una posibilidad abierta a cualquier ciudadano, desvelándose uno de los «arcani imperii» del primitivo gobierno patricio. Pues bien, esa función de conocer el Derecho y, en consecuencia, de explicar a los ciudadanos las normas a que están sometidos y de evitar que los poderes públicos actúen al margen de esas normas, denunciando cuando lo hacen, siguen siendo un deber indeclinable del jurista. Su actividad es así protectora de los ciudadanos contra los posibles abusos del poder. Por ello, conviene no olvidarlo, los juristas suelen despertar la prevención de los políticos, porque si cumplen con su misión están para recordarles que el Derecho es, por su propia existencia, un límite al poder o, para ser más exacto, en las sociedades modernas, el único límite legítimo del poder.

Función social

Otra observación sobre la función social del jurista cabe deducir también de la experiencia romana. Los juristas romanos eran los conocedores especializados del Derecho, pero la más decisiva de las tareas jurídicas, la tarea de juzgar, no la ejercieron ellos, sino jurados populares o jueces legos designados por las partes. Y no está de más recordar que Montesquieu, cuando configura la función judicial como un poder autónomo dentro del Estado, tiene presente el modelo romano, que conocía bien, así como el de los jurados británicos. Pero nunca escribió que el poder judicial debiera ser atribuido a una corporación de jueces profesionales, cosa tanto más significativa cuanto que él mismo pertenecía a la alta y poderosa magistratura de su país. La participación popular en la función de juzgar supone contar, en el momento de aplicar el Derecho, con la sensibilidad popular y sus estimaciones respecto a la justicia, como necesario contrapeso a la quizá inevitable deformación profesional que sufre el jurista. No es fácil, ciertamente, llevar a la práctica esas exigencias en las complejas sociedades de nuestro tiempo, pero no parece superfluo recordar las raíces romanas de cuestiones que hoy siguen siendo de palpitante actualidad.

Debo advertir, para evitar posibles equívocos, que el libro de Bretone cuya lectura suscita este comentario no alude a esas consideraciones que, a mi juicio, pueden deducirse de la experiencia jurídica romana. Su obra se mantiene con rigor dentro de una perspectiva histórica del Derecho romano. Pero un libro no es sólo una fuente de información, sino que debe ser también un semillero de sugerencias. La historia del Derecho romano es hoy, sin duda, un trozo de historia, lo que no significa que sea algo ajeno a nuestros problemas. Toda historia nos abre horizontes sobre cuestiones que se plantean ahora y se plantearon antes, aunque en contextos distintos. En este sentido puede afirmarse con Croce que toda historia es historia contemporánea, y la historia del Derecho romano no es una excepción. □

En el próximo número

Artículos de Manuel Alvar, Federico Sopena, Emilio Lorenzo, Manuel Gutiérrez Aragón, Ignacio Sotelo, Manuel García Doncel y Carlos Sánchez del Río.

RESUMEN

En Roma aparece por vez primera la figura del jurista, tal como se viene entendiendo desde entonces. El Derecho romano es una de las grandes creaciones de la civilización occidental y a su historia ha dedicado el

profesor italiano M. Bretone esta monografía, que no sólo es fuente de información, sino que debe ser semillero de sugerencias en opinión de Angel Latorre, quien escribe sobre este libro.

M. Bretone

Storia del Diritto romano

Laterza, Roma-Bari, 1987. 507 páginas.

Particularismo y universalidad

Por Manuel Alvar

Manuel Alvar (Benicarló, Castellón, 1923) es catedrático de universidad, académico y, desde el mes de enero de 1989, director de la Real Academia Española. Premio Nacional de Literatura, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los Atlas Lingüísticos del español.

No hay en España cátedras de literatura comparada según existen en otros países, y el estímulo particular no pasa de los intereses de cada investigador, ni la revista «1616» —muy digna por lo demás— puede cubrir el amplísimo panorama que ante ella se extiende. Viene esto a cuento al leer los libros de Claudio Guillén: el teórico, *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la literatura comparada*, y el de muy concretas precisiones al que voy a prestar mi atención, *El primer siglo de oro. Estudios sobre géneros y modelos*. Porque no se trata de que el comparatismo se pueda alimentar del saber de unos cuantos eruditos (y el autor abruma con sus conocimientos bibliográficos, también españoles), sino porque los caminos que ahora se nos abren resultan deslumbradores por los inusitados paisajes que transitan. El título del libro da en clave el contenido de una obra muy compleja y, me apresuro a decirlo, muy homogénea; sólo introduciéndonos en estas páginas es como podemos afrontar la universalidad de un saber, aplicado a casos muy concretos: tales serían los estudios sobre el *Lazarillo* o sobre fray Luis de León.

Pero, en otros casos, el proceder es inverso: un motivo de apariencia limitada lleva a hechos de trascendencia histórica (Mateo Alemán, el *Abencerraje*) y, sobre todo, se pueden convertir en insignes pretextos para desmenuar unas concepciones literarias (Garcilaso, Ginés de Pasamonte o Quevedo). Esta ordenación externa que acabo de hacer tiene el riesgo de las generalizaciones, aunque se trate de estudios de muy diverso cariz, pues lo que el libro ha logrado es una coherente unidad y los tratamientos con frecuencia se encabalgan. Lograr, a la vez, la unidad en la pluralidad de intentos y la diversidad sugestiva en una técnica uniforme no es el menor motivo de gratitud que pronunciará el lector al cerrar la última página de este libro. Pero, digámoslo ya, sin un inmenso conocimiento de las fuentes (primarias y secundarias), sin una agudeza para atisbar los hechos que deben de-



STELLA WITTENBERG

latarse y, por qué no, sin una ejemplar pulcritud en el estilo, no se hubiera ido muy lejos. O, cuando menos, este libro no sería lo que es: lección y ejemplo.

Teoría de los géneros

Porque resulta admirable ver cómo unos versos de Garcilaso, triviales para la crítica, sirven para plantear y resolver toda una teoría de géneros literarios, la concepción del universo lírico del gran poeta toledano y las diferencias —fundamentales— con su amigo Juan Boscán. Pero es que, al suscitar la teoría, las ideas revierten sobre problemas de la propia textualidad de las obras conservadas: ahora que con tanta sagacidad se ha hecho ver la estructuración de cancionero petrarquesco

que pudieron tener los poemas de Garcilaso, he aquí que la aparición de unos «géneros nuevos» nos hace pensar, en un orden, en tres libros dentro de los cuales —creo— cabría la sistemática del *Canzonere*, sin quitar la enorme originalidad teórica de Garcilaso. Antonio Prieto, en una reciente edición de las *Poesías* de Garcilaso (1984) y en un trabajo posterior, ha señalado con agudeza que si el *Canzonere* es un modelo seguido en tantas cosas, a él habrá que referirse para conocer el petrarquismo de un poeta, tal y como practicó Gaspara Stampa (muere por 1554) con sus *Rime d'amore*. Lo que parece claro es que hay una conciencia de estructurar ese corpus poético según la norma de Petrarca para presentar los diversos poemas como un desarrollo de la vida amorosa del autor (coincidente o no con su existencia mortal y, por tanto, con unos límites que no tienen por qué ser coincidentes). Garcilaso no pudo organizar su propio cancionero y, tras su muerte, la mujer de Boscán agrupó los poemas, pero no los ordenó; no les dio la secuencia que de ellos pudiéramos esperar: las palabras de Garcilaso no se nos han transmitido como el poeta las pensó, sino que nos han sido dadas en desajuste con el «sistema secuencial que exigiría la alternación de formas métricas».

En la misma línea está el agudo estudio «Luis Sánchez, Ginés de Pasamonte y el descubrimiento del género picaresco». Aquí hay un encuentro de maneras harto diferentes de concebir el género literario (por Mateo Ale-

mán, por Cervantes), de tal modo que no resulta arriesgado pensar que el *Quijote* no sólo viniera a enterrar a los libros caballerescos, sino que «por motivos harto evidentes, lo mismo formales que temáticos, morales o valorativos, el *Quijote* se construye, se alza y se levanta en contra de la novela picaresca o a espaldas de ella. Si Cervantes quiso desbancar al *Guzmán*, a corto plazo sí lo consiguió»: tras el inmenso éxito inicial de la vida del pícaro, la aparición del *Quijote* (1605) hizo que no volviera a reimprimirse hasta 1615, en Milán. El *Lazarillo* había quedado aislado como manifestación literaria, Mateo Alemán le dio una armadura teórica de que carecía, las dos novelas vinieron a constituir un «género», y contra esa concepción es a lo que Cervantes apunta cuando elabora su creación y determina sus propias doctrinas.

«Inmensa escritura»

Otro tanto podría decirse de Quevedo o el intento genial de establecer los deslindes de lo literario: en él un mundo lleno de posibilidades (en verso y en prosa) para constituir ese complejo universo de «inmensa escritura» que irá evolucionando, encerrándose en sí mismo y convirtiéndose en el espejo donde la armonía se disuelve. Quevedo evoluciona hasta confirmar su desengaño y su envejecimiento ideo-

En este número

Artículos de	
Manuel Alvar	1-2
Federico Sopena	3
Emilio Lorenzo	4-5
Manuel Gutiérrez Aragón	6-7
Ignacio Sotelo	8-9
Manuel García Doncel	10-11
Carlos Sánchez del Río	12

SUMARIO en página 2





Particularismo y universalidad

lógico. Imagen fiel del deshacerse la patria que obliga a decir a Guillén: «parcelación del horizonte, vindicación provinciana, cuya utilidad bien conocemos hoy como sucedáneo de proyectos y de entusiasmos integradores». Ciertamente, pero él solo no podía hacer que todos abrigaran ensueños y creyeran en la esperanza; lo que ahora vemos como un debatirse del inmenso poeta es que la retórica es una forma de su desesperación que acaba —¿sólo en Quevedo?— en un pesimismo a «ultranza y sin medida», en una noche sin «esperanza humana». El escritor ha trascendido al hombre, y el debatirse literario trasluce el fracaso de aquel ser excepcional que ni siquiera en su fe trasluce unas lucecillas de esperanza.

También desde un tema que aparentemente presenta un interés más reducido, Claudio Guillén ilumina un complejo mundo de connotaciones, nada menos que el de la libertad dentro de un «determinado entorno cultural e histórico». Pensemos en análisis tan bellos —y esclarecedores— como los que hizo Dámaso Alonso del *Virgen que el sol más pura* para que sintamos restallante la angustia de aquel luchador que fue fray Luis de León. Ahora, en la *Profecía del Tajo*, se aparta el investigador de la inspiración horaciana, proceso convertido en lugar común por los eruditos. Sin embargo, el «marco» en que se desarrolla el poema español es de origen épico-mítico. Condicionado, claro está, por las connotaciones que nuestra propia historia determina. El poema viene a ser «un proceso y el producto de un esfuerzo», en un equilibrio del que pueden desprenderse rachas de luz. Considerada la poesía como un continuo hacerse, la de fray Luis nos muestra cómo la visión mítica vuelve a incardinarse en el tiempo, con lo que aproxima los valores de libertad y profecía. Aquí habría que tener en cuenta la función ejemplar del mito. Es historia en un pasado al que se ha vaciado del tiempo; de ahí la universalidad de su significado. Y también su propia ejemplaridad. Jorge Guillén ha hablado en algún poema suyo del «tiempo sin historia», que sería tanto como vaciar al tiempo de su trascendencia de ser, convertirlo en un presente durativo, que no concluyera en su continuo devanar. De ahí el sentido que da el poeta de hoy a los mitos del pasado, cumplidos en ese «tiempo sin historia»; es decir, en

un presente incapaz de hacerse pasado o de llegar a ser futuro. Testimonio de una realidad universalmente válida que, por serlo, hace que *Ariadna en Naxos* o el *Pervigilium Veneris* tengan la doble perspectiva del tiempo en que fueron proyectados como presentes hacia un futuro en el que vivimos nosotros y nuestro hoy, identificándose —más allá de las cronologías— con un pasado en el que estamos instaurados.

Volver al *Lazarillo*, tan asaeteado en estos años, no es poca responsabilidad. Claudio Guillén tienta la caracterización de la novela como género y, en un espléndido artículo, trae a los ojos del lector los silencios de Lázaro, que tan esclarecedores son de la novela y que tan sagazmente se enumeran. Pero no se enuncian únicamente, sino que se instauran en una luz histórica que tiene no poco que ver con las intuiciones y descubrimientos de Américo Castro, y que nos llevarían a los planteamientos de algo que parece tan poco «literario» como «Los pleitos extremeños de Mateo Alemán». Entonces resulta que cobran sorprendente ilustración las cuestiones que a uno y otro afectan, pues al analizar los linajes del mozuelo de Tejares y del narrador sevillano atisbamos mil problemas del asendereado vivir hispánico en el que se instaura dramáticamente el mundo de los moriscos y de los conversos.

Literaturizar la vida

Al considerar «Individuo y ejemplaridad en el *Abencerraje*», quiero hacer hincapié en cosas, si dichas, acaso no suficientemente aclaradas. Me refiero a los problemas que atañen a *Las guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita. La primera parte (la «Historia de los bandos») es una fabulación de hechos en parte reales, en parte ficticios. Pero interesa señalar que la «maurofilia» que llevó a adaptar ciertos romances y a convertir los amores de Lope de Vega con Elena Osorio (en sus disfraces de Zaide y de Zaida) en el capítulo VI de la novela, fue un tipo de relato que tuvo que ver con la Historia, aunque con una historia en la que la vida se hacía literatura. Es decir, con elementos reales (digamos relaciones de los romances fronterizos o el proceso

contra Lope por mor de unos libelos) se ha construido un mundo fantástico que se sitúa en la Granada de Boabdil, aunque poco tuviera que ver con ella. Lo que ha hecho Pérez de Hita ha sido literaturizar la vida, y en ello acertó plenamente: el género que inicia el *Abencerraje* sólo con él alcanza plenitud y total trascendencia más allá de su tiempo y de nuestras fronteras. Pero cuando se publicó la segunda parte (1619), las cosas habían cambiado por la sublevación de los moriscos, y el mundo brillante de la zambra y de los combates singulares fue sustituido por otro menos literario y más real: esto le obligó a utilizar con rigor unas fuentes muy precisas y obligó también al olvido de la ropavejería. Ambas cosas hicieron de esta segunda parte un espléndido relato que no tuvo la fortuna del primero, pero en el que encuentro magníficos fragmentos inspirados en la sola verdad histórica. La Granada nazarí pudo inventarse; la guerra de la Alpujarra o el sitio de Galera negaban la posibilidad de crear ficciones; más aún, el hombre que combatió bajo las banderas del duque de Arcos vio la guerra, la sintió en su absurdo y en su crueldad y ya no pudo volver a las fantasías, ni —acaso— los tiempos se lo hubieran permitido: los turcos amagaban. Entonces la literatura tuvo que dar un nuevo sesgo y, no se olvide, Góngora es el anti-Lope en los romances de cautivos y Calderón escribió la tragedia del *Tuzaní de la Alpujarra* según una historia narrada dramáticamente en la novela.

Estos estudios son un motivo de meditación. Empezaba estas notas con el sentimien-

to de una ausencia; no creo que sea cuestión que interese a los responsables de nuestras universidades, ni que nadie vaya a remediar el vacío. Quiero terminar —sin embargo— con una esperanza: estudios como los de Claudio Guillén son un ejemplo que nuestros jóvenes deben seguir, si quieren que nuestra cultura no se limite a pequeñas parcelas de saber y tenga una proyección hacia fuera que muchas veces nos falta. Pues en el hecho más insignificante está siempre el germen de la trascendencia cuando la semilla se hace fecunda. Lo hemos visto en esta colección de estudios. He hablado de las condiciones personales del investigador, y ellas no se compran ni se venden. Son inalienables. Pero hay otras cosas que nos deben hacer meditar: estos trabajos no se podrían escribir en España. Nuestras bibliotecas lo impedirían y nuestra pobreza nos acuciaría limitaciones. Pero no nos amedrentemos; en ocasiones el exceso de información tampoco es necesario y corremos el riesgo de morir bajo las papeletas, como el erudito que Anatole France puso al frente de *La isla de los pingüinos*: no todo vale igual y el riesgo de que el tratado se nos convierta en centón también puede amagar. Aquí están los estudios de Claudio Guillén, espléndidos, magistrales, como una llamada hacia caminos que debían emprenderse. Hablando de problemas (generales o limitadísimos) de nuestra literatura, ha sabido siempre remontarse a planos teóricos en los que la especulación se convierte en ciencia. Y ello desde realidades muy tangibles. Esta es la lección que encuentro para que éste sea un gran libro. □

RESUMEN

No hay en España cátedras de literatura comparada como las existentes en las universidades extranjeras. Claudio Guillén, formado en Estados Unidos, ha venido prestando desde siempre especial atención a este tipo de estudios, y de uno de sus libros más recientes

se ocupa Manuel Alvar, director de la Real Academia Española. En esta obra, comenta Alvar, se recogen unos trabajos que deberían ser ejemplo para los investigadores jóvenes si se quiere que la cultura española tenga una proyección hacia afuera.

Claudio Guillén

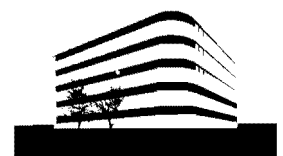
El primer siglo de oro. Estudios sobre géneros y modelos

Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1988. 280 páginas. 1.275 pesetas.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March
Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Particularismo y universalidad», por Manuel Alvar, sobre el libro <i>El primer siglo de oro. Estudios sobre géneros y modelos</i> , de Claudio Guillén	1-2
«El epistolario de Rilke, una llamada actual», por Federico Sopena, sobre el libro <i>Teoría poética</i> , de Rainer Maria Rilke	3
«El mundo bullente de la traducción», por Emilio Lorenzo, sobre los libros <i>Teoría y crítica de la traducción. Antología</i> , y <i>Fidus Interpres. Actas de las Primeras Jornadas Nacionales de Historia de la Traducción</i> , de Julio César Santoyo, y <i>Problemas de la traducción y Actas de las Jornadas de Traducción</i> , de autores varios	4-5
«Huston y Bergman hacen recuento», por Manuel Gutiérrez Aragón, sobre los libros <i>A libro abierto</i> , de John Huston, y <i>Linterna mágica</i> , de Ingmar Bergman	6-7
«La otra cara de la modernidad», por Ignacio Sotelo, sobre el libro <i>Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne</i> , de Ulrich Beck	8-9
«Las obras completas de Einstein», por Manuel García Doncel, sobre el libro <i>The Collected Papers of Albert Einstein. Vol. I: The early years, 1879-1902</i> , de Albert Einstein	10-11
«Evolución y termodinámica», por Carlos Sánchez del Río, sobre el libro <i>Evolution, Thermodynamics and Information. Extending the Darwinian Program</i> , de Jeffrey S. Wicken	12

El epistolario de Rilke, una llamada actual

Por Federico Sopena

Federico Sopena (Valladolid, 1917) ha sido catedrático y director del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, así como del Museo del Prado; desde diciembre de 1988 es director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Es autor, entre otros libros, de Historia de la música española contemporánea.

Durante la posguerra española, en sus años iniciales, se desató una verdadera pasión por Rilke. Como tantas veces, Eugenio d'Ors fue el primero en llamar la atención sobre la grandeza del poeta; fue también el primero en señalar otra pasión de la posguerra, Romano Guardini. No bien acabada la guerra, la editorial Yunque, en diciembre de 1939, publicó una breve y bonita antología bilingüe. Poco más tarde, también en Barcelona, en 1941, se publica el libro *Historias del buen Dios*, y culmina este proceso en 1946 con el espléndido trabajo de Gonzalo Torrente Ballester, que traduce y anota con fervor el *Réquiem* y las *Elegías del Duino*.

Los que compartieron conmigo la vida de comunidad en la iglesia de la Ciudad Universitaria recordarán, sin duda alguna, cómo las predicaciones cuaresmales estaban llenas de citas del poeta que, aun confesándose no cristiano, tenía, ante temas como el de los ángeles y el de la muerte, una visión perfectamente predicable. ¡Cuántas veces me repitieron aquello de «no quiero morir de la muerte de los médicos», «Señor, da a cada uno su propia muerte»!

Se cierra este proceso personal con mi vuelta de la visita en Sión a la tumba de Rilke. Más tarde llegará Jaime Ferreiro, convirtiéndose en el auténtico especialista español de Rilke.

Sería larguísimo dar la cita de todas las obras e incluso de las traducciones sólo, quizá, moderadas por los comentarios estrictamente técnicos de José M.^a Valverde.

Actualidad del epistolario

Nuestra vida literaria ha sido hasta ahora muy pobre en memorias y en el género epistolar. Yo creo que influye en esto el acabamiento de la escritura a mano: la máquina de escribir se adapta muy difícilmente a la tensión palabra por palabra que requiere una carta cuando ésta es importante.

Es verdad que *Cartas a un joven poeta* hicieron muy popular a Rilke por muy diversas versiones. Con la excepción de Juan Ramón Jiménez, cuya letra es al primer momento casi ilegible, las numerosísimas, insisto, numerosísimas de Rilke son de una escritura en la que se nota que se ha puesto el mismo cuidado que en los poemas. De aquí el interés de la Antología que estamos comentando; Antología que encontramos en muy diversos idiomas, incluso, muy importante, en italiano.

Señala el autor, muy justamente, la influencia de Baudelaire, aunque yo creo que es más importante la influencia de Novalis y Hölderlin; porque con su teoría de que el soporte de lo visible es siempre algo invisible y no solamente mágico, y si a esto añadimos la influencia de Tolstói y del *Viaje a Rusia*, se explica la tentación de que hayamos podido ver a Rilke, especialmente en sus cartas, como un capítulo de lo que llama Max Scheller «saber de salvación», frente y superior al «saber profesional» y al «saber de cultura». A esto se añade el rechazo, un poco tardío, de poetas como Dehmel; rechazo debido a su panerotismo, que tanto influyó en los músicos en vanguardia de la época.

No viene mal recordar lo que Rilke señala de Dehmel en una carta a Kappus: «Usted lo ha caracterizado muy bien con la expresión "vivir y crear en celo". Y es que, de hecho, el sentimiento artístico está tan increí-



JUAN RAMON ALONSO

blemente próximo de lo sexual, de su dolor y su placer, que ambos fenómenos no son, en realidad, más que formas diferentes de una misma ansia y un mismo gozo. Y si en vez de celo se pudiera decir sexo, en su sentido elevado, amplio, puro, libre de suspicacias de parroquia, el arte de Dehmel sería entonces muy grande e infinitamente importante... No obstante, parece que esta fuerza no es siempre del todo sincera y carente de afectación. (Una de las más difíciles pruebas para el creador consiste en que debe permanecer inconsciente, sin conocer sus mejores virtudes, si no quiere quitarles su ingenuidad y virginidad.) Y entonces, cuando esa fuerza, pasando rápida a través de la naturaleza de Dehmel, llega a lo sexual, no encuentra un hombre tan puro como necesitaría. No existe allí un mundo sexual, puro y maduro por completo; no es bastante humano, sino sólo masculino; es un mundo de celo, embriaguez y agitación, cargado con los antiguos prejuicios y vanidades con que el varón ha desfigurado y lastrado el amor.»

Lo anterior no quiere decir, como podría pensarse, que Rilke sea un ambiguo sexual, sino, más bien, muchas veces pasivo y receptor de la emoción amorosa.

En las cartas a Kappus hay como una dirección espiritual. En primer lugar, una invitación a la soledad y a la paciencia: «... no hay medida temporal, no cuenta un año, y diez no son nada; ser artista es: no calcular ni contar; madurar como el árbol, que no apura sus savias y se está confiado en las tormentas de primavera, sin miedo a que después pudiera no venir el verano. Viene, sin embargo. Pero viene sólo para los pacientes, para los que existen como si la eternidad estuviera ante

ellos, tan despreocupadamente silenciosos y distantes. Yo lo aprendo a diario, lo aprendo de dolores a los que estoy agradecido: ¡la paciencia lo es todo!».

Tiene interés el permanente desprecio de Rilke, en todo su epistolario, por las críticas, que para él «o son opiniones partidistas, petrificadas y convertidas en sin sentido, en su endurecimiento sin vida, o son hábiles juegos de palabras en los que hoy domina una opinión y mañana la contraria. Las obras de arte son de una infinita soledad, y con nada tan poco asequibles como la crítica. Sólo el amor puede captarlas y retenerlas y ser equitativo con ellas».

Teoría del prólogo

Federico Bermúdez-Cañete, que en 1984 publicó una cuidada *Antología*, remata con este libro lo que él titula *Teoría poética*.

El prólogo es una excelente visión en tanto en cuanto es inseparable de la lectura

de las cartas y con un lenguaje que le hubiera gustado mucho al mismo Rilke, por la exactitud, el cuidado y la selección, hasta convertirse en un libro, a mi entender, indispensable.

La *Antología* tiene un rico apéndice con capítulos que cada uno hace referencia a cartas. Por ejemplo, «El paisaje» es una ampliación de la preciosa carta a Clara Rilke; la referencia al «Poeta joven» hay que juntarla con las cartas a Kappus; y, por fin, del fragmento del testamento nos interesa recordar lo escrito sobre Dehmel; la resistencia de Rilke a lo que para él es tiranía del amor. Dice textualmente: «De este modo aparece la vivencia amorosa como una forma secundaria, atrofiada e incapaz de la experiencia creadora, como su degradación; y queda frustrada, sin dominar y, según el orden más alto de ese logro, como no autorizada.»

Diré como observación que Rilke, aparte de su amistad con Rodin, se carteo, muy cordialmente, con Ignacio Zuloaga, epistolario que yo creo urgente dar a conocer. □

RESUMEN

Un libro misceláneo, que recoge muy diferentes textos del poeta centroeuropeo Rilke (cuya influencia en la literatura del siglo XX es inmensa), le da pie a Federico Sopena para recordar de forma sintetizada la presencia

literaria del poeta en España en las últimas décadas. Rilke conoció y amó España, y de ello dio buena cuenta en muchos de sus poemas y escritos, además de en sus numerosas cartas.

Rainer Maria Rilke

Teoría poética

Ed. de Federico Bermúdez-Cañete, Júcar, Gijón-Madrid, 1987. 232 páginas. 1.395 pesetas.

El mundo bullente de la traducción

Por Emilio Lorenzo

Emilio Lorenzo (Puerto Seguro, Salamanca, 1918) ha sido catedrático de Lingüística inglesa y alemana de la Universidad Complutense de Madrid y es profesor emérito de la misma, así como miembro de número de la Real Academia Española. Es autor, además de trabajos sobre los idiomas de su especialización, de El español de hoy, lengua en ebullición, El español y otras lenguas y de una edición reciente de Obras Selectas de Jonathan Swift.

Para quienes hemos vivido e intervenido en la implantación definitiva —hubo antes un intento frustrado— de los estudios de Filología Moderna en las universidades españolas a partir de 1952, el auge actual del arte o menester de traducir lenguas modernas como profesión u objeto de estudio es un hecho sorprendente e inimaginable hace cuarenta años. Si se traducía, claro, mal o bien, pero como actividad ancilar o de segunda línea. Y ello por varias causas. Como fuente de ingresos era trabajo mal retribuido; como entretenimiento o distracción de profesores que, cautivados por el original, querían compartir su goce con los privados de él por las barreras idiomáticas, era ocupación de frutos sabrosos, pero escasos; como disciplina académica existía a modo de complemento desprestigiado —excepto en las lenguas clásicas— de la enseñanza de idiomas. Este desprestigio le venía en gran parte de la convicción, entonces más vigente que nunca, compartida por europeos y americanos, de que en la didáctica de las lenguas modernas, llamadas también vivas por franceses y allegados, la rémora mayor, incrustada desde antiguo en el cuerpo docente, era el denominado «grammar-and-translation method», herencia de las viejas técnicas usadas para el griego y el latín. Si el profesor de una lengua moderna quería estar al día, era menester que evitara a toda costa cualquier conato de buscar equivalencia, en la lengua del alumno, a las frases que de manera automática pretendía grabar en la mente de éste. Se contaba con regocijo la anécdota del profesor español de alemán que, presentado a la reina María Cristina, cuando ésta le habló en su lengua se disculpó de su incompetencia verbal diciendo: «Yo no hablo alemán, Majestad, sólo lo enseño.» Al juzgar a este benemérito profesor pocos piensan que en tiempos de la Reina Regente las ventajas de «hablar» alemán para un alumno de instituto eran sumamente cuestionables: no pasarían de unas docenas los españoles que habían podido sacar provecho del dominio oral de la lengua de Goethe; eran, en cambio, cientos —la tradición venía de antiguo y se ha mantenido— los que, sin aspirar a hablarlo, habían sido y son capaces de leer y traducir, para su propio gozo y utilidad, páginas y páginas de la rica literatura germana y colecciones enteras de manuales y tratados que luego han formado el fondo de libros más sólido de algunas editoriales españolas.

Sin duda, el caso del alemán, que puede equipararse al de las lenguas clásicas, resulta extremo, pero ilustra bien el hecho de que para muchos españoles —todavía hoy— el conocimiento de los idiomas modernos acaba en la capacidad de entender los titulares de una revista o de ahondar, con el diccionario a mano, en la bibliografía reciente de su especialidad. Cuando se sienten preparados, se lanzan a aventuras mayores, libros o artículos —siempre hay editoriales o revistas con prisa e indulgencia— que vemos publicados en las librerías. La situación a que con tales premisas se ha llegado ya fue descrita con sombríos colores por críticos conscientes de su gravedad; también el Estado ha cobrado conciencia, hace unos lustros, de la necesidad de fomentar las buenas traducciones instituyendo el Premio Fray Luis de León, hoy sustituido por uno o varios premios nacionales y por otros galardones de iniciativa no estatal. Pero estas medidas, muy elogiadas, no bastan. Por ello, atendiendo a las exigencias de una sociedad

que necesita cada vez más los servicios de gentes especializadas, se han ido creando centros que dedican cada año más atención a esta actividad secular, unos calibrando y certificando las aptitudes de aprendices o de practicantes regulares, que a menudo se «traducen» en mejoras salariales; otros, con planes de estudio encaminados a garantizar una formación profesional más completa. Hay que mencionar aquí, por más antiguos, el Instituto Universitario de Lenguas Modernas y Traductores de la Universidad de Madrid (Complutense) y la Escuela Universitaria de Traductores e Intérpretes de la Universidad Autónoma de Barcelona; ésta edita un boletín, única publicación regular de este género aparecida en España, y una colección de monografías de temas más o menos afines.

A esta serie pertenece uno de los volúmenes que hoy comentamos, la *Antología* compilada por Julio-César Santoyo y editada por dicha Escuela. Siguiendo una trayectoria que se inicia en los años setenta, este joven catedrático de León, ejemplo dinámico de una nueva generación de universitarios inquietos y emprendedores, ya destacó en un ensayo bibliográfico reciente la contribución española a estos estudios. Pero el libro que vamos a comentar en primer lugar, *Teoría y crítica de la traducción: Antología*, constituye, como indica el subtítulo, una selección de textos, de desigual extensión, escogidos en las letras españolas a partir del siglo XIV y con densa representación del XVIII y del XX. Falta, y la omisión queda explicada, el famoso ensayo de Ortega *Miseria y esplendor de la traducción*, citado profusamente, en cambio, por los seleccionados. La cita que abre el volumen, escrita hace exactamente un siglo por M. Antonio Caro, justifica el empeño. Escribía Caro: «...todo lo escrito en este ramo... anda disperso y olvidado...». Para remediar esta dispersión se pone ahora al alcance del lector hispánico la mayoría de los juicios y opiniones emitidos en España e Iberoamérica durante más de seiscientos años, empezando por dos textos en catalán de Jacme Conesa (1367) y Ferrer Sayal (1385) y concluyendo con unas páginas de García Landa (1984). El número de textos, exactamente 99 —debió de contarse con el de Ortega para redondear la cifra—, podía haberse aumentado o reducido sin desvirtuar el propósito inicial del antologista.

Actividad traductora

Es muy posible que existan, antes del texto de Conesa, testimonios en castellano —opiniones, recomendaciones, conclusiones— que glosen una actividad traductora atestiguada en Toledo desde 1135 hasta finales del siglo XIII. Mas no es nuestra intención denunciar omisiones; si, en cambio, resaltar la variedad de lo recopilado: textos medievales de López de Ayala, Enrique de Villena (dos), A. de Cartagena, Mena, Santillana, etc.; renacentistas de Fernández de Madrid, J. Luis Vives, Boscán, Garcilaso, Diego Gracián (dos), etc.; autores clásicos como Fray Luis, Pedro Simón Abril, Cervantes, Jáuregui, etc.; sensatos ensayistas del XVIII como Mayans, P. Isla, Feijoo, Capmany, Iriarte, Forner, Cadalso, V. Ponce, etc.; y un extenso muestrario de los siglos XIX y XX, en especial del último.

Los textos de nuestra centuria —la mitad del libro—, aunque son, en principio, más asequibles, han de ser bien recibidos, pues, por lo general, gracias a la plausible costumbre hispánica, hoy un tanto abandonada, de citar fuentes —ya por probidad científica, ya por alarde erudito—, el lector se encontrará en condiciones de asomarse al inmenso panorama de estudios sobre la traducción, sin perderse ni quedar desconcertado ante el cúmulo de opiniones diversas, a veces contradictorias, que ofrece esta segunda mitad del libro, pese a constituir una drástica reducción y criba de la inabarcable bibliografía. Basta recordar, como referencia, que el inventario publi-



FUENCISLA DEL AMO

cado en Tubinga en 1970 y 1972 (dos vols.) recogía unos 1.800 títulos y sólo abarcaba el período 1962-1971. Tras este sumario intento de valoración objetiva, cabe esbozar un leve reparo. Dada la competencia del autor, refrendada en un ilustrativo prólogo, nadie como él hubiese podido rematar mejor la empresa si cada texto seleccionado hubiera sido precedido por una sucinta nota de presentación del autor o de explicación de su importancia. Despojados de ella, todos adquieren un tono de sabiduría mostrenca y difuminada donde no es fácil separar las aportaciones originales de las meras resonancias de lo dicho por otros, no siempre reconocidas. De haberlo sabido, yo hubiera acudido a la cita de Fray Luis, aquí incluida, al hablar en mi discurso académico de las supuestas carencias del español: «Yo me incliné a mi trabajo sólo por mostrar que nuestra lengua recibe bien todo lo que se le encomienda, y que no es dura ni pobre como algunos dicen, sino de cera y abundante para los que la saben tratar...» (pág. 67).

Podrían espigarse y destacarse otros pensamientos semejantes. Salvo raras excepciones, en el siglo XX el saber tradicional se ha ido destilando gradualmente, reduciendo a la vez el número de «verdades» heredadas; también se ha perdido originalidad. Admito que ello sea una impresión personal, eco tal vez de algún victoriano inglés: se gana en conocimientos, pero se pierde en sabiduría. Mas no debe creerse que en los siglos anteriores al nuestro se nos hayan revelado, de acuerdo con la antología, grandes intuiciones ni descubrimientos en el análisis de la transferencia de

un texto de una lengua a otra. Esto, visto con severidad, como hace el compilador, puede llevar a afirmar que «la reiteración de los tópicos y lugares comunes es constante», lo cual parece indicar una cierta contradicción con el hecho, denunciado por Coseriu (y citado por el propio Santoyo) de que «la teoría de la traducción de Vives» es «muy probablemente la primera (...) que señala, postula y persigue una diferenciación fundada en la problemática de la traducción y, con ello, en la práctica del traducir...» (pág. 19).

Ponencias y congresos

El segundo libro que comentamos, prologado en enero de 1988 por el mismo profesor, es *Fidus Interpres*, volumen I de las Actas de las Primeras Jornadas Nacionales de Historia de la Traducción, congreso promovido y organizado por el activo catedrático de León y celebrado en 1987. Siendo él responsable y animador de los dos empeños, es lástima que por causas editoriales no se hayan coordinado ambos de alguna manera para beneficio de los lectores. Este volumen I contiene unas cincuenta comunicaciones leídas durante el congreso; no sabemos cuántas incluirá el II, probablemente otras tantas. El hecho es que la *Antología* hubiera ganado, sin duda, de haber podido aprovechar alguna de las aportaciones del congreso de León. Basta reparar en que varios autores que figuran en la



Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

Antología son objeto, por su interés, de sendos artículos incorporados a las *Actas*. Tal es el caso de P. Simón Abril, Luis Vives, Diego Gracián, Capmany, Garcilaso, Boscán y Astrana Marín, etc., que habrían contribuido a dibujar el perfil de los incluidos en la antología barcelonesa.

Tal vez se deba a modestia del compilador de estos dos volúmenes la omisión — ¡en ambos! — del ya citado ensayo bibliográfico (*Traducción, traducciones, traductores*, León, 1987, 153 págs.), que es el primer intento, que sepamos, de reunir los títulos de libros y artículos de autores de variada nacionalidad escritos en español, que es el elemento unificante. Hay que decir — y ello confirma nuestra conjetura de modestia — que en esa bibliografía omitida aparece el nombre del autor con más de treinta títulos. Entre ellos está el de la obra más incisiva aparecida en España sobre el tema, también ausente en la comentada antología. Publicada en 1985 con el título de *El delito de traducir* (León, 225 págs.), merecería un cuidadoso comentario. Sin embargo, por su fecha, igual que las contribuciones, más meditadas y sólidas, de García Yebra, anteriores a ella, no cabe en los límites temporales fijados por esta revista.

Sí cabe, por los mismos criterios de fecha de publicación, el volumen editado por la Fundación Alfonso X el Sabio (edición no venal) con el título de *Problemas de la traducción*, que es el de una mesa redonda patrocinada por el Ministerio de Cultura y celebrada en noviembre de 1983. Se recogen en sus páginas las ponencias presentadas por quince

especialistas españoles en torno a tres temas siempre vivos y polémicos: «Nombres propios», «Calcos y préstamos» y «Voz pasiva». Como apéndices figuran, además, un interesante estudio de F. Collar en que se analizan dieciocho versiones castellanas distintas del poema *Lorelei*, de Heine, y un trabajo de la profesora Tricàs premiado por la Fundación en un concurso nacional. Como responsable de los aciertos y fallos de esta publicación, me abstengo de todo juicio.

El último libro que voy a tratar resulta revelador del interés, ya apuntado, que suscita esta actividad entre nuestros jóvenes. Una Universidad recién estrenada, la de Castilla-La Mancha, cuya Facultad de Letras tiene su sede en Ciudad Real, acaba de publicar las *Actas de las Jornadas de Traducción* (octubre de 1986) a cargo del profesor López Folgado (s.a.; el dep. legal es de 1988). Y es revelador el hecho porque, aparte de su bisoñez — está por salir la primera promoción de licenciados —, fue capaz de convocar un nutrido y variado grupo de investigadores — lenguas clásicas, semíticas y modernas — cuyas contribuciones, avaladas con su firma, enriquecen la ya abundante bibliografía reciente sobre la traducción. También es notable esta publicación como exponente de las preocupaciones, que no siempre hallan cauce impreso para manifestarse, perceptibles desde hace pocos años en escuelas y facultades relacionadas con la enseñanza de idiomas, así como en asociaciones profesionales de traductores e intérpretes como APETI, probablemente la más antigua y prestigiosa. Sólo a título de ejemplo debe-

mos mencionar aquí — las *Actas* siempre tardan en publicarse — dos congresos consecutivos celebrados en la primavera de 1987 y 1988 en la Universidad de Extremadura (Cáceres) promovidos por el profesor López Ortega, y el Congreso anual de AEDEAN, entidad que acoge a todos los profesores de inglés de España, que tuvo como tema monográfico la traducción entre el inglés y el mundo hispánico. Han sido éstos congresos multitudinarios, con centenares de asistentes — alguno rebasa el millar —, donde hay que poner límite a las comunicaciones para que quepan en unos programas densos ofrecidos mañana y tarde y en varias aulas a la vez durante varios días. Pero hay otros encuentros, de auditorio más reducido por razones de espacio, que han proliferado por todo el país, sin que yo me atreva a dar cuenta de todos. Ciñéndonos a los dos últimos años debo mencionar la serie de conferencias, a sala llena, que la Fundación Banco Exterior ofreció en mayo de 1987 sobre la traducción de las lenguas románicas, cuyas actas están por publicar. En diciembre del mismo año concluyeron las Primeras Jornadas de Traducción Literaria en la Escuela Oficial de Idiomas, organizadas por la Sección Autónoma de Traductores y por la propia Escuela.

También en el mismo mes ofreció el Instituto Universitario de Lenguas Modernas y Traductores un ciclo fuera de programa con participación masiva de profesores y estudiantes. Tengo asimismo noticias de otros actos de propósito y alcance desigual en torno a la traducción, pero los citados creo que bastan como índice del clima favorable donde germinan y fructifican las preocupaciones y afanes de un sector ya numeroso de nuestro mundo cultural muy interesado en los problemas tratados en los libros reseñados y en otras publicaciones que no entran en este comentario. Aunque son cientos los que exponen algo en todos estos congresos y reuniones, sólo algunos lo hacen pensando en publicarlo, y entregado el texto cuando se lo piden, se desentenden de él sin revisarlo ni reclamar pruebas de imprenta o corregirlas. Por otro lado, la celebración de varias sesiones simultáneas perjudica la asistencia y, por tanto, la debida información sobre lo tratado en otras ponencias cuyo contenido se conoce al publicarse, cuando ya es tarde para rectificar o cotejar opiniones. El resultado, al parecer inevitable, si estos congresos o reuniones se suceden sin disponer los autores de datos sobre lo dicho por sus colegas — en las «Jornadas» manchegas, en que se evitó la simultaneidad, se repartieron resúmenes anticipados de las intervenciones —, es que en León se trataron temas ya abordados cinco meses antes en Ciudad Real

sin tenerlos en cuenta — así las ponencias sobre Pedro Simón Abril y las Escuelas de Traductores de Toledo, a las que nos referimos más abajo —. Hay que aplaudir, sin duda, los distintos esfuerzos, pero acaso conviniere espaciarlos y coordinarlos.

Un oficio en alza

Llegados aquí, resulta obvio que la expresión «mundo bullente» empleada en el título no es exagerada. Huelga recordar que el español, según cifras de la UNESCO, ha sido en los últimos decenios una de las tres lenguas terminales más importantes en ese noble intercambio de bienes culturales que tiene por cauce la traducción. El arte, oficio, profesión o menester del traductor está en alza, y quienes lo practican se han visto por fin equiparados en los organismos internacionales a los demás funcionarios. Ello es uno de los motivos que impulsan el reciente proyecto de crear facultades de traducción. ¿Será esto suficiente para garantizar la calidad de las traducciones? Sin duda, la dignificación del trabajo significa ya, y el futuro lo habrá de demostrar, un buen reclamo para que gentes bien dotadas y con probada vocación se entreguen a él con alegría, pues saben que traducir es fuente de constantes gozos intelectuales. Una adecuada remuneración, por supuesto, no es garantía de una buena traducción, pero libera al profesional de la servidumbre del trabajo apresurado y forzado por urgencias económicas que a menudo es causa de la chapuza. Es evidente que el sosiego, la serenidad, la pausa para el titubeo ante la opción múltiple, no se compaginan con las premuras del trabajo a plazo fijo. Ignoro las condiciones contractuales — si las hubo — en que ejecutaron sus magistrales traducciones Dámaso Alonso, García Gómez o Pedro Salinas, por sólo citar tres viejas glorias españolas, pero sospecho que no obraron bajo la presión de fechas tope intangibles. Es un lujo sólo al alcance de unos cuantos traductores de prestigio capaces de imponer sus condiciones más favorables. Mi impresión, que no puedo sustentar con datos empíricos, es que las mejores traducciones siguen siendo todavía las de aquellos que, sin apuros económicos, alternan la traducción con otra actividad, sea la creación literaria, sea la enseñanza, y buscan editor cuando se sienten satisfechos de su obra. No es lugar éste para hablar de malas traducciones; ello requiere revistas especializadas y censuras obligadas a la fidelidad del resultado, extremo que escapa por lo regular al crítico de plantilla, quien rara vez acude al original para cotejar los dos textos. □

RESUMEN

Congresos y encuentros, libros colectivos y actas — todos ellos celebrados o publicados en fechas recientes, y de los que se da rápida noticia en este comentario — le permiten justificar al profesor Emilio Lorenzo el título de su artículo: «mundo bullente», referido a la

traducción en España; y no le parece exagerada la calificación dado el interés creciente que sobre esta cuestión se tiene. No sólo se traduce cada vez más, sino que se hace con más rigor; y además, según indica, se está empeñando a valorar el trabajo de la traducción.

Julio César Santoyo (compilador)

Teoría y crítica de la traducción. Antología

Bellaterra, Barcelona, 1987. 358 páginas. 1.200 pesetas.

Fidus Interpres. Actas de las Primeras Jornadas Nacionales de Historia de la Traducción

Universidad de León, León, 1987. 374 páginas. 1.000 pesetas.

Autores varios

Problemas de la traducción

Fundación Alfonso X el Sabio, Madrid, 1987. 199 páginas. (Edición no venal.)

Actas de las Jornadas de Traducción

Facultad de Letras, Universidad de Castilla-La Mancha, Ciudad Real, 1988. 310 páginas.

Huston y Bergman hacen recuento

Por Manuel Gutiérrez Aragón

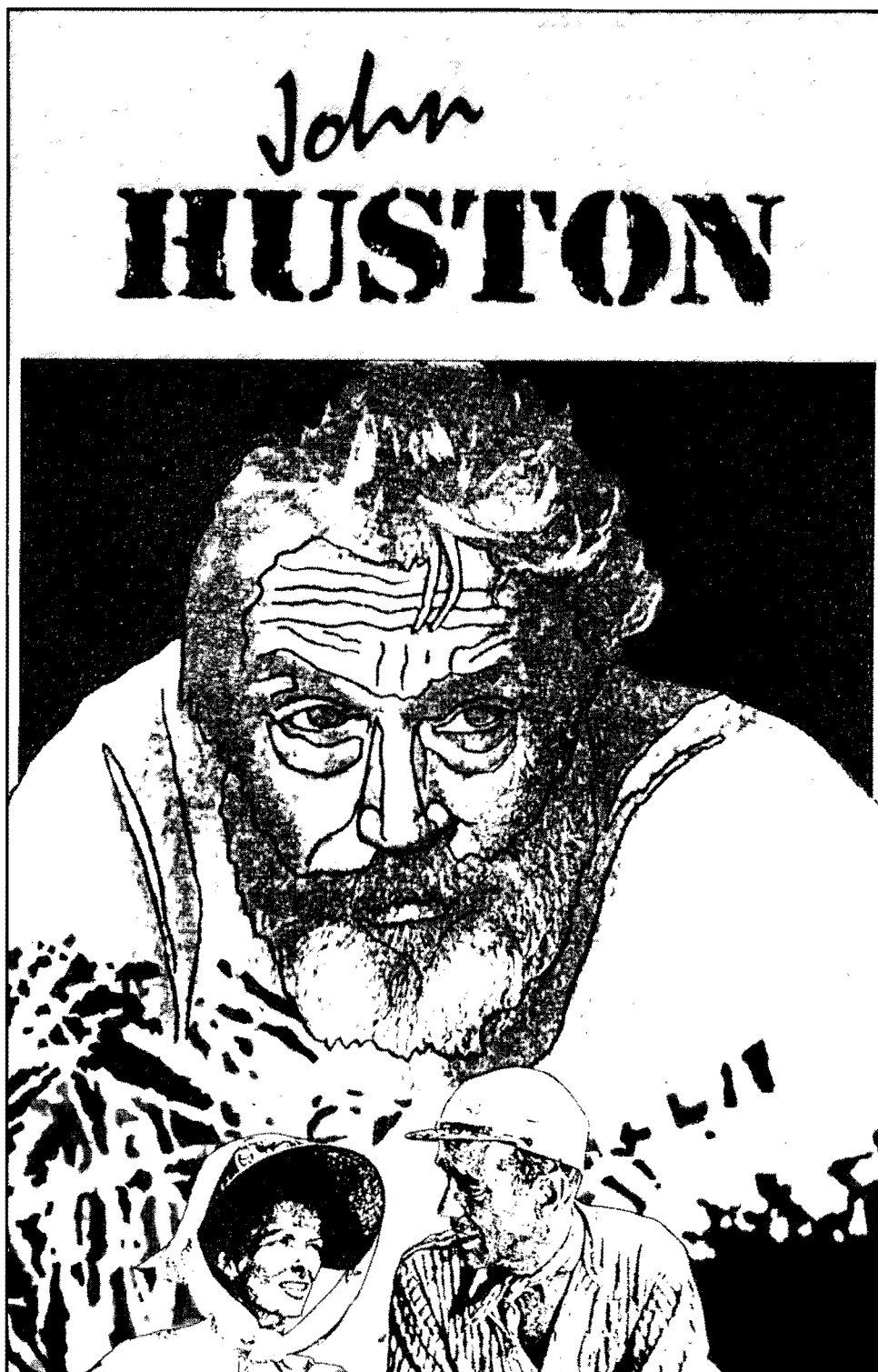
Manuel Gutiérrez Aragón (Torrelavega, Cantabria, 1942) realizó estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Complutense y en 1970 se graduó como realizador en la Escuela Oficial de Cinematografía de Madrid. Director y guionista, ha filmado 10 películas, entre ellas *Habla mudita* (1973), Premio de la Crítica en el Festival de Berlín; *Demonios en el jardín* (1982), *La mitad del cielo* (1986), *Gran Concha de Oro* en el Festival de San Sebastián, y *Malaventura* (1988).

Hay una manera de guardar la propia vida, para siempre, en el secreto: es escribir un libro de memorias. Se proporciona una montaña de datos, se dan miles de detalles y ya está. La montaña proporciona una definitiva sombra sobre aquellos detalles de la vida que el autobiografiado quiere oscurecer. Y los detalles, un laberinto para que el curioso lector se pierda en ellos.

Pero todo buen lector es un detective del texto. Por eso la autobiografía es siempre un género apasionante, pese a sus autores.

A libro abierto (*An open book*) recoge las cosas que John Huston nos ha querido contar sobre —iba a decir sobre sí mismo, pero prefiero poner sobre su vida— su vida, puesto que, como dijo Orson Welles, «en el caso de Huston es más interesante que su propia obra». Mezquinas palabras las de Welles, porque la obra de un artista es tan inseparable de su vivir como la caza es inseparable del ave de presa.

Todo hombre es muchas vidas. ¿Cuál de sus vidas nos va a contar Huston? «Tengo tendencia a envidiar al hombre que ha protagonizado sólo una vida, con un solo trabajo, una sola esposa, en un solo país, bajo un solo Dios.» El viejo cineasta reconoce la imposibilidad de recortar su vida en unas cuantas cuartillas. «Mi vida se compone de episodios fortuitos, tangenciales y dispares. Cinco esposas, muchos enredos, algunos más memorables que los matrimonios. La caza. Las apuestas. Los pura raza. Pintar, coleccionar, boxear. Escribir, dirigir e interpretar más de sesenta películas. Desisto de encontrar cualquier continuidad en mi trabajo de una película a otra; lo destacable es precisamente lo diferente que son las películas entre sí...» A los directores americanos es muy difícil colocarles el marbete de «autor», eso queda para los directores europeos, que a falta de grúas, cargas de caballería o decorados galácticos, no tienen más remedio que desparramar su subjetividad por planos y secuencias. En el cine americano, la personalidad de un buen director queda grabada aún en películas que quizá poco tengan que ver con él en cuanto al argumento o las ideas. Pero una determinada forma de rodar puede dar la vuelta a un argumento. Ford, Huston, Ray, han sido especialistas en ello sin tocar ni una tilde de la letra del guión. Pero insisto que es dudoso aplicarles el concepto de autoría —que tan unido va al origen argumental—; las mismas palabras de Huston lo demuestran. En cambio, la marca a fuego del carácter de Huston aparece en gran parte de la «acción» de sus películas. (La acción no sólo entendida en su significado popular, sino también en el de los gestos y movimientos de los actores y la cámara.) Y continúa el cineasta: «Tampoco veo un ápice de coherencia en mis matrimonios. Ninguna de mis esposas ha sido ni remotamente parecida a las otras... Forman un grupo heterogéneo: una colegiala; una dama; una actriz de cine; una bailarina y un cocodrilo.» El lector encontrará bastante información, en estas memorias, sobre productores, caballos de carreras, perros y alcohol, pero muy poco sobre la vida íntima del director. Y en un hombre con tantas pasiones parece que se nos hurta aquella que debería ser el corazón de todas ellas. Habría —hay— muchas maneras de contar los sentimientos sin hacer cotilleo de revista. Pa-



JOSE ANTONIO ALCAZAR

rece que para conocer el difícil equilibrio entre el deseo y el pudor en Huston, hay que ver *La Reina de Africa*; que para saber de la precariedad de sus relaciones de fidelidad en la pareja, hay que contemplar *El halcón maltés*; que para llegar a atisbar algo de ese concepto fatalista de lo erótico que suele planear sobre Huston, hay que volver a ver *La noche de la iguana*. Esto hace aparecer a la ficción como más poderosa a la hora de comunicar sentimientos «veraces» que la misma historia real.

Camino de vuelta

Ante unas memorias —o ante una vida— que el mismo autor cree tan deshilvanada, ¿no habrá un hilo sutil que ayude a recorrer el camino de vuelta? «Mi único sueño recurrente es uno en el que estoy avergonzado de estar sin blanca y tengo que ir a pedir dinero prestado a mi padre.»

No se sabe qué golpeó más al joven Huston, si los púgiles con los que se midió cuando pretendía ser campeón americano del peso welter o el ver interpretar a su padre —el actor Walter Huston, inigualable en *El tesoro de Sierra Madre*— los dramas de O'Neill. «Creo que es una de las cosas más grandes que he leído nunca.» Se refiere a *Deseo bajo los olmos*. Teniendo en cuenta la juventud de Huston entonces, es indudable que el drama

del iniciador del teatro naturalista americano tuvo una influencia muy singular en el futuro director. Influencia que ha contagiado al mejor —y al peor— cine americano, a las escuelas de actores, a los guionistas y llegado hasta nuestros días.

Huston fue actor, como su padre. Como de actor no ganaba suficiente, de vez en cuando también boxeaba por dinero. La fluida —aunque durísima— sociedad americana permitía cambios constantes en una persona que, como Huston, amaba los cambios. Algunas de las mejores escenas de sus películas fueron antes vividas en viajes, peleas, borracheras... En *El tesoro de Sierra Madre* sale un asalto nocturno a un campamento cuyas particularidades fueron vividas por Huston en uno de sus viajes por Méjico. La amenaza, cordialmente expresada por los asaltantes, es seguida de una ensalada de tiros... Igualmente nos cuenta sus apuestas, sus épicas peleas con Errol Flint..., las discusiones con productores, sus viajes, sus muchas casas y hogares... Leyendo las páginas de sus memorias contemplamos una vida errática, pero no exenta de querer llegar a alguna parte: la madurez misma. Una forma de comportamiento tan salvaje como la del joven Huston, con esa mezcla de decidida voluntad de hacer algo provechoso al mismo tiempo que poniéndolo en riesgo continuamente, sólo puede colocarse bajo un título: una vida aventurera. La aven-

tura y el deseo de madurez (y estabilidad sentimental) son la polaridad de Huston y de toda una generación americana. La generación salvaje. Una generación que disfruta de la pertenencia a la gran potencia americana sin mala conciencia.

Los límites de una forma de hacer cine

Huston tuvo una mala experiencia con su película *Freud* —y en su colaboración con Sartre— en lo que iba a ser una película de «autores», a la europea. Huston invitó a Sartre a su casa de campo de Irlanda para trabajar en el guión. Sartre escribía y escribía sin parar. Según Huston, era casi imposible hablar con Sartre. El filósofo y escritor aparentaba escucharle, pero realmente lo que hacía era interrumpir brevemente su monólogo para continuarlo inmediatamente, sin tener en cuenta las observaciones de Huston. A Huston, Sartre le parecía un «tonelete» repleto de píldoras, desprovisto de gracia y sin ningún interés por otra cosa que no fuera el cerebro. Sin embargo, estaba de acuerdo en la apreciación de Sartre sobre el psicoanálisis en la práctica. «La clientela de un psicoanalista está constituida fundamentalmente por esposas aburridas e hijos conflictivos de la clase pudiente. Los honorarios son exorbitantes y el tratamiento suele durar años.» Según parece, el guión también resultó muy largo, unas 300 páginas; el director calculó que a minuto por página podía salir una película de cinco horas. Pidió a Sartre que lo cortara. Sartre accedió y se encerró nuevamente sobre sí mismo. Reapareció con todo el trabajo rehecho. Pero al contar las páginas del resultado se dieron cuenta de que el guión se había agrandado aún más. Ahora ya podía salir una película de siete horas. Huston cortó, cortó el estudio también y después de las primeras proyecciones cortaron Huston y el estudio. Sartre decidió retirar su nombre del guión. El director cuenta sus penalidades para explicar, en cine y para el gran público, el complejo de Edipo. Al principio le parecía imposible, por eso llamó a Sartre. Después de Sartre, llamó a un conocido psiquiatra inglés con el que se entendió bien. Pero quedaba la elección del actor que iba a hacer de Freud. Fue elegido Montgomery Clift, que más que para hacer de doctor, estaba ya para hacer de paciente. Clift no podía dar sentido a los largos párrafos científicos necesarios para la película. Se produjeron nuevas modificaciones. Al final quedó demostrado que, efectivamente, por el sistema de Hollywood no podía filmarse el complejo de Edipo. Es posible que por otro sistema tampoco.

Bergman lo cuenta todo

Este (*Linterna mágica*. Memorias de Ingmar Bergman) es un libro doloroso, bastante alejado de la carrera incesante de libros de memorias oportunistas —entre los que las memorias de las estrellas de cine ocupan los primeros puestos—. Este libro «quiere» ser terrible. Bergman ha saqueado y escarbado mucho en el corazón de la pareja y ahora —retirado de su oficio depredador— no podía quedarse atrás. También necesitaba diferenciarse de la multitud de ñoñerías publicadas últimamente bajo apariencia autobiográfica y que más bien son un surtido de dulces efemérides. Bergman tenía que esmerar su sadismo para que el cúmulo mismo de su egoísmo y pasiones culpables llevara a perdonarle. Sin duda, Bergman ha sido un gran amante, es decir, un gran simulador. Su instinto de seductor le lleva a magnificar sus pequeños defectos, que quedan así, al menos, convertidos en pasiones. Como en San Agustín, de la grandeza del pecador sólo se esperan grandes pecados.

Viene de la página anterior



Bergman es hijo de un pastor protestante que le zurraba de pequeño. Ha tenido muchos éxitos, conocidos, y naturalmente muchos fracasos que ahora nos cuenta paladeándolos. Su vida personal, teatral y cinematográfica, configura una personalidad artística unida a la palabra «autoría». Para algunos, ser autor es una decisión entre varias opciones. La autoría es hoy —al menos en cuanto a lo cinematográfico se refiere— algo considerado poco menos que negativo. ¿A quién le interesa el mundo personal de otro, a menos que sea enormemente divertido? Es difícil tener un mundo personal divertido. Woody Allen tampoco tiene un mundo personal divertido, pero sí lo cuenta divertidamente. Woody Allen —gran admirador de Bergman— tiene un fracaso cada vez que lo imita. A cada uno su propio infierno y el de Strindberg para todos. De los autores de cine, como de los pintores, se espera un sello que garantice que se adquiere aquello cuyo precio se paga. Pero eso no es exactamente la autoría, sino la marca registrada. Bergman no eligió ser autor, simplemente ha sido un autor porque otra cosa que no fuera su personal manera de fingir el mundo no le salía bien.

Bergman hace confidencias —defectos, manías, sentimientos—. En esas confidencias se puede llegar a leer todo un método de trabajo.

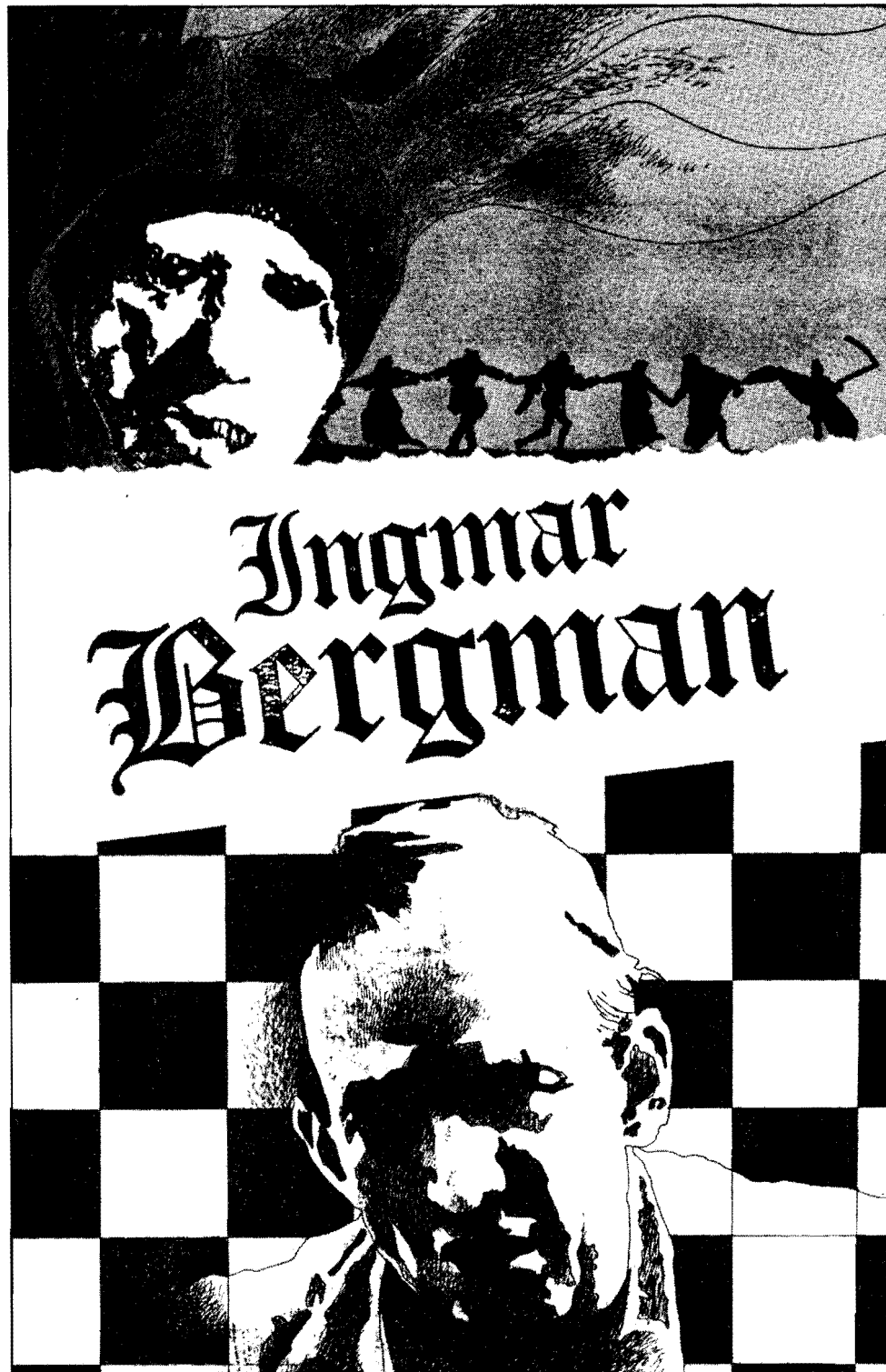
«Mi trabajo es pues administrar textos y horarios de trabajo. Soy responsable de que los días no parezcan demasiado inútiles. No mezclo nunca mi vida privada. Observo, registro, constato, controlo. Soy el ojo y el oído interinos del actor. Propongo, incito, estímulo o rechazo. No soy espontáneo, impulsivo, yo no participo. Es sólo apariencia. Si por un momento levanta la máscara y dijese lo que realmente pienso, mis compañeros de trabajo se volverían contra mí, me harían pedazos y me tirarían por la ventana.»

Sin duda Bergman exagera su frialdad y su distanciamiento. Es un fingimiento demasiado acalorado; si fuera verdad cualquier director se esforzaría en ocultarlo o suavizarlo. Pero esta sobreactuación de Bergman también está dramáticamente calculada. Porque a continuación añade: «A pesar de la máscara no estoy disfrazado... La máscara es un filtro.»

Aquí el director sueco nos ha dado una muestra de su método de dirección. No consiste en entibiar lo frío con lo caliente, sino en producir chorros alternos. La simulación tiene que ser ardiente para ser más grande que una pasión vulgar. He aquí un artista.

Bergman ha realizado múltiples films; muchos de ellos no son dignos de reposición. Un cineasta norteamericano depende mucho del sistema de producción. Un cineasta europeo depende mucho de cómo vayan las cosas. A veces, un rodaje se tuerce por un fallo —previsible— del guión, pero que a la hora de empezar el rodaje no se pensó que iba a «notarse» tanto. Otras, la química entre los actores no se produce. Incluso a veces, con todos los ingredientes correctamente planteados, el suflé no sube. La cocina es así. En el cine americano esto no se suele producir: la cocina es estándar para gustos estándar. Pero los talentos están en Europa y el talento lleva consigo el riesgo. Bergman —como Buñuel y Welles— es un director de riesgo.

Hasta su sexto film, el director sueco no acertó. Pero fue con *Sonrisas de una noche de verano*, su decimocuarto film, con el que alcanzó el reconocimiento internacional gracias, como tantas veces, a su éxito en el Festival de Cannes. Paralelamente, Bergman ha desarrollado un ininterrumpido trabajo teatral, dentro y fuera del «Dramaten» —uno de los teatros europeos más famosos—, del que también ha sido director. Entre sus obras cinematográficas más conocidas están *El séptimo sello*, *Fresas salvajes*, *El manantial de la doncella*, *Gritos y susurros*... Todas ellas rodadas entre 1956 y 1972. Decidido a retirarse del cine, nos deja antes un generoso y jovial testamento con *Fanny y Alexander* (1982).



JOSE ANTONIO ALCAZAR

El autor teatral que más a menudo ha montado y que más trabajo le ha dado ha sido Strindberg, sobre el que escribió su tesis de licenciatura en Artes.

La *Linterna mágica* es como decidió llamar a su espléndido y tortuoso libro de memorias, muy bien puesto en castellano por Marina Torres y Francisco Uriz.

La vejez vigilante

Bergman nos cuenta la angustia de sus últimos rodajes. Parece como si su irritabilidad nerviosa, su perfeccionismo enfermizo, paralizara la creación...: «El tercer motivo de mi decisión (el abandono del cine) es el envejecimiento, un fenómeno que ni lamento ni celebro. La solución de los problemas es cada vez más lenta, la concepción de las escenas provoca una mayor preocupación, la toma de decisiones es muy premiosa, me siento paralizado por decisiones prácticas imprevistas. Con el cansancio aumenta también mi meticulosidad. Cuanto más cansado, más quisquilloso: mis sentidos se aguzan hasta el máximo y veo limitaciones y defectos por todas partes».

La confesión —la seducción— es terrible y, en su codicia por apoderarse de la mente del lector, Bergman nos muestra su propio intestino, tras pensar que no basta con enseñar el corazón y el cerebro. «Siempre he sufrido

de lo que se llama un vientre nervioso, una calamidad tan ridícula como humillante. El hacerse (caca) en los pantalones es una experiencia traumática... No hay medicina eficaz, ya que estrictamente o actúan demasiado tarde... En todos los teatros donde he trabajado un cierto tiempo, he tenido mi propio retrete. Esos retretes son, probablemente, mi permanente aporte a la historia del teatro.»

El niño glotón recurre a su propio excremento para no perder el favor de la cocinera.

RESUMEN

Los libros de memorias de las estrellas del cinema, que ahora tanto pululan, suelen ser de gran trivialidad. Sin embargo, el repaso que dan a su vida tanto John Huston como Ingmar Bergman va más allá de los

Todo vale si seduce, todo es aprovechable si retiene la atención «femenina» del espectador. Bergman sobreactúa. Ser un buen actor no consiste siempre en estar en los límites del carácter, sino exagerar o quedarse corto para que el claroscuro permita ver el relieve del personaje.

Algunos lectores de este libro de Bergman —un director amigo, entre otros— al comentarlo conmigo se han quejado de lo poco que habla de su trabajo y lo demasiado que habla de detalles íntimos. No estoy de acuerdo. Bergman está dando, al contarlos, todo un curso de puesta en escena. Estas memorias son como un cuaderno de dirección sobre la intimidad de una vida. No vale con que sea verdadera, todas las vidas son verdaderas. Para que sea «esta vida» tiene que estar dramatizada.

Bergman tardó en dominar su oficio. El paso de lo que se diseña en la imaginación —y allí se ve claro— a su materialización en el plató, siempre es difícil. Hay que contar con la luz, los actores y, por supuesto, con la propia capacidad. La filmación de una película —o un ensayo de teatro— es una especie de dominio de las almas, un arte demoníaco, insinuante. Bergman nos cuenta el día en que se dio cuenta de ello, aún joven y lleno de problemas de oficio. «... Sabía que tenía capacidad para convencer, que podía lograr que la gente hiciera lo que yo quería, que llevaba dentro de mí una especie de encanto que podía enchufar o desenchufar a capricho. También era consciente de que tenía talento para asustar y para provocar mala conciencia porque yo, desde la infancia, sabía muchas cosas sobre los mecanismos del miedo y la conciencia. En pocas palabras, yo era un tirano que no había aprendido a gozar del poder.»

Bergman ha utilizado su vida íntima como almacén de sentimientos y banco de amores para escribir sus films. Contrasta su poco rubor al hablar de ello con el de Huston. «El trabajo cinematográfico es una actividad fuertemente erótica. La proximidad de los actores no tiene reservas; la entrega mutua es total. La intimidad, el afecto, la dependencia, la ternura, la confianza, la fe ante el mágico ojo de la cámara, nos dan una seguridad cálida, posiblemente ilusoria... La atmósfera está irresistiblemente cargada de sexualidad.»

Cuando un artista hace balance de su vida profesional, el producto bruto siempre da números rojos, al menos según las cuentas de los que escriben su autobiografía. Que ese resultado, demasiado aritmético, provenga de la terrible autoexigencia de Huston, de Bergman o de cualquier otro, no le resta verdad. Lo malo es que es objetivo. Un verdadero artista siempre es un perdedor. Los momentos culminantes de una vida dedicada a la creación están rodeados de alargadas sombras, manchas, renunciadas y hasta casualidades. También es posible que un artista haya amargado mucho a los que le rodean. Para esto Bergman tiene una frase implacable para sí y para los demás: «La mala conciencia es una coquetería.» □

John Huston

A libro abierto

Espasa-Calpe, Madrid, 1986. 465 páginas. 1.950 pesetas.

Ingmar Bergman

Linterna mágica

Tusquets, Barcelona, 1988. 319 páginas. 1.500 pesetas.

La otra cara de la modernidad

Por Ignacio Sotelo

Ignacio Sotelo (Madrid, 1936) es licenciado en Filosofía y Letras y en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y doctor en Filosofía por la de Colonia. Desde 1973 es catedrático de Ciencias Políticas en la Universidad Libre de Berlín. Entre sus libros figuran *Sociología de América Latina*, *Del leninismo al estalinismo* y *El socialismo democrático*.

Valdría la pena recapitular la historia del lento ascenso (casi un siglo) y rápida caída de la sociología en los últimos veinte años. Nace en Francia en la primera mitad del siglo XIX, a la vez que empieza a balbucear el socialismo y por las mismas razones. No obstante que estos términos hayan sido creaciones posteriores, con toda justicia se considera a Saint-Simon el primer sociólogo y uno de los primeros socialistas de la categoría que Engels ha llamado utópica. Cargados de razón, aunque fuesen llevados por los prejuicios, los círculos más conservadores de los años treinta llegaron a confundir la sociología con el socialismo, confusión de la que se burlaba en su arrogante ignorancia la llamada «sociología científica» de la segunda posguerra. Nada se entiende si se relega, olvida o niega la relación consustancial que existe desde su origen entre sociología y socialismo (Tom Bottomore, *Sociology and Socialism*, 1984), bien porque se hallen estrechamente fundidos en Marx, uno de los padres fundadores de esta ciencia, pese a que rechace el neologismo comtiano y prefiera llamarla «ciencia de la historia» o «crítica de la economía política», bien porque se haya desarrollado en una relación crítica, de asunción y de rechazo, del «materialismo histórico» (Max Weber), bien, como sucede en el tercer padre de la sociología, Emile Durkheim, la considere un saber imprescindible para una transformación socialista de la sociedad.

El que esta relación sea fundamental no quiere decir que sea simple o que marche en una sola dirección; al contrario, podrían diseñarse distintas formas de modernidad según el modo en que se entrecrucen sociología y socialismo. Allí donde el socialismo contó con un gran apoyo popular, como en la Alemania imperial, la sociología apenas adquirió credibilidad académica, mientras que en los países en los que el socialismo no logró penetrar en la clase obrera, Estados Unidos, la sociología sentó sus reales desde fecha muy temprana en la universidad. Entre las muchas diferencias que saltan a la vista al comparar

Europa con Estados Unidos, no deja de ser una de la más llamativas el distinto papel que a ambos lados del Atlántico han desempeñado el socialismo y la sociología. No conozco, aunque sería enormemente útil, un estudio detallado sobre el tema, que pondría de manifiesto, además de distintas impregnaciones de la modernidad, el diferente rol social de la sociología en ambos continentes.

Distintivo de la nueva era

El reconocimiento universitario de la sociología en Europa es bastante tardío —se produce en la década de los cincuenta; en algunos países, como el nuestro, incluso en los sesenta—, consecuencia directa de la hegemonía norteamericana. Un producto típicamente europeo del siglo XIX se reimporta en conservas enlatadas en América con una etiqueta que advierte de su valor como distintivo de la nueva era americana. La sociología, reelaborada en Estados Unidos según las necesidades de aquel país, trasladada a Europa, tiene que abrirse paso luchando en dos frentes. Por un lado, poniendo especial énfasis en su carácter científico, ataca a la izquierda marxista, petrificada en una visión de la lucha de clases que le impediría percibir las profundas transformaciones que habría experimentado el capitalismo. Paradójicamente este avance se consigue retrocediendo de Marx a Saint-Simon, del que se reactualiza la noción clave de «sociedad industrial» para sustituir a la de «capitalismo». En la crítica acertada del dogmatismo sectario en que el estalinismo había convertido al marxismo se traslucen, sin embargo, aspectos característicos de la «guerra fría». Por otro, la sociología se opone al idealismo normativista de las humanidades, con la pretensión de ocupar su puesto como orientadora de la vida colectiva. Frente al «irracionalismo» conservador, con un respeto excesivo a tradiciones caducas que sustentan un nacionalismo trasnochado, la sociología racionalista y modernizadora se presenta como la mejor síntesis del espíritu ilustrado: no sólo proporciona identidad y coherencia ideológica a una sociedad en rápida transformación, sino que como saber técnico particular contribuye a la solución de multitud de problemas que conlleva el cambio social. Con perspectivas tan halagüeñas se comprende que se multiplicaran departamentos y facultades de sociología, convencidos todos de que el desarrollo social arrastraría una demanda creciente de sociólogos.

Veinte años más tarde, la sociología, ya perfectamente establecida como asignatura, ha perdido las ínfulas con que llegó a los claustros universitarios. Si alguna ciencia social —la antropología cultural, la lingüística— mantiene todavía la pretensión de unificar, fundamentar o abrir brecha, se desentiende de la sociología, que vegeta barajando conceptos ya de uso común que se distinguen por su falta de precisión, o encerrada en investigaciones empíricas muy costosas sobre cuestiones irrelevantes que sólo importan al que las encarga, y a veces ni siquiera a éstos, sin el menor destello teórico que ilumine algún aspecto de la sociedad contemporánea. Desde las artes plásticas, la literatura, a la informática y otras modernas tecnologías, son muchos los saberes y las técnicas a los que debemos más que a la sociología a la hora de detectar y describir lo nuevo en las relaciones sociales.

El sociólogo más avisado o prudente ha terminado por buscar refugio en la historia de su ciencia, actualizando y revisando la enorme riqueza sociológica del siglo XIX, pasando de Marx, que tuvo su auge en los sesenta, a Max Weber, el sociólogo de los ochenta. Para indignación de los «sociólogos científicos» fieles a sus prejuicios, las únicas publicaciones sociológicas que logran llamar la atención del público, incluidos los colegas, son algún que otro ensayo, enraizado en un amplio movimiento social, que organiza con cierta fantasía especulativa el torbellino de informaciones que hemos ido acumulando en los bancos de datos. Pese al recelo de los profesionales, dado el abismo que separa el número de informaciones almacenadas y el escasísimo uso que se hace de ellas, considero fructífero un género que nos conecta con los orígenes: el ensayo breve, harto esquemático, de Saint-Simon o la disertación prolija de Comte, empeñados ambos en ensartar algunas reflexiones válidas sobre estado y futuro de la sociedad en que viven.

El libro de Ulrich Beck, catedrático de sociología en la Universidad de Bamberg, pertenece al género mencionado del ensayo sociológico, con un enfoque global de la problemática contemporánea. Se trata en primer lugar de una amplia reflexión oportuna, y después del accidente nuclear de Chernobyl hasta oportunista, sobre los peligros que conlleva la moderna sociedad industrial. El progreso tecnológico implica un riesgo creciente que amenaza ya la supervivencia misma de la humanidad, la otra cara de la moneda que cuesta trabajo aceptar haya pasado inadvertida hasta este último tercio de siglo.

Toda técnica, incluso la más simple acción humana, comporta un riesgo. La cuestión consiste, por una parte, en desentrañar los motivos y mecanismos por los que durante tanto tiempo ha permanecido oculto algo tan evidente —lo obvio a menudo resulta invisible—; por otra, en fijar el tamaño de los riesgos no sólo para que sean perceptibles, sino incluso tolerables. En algunos ámbitos —por ejemplo, el uso de la energía nuclear— hemos alcanzado tal grado de riesgo que se discute si cabe asumirlo responsablemente. En la primera modernidad creíamos en el progreso ilimitado, sin prestar atención a los costos; al fin y al cabo los pagaban los otros (clase obrera, naciones proletarias). Hemos empezado una segunda etapa, que Beck define por la conciencia creciente de los riesgos que implica el ulterior desarrollo de una sociedad de alta tecnología. La producción y distribución de riqueza caracterizaba a la primera modernidad capitalista; en esta segunda etapa se producen riquezas suficientes, pero con riesgos también crecientes. El problema ya no es aumentar la producción, sino aminorar los riesgos; ya no distribuir riqueza, sino riesgo. Siguiendo la moda de sustituir las denominaciones precedidas del prefijo «pos» (posindustrial, poscapitalista) por aquellas de añadir al concepto de sociedad un atributo que se considera esencial, Beck denomina «sociedad de alto riesgo» a la «sociedad posmoderna».

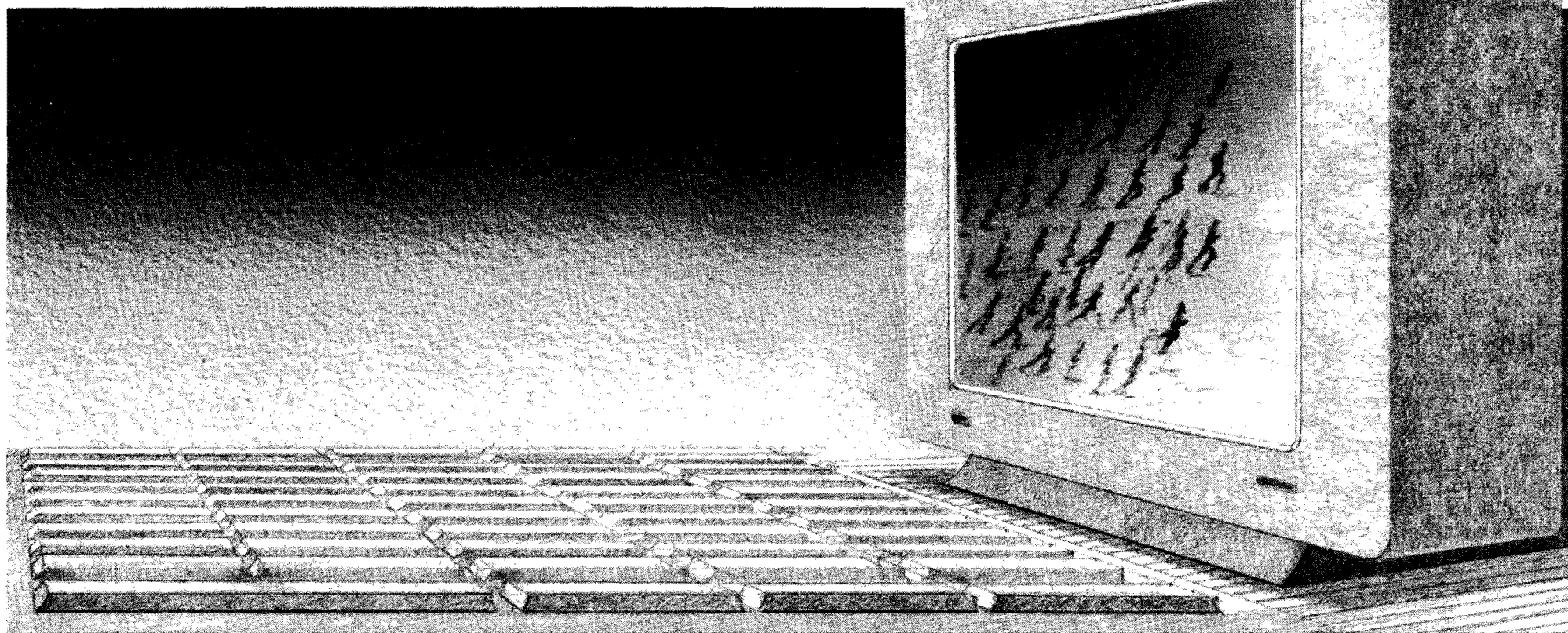
Estructuras mentales

Percibir el riesgo, simple posibilidad que puede condensarse en probabilidad, pero que aún así es algo real e irreal a la vez, exige superar las estructuras mentales dominantes que han reducido lo real a los hechos inmediatamente presentes. Estimar hasta qué punto un riesgo previsible es además tolerable, supone ampliar el sentido moral más allá de la responsabilidad por lo hecho. Cuando todavía prevalecen las conductas basadas en la tradición —es bueno, porque así se hizo siempre—, resulta difícil concebir un sentido de la responsabilidad que nos haga responsables de nuestras omisiones e incluso de haber seguido la corriente, comportándonos como todo el mundo. El autor trata con alguna extensión los problemas epistemológicos, toca de refilón los éticos, para centrarse en los aspectos sociológicos que se derivan de la noción de riesgo.



ANTONIO LANCHO

Viene de la página anterior



ANTONIO LANCHO

Para Beck, el rasgo principal que separa la primera modernidad capitalista de la actual «sociedad de riesgo» radica en que aquella era una sociedad escindida en clases —que justamente se definen por el modo de distribuir la riqueza por el trabajo, la renta de la tierra o el interés del capital—, mientras que la sociedad que está surgiendo, dado el carácter global de los riesgos que pretende distribuir, es mucho más homogénea. Un accidente grave en una central nuclear atañe a todos los que viven en la región, en el país, en el continente. Si en Europa nos quedamos sin bosques, lo pagamos todos. No cabe duda que la riqueza diferencia y el riesgo nivela, pero pese a la innegable globalización de los riesgos, hay que dejar constancia de que los mecanismos de clase siguen influyendo en su distribución: los pobres viven en barrios más contaminados; las basuras radioactivas, las industrias sucias, se trasladan al Tercer Mundo. Con todo, parece plausible la argumentación del autor dirigida a mostrar con harta profusión de ejemplos que no siempre funcionan los viejos mecanismos de clase en la distribución de riesgos y que en este campo hay que señalar nuevas diferencias sociales, así como nuevas fuentes de conflicto.

En la sociedad clasista, el ideal con el que se soñaba era la igualdad social; conseguirla, la utopía positiva. En la «sociedad de riesgo» el ideal es la seguridad, utopía negativa, ya que no se trata de realizar algo que se reputa positivo (la igualdad, la felicidad), sino simplemente de evitar lo peor. «El sueño de la sociedad clasista reza: todos quieren y deben participar del pastel. El objetivo de la sociedad de riesgo es: todos deberían verse libres del veneno» (pág. 65). En la primera, el grito colectivo era «tengo hambre»; en la segunda, «tengo miedo».

El autor vincula el temor bien fundado a peligros crecientes por el tipo de simbiosis, sociedad-naturaleza, naturaleza-sociedad, que ha creado la actual tecnología como producto de la actual sociedad, con la angustia de la soledad que caracteriza a la sociedad más desarrollada una vez que ha logrado, en un proceso de falsa emancipación, desprender al individuo de los apoyos que tenía en la pertenencia a un sexo, a una familia, a una clase. El proceso de igualación de los sexos hace cada vez más difícil la identidad como varón o mujer; la familia, después de quedar reducida a la nuclear, da señales claras de tender a desaparecer. A comienzos de los ochenta vivían solas 7,7 millones de personas (12,5 por 100 de la población) en la República Federal

de Alemania, cifra que no ha parado de crecer. «No se puede conseguir la igualación del hombre y de la mujer dentro de estructuras institucionales que suponen en su propia constitución la desigualdad del hombre y de la mujer» (pág. 181). La necesaria igualación del hombre y de la mujer comporta la desaparición de la familia.

Soportes y normas

El individuo se desprende de los soportes, normas, comportamientos de la clase a que pertenece, a su vez cada vez más difuminada, de modo que lo único que le define es tener o no ocupación: pertenece al mundo de la subcultura marginal o está integrado en la sociedad, he aquí la distinción fundamental. En el segundo caso, los rasgos individuales dependen en gran medida de la ocupación, cada vez en condiciones más variables con la flexibilización creciente del trabajo (contratos temporales, «job-sharing», horarios personales, trabajo en casa), que produce una gran dispersión y el consiguiente aislamiento profesional. Actualmente se hallan implicados los sindicatos en una dura lucha por mantener el domingo como fiesta laboral. En un próximo futuro quedarán igualados todos los días de la semana, como días de trabajo o libres, según el turno o la actividad de cada cual, desapareciendo así el último elemento comunitario, consistente en descansar el mismo día. Las fábricas sustituyen la mano de obra por el robot y el ordenador vacía los despachos. Sin comunidad familiar ni comunidad laboral, el individuo, hombre o mujer, joven o viejo, queda desconectado por completo. Los mismos mecanismos que lo aíslan lo «estandarizan», es decir, lo hacen más homogéneo en su comportamiento. Apelar todavía a la solidaridad en un mundo de solitarios cortados por el mismo patrón e igualmente aislados produce grima.

Beck termina el libro con dos interesantes capítulos, en los que se arremolinan las paradojas, contradicciones y aporías, de las que ya había hecho amplio uso en las páginas anteriores. El uno dedicado al tipo de ciencia «más allá de la verdad y de la ilustración» que produce la sociedad contemporánea, cada vez más dependiente de la ciencia para su ulterior desarrollo, pero de una ciencia cada vez menos satisfactoria desde una definición socialmente admitida de verdad. La ciencia que sirve (para el desarrollo tecnológico) es a la vez la que menos nos sirve (para sobrevivir como se-

res humanos); ha perdido la dimensión crítica de su propio hacer hasta el punto que solidifica y refuerza los tabúes sobre los que se sostiene. Lejos de ayudarnos a evitar la catástrofe, es la fuerza que más directamente nos empuja a ella.

El último capítulo se ocupa de la política en la «sociedad de riesgo». Pone énfasis en un hecho fundamental: los cambios revolucionarios que estamos viviendo se producen al margen y sin intervención de la política, que va a la zaga de los acontecimientos sin influir lo más mínimo sobre ellos. Consecuencia: la política se despolitiza —el último discurso apolítico es el del político profesional, intercambiable uno con otro—, mientras que se politizan las más distintas esferas sociales, desde las iglesias a la medicina, desde los técnicos y cuadros medios a los grupos marginales. Con la construcción del Estado social la política habría tropezado con límites y contradicciones insuperables. La política habría dejado de ser impulso promotor de cambio; éste proviene, y a qué velocidad, de las siempre nuevas tecnologías que se presentan como apolíticas y socialmente neutrales. El mundo empresarial, haciendo hincapié en su carácter privado, apolítico, se declara incompetente e irresponsable de las consecuencias sociales que implican sus decisiones diarias, mientras que la política que afirma su competencia y hasta responsabilidad se ve por completo incapaz de controlar o encauzar los procesos desencadenados. La creciente pérdida de importancia de la política —de ahí también el cada vez menor interés que provoca— es otro rasgo definitorio de esta segunda modernidad.

El libro de Beck ha llamado la atención en Alemania por la riqueza de ideas, que responden a cuestiones y necesidades sentidas. A modo de vademécum recoge y desarrolla no pocos de los planteamientos de la nueva iz-

quierda ecológica. Frente a las muchas publicaciones sociológicas que ofrecen cantidad de datos sin una sola idea, hasta el punto que el lector no logra percibir el sentido de tanto esfuerzo, esta literatura ensayística merece reconocimiento, conscientes, eso sí, de sus peligros. En el libro de Beck, las ideas brillantes, a menudo simples disquisiciones especulativas, sobrevuelan un modestísimo material empírico. La argumentación del autor se puede proseguir en la misma dirección o reconducirla por caminos bien distintos. Ayunos de ideas y sobrecargados de datos, agradecemos los libros que al menos den un margen amplio para la discusión.

Con defectos patentes que refuerza el estilo en el que está escrito, entre polémico y apodóctico, al que se mezcla la jergonza sociológica de la izquierda alemana, *La sociedad de riesgo* representa un esfuerzo muy digno de consideración por aportar algunos contenidos positivos a lo que negativamente se ha definido como posmodernidad, esa modernidad que vendría después. Tratar de definir los rasgos principales de la sociedad posmoderna es tarea que aún va a dar mucho juego. El que Beck logre avanzar en una caracterización positiva de la segunda modernidad se debe, en primer lugar, a que contempla la sociedad en la que vive, más allá del estrecho horizonte en que la ha instalado la sociología académica, volviendo a su sentido originario de ciencia social que reúne y sintetiza las ciencias humanas. En segundo lugar, también como la sociología decimonónica, porque se coloca en el interior de un movimiento social, con una perspectiva práctica para sus especulaciones. No hay apenas pensamiento útil sobre la sociedad que no nazca de la indignación o del temor por su estado actual y del correspondiente afán por cambiarla o al menos evitar lo peor. □

RESUMEN

Ignacio Sotelo recuerda los pasos que han dado, desde sus inicios en el siglo XIX, la sociología y el socialismo, cómo han discurrido desde entonces e incluso cómo han llegado, en ocasiones, a entrecruzarse. La oportunidad de repasar todo esto y de señalar el papel que des-

empeña hoy la sociología se la proporciona al comentarista la publicación de un ensayo sociológico que no sólo ofrece un enfoque global de la problemática contemporánea, sino, entre otras cosas, una reflexión sobre los peligros que conlleva la moderna sociedad industrial.

Ulrich Beck

Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne

Suhrkamp, Francfort, 1986. 392 páginas.

Las obras completas de Einstein

Por Manuel García Doncel

Manuel García Doncel (Santander, 1930) es catedrático de Física Teórica en la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha sido visitante del Institut des Hautes Etudes Scientifiques de Bures-sur-Yvette (París) y del CERN de Ginebra. Actualmente se dedica a la historia de la física del siglo XX, y dirige en su Universidad un seminario sobre Historia de las Ciencias.

Recoger y publicar las obras completas de Albert Einstein es una empresa histórico-bibliográfica de gran envergadura. Máxime que se pretende hacerlo de una manera exhaustiva. Tras la muerte de Einstein en 1955, la idea de Princeton University Press era la de publicar sólo sus trabajos científicos. Pero los fideicomisarios nombrados en el testamento de Einstein de 1950, su amigo el Dr. Otto Nathan y su secretaria desde 1928, Helen Dukas, subrayaron la importancia de publicar «todos» los escritos de Einstein, especialmente los relativos a la paz y a la política mundial.

Tras muchos diálogos y reuniones, en 1971 se llegó por fin a un acuerdo de edición global entre la editorial y los responsables del patrimonio intelectual de Einstein. Se nombró lo primero un consejo asesor editorial, constituido por una decena de prestigiosos científicos e historiadores relacionados con la vida y obra de Einstein. Tras cinco años más de negociaciones y con la aprobación del consejo asesor, se designó al profesor John Stachel, de la Universidad de Boston, como responsable general de la edición. Este organizó en 1977 en Princeton la «Einstein Office», a la que se incorporaron los doctores Robert Schulmann y David Cassidy como editores asociados. Allí comenzó el trabajo de catalogación informatizada y preparación para la imprenta de los documentos originales de Einstein en orden a su edición completa.

Por otra parte, Einstein había expresado su voluntad de dejar su herencia intelectual a la Universidad Hebrea de Jerusalén. Poco antes de fallecer su secretaria Miss Dukas en 1982, ambos fideicomisarios decidieron ejecutar esa voluntad, transmitiendo el patrimonio y sus responsabilidades a dicha Universidad. A ella se trasladó el archivo de los documentos originales de Einstein, después de hacerse una fotocopia cuidadosamente compulsada de todos ellos para la Einstein Office, y dos duplicados más para las bibliotecas de Princeton y Boston. La Einstein Office misma fue trasladada en 1984 a la Universidad de Boston.

El primero de 40 volúmenes

Las obras científicas publicadas por Einstein son más de trescientas —entre libros y artículos—, y las no científicas cerca de doscientas. En la Einstein Office se conservan, aparte de su correspondencia, unos mil documentos nunca publicados: notas de investigación o de clase, conferencias, comentarios, entrevistas e incluso anotaciones suyas al margen de libros o artículos de otros. La correspondencia de Einstein comprende unas nueve mil cartas escritas por él, unas trece mil dirigidas a él y varios miles más de cartas y documentos que dan información interesante sobre él. No todos esos documentos estaban en el archivo inicial legado por Einstein. A él se han ido incorporando reproducciones de documentos importantes descubiertos en archivos de Alemania, Italia, Suiza, Holanda, Yugoslavia y Estados Unidos. Los «Collected Papers» pretenden editar todos esos documentos impresos y no impresos «de» Einstein y «sobre» Einstein, estos últimos en la medida en que su contenido sea de interés histórico y su publicación esté autorizada por sus autores o herederos. Dado el crecimiento del material de archivo que va encontrándose, se

calcula que ocuparán treinta o cuarenta volúmenes.

De momento sólo ha aparecido el primero de esos volúmenes, subtítulo «Los primeros años». En él se editan críticamente 142 documentos, desde su partida de nacimiento de 1879 hasta los documentos de junio de 1902 por los que se le concede su primera colocación estable en la «Oficina Confederal de Propiedad Intelectual» de Berna. Están editados en su lengua original alemana con anotaciones en inglés. Todos ellos son documentos no impresos, pues sus tres primeras publicaciones científicas de 1901 y 1902 han sido reservadas para volúmenes ulteriores, enteramente dedicados a los *Escritos* de Einstein en sus años de Suiza (1901-1914).

La falta de documentos relativos a su infancia y adolescencia se ha intentado suplir con las primeras páginas de una biografía inédita de Einstein, escrita por su hermana Maja. Así que los documentos comienzan prácticamente en 1895, el año en que el joven Einstein interrumpe sus estudios medios en Múnich y se traslada a Suiza. Se refieren pues al curso 1895-96 de conclusión de su bachillerato en la Escuela Industrial del Cantón de Aargau, a los cuatro cursos 1896-1900 de estudios de matemáticas y física en la Escuela Técnica Superior Confederal de Zurich, y a los dos cursos 1900-1902 de búsqueda de trabajo estable, consiguiendo únicamente suplir a un profesor en la Escuela de Winterthur y dar clases particulares en Schaffhausen y Berna.

Los documentos publicados aquí por primera vez tienen un indiscutible interés biográfico. Ellos permiten conocer con gran detalle la cronología de sus itinerarios por Centroeuropa, su intento fracasado de ingresar un año antes en la Escuela Superior de Zurich, las materias, exámenes y calificaciones de sus estudios, el proceso administrativo de su nacionalización suiza y aun el desarrollo de su personalidad en sus relaciones familiares y en sus primeras amistades e idilios amorosos.

Pero para los historiadores de la física el interés central está en otra parte. El año estelar 1905, este simple empleado de la Oficina de Patentes de Berna publicará tres artículos revolucionarios: el que introduce el concepto de «cuanto de luz» o fotón, el que establece la existencia de moléculas al interpretar el movimiento browniano, y sobre todo, el que conceptualiza la relatividad especial. En sus investigaciones de los itinerarios mentales de Einstein en esas tres direcciones, los historia-

dores habían de basarse casi exclusivamente en recuerdos posteriores de Einstein, especialmente en sus notas autobiográficas redactadas cuarenta y tantos años más tarde. En ellas se menciona, por ejemplo, en relación a la relatividad, la «paradoja con la que tropezó ya a la edad de dieciséis años» —es decir, durante el curso en la Escuela del Cantón de Aargau— sobre cómo se vería un rayo de luz si se le persiguiese a la velocidad de la luz. ¿Qué documentos primarios de los publicados en este primer volumen proporcionan nuevas pistas de esos itinerarios einsteinianos?

Un primer documento interesante son sus notas autógrafas de la asignatura «física», impartida durante su segundo curso en la Escuela Superior de Zurich por el profesor Heinrich F. Weber (no confundirlo con Wilhelm E. Weber, famoso impulsor de la electrodinámica, ya fallecido). El documento original lo constituyen dos cuadernos de notas, de los poquísimos conservados por Einstein. Su edición crítica, el documento 37, ocupa él solo casi la mitad del volumen (150 páginas de las 350 de documentos). Einstein apreciaba las clases teóricas de Weber, y sobre todo su magnífico laboratorio, en el que trabajará el curso siguiente. Pero tanto la parte de sus notas relativa a termodinámica (las noventa primeras páginas) como la relativa a electricidad y magnetismo (las sesenta últimas páginas) revelan el carácter excesivamente clásico, aun para su tiempo, de esta asignatura. Einstein mismo se quejará de que en Zurich no le explicaran la teoría maxwelliana del campo electromagnético. Y, como veremos, habrá de suplirlo con la lectura privada de trabajos recientes. Pero el valor de ese documento autógrafo es innegable. Del énfasis dado a uno u otro aspecto, de sus notas marginales y aun de la comparación posible con otras notas conservadas de esta misma asignatura puede obtenerse información preciosa sobre los intereses científicos y la evolución conceptual de Einstein.

Pero otros documentos hasta ahora inéditos e inesperadamente de gran interés científico constituyen su correspondencia amorosa.

Vida personal y actividad científica

Durante el curso en que concluyó su bachillerato en la Escuela del Cantón de Aargau, situada en la ciudad de Aargau, Einstein tuvo la gran suerte de convivir con una excelente

familia: el profesor de la escuela Jost Winteler, su mujer Pauline y sus siete hijos. Ella suplió su propia familia, entonces trasladada a Milán, y le hizo apreciar el espíritu de su futura nacionalidad suiza. Con ella quedará enlazado para siempre, pues su hermana Maja se casará con el menor de los hijos, Paul, y su gran amigo Michele Besso con la mayor de ellos, Anna.

Einstein mismo vivió su primer idilio amoroso con Marie, la intermedia de los Winteler, como atestiguan tres cartas publicadas en este volumen. Tanto sus padres como los de Marie veían con muy buenos ojos estas relaciones platónicas. Sin embargo, Einstein las cortó violentamente al cabo de un año. Y en una carta deliciosa dirigida a Pauline Winteler, la madre de Marie, a la que él mismo trata de «querida mamáita», se excusa así de la profunda herida causada a su hija: «El esforzado trabajo espiritual y la contemplación de la naturaleza hecha por Dios son los ángeles que, apaciguando y fortaleciendo, pero con severidad implacable, me han de conducir por todos los vericuetos de esta vida» (documento 34).

Quizás Einstein se equivocara al contraponer así su investigación científica a su amor personal. O como dirá en sus notas autobiográficas, al creer que había de «liberarse de lo momentáneo y sólo personal para consagrarse al esfuerzo por captar conceptualmente las cosas». Lo cierto es que inmediatamente después de cortar su idilio amoroso con Marie, entablará otro con Mileva Marić, su futura esposa, en la que cree encontrar una síntesis de investigación científica y amor personal.

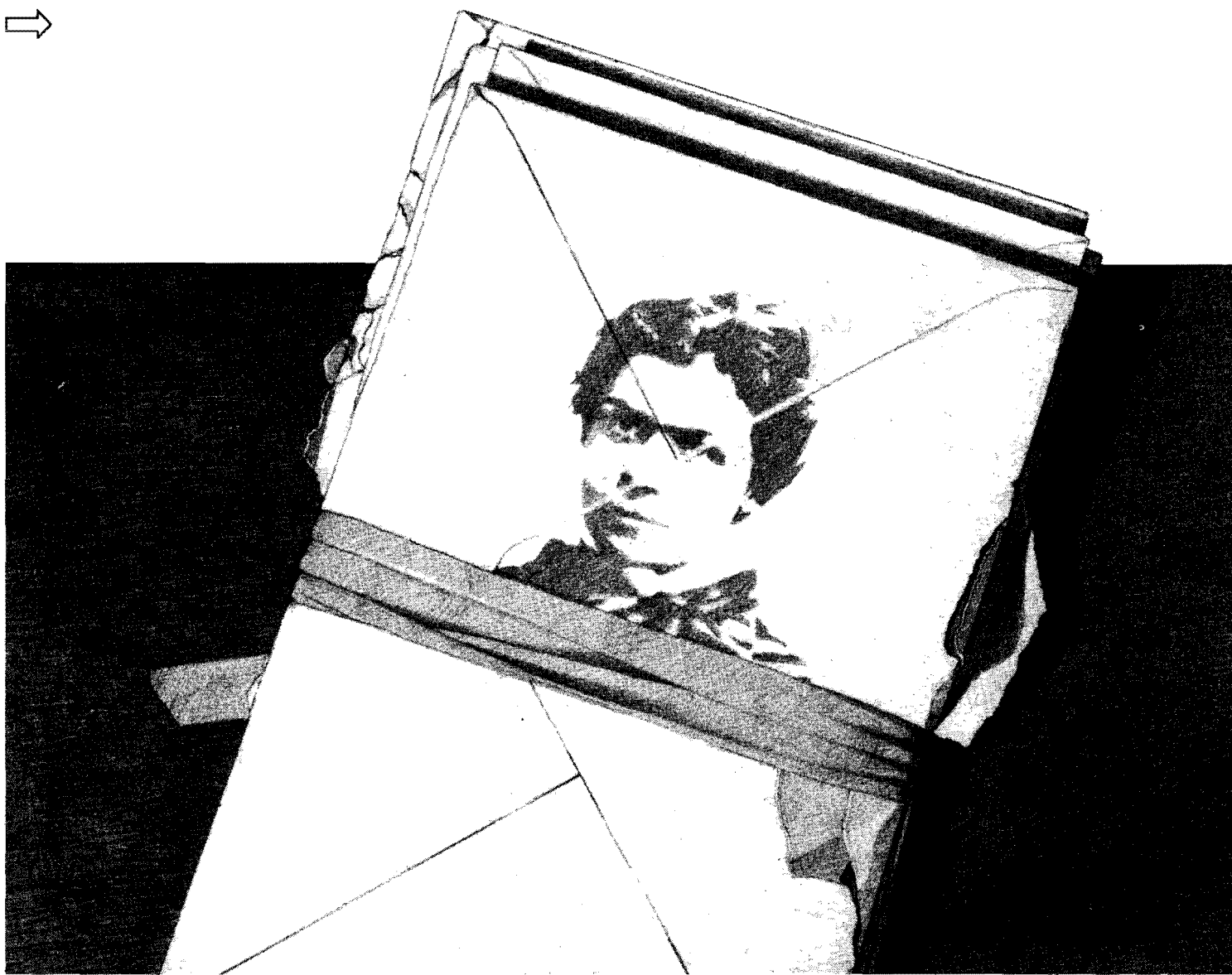
Mileva, en efecto, es una compañera estricta de Einstein durante sus estudios en Zurich. Originaria de Serbia (entonces Hungría, hoy Yugoslavia), era la única chica de su curso de 11 alumnos, que en octubre de 1896 ingresan en la sección de matemáticas y física de la Escuela Superior de Zurich. El curso siguiente, Mileva decide seguir sus estudios en Heidelberg, y ésta es la ocasión de que Einstein la anime a volver a Zurich y le ofrezca, para pasar los exámenes, sus cuadernos de física y aun los de matemáticas de su amigo Grossmann. Vuelta a Zurich, Einstein acudirá con frecuencia a su habitación de estudiante para leer en común los más diversos textos de física. Sus padres se opondrán seriamente a



Albert Einstein.

ARTURO REQUEJO

Viene de la página anterior



Mileva Marić.

ARTURO REQUEJO

estas relaciones, que a la larga acabarán trágicamente, con el divorcio en 1919. Pero durante el período de este volumen están llenas de ingenuidad y vida, y acaban con la expectación y el nacimiento en enero de 1902 de una niña, Lieserl, que da tonos dramáticos a la búsqueda de colocación de su padre.

La correspondencia epistolar entre ambos es evidentemente esporádica, durante las vacaciones veraniegas y después de acabados los estudios de Einstein (Mileva deberá repetir el cuarto curso). Se conservan, sin embargo, y están críticamente publicadas en este volumen, hasta cuarenta y una cartas escritas por Einstein a Mileva y diez recibidas de ella. Estas cartas de Einstein, llenas de amor e ingenio, que comienzan tratando de usted a la «distinguida señorita» y pronto tutean a la «querida muñequita», «tesorito», «gati-ta»... ¿qué nos revelan de interés para la historia de la física? Veamos algunos ejemplos.

Radiación y moléculas

La radiación cuántica y las fuerzas moleculares constituyen dos temas distintos del pensamiento einsteniano de esta época, comentados en dos valiosas notas editoriales de este volumen. El primero aparece en marzo de 1899 con esta comunicación a Mileva (documento 45): «Mis cavilaciones sobre la radiación comienzan ya a asentarse —hasta tengo curiosidad de saber si saldrá algo de ellas—.» Reaparece dos años más tarde al comunicarle su «idea original» sobre la energía eléctrica de los resonadores, y sus «reparos de principio» a los trabajos básicos de Planck, sobre todo a su hipótesis de que las condiciones del resonador sean las que «determinen la cantidad de energía de la radiación» (documentos 93, 96 y 97). Concluye con su interés por el «artículo maravilloso de Lenard» sobre el efecto fotoeléctrico (documento 111).

El tema de las fuerzas moleculares aparece ya en sus apuntes de las clases de Weber: éste aludía al desconocimiento de esas fuerzas, y Einstein anota al margen: «¡Investigar! en vacaciones» (documento 37, n. 101). Reaparece en el verano de 1900, con un estudio del fenómeno de la capilaridad —inspirado por un seminario de Minkowski y por sus lecturas de Ostwald—, que dará lugar a su primera publicación (documentos 79, 85 y 92 y p. 265, n. 3). Continúa en abril de 1901, con su comunicación a Mileva de «una idea suma-

mente feliz» de aplicar a los gases «nuestra teoría de las fuerzas moleculares», y su idea de escribir una tesis doctoral que unifique «todos los resultados obtenidos hasta ahora sobre atracción molecular» (documentos 100 y 101). Con este fin, Einstein se pone a «estudiar de nuevo la teoría de los gases de Boltzmann», que encuentra «muy bella», pero poco preocupada de «la comparación con la realidad». Y desde Milán le encarga a Mileva buscar en la biblioteca de Zurich cierto «material empírico para nuestra investigación» (documento 102). Redactó efectivamente esta tesis durante sus dos primeros meses en Schaffhausen, y la presentó a la Universidad de Zurich el 23 de noviembre de 1901 (documentos 125 y 129). Pero dos meses más tarde hubo de retirarla, probablemente porque «criticaba duramente» los razonamientos de Boltzmann (documento 132, n. 2).

Quizás lo más curioso sea la interconexión momentánea de estos dos temas einstenianos. En la misma carta de abril de 1901 le comunica a Mileva una «nueva idea», que ve relacionada con «nuestras fuerzas moleculares». Le habla del mecanismo de «conversión directa» de la energía de la molécula en radiación luminosa, y comenta: «¡Quién sabe cuándo se construirá un túnel a través de esas ásperas montañas!» (documento 102). Alude, sin duda, al túnel del Simplón, cuya construcción proyectan visitar juntos en verano para celebrar el fin de carrera de Mileva —por más que, para «ahorrar un poco», harán una excursión más sencilla, y además Mileva suspenderá el examen final (documentos 119 y 121)—. A ese túnel que comunica la estructura atómica con la radiación y cuya construcción tardó más de un cuarto de siglo en iniciarse, le llamamos hoy electrodinámica cuántica. La frase admirativa de Einstein a Mileva explica que él mismo, quince años más tarde, apenas establecida por Niels Bohr la cuantificación atómica, abriera una galería exploratoria en esas ásperas montañas, con sus «parámetros de emisión y absorción».

Un tercer tema einsteniano de esta época es el de la electrodinámica relativista, al que se dedica otra valiosa nota editorial. En agosto de 1899, Einstein le cuenta a Mileva que está leyendo a Helmholtz, y «admira cada vez más su mente original y libre», y que al leerlo sólo echa de menos que ella «no esté sentada a su lado» (documento 50). Está leyendo dos trabajos de Helmholtz «sobre movimientos atmosféricos», sin duda en el volumen tercero

de sus *Artículos Científicos* de 1895. Pero pronto pasa a leer allí mismo el artículo sobre «El principio de mínima acción en electrodinámica», que no logra entender. Esto le obliga a «devolver el volumen de Helmholtz y estudiar una vez más con todo detalle *La propagación de la fuerza eléctrica*, de Hertz». Se trata de la reedición de los famosos artículos de 1887-90 sobre las ondas hercianas, el último de los cuales, «Sobre las ecuaciones fundamentales de la electrodinámica para cuerpos en movimiento», es explícitamente citado en el trabajo de Helmholtz. Einstein continúa así su comentario a Mileva: «Me voy convenciendo cada vez más de que la electrodinámica de los cuerpos en movimiento, tal como se expone actualmente, no corresponde a la realidad, sino que ha de poder exponerse de modo más sencillo.» Y critica en concreto «la introducción del nombre “éter”», que hace imaginar «un medio, de cuyo movimiento es posible hablar, sin que a mi juicio pueda darse un sentido físico a esa frase» (documento 52). No escapará el interés de estos comentarios a quien recuerde que su revolucionario artículo de 1905 lo titula «Sobre la electrodinámica de cuerpos en movimiento», y que en su primera página anuncia que «la introducción de un “éter luminífero” se mostrará superflua».

Movimiento relativo

Parece que Aargau inspire a Einstein ideas relativistas. Al volver de una corta estancia allí le cuenta a Mileva en septiembre de 1899: «En Aargau se me ha ocurrido una buena idea para investigar cómo influye el movimiento relativo de los cuerpos respecto al éter luminífero sobre la velocidad de propagación de la

luz en medios transparentes. También se me ha ocurrido una teoría sobre ello que me parece tiene gran probabilidad. Pero ¡no hablemos más de esto!» Pues Mileva, que está preparando el examen de mitad de carrera, tiene que soportar ya bastantes manías de los examinadores para que Einstein le añada las suyas (documento 54).

Por los recuerdos de Einstein se sabía que el curso anterior había intentado inútilmente que sus profesores le dejaran emprender experiencias de ese tipo. Pero lo que se sabe ahora, por otra carta a Mileva, es que este mismo mes de septiembre escribió sobre este tema a W. Wien. Y lo que es más importante, que lo hizo por haber leído un artículo reciente suyo, «Sobre las cuestiones relativas al movimiento de traslación del éter luminífero», en el que se presenta, entre otras, la teoría de Lorentz de 1895, y se describe el experimento de Michelson-Morley entre diez que no detectan el movimiento del éter (documento 54, ns. 4 y 5). La influencia en Einstein de tales teorías y experimentos ha sido seriamente estudiada por historiadores como G. Holton, y no parece que estos nuevos datos obliguen a modificar su posición minimalista. Estas cartas nos confirman también que Einstein leyó a Mach, y nos descubren su propósito y su «hambre» de empezar a leer con Mileva las lecciones de Helmholtz *Sobre la teoría electromagnética de la luz*, apenas ella haya descansado de su examen con una excursión al Utlberg (documentos 54, 57 y 58).

El tema de la relatividad no reaparece hasta casi dos años después. En marzo de 1901 exclama a Mileva: «¡Qué feliz y orgulloso voy a estar cuando ambos juntos hayamos llevado victoriosamente a término nuestro trabajo sobre el movimiento relativo!» (documento 94). Sabemos, sin embargo, que cuando en 1905 Einstein concluya esta victoria, sólo agradecerá «la leal ayuda de mi amigo y colega M. Besso». Pues bien, en abril de 1901 le cuenta a Mileva cómo ha estado discutiendo sobre la «definición de reposo absoluto» con el tan despistado como listo Besso, y cómo éste «toma gran interés en nuestras investigaciones» (documento 96). Y en diciembre, cómo Besso le ha proporcionado un libro de 1885 sobre «la Teoría del éter» que le parece anticuadísimo, y le incita a leer «lo que han escrito Lorentz y Drude sobre electrodinámica de cuerpos en movimiento» (documento 131). También a su amigo M. Grossmann, futuro colaborador de la relatividad general, le escribe en septiembre de 1901 sobre su nuevo método «para investigar el movimiento relativo de la materia respecto al éter luminífero» (documento 122). En diciembre vuelve a exponer estas ideas teóricas y experimentales al profesor A. Kleiner, de la Universidad de Zurich, quien le recomienda las publique conjuntamente (documento 130).

Pero a quien hace participe de sus errores y avances es a Mileva. Ese mismo diciembre de 1901 le escribe así: «Trabajo con todo ardor en una electrodinámica de cuerpos en movimiento que promete convertirse en un artículo capital. Te escribí que dudaba de lo correcto de las ideas sobre el movimiento relativo. Mis sospechas se basaban, sin embargo, únicamente en un simple error de cálculo. Ahora creo en ellas más que nunca» (documento 128). □

RESUMEN

Este primer volumen de las *Obras Completas de Einstein*, por más que no contenga ninguna de sus publicaciones, es de enorme interés, a juicio de García Doncel, para la historia de la física. Tanto las 150 páginas de notas de

clase tomadas por Einstein como los 51 documentos de su correspondencia amorosa con su futura esposa Mileva Marić contienen multitud de pistas para la reconstrucción del pensamiento científico de Einstein en estos primeros años.

Albert Einstein

The Collected Papers of Albert Einstein. Vol. I: The early years, 1879-1902.

Ed. John Stachel, Princeton University Press, 1987. 48 + 434 páginas. 52,50 \$.

Evolución y termodinámica

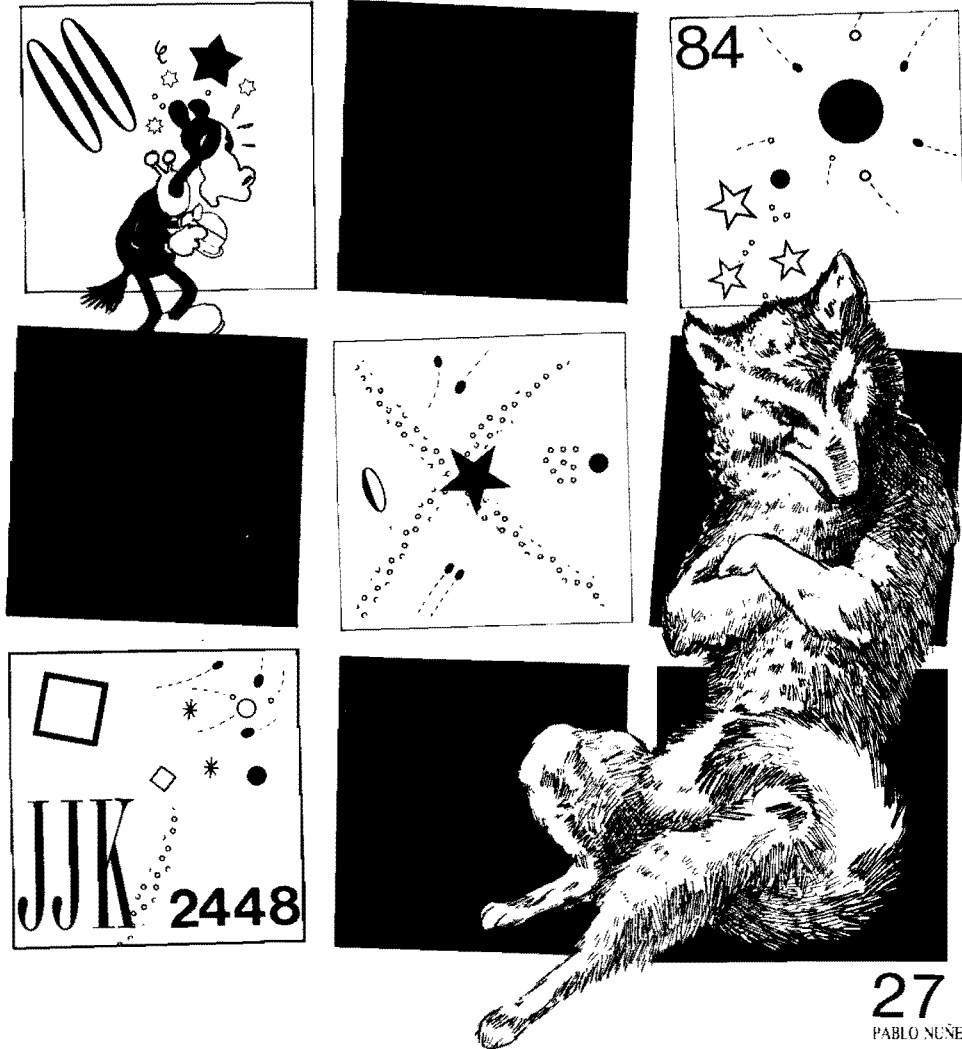
Por Carlos Sánchez del Río

Carlos Sánchez del Río (Borja, Zaragoza, 1924) obtuvo en 1953 la cátedra de Física Atómica y Nuclear de la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido director general de Política Científica y presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Sociedad Nuclear Española.

Para quienes nos asomamos al mundo de los seres vivos desde una formación en las ciencias físicas, el fenómeno más desconcertante es la evolución biológica. La emergencia de la vida a partir de condiciones prebióticas desconocidas, la división en plantas y animales y la especiación que conduce a organismos cada vez más dependientes del ecosistema son hechos sorprendentes. La justificación teórica que dio Darwin de la evolución mediante el mecanismo de la selección natural (la supervivencia de los más aptos) como único elemento explicativo no resulta convincente por varios motivos. Dejando a un lado la crítica al darwinismo por su posible carácter tautológico (los más aptos son los que sobreviven), que no me parece decisiva porque la selección es un hecho probado por la selección artificial de las especies domésticas, quedan, entre otros, dos aspectos de la doctrina sumamente inquietantes. En primer lugar, el escaso valor predictivo de la teoría que contrasta fuertemente con la teorías de la física y de la química. En segundo lugar, no parece creíble que por pequeños cambios y selección natural exclusivamente haya podido producirse la evolución hasta los complejísimo organismos actuales en sólo tres o cuatro mil millones de años. El ciclo vital de los animales superiores es largo y el número de generaciones que caben en unos cientos de millones de años parece escaso para haber producido tales efectos.

Biólogos de oficio

Ante estas dudas, los físicos con inquietud por el problema de la evolución biológica procedemos a escuchar modestamente a los biólogos de oficio que parece que tienen respuestas claras con las cuales podamos colmar nuestra ignorancia. El encuentro con los biólogos ortodoxos suele ser decepcionante. Su primera actitud es defensiva, a pesar de que no existe por nuestra parte intención agresiva alguna. Incluso nos pueden tachar de vitalistas o finalistas hasta que logramos convencerlos de que tales tabúes son vicios de biólogos heterodoxos contra los cuales estamos vacunados los físicos desde hace siglos. Suelen tomar entonces los biólogos una segunda actitud que podríamos llamar de condescendencia didáctica. Nos explican que después de los progresos en genética y biología molecular se ha llegado a una nueva visión del problema evolutivo que es la teoría sintética o neo-darwinismo, con la cual todo queda claro. La selección natural ocurre a nivel individual y se rige por una superioridad en la eficacia biológica (capacidad de reproducción) y en la adaptación (que no se define muy precisamente para no caer en teleología). La selección es



posible debido a la variación, que puede ser debida a muchas causas (mutaciones puntuales, recombinación sexual, transposición de fragmentos del DNA..., etc.). Si respondemos a la lección diciendo que todo esto ya lo habíamos leído y sigue sin convencernos, lo normal es que la conversación derive hacia otros temas porque siempre tratamos con biólogos amigos y bien educados. Por eso se abstienen de insinuar siquiera lo que piensan de nuestra torpeza, y por la misma razón nos abstenemos nosotros de mortificarlos con nuestra última duda: ¿cómo encajar el origen de los organismos vivos en la teoría sintética?

Todo esto viene a cuento de un libro de Jeffrey S. Wicken sobre evolución, termodinámica e información. El subtítulo de la obra es «Extensión del programa darwinista», lo cual indica que o bien el autor es un ortodoxo o bien es persona que desea curarse en salud. En cualquier caso, el autor del libro —a quien desconozco porque pertenece a una comunidad científica distinta de la mía— es hombre inconformista, poco dispuesto a aceptar conceptos ambiguos sólo porque formen parte del discurso biológico prevalente.

El objetivo de Wicken es reducir la distancia entre la biología y la física mediante el establecimiento de conexiones entre la evolución, la protobiología y la prebiología por medio de la termodinámica y de la teoría de la información. La primera de estas disciplinas es la ciencia de los procesos y de la estabilidad; la segunda es la ciencia de la estructura y de la complejidad. A pesar de este propósi-

to declarado por el autor, la obra se apoya fundamentalmente en la termodinámica y tiene precedentes en Lotka (1922), Schrödinger (1944) y Prigogine (1977).

Procesos espontáneos

La termodinámica es, sobre todo, la ciencia de los procesos espontáneos, y como la evolución es un proceso espontáneo, parece lógico que en él tenga algo que aportar dicha ciencia. Los procesos naturales son irreversibles y ocurren siempre en la dirección que indica el Segundo Principio, cuyo contenido puede sintetizarse en la siguiente afirmación: en todo proceso espontáneo se produce entropía; por eso en los sistemas aislados aumenta la entropía hasta que llegan al equilibrio. La entropía es un índice de la degradación térmica o configuracional de un sistema, y crece en los sistemas aislados porque los procesos físicos o químicos en un recinto aislado propenden a la uniformidad.

La biosfera, sin embargo, no es un sistema aislado porque recibe continuamente energía noble del Sol y emite energía degradada al frío espacio exterior. Esta clase de sistemas se llaman disipativos y en ellos cabe una disminución interna de entropía que es expulsada al exterior. Los seres vivos son, según Wicken, organismos autocatalíticos informados que pueden calificarse como estructuras disipativas desde el punto de vista termodinámico.

La existencia de estructuras disipativas es perfectamente compatible con el Segundo Principio, por lo que no hay contradicción entre la vida y las leyes de la física. Pero la ausencia de contradicción no implica necesidad y por eso no se deduce del Segundo Principio que deba existir un organismo vivo.

La termodinámica, con sus análisis de flujos energéticos y entrópicos, proporciona, según Wicken, una dimensión interna (teleomática) al fenómeno de la emergencia de los organismos vivos y de su evolución ulterior. Pero la unidad evolutiva no es el organismo individual, sino los conjuntos informados de flujos termodinámicos, de los cuales los or-

ganismos, las poblaciones y los ecosistemas son ejemplificaciones.

No pueden resumirse en unas pocas líneas los argumentos que Wicken acumula para defender su teoría de la evolución, pero es importante destacar las notables diferencias entre la doctrina que mantiene y el neo-darwinismo al uso. El neo-darwinismo insiste en el aspecto mecanicista y ciego de las variaciones y pretende justificar mediante la adaptación todas las características y comportamientos de cada organismo. Para el autor del libro que comentamos, las variaciones son ciegas, pero no libres, porque están siempre condicionadas por la ley termodinámica; por eso la evolución tiene una causalidad telemática que no es vitalista, sino entrópica.

Biología y física

La obra que comentamos incide de lleno en la cuestión del reduccionismo biológico. La polémica sobre el reduccionismo es inevitable mientras la propia palabra tenga un significado ambiguo. Si por reduccionismo se entiende que los seres vivos están compuestos por átomos y moléculas sometidos a procesos que siguen las leyes de la física y de la química, todos somos reduccionistas. Los éxitos de la biología molecular han debido convencer a los más recalcitrantes opositores a esta forma de interpretar la biología.

Pero para algunos, reduccionismo significa más. Expresa la convicción de que todas las características estructurales y de comportamiento de los seres vivos pueden deducirse de la física y de la química (a su vez reducible a física). Podríamos llamar a esta doctrina reduccionismo ontológico, que puede sintetizarse en pocas palabras: la biología es deducible de la física.

Este reduccionismo ontológico sólo puede ser mantenido por materialistas muy fanatizados y poco versados en física y en biología. Un organismo es bastante más que la suma de las moléculas que lo integran. Los procesos físico-químicos en el interior de un organismo vivo no son todos los posibles, sino aquellos condicionados por las funciones vitales; prueba de ello es que cuando un organismo muere aparecen procesos distintos. Estas diferencias profundas entre los seres vivos y la naturaleza muerta se manifiestan en la radical diferencia entre el discurso físico y el discurso biológico. Muchos conceptos que son esenciales en biología (tales como organismo, selección natural, adaptación, simbiosis, percepción..., etc.) no se pueden correlacionar con ningún conjunto de conceptos físicos. Y ello porque las leyes físicas son un condicionante de los procesos biológicos, pero no el determinante de los mismos.

Por muchas razones análogas a las que acabamos de mencionar, Wicken se muestra contrario al reduccionismo ontológico, aunque acepta de buen grado ser tenido por reduccionista metodológico. Actitud equilibrada que se nos muestra a lo largo de todo el libro que comentamos y que por eso debe ser leído atentamente por cuantos se interesan en el origen de la vida y su evolución. Nadie espere, sin embargo, encontrar en esta obra la solución al enigma de la vida; obtendrá abundantes temas de meditación, lo cual no es poco. □

RESUMEN

Carlos Sánchez del Río dedica su artículo a un trabajo de Jeffrey S. Wicken que intenta reducir la distancia entre la biología y la física mediante el establecimiento de conexiones entre la evolución, la protobio-

logía y la prebiología por medio de la termodinámica y de la teoría de la información. El comentarista aprovecha para aludir a las relaciones existentes entre la física y la bio-

Jeffrey S. Wicken

Evolution, Thermodynamics and Information. Extending the Darwinian Program

Oxford University Press, 1987. 243 páginas. 7.950 pesetas.

En el próximo número

Artículos de Manuel Seco, C. Martín Gaité, J. M. Martínez Cachero, D. García-Sabell, P. Martínez Montávez, Rafael Alvarado y Miguel de Guzmán.

Nebrija en Cataluña

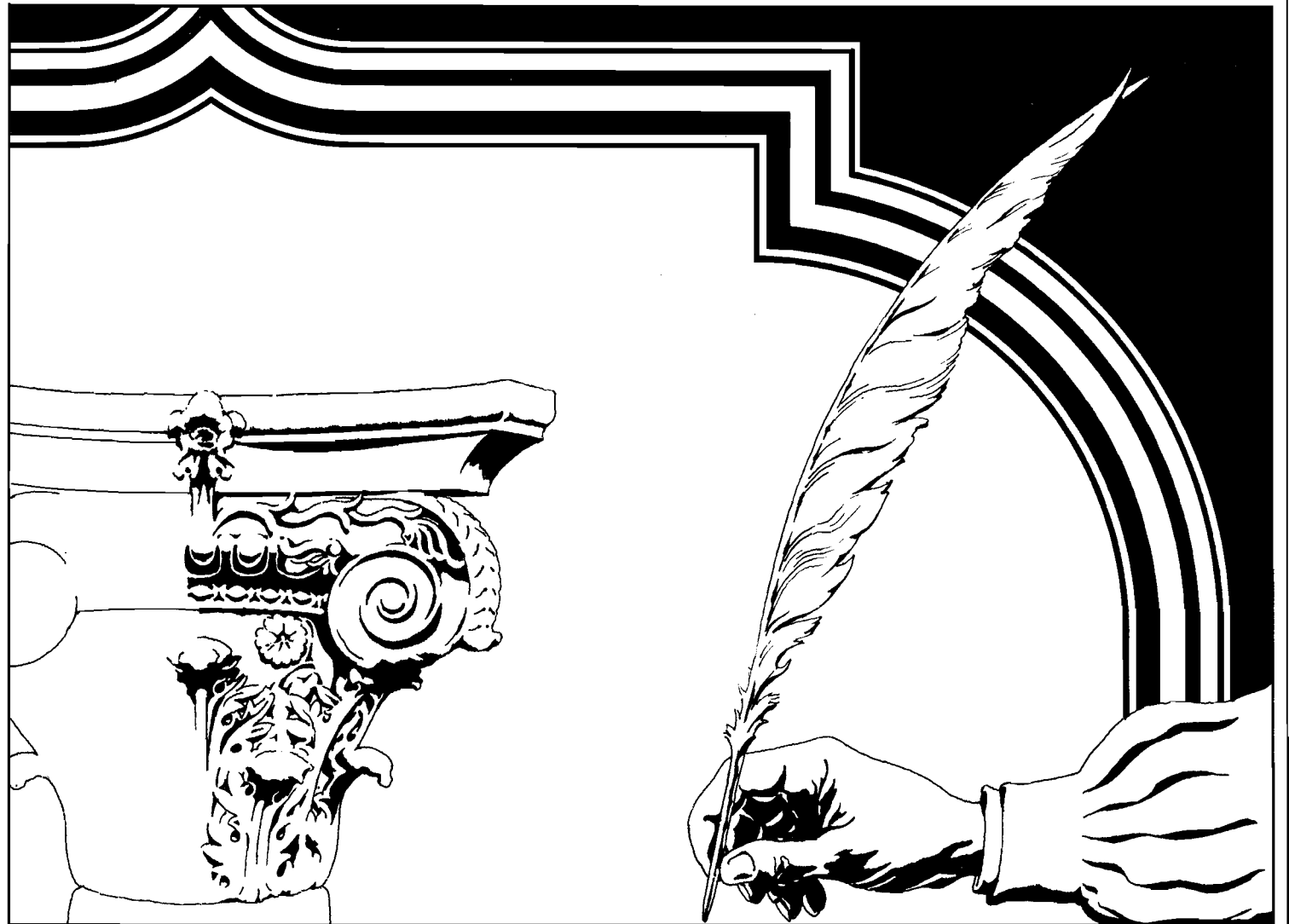
Por Manuel Seco

Manuel Seco (Madrid, 1928) es miembro de la Real Academia Española y director de su Seminario de Lexicografía, donde se redacta y publica el Diccionario histórico de la lengua española. Es autor, entre otras obras, de Gramática esencial del español, Las palabras en el tiempo: los diccionarios históricos y Estudios de lexicografía española.

Los dos diccionarios bilingües, de latín y español, que en el penúltimo lustro del siglo XV publicó el maestro Elio Antonio de Nebrija constituyen un hito en la historia de la lexicografía. El rigor metodológico desplegado en ambas obras es, más que un rasgo revolucionario, un modelo de técnica y de pedagógica claridad. En cada una de sus entradas hay una estructura uniforme, un sistema normalizado de abreviaturas, una ortografía regularizada, una información gramatical, una definición precisa y sin divagaciones y una escueta atención a la polisemia. Búsquense reunidas todas estas características en cualquier otro producto lexicográfico europeo de aquellos años.

La trascendencia que el *Vocabulario español-latino* tuvo en la lexicografía del español como fuente de los dos primeros diccionarios generales de nuestra lengua —el de Covarrubias (1611) y el de Autoridades (1726-39)— y de gran parte de los diccionarios bilingües o plurilingües europeos en que era ingrediente el léxico español, en los siglos XVI y XVII, no debe desviarnos de la realidad de que el propósito del humanista Nebrija al componer sus obras no fue sino suministrar instrumentos prácticos a los aprendices españoles de la lengua latina. Del acierto con que lo consiguió dan fe las varias ediciones de una y otra publicadas en vida de su autor —muerto en 1522— y las muchas más que, ya con intervención de manos ajenas, aparecieron a lo largo de los siglos siguientes.

Una prueba inequívoca de la calidad del trabajo de Nebrija es que sus diccionarios fueron, durante dos centurias, «inagotable mina para los lexicógrafos de todos los países», como ha dicho Annamaria Gallina. Nada de extraño ha de tener, pues, que se produjese en más de una ocasión la forma más inmediata de explotación de la mina: la adaptación. Este fenómeno tuvo lugar por lo menos respecto a tres lenguas: el catalán, el francés y el siciliano.



FUENCISLA DEL AMO

La estela catalana de Nebrija trasplanta-do llena un pequeño pero notable capítulo dentro de la nutrida bibliografía del autor. Anotamos cuatro fechas. En 1507 se publica en Barcelona la adaptación al catalán, en un volumen, de los dos diccionarios, realizada por el fraile agustino Gabriel Busa; en 1522 —el mismo año de la muerte de Nebrija— aparece una nueva adaptación, aumentada con un vocabulario geográfico, hecha por Martí Ivarra; en 1560, Antic Roca y Francesc Clusa publican una tercera adaptación, con vocabularios geográfico y médico; en 1585 se imprime la preparada por Pau Costa y Antoni-Joan Pastor, igualmente con los vocabularios especiales anejos.

El primero y más importante de esos Nebrijas catalanes ha sido ahora reimpresso en facsímil por el editor Puvill, acompañado de un extenso e importante estudio preliminar de los profesores Germán Colón y Amadeu-J. Soberanas. Por dos razones merece aplauso la aventura de esta publicación: primera, por haber desempolvado una obra de particular interés para la filología hispánica; segunda, por haber encomendado su presentación a las dos personas más indiscutiblemente indicadas para tal función. No me desmentirán los estudiosos de la lexicografía española, para quienes el recuerdo de anteriores producciones del mismo tándem, como el estudio que acompaña a la edición facsímil del *Diccionario latino-español* de 1492 de Nebrija (Barcelona, 1979) o el excelente *Panorama de la lexicografía catalana* (Barcelona, 1986) —comentado hace poco en estas mismas páginas por Antonio M. Badia i Margarit—, garantiza de antemano la solvencia del estudio preliminar de este Nebrija catalán.

El trabajo de Colón y Soberanas se divide en dos partes: «Aspectos léxicos» y «Aspectos bibliográficos». En esta segunda parte no sólo se ofrece una minuciosa descripción del libro de Busa y de los restantes Nebrijas catalanes, sino que se dan noticias documentadas de un proyectado diccionario latino-griego-catalán y catalano-latino en 1539 y de

otro latino-catalán en 1564, que no llegaron a ver la luz. Se recoge, además, todo lo que los documentos han dejado saber acerca de las personas que intervinieron en cada una de estas empresas.

De fray Gabriel Busa apenas tenemos más datos que los que de sí mismo da en el diccionario: que era maestro de latín y que pertenecía al convento de agustinos de Barcelona. Las investigaciones efectuadas por Colón y Soberanas añaden que en 1514 figuraba como escribanero en el mismo convento y que, a juzgar por sus peculiaridades lingüísticas, corroboradas por la toponimia y la antroponimia, su patria debería de estar «en la Cataluña estricta, en la parte centro-meridional, casi en los límites de los dialectos oriental y occidental». Se sabe además que no sólo actuó como adaptador de la obra de Nebrija, tarea en que al parecer contó con colaboradores, sino también como su editor, cuyas ganancias le permitieron resarcirse escuetamente de los gastos. Si parece poco justo que Busa saliese tan mal pagado por su trabajo, más miserable fue el trato otorgado al primer autor de la obra, quien, por los indicios, ni siquiera llegó a tener noticia del arreglo catalán de sus diccionarios. Triste sino de los lexicógrafos honrados, condenados, aún en vida, a ser pasto de parásitos.

En este número

Artículos de

Manuel Seco	1-2	Pedro Martínez Montávez	8-9
Carmen Martín Gaité	3	Rafael Alvarado	10-11
J. M. Martínez Cachero	4-5	Miguel de Guzmán	12
Domingo García-Sabell	6-7		

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



Nebrija en Cataluña

La idea del agustino al embarcarse en la tarea fue, según su declaración, hacer posible que los catalanes desconocedores del castellano participaran de los beneficios del diccionario de Nebrija, y también que los «de patria hispana» (es decir, los castellanohablantes) conociesen mejor la lengua catalana. No era la primera vez que Nebrija era adaptado al catalán: sus *Introducciones latinae* venían siendo editadas en Barcelona, desde unos años antes, con equivalencias interlineales en catalán, con un glosario latino-catalán y con unas listas bilingües de voces ordenadas por grupos lógicos; en todas estas correspondencias se había sustituido por el catalán la lengua terminal empleada en las ediciones castellanas de la misma obra. Sólo parcialmente debió de aprovechar Busa estas glosas y listas. Ahora bien, su «modus operandi» fue el mismo que el de estos pequeños precursores: sustituyó uno por uno los equivalentes castellanos puestos por Nebrija en su *Diccionario latino* por otros catalanes, sin añadir ni quitar por su cuenta un solo vocablo latino. Más ardua debió de presentarse la labor de preparar la parte de catalán-latín, que le quedó sensiblemente más corta que el *Vocabulario español-*

latino del autor original. Si la primera parte es una adaptación de Nebrija, la segunda no pasa —como dicen Colón y Soberanas— de ser un remedo.

Los sucesores de Busa, los responsables de los Nebrijas catalanes posteriores, no dieron muestras de mayor laboriosidad: copiaron sin ninguna modificación toda la segunda parte hecha por aquél. Su originalidad se concentró en la primera parte, la que tiene el latín como lengua de partida. Ya no se basan, para ella, en la primera redacción de Nebrija, sino en la revisión por él mismo realizada en la edición de Burgos de 1512, y por otro lado se apartan con frecuencia de las soluciones de su predecesor.

Contribución léxica

Destacan con razón Colón y Soberanas la importancia del Nebrija adaptado por Busa, tanto por su lugar dentro de la lexicografía catalana y por su contribución a la historia del léxico de esa lengua como por su aportación a algunas cuestiones de la lingüística románica. Ante todo, el libro de Busa es el primer instrumento lexicográfico importante de lengua catalana por su extensión y por su carácter sistemático, muy por encima de las compilaciones medievales, del arbitrario *Liber elegantiarum* de Joan Esteve (por cierto, hace poco reimpresso también en facsímil, con introducción de Germán Colón) y de los propios vocabularios nebrisenses de las *Introducciones*.

Es verdad que no siempre acierta Busa al traducir a Nebrija. Este, por ejemplo, ha vertido el latín «pernio» ('sabañón') como «'frierá' de los pies». El adaptador, ignorante de esta voz castellana, sin mirar la latina y sin encomendarse a nadie, se fía de la pura apariencia y dobla en la forma «la 'fredor' dels peus» (es decir, 'el frío'). Colón y Soberanas muestran con otros ejemplos cómo Busa, en más de dos ocasiones, ejerce de «traductor sin complejos». Estos errores y descuidos obligan a pisar con cautela a la hora de utilizar, especialmente con fines contrastivos, los materiales de esta obra.

No obstante, bien que armados de la necesaria prudencia, los dos estudiosos no vaci-

lan en señalar cómo el Nebrija-Busa es una rica cantera que está ahí, esperando al lexicólogo y al lexicógrafo. Y no se limitan a señalarlo: lo demuestran. El examen demorado de cinco ejemplos —«enemic», 'padrastró de la uña', hasta ahora no documentado antes del siglo XVII, lo mismo que «ullal», 'colmillo' (que también está en los glosarios nebrisenses); «guatlla maresa», 'rascón, rey de codornices', y «tomaní», 'cantueso', que no se databan antes de nuestro siglo; «palla de meca», 'esquinanto, planta', que hasta hoy sólo se hallaba, sin significado preciso, en el siglo XIII— sirve para abrir al especialista los ojos ante un tesoro de voces catalanas que los repertorios históricos registran sin fecha o con fecha muy tardía y que tienen aquí su primera fe de vida, o de otras hasta ahora mal documentadas o mal conocidas que aquí confirman su existencia y su sentido.

El cotejo entre las soluciones castellana (Nebrija) y catalana (Busa), en un momento histórico tan significativo como la encrucijada de los siglos XV y XVI, despliega ante el romanista interesantes posibilidades. Colón y Soberanas exploran, a la vista de los dos repertorios, las preferencias lexicográficas de los dos romances. «Para una lengua como el catalán —dicen—, que ha conocido la famosa polémica acerca de su 'subagrupación románica', en la cual los participantes llevaban, consciente o inconscientemente, los naipes marcados, ese automatismo tan limpio que nos ofrecen Nebrija y Busa ha de ser particularmente bienvenido: deja ver que el catalán

expresa las nociones fundamentales mediante términos patrimoniales ajenos al castellano. Cada uno muestra su pertenencia a un sistema latino diverso.» Para los autores encierra un considerable avance metodológico el contraste léxico que nos sirven en bandeja los dos vocabularios, pues la coincidencia o discrepancia ayuda a determinar el verdadero carácter autóctono o no de muchas voces catalanas: «Cuando el catalán tiene una solución léxica común con las dos otras lenguas hispánicas (portugués y castellano) —afirman—, esa solución es o ha sido propia del occitano.»

El contraste se puede trasladar a otros aspectos. A esta luz, por ejemplo, es posible determinar la diversa incidencia del superestrato árabe en las dos lenguas, u observar la coincidencia o la preferencia respectiva en el trunco de la derivación: «halago»/«afalagadura», «cansancio»/«cansament», «conocimiento»/«conoxença», «delicadez»/«delicadura»...

«Si mis trabajos an de perecer, porque, como dize el poeta, el libro que á de bivar á menester un ángel bueno que lo guarde, io con tanto cuidado y vela los trabajé como si oviesen de bivar.» Así expresaba Nebrija, al frente de uno de sus diccionarios, su renacentista sed de inmortalidad. No sólo sus trabajos, sino los hijos de sus trabajos, como este Nebrija catalán de Busa, han encontrado sus ángeles buenos que «con cuidado y vela» los hacen, cinco siglos después, seguir viviendo. □

Qué es

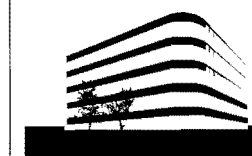
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Los dos diccionarios bilingües, de latín y de español, de Antonio de Nebrija constituyen, desde finales del siglo XV, un hito en la historia de la lexicografía; pronto se adaptaron estas obras de Nebrija a otros idiomas, como el francés, el siciliano y el catalán. De

la estela catalana de Nebrija trata el artículo de Manuel Seco, al hilo de la edición facsímil del primero y más importante de los «Nebrijas catalanes», que es una obra, en su opinión, de particular interés para la filología hispánica.

Elio Antonio de Nebrija y Gabriel Busa

Diccionario latín-catalán y catalán-latín (Barcelona, Carles Amorós, 1507)

Ed. facsímil, estudio preliminar de Germán Colón y Amadeu-J. Soberanas, Puvill Libros, Barcelona, 1987. 106 + 250 páginas. 13.000 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«Nebrija en Cataluña», por Manuel Seco, sobre el libro <i>Diccionario latín-catalán y catalán-latín</i> , de Elio Antonio de Nebrija y Gabriel Busa	1-2
«El silencio del testigo», por Carmen Martín Gaité, sobre el libro <i>Mimoun</i> , de Rafael Chirbes	3
«Azorín, entre la Dictadura y la República», por J. M. Martínez Cachero, sobre el libro <i>La hora de la pluma</i> , de Azorín	4-5
«La realidad en el espejo», por Domingo García-Sabell, sobre el libro <i>Spiegelung in Mensch und Kosmos</i> , de autores varios	6-7
«Un Oriente que somos nosotros», por Pedro Martínez Montávez, sobre el libro <i>L'Orient imaginaire</i> , de Thierry Hentsch	8-9
«Retazos de la vida de un biólogo», por Rafael Alvarado, sobre el libro <i>La statue intérieure</i> , de François Jacob	10-11
«Caos matemático, ¿una revolución científica?», por Miguel de Guzmán, sobre el libro <i>Caos. La creación de una nueva ciencia</i> , de James Gleick	12

El silencio del testigo

Por Carmen Martín Gaité

Carmen Martín Gaité (Salamanca, 1925) es doctora en Filología Románica y escritora. En 1958 obtuvo el Premio Nadal con Entre visillos y ha escrito, entre otras, las siguientes novelas: Ritmo lento, Retahílas y El cuarto de atrás. Como ensayista e investigadora ha publicado El proceso de Macanaz, Usos amorosos de la posguerra y El cuento de nunca acabar.

A medida que lo absurdo e irracional proliferan en torno nuestro y nos tambalea una creciente sensación de provisionalidad, más se nos van quitando las ganas de acudir a la literatura en busca de soluciones ni respuestas, y más agradecemos —o por lo menos yo— esa sombra ambigua y confortable de los textos que espejan nuestras propias perplejidades. Me refiero a esos relatos que no dejan clara la frontera entre lo vivido y lo soñado, entre el espacio y el tiempo, entre la verdad y la mentira, a los que Todorov, en su espléndido ensayo sobre la literatura fantástica, ha aludido como «textos de la ambigüedad».

«La fe absoluta, lo mismo que la incredulidad total —dice Todorov—, nos conducirían fuera de los dominios de lo fantástico. Es la incertidumbre lo que le da vida.»

Si: lo que da vida al texto que ha ido surgiendo y lo que atrae al reticente lector. De la misma manera que cuando estamos en conflicto con nosotros mismos o con el mundo (es decir, casi siempre), nos puede ofrecer cobijo un amigo desengañado, pero nunca otro que no admita fisura alguna en sus convicciones y nos las proponga como panacea, así también hemos ido dando en desconfiar de tanto explicoteo lógico sobre la conducta, y en trances de zozobra preferimos pedir albergue a los autores que no parecen haber cogido la pluma soñando con tener razón ni con recibir respuesta alguna. Tal vez por eso la reciben, por no exigirla.

La mejor literatura ha sido siempre fruto de la perplejidad, un desafío a la lógica, un rechazo frente a las apariencias de lo necesario. Pero dentro de este enfoque, que (especialmente a partir de Kafka, inquilino y maestro sublime de la ambigüedad) ha tentado a muchos escritores noveles, hay —como en todas las cosas— empeños puramente artificiosos, vacíos y miméticos, y otros que desde el principio no suenan a hueco, sino que reflejan una lucha profunda y genuina por parte de la persona que los emprende y dan fe de una búsqueda de orden dentro del caos, a través de la cual se pone en juego la propia identidad amenazada de asfixia. Este es el caso de *Mimoun*, la novela de Rafael Chirbes que quiero comentar brevemente.

Búsqueda paciente

Conviene decir, en primer lugar, que Rafael Chirbes no se ha convertido en escritor de la noche a la mañana, sino que lleva muchos años en esta búsqueda a la vez paciente y desesperada, ensayando el oficio, guardando en un cajón novelas que no le satisfacían del todo, podando su prosa de excresencias innecesarias y viviendo sin prisas una etapa ascética de aprendiz exigente, hasta dar por buenas las 134 páginas que hoy edita Anagrama.

Mimoun, desde sus primeras líneas, consigue ese tono sugerente y misterioso con que aciertan a iniciar su relato los buenos narradores orales y cuya llamada envolvente despierta nuestra atención aletargada, ésos —que no son tantos— a los que pedimos enseguida, si hacen una pausa: «Sigue contando, por favor».

Como nunca me ha gustado emitir una opinión como se emite un decreto-ley, antes de ponerme a comentar esta novela me parece oportuno reproducir sus doce líneas inicia-



STELLA WITTENBERG

les, que fueron el anzuelo por medio del cual me enganchó a mí, con la esperanza de que en otros aficionados a la literatura provoquen un eco parecido:

«Cuando tomé la precipitada decisión de vivir en Marruecos, no imaginaba que, en un país que había recorrido en varias ocasiones y que siempre me había parecido desértico, pudiese llover tanto. Sin embargo, aquel invierno que pasé en Mimoun llovió durante semanas enteras. El viento se ensañaba con las ramas de los árboles, y las ramas de los árboles, al moverse, torturaban mi imaginación. Consegui, con su triste sonido, trastornar mis sentimientos y arrastrarme a estados de ánimo más propios de un adolescente que del hombre que, ya por entonces, era.»

Este narrador en primera persona, del que sólo sabremos que se llama Manuel, que antes de venir a Marruecos vivía en Madrid y que los cambios de clima repercuten notablemente en la ciclotimia de sus humores, navega por la novela presa de sus indecisiones, como en busca de claves o a la espera de algún acontecimiento exterior que justifique su permanencia en ese país extraño e irreal, un bosque de árboles aislados unos de otros y que le parecen guardar entre sí secretas y ocultas comunicaciones.

«Vagabundeaba por las calles tortuosas —dice en un momento determinado— como si, a fuerza de andar, fuera a conseguir hacerme con las claves que me abriesen aquel mundo que imaginaba mágico.»

Pero estas claves no las encuentra en el paisaje, en la ciudad polvorienta y carente de estímulos, en la entrega al alcohol que va disolviendo progresivamente su voluntad, ni en los personajes igualmente borrosos e invertidos con los que se va encontrando y con los que mantiene contactos furtivos, esporádicos e insatisfactorios. En *Mimoun* no solamente es extranjero el narrador ni siquiera los europeos que le rodean y en cuyas mentes lucha el país que inventaron con aquel en que

viven, sino también los propios marroquíes, que se temen unos a otros, que se ocultan unos de otros, poseedores de un código indescifrable cambiante como las señales de humo. Todos están perdidos y golpean suplicantes en el espejo del prójimo, requiriendo una imagen que les devuelva la propia identidad. Pero parecen estar cegados los conductos de información, más o menos inexacta, que suministra la fusión con los demás, y cada uno existe como imposibilidad de llegar a ser otro y confundiendo su punto de vista, su aliento y su cuerpo con el ajeno.

Historias fragmentarias

Mimoun es una novela de acidia, de empanamiento, como lo fueron en 1903, salvando las diferencias de época, *La voluntad*, de Azorín, o *Camino de perfección*, de Baroja, donde el deterioro y la disgregación de los personajes radica en su incapacidad de abrir ventanas que dejen entrar el aire en recintos cerrados y estáticos. En su parálisis cuando llega el momento de decidir algo que quiebre el curso de la inercia.

Y para enlazar, dentro de la tradición literaria española, con obras más recientes, es-

tá también en la línea seguida por Carmen Laforet en *Nada* o por Ignacio Aldecoa en *Parte de una historia*. Al igual que estos autores, Rafael Chirbes ha delegado en Manuel para que observe y cuente lo que sucede a su alrededor; no lo ha ideado como protagonista de novela a quien van a sucederle cosas, sino que lo ha imbuido de las dotes del testigo. Durante el tiempo que transcurre desde su llegada a Mimoun hasta que consigue abandonar esa ciudad que lo embruja y vampiriza, Manuel se siente más o menos implicado en historias fragmentarias y en conflictos ajenos que casi nunca sabe interpretar, de los que se defiende mejor o peor, de los que saca más o menos consecuencias, entre los que se disgrega y extravía. Pero a él no le ha pasado nada importante. Nada de nada.

Solamente al final, al ser capaz de romper el hechizo que lo retenía allí contra su voluntad, ha ocurrido algo que le concierne: se ha desatracado la ventana por donde el aire de la palabra —¡al fin!— se abre camino para ventilar el ambiente enrarecido del caos. Salen serpenteando los fantasmas que medraban con el moho de la estancia cerrada. Y Manuel ha conquistado la soledad y ha recuperado la voz. El resultado es esta hermosa e inquietante novela. □

RESUMEN

Una novelista, Carmen Martín Gaité, enjuicia la primera obra de un joven escritor, Rafael Chirbes. Para ella, *Mimoun*, la novela objeto del comentario, consigue desde el primer momento ese tono sugerente y misterioso propio de los buenos narrado-

res orales; el protagonista del relato, más que serlo, actúa como testigo de unas historias fragmentarias y de unos conflictos que golpean en el espejo del prójimo, requiriendo una imagen que les devuelva la propia identidad.

Rafael Chirbes

Mimoun

Anagrama, Barcelona, 1988. 134 páginas. 900 pesetas.

Azorín, entre la Dictadura y la República

Por J. M. Martínez Cachero

José María Martínez Cachero (Oviedo, 1924) es catedrático de Literatura Española Moderna y Contemporánea de la Universidad de Oviedo y profesor visitante en las universidades norteamericanas de Nashville y Albuquerque. Especialista en Leopoldo Alas, «Clarín», y en novela española contemporánea, es autor de La novela española entre 1936 y 1980.

Si este espacio histórico lo expresáramos en años tendríamos 1923 y 1936 como jalones inicial y final del mismo, y lo que se ofrece en la antología preparada por Víctor Ouimette son cincuenta y cuatro artículos escritos entonces por Azorín, mínima parte de un copioso (más de ochocientos) y variado (no sólo de tema político español inmediato) conjunto (1). Simultánea o sucesivamente colaboraba Azorín en diarios tan conocidos, cualquiera fuese su antigüedad, como *La Prensa* (de Buenos Aires) o los madrileños *ABC*, *El Sol*, *Luz*, *Crisol*, *La Libertad* y *Ahora*, donde están los trabajos exhumados, que pueden repartirse en tres bloques, a saber: la Dictadura de Primo de Rivera (quince artículos), la llamada «Dictablanda» del general Berenguer (cinco), la República (treinta y cuatro artículos) (2). El texto de los mismos acaso debiera haberse acompañado de notas a pie de página que aclarasen determinadas alusiones histórico-políticas no reconocibles fácilmente por el común de los lectores, si bien Ouimette comenta en el prólogo alguna de ellas.

Son doce años de la vida política nacional, cargados de sucesos y ciertamente difíciles: quiebra el sistema canovista, agotadas ya sus posibilidades de antaño, y con él, una institución multiseular en nuestra historia —la Monarquía—, y se da paso a un nuevo régimen; se trata de un proceso histórico de larga y compleja gestación cuyo ritmo se acelera considerablemente, pese a obstáculos y apariencias contrarias, en estos años veinte y treinta. Azorín, escritor con un prestigio ya hecho y con su muy peculiar estilo literario asentado, asiste expectante a la marcha de los acontecimientos y como «un simple ciudadano», «desde su soledad, desde su retiro» —vive en Zorrilla, 21, la casa donde moriría en 1967—, los comenta y advierte a sus lectores. Diríase que vuelve a interesarse directamente por la política cotidiana y menuda, que procura entender y hacer entendible cotejando sus circunstancias con lo que enseñan tanto la Historia como la teoría política; no interviene (3), tal como hiciera tiempo atrás sirviendo a los conservadores, pero sí parece haber recuperado el ánimo patriótico noventayochista, manifiesto ahora con la atenuación expresiva que impone el paso de los años, según le confesó en su día a Blasco Ibáñez: «Cuando el escritor ha avanzado en la vida, cuando se conocen un poco los resortes de la técnica literaria, se ve que todo lo que se decía antaño se puede decir ahora sustancialmente, pero cambiando la forma».

Madurez y actividad

En 1923, cuando el pronunciamiento de Primo de Rivera, Azorín cumplía los cincuenta años, y tenía sesenta y tres al término del período aquí acotado; estaba, lo mismo que sus colegas de generación, entrado en la madurez y muy activo, vigente la literatura de todos ellos, pues en nada la había perjudicado su coexistencia con otra más joven —la de los novecientos—, mientras empezaban a dar señales de vida los del 27, para cuyo trabajo siempre tuvo el crítico impresionista Azorín palabras de apoyo.

En mayo de 1924 recibía Azorín no sé si un espaldarazo definitivo (sí, cuando menos, el espaldarazo oficial) al ser elegido numerario de la Real Academia Española de la Lengua, aceptada por unanimidad la propuesta



Azorín en su despacho.

que firmaron Palacio Valdés, Leopoldo Cano y Rodríguez Marín; el 26 de octubre leía el reglamentario discurso de ingreso, *Una hora de España (entre 1560-1590)*, bellísimo y original, cuyos capítulos son estampas quietas, cuadros estáticos con escasa anécdota, con leve bulto de protagonistas; envuelto el conjunto en una luz velada, como indirecta, suave y otoñal, melancólica y de crepúsculo. Alcanzar el reconocimiento académico no equivalió para nuestro autor a la inmovilidad artística. El mismo año de su elección e ingreso en la Academia se publicó en París el primer manifiesto del surrealismo, movimiento llamado a producir honda conmoción entre artistas y escritores; parece que habían de ser los jóvenes quienes se mostrasen más propicios a la aceptación y consiguiente práctica de la innovadora tendencia, pero he aquí que entre nosotros va a producirse el espectáculo de un reciente académico que hace a su manera, heterodoxamente sin duda, surrealismo o superrealismo. De 1926 a 1930 estrena Azorín piezas teatrales y publica novelas y relatos que dieron motivo para que el hispanista francés Georges Pillement le considerara uno de los escritores más jóvenes de España. *Lope en silueta* (1935), un breve ensayo crítico con el que Azorín contribuye al tricentenario lopista, y el estreno (enero de 1936) de *La guerrilla*, su obra dramática más canónica —que es, además, una invitación a la tolerancia y a la convivencia, por entonces gravemente afectadas entre los españoles—, fueron las últimas obras azorinianas de este período, que termina en la guerra civil y el exilio.

No fue ni mucho menos favorable a la Dictadura la actitud de Azorín, sobre todo a partir de la prisión y destierro de Unamuno, suceso que echó por tierra el relativo entusiasmo con que había sido recibida la nueva situación; cierto que, pensaba Azorín (y no era el único español en creerlo así), el régimen de partidos turnantes implantado con la Restauración había agotado, con el paso del tiempo y las corruptelas de algunos políticos, sus posibilidades y que se consideraba necesario un cambio. Cuando éste se produce «manu militari» alternarán en el ánimo de bastantes españoles —nuestro escritor, entre ellos— la esperanza ante la nueva posibilidad y el rechazo de lo inmediatamente anterior, reputado insostenible e indeseable —«¡aquello no podía seguir!» y por eso «el golpe se produjo con general (...) contentamiento»; pero si tal repulsa se mantuvo tiempo y tiempo, aquella

—la esperanza engendradora— se marchitó enseguida. A que así fuera contribuiría importantemente el caso Unamuno, pero hubo más motivos que producirían el rechazo de la Dictadura; siguiendo las páginas de la antología toparemos con hechos como la Asamblea Nacional y la Constitución por ella preparada, dos ficciones de parlamentarismo, pues en la primera («consejo áulico») la llama sólo están las personas elegidas por el Gobierno y la segunda viene a ser una carta otorgada por el poder reinante a unos ciudadanos cuya opinión no fue consultada. Admite Azorín la buena voluntad del dictador y de sus colaboradores más allegados, y así encontramos muestra explícita y abundante cuando, verbi gratia, opina (marzo 1924) que los militares han procedido «noble, generosa y patrióticamente» o cuando (agosto del mismo año) reconoce que los miembros del Directorio son hombres «patriotas, dignos y rectos»; pero los propósitos y los hechos fueron pocas veces por el mismo buen camino, y al recapitular en febrero de 1931 (caído ya Primo de Rivera), Azorín, decepcionado en cuanto español no partidista, lamentaría la ocasión malograda, puesto que «se despilfarró el dinero de la nación; se crearon la confusión y el desorden en la administración pública, y al final de la larga jornada España se encuentra peor que estaba antes». Si alguien le contradijera apoyándose en un supuesto mejoramiento material —las obras públicas, tan atendidas de ordinario por los regímenes dictatoriales—, Azorín contestaría invocando una muy querida tesis, que llamaré espiritualista, según la cual la libertad, la dignidad, la iniciativa personal no coartada, son valores supremos que, como consecuencia obligada, traen a la nación —«automáticamente (...), sin necesidad del Estado»— las mejoras materiales necesarias. Demasiado optimismo, sin duda, cuando, además, uno de los medios para mantener la situación de libertad es, en el ámbito político, el sufragio universal, y su práctica —la emisión del voto— estaba harto viciada entre nosotros, circunstancia que Azorín denunciaba paladinamente al escribir (en 1925) que «cuando se pide que se conserve el sufragio actual, lo que se desea —salvo alguna noble excepción— es que pueda hacerse posible el retorno de un régimen que parece abatido. Y antes que eso, todo». ¿Ambiguo, contradictorio Azorín?

La colaboración XI de las exhumadas ofrece la contestación azoriniana a una en-

cuesta realizada por el diario *ABC* en 1928 donde se preguntaba: «¿Cómo debería organizarse el futuro régimen?»; no importa mayormente el contenido específico de la respuesta y sí me interesa señalar que en el segundo párrafo de ella comparece abreviadamente el animado universo de trabajadores y oficios, gentes humildes y menesteres artesanos, que no tardando serían protagonistas y asunto de *Pueblo*, subtitulada «novela de los que trabajan y sufren», que vio la luz en 1930.

Días difíciles

Los artículos que van del número XV al XIX inclusive corresponden a los meses que duró la llamada Dictablanda, presidida por Dámaso Berenguer, y al tiempo electoral pre-republicano; ajetreos días que parecen prometer cambio inminente, días de improvisada y extendida conciencia republicana en bastantes ciudadanos —el mismo Azorín se declara «republicano autonomista»—. Retorna la esperanza perdida y entre los factores que ayudan a su vuelta cuenta un partido, el socialista («cada vez más disciplinado (...); cada vez más ordenado en sus movimientos»), y un político, Niceto Alcalá Zamora, convertido al republicanismo y figura destacable «por su sinceridad, por su nobleza, por su inteligencia, por su espíritu de sacrificio»; uno y otro, partido y político, desempeñarían, efectivamente, cometidos importantes en el nuevo régimen.

El artículo XXI abre el período republicano, y en él, lo mismo que en los siguientes, se echa de ver la alegría y, también, la preocupación de la recién nacida República producida al escritor, quien reitera su filiación de autonomista y se declara igualmente, pasado el tiempo, socialista (por simpatía) y liberal, sucesividad o simultaneidad que no debe confundir, pues se trata de movimientos anímicos del interesado sin duda sinceros pero ocasionales. Palabras y expresiones que utiliza, referidas al comportamiento de la muchedumbre («noblemente apasionada») en los primeros días del cambio, a la presencia de «un pueblo libre y noble», a la exaltación de la Libertad (con mayúscula inicial); o situaciones como la que es núcleo del artículo XXI, son prueba de una adhesión fervorosa. Dicho artículo, *Adiós a los amigos* (16 abril 1931), no solamente es muestra de lo apuntado, sino también hermosa pieza literaria en la que se dan cita y superponen dos lugares —la cárcel y el despacho oficial— y dos tiempos —antes y después del 14 de abril— ocupados por unas mismas personas —los políticos triunfantes—, aludidas y nunca nombradas, amigos del periodista.

Preocupación de Azorín por el nuevo régimen, acabo de escribir, pues lo mira como una joven criatura de gran fragilidad que necesita diestra conducción para que no se malogre; es mucho lo que parece irle a Azorín en el envite y no sólo por su republicanismo, sino todavía más porque el nuevo régimen es la consecuencia feliz de un largo y denodado trabajo en el que estuvieron implicados grupos de personas —la generación del 98, por ejemplo— e instituciones —la Libre de Enseñanza, de F. Giner de los Ríos— de signo más intelectual que político; «hemos sido nosotros (los intelectuales), unos humildes y otros ilustres, los que a lo largo de treinta años hemos hecho poco a poco, con trabajo, con perseverancia, que el cambio de la sensibilidad nacional se efectuara», y ¿cómo permitir que se malogren ese trabajo y su resultado? No son pocos los peligros que amenazan a la República, que vendrán de las fuerzas políticas actuantes —de su enfrentamiento sectario— o de la inexperiencia e ingenuidad de algunos gobernantes y, también, de la natural impaciencia de las masas expoliadas, que puede estallar violentamente; el nuevo régimen tiene así

Viene de la página anterior



MIGUEL ANGEL PACHECO

mismo como enemigos a quienes se niegan a aceptar el cambio producido. Hay, por ello, artículos en los que Azorín avisa o previene, el XXII, verbi gratia, *Los tres peligros*, que son: el comunismo (si no se constituye en necesaria fuerza de oposición), el militarismo (amenaza de un pronunciamiento que sólo podría conjurarse, piensa Azorín, haciendo de España una federación) y, más inmediatamente, la imprevisible reacción del cuerpo electoral en las elecciones parlamentarias anunciadas (abril 1931). Cabe suponer —o desear— que el buen sentido de los ciudadanos y, también, la confianza a que son acreedores algunos partidos y determinados políticos —entre ellos Alejandro Lerroux, su amigo de antaño, periodistas ambos en el Madrid finisecular, jefe ahora del partido radical, ministro, llamado «¿a esperar la Presidencia de la República?»— actuarán como garantes de la nueva situación. Destaca igualmente el nombre de Manuel Azaña, verdadera revelación política de quien había sido hasta entonces persona sin notoriedad y escritor de valía, «metido en su despachito de funcionario»; le admira y quiere Azorín porque, entre otros motivos, representa a la hora de ahora la existencia en España de un talante europeo distinguido por la solidaridad; cuando, por mor de los acontecimientos, Azorín casi había consumado un despegue respecto de la República vigente, aún mantenía aprecio por el político Azaña y escribiría (con ocasión del mitin azañista celebrado en Mestalla, mayo 1935) que «hacia Mestalla iban la alegría, el amor y la fe».

Tras la euforia inicial vino la entrada en la realidad española, no solamente política; hubo, claro está, sus más y sus menos, altibajos quizá inevitables en la acción del Gobierno y del Parlamento, incluso hechos violentos; pero con todo, Azorín, puesto a hacer balance de lo actuado, opina (agosto 1932) que éste resulta favorable y que la República se ha conducido generalmente de manera «moderada» y «prudente», lo cual no significa que todo esté ganando ya y no sea necesaria una serie de «aseguramientos» (título del artículo XXXVII) para que la situación se despeje más y se consolide.

Encontramos como de pasada, y por ello son breves, referencias a algunos incidentes ocurridos a lo largo de estos años republicanos: los incendios de iglesias (mayo 1931), la «sanjurjada» (agosto 1932), la revolución de octubre de 1934 o la persistente rebeldía del campo andaluz; cabe pensar que llamarían la atención del periodista, pero carecemos en la selección de Ouimette de las oportunas noti-

cias. A los desmanes de mayo del 31 (en Madrid y en otras localidades) concedió gran importancia Azorín, y habla así de falta de previsión en el Gobierno, lamenta la irreparable pérdida de los materiales reunidos por el historiador Zacarías García Villada, jesuita, y concluye que «gravitarán durante muchos años sobre la política española»; el fracasado golpe del general Sanjurjo le parece a nuestro escritor un grave paso atrás en la tarea de integración de los españoles, dado que el 10 de agosto de 1932 «demostró cumplida y dolorosamente que por parte de las clases conservadoras de España no habrá jamás conciliación»; la rebeldía andaluza, si peligrosa y negativa, encuentra explicación en el hecho de que durante mucho tiempo esos campesinos hoy inquietos fueron víctimas propiciatorias de la «dureza» y la «crueldad» del señorito andaluz.

Llevado por lo que párrafos atrás llamé tesis espiritualista, Azorín estima que la República es primordialmente un cambio en la sensibilidad española que haga posible, junto a la extinción de viejas y arraigadas corruptelas, la instauración de otras y nuevas costumbres mentales; el antecedente que el nuevo régimen reconoce en la obra de relevantes intelectuales españoles del XIX y del XX, lo exige casi como una obligación. Por eso le disgusta y preocupa la persistencia en la República, y a cargo de gentes republicanas con algún valimiento, de la frivolidad —«la franquichela de los cargos», «los discursos, las declaraciones, la sempiterna verborrea, las fotografías, los viajes»—, o la falta de elegancia y pulcritud de una Cámara donde «hay quienes quieren hacer fieramente el jabalí».

En adelante, y hasta el término de la presente edición, aparecen en las piezas exhumadas extremos muy diversos: si la predilección por Azaña parece no haber sufrido mengua, a su lado queda la calificación (noviembre 1933) de «los hombres *funestos* (subrayo) del bienio (que) han estado majando, triturando, desmenuzando a la clase media española», o la invectiva, chocante por su tono aunque lo atenúe la cita lopesca: «En la historia gloriosa de España, esos dos años son un ingente montón de lo que Lope de Vega llamaba *la olorosa/transformación amarilla*». No se crea que, luego de ambas descalificaciones, se instala Azorín en los antípodas ideológicas del republicanismo, pues tiene buen cuidado en distinguir entre República y bienio, resolviendo así un dilema que se le planteaba: «No identifiquemos, queridos conciudadanos, bienio y República. Son dos cosas distintas (...).

Si ha de pervivir la ilusión que supuso la República, cualesquiera sean las personas que gobiernen, es necesario que, por encima de las discrepancias, se imponga un espíritu general de cordialidad»; no otra cosa es lo que les pide a las derechas triunfantes en noviembre de 1933.

Tono y estilo

Técnicamente hablando, estas colaboraciones periodísticas azorinianas pertenecen a una época de madurez, cuando el autor es dueño de los recursos expresivos y maneja con dominio su peculiar manera estilística, con riesgo incluso de entrar ya en el manierismo. Las dificultades del compromiso azoriniano, aunque ni radical ni partidista, existen, y para hacerles frente convendrá echar mano de procedimientos como la ironía, la interrogación o las referencias librescas; análoga finalidad cumplen algunas de las especies literarias utilizadas: evocaciones históricas, diálogos humorísticos, entrevistas de supuestos informadores extranjeros, los llamados «cuentos tártaros», cuya presencia no constituye, por otra parte, novedad para el habituado lector de Azorín, como tampoco lo es la abundancia de los trípticos, con una gama de cierta variedad, desde la simple mención de sustantivos y adjetivos —«(...) tenía "plena", "absoluta", "completa" certidumbre (...)»— hasta casos de alguna menor sencillez —«"gobernar es ver" por anticipado; "gobernar es tener" lo que los demás no ven; "gobernar es tener" la visión y la previsión»—; rasgo de estilo que tiene como base la repetición y, aparte su sabor retórico y el consabido propósito de «llamar y retener la atención del lector» (que dijo Julio Casares), produce una cierta demora o lentificación en la marcha del discurso.

RESUMEN

El período histórico que va desde 1923 a 1936 está cuajado de sucesos y hechos históricos, y es un período que coincide, además, con la época de madurez estilística y periodística de Azorín. En aquellos años escribió en prensa varios centenares de artículos; de en-

tre ellos, Víctor Ouimette ha escogido cincuenta y cuatro, con los que ha hecho una antología, que el profesor Martínez Cachero comenta en estas páginas, y que aclaran la imagen política y literaria de Azorín en un tiempo histórico tan crucial como aquél.

- (1) De ese conjunto conocemos piezas de otro tema reunidas en libros como *Los Quinteros y otras páginas* (1925), *Escritores* (1956) —un total de catorce artículos, que corresponden a esa especie literaria ambigua que denominé «cuentos-crítica»— y *Crítica de años cercanos* (1967) —cuyos protagonistas son libros y autores de la llamada generación de 1927.
- (2) Precizando más, indicaré que *Vida española. Una entrevista*, primera de las colaboraciones exhumadas, salió el día 27-1-1924, y *Filosofía de Mestalla. Los zófitos*, el 19-6-1935.
- (3) Constituye excepción su fracasada candidatura a diputado de las Cortes constituyentes republicanas, episodio contado minuciosamente por José Payá Bernabé en el artículo «¿Por qué Azorín no fue diputado republicano-socialista?» (*Orbe*, Yecla, 1985, número homenaje a Azorín).

Azorín

La hora de la pluma. Periodismo de la Dictadura y de la República

Ed. de Víctor Ouimette, Pre-Textos, Valencia, 1987. 346 páginas. 2.120 pesetas.

La realidad en el espejo

Por Domingo García-Sabell

Domingo García-Sabell (*Santiago de Compostela, 1908*) es doctor en Medicina, académico de número y presidente de la Real Academia Gallega, y delegado del Gobierno en Galicia. Es autor, entre otras obras, de *Notas para una antropología del hombre gallego*, *Tres síntomas de Europa* y *Testimonio personal*.

En Suiza, en Ascona, y en un jardín a orillas del lago Maggiore, se alza un auditorio no muy amplio —alrededor de 200 personas— en el que todos los años, en el mes de agosto, se reúnen grandes entendidos de todo el mundo para explicarnos lo que constituye el módulo vivo de la Fundación, a saber, cómo alcanzar una vida plena de sentido, abierta y totalizadora, a base de comprensión y de síntesis entre la sabiduría de Oriente y la ciencia de Occidente. En un principio organizó las sesiones y dio a la imprenta las conferencias Olga Fröbe-Kapteyn. Todo ello comenzó en 1933 y hoy continúa con la misma pujanza que hace cincuenta y cinco años. Desaparecida la iniciadora, corre todo a cargo de Rudolf Ritsema. Así pues, y con puntualidad anual, fue constituyéndose un «Corpus» de saberes y de suscitaciones intelectuales muy de primer orden.

La ingente obra —ya 55 volúmenes— es en estos momentos conjunto de obligada consulta para todo aquel que desee informarse con rigor y hondura, es decir, con exigencia intelectual, de la marcha cultural en su vertiente de posible ensamblaje entre diversas formas de entender el mundo, ya tradicionales, ya absolutamente actuales, audaces y sorprendentes. Pero el propósito germinal fue ampliándose, y lo que en un comienzo consistió en una especie de «mediación entre Oriente y Occidente», alcanzó, en años posteriores, un abanico de problemas de máxima amplitud.

Eso sí, sin perder de vista las aportaciones más diversas dentro de los más diversos estratos históricos. Así, desde el título del primer tomo, *Yoga y meditación en Oriente y en Occidente*, o el del sexto, *Forma y culto de la Gran Madre*, o el del noveno, *El principio hermético en la Mitología, la Gnosis y la Alquimia*, se salta a otro —el decimotercero— sobre *El Espíritu*, o el trigésimotercero, *El drama humano en el mundo de las ideas*, o también el de 1978, *El tiempo y sus fronteras*.

Quiero subrayar con esto que el horizonte mental de «los Eranos» —como se les conoce en los medios especializados— al ampliarse, sin dejar de ser fieles a la línea maestra que los concibió, también en cierto modo dilatan el campo de líneas de fuerza, el área conceptual en la que se inscriben. Se trata de alcanzar la comprensión del mundo a partir de la experiencia directa de la propia criatura humana. Hasta el momento presente, la lista de los conferenciantes —más de 150— es impresionante.

Pero mi intención en estos momentos no es hacer una reseña de esta vasta obra de muy difícil síntesis en un breve ensayo. Lo que deseo es llamar la atención sobre el último volumen de la serie. Es el Eranos 1986, que no se editó hasta bien avanzado el 87. Su título, *Spiegelung in Mensch und Kosmos, Human and cosmic mirroring, L'homme et le cosmos en miroir*. (Hay un nuevo volumen, el 56, sobre *El cruce de los caminos*, todavía no publicado y que corresponde a las sesiones de 1987. Espero que aparezca en los primeros meses de este año.)

La lectura de este libro es apasionante. Mas comencemos por dar el contenido. Stamm se ocupa del origen casi biológico de la conciencia. Jean Brun, de los reflejos y la reflexión, es decir, del necesario paso del parecer al ser, con lo que la reflexión «sería la desmitificación del reflejo engañoso». Pietschmann analiza hasta qué punto las le-

yes físicas son «seguras» y cómo la vieja distinción entre «comprender» y «explicar» sigue en pie. Jean Servier apoya la necesidad de cultivar posesivamente una vida espiritual «en oposición a nuestra racionalidad». A. Hilary Armstrong bucea en el mar sin fondo de las *Eneadas* plotinianas, en las que una y otra vez se postula la consideración de este mundo como un reflejo, o una sombra, de lo divino y eterno, motivo por el que el razonamiento discursivo no constituye, ni mucho menos, toda la realidad. Por su parte, Wolfgang Giegerich, partiendo de una frase de Jung según la cual el hombre es «el segundo creador del mundo», describe con gran finura y claridad conceptual las diversas acepciones de la palabra «conciencia» y, con ellas, los aspectos de una única «realidad psíquica». El investigador Hayao Kawai nos alecciona, con buenas pruebas literarias, sobre la estructura de los sueños del hombre del Japón medieval, en los que la realidad presentida y la realidad objetiva, la vida y la muerte, el yo y el otro, se interpenetran y funden de manera indiscernible, por lo que puede llegarse a formular esta inquietante pregunta: «¿Qué es la realidad real?» Gilbert Durand, con un considerable acopio de conocimientos en torno a la plástica, llega a la conclusión de que las imágenes artísticas son algo más que meros epifenómenos de los hechos positivos. T. Schabert nos aclara el devenir de las ciudades desde la perspectiva de su esencia como reflejos del mundo. Es la «ges omphalos» de los griegos, «el ombligo del mundo». Pero ¿cómo debe entenderse este centro sumo en la actualidad? Este es el problema que su ensayo trata de resolver. David L. Miller trata del mundo visto como a través de un espejo que por la vía de la imaginación —«by means of imagination»— nos obliga a considerar al mundo como un enigma. Un doloroso enigma. Finalmente, Erik Hornung atiende al problema de la escritura jeroglífica partiendo del autor egipcio Horapollon. Se trata del mundo reflejado en el espejo de los signos, cuya expresión quizá más llamativa consiste en la creencia de que el nombre de la persona persiste, con ella misma, más allá de la muerte. El nombre, pues, pertenece a la esencia de la realidad, de la del individuo y de la de las cosas.

Hasta aquí, el amplio paisaje del último «Eranos». He dicho, y deseo repetirlo, que la demorada lectura de estos volúmenes suscita, inevitablemente, atisbos, sugerencias, ocurrencias incontables. Esta es la operatividad del libro, de todo libro que sirva a la autenticidad intelectual, es decir, al deseo de ver claro, al deseo de afirmarse sobre las cuestiones fundamentales que una y otra vez nos alcanzan y nos obligan a movernos —nos espollean— si de verdad somos gentes de genuina exigencia mental. *El hombre y el Cosmos en espejo*, es decir, en reflejo, en vibración inaprensible, en imagen huidiza, en engañosa profundidad inexpugnable. Porque, en último término, éste es el problema: ¿conocemos la realidad? ¿Alcanzamos su entraña verdadera? ¿O es que, acaso, esa entraña no existe, esto es, todo es pura apariencia? ¿O, como dicen los físicos actuales, está «velada»?

Quisiera yo ahora taracear algunas ideas propias en torno a un libro tan alcanceador. El lector ingenuo, quiero decir, el lector abierto a cualquier reflexión propuesta con honestidad mental, queda al finalizar la lectura del volumen con una sensación ambigua. Por una parte, no le ofrece duda de que lo real, lo que ahí está a nuestro lado, o en nuestra intimidad, es algo bien delimitado, perfectamente estructurado, llámese cuerpo físico, llámese espíritu, conciencia, realidad psíquica, esfuerzo creador, razón, intuición, esquema matemático —en el trabajo de Pietschmann no faltan los desarrollos de fórmulas bastante enrevesadas—, desahogo lírico, formalización plástica o lo que sea. Pero, por otra, un desasosiego le invade, a saber, que todas esas certezas, que todas esas seguridades no son, al fin y al cabo, más que movedizos juegos de

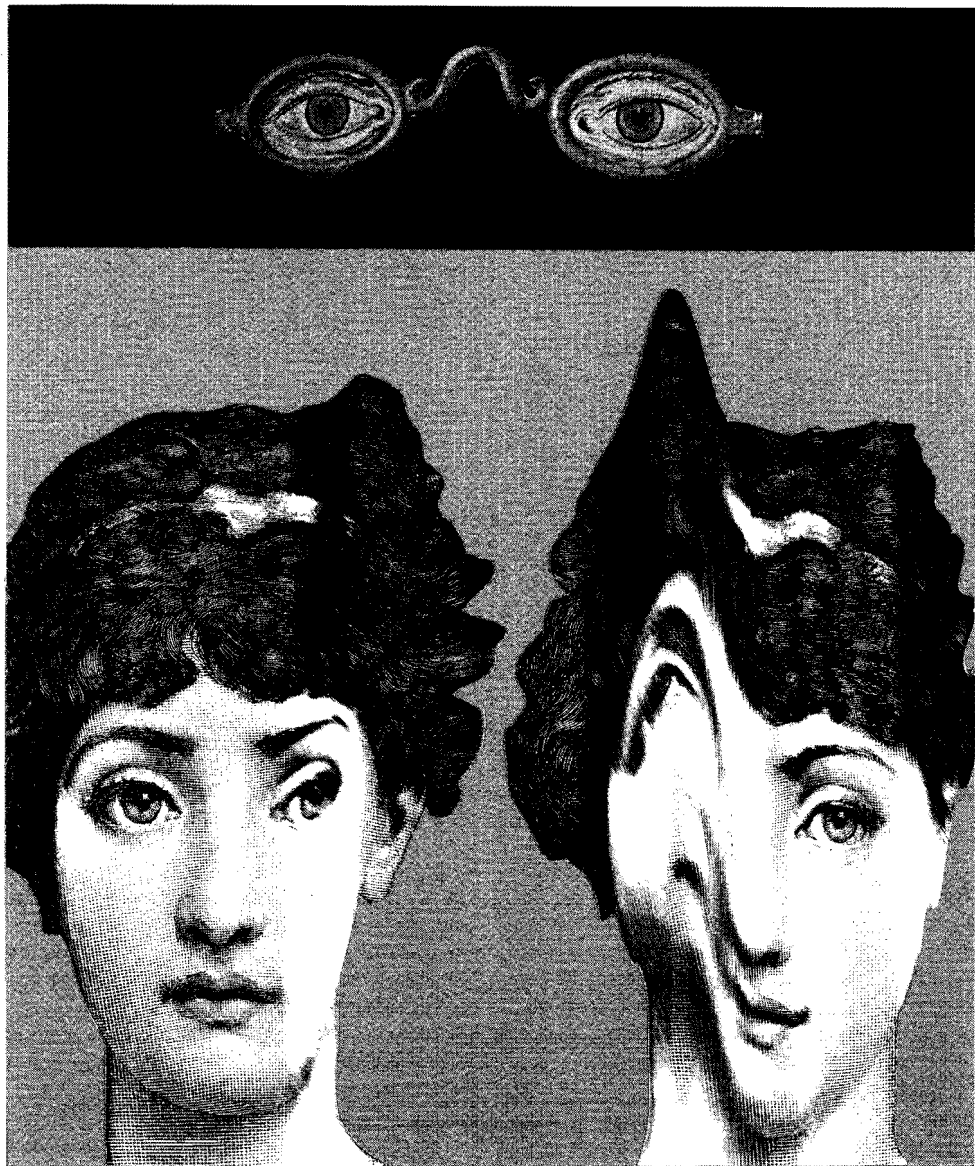
luzes, reflejos sobre el agua, sutiles e inaprensibles vibraciones. En una palabra, disfraces de la realidad. Y que, por tanto, todos los saberes positivos desembocan, inevitablemente, en un magma de incertidumbres desalentadoras. A un extremo, el conocimiento. Al otro, la duda que nace precisamente de ese mismo conocer.

Claro está que esta ambigüedad se resuelve, quizá fuera mejor decir que se entiende, si admitimos como un postulado inatacable la afirmación de que la realidad —las personas y el mundo que habitan— son «fenómenos vislumbrados», esto es, fenómenos captados a través de la superficie reflectante de la mente y de la sensibilidad. Es la realidad subjetivizada, vuelta sujeto, convertida en sujeto. No en balde Servier cita estas palabras de Husserl en las *Meditaciones cartesianas*: «Este mundo objetivo con todos sus objetos, extrae de mí mismo todo el sentido y todo el valor existencial que tiene para mí.» El espejo, pues, no está fuera de mí mismo. El espejo soy yo, y mi vida tendrá valor en la medida en la que la plana y brillante superficie sea capaz de darme, de devolverme, imágenes nítidas, amplias y coherentes. Tenemos, de una parte, la objetividad del perimundo. Parece cosa que va de suyo el admitir su existencia. El mundo de la vida cotidiana, el mundo al que se refieren «todas las ciencias» —según palabras del propio Husserl que a mí me gusta sobremanera citar una y otra vez—. Mas antes de todo esto acontece que el ser del mundo es evidente, tan evidente —afirma el filósofo— que nadie pensará en formularlo explícitamente en un aserto («in einen Satz»). (Véanse las *Cartesianische Meditationen* en la Husserliana, Band I, pág. 57.)

Mundo circundante

No podemos, pues, definir el mundo, definir nuestro mundo, justo porque su inmediatez a nosotros adherida, su realidad palpable y necesaria, lo impiden. Bien. Incluso si pensamos en la específica, humana realidad como superior a la del animal, al «mundo circundante» que en su tiempo Jakob Johann von Uexküll postuló, y al que puede oponerse, como lo hace Stamm, el «mundo real» de la criatura, aun así, llega un momento en el que resulta imprescindible convertirlo en proyecto y, por tanto, en su inevitable correlato, el cosmos. Pero el cosmos —el propio Stamm lo reconoce— es más que «perimundo» y más que «mundo verdadero». Es «un proyecto de la totalidad del Ser en el espíritu del hombre». Sin duda. Y sin duda, cualesquiera que sean las premisas que se admitan y cualesquiera que sean los supuestos sobre los que tal pensamiento se apoye, he aquí que, de pronto, se nos aparece el espejo. He aquí que, de pronto, entra en funciones la imagen, el trasfondo de ese mundo que ninguna sentencia es capaz de expresar. Desde este instante ya no somos nosotros mismos en nuestra extraña objetividad. Somos, por el contrario, una exquisita, tenue subjetividad sin sustancia. Somos la titilación reverberante del espejo. Somos, en definitiva, la «especulación» de nosotros mismos.

Mas llegados a este punto quizá sea pensable que aún podemos disponer de un asidero real, de un soporte objetivo frente a las nebulosidades del yo pensante. Quizá nos quepa echar mano de la ciencia de la Naturaleza y de la leyes que la rigen. Se trataría, por ende, de mirar hacia fuera y de poner en armonía la contemplación, la «theoria», con la mirada hacia dentro, con la introspección analítica. Este equilibrio es lo deseable para huir, según señala Pietschmann, tanto de las «correlaciones causales» —la ojeada hacia fuera— como de las «fantasías personales y las representaciones de deseos» —la ojeada hacia dentro—. La totalidad de estos facto-



ALFONSO RUANO

Viene de la página anterior



res nos devuelve a la presencia del cosmos. Pero entre el hombre y el cosmos existe una indiscifrable polaridad. Reconocerlo así es reconocer que los datos físicos constituyen como puntos de sutura, o más bien como fisuras por las que se nos cuele la totalidad del sentido espiritual de la realidad. Por eso Pietschmann puede decir esto tan emocionante y tan sugerente: «¡Las leyes físicas son revelación secularizada!» —«säkularisierte Offenbarung!»—. La polaridad del hombre y el cosmos nos sitúa allende la idea clásica del Universo, del «kosmos» helénico como un perfecto orden de la Naturaleza en su totalidad. Totalidad en la que queda incluido el hombre en estrecha, en íntima comunión con el animal, con la planta, con la piedra.

¿Cómo extraer de ahí la forma exacta que rige sus dinamicidades? Pietschmann es taxativo: sin esa distorsión polar jamás podrán rastrearse las leyes naturales, al igual que el ojo no es capaz de producir la cualidad de la luz que lo excita —merced a las ondas electromagnéticas—. O lo que es lo mismo: para dar con la realidad exenta, con la realidad «real», necesitamos separarnos de ella, alejarla, tomar distancia y, de ese modo, poder mirarla a la cara. Y por aquí se nos cuele el «mirari» latino, el admirar, del que salieron los sustantivos «miroir» y «mirror» (espejo). Regresamos, pues, al punto de partida, a lo que Rorty, en un memorable libro sobre *La filosofía y el espejo de la Naturaleza*, viene afirmando, a saber, «que son las imágenes mejor que las proposiciones, las metáforas mejor que las digresiones, lo que determina la mayor parte de nuestras convicciones filosóficas». En una palabra, lo que Shakespeare llamaba «nuestra esencia cristalina» —«our glassy essence».

Mas todo esto va a tener unas consecuencias inesperadas si, a partir de este momento, dirigimos nuestra mirada, nuestra mirada especular, cumple decir, nuestra mirada a través del espejo, hacia otro tipo de realidades distintas de las meramente físicas. Detengámonos por un momento en otra ciencia, la Psicología (si es que la Psicología es, en rigor, una ciencia). Por de pronto, ya no nos las habemos con la conciencia como con una especie de aparato concreto dividido en compartimentos bien estructurados y cómodamente articulados. De la separación entre lo consciente y lo inconsciente, y de la interpenetración de las complejas subdivisiones psíquicas que la mente mecanicista de Freud ideó y defendió, hemos pasado a la consideración de la psique como una totalidad dotada de sentido global y en la que las diversas secciones a las que se hace funcionar casi administrativamente integran un conjunto sintetizador indiscernible. En la conciencia «hay» cosas, «hay» palabras y «hay» —cómo no— una realidad que se sitúa más allá del lenguaje —«aussersprachliche Wirklichkeit», de Giegerich—. Hay, pues, una realidad «especulada» no científico-positiva. Siguiendo este sendero, es decir, la ruta que nos conduce desde la interioridad hacia la exterioridad, llegamos también a la presencia del cosmos en nosotros mismos. Pero ahora claramente entendido como una instancia perfectamente dilucidable, perfectamente atrapable con cierta metódica, por supuesto no sistemática, pero quizá más estricta que la que nos permiten los experimentos, las pruebas analíticas —siempre tan discutibles y tan ambiguas— y las interpretaciones que desde ellas todo el mundo lleva a cabo. Giegerich sostiene que ya no puede hablarse de una Psicología personalista, ni tan siquiera de una Psicología antropológica. La Psicología, liberada de su encajonamiento, liberada de la cárcel de la especialidad, se mete decidida, audaz y descubridora, en el solar de la realidad total. De la de dentro de sí misma y de la de fuera de ella. Entonces el «objeto psicológico» se convierte, en definitiva, en todo aquello que, de la forma que sea, contacta con el alma del sujeto, a saber: lo que sueña, lo que desea, lo que padece, y aún más allá, y esto es lo decisivo, hasta donde el ob-

jeto se nos presenta «como expresión de la actividad de la fantasía de la psique». Así, de este modo, será posible investigar la «conciencionalidad», la «Bewusstheit» o, lo que es lo mismo, la imagen especular del cosmos tal y como se refleja en nuestro espíritu y tal y como ese reflejo se transforma en «reflexión», en nuestra propia especificidad, en lo que dentro de nosotros es psicología y más que psicología.

Por eso la esencia de cualquier ciencia, por exacta y ceñida que pretenda mostrárnos, es, en el fondo, en su proceso de conocimiento y de explicación, un último producto de la fantasía, pero entendida ésta como el subrogado de la «conciencionalidad» del sujeto pensante. De ahí, de la conclusión última de tales premisas, el hecho de que hoy la mayor parte de los psicólogos se muestren reuñentes a admitir su trabajo como una mera especialidad rígida y ciertamente anquilosada. Entre ellos, y en muy destacado lugar, está Wolfgang Giegerich, cuya aportación al último «Eranos» estoy comentando sobre la marcha.

Vemos, pues, cómo poco a poco, y a través de los trabajos señalados, el libro va dando forma inteligible y ciertamente sugeridora al propósito inicial de las sesiones de Ascona, ya camino de sus bodas de diamante: el entender el mundo, el ser capaces de penetrar en su entraña mediante el arbitrio de la razón. Ahora bien, esta razón ya tiene poco que ver con la racionalidad en sentido estricto. Muy otro es el cometido que a esa capacidad conocedora se le otorga en los encuentros suizos. Allí se habla una y otra vez de «la experiencia del hombre». ¿Y cuál es, en última instancia, esa humana experiencia? ¿Cómo se nos ofrece en su más sencilla y al tiempo radical forma? ¿Cómo se despierta en nosotros? ¿De qué manera resulta hacedero actualizarla?

La realidad como experiencia

Para contestar a estas preguntas nada mejor que la transcripción de un texto junguiano sumamente expresivo en su clara rotundidad. Hélo aquí: «Desde Nairobi, visitamos una vecina reserva de animales salvajes... Hasta el lejano horizonte veíamos gigantescos rebaños: gacelas, antílopes, gnus, cabras, cerdos salvajes, etc. Moviéndose lentamente, pastando, la cabeza gacha, se movían las manadas. Apenas se percibía el vuelo del ave de rapina. Era el silencio del eterno comienzo. Era el mundo como siempre había sido, en estado del no-ser, pues hasta entonces no había nadie que supiera que aquello era «este mundo». Me alejé de mis acompañantes hasta que los perdí de vista y tuve la sensación de encontrarme completamente solo. Allí yo era el primer hombre que se percataba de que aquello era el mundo y, desde ese momento, al saberlo, realmente lo creaba.» A partir de tal instante afirma Jung que sin la reflexión el mundo no existiría, y de ahí el milagro de la conciencia pensante como una «segunda cosmogonía». El alma es, en consecuencia, «el más grande de todos los prodigios cósmicos y la «conditio sine qua non» del mundo como objeto».

Así pues, la experiencia del hombre estriba, ni más ni menos, que en constituirse como la fuerza suscitadora de la realidad mundana a través de las funciones conocedoras y totalizadoras de la conciencia. La intuición junguiana captó una idea sugerida por el deslizarse continuo de los rebaños salvajes. Pero la idea que allí saltó, allí, en la intimidad del hombre Jung, ya estaba de alguna manera implícita con anterioridad a la visión del oscuro desfile animal. Y yo añado que, por eso mismo, el espectáculo en la selva solitaria, el desfile y su contemplación —en rigor, su «theoria»— se corresponde punto por punto con la contemplación y el desfile, en la mente del escritor, de sus propias ideas —otro desfile, es decir, otra «theoria»—. Lo que ocurre es que



ALFONSO RUANO

ahora esta teoría en segunda instancia es eso, una realidad subsidiaria, o lo que resulta lo mismo, una realidad reflejada, una realidad aparecida en el espejo, una realidad «especulada». No importan las matizaciones, los distinguos, las reservas y las entregas conceptuales que Giegerich va señalando a lo largo de su enjundioso ensayo, algunas de ellas sumamente valiosas, sumamente fecundas. Lo decisivo es esa vuelta al reconocimiento de la «experiencia del hombre al contacto con el ambiente» como una experiencia en segundo grado, como una experiencia que suscita un poder de creación solemnemente bautismal y, a la vez, dramáticamente nebuloso. No hay un primer descubridor, un primer destinatario de la novedad absoluta, un «protos heurétés» sagrado e inmarcesible. Hay, por el contrario, una criatura intuitiva a la que le es dada —y no es pequeño regalo— la capacidad de entrever realidades incógnitas a través del espejo de su propia mente. La identificación de la psique con la conciencia, postulado caro a Jung, y por el que cada fenómeno psíquico se considera en sí mismo como una indivisible totalidad, y como tal totalidad titular simultánea del carácter consciente y el inconsciente, es algo que nos remite, por fuerza, a la asimilación del mundo circundante como un magma indiscernible cuyos contornos apenas sí somos capaces de dibujar con nitidez.

Entonces, lo «especulado» se funde irremisiblemente con lo «velado». Y, de ese modo, la Psicología y la Física se dan la mano. De esta forma, poco a poco, con la parsimonia precisa para no tropezar innecesariamente en los escollos de la superficialidad, o en los más impenetrables de la ignorancia, se va admitiendo, con humildad y serena alegría, el

mundo de los hechos ligado a nuestro espíritu, o nuestro espíritu encadenado a las sugerencias de lo real, para, con todo ello, decirnos a nosotros mismos lo que Pietschmann, y antes que él un gran físico, Carl Friedrich von Weizsäcker, vienen diciendo con incansable insistencia, a saber, que no entendemos, que no podemos «entender» a la Naturaleza, y lo que por ventura entendemos, lo que en realidad podemos entender, son «solamente los motivos de las acciones humanas».

¿Hasta qué punto? He aquí, para concluir, el gran problema. Porque una de dos: o esas acciones, esas conductas, son susceptibles de ser cazadas entre el oficio de la razón discursiva y el menester de la intuición iluminante, o ellas mismas están destinadas a permanecer en una especie de telón de fondo nebuloso, difuso, poco contrastado. O son mundo inmediato, con bulto apresable, o son mundo entrevisto, mundo sospechado y nada más. Y, a lo que parece, esta segunda conclusión muestra hoy por hoy —¿para siempre?— una faz huidiza e inatacable. Nos contentamos con «revelaciones secularizadas». Sin embargo, más allá de esas epifanías concretas y más o menos sistematizadas, habrá que dejar un espacio a la esperanza. La esperanza en otro orden de revelación. Pero aquí ya juegan distintos ejes de meditación o, si se quiere, de apertura espiritual: el rito, la iniciación, la entrega, la confianza en lo numinoso. En una palabra, la espera mediante la consideración totalizadora de la trascendencia. Pues la criatura humana, como señala Jean Servier, necesita de «una vida espiritual en oposición a nuestra racionalidad». De lo contrario, siempre circulará por sus venas el ácido de la insatisfacción, el ácido de la manquedad. La no plenitud ontológica. □

RESUMEN

Desde 1933, en Suiza, se vienen reuniendo expertos de todo el mundo para ensamblar, con rigor y hondura, las diversas formas de entender el mundo, en una especie de media-

ción entre Oriente y Occidente. Cada año, lo allí hablado se recoge en un volumen. Domingo García-Sabell se ocupa del último apartado y cuya lectura le resulta apasionante.

Autores varios

Spiegelung in Mensch und Kosmos

Eranos 1986, volumen 55, Insel Verlag, Frankfurt, 1987. 444 páginas. 88 marcos.

Un Oriente que somos nosotros

Por Pedro Martínez Montávez

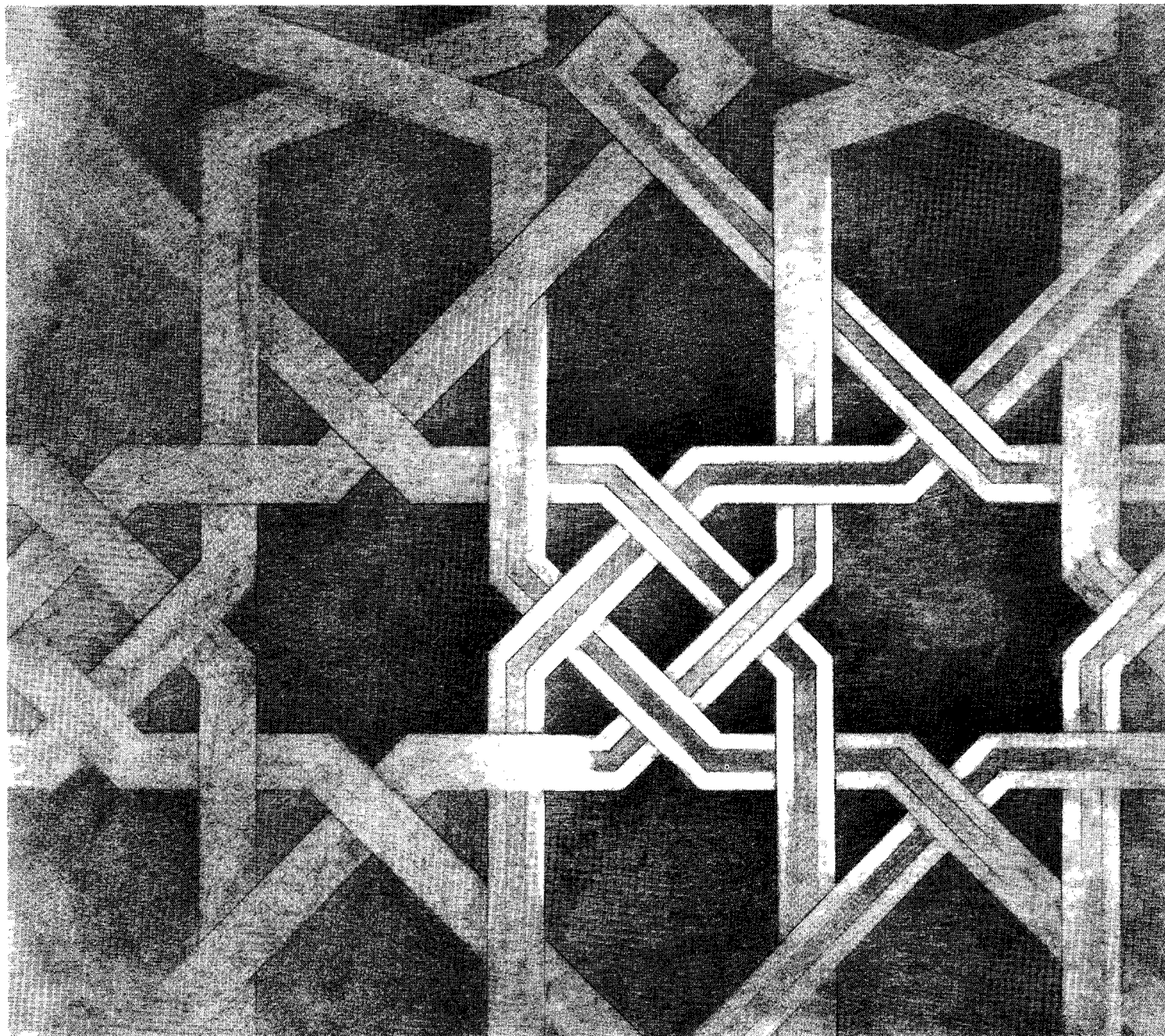
Pedro Martínez Montávez (Jódar, Jaén, 1933) es catedrático de Lengua y Literatura Arabes de la Universidad Autónoma de Madrid y fue rector de dicho centro (1978-1982). Sus libros y trabajos de investigación versan principalmente sobre literatura árabe contemporánea y las relaciones hispano-árabes.

Confieso que esta nueva racha de interés orientalista que agita desde hace ya algunos años a diversos sectores de la «intelligentsia» occidental —hasta llegar en ocasiones al frenesí o al papanatismo— no me merece toda la confianza ni cuenta con mi absoluta simpatía. En no pocos aspectos me parece más el nuevo rebrote de viejos tópicos y modas, parcialmente modificados en su manufacturación formal, por descontento, que la respuesta congruente a una auténtica exigencia intelectual o una limpia y sincera aproximación sensitiva. No es difícil detectar las manifestaciones y los rasgos de un «neo-dandysmo» orientalista que, aunque en ocasiones se vista más desaliñado, o hasta se ponga ropaje pretenciosamente sociológico, antropológico o estetizante, sigue estando ampliamente sometido a bastantes de los consabidos clichés, de las viejas maneras, de las más resabiadas incapacidades de comprensión. Pensar que prima un altruismo, intelectual o sensitivo, en el empeño, es no advertir con claridad en qué concreta circunstancia histórica está produciéndose el hecho. Pensar que se ha desterrado totalmente el exotismo, es no acertar a ver las formas y mecanismos habilitados por un neo-exotismo no menos perjudicial y alterador que aquél. Pensar que nos acercamos al objeto por él mismo, es engañarse; no tener el valor de admitir que con frecuencia, todavía, sigue siendo la puesta en práctica de un camino de evasión de nosotros mismos, de encubierto rechazo de nuestras propias insatisfacciones. Cuando se analice a fondo esta nueva racha de interés, como decía, se descubrirá mucho del nuevo oropel o la nueva «vaselina» que se lleva.

«Orientalista profesional»

Si un libro como el que aquí presentamos atrae al «orientalista profesional» —¡vaya marchamo absurdo y topicista!— e incita al comentario, se debe ante todo al rigor, a la seriedad, a la honradez, con que está concebido y escrito. Desde la primera frase —seguramente inesperada y hasta provocativa para muchos— con que el propio autor inicia la introducción que ha puesto a su obra, nos sentimos predispuestos a su lectura, con la intuición de que lo que vamos a encontrar en ella no será banal, ni rutinario, ni manido: «Ce livre ne parle pas de l'Orient. Il parle de nous.» La aparente paradoja no será un fácil recurso literario, sino algo mucho más sustancial: el punto de arranque de una profunda y rigurosa reflexión, no demasiado frecuente en estos tiempos que corren y menos aún cuando de estos temas se trata. Obviamente, la lectura resultará difícil y casi nada «divertida», con lo cual el libro tiene muy poco que ver con tanto «discurso» orientalista como hay ahora, que sigue viendo a ese Oriente como objeto de diversión preferentemente, y que por ello se diferencia en definitiva bastante poco de aquellas otras visiones tradicionales que pretendidamente rechaza y trata de descalificar. Obviamente también, algunos de los análisis o planteamientos que el autor efectúe serán, ante todo, polémicos. Y en especial, seguramente, aquellos que simplemente insinúa; o no los que aparecen en concreto, sino los que faltan. Pero el libro resulta ante todo, indudablemente, una valiosísima contribución a este debate tan antiguo, caleidoscópico y controvertido.

En rigor, la idea que subyace en el juicio ya expresado del autor no es totalmente ori-



ARTURO REQUEJO

ginal ni innovadora. Que al hablar aparentemente de Oriente hablemos realmente de nosotros, es decir, del Occidente, revela los entresijos y mecanismos propios de un planteamiento que toma esencialmente al Oriente como pretexto o elemento de ficción. Es una tesis ampliamente coincidente con algunas ya mantenidas por otros autores que escribieron con anterioridad obras de importancia capital sobre el tema: Rodinson, Djait y Edward Saïd —sobre todo—, por ejemplo. El propio autor lo sabe, por supuesto, y no tiene el menor inconveniente en reconocerlo así. Pero el hecho de que se produzca esa parcial coincidencia, tanto más explicable si se tiene en cuenta la tendencia revisionista y crítica que, en principio, comparten todos ellos, no significa que el libro no aporte muchas e importantes novedades y no resulte original. Todo lo contrario. Especialmente porque el autor maneja con competencia un material textual que resulta entre sí bastante congruente y no ha sido de los más explotados: el de la historiografía política; y porque lo hace desde la óptica de su especialidad profesional: las relaciones internacionales. Aunque lo haga, afortunadamente, sin ninguna angostura metodológica ni intelectual.

Las dos inquietudes o esferas de reflexión fundamentales que están seguramente en el origen de esta obra vienen siendo objeto de atención amplia y mantenida, desde hace años, en el contexto del pensamiento occidental, y preocupan de forma evidente en concreto a los historiadores: el conocimiento del «otro» —es decir, identidad frente a alteridad, o a la inversa— y la imagen de éste que se forja. A ello se ha referido, por ejemplo, pertinentemente, Eloy Benito Ruano recientemente

(cf. «De la alteridad en la Historia», discurso leído el día 22 de mayo de 1988 en su recepción pública como académico de Historia), quien recuerda cómo «ese gran tema» entrelazado y mutuamente complementario fue uno de los desarrollados, y que mayor interés despertó, en el XVI Congreso Internacional de Ciencias Históricas (Stuttgart, agosto de 1985). De todo ese ingente proceso de doble manifestación trabada e interactuante tiene plena conciencia nuestro autor. Cuando afirma, por ejemplo, que «le couple Orient-Occident, fait d'opposition et de voisinage séculaires, apparaît comme une constante de l'histoire méditerranéenne»; o, con mayor concisión aún, que «l'Orient est dans notre tête». Difícilmente se puede establecer, con menos palabras, una plataforma tan firme.

Identidad y alteridad

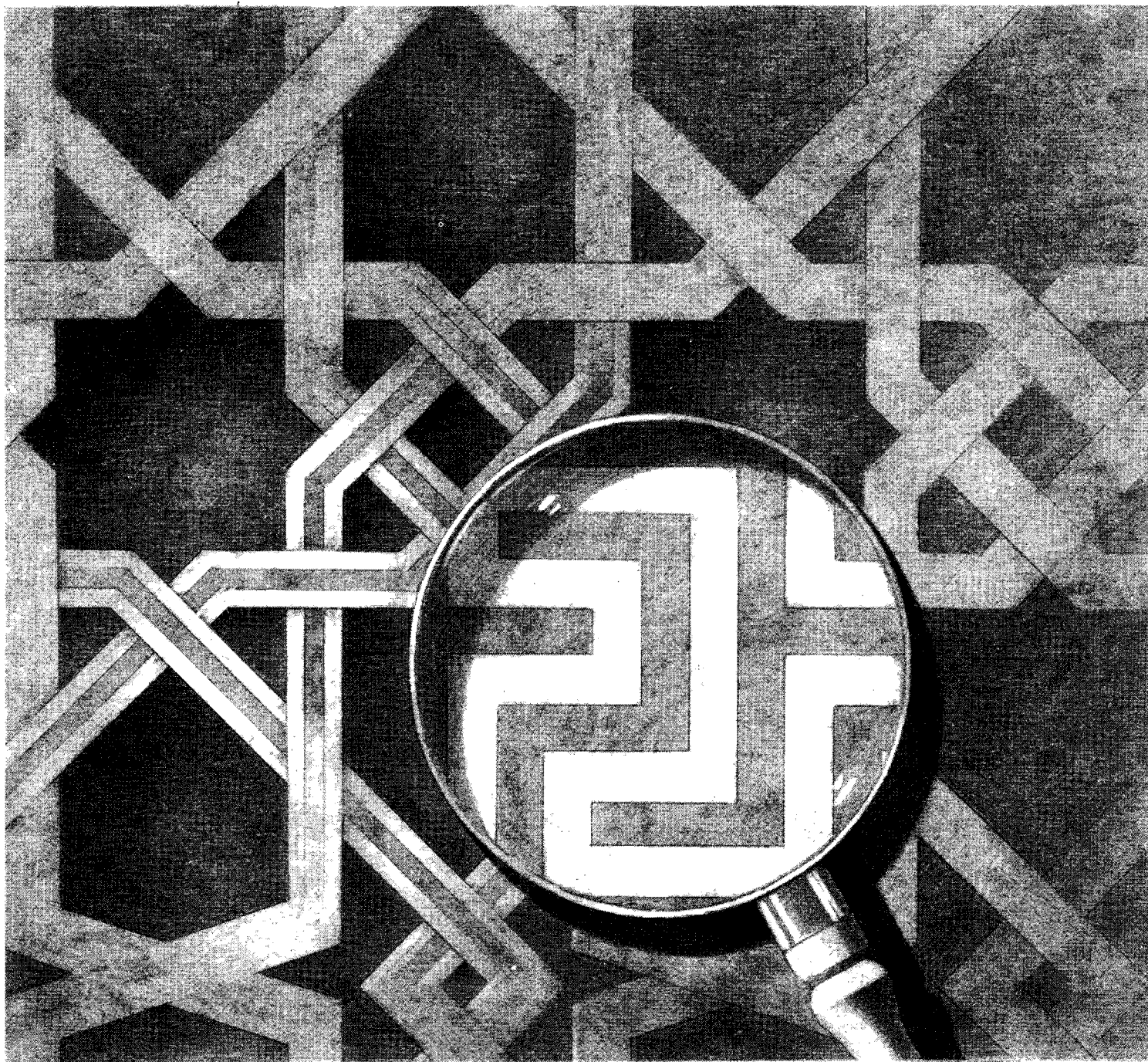
¿Cuál es, sin embargo, la novedad principal que aporta el libro de Hentsch y la variante original que introduce en el planteamiento y análisis del tema propuesto? Porque es evidente que la cuestión suscitada se enfoca en esta obra de manera diferente a la habitual: identidad y alteridad como términos confrontados y mutuamente negadores, interexcluyentes. A Hentsch, por el contrario, no le interesa esta visión dicotómica, que quizá sólo sea una hábil y preconcebida táctica disimuladora. Partiendo de la convicción de que, «fuera de nuestras cabezas de occidentales» el Oriente no existe, y resulta por ello realmente inaprehensible, él no trata de aprehenderlo. Intentando aplicar una lógica implacable y llevando a sus últimas consecuencias un haz

de ideas ya apuntadas y expuestas por diversos tratadistas anteriores, y que constituían desde luego una teoría, nuestro autor la remacha y confirma mayoritariamente, al tiempo que le da un sesgo audaz y novedoso. Porque lo que Hentsch quiere trazar, en definitiva, es la historia de un espejismo: «Il s'agit, oui, de se regarder soi-même à travers l'autre: non pas tel que l'autre nous voit, mais tel que nous nous trahissons dans notre regard sur lui.» Como lo afirma paladinamente: la motivación profunda del libro es la comprensión de sí.

Resulta curioso, más aún, sumamente ilustrativo y aclaratorio, comprobar cómo un trabajo que rechaza rotundamente las interpretaciones y teorías etnocentristas por lo que éstas han tenido, evidentemente, de abusiva desvirtuación, de contumaz alteración del objeto que estudian, es en realidad el resultado de una decisión radical y conscientemente etnocéntrica. Tampoco el autor, aquí, hace concesiones fáciles ni engaña: como el etnocentrismo es «la condition même de notre regard sur l'autre», su iniciativa «se "sait" délibérément ethnocentrique». Insistimos en ello: el libro es ante todo un formidable esfuerzo de introspección, y si el «orientalista profesional» tampoco acierta a verlo así desde un principio, parece inevitable que se sienta sorprendido, confuso, y quizá finalmente un tanto decepcionado. Hay que aceptar, pues, esa específica relación —más bien ficción de relación— que se establece, y en la cual esa aparente realidad y pretendido «otro» que es el Oriente se emplea decididamente como pretexto, como subterfugio, al menos parcialmente



Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

te también como añagaza; es una creación de la imaginación esencialmente. En pocos casos como en éste se comprobaría el acierto total de la afirmación de Octavio Paz, aparentemente contradictoria, factualmente exacta: «La irrealidad de lo mirado/da realidad a la mirada.»

Carencia de límites

El objeto, por ello, resultará a la postre algo traslucido, vaporoso, carente de límites propios y precisos, hasta de una ubicación estable. Y ello no es sólo fácilmente comprobable, sino estrictamente congruente, por su condición genuina de producto mental, creación de una voluntad ajena. Hasta sus límites geográficos e históricos serán convencionales y gaseosos, inconsistentes, estarán casi siempre trazados por quien parece contemplarlo fijamente y, de hecho, se autocontempla. Y en definitiva no resulta tampoco incongruente que lo haga, al menos en múltiples ocasiones, en beneficio y conveniencia propios.

La rigurosa y autocrítica reflexión de Hentsch, sin embargo, no acaba con el tema ni cierra la discusión. Le otorga, por el contrario, posibilidades seguramente más dignas y fecundas; más justas y justificadas también. La exigencia parece clara: hay que encontrar las posibles realidades existentes y darlas a conocer. Que el término Oriente, en definitiva, haya sido simplemente una especie de etiqueta acomodaticia y cambiante con la que manufacturar a fin de cuentas un producto artificial; la habilitación como existente, por vía

imaginaria, de lo materialmente inexistente, exige su correspondiente anulación, o la posibilidad de su empleo otorgándole estrictamente la dimensión metafórica que también ya ha adquirido y hasta, en algunos terrenos de la creación humana, legitimado. Pero no excluye —por el contrario, exige aún más— la ineludible tarea de estudiar y analizar pertinentemente, desde sí mismas, esas indudables realidades materiales, existentes ante todo «fuera de nuestras cabezas», que la falsa etiqueta genérica ha escamoteado. No se trata de ningún problema ontológico, y plantearlo en tales términos supone, a nuestro entender, hacerse cómplice de error. Es seguramente algo mucho más fácil en origen, aunque al final resulte tremendamente complicado: una cuestión de metodología, de honestidad científica y de intención. Y aquí es donde el «orientalista profesional», curado ya posiblemente de anacrónicos y caducos etnocentrismos, puede ver totalmente justificada su labor.

Aunque a algunos pueda parecer lo contrario, este libro de Hentsch está también pensado y escrito con propósito armonizador, de propiciación del entendimiento o al menos del diálogo esclarecedor. Para mí lo cumple en la mayoría de sus planteamientos y valoraciones. Y una reflexión intelectual de este tenor, de este nivel, derivada de la ponderada revisión de un material textual de indudable intención política en su tiempo —en cada uno de sus tiempos—, podría resultar de plausible aprovechamiento también político en el nuestro. Especialmente si se aplica una proposición —¿por qué no nos atrevemos a decir un postulado?— que para el intelectual auténtica-

mente humanista resulta irrefutable: comprender al otro, existente, no significa definirle. Y menos aún, por descontado, imponer dogmáticamente esa definición. Algo que, admitamos, le ha costado bastante admitir finalmente al «orientalismo», y de cuyas perniciosas consecuencias tampoco estén quizá totalmente curados los propios «orientales».

Proceso de distanciamiento

La literatura histórico-política que se tiene en cuenta es, fundamentalmente, de época moderna y contemporánea, de Maquiavelo a Toynbee, pasando por Postel, Bodino, Leibnitz, Voltaire, Montesquieu, Anquetil-Duperron, Volney, Hegel, Spengler, entre otros. Aunque se parte de la frontera mítica de la antigüedad —Persia, Grecia, Roma— y se transita también por la Edad Media —espe-

cialmente las Cruzadas—, el material propio de tales épocas da pie tan sólo para una exposición obviamente más genérica y apresurada, digamos que anónima y despersonalizada en gran parte. Seguramente también, por mayores deficiencias técnicas en la referencia a lo histórico y por el más acuciado anacronismo ideológico de base, más susceptible de controversia y de polémica.

Si el Oriente mediterráneo ha venido siendo secularmente para Europa la alteridad más próxima y combatida, sorprendente antinomia bisémica generadora tanto de la fascinación como de la repulsa, parece seguro según el autor que, para la conciencia occidental, empezó a corporeizarse como alteridad sistemática a partir del Renacimiento. El siglo XVI supondrá la génesis de la separación («clivage»). En líneas generales, el proceso de distanciamiento irá gradual y progresivamente aumentando hasta que, con el espíritu del siglo XIX —el siglo colonialista, no lo olvidemos—, «el Oriente de nuestro imaginario colectivo recoge todos nuestros contrarios, resulta la antítesis por excelencia de la modernidad». La fase de máxima fricción supone también la fase de máxima ruptura, al llevar a la práctica Occidente su plan de integración. En la agresión consumada, Oriente queda configurado finalmente como un espacio mítico para la hazaña, ya anunciado seguramente en la campaña de Bonaparte contra Egipto. Recordemos las palabras de Thiers: «En su prodigiosa carrera, Napoleón no ideó nada más asombroso ni que pudiera resultar de más provecho.» Ese es el espíritu del XIX. Avanzando, el XX irá manifestando toda una gama de inquietud en el proceso de descolonización.

* * *

No deja de ser algo descorazonador leer y comentar un libro así desde circunstancia española. Hay que seguir expresando la consabida queja y repitiendo el viejo reproche: la materia propiamente hispánica brilla por su ausencia. Tanto en textos, como en peculiaridades problemáticas, como en sugerencias y contrastes. De acuerdo en que nuestra «relación» con lo árabe-islámico se ha desarrollado más en el escenario magrebí que en el «maxrequí», es decir, el Mediterráneo oriental. De acuerdo también en que ha ido perdiendo en entidad y en intensidad, en genuinidad, durante las épocas moderna y contemporánea precisamente, y no resulta entonces comparable a la «europea» en sus dos versiones más conspicuas: la anglosajona y la francolatina. En cualquier caso, tendría que aparecer como pieza necesaria e insustituible del mosaico. Es precisamente la «realidad histórica» la que así lo exige. De no hacerlo, el riesgo de desvirtuación —especialmente para la época medieval— es enorme. Y la experiencia hispánica puede resultar también una aportación valiosísima si al final acordamos hacer lo radicalmente necesario: mirarnos y entendernos como somos. No creo que resulte desproporcionado ni absurdo exigirnos así a las visiones políticas. Hentsch afirma, con razón, que «la confusión de lo mítico y de lo político juega sólo a favor del vencedor». Ocurre, sin embargo, que ese error, aparte de no ser justo, origina finalmente más conflictos que soluciones. □

RESUMEN

El arabista Martínez Montávez escribe sobre un libro acerca de Oriente que no se apunta gratuitamente a la corriente de interés orientalista existente en Occidente, sino que, por el contrario, es un texto a destacar por su rigor, seriedad y honradez. La tesis

que se mantiene puede ser, en principio, paradójica: que Oriente es también Occidente, que ambos mundos están más entrelazados de lo que parece; la teoría, piensa Montávez, no es paradójica y tampoco es nueva del todo.

Thierry Hentsch

L'Orient imaginaire. La vision politique occidentale de l'est méditerranéen

Les Editions de Minuit, París, 1988. 290 páginas. 139 francos.

Retazos de la vida de un biólogo

Por Rafael Alvarado

Rafael Alvarado (Tarragona, 1924), licenciado en Ciencias Naturales por la Universidad de Madrid y doctor en Biología, es desde 1953 catedrático de Zoología en la Facultad de Biología de la Universidad Complutense de Madrid. Fue presidente de la Real Sociedad Española de Historia Natural y es miembro de número de la Real Academia Española.

Esta obra de Jacob, descubridor, en colaboración con Jacques Monod, del papel que el ácido ribonucleico mensajero (ARN-m) desempeña en la transmisión de la información genética, codificada por el ácido desoxirribonucleico (ADN) de los genes, con lo cual ambos investigadores, en unión de André Lwoff, recibieron el Premio Nobel de Fisiología y Medicina (1965), no es un libro meramente autobiográfico, ni tampoco forma parte de las numerosas obras de «confesiones» o «memorias», tan usuales en la literatura occidental desde San Agustín a Rousseau, pasando por el abate Giacomo Casanova.

¿Lo calificaríamos de meditación? Propiamente, tampoco. Se trata más bien de retazos, con un cierto orden cronológico, de una introspección intimista que es, a la vez, una especie de rendición de cuentas, a veces una lamentación de sabor freudiano, tal como se observa en muchas páginas del psicoanalista vienés.

El suicidio —la petición de ayuda para suicidarse— de un viejo amigo, con una grave herida de guerra, abre el libro. De entrada ya nos hace partícipes Jacob de sus consideraciones sobre ese «problema de la muerte» al recordar a su abuela materna, «la Generala», fallecida a los noventa y siete años; al amigo, cuya desaparición le ha desvelado; y de forma resumida y repentina hace desfilar ante el lector sus vivencias todas —el laboratorio, sus primeros pasos de bachiller, niño de diez años, el melancólico atardecer de París (¿en dónde no serán los atardeceres melancólicos para un niño de diez años, y aun para muchos adultos?)—. Después, la noche, que es ahogada por el tiempo, la ansiedad, así como la euforia del descubridor, del científico.

La rabia al oírse llamar por otro chico «puerco judío» —hay en este recuerdo, según señalé más arriba, reminiscencias freudianas—.

Termina su obra con unos párrafos llenos de tierna rememoración. Los jardines de Luxemburgo, en París, en un atardecer navideño con nieve. Las páginas restantes, que se desarrollan entre la primera y esta última, están llenas del fervor político del autor por la libertad, por la dulzura de la vida familiar, por el horror de la guerra, que tendrá que sufrir en su carne y en su espíritu, por la pasión de la vida del descubridor científico, de la investigación de los misterios biológicos.

Y a lo largo de toda la obra, la personalidad cambiante con los años, pero siempre en «su mismidad», en una «estatua interior» inamovible. De todas sus cuartillas, las que constituirán las primeras veinticinco páginas, el primer capítulo del libro, son una premonición, un pórtico de lo que vendrá después.

«Es necesario desechar la idea de que nuestra vida ha de acabar —nos dice Jacob—, olvidar la desaparición, el tránsito, como suele decirse...; es imposible vivir, día tras día, como un condenado a la última pena. Pero si uno no es responsable de su nacimiento, sí que lo es, en cierto modo, de su muerte.» Y la previsión de un suicidio a tiempo: «... reaparecen Sócrates y Cleopatra..., el veneno pierde su carácter de deslealtad y se transforma en aliado. Como en la guerra, con la Resistencia, para no ser delator por la tortura. Lo difícil es elegir el momento exacto. Demasiado pronto es estúpido; demasiado tarde es imposible.»

Los dulces recuerdos de la niñez. La conciencia de mismidad, de saberse con su individualidad irreplicable: «Lo que me intriga de mi vida es ¿cómo he llegado a ser lo que soy? ¿De qué manera se ha configurado esa persona con la que me encuentro cada día, a la que me tendré que acomodar hasta el final?» E igualmente nos confiesa Jacob su miedo a la pérdida de esa personalidad, de su inalienable propiedad. «Si el miedo a llegar a ser otro se ha alejado de mí, el asombro de reencontrarme, al despertar, como “yo mismo” todavía a veces me atenaza.»

Más tarde, los recuerdos de la escuela, que se compara a una jaula. Allí hay compañeros,

pero no amigos. La lectura y su enorme imaginación llenan la adolescencia del futuro biólogo y Premio Nobel. Desde niño, asimismo, la magia de las palabras y sus infinitas variantes, hasta las más absurdas combinaciones de letras. Puede que ese juego combinatorio le haya ayudado, más adelante, a la comprensión del extraño código genético: las bases púricas y pirimidínicas (A-G-C-T-U-), en combinaciones de tripletes, para codificar la veintena de aminoácidos, encadenados en secuencias específicas de las proteínas (CCG = alanina; UUG = cisteína; AUU = tirosina; UGG = glicocola, etc.). En sus juegos de palabras «descortezaba las incomprendidas, desmontaba su esqueleto, combinaba las sílabas hasta acceder a lo desconocido».

En la escuela y durante su bachillerato advierte con agudeza el niño-joven François lo inconexo de los conocimientos que se le imparten, primero matemáticas, luego gramática, luego historia, y así sucesivamente, sin visiones globales, puro aprendizaje de datos, de hechos, pero sin hilo conductor. Sin duda en esta observación se muestra el genio del futuro investigador que en lo más difícil, la biología, quiere encontrarle sentido a las cosas.

El más acá y el más allá

Primeras interrogantes ante la muerte y sobre ella. La muerte real, repugnante, de las moscas a manos de un compañero, que les arranca las patas, las alas; la muerte de los pollos en casa, tal como era costumbre antaño, las mira François muchacho, seguramente, ya con ojos de futuro experimentador-investigador. Y al poco un cadáver humano, el de un ahogado, hinchado por el agua; el de un compañero poco después. A esas angustias sobre la vida y la muerte se unen, evidentemente, las referidas al más allá, a lo que hay «detrás». Y a tales preocupaciones siguen pronto las del «más acá», los problemas políticos, con reflexiones continuas que salpican buen número de párrafos. Asoma a lo largo de esas páginas, de hecho a lo largo de todo el libro, el más agudo escepticismo, más melancólico que amargo. Con la independencia siempre como guía a lo largo de toda su vida. Inde-

pendencia intelectual como tesoro inalienable, propiedad de su mismo yo, en su vida de investigador, de biólogo, que irá a la esencia de las cosas.

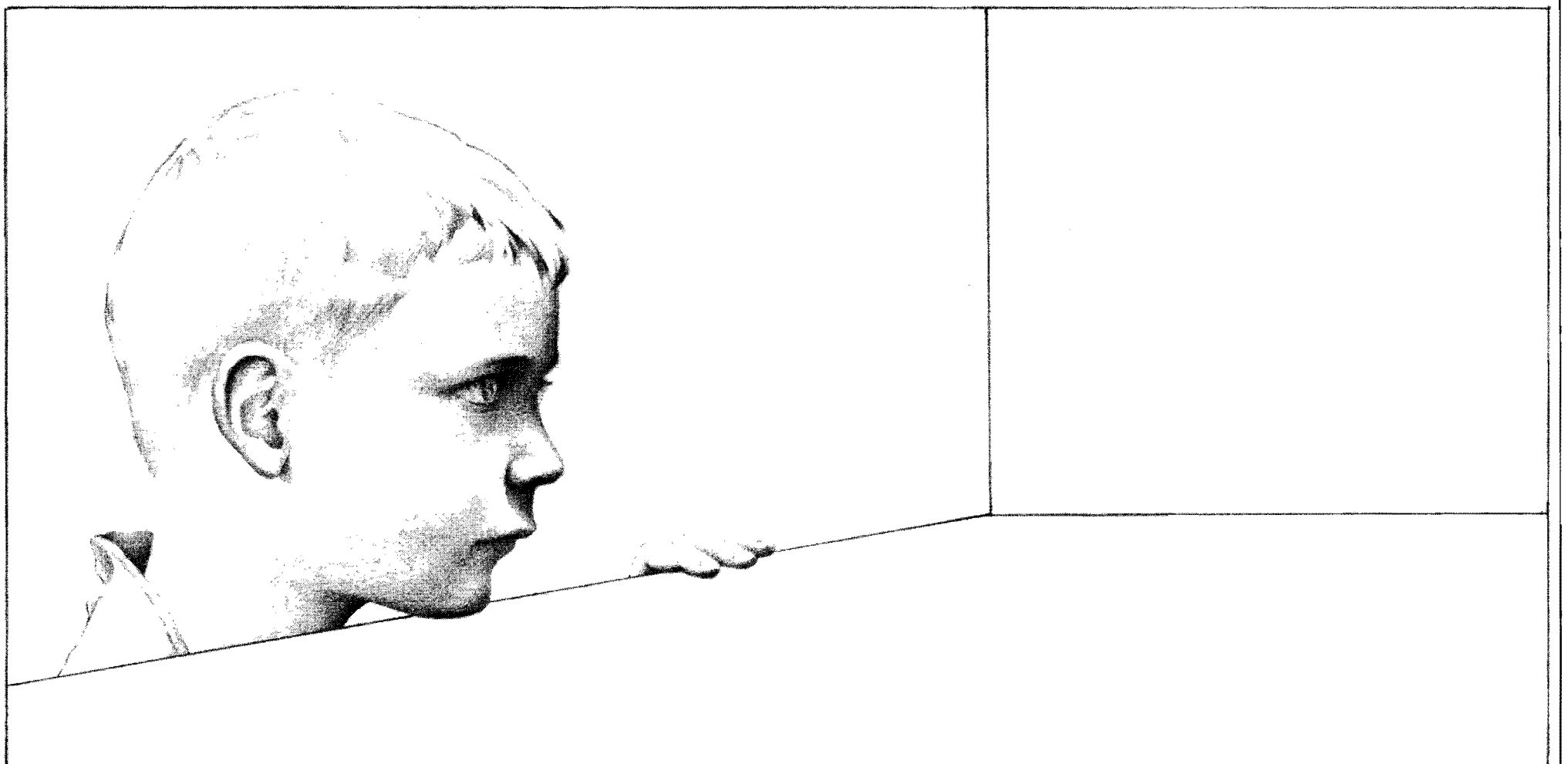
Ese mismo grado de escepticismo surge en la descripción del Instituto Pasteur, su querido y admirado centro de trabajo, a la sombra de la figura egregia del fundador, enterrado allí en un mausoleo «sorprendente... de estilo neobizantino». Hay una visita colectiva, anual, a esa tumba; va todo el personal de la institución. Su jefe, Lwoff, le recomienda asistir: «Hay que ir... una vez para verlo.»

Sus reflexiones al respecto, las observaciones que le hacen varios colegas, entre ellos el microbiólogo Elías Wollman, de origen ruso y tocayo de otro de los «grandes» en el Instituto, Elías Metschnikoff, merecen ser leídas: «El gran hombre de ciencia —dice Jacob— es aquel que sabe discernir los problemas importantes en el momento preciso si tiene la suerte de aportar alguna solución.»

Bruscamente, durante la ceremonia, mientras desciende a la cripta, cargada de barroco chovinismo, le viene a la memoria su abuelo el general. François tiene entonces siete u ocho años, está lleno de entusiasmo por Napoleón: «Admirar, sí —le dice el abuelo sonriente—. Idolatrar, no. Ni a los dioses ni a los hombres. A los dioses porque no existen. A los hombres porque no son dioses.»

Las palabras de Jacob tienen, para todo y ante todo, la dolorida comprensión con las que contempla la vida y el mundo. Con las que cuenta su desesperanza ante una carrera —la de Medicina— que no sabe para qué le va a servir, que indudablemente no le gusta, cosa que comprueba pronto cuando se enfrenta, ya profesional, con un oscuro asunto de fabricación de un antibiótico menor, la tirotricina.

Obtiene por primera vez, en esta experiencia inicial, la impresión de un mundo de adultos un poco triste, con envidias, con zancadillas. De nuevo un escéptico desencanto. Pero, en contrapartida, alcanzará cierta pericia en el manejo de las bacterias. Eso le ayudará más adelante, aunque él aún no lo sepa, en sus primeros éxitos como investigador.



FRANCISCO SOLE

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLE

La trama vital está llena de sorpresas inesperadas, impensables. Así es como él, acompañado por su mujer, durante una comida con una prima de ella y su marido, recién casadas ambas parejas, verá como una luz. ¡Será biólogo! Como lo es ese primo político, que trabaja con Boris Ephrussi en genética de levaduras. La elección de la vía a seguir se le presenta clara. Su única experiencia en trabajo de laboratorio la ha logrado en el campo de la microbiología. Trabaja, pues, con organismos microscópicos, levaduras, bacterias, quizá con virus (que todavía, por entonces, eran seres bastantes enigmáticos).

Por otra parte, el problema de la investigación genética en aquella época —con el estallido del asunto Lysenko, que escandalizó al mundo libre, al mundo de los investigadores, que no deben estar sometidos a las imposiciones políticas de un estado totalitario como lo estaban los soviéticos, los rusos, que no habían podido huir del paraíso estaliniano— era una tentación para la inteligencia y el amor a la libertad de François Jacob. Discutir razones científicas oponiéndoles el «materialismo dialéctico», ¡textos de Engels contra hechos experimentales! Eso sí que no podía ser. Jacob se lanzará a la aventura de la biología.

En las páginas siguientes se desarrolla la parte final del libro, con los recuerdos de la carrera de investigador desde sus comienzos, cuando consigue (como veremos) una beca en el Instituto Pasteur, hasta la remisión, conjuntamente con Jacques Monod, del manuscrito titulado «Genetic Regulatory Mechanisms in the Synthesis of Proteins», para su publicación en el *Journal of Molecular Biology*, la víspera de Navidad de 1960, diez años después de la llegada de Jacob a aquel laboratorio, granero de su obra fecunda. Volveremos a ello.

Empieza Jacob a oír hablar de mutaciones, de ácidos nucleicos, de transformación bacteriana. El libro de Jean Brachet *Embriología química* le abre un panorama fascinante. Desea meterse de lleno en ese mundo nuevo, pero para lograrlo ha de buscar «patrón», condición imprescindible para encontrar un puesto de trabajo en un laboratorio. Visitas a uno, a otro, a otro. Todos son corteses, le escuchan. Al fin, con gran satisfacción, recibe una promesa. Tendrá la posibilidad

de estudiar en el centro al que se considera Meca de la biología y de los biólogos franceses.

Ahora bien, es una beca escasa. Habrá de seguir cursos diversos (bacteriología, virología, inmunología) hasta lograr ponerse al día. Luego un laboratorio y el comienzo del trabajo. Mientras tanto, su esposa ha dado a luz un niño, Pierre, rubio, precioso. Ninguna de las dificultades que habrá de salvar en esa etapa de aprendizaje le arredrarán. Su tesón obtiene, por fin, el merecido premio. Tras varias negativas de André Lwoff, un día encuentra a éste de buen humor. Le admite en su laboratorio porque acaba de conseguir la «inducción de un profago». Aún se está preguntando Jacob si la suerte se le puso de cara por su insistencia y cabezonería o debido a la alegría que en Lwoff ha provocado la citada «inducción» ¿Inducción, profago? ¿Qué significará todo eso?

Ya tiene treinta años. Asiste a su primer seminario. Prueba de fuerza para un investigador, que ha de exponer su trabajo frente a un auditorio curioso y con frecuencia hostil. El expositor es un americano, y Jacob se perca de su desconocimiento del inglés hablado, sobre todo con aquel horrible acento nasal. Pero su descripción de la discusión que sigue es prueba patente de su talento. Se da cuenta de que está asistiendo a una nueva era de la biología, la que hoy llamamos «biología molecular».

Su encuentro con Monod es otra muestra de la fina ironía que Jacob vuelca a raudales. El carácter del que será su amigo y colega es áspero y Jacob recibe ríspicos continuos al dirigirse a Monod con demasiada ceremonia: «señor» por aquí y por allá. Decide estar unos días mudo, hasta que Monod salta: «Llámame viejo... ("vieux con"), pero háblame.» François decide hacerlo y usar el nombre de pila. François Jacob y Jacques Monod se tutearán desde entonces.

El problema de la «adaptación enzimática», que pronto se llamará «inducción enzimática», que estudia Monod constituye una de las claves de la genética molecular, a la que se une el de la inducción del profago, que está estudiando Lwoff. La capacidad asombrosa de algunos organismos bacterianos y víricos para adaptarse a condiciones ambientales nue-

vas mediante un cambio en la acción de sus enzimas, será el hilo conductor para su teoría sobre la acción génica.

Jacob es admirador de su maestro y también del nuevo compañero. El trío Lwoff, Monod y Jacob actúa de manera sinérgica y clarividente. Se complementan. De los dos más jóvenes, Monod es el espíritu lógico, Jacob el intuitivo. Junto a ellos el desfile de los «grandes» de la biología molecular: Lederberg, Luria y su discípulo Watson, Francis Crick, Max Delbrück y tantos más. Esa es la mayor grandeza de la obra que comento. Libro recomendable, como el de las *Memorias* o las *Reglas y consejos*, de Cajal, para todo joven biólogo universitario.

Hay que percibir y saber captar cómo surgen y cómo se desarrollan las ideas científicas. Hay que beber en esas fuentes de la ciencia viva hecha por hombres excepcionales, pero que son hombres, con sus debilidades, sus manías, sus defectos si se quiere. Anécdotas deliciosas abundan en esas memorias. Jacob cuenta algunas, pero en ciertos casos vela, cortésmente, el nombre del protagonista con una inicial, verbigracia en la del defraudador, cuya historia le revela un colega, a la vez que le ayuda a aprender inglés; en efecto, M. ha publicado datos y datos, todos falsos, de la cruz a la fecha, «de la A hasta la Z».

Entre anécdotas y desfile de personajes nos hace discurrir Jacob por su vida de estudiante; simultanea su trabajo en el Instituto Pasteur con su licenciatura en biología. También hay acontecimientos familiares, el nacimiento de nuevos hijos, las gemelas Laurent y Odile, con asombro del primogénito, Pie-

rre, que esperaba un hermano, pero no dos; más tarde, Henri. Un rubio, dos de pelo castaño, el último de pelo oscuro («parecía un beduino»), un verdadero muestrario de la variabilidad genética; una victoria sobre la guerra, sobre la muerte. Finalmente, su doctorado en ciencias (1954), con un tribunal presidido por Boris Ephrussi. Han terminado los ritos de iniciación, ya tiene su título de biólogo.

A continuación, un experimento crucial, en California, con Sidney Brenner. Logran, tras ímprobos esfuerzos, demostrar, mediante el marcado con isótopos radiactivos, que un ácido ribonucleico interviene en el proceso de formación de proteínas en el fago. Se da cuenta Jacob del encadenamiento de hechos. La lisogenia bacteriana, la mutación, la actividad esencial de los ácidos nucleicos. Está viendo el nacimiento de las etapas más fecundas de la biología molecular. Llegará la interpretación del problema de la «regulación génica». La genial «teoría del operón», con sus genes reguladores y represores.

Pero es, sobre todo, la ciencia «en vivo» lo que da valor a su «estatua interior», la de un hombre escéptico y entusiasta, con criterios claros en política y sobre todo en política universitaria. En el problema de enseñar e investigar, en atender a las masas crecientes de alumnos que crearán el clima que desembocó en el mayo francés de 1968. Hombre duro en su trabajo y tierno en la vida familiar. Amistoso con los colegas, pero crítico con todos. Materialismo, lógica y, al tiempo, una espiritualidad interior que es el venero de su fuerza de voluntad, de su tesón admirable. □

RESUMEN

Retazos de la vida de un biólogo es lo que él mismo, el Premio Nobel de Fisiología y Medicina François Jacob, nos cuenta en el libro comentado en estas páginas por el profesor Alvarado. En esta obra, que no es me-

ramente autobiográfica ni puede adscribirse del todo al género memorístico, el científico francés realiza una especie de introspección intimista, de rendición de cuentas, en donde se mezclan su vida y su trabajo.

François Jacob

La statue intérieure

Eds. Odile Jacob-Semil, París, 1987. 365 páginas. 98 francos.

Caos matemático, ¿una revolución científica?

Por Miguel de Guzmán

Miguel de Guzmán (Cartagena, 1936) es catedrático de Análisis Matemático de la Universidad Complutense y miembro de la Academia de Ciencias, además de presidente de la Asociación Matemática Española. Su campo de trabajo es el análisis armónico, con obras como Differentiation of Integrals in R^n y Real Variable Methods in Fourier Analysis.

¿Qué es el caos matemático? Si el lector dispone de unos minutos para entretenerse y tiene una sencilla calculadora a su alcance, puede ver aparecer ante sus ojos lo que los matemáticos entienden actualmente por «caos». Partimos de una expresión tan sencilla como la siguiente: $P(x) = 2,3x(1-x)$. Empezamos por dar a x un valor, por ejemplo $x = 0,32$. Calculamos $P(0,32) = 0,50048$. Ahora damos a x este valor en nuestra expresión, es decir, calculamos $P(0,50048) = 0,574999$. Repetimos este proceso, $P(0,574999) = 0,562062$, $P(0,562062) = 0,566140$... Al cabo de unas cuantas repeticiones del proceso vamos a parar al número $0,565217$, para el cual $P(0,565217) = 0,565217$ y, naturalmente, por más que repitamos nuestro proceso con él obtenemos ya el mismo número. El número $0,565217$ aparece partiendo de cualquier valor inicial entre 0 y 1, por ejemplo para $x = 0,15$.

Sucesión caótica

Hasta aquí no aparece nada que se pudiera denominar caótico, sino todo lo contrario, orden y uniformidad. Pero repitamos nuestros pasos partiendo de la expresión siguiente, aparentemente tan inocua como la anterior. Tomemos $Q(x) = 3,8x(1-x)$. Damos a x un valor entre 0 y 1, por ejemplo $0,32$. Al repetir el proceso obtenemos ahora, escribiendo sólo las dos primeras cifras decimales, los números siguientes: $0,54$ $0,94$ $0,20$ $0,62$ $0,89$ $0,35$ $0,87$ $0,42$ $0,92$ $0,25$ $0,72$... una sucesión de números «caótica» en la que no se observa ningún período, ningún acercamiento a un número determinado, ninguna regla aparente de formación. Si nos presentaran esta serie de números sin explicarnos de dónde proviene, podríamos pensar que se trata de una sucesión aleatoria de números entre 0 y 1.

En matemáticas, este tipo de caos controlado por ciertas reglas ha estado presente de alguna forma desde el siglo V a. de C., cuando los pitagóricos descubrieron el número «alógico», el irracional. Las cifras de la expresión decimal de $\sqrt{2} = 1,41421356237...$ pueden parecer salidas de una elección arbitraria de cifras entre 0 y 9.

Universalidad del caos. Un aspecto nuevo de las consideraciones actuales en torno al caos consiste en el descubrimiento, que comenzó a llegar a la luz hace unos veinticinco años, de que el comportamiento caótico está presente, de una manera muy peculiar, en una infinidad de los procesos matemáticos que modelizan aspectos de la naturaleza que nos afectan muy de cerca, tales como el tiempo meteorológico, las turbulencias de la atmósfera y del mar, la propagación de las epidemias,

las vibraciones de nuestro corazón, las ondas de nuestro encefalograma...

Desde que se empezó a explorar la naturaleza con instrumentos matemáticos hace muchos siglos, siempre se había ponderado la enorme complejidad de comportamiento de muchos procesos naturales frente a la simplicidad de las herramientas matemáticas. Y se intuía que para captar tal complejidad de la naturaleza sería necesario fabricar instrumentos conceptuales matemáticos mucho más sutiles que los presentes. Algo hacía pensar que los sistemas matemáticos simples no podrían explicar los comportamientos complejos de la naturaleza. Todo esto ha cambiado al observar que incluso sistemas matemáticos aparentemente de una transparencia y simplicidad suma, como las iteraciones de la función $P(x) = rx(1-x)$, pueden dar lugar a un comportamiento extraordinariamente enrevesado, caótico.

Un polinomio que explica plagas impredecibles. Precisamente la función $P(x) = rx(1-x)$ proporciona una buena modelización matemática para la evolución a lo largo de los años de una población de insectos que se reproduce estacionalmente una vez al año. Este es el modelo de Verhulst, en el que se tiene en cuenta la barrera que a la expansión continuada de la población opone la limitación del medio en que se encuentra. En $P(x) = rx(1-x)$, r es una constante que expresa la mayor o menor vitalidad reproductora de la colonia de insectos, y x , un número entre 0 y 1, es una medida de la población. En la época anterior a los años 60, la idea de los biólogos expertos en población era que la evolución caótica de muchas poblaciones de insectos se debía a la influencia de causas no recogidas en el modelo de Verhulst, es decir, que este modelo no era suficientemente sofisticado. Pero ya hemos tenido ocasión de ver cómo para ciertos valores de r , por ejemplo $r = 3,8$, aparece comportamiento caótico «en el mismo modelo matemático». Es decir, una población que siguiera exactamente este modelo matemático sencillo presentaría un comportamiento totalmente impredecible.

El ordenador, un microscopio para el caos. ¿Por qué resulta que hechos tan sencillos como el que acabamos de contemplar, caos en $Q(x) = 3,8x(1-x)$, no han sido descubiertos antes por los matemáticos? La irrupción del ordenador, especialmente del microordenador, hace unos veinte años, ha introducido en la matemática actual la posibilidad de realizar multitud de experimentos numéricos y gráficos que al matemático de hace cincuenta años le hubieran producido la muerte por tedio. Hoy tales experimentos constituyen una verdadera fuente de diversión y de placer estético. El experimento matemático, especialmente en el campo del caos, mediante el ordenador ha servido de guía extraordinariamente valiosa de multitud de investigaciones. La matemática en su vertiente creativa, es decir, en la fase de su invención, está muy lejos de ser una ciencia hipotético-deductiva, en la que de unos cuantos axiomas se deducen los teoremas.

Los descubridores del caos matemático. En gran medida el caos ha llegado a la matemática actual a través de los experimentos y observaciones de científicos de muy diferentes campos. Al comienzo de los años 60, un me-

teorólogo norteamericano, Edward Lorenz, encontraba el caos en su simulación matemática del tiempo meteorológico estudiado con un ordenador. Luego construiría modelos matemáticos y mecánicos más sencillos en los que aparecían estructuras caóticas. Sus trabajos permanecieron más de diez años enterrados en revistas de meteorología. A mediados de los años 70 un biólogo experto en poblaciones, Robert May, encontraba el caos en el modelo de Verhulst que hemos contemplado antes...

Los matemáticos por su parte poseían para entonces unos cuantos instrumentos con los que se podía intentar el estudio de los fenómenos que aparecían en diferentes áreas. Los sistemas dinámicos, desde comienzos de siglo, eran ya un campo bastante activo. La teoría geométrica de la medida, iniciada en los años 20 por Besicovitch, proporcionaba procedimientos de exploración de la estructura geométrica del orden subyacente en el caos. Los trabajos de Mandelbrot, en los años 60, aproximaron unos cuantos campos inconexos hasta entonces en análisis matemático: trabajos de Julia y Fatou de los años 20, la teoría de los conjuntos de Hausdorff de dimensión fraccionaria, la exploración numérica y gráfica mediante ordenador de diferentes tipos de estructuras matemáticas, aglutinando la teoría bajo el nombre de «fractales».

La obra de Gleick es un modelo de divulgación científica que hará época. El autor es redactor científico del diario *The New York Times* y ciertamente ha sabido conjugar en su trabajo el interés científico con el humano de manera magistral. Sin descender excesivamente a detalles técnicos, ha sabido proporcionar inteligibilidad, perfectamente accesible a los no iniciados, en un campo tan variado y rico como es el del caos, lo cual entraña un notable esfuerzo de asimilación, condensación y capacidad de comunicación. Al mismo tiempo, Gleick, a través de muchas entrevistas directas con bastantes de los científicos que en los últimos veinticinco años han intervenido más activamente en la evolución del estudio del caos, ha logrado formarse una idea muy exacta de lo que el caos representa en la ciencia actual y ha conseguido plasmarla con notable fuerza y dramatismo. No es de extrañar que la *American Mathematical Society*, en agosto de 1988, le haya concedido un importante premio por su trabajo expositivo.

Acertada dramatización

La obra no es una historia científicamente documentada sobre la evolución del caos, sino una acertada dramatización de algunos de los puntos básicos del tema centrada alrededor de unos cuantos de los personajes importantes de su desarrollo: Lorenz, Smale, May, Mandelbrot, Yorke, Ruelle, Feigenbaum, Libchaber, Barnsley..., y unos cuantos más. Con cierta razón se ha calificado este trabajo de «chauvinista» (M. Berry, *Nature* (330), 19 nov. 1987, pág. 294) por el relativo silencio en torno a contribuciones muy importantes realizadas por científicos soviéticos bastante antes de que fuesen retomadas por científicos norteamericanos.

La obra contiene 11 capítulos, cada uno enmarcando un tema específico con uno o varios científicos en el escenario, lo que le presta una visión más personal y viva. El orden es más o menos cronológico. Tal vez se podrían destacar los capítulos iniciales dedicados a Lorenz y la meteorología («El efecto de la mariposa»), May y la biología de poblaciones («Altibajos de la vida»), Mandelbrot y los fractales («Una geometría de la naturaleza»). Pero todos ellos son profundamente interesantes y recomendables. Una nutrida bibliografía que se encuentra entre las notas al final del libro puede ser de gran ayuda para quien se interese por profundizar en alguno de los temas tratados.

La traducción, aunque no perfecta en ciertos términos técnicos, es correcta. Su

adopción del término «los fractales», con preferencia sobre «las fractales» o «los fractuales» que a veces se puede oír, me parece muy acertada. En mi opinión es el término correcto lingüísticamente, adoptado ya por la comunidad científica y que sin duda se impondrá también entre periodistas y expositores científicos.

¿Una revolución científica? Para Gleick, como para muchos expertos en caos, éste representa el comienzo de una verdadera revolución científica. Es éste uno de los aspectos que aparecen en primer plano en la obra que comentamos. ¿En qué sentido se puede pensar en el caos como el germen de una revolución científica?

Antes de la aparición del caos eran prevalentes entre los científicos ciertos paradigmas, ciertos esquemas conceptuales sobre los que la comunidad científica basaba su proceder normal, tales como los siguientes:

a) «Sistemas simples se comportan de modo sencillo»: Un péndulo, un circuito eléctrico pequeño, una población de insectos aislada, deberían poseer estructuras sencillas, transparentes, fácilmente predecibles.

b) «Comportamiento complejo de un sistema implica causas complejas»: La evolución del tiempo meteorológico, el funcionamiento de un órgano biológico como el corazón, un fluido turbulento, constituyen sistemas complicados, inestables, impredecibles. Tal comportamiento tendría que ser debido a multitud de causas diversas cuya confluencia no podemos dominar conceptualmente en su totalidad.

c) «Sistemas diferentes se comportan de modo diferente»: La química de la neurona, la turbulencia que en el túnel de aire estudia el ingeniero aeronáutico, son sistemas cuyas componentes elementales son distintas. Su comportamiento global no debería tener mucho en común.

Tras los últimos veinticinco años de estudio del caos parece que se van imponiendo otras formas de pensar diametralmente opuestas que invalidan las anteriores:

a) «Sistemas conceptualmente simples pueden dar lugar a comportamientos complejos, caóticos, impredecibles»: Basta recordar el ejemplo con el que hemos comenzado $P(x) = rx(1-x)$. Pero son multitud los ejemplos semejantes que se podrían proponer en campos muy distintos, como el sistema que conduce al atractor de Lorenz o al atractor de Hénon.

b) «La complejidad de ciertos sistemas está producida a través del comportamiento sumamente simple de sus componentes»: La complejidad de la naturaleza no se debe a la gran multiplicidad de causas diferentes y complicadas, sino a la gran multitud de componentes muy simples y a la iteración múltiple de los sencillos procesos a que están sometidos.

c) «Las leyes de la complejidad son en gran medida universales, uniformemente válidas para un gran número de sistemas diferentes»: En sistemas muy diferentes puede suceder que, aunque los componentes elementales sean distintos, sin embargo los procesos que los aglutinan están regidos por las mismas leyes elementales. Hay una especie de isomorfía entre muchos sistemas naturales.

En conjunto, la obra de Gleick es muy recomendable para quienes deseen adquirir una visión panorámica de la intensa actividad científica que en los últimos años se ha desarrollado en torno al caos matemático. □

En el próximo número

Artículos de Juan Marichal, J. Vaquero Turcios, Miguel Querol, A. García Calvo, Joan Vilà Valentí, J. M. López Piñero y Sixto Ríos.

RESUMEN

Miguel de Guzmán, quien explica previamente qué se entiende por caos matemático, trae a colación un libro de divulgación científica de un periodista norteamericano, James Gleick, que es, a su juicio, un modelo a se-

guir en textos de este tipo por la manera que tiene de compaginar el interés científico y el humano; porque, sin descender a detalles técnicos, proporciona inteligibilidad perfectamente accesible a los no iniciados.

James Gleick

Caos. La creación de una nueva ciencia

Seix-Barral, Barcelona, 1988. 358 páginas. 2.700 pesetas.

La obstinación de la Iglesia española

Por Juan Marichal

Juan Marichal (Santa Cruz de Tenerife, 1922) es catedrático emérito de Harvard University, donde ha ejercido la docencia desde 1949, año en que se doctoró con Américo Castro en Princeton. Actualmente está asociado al Instituto Universitario «Ortega y Gasset». Es autor de *La vocación de Azaña*, *Teoría e historia del ensayismo hispánico* y *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana*.

En el último medio siglo España ha tenido una gran fortuna: la de ser objeto de estudio por grandes historiadores de otros países, particularmente de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. El enorme «hueco» causado en los estudios históricos españoles por la catástrofe de 1936-1939 y sus lamentables secuencias, ha sido en gran parte compensado por la atención prestada a España por investigadores foráneos. No es, ahora, la ocasión de mostrar cuánto deben los españoles a dichos hispanistas por haberles facilitado el enlace con el pasado de su patria, pero sí conviene acentuar un rasgo estilístico que desempeñó una función principal en la aludida recuperación: me refiero a la calidad literaria de la prosa de los historiadores franceses, ingleses y norteamericanos centrados en temas españoles. Es más, todavía hoy —cuando el retorno de la libertad de expresión a España ha generado un alud de publicaciones de todo orden sobre la historia nacional y local— resalta el contraste entre la economía estilística de los historiadores foráneos y la profusión hispánica.

El libro de William J. Callahan es un ejemplo de lo que acaba de apuntarse, porque la claridad y concisión de su prosa (sin olvidar su elegancia contenida) son particularmente apropiadas para un muy espinoso tema, usualmente tratado por autores a la vez farragosos y exaltados. Debe señalarse que el profesor Callahan es católico de nacimiento y convicción —y aunque es doctor de Harvard hizo sus estudios de licenciatura en la Universidad jesuita de Boston—, es persona, por lo tanto, con natural sensibilidad para la historia eclesiástica española. Es más, podría decirse que el profesor Callahan emprende su recorrido cronológico (1750-1874) por tierras de España animado por un esperanzado móvil, el de poder emitir un juicio encomiástico sobre la significación histórica de la Iglesia española en la época abierta por Carlos III y «reabierto» (diríase) por Cánovas del Casti-



ALFONSO RUANO

llo. Mas la ponderación estudiosa del profesor Callahan le obliga a mostrar cómo la Iglesia española (al igual que los expatriados franceses de la Gran Revolución de 1789) no olvidó nunca nada: ni tampoco aprendió nada. Por eso su admirable libro ofrece a los lectores españoles una exposición desoladora.

El profesor Callahan se traza un «camino inteligible» (como diría Toynbee), sin entrar en vastas consideraciones sobre las características peculiares de la Iglesia (o del Estado) en España, como han hecho autores «meta-históricos» —mi maestro Américo Castro y su gran rival Claudio Sánchez-

Albornoz, entre otros—, centrándose en un «ruedo ibérico» bien delimitado: el de las relaciones entre la Iglesia y el liberalismo, entendido éste en una amplia acepción política que comprende tanto el reformismo de Carlos III como el pragmatismo de Cánovas del Castillo.

La «modernización»

Asistimos así, en las páginas tan ecuanímes de Callahan, a un enigmático —y cuán doloroso para tantos católicos y más aún para tantos «liberales» españoles!— drama espiritual: el de la obstinación de la Iglesia española a combatir lo que en términos actuales llamaríamos la «modernización» de España. El profesor Callahan distingue cronológicamente las fases de dicho drama, y así de su ceñido relato (siempre, como todo gran historiador, ¡en el «terreno del toro»!) se pueden desprender las siguientes «jornadas»: 1759-1789, 1789-1812, 1812-1823, 1823-1833, 1833-1868, 1868-1874. El «drama» tiene un argumento muy sencillo: los «reformadores» españoles fracasan en su aspiración de conseguir la adhesión de la Iglesia a la transformación de España en un país moderno, aunque no cejan en sus intentos ni tampoco dejan de

afirmar repetidamente la especial relación de su patria con el catolicismo.

El profesor Callahan habla así, acertadamente, de una «tradición liberal» española, desde 1812 a 1931, la de «no» romper con la Iglesia, aun en momentos de grandes tensiones políticas y sociales. En suma, lo que Manuel Azaña reprochaba a la burguesía liberal española del siglo XIX —la falta de arrestos intelectuales para atreverse a proclamar una absoluta libertad de conciencia— queda documentado en este libro, pero por razones muy distintas a las apuntadas por el estadista republicano: el profesor Callahan atribuye la actitud siempre prudente y cautelosa de los liberales (de todo signo) a un sentido de responsabilidad histórica determinado por todo lo sucedido en España desde mediados del siglo XVIII.

La primera jornada (1759-1789) del drama considerado por Callahan es quizás uno de los mejores capítulos del libro (recordemos de paso que la tesis doctoral del autor versó sobre un aspecto del siglo XVIII español) y, en cierto grado, proyecta esa fusión de melancolía histórica y utopía retrospectiva que ha caracterizado el casi tedioso despliegue de celebraciones recientes en torno a los tiempos

En este número

Artículos de

Juan Marichal	1-2	Joan Vilà Valentí	8-9
Joaquín Vaquero Turcios	3	José María López Piñero	10-11
Miguel Querol	4-5	Sixto Ríos	12
Agustín García Calvo	6-7		

SUMARIO en página 2





La obstinación de la Iglesia española

de Carlos III. Mas, como éstas, Callahan ha contribuido notablemente al conocimiento de una España «ilustrada» que fue una verdadera realidad histórica. Señala así que un número apreciable de los más destacados eclesiásticos —por su formación intelectual y su profunda religiosidad— dieron a la Iglesia española de aquella época una vitalidad espiritual que no volvería a repetirse. E insiste Callahan: «La élite eclesiástica constituía, dentro de la sociedad española, un grupo de alta distinción intelectual».

Los visitantes extranjeros que recorrían España por vez primera y se sorprendían por su apariencia «monacal» (dada la abundancia y la visibilidad de frailes y sacerdotes en los centros urbanos), se equivocaban si juzgaban que el país estaba regido por la Iglesia. O más precisamente, la Iglesia era un instrumento de los Borbones en sus proyectos de transformación de España, y se podría incluso verla como un cuerpo de funcionarios públicos enteramente identificados con los propósitos reformadores de los monarcas y sus ministros. Sin embargo (como ha demostrado Gonzalo Anes), el peso económico de la Iglesia —particularmente en Castilla— era

abrumador para el pueblo español: la catedral de Toledo, por ejemplo, contaba con 237 «empleados» (canónigos, capellanes, músicos, etcétera), un contingente eclesiástico sólo superado en todo el mundo por San Pedro en Roma.

Tampoco puede decirse que la «Antigua Iglesia» había desaparecido completamente después de 1759, como lo mostró el «Asunto Olavide» en 1776, que sembró viejos temores por toda España al poder inquisitorial y confirmó fuera de ella que su nueva imagen «europea» era ilusoria. El profesor Callahan advierte, no obstante, que Carlos III prestó cuidadosa atención a la selección de Inquisidores Generales; mas la muerte del rey en 1788 y el terremoto europeo que fue la Gran Revolución de 1789 afectaron decisivamente el curso de la historia española.

Las cinco jornadas siguientes en el drama expuesto por Callahan son fases de un continuo proceso histórico: el del declinar del poder de la Iglesia al oponerse al liberalismo ascendente de la burguesía española. La segunda jornada (1789-1812) marcó, sin embargo, un inicial resurgir de la «Antigua Iglesia», aunque también se observa la extensión de las ideas y actitudes importadas del Sínodo de Pistoia (1786): Callahan llega, incluso, a hablar de una «guerra ideológica» dentro de la Iglesia y de las alternancias en el poder de retrógrados y reformadores entre 1789 y 1812. Pero la invasión napoleónica de 1808 fue un cataclismo que marcó para todo el siglo siguiente la sociedad, el Estado y la Iglesia de España. De ahí que Callahan considere que las Cortes de Cádiz —consecuencia directa de la francesada— representaron para la Iglesia española una encrucijada de prolongadas consecuencias: no se trató nunca allí de poner en duda el papel central de la Iglesia en la vida española y su relación con las instituciones estatales. La élite eclesiástica (dividida entre liberales y conservadores) tenía que aceptar que la nueva burguesía española —educada católicamente, pero con ambiciones de poder económico y social semejantes a las de sus equivalentes transpirenaicos— iba a «desprenderse» de la tutela espiritual de la Iglesia.

El anacrónico paréntesis de Fernando VII pareció detener las aspiraciones progresistas de la burguesía española, pero a partir de su

muerte (1833) la Iglesia española persistió en resistir los cambios impuestos por la nueva realidad histórica española. Y el profesor Callahan observa que no se ha reflexionado con serenidad ideológica sobre la arraigada hostilidad de la Iglesia a todo lo que representaba la nueva España del liberalismo. Los frailes trabucaires —los cien sacerdotes armados que murieron en Cervera en 1822— no son fácilmente explicables: ¿convendría acercarse a su peculiaridad con los métodos aplicados en México a los «cristeros» contemporáneos? La Iglesia española es todavía un enigma histórico que requiere numerosos trabajos de historia local en los archivos eclesiásticos de todo el país.

La «gran acomodación»

La jornada 1833-1868 (la del triunfo espiritual del liberalismo) tiene un punto cronológico central: el 16 de marzo de 1851, la fecha del Concordato firmado por Juan Bravo Murillo con Roma. Podría llamarse, un tanto valle-inclanescamente, como «la gran acomodación» de la Iglesia (y, sobre todo, de Roma) con la burguesía liberal española de la rama «moderada». Los progresistas se habían esforzado por crear una clerecía liberal, y los moderados vieron, en cambio, en la Iglesia un factor de considerable estabilidad social.

Puede así concluirse con el profesor Callahan que la alianza de Estado e Iglesia persistirá en España entre 1851 y 1931. De hecho, el presupuesto estatal de Culto y Clero dio a la Iglesia una notable regularidad de ingresos, en contraste con las fluctuaciones determina-

das por los procedentes (como antes de la Desamortización) de la producción agrícola. Por otra parte, aunque los eclesiásticos se negaran a admitirlo, todos los cambios aludidos obligaron a la Iglesia a intensificar sus actividades pastorales. De lo cual se derivará, en parte, la expansión de las órdenes religiosas, desde 1874, con variadas consecuencias, que el profesor Callahan estudiará en el volumen dedicado al siglo XX, y que es «un gran paquete» (como diría García Márquez). Pero sin duda estamos ante un gran libro de historia de España, de historia «historiable». En estos días se escribe en España mucha historia sobre temas anodinos —que, en verdad, no deberían constituir objeto de estudios impresos— porque (como decía Américo Castro) no todo es «historiable». Un «objeto» —¿y de qué dimensiones!— que «sí» es historiable es la Iglesia de España. Y justamente hoy, cuando, en gran medida, la Iglesia española ha desempeñado un papel clave (aún por estudiar) en la restauración de la democracia en este país, y cuando abundan los historiadores eclesiásticos de serena disposición intelectual, podría intentarse un nuevo género «desde dentro» que contribuyera sustancialmente a una historia «total» de España. Sólo quisiera añadir, para terminar estas breves páginas, que el profesor Callahan era visto como un verdadero quijote por sus compañeros de doctorado en Harvard: ¡dedicarse a la historia española cuando la historiable era la europea transpirenaica! Quizá sea pertinente indicar que el libro del profesor Callahan se ha reimpresso ya en Harvard; prueba, a la vez, de su calidad y del interés creciente, fuera de España, en sus grandes enigmas históricos. □

Qué es

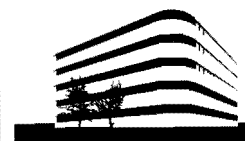
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del *saber*. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista **SABER/Leer**. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«La obstinación de la Iglesia española», por Juan Marichal, sobre el libro <i>Iglesia, poder y sociedad en España</i> , de William J. Callahan	1-2
«Un caballete en el cerebro», por Joaquín Vaquero Turcios, sobre el libro <i>Hallucinations and their impact on Art</i> , de Edmund M. R. Critchley	3
«Las teorías musicales en el Renacimiento», por Miguel Querol, sobre el libro <i>Humanism in Italian Renaissance Musical Thought</i> , de Claudio V. Palisca	4-5
«¿Qué es lo que escribe la escritura?», por Agustín García Calvo, sobre los libros <i>The origin of Writing</i> , de Roy Harris, y <i>La scrittura. Ideologia e rappresentazione</i> , de Armando Petrucci	6-7
«Una generación de geógrafos», por Joan Vilà Valentí, sobre el libro <i>Geografía humana</i> , de Rafael Puyol, José Estébanez y Ricardo Méndez	8-9
«Cajal y la Escuela Histológica Española», por José María López Piñero, sobre el libro <i>El maestro y yo</i> , de Pío del Río Hortega	10-11
«Modelización matemática», por Sixto Ríos, sobre el libro <i>Ill-posed problems in the Natural Sciences</i> , de A. N. Tikhonov y A. V. Goncharsky	12

RESUMEN

Entre la amplia bibliografía que hispanistas franceses y anglosajones vienen dedicando a la historia reciente de España —bibliografía que destaca por el rigor investigador

y la excelencia de la prosa empleada—, Juan Marichal escoge el libro de un profesor norteamericano que estudia con sensibilidad la historia eclesiástica española.

William J. Callahan

Iglesia, poder y sociedad en España

Narea, Madrid, 1989. 340 páginas. 2.690 pesetas.

Un caballete en el cerebro

Por Joaquín Vaquero Turcios

Joaquín Vaquero Turcios (Madrid, 1933), pintor y escultor, inició su formación artística en España con su padre, el pintor Joaquín Vaquero, y la continuó en Italia, donde realizó también estudios de arquitectura. Es Premio de Pintura de la Bienal de París y ha obtenido otros muchos galardones. Ha desarrollado una amplia actividad en el campo de la pintura mural y la escultura integrada en el espacio urbano.

«Sí, es cierto que puedo soñar despierto durante horas y que los cuadros caen en mi mente como diapositivas... Veo pinturas extraordinariamente bellas.»

Francis Bacon

«El pintor no debe sólo pintar lo que tiene delante de él, sino también lo que ve dentro de él. Si no ve nada dentro de él, no debe pintar lo que tiene delante.»

Caspar David Friedrich

Estamos sentados en un salón oscuro. Por el estrecho corredor que conduce a la fachada sobre la calle, van y vienen continuamente nuestros mensajeros. Se asoman al balcón iluminado por el sol y miran con avidez hacia la calle. Ven el cielo, las nubes, la gente que pasa, los letreros de las tiendas, las ramas de los árboles. Luego, echan a correr muy agitados, casa adentro por el largo corredor que va haciéndose cada vez más oscuro. Al final, avanzan a tientas hasta encontrarnos, llamándonos en la oscuridad. Entonces se acercan y, atropelladamente, con la respiración entrecortada por la carrera, describen cuanto han visto. Oyéndoles, nos parece estar nosotros mismos acodados en la barandilla, con el sol en la cara, viendo árboles, nubes y gentes que se mueven.

Se ha hecho de noche, pero el vaivén no ha cesado. En el balcón siguen brillando los ojos de nuestros mensajeros. Mientras unos permanecen allí, otros corren a contarnos cómo es la Osa Mayor, la forma de la luna y el esplendor de su reflejo sobre el agua. Su palabra es tan viva y precisa que, cuando nos lo cuentan, vemos el brillo refulgente de Venus, un brillo tan intenso que queda grabado en nuestra memoria y podemos volver a verlo más tarde, a voluntad, cuando ya se han corrido las cortinas del balcón y la casa ha quedado en silencio.

Se diría que entonces, envueltos en la tiniebla del salón, deberíamos quedar a solas con los recuerdos acumulados de las narraciones de la jornada, imágenes nítidas o vagas archivadas en las estanterías que cubren las paredes. Pero no es así. En las otras estancias escondidas de la casa hay también mensajeros. Estos se acercan despacio con pasos aterciopelados, sin equivocarse nunca de camino. Suben estrechas escaleras, abren y cierran puertas suavemente. Y al llegar a nuestro lado nos susurran palabras al oído. «He visto —nos dicen— varios destellos blancos en la bóveda del atrio principal, que han ido acelerando sus apariciones hasta convertirse en un río de luz que serpenteaba y se movía como un ciempiés de piedras preciosas...» «Yo, en cambio —dice el segundo— sé dónde pueden verse figuras flotantes que se elevan subiendo hasta la cúpula...» «¡Yo he visto una montaña de cristal!» —grita un tercero. Y sus palabras son tan expresivas que nos parece haberlo visto, estarlo viendo en aquel mismo momento. Bien es verdad, que muchas veces, por la oscuridad y la levedad de los susurros, no conseguimos grabar los mensajes con fuerza suficiente y, menos todavía, archivarlos en su debido lugar. Cuando queremos recordarlos, volver a examinar sus imágenes, rastreamos a tientas el lugar donde pensábamos que estaban provisionalmente apilados y, al ir a cogerlos, no los encontramos o se nos caen por

entre las rendijas del suelo, perdiéndose en el profundo sótano que hay bajo la habitación.

En otras ocasiones, cuando estamos tranquilos, podemos buscar imágenes archivadas muy precisas y proyectarlas, combinándolas con otras de distinta estantería. Se consiguen así nuevas composiciones o deformaciones controladas de escenas, espacios o colores. Con ello, a pesar del esfuerzo requerido, conseguimos una gran satisfacción. Es como si viviésemos nuestro propio balcón y viésemos solamente lo que queremos ver, sin depender de la agobiante insistencia de los mensajes.

Por último, alguna rara vez (a nosotros nunca nos ha sucedido) cuentan que un mensajero del interior remoto de la vivienda se ha atrevido a tomar de la mano, como si fuera un lazarillo, al dueño de la casa que estaba sentado en su sillón. Le ha hecho levantarse, conduciéndole hacia la fachada trasera, donde se abre un balcón que da al profundo patio interior. Asomado a él, el dueño vio con sus propios ojos cosas nunca vistas, celestiales y horribles, luminosas y oscuras. Cosas que, según dicen, ninguna narración de mensajero podría nunca llegar a igualar.

Doble invasión

Permitásenos esta escenificación tan libre de los procesos que tienen por resultado la apretujada convivencia de nuestro yo con toda clase de imágenes: las que llegan de fuera, por la vista, o de dentro, por el sueño; las que surgen de nuestra imaginación y las que son producto de alucinaciones, con sus mezclas posibles. Es una invasión casi continua, que en forma de mareas nos arrastra e involucra en dos mundos visuales distintos: el exterior, la llamada realidad, y el interior, no menos real y no menos ajeno. Ambos están totalmente formados, terminados plásticamente, y nos proporcionan casi todo el material que vemos, imponiéndonoslo. El núcleo de nuestro yo, capaz de recibir, procesar, alterar o crear nuevas imágenes voluntariamente («transformo y creo imágenes, luego soy», podríamos decir), encuentra difícil, a menudo, defenderse de esa asfixia de su individualidad. Sólo cuando el sujeto es artista, de palabra o de mano eidéticas, le es posible luchar, devolviendo golpe a golpe, bien sea creando objetos en los que rechaza, hace rebotar, devuelve al remitente la imagen, o bien devolviéndola transformada, contraatacando la invasión de visiones ajenas, del mundo exterior, con otra invasión de sus propias imágenes.

Hace casi veinte años, con motivo de una detenida lectura de *La Divina Comedia*, a la que estaba felizmente obligado para poder ilustrarla, tuve la evidencia de esta estructura de la visión, para uso exclusivo de pintores. Desde entonces me ha servido para el juego apasionante de confirmarla.

Quien penetre en las visiones celestes o infernales de Dante —mensajero de excepción— debe dejar toda esperanza. Ya no podrá olvidar ese mundo visual fotogénico, polucionante, envenenado, deslumbrador. De él tendrá que peregrinar al precedente de Ibn Arabí, que no sólo describió lo que veía, sino que también lo dibujó, igual que San Juan de la Cruz. Visiones coránicas o apocalípticas y de místicos de todo tiempo y lugar; pinturas de enfermos mentales; imágenes inducidas por la droga; palabras, formas y colores de poetas, escultores, arquitectos y pintores visionarios que reflejaron como pudieron la intensidad de las imágenes de la realidad interior (quizás —podría aventurarse— como una necesaria defensa o terapéutica inconsciente).

Lo que del estudio comparativo y sistemático de todo ese largo catálogo iconográfico puede deducirse, es extraordinariamente curioso: el espectáculo interior que ven los visionarios es, para todos ellos, el mismo, sea cual sea el camino recorrido para alcanzarlo. Se trata de un territorio perfectamente definido, un paisaje real que se visita casi siem-



VAQUERO TURCIOS

pre siguiendo un itinerario parecido, pasando por puntos obligados, por emociones previstas con apariciones abstractas o figurativas reconocibles a través de descripciones muy distintas. No es éste el momento de extenderse más en el tema, que he tratado anteriormente en algunas conferencias, de las cuales una, «Paisaje, arquitectura y arte: simbiosis visionarias», fue en la Fundación Juan March. Pero sí de reseñar con alegría la aparición de un libro que viene a traer una densa información al respecto.

Hallucinations and their impact on Art, del que es autor el psiquiatra británico E. M. R. Critchley, publicado recientemente, es un apretado estudio de todas las alteraciones psicóicas o fisiológicas que tienen por efecto producir alucinaciones. El fenómeno alucinatorio en la historia, las visiones resultantes de la privación de estímulos sensoriales, los estados de alteración de la conciencia, las alucinaciones focales y las inducidas por la droga son sólo algunos de los capítulos, apoyados en una casuística y una bibliografía muy extensa y actual.

Esquirol definió las alucinaciones en 1817 como «percepciones sin objeto». Hay dos clases, situadas en la frontera entre la neurología y la psiquiatría: las orgánicas, producidas por la epilepsia o por lesiones cerebrales, y las funcionales, provocadas por desórdenes psicóticos o inducidos por la droga. Una tercera clase, las pseudoalucinaciones, tienen un ca-

rácter distinto. La imagen mental es percibida, incluso tolerada y fomentada, pero valorada como ficticia. Todos hemos tratado de prolongar voluntariamente un sueño y lo hemos logrado con una extraña mezcla de imaginación asociada a la invasión inconsciente de las imágenes. Algo semejante es la gestación de la idea estructural de un cuadro.

Además de las alucinaciones pueden asaltararnos las ilusiones o los delirios, es decir, las interpretaciones erróneas de datos externos recibidos o las falsas certezas, contrarias a la razón.

Critchley nos conduce como Virgilio a través de una multitud de antiguos fantasmas, «fantasmata», o nos hace también conocer estudios recientes como los de R. K. Siegel, «Hostage hallucinations» (*Journal of Nervous and Mental Disease*, 1984), un espeluznante trabajo, por más de un concepto, sobre las alucinaciones de las víctimas de los secuestros aéreos colectivos o de las individuales de todo tipo, las de los prisioneros de guerras recientes o las de las víctimas de violaciones y violencias diversas.

Visión y pintura

Nos describe también la «South Atlantic Anomaly» que experimentan los astronautas al atravesar un cinturón de radiación cósmica, cuando los iones pesados y los neutrones excitan directamente la retina y producen fluorescencias en el humor vítreo y fosfenos blancos, lo que se conoce como el «efecto de Cerenkov». Nos habla del «síndrome de Gulliver», alteraciones en la interpretación de las dimensiones de la realidad, o de las «visiones del filósofo», propias de ancianos de mente intacta y que pudieran tener alguna relación con particulares alteraciones en la obra última de artistas muy longevos. Del mismo modo cauto —como debe hacerse—, estudia una serie de biografías de pintores y los incidentes patológicos que pudieran haber tenido una influencia en su obra a través de alteraciones de la visión, de la percepción o de desórdenes en la figuración mental.

Sueños, visiones, experiencias hipnagógicas, pesadillas, estados oníricos en el curso de delirios; sinestias o desencadenamientos de sensopercepciones por estímulos distintos de los que corresponden; alucinaciones liliputienses; intensificación de las percepciones formales, gráficas, cromáticas y de toda especie; «déjà vu», es decir, impresiones de haber visto ya una determinada imagen sin que en realidad sea así; aumentos inexplicables de la definición visual; son todas, para un pintor, materia pictórica, imágenes pintadas o pintables que vemos claramente proyectadas en una recóndita pantalla situada en algún punto del córtex occipital. La relación de estas imágenes con las propuestas por nosotros sobre la tela está llena de misteriosas ambigüedades: ¿Es la obra de arte una pseudoalucinación para el autor y para el espectador? ¿En qué grado está relacionada la creación y la contemplación de la artes plásticas con nuestro metabolismo de imágenes intrusas y propias? ¿Es el cuadro imagen interior o exterior, o es quizás ambas cosas a la vez, como si el lienzo fuese parte de una imaginaria cinta de Moebius? □

RESUMEN

Para un artista plástico como Vaquero Turcios, la apretujada convivencia de nuestro yo con toda clase de imágenes resulta una experiencia fascinante. Todo esto lo trae a colación, en su comentario, por haber leído

una obra de un psiquiatra británico, que es un estudio de todas las alteraciones psicóicas o fisiológicas que tienen por efecto producir alucinaciones. Por su especialidad, Vaquero Turcios lleva el fenómeno al terreno pictórico.

Dr. Edmund M. R. Critchley

Hallucinations and their impact on Art

Carnegie Press, Preston, 1987. 185 páginas.

Las teorías musicales en el Renacimiento

Por Miguel Querol

Miguel Querol (Ulldecona, Tarragona, 1912) es doctor en Filosofía, ex director del Instituto Español de Musicología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y miembro del Presidium de la Sociedad Internacional de Musicología. Ha publicado unos 25 libros y escrito más de 200 obras. Es Premio Nacional de Música.

Desde que Gustave Reese (1899-1977) publicó su impresionante monografía *Music in the Renaissance* (New York, 1949), ningún otro libro verdaderamente importante sobre el Renacimiento musical se ha editado durante los últimos cuarenta años, con haber sido publicados algunos por musicólogos de tanto renombre como F. Blume y C. Gallico. Solamente el libro de Claudio Palisca, profesor de Musicología en la Universidad de Yale, objeto de esta recensión, conlleva una gigantesca y nueva aportación al conocimiento de las teorías musicales de una época tan apasionante como es el Renacimiento. La obra de Palisca, que ha obtenido el Primer Premio de la Sociedad Internacional de Musicología, es tan densa como extensa, y a veces difícil, por lo cual me he esforzado en dar una idea del contenido, evitando los aspectos más abstrusos, de manera que las líneas que siguen sean asequibles y comprensibles para todos los lectores. Resumen, pues, los catorce capítulos, añadiendo de pasada algunas anotaciones más relacionadas con el Renacimiento musical en España.

Cambio de estilo musical

El capítulo I es como una introducción general. Hace mucho tiempo, dice, que los historiadores saben que existió una relación entre el resurgir de las ideas de la antigüedad grecorromana y los cambios de estilo musical en la época llamada Renacimiento, pero la demostración en el campo de la música es mucho más difícil que en las otras artes, pues mientras de la arquitectura y literatura antiguas quedaron numerosos monumentos, los musicales son muy pocos, incompletos y de difícil comprensión. Después de tantos años de hablar del Renacimiento, el profesor Palisca comprueba que nadie ha estudiado el camino por el cual el pensamiento griego llegó a los músicos del Renacimiento, y que los hombres más responsables de la transmisión de las doctrinas musicales griegas han sido ignorados. En efecto, nombres tan fundamentales como Prieto d'Abano, Giorgio Valla, Carlo Valgolio, Antonio Gogava, Francesco Burana y Nicolo Leonceno, entre otros, eran desconocidos hasta que los diera a conocer el doctor Palisca. ¿Pero el Renacimiento musical es estrictamente italiano? Los historiadores de la música asocian el Renacimiento con Francia, Países Bajos e Italia, de donde se extendería a España, Portugal, Alemania, Inglaterra y Este de Europa. Howard Mayer Brown afirma que todos los grandes músicos del Renacimiento pertenecen a la escuela francoflamenca. Se reconoce que el ímpetu renacentista en bellas artes, literatura y filosofía se da en Italia antes que en las otras naciones, pero no en la música. H. Bessler recuerda que la palabra «Renaissance» es francesa y que los primeros en usarla como expresión de un estilo de cultura fueron los historiadores J. Michelet y J. Burckhardt a fines del siglo XIX, y son tantos los sentidos que se han atribuido a esta palabra que W. K. Ferguson publicó un libro titulado *The Renaissance in Historical Thought. Five Centuries of Interpretation* (Boston, 1940). Un musicólogo tan sólido como L. Schrade niega que el Renacimiento musical tenga algo que ver con la imitación de la antigüedad. No obstante, Palisca, convencido de que el Renacimiento musical tiene su origen en Italia, intentará probarlo a lo largo de su densa y extensa monografía. Es un hecho

tan cierto que hubo tal abundancia de teorías musicales en la Italia de los siglos XV y XVI, que K. Jeppesen pudo hablar de «la locura teórica musical». Muchos de los tratados teóricos fueron escritos por encomienda de famosos líderes civiles o religiosos, como por ejemplo el *Complexus affectuum musicus*, de Tinctoris, por encargo de Beatriz de Aragón, hija de Fernando de Nápoles.

El autor es algo reiterativo en los temas y el tratamiento de éstos por los distintos teóricos. Así, en este mismo capítulo, a manera de minisíntesis, nos dice que Glareano y Gafurio se equivocan al identificar los modos griegos con los eclesiásticos, y que M. Nardo opina que la primera cosa a ser tenida en cuenta por el compositor es considerar los sentimientos que quiere despertar en el oyente y, en consecuencia, escoger el modo musical adecuado. Por su parte, J. Sadoletto propugna la sujeción de la música a la letra. Gafurio y otros, siguiendo el *Timeo* de Platón, creen que el Cosmos es una armonía. Esta creencia es refutada por Tinctoris y Francisco de Salinas. Las teorías de Pitágoras que derivan las consonancias convertibles a proporciones numéricas fueron derrumbadas por Fogliano. Este define la consonancia de acuerdo con el placer que dos sonidos simultáneos proporcionan al oído, y la disonancia con la unión de dos sonidos que no le causan placer. Galilei proclama que físicamente no existe una diferencia natural entre una consonancia y una disonancia, y que hay una infinidad de intervalos. La emancipación de la armonía de las teorías aritméticas fue una de las conquistas mayores del Renacimiento.

En el capítulo II, «El redescubrimiento de las fuentes antiguas», Palisca, haciendo una meritoria labor de bibliógrafo, escribe el catálogo de todos los escritos de música antigua en griego y sus traducciones en latín que se han conservado. Constata que el «corpus» de estos escritos fue descubierto por los humanistas a mediados del siglo XV y comentados a fines del mismo siglo. Cita los principales coleccionistas y bibliotecas donde se encuentran actualmente, resaltando la importancia de las bibliotecas de San Marcos, de Venecia; la Estense, de Módena; la Laurenciana, de Florencia; y la Vaticana, de Roma. Pero ¿qué conocimiento de los teóricos griegos tenían los teóricos del Renacimiento? Conocían, dice Palisca, el tratado de Boecio que contiene doctrinas de Nicómano, Gaudencio y Ptolomeo y, a través de éstos y de Aristides Quintiliano y Alipio, las teorías de Pitágoras y Aristóxenes. Para Boecio, la música es una ciencia matemática, una rama de las matemáticas. Esta es la razón por la que la música se enseñó en las universidades, y también nos explica por qué los teóricos españoles fueron más originales y adelantados que los preceptistas de las bellas artes, pues éstas no tuvieron categoría universitaria hasta los tiempos modernos (cf. Menéndez Pelayo, *Historia de las Ideas Estéticas en España*, volumen II, capítulo XII, Madrid, 1947).

Primitivos teóricos

En los capítulos III-V estudia los primitivos teóricos humanistas, Pietro d'Abano, Giorgio Valla y Carlo Valgolio. D'Abano (1250-1315) fue el primer comentarista de los *Problemata* del pseudo-Aristóteles. Sus comentarios, difundidos de mano en mano por escrito, «dieron al pensamiento musical una dirección desconocida de los demás escritores así antiguos como modernos». Médico de profesión, dedicó un capítulo a la influencia de la música sobre el pulso humano. Estudia cómo se produce el sonido y habla de la vibración por simpatía. Aristóteles llamó «nomoi» a determinadas «fórmulas melódicas», pero D'Abano dice que se llaman así porque, antes de saber escribir la gente, las leyes eran cantadas. Cree que los griegos practicaron ya el «Organum». Afirma que la escala de ocho no-

tas nació de la unión de dos tetracordos añadiéndoles la octava. G. Valla escribió una Enciclopedia de 49 libros, dedicando cinco de ellos a la música. En 1488 tradujo los *Problemas*, de Averroes (1120-1198), detalle muy importante para mi personal punto de vista de que el Renacimiento musical español, a diferencia del literario, no es fundamentalmente deudor al Renacimiento italiano. En sus cinco libros fusila las enseñanzas de Plutarco, Ptolomeo, Aristides Quintiliano y sobre todo de Brienio. Compara las cuerdas del tetracordio con los cuatro elementos. Establece relaciones entre los sonidos musicales y los planetas y los afectos humanos. En el libro II trata de la música audible como arte y como ciencia. Contra los pitagóricos sostiene que los números no pintan nada en la experiencia del diapasón y de la melodía. Sólo admite como consonantes los intervalos de cuarta, quinta y octava. En el III estudia la teoría de los intervalos, géneros, tonos, sistema de quince notas y consonancias. Una melodía que empieza en la «mese» y, después de recorrer todas las notas de la escala, termina en la misma «mese» es perfecta. «Los cinco libros de Valla —dice Palisca— son “una ventana abierta a la vasta herencia de las teorías griegas”, y las soluciones prácticas que da a los cantores debieron de tener mucho interés para los músicos de comienzo del siglo XVI.» Incidentalmente habla de Ugolino de Orvieto, de Marchettus de Padua y de Tinctoris.

Educación musical

C. Valgolio entra en la música no a través de la ciencia, sino de la filosofía moral. Su obra principal es un ensayo, a guisa de prólogo, a su traducción latina del tratado *De Musica* de Plutarco. En este prólogo nos habla de la existencia de los Scolion, tipo de canción de mesa que cada comensal cantaba por turno, sosteniendo en la mano una ramita de mirto que pasaba a su vecino. Señala varias de estas canciones en las comedias de Aristófanes. Usa las palabras «modus» y «modus», así como «concentus» y «armonía», para definir el «melos» griego, que para Valgolio abarca la melodía y armonía juntamente. También escribió una *Respuesta a un contrario de la música*, donde entre otras cosas dice que «la parte de la mente que no está bajo el control de la razón, debe ser puesta bajo su control mediante la música». En la educación musical sigue a Aristóteles. El tratado de Plutarco traducido por Valgolio es el que más información trae sobre la música griega, y su traducción fue la más leída por los músicos humanistas del Renacimiento. Palisca dedica el capítulo VI a los primeros traductores, que no eran músicos. Según nuestro autor, en todo el Renacimiento solamente hubo tres teóricos que sabían griego suficiente para leer las obras en su original: Bottrigari, Fogliano y el español Salinas. A petición de Gafurio, Burana tradujo el *De Musica* de Aristides Quintiliano y los *Harmonici* de Brienio, y N. Leonceno los *Harmonici* de Ptolomeo, para él «el más perfecto de todos». Su traducción, completamente literal, es oscura. Los tradujo también B. Augio más libremente, pero no menos oscuro. Cada traductor habla mal del otro. Con el manuscrito de Augio se encuentra la *Harmonica Introductio* de Gaudencio, que contiene elementos originales como, por ejemplo, que los tonos pueden multiplicarse a la distancia de un semitono, aceptando la existencia de un modo hiperfrigio, que negaba Ptolomeo. El otro gran traductor es A. Gogava († 1569 en Madrid). Fue el primero que hizo la traducción completa de Ptolomeo y, a requerimiento de Zarlino, los *Elementa Harmonica* de Aristóxenes. Dice Gogava que «es la experiencia del auditorio y no los números lo que determina las leyes de la armonía». Galilei, un convicto aristoxeniano, abrazó la idea de separar la práctica musical de la investigación científica de las razones y veloci-

dades. E. Bottrigari tradujo a Aristóxenes, Boecio y el tratado *De audibilibus* del pseudo-Aristóteles, en el que son más claramente expresados que en ninguna otra fuente algunos elementos teóricos.

En el capítulo VIII trata de la música de las esferas. La tradición de la música cósmica viene de Pitágoras y Platón. Rechazada por Aristóteles, revivió por Cicerón y sus comentaristas. El texto ciceroniano lo constituyen unas páginas del libro VI *De Republica* conservadas por el apologista Macrobio del siglo IV. Se conocen con el título de *Sueño de Escipión*, que yo mismo durante la guerra civil española traduje al catalán, dedicando la traducción a un ilustre político catalán muy honesto para animarle a continuar en su cargo, ya que en el *Sueño* el protagonista, Escipión, percibe en sueños la armonía de las esferas como un premio anticipado del que gozará en otro mundo por sus sacrificios en gobernar bien la República romana. El fundamento de la creencia es éste: es imposible que unos cuerpos tan grandes como las esferas celestes y movidos a una velocidad vertiginosa no produzcan sonidos armoniosos. Lo que sucede es que nuestros oídos no están capacitados para percibir esta armonía. Las fantasías sobre esta creencia llegan al extremo de asignar concretamente una nota de la escala musical para cada planeta y hasta expresar en términos de tonos y semitonos las distancias existentes entre los diferentes planetas. El humanismo cristiano renacentista transforma estas ideas y afirma que la música de las esferas, como dice Ugolino de Orvieto, no es más que el traspunto de otra música más elevada: la armonía celestial de los ángeles cantando Sanctus, Sanctus, Sanctus. (Cabe aquí recordar que nuestro polifonista Victoria escribe: «Antes que los hombres existiesen, existía ya la música en las mentes de los bienaventurados».) Entre los defensores principales de la música astral tenemos a Pitágoras, Platón, los Padres de la Iglesia, que eran platónicos, y el cristianismo medieval.

Armonía celestial

En el Renacimiento, entre otros, D'Abano, Anselmi, Gafurio, el citado Ugolino de Orvieto y Ramos de Pareja, quien, entre otras cosas, dice que las quince notas del sistema de doble octava corresponden a los quince días de crecimiento de la luna. Por su parte, Zarlino afirma que Mercurio, al inventar la citara, la dotó con cuatro cuerdas por su correspondencia con los cuatro elementos y las cuatro estaciones, mientras Terpando le dio siete cuerdas a imitación de los siete planetas. Zarlino toma de Ptolomeo las analogías entre las consonancias y las tres partes del alma. Las facultades intelectivas son comparadas con las siete especies de diapasón. Respecto a la armonía entre el alma y el cuerpo, dice que «solamente aquellos cuyas facultades están unidas en armonía pueden apreciar la música y disfrutar el refrescamiento de aquel espíritu que une el alma y el cuerpo. Aquellos que están faltos de una estructura proporcionada de la parte del cerebro junto a los oídos, que juzga la armonía, están privados del poder curativo y purificador de la música». Entre los que niegan la música mundana están Aristóteles y sus seguidores, y entre los renacentistas, Colaccio Salutatis, Benedetti, Tinctoris y Salinas, quien, según Palisca, fue «el primer escritor que se tomó la molestia de presentar una refutación de la armonía celeste». En síntesis, Salinas dice que es absurdo que Dios crease una cosa tan inútil como sería una música que por nadie podría ser oída. Existe, dice, una concordancia de los astros, pero no es musical. Benedetti niega la música cósmica, porque el sonido requiere la transmisión del aire. Desde el momento que en las regiones etéreas no existe el aire y los

Viene de la página anterior



astros no se rozan, las esferas no pueden producir sonidos. Palisca observa que a medida que aumenta el escepticismo acerca de la música astral en los músicos, su noción se refugia y pervive en los poetas y dramaturgos. En España tenemos, entre otros ejemplos, a Fray Luis de León con su célebre *Oda a Salinas*, dedicada precisamente a este gran teórico que la niega, y a Calderón, que en la *Loa del jardín de Falerina*, después de cantar la tierra, el aire, el fuego y el agua cantan juntos un cuatro: «Como somos un tono de a cuatro — los cuatro elementos, etc.»

En el capítulo X nos habla de J. Gallus, Ramos de Pareja, G. Spataro, L. Fogliano, Zarlino, Salinas, Benedetti, G. Mei, Fracastoro y Galilei. Spataro acusa a Gafurio de no haber entendido a Boecio, defiende el sistema de afinación reivindicado por Ramos de Pareja y dice que Gafurio admitió su propia derrota y la de los pitagóricos cuando supo que los cantores temperaban los intervalos por el puro oído y no de acuerdo con la teoría de las proporciones racionales, y que la teoría pitagórica era inútil para la práctica musical. Zarlino fue un teórico independiente y ecléctico. Su tratado no es puramente especulativo, sino encaminado a la práctica. Acepta con Fogliano que la música es un estado intermedio entre las matemáticas y la ciencia natural, y que esto ya lo confirmó Avicena. Salinas se adelanta al «juicio del gusto» de la filosofía kantiana y de la Escuela Escocesa (esto lo digo yo) cuando escribe que «en la armonía son jueces los sentidos y la razón, pero no ambos de la misma manera». Según Palisca, Salinas fue el primero en distinguir entre tonos y especies de octava y entre éstas y los modos del canto llano. Fracastoro estudió especialmente el fenómeno de las vibraciones por simpatía y ¡oh sorpresas de la musicología!, escribió un tratado sobre la *Syphilis sive morbus gallicus* (1530), el «mal francés de amor», como lo llaman los escritores españoles del siglo XVI. Benedetti afirma que la entonación pura, como la entienden los teóricos, no es practicable ni en los instrumentos ni en las voces. Mei dice que ha leído todos los teóricos griegos, 19 en total, y como consecuencia propugna la separación de la ciencia musical de la práctica.

Distintas modalidades

El capítulo XI trata de la modalidad griega y la modalidad occidental. Dice que la teoría de los modos en los cinco primeros siglos se fundó en la incomprensión del sistema griego, y que sólo en el Renacimiento, tras un largo proceso, se reconoció que los modos de los antiguos griegos y los del canto gregoriano eran diferentes. J. Gallus y Erasmo de Hóritz fueron los primeros en darse cuenta de la diferencia. El primer occidental que expuso la teoría modal de Ptolomeo fue Leoniceo. Gafurio confundió las especies de octava, modos y tonos, tomando las tres palabras como sinónimas. Para Zarlino, un modo griego era «una cierta forma fija de melodía, compuesta con razón y artificio, conteniendo un orden proporcionado de ritmo y armonía, adaptada al tema expresado en el texto». Salinas, fundándose en Ptolomeo, distingue claramente entre modo y tono. G. Mei asegura que «potencialmente el número de modos es infinito» (estas mismas palabras exactas me dijo el gran gregorianista, el abad G. Suñol, hablando de los modos gregorianos). Dice Mei que en los tiempos más remotos de Grecia solamente existieron los modos Dórico, Frigio y Lidio, y que éstos sirvieron de fundamento para todos los demás. Galilei expone el sistema de Aristóteles fundado primeramente en las especies de octavas y después en el sistema de quince tonos. Bardi propone una relación entre los instrumentos y los modos antiguos. Doni dice que las diferentes especies de octava constituían siete modos y que todos eran transportables a varios niveles (de altura o grave-

dad) mediante los tonos. Ramos de Pareja derrocó el sistema pitagórico e implantó su propio sistema. En su *Música práctica* puso los cimientos de la escala temperada y de nuestros modos mayor y menor, seguido a cincuenta años de distancia por Zarlino. Desde el momento que Palisca pone en su obra algunos párrafos sobre Salinas y Ramos de Pareja, por el hecho de haber pasado muchos años en Italia, creo que debía haber dedicado un capítulo entero a este último, porque probablemente fue el teórico más importante de la época, como puede verse en el lúcido estudio de C. Terni que precede a la edición en latín y traducción castellana de *Música práctica* (Madrid, 1983).

Dignos de un musicólogo humanista y ricos de contenido son los capítulos XII-XIV, en los que estudia las relaciones de la música con la gramática, retórica y poética, recalando la importancia de los acentos de las palabras para la expresión musical, teniendo en cuenta, con Galilei, que no son tanto las palabras como los conceptos que ellas encierran lo que hay que imitar con la música. Muy oportunamente nos recuerda el caso de P. Bembo, que en un estudio que hizo de los borradores de poesías de Petrarca advirtió que en las correcciones no cambia la idea o concepto, sino algunas de las palabras o el orden de las mismas a fin de que los versos tengan más musicalidad. No en vano el Petrarca fue el poeta predilecto de los madrigalistas. Palisca nos recuerda que en la antigüedad con frecuencia poeta y músico eran una sola y misma persona. Del Renacimiento italiano cita los ejemplos de Serafino dall'Aquila y del catalán barcelonés B. Gareth, italianizado y más conocido con el nombre de «Il Chariteo». Nosotros en España podemos presentar a Juan del Encina, superior a todos los poetas músicos del Renacimiento y tan importante en la historia de la literatura como de la música, con la particularidad de que cuando visitó Italia ya había producido todas sus obras. Vincenzo Maggi, en sus comentarios a la *Poética* de Aristóteles, cree que la palabra armonía en este filósofo indica la armonía de las sílabas largas y breves, no la del canto de varias voces juntas. En este sentido la armonía es una función del ritmo y no del diapason. Dice que esta armonía no existe en la lengua italiana,

puesto que su poesía no se rige por la combinación de pies largos y breves. Lo mismo opina V. Varchi. En cambio, Salinas dice que los pies métricos existen en la poesía castellana, y en su tratado pone muchos ejemplos. Bardi, en su *Discurso sobre la música antigua y el cantar bien*, da estos consejos al compositor G. Caccini: 1) El compositor y cantor deben tener cuidado de no desbaratar el texto con artificios contrapuntísticos. 2) La música, como dice Platón, ha de seguir a la palabra y no al revés. 3) El peso de las sílabas en un verso debe ser respetado rigurosamente, porque, como dice Aristóteles, en el ritmo están las imágenes de los afectos. 4) Un compositor debe elegir una tesitura alta, intermedia o baja y escribir alrededor del centro de esta tesitura. V. Galilei es llamado por Palisca «campeón de la poesía recitada con música». Recomienda a los compositores que sigan el camino del canto monódico (esto ya lo hizo antes Salinas). Bastan tres o cuatro notas para producir un gran efecto en el alma. Galilei señala varias canciones populares que no se salen del ámbito de seis notas. F. Patrizi impugna la teoría aristotélica de la imitación como base de la poesía y de la música, y dice que Platón y Aristóteles han creado confusión con la distinta aplicación de los vocablos melodía y armonía. Dice también que «la música instrumental sola, sin ir acompañada de las palabras y del metro de éstas, no puede ser una imitación». T. Malespini aboga por una psicología de la creación artística y dice que lo que los platónicos llaman furor poético no es más que «una disposición interna que con frecuencia escapa a nuestros conocimientos».

RESUMEN

El musicólogo Miguel Querol escribe un artículo sobre las teorías musicales en el Renacimiento, a partir del trabajo del profesor Claudio V. Palisca, que puede considerarse, a su juicio, como una gigantesca y nueva aportación al conocimiento de dichas teorías. Querol en su comentario escoge la vía de resumir con detalle el contenido del libro y añadirle, además, ciertas anotaciones personales relacionadas con el Renacimiento musical en España.

Claudio V. Palisca

Humanism in Italian Renaissance Musical Thought

Yale University Press, New Haven and London, 1985. 471 páginas.



STELLA WITTENBERG

¿Qué es lo que escribe la escritura?

Por Agustín García Calvo

Agustín García Calvo (Zamora, 1926) ha sido catedrático de instituto y actualmente lo es de la Universidad Complutense de Madrid. Ha escrito sobre filología, lingüística, política y poesía, que son las áreas en las que mayoritariamente se sitúa su amplia bibliografía, tanto ensayística y académica como de creación. Entre otros libros, es autor de *Sermón de ser y no ser*, *Lalia*, ensayos de estudio lingüístico de la sociedad, *Del lenguaje y Canciones y Soliloquios*.

A menudo he sentido sospechas de que, pese a los preclaros descubrimientos de principios de siglo, de Saussure a Trubetzkoy, la gente, y entre ella algunos lingüistas, no acaban de creer (como si fuera cosa de fe o de opinión) que haya en la lengua corriente entes abstractos o ideales, como, por ejemplo ilustre, los fonemas, sino que más bien se revierte a la confusión entre lo fonético, los ruidos que salen por la boca cuando se habla, y los elementos, de orden ideal, en número finito para el caso de los fonemas, permanentes en el aparato y dispuestos a reproducirse infinidad de veces, como diversas realizaciones del mismo, en el habla. Acucia la sospecha cuando se habla de un alfabeto fonético (universal): es decir que, aun distinguiendo debidamente los lingüistas, según la norma establecida, una representación de fonemas, por ejemplo, /d/, de una fonética o de sonidos, por ejemplo [δ], para una ocasional pronunciación del fonema /d/, sin embargo, parecen pensar (así explícitamente R. Harris, página 119, ver ficha) que el repertorio de signos fonéticos que para darnos una impresión aproximativa de la pronunciación usamos, que ya se ve que ha de ser infinito y nunca preciso (mal aspirante a servir como una reproducción fonográfica cualquiera), es de verdad un alfabeto, esto es, algo del mismo orden que el sistema de letras de la escritura fonémica de una lengua; y con cierta sospecha de lo mismo recibe uno la tendencia de los últimos años en varias escuelas a reemplazar la representación directa de los fonemas por una colección de rasgos (por ejemplo, /—silábico, —sonorante, + estridente, + coronal, —laxo/, para decir /s/ de una lengua determinada), o sea practicar la hazaña de la desintegración del fonema, no sin analogía ni interinfluencia con la de la desintegración del átomo (no se olvide que *elementum*, en Lucrecio mismo, designa al fonema igual que al átomo), en lo cual se implica la creencia en que los nombres de esos rasgos sí que son signos de una especie de alfabeto universal de rasgos. Eso por no hablar, fuera ya de los gramáticos, de esas elucubraciones, proliferantes estos últimos decenios (y que tienen su parte en los dislates de R. Harris, como se ve por su bibliografía misma), acerca de cosas como «el significante» (con desesperación de los manes de Saussure), entendiendo que significante son, por ejemplo, los sonidos de un lenguaje acústico, y no entendiendo que ni ruidos ni gestos ni trazos pueden ser significantes de nada si no están ya informados por la significación, esto es, constituidos como representantes de un ser o rasgo de un ser idealizado y abstraído.

Les doy a los lectores de sopetón el párrafo anterior a fin de tentarles a que palpén en sí mismos cómo andan las creencias y entendimientos acerca de la cuestión.

Pero ello es que, pese a esas sospechas, no es ordinario toparse con una declaración explícita de rechazo de la realidad de los entes ideales en la lengua (aunque en las publicaciones del ramo me encuentro con un artículo como el de Griffen [«German/R/», *Lingua*, 297-316], que arranca de la «elimination of the segmental phones and phonemes of traditional phonology [phonemics]», para enredarse luego con los alófonos de /R/ alemana, negados como tales) y, por tanto, doy por bien venido un caso en que ello se presenta así,

el del libro de Roy Harris, «Professor of General Linguistics in the University of Oxford».

Ello se presenta aquí, como es justo, con motivo de la escritura, y en dos palabras se trata de esto: que, así como ha sido tradicional, desde los gramáticos griegos y romanos, que al ente ideal se llegue y a él se aluda por medio de su representación escrita, y que por ende al *elementum* o fonema se le llame *gramma*, *littera* (y, en efecto, aprender a escribir en la escuela es el primer acto gramatical, y la Gramática de los gramáticos tiene alguna razón para llamarse así), pues bien, en una vuelta del revés, la escritura alfabética, la que ha dominado el mundo, viene a ser la causa de que los lingüistas (y tal vez los legos, pero sólo por fuerza de la escuela) hayan venido a creer que hay en la lengua unos entes discontinuos, abstractos y en número finito que corresponden con esas letras.

El libro del profesor Harris trata propiamente de otra cosa, de teorías sobre los orígenes de la escritura: versa todo él en torno a la cuestión de 'signo' y 'representación'; y el lector podrá en él encontrar, en el breve espacio de 158 páginas, con numerosas figuras bien escogidas al propósito y otras curiosas noticias sobre invenciones gráficas y escriturarias, referencia de las principales maneras en que, de Platón a Wittgenstein, se ha elucubrado acerca de los signos, las letras y el surgimiento de la escritura, generalmente por evolución y a partir de la pintura, teorías todas (empezando por la aristotélica y trivial de ser la escritura signo o representación de lenguaje) que el autor rechaza una y otra vez, reduce a absurdos o pone en ridículo, con una retórica de diatriba que puede resultar a ratos cargante por su continuo empleo, pero que ciertamente le da al libro una peculiar animación.

Signo de las cosas

La escritura, desde luego, según el autor, no es ninguna representación o signo de lenguaje (es la tiranía de la alfabética lo que nos hace concebir otras formas de escritura como ensayos imperfectos de representación, que caminan trabajosamente hacia el alfabeto; el cual a su vez —recuérdese— representa los sonidos, de manera sumamente tosca, cuando no hace surgir en los lingüistas o escolares la creencia de que hay en la lengua fonemas que corresponden a las letras), sino que, en caso de que sea signo, será signo de otra cosa, por ejemplo, de las cosas. Y, desde luego, no procede del dibujo: las teorías tradicionales, que o bien entienden que una fijación esquemática de unos ciertos dibujos, repetidos cada vez con intención de ser el mismo, y por tanto en repertorio reducido, explica la escritura, o bien que cuando el jeroglífico pasa de representar una cosa (legible por tanto para hablantes de cualquier idioma) a representar una palabra o parte de palabra homófona en una lengua con la palabra que designaba aquella cosa, se llega a la escritura, le merecen un gran desprecio.

Apenas se salva un tanto la aportación de Schmandt-Besserat («The earliest precursor of writing», *Scientific American* CCXXXVIII, 38-47), que parte de las prendas (*tokens*) de arcilla usadas en Mesopotamia desde el siglo IX *ante* para contar, por sustitución, cabezas de ganado, y que con ello arrastran luego diferencias en sus formas para distinguir 'ovejas' de 'vacas' o de 'cerdos'; lo cual aprovecha el profesor Harris para su propia teoría sobre el origen de la escritura, que se lee en el último capítulo del libro: surge ella cuando el uso de trazos para el cómputo de cosas (primero ritual y sacro, luego vuelto utilitario; lo cual me ha recordado el curioso estudio de Seidenberg [«The Ritual Origin of Counting», *Arch. Hist. Exact. Sci.* II, 1-40], donde se pone el origen del cómputo en los ritos de creación, en que lo que es nombre de cada participante, llamado al rito por

su orden, se convierte en números) se combina con el emblema (*emblem*), que asimismo parte de un uso sacro y totémico, para convertirse en nombre propio de persona (las marcas de cantero, por ejemplo, se vuelven nombre) y, en fin, en signo de la cosa.

Y no puede dejarse de reconocer lo razonable de una teoría que es, a su vez, una representación (proto)histórica del hecho abstracto de que la comprensión y la extensión del concepto surgen a la par, de que la idea de la cosa se establece con el cómputo de varias cosas como casos de la misma, y la progresiva conceptualización de las ideas depende, y viceversa, del progresivo desarrollo de los cuantificadores; de manera que es bien posible, como un corolario histórico de ello, que no pueda haber habido escritura propiamente dicha antes del desarrollo de los números y, con la Aritmética consiguiente, de una Geometría.

Pero aquí no quería tanto llamar la atención del lector a esas cuestiones como a algunas ideas del autor sobre lenguaje en relación con la escritura, y en especial lo franco (y por ende instructivo) de su repugnancia a admitir que haya en el lenguaje mismo elementos discontinuos que la escritura representa. He aquí una de las formulaciones más claras de esa revulsión:

«Desgraciadamente, la noción de un alfabeto ideal que presente un espejo a la realidad fonética está basada sobre la asunción de que en la realidad fonética encontramos un conjunto, previamente dado, de sonidos individuales. Esta asunción queda puesta en tela de juicio tan pronto como se apunta que es igualmente posible definir los sonidos individuales como, precisamente, aquellos complejos de rasgos acústicos que convencionalmente se establece que están representados por cada una de las letras del alfabeto» (página 38).

Y, en consecuencia, un poco más abajo:

«Lo que al menos está claro es que asomir sin más ni más que una palabra hablada inglesa, como *bat*, consta justamente de tres 'sonidos individuales' porque su forma escrita comprende justamente tres letras, es sencillamente poner el carro alfabético delante del caballo fonético.»

Seguiría largamente dándole al lector ejemplos de cómo a lo largo del libro, por usar la misma locución inglesa, se ponen los carros delante de los caballos: en página 41, precisamente tras citar el pasaje del *Curso* de Saussure en que se critica la perversión escolar que hace poner la escritura antes del habla, y que se refleja en el hecho mismo de decir «oi se pronuncia *wa*», que le atribuye a 'oi' un estatuto primario y propio, R. Harris comenta así:

«La situación, sin embargo, es aún peor de lo que Saussure la describe. No es simplemente una cuestión de perversión psicológica del orden natural de prioridades entre sonidos y letras, sino de algo más fundamental. Saussure, cuya teorización fonética es anterior al invento del espectrógrafo de sonidos, y también a la sistematización moderna del análisis fonémico [no se refiere a la fonología de Trubetzkoy, sino probablemente a la desintegración del átomo de que arriba he hablado], no llegó a darse cuenta de en qué medida su propia asunción básica de que el habla consiste en una secuencia lineal de sonidos discretos era ella misma una extrapolación a partir de la estructura familiar de la palabra escrita. La idea de que al hablar seleccionamos las consonantes y vocales individuales, que de algún modo salen de nuestras bocas enhebradas en el orden debido como cuentas en un hilo, es simplemente la imagen de la ortografía alfabética retroproyectada sobre la producción del habla.»

Y véase cómo, buscando en los griegos el origen de la culpa, da en página 86 esta revuelta:

«Aunque se daban cuenta de que el griego se pronunciaba diferentemente en distin-

tas partes de Grecia, sólo prestaban atención a tales diferencias cuando ello significaba que la misma palabra tenía más de una ortografía [*spelling*].»

Y así, en página 103, volviendo a demoler la tesis aristotélica de la escritura como signo de lenguaje, se arregla para envolver en un mismo sarcasmo a Aristóteles y a Saussure:

«Puede que sea tentador, para aquellos que estén a toda costa decididos a salvar algo de la doctrina aristotélica, refugiarse tras el altar semiológico y alegar que Aristóteles y sus contemporáneos evidentemente no llegaron a distinguir entre *speech* (en el sentido saussureano de *parole*) y *the language* (en el sentido saussureano de *langue*). Así, lo que estaban 'realmente' tratando de decir, a su manera no iluminada de antes de la revelación, era que el *spelling* refleja elementos de *language* (distintos de la pronunciación de esos elementos).»

La tiranía del alfabeto

Difícilmente podrá el lector hallar manifestaciones más elocuentes de la confusión que, menos explícita, debe de seguir reinando en muchas de las conciencias de los doctos, que por tanto aquí nos interesa no como una extravagancia de este autor, sino como algo más epidémico. Y por cierto que los tormentos de conciencia del profesor Harris se expresan también en sitios, como cuando en la página 46 dice:

«La tiranía del alfabeto es parte de aquel prejuicio escriturista que está hondamente arraigado en la educación europea. Promueve el respeto por la palabra escrita sobre la hablada y respeto, ante todo, por el libro como depósito así del lenguaje [*language*] como de la sabiduría de edades anteriores. A primera vista, la insistencia en que la escritura es sólo una representación del habla puede parecer que va decididamente en contra del escriturismo dominante *e.q.s.*; lo cual no le impide decir enfrente, página 47: «Qué es la escritura debe contar como una cuestión que está en el corazón de la lingüística.»

Y en esto, ciertamente, no se equivoca, aunque acaso no sospecha que la importancia de esa cuestión para el gramático (y el mundo en general) consiste en venir a separar con claridad lo uno de lo otro, lengua y escritura, y precisar las relaciones entre ambas. Lo oscuro que pueden andar esa separación y relación en las conciencias se revela también cuando R. Harris acude a paralelos con el arte, como en páginas 49-50:

«No podemos dar por supuesto que la conciencia del deletreo [*spelling*] y el conocimiento de las convenciones manuscrituales y tipográficas no jueguen ningún papel en los procesos de composición creativa del poeta literato. Por el contrario, empieza a tener cada vez menos sentido el preguntarse si el poeta literato compuso el poema 'en voz alta' y luego lo puso por escrito, o si compuso el poema 'sobre el papel' y luego lo recitó para averiguar a qué sonaba. Lo mismo podría uno preguntarse si Beethoven tecleó distraídamente unas pocas notas en el piano antes de que se le ocurriera que eso podía sonar como a una buena melodía, o si trazó por escrito una configuración azarosa de borroncitos sobre las líneas de la pauta y se preguntó por cuál sería el resultado si los tocaba al piano.»

Por supuesto que tiene sentido plantearse ese dilema, y más que nunca en este mundo dominado efectivamente como nunca por la escritura, hasta el punto de que una u otra alternativa en la manera de imaginar la relación podría servir también como un procedimiento para caracterizar esta forma de mundo frente a otras.

No me alargo más en mostrar formulaciones igualmente reveladoras, en que el libro

Viene de la página anterior



es fecundo; el curioso lector hará bien en recorrerlas por su cuenta. Trataré, en cambio, de seguir esclareciendo algunos de los principios del equívoco que promueve esta diatriba, tocantes a 'escritura', 'lenguaje', 'signo'; y también, implícitamente, 'realidad', pues en página 132, a propósito de la relación del 'emblema' con la magia verbal y las prácticas de 'dar nombre', dice Harris que «refleja, fundamentalmente, una mentalidad para la cual la realidad no es todavía claramente divisible en lenguaje y no lenguaje».

Cuando el autor se rebela contra la creencia de que la escritura sea representación de lenguaje, lo hace atacando la idea, que considera dominante, de que 'escritura' se reduce a la alfabética y se imaginen las otras como aproximaciones: pues bien, lo que a él a su vez le sucede es que para ello restringe 'lenguaje' de tal manera que se refiera a la producción acústica del habla (con la cual a su vez confunde los fonemas, pese a que él mismo en página 89 dé dócilmente cuenta de lo que son; pero, como si no, siguen siendo en todo el libro cosas sonoras y que salen por la boca), pero no reconoce que las palabras, aparte de su composición fonémica, con su significado incluido en la noción 'palabra', son también hechos de la lengua, entes igualmente abstractos, ideales, depositadas en el léxico cada cual como la misma siempre, para producirse en el habla como la misma infinitas veces (con la sola diferencia respecto a los fonemas de que las palabras con significado en sentido estricto no son en número finito).

Si eso se reconociera, quedaría clara la distinción entre dos formas de escritura, la fonémica y la ideográfica, que tanto la una como la otra representan hechos de la lengua, ideales y abstractos, o fonemas (no sonidos), o ideas, que no son más que los significados de las palabras que lo tienen; y con la diferencia, se aclararía la relación y ocasional paso histórico de una escritura ideográfica a una fonémica (el intermedio no son «silábicas», que no hay, sino algo que más adelante sugiriremos) y a la más depurada de ellas, la alfabética.

Y así también el debate por la distinción, que el autor vehementemente desea, entre dibujo y escritura se plantearía claramente: tanto a nuestros hombres prehistóricos (o protohistóricos: pues que en ello está el trance del comienzo de la Historia) como igualmente a cada niño que viene a entrar en el lenguaje y la realidad, cuando manejan un instrumento gráfico, se les presentan dos opciones: o dibujar ese lobo y a su mamá, o dibujar 'lobo' y 'mamá': o tratan de imitar y reproducir a través de la mano las huellas visuales o mnémicas que una aparición imprime en ellos (como pueden también tratar de reproducir con garganta y boca el ruido de un arroyo o la tos de un camello que han oído o que están oyendo), y en ese caso, en efecto, la pintura puede no tener nada que ver con el lenguaje ni tiene por qué ser un principio para la escritura (así, seguramente exagerando, consideramos las de Altamira como pinturas de bisontes vivos, quiero decir palpables y cazables cada uno como si fuera un bisonte), o bien se trata de reproducir la idea, abstracta, independiente de las experiencias, repetible como la misma, y en el caso más claro, en efecto, acompañada de palitos que indiquen las veces que se reproduce; y en este caso se está, desde luego, escribiendo, no pintando, porque precisamente se ha abandonado la mimesis a favor de la significación, y lo que se está representando en tal caso es la idea de la cosa; así que se dibuja escribe 'el bisonte'; o se le representa por una prenda de arcilla, mimética o ya no, sino reducida a figura geométrica (anotándose, si es caso, las veces que 'el bisonte' se repite); y se dibuja la idea con los trazos esenciales que como tal la identifiquen: que puedan añadirse rasgos ornamentales, meramente pictóricos, es tan irrelevante como las volutas que la caligrafía pueda hacerles a las letras, o los tonillos chulapos con que la sentencia «Nos ha me-



ANTONIO LANCHO

rengao el sujeto» se pronunciara, con tal de que esos añadidos no estorben para la abstracción que permita reconocer el signo como tal signo; y ello es que, a lo largo de la Historia, del niño o de la Humanidad, lo que suele darse es un proceso inverso para el aprendizaje de la pintura a partir de la escritura, que consiste en abandonar la ideografía, la significación, para volver (si es que es volver) a la imitación de lo concreto.

Elementos ideales

Ahora bien, para hacer representación de los elementos ideales del lenguaje cabe esa otra doble opción de tomarlos en una u otra región del aparato, la de las palabras o la de los fonemas. Tomar la cosa por la palabra, que parece haber sido la elección más inmediata, tiene la gran ventaja de que con ello la escritura puede saltarse en gran medida las barreras entre idiomas (puede que la idea de 'casaca', por oposición a la de 'chaqueta' o la de 'gabán', o la idea de 'buey', contra la de 'toro' y 'vacca', no sean lo bastante comunes entre gentes de diferentes lenguas, ni aun entre las de diferentes culturas de sastrería o ganadería, pero al menos 'luna' o 'mano' pueden darse por lo bastante comunes para que los ideogramas correspondientes sean interidiomáticamente interpretables) y que, por tanto, no hagan falta truchimanes para gran parte de la escritura; tiene, en cambio, la desventaja de la infinitud (puesto que el vocabulario semántico de una lengua no es conjunto cerrado) y, sobre todo, la de que tal escritura está limitada a palabras de significado, mientras que no puede con palabras tan esenciales a la lengua como los mostrativos, los cuantificadores (salvo el uso de trazos para números, que es otro principio), los interrogativos, la negación, por no hablar de los índices de función sintáctica.

Esto explica razonablemente que la utilidad fuerce a penetrar en el otro campo de abstracción, empezando sin duda por el gran salto que es pasar de que el ideograma represente el mero conjunto de rasgos del significado de la palabra a que valga para la palabra (ideomática) entera y precisa que lleva esa carga de significado (* no será ya 'estrella', sino *estrella*): pasar, como si dijéramos, a tomar la moneda de la palabra, no por su valor, sino como moneda, con sus dos caras.

Pero esto implica que, perdida la necesidad de que en el ideograma estén los rasgos definitorios de la cosa, puede simplificarse y reducirse a la condición de sigla; que esa sigla, a su vez, se reinterpreté como referida a la constitución fonémica de la palabra (la otra

cara sola), o a la de lo que se tome como raíz de la palabra, y que así se la pueda usar para escribir índices y palabras sin significado, es un proceso cuyas fases y modos dependen ya de la morfología del idioma (lo que no debe creerse es que haya ninguna fase de silabarios, pues la sílaba, a diferencia de la palabra y del fonema, no tiene por qué ser un hecho ideal y abstracto, sino sólo rítmico y perteneciente al habla; pero la escritura está para representar elementos de la lengua, abstractos, ideales), hasta llegar, una vez, al tipo de más éxito, que es la escritura por letras, la alfabética, una representación fonémica bastante rigurosa (aunque siempre deficiente en cuanto a la escritura de las prosodias), al menos hasta que la escuela justamente y la pedantería la alteran en ese oficio, hasta fenómenos extremos como la ortografía del inglés (la noción misma de *spelling* o 'deletreo' debe tener algo que ver con las indignaciones de R. Harris), que, un paso más allá, vendría a devolver la escritura a la condición de 'siglas de palabras', semejante a la de la escritura china tradicional.

Este tipo de escritura, la alfabética, no sólo ha tenido el éxito supremo, sino que ha venido a ser la enseña y también el instrumento de la Cultura dominante de todas las culturas. Descripción ilustrada y precisa de ciertas fases y formas de esa dominación de la escritura (alfabética) sobre la sociedad, puede hallarse en el otro libro que quería traer a la atención de los lectores, el de A. Petrucci (ver ficha), archivista y bibliotecario en Roma: en él pueden verse tratadas, con tanta lucidez como esmero en la elección de datos y de muestras, cuestiones como la de la ciudad medieval, sin letreros, por oposición a la antigua, del Imperio, llena de monumentos escritos so-

lemnemente y con los muros a su vez plagados de escrituras privadas de gente alfabética o semialfabética; y la vuelta al dominio de la ciudad por la escritura, desde los renacimientos medievales y siguientes (con una preciosa atención a la relación entre el libro y la escritura pública en los muros, que pasa de la imitación de las formas libreas a la inscripción de muros a la antigua), hasta llegar por sus pasos a nuestros días, en que, al paso que la alfabetización total de las poblaciones se ha hecho ideal de todo estado progresado, las ciudades, y aun los campos, aparecen, como uno de sus rasgos más conspicuos, dominados por toda clase de letreros (en primer lugar, estatales y comerciales, luego complementados por las pintadas de la protesta, más o menos improvisada u organizada), esto es —añadamos: pues tales formulaciones son extrañas al minucioso y morigerado estilo de Petrucci—, trayéndonos a un nuevo estadio de la relación de representación, que consiste en la sustitución de las cosas por sus nombres, y más bien, por tanto, la conversión de las cosas en signos o nombres de sí mismas.

Tremendo es el poder de la escritura (la alfabética y dominante, mas también las otras a su turno: dígalo la burocracia china con sus exámenes de letrados, o los jeroglíficos de los faraones y sus sacerdotes), pero no debe el reconocimiento de ese poder hacernos tomar el rábano por las hojas y, obedeciendo precisamente a ese poder, llegar a creer que es la escuela y el alfabeto lo que nos hace descubrir en la lengua corriente entes abstractos, ideas y fonemas, de manera que la atención al hecho, cultural y relativamente superficial por tanto, de la escritura, y especialmente la alfabética, nos ciegue al reconocimiento de un invento anterior, más profundo y alejado de las conciencias y los manejos del Poder, que es el de la abstracción y la identidad (y con ellas la lógica o razón misma) en la lengua corriente de los pueblos.

Esos entes abstractos, ideales, del lenguaje no necesitan, por cierto, para nada de bocas ni de ruidos para manifestarse: si no, no sería un lenguaje como lo es, como otro cualquiera, el de señas de los sordomudos, que es precisamente alfabético, fonémico (cuando no se desvía, por fuerza de la escuela, a deletrear o producir letras), y es algo externo al asunto el que el uso predilecto haya sido el de la configuración de los sonidos.

Y la escritura, ciertamente, no tiene por qué ser una representación o reproducción del lenguaje hablado (no lo es, por caso eximio, la de la Aritmética y los Cálculos, ni la de las Geometrías, en que intervienen además como signos los dibujos abstractivos de los entes ideales; tampoco la de impresión en *chips* informáticos, de que R. Harris hace mucho caso en el Epílogo de su libro), y menos si se entiende por 'lenguaje hablado' la continuidad de la emisión sonora. Hay, en efecto, escrituras que no son representaciones del lenguaje: son las que son, por medios visuales y directamente, ellas mismas un caso de lenguaje. □

RESUMEN

El escritor y lingüista Agustín García Calvo reflexiona en su trabajo en torno a la escritura, tomando como motivo de tal reflexión dos libros publicados en Gran Bretaña e Italia, en donde se trata, entre otras cuestiones, de teorías sobre los orígenes de la

escritura, haciendo referencia a las principales lucubraciones que se han hecho en torno a los signos, las letras y el surgimiento de la escritura, además de las relaciones entre escritura y ordenamiento urbano, alfabetización y progreso o el poder de la escritura misma.

Roy Harris

The origin of Writing

Duckworth, Londres, 1986. X + 166 páginas. [3.450 pesetas.]

Armando Petrucci

La scrittura. Ideologia e rappresentazione

Einaudi, Turín, 1986. XXV + 190 páginas + 98 páginas fuera de texto. 18.000 liras.

Una generación de geógrafos

Por Joan Vilà Valentí

Joan Vilà Valentí (Sallent, Barcelona, 1925) es catedrático y director del Departamento de Geografía Regional de la Universidad de Barcelona, ha sido vicepresidente de la Unión Geográfica Internacional (1980-1988) y fundó y dirige la «Revista de Geografía». Es autor de La Península Ibérica, El conocimiento geográfico de España y Estudio teórico de la Geografía.

El comentario de la obra que tengo entre manos constituye para mí una excusa. Una buena excusa, ciertamente, que me sirve, en primer lugar, para hablar del nutrido grupo que hoy día forma un colectivo universitario: la actual generación de geógrafos españoles. Más tarde nos referiremos a la obra en sí misma, que bien lo merece.

Se trata, en efecto, de la primera generación de geógrafos que en nuestro país representa la existencia de centenares de miembros, hecho que no había ocurrido hasta hace sólo unos pocos años. Lo que contrasta, sin duda alguna, con otros colectivos universitarios españoles, que ya en el primer tercio de siglo mostraban un número considerable de miembros que alimentaban el profesorado de enseñanza secundaria y la investigación. Esta última se efectuaba por aquel entonces bajo los auspicios de unos pocos organismos específicos, como la Junta de Ampliación de Estudios, y especialmente a partir de unas determinadas cátedras universitarias. Lo dicho es válido para numerosas ciencias naturales e incluso para algunas sociales, entre ellas la historia, tan cercana a nuestra disciplina.

La geografía, en cambio, iba por otros derroteros cuyas líneas maestras intentaré esbozar. Empieza mostrando, con anterioridad a nuestra guerra civil, una situación muy distinta a la de otras materias. Simplemente aparecían entonces unos pocos geógrafos aislados, con escasa relación con la Universidad —acaso sólo en su formación inicial—, vinculados como profesores a la enseñanza primaria y secundaria. Son algunos maestros o licenciados, estos últimos naturalistas o historiadores, que se esforzaron en aportar al país y desarrollar personalmente una geografía viva y moderna. En una obra que acabo de terminar acerca del conocimiento geográfico de España, destaco el valor pedagógico y científico de algunos de ellos, profundamente heridos, años más tarde, por la incivil guerra y el azaroso destierro: Leonardo Martín Echevarría y Miquel Santaló acabaron su vida en Méjico; Angel Rubio, en Panamá; Pau Vila estuvo más de dos decenios exiliado en Colombia y Venezuela.

Por ello, el conflicto bélico, en nuestro caso, no representó realmente una ruptura con un anterior colectivo importante de profesores e investigadores. No es exagerado decir que nuestra disciplina apenas existía en España, a pesar de los esfuerzos de quienes hemos citado, a los que en justicia cabría añadir algunos nombres más, entre ellos, Juan Dantín Cereceda y Emilio Huguet del Villar.

La generación «perdida»

Por lo que acabamos de decir, la geografía en España no se reconstituye propiamente después de la guerra civil; en realidad, se empieza. Quiero decir un comienzo desde dentro de la Universidad y con el objetivo último de crear licenciados, doctores e investigadores en geografía; quiero decir un comienzo de investigación con una cierta organización colectiva y con alguna publicación regular especializada.

Quienes llevarán a cabo esta institucionalización universitaria de la geografía pertenecen a aquella generación que, en su juventud, se vio afectada directamente por el conflicto bélico. Se trata sin duda de una generación rota, en buena parte «perdida». Dispersa luego por el país, afectada también por el exilio. Es enorme el esfuerzo que sus miembros debieron hacer para reconstruir unas vidas físicas e intelectualmente fracturadas.

Sin embargo, en nuestra disciplina hay extrañamente un movimiento capaz de iniciar en unas muy concretas facultades de Letras un estudio serio de la geografía, con una cierta sistematización y un cierto rigor, que se va desplegando lentamente a lo largo del quinto decenio. Paradójicamente fueron miembros de esta generación «perdida» quienes impulsaron definitivamente la geografía en España.

Algunas explicaciones que de este hecho se han dado no me parecen demasiado significativas. Creo que el argumento más convincente sigue apoyándose en unas actitudes personales que supieron aprovechar unos intentos de reconstrucción cultural y universitaria, frecuentemente con exceso de apariencias y escasa base, para insertar dentro de estas corrientes la disciplina geográfica. Ello ocurre, por ejemplo, con la aparatosa creación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, institución que cuenta, desde casi los primeros momentos (1940), con un «Instituto de Geografía». En unos pocos años, cuatro o cinco, la geografía enraizó en tres centros del organismo indicado y en tres universidades. Los nombres realmente significativos a lo largo del decenio son bien pocos, pero en ellos descansa todo el futuro de la materia: Amando Melón y Manuel de Terán, en Madrid; José Manuel Casas Torres, en Zaragoza; Lluís Solé Sa-

barís, éste curiosamente desde la Facultad de Ciencias, no desde Letras, en Barcelona.

El lector ha de perdonar que me convierta en las líneas que siguen en protagonista. La generación de quienes, como niños o adolescentes, vivimos la guerra civil se formó en la Universidad a lo largo del quinto decenio. En geografía, nuestros maestros fueron aquellos a quienes acabo de citar. Se nos presentaba una disciplina geográfica como algo coherente y atractivo, con métodos y objetivos bien definidos. Se nos engarzaba con toda una tradición y con todo un quehacer ya realizados, escaso en España, según dijimos, rico y fecundo en varios países europeos, singularmente en Francia.

La generación «recobrada»

Hay, además, todo un proyecto de expansión y profundización de la geografía, tanto en la enseñanza universitaria como en la investigación. Con lentitud, estas posibilidades se convierten en realidades: en 1950 sólo seis universidades españolas contaban con una cátedra de geografía, y excepto en dos o tres casos la efectividad de su enseñanza era bien reducida; en 1965, en cambio, todas las universidades españolas, excepto una, contaban con un catedrático de geografía, en algunos casos con dos, y frecuentemente aparecía un grupo incipiente pero bien preparado de geógrafos.

Por ello fuimos una generación todavía poco numerosa, pero «recobrada»; quiero decir, pisando el firme de unos cauces y ante unos proyectos, vitales e intelectuales, relativamente bien definidos y sólidos. En el encuentro topamos singularmente, como geógrafos, con el bien delimitado modelo francés. Una cierta seguridad y un relativo sosiego constituirán sin duda un notable contraste con la generación de nuestros maestros, afectada por tantos percances, y con la multiforme e inquieta generación venidera.

La actual generación

Nacieron con posterioridad a la guerra civil, por los años 45 ó 50. Cuando mayores, el conflicto bélico les producía, a pesar de nuestra insistencia, una impresión parecida, aunque menos lejana y apagada, a la de las evocaciones que nosotros recibimos de la gran guerra, por ejemplo. Llegaron a la Universidad por los años 65 ó 70. Hoy, veinte o veinticinco años después de pisar las aulas universitarias, están alcanzando su madurez. Ahora nos encontramos, claro está, con los autores de nuestro libro.

Digamos algo, antes, acerca de los rasgos de la actual generación de geógrafos español-

les. A diferencia de la nuestra, ha recibido en plena juventud múltiples estímulos y una impresionante información. Recordemos la crisis y la asonada del 68, que alcanzó también nuestra Universidad, con su inquietud intelectual y social. Ante la abundancia informativa y la premura de decisiones se está reaccionando con los ordenadores y la informática.

En la disciplina geográfica, la «new geography» es la geografía teórica, de corte neopositivista y anglosajón, con mayor abstracción y la posibilidad de un mayor rigor. Pero pronto surge y se mantiene la conciencia de una cierta agonía. Aparecen evidentes signos de ello en la geografía y algunos geógrafos se convierten en especialistas de las enfermedades y crisis —¿sólo de crecimiento?— que, según se dice, nos aquejan.

Tampoco faltan los contragolpes y las muestras de déficit al sólido edificio de la matematización de la geografía. Vivimos el esplendor, mientras tanto, de métodos y técnicas al servicio del análisis geográfico, desde infraestructuras complejas y colectivas al curioso aparatito personal, digamos «light»: no se trata tan sólo del uso de la fotografía aérea, sino también de las imágenes de los perceptores remotos (teledetección), a cuatro bandas si es necesario; no son sólo los refinados procesos estadísticos, sino también las varias cartografías automáticas.

Todo ello circulando a través de un impresionante torrente anglosajón, en buena parte «made in USA». La lengua es, no cabe duda, el inglés. ¡Qué lejos estamos en nuestra disciplina de aquella apabullante influencia francesa, que ahora anda bien menguada, incluso un poco o un mucho mal vista, por tradicional y «démodée»! Libros, aparatos, técnicas, nos llegan directamente desde los países aludidos, cuando son originales, o a través de su versión. También ideas: asistimos al curioso espectáculo de discutir y «reaccionar» en España contra ciertas formas de hacer o ver nuestra disciplina, cuando apenas había habido muestras de ello por nuestros lares.

Deberíamos añadir —y aunque se trate simplemente de esbozar el cuadro— algunos rasgos más. No olvidemos que en nuestras universidades, y concretamente entre nuestros estudiantes de geografía, todo ello se suma a las inquietudes personales que, como jóvenes españoles, sentían en aquellos momentos. Nuevos factores sociales, culturales y políticos incidían, día tras día, sobre esta generación. Recordemos de nuevo que ellos ocupaban las aulas universitarias por los años 65 ó 70.

Hagamos mención, por fin, del considerable número de estudiantes sobre los que van a actuar todos los factores señalados. Desde 1965, aproximadamente, asistimos a un con-



PABLO NUÑEZ

Cajal y la Escuela Histológica Española

Por José María López Piñero

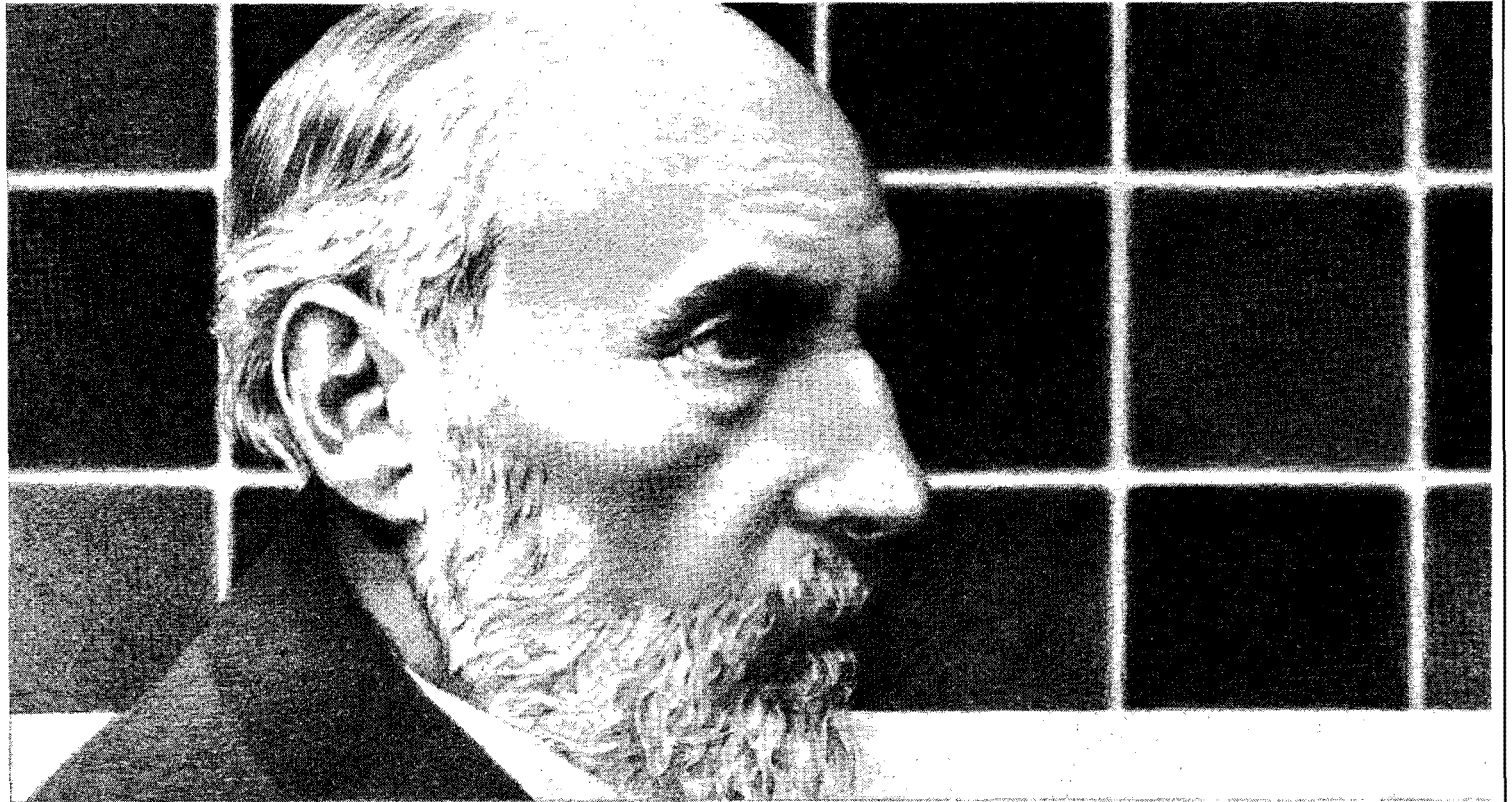
José María López Piñero (Mula, Murcia, 1933) es catedrático de Historia de la Medicina de la Universidad de Valencia y director del Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia de esa Universidad y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Codirigió el Diccionario Histórico de la Ciencia Moderna en España.

La mitificación de Cajal por parte de la sociedad española fue consecuencia directa de una serie de circunstancias que he intentado analizar en varias ocasiones. La más importante fue el hecho de que se le reconociera internacionalmente como una figura científica de primer rango en un momento muy especial de nuestra historia: la «España vencida y humillada» que siguió al desastre colonial de 1898. Sus grandes triunfos científicos fueron acogidos con avidez por una sensibilidad colectiva neurotizada que había empezado a avergonzarse de lo español como sinónimo de ineficacia y de fracaso. Convertidos en noticias de primera página, dichos triunfos le proporcionaron una popularidad inmensa, como nunca ha tenido un científico en nuestra sociedad. Por otra parte, las minorías intelectuales más influyentes asumieron el fenómeno desde el talante dolorido propio del nacionalismo masoquista de los que aspiraban a la «regeneración» de España. Se configuró de esta forma la imagen tópica de Cajal todavía vigente y que en la actualidad se asocia de distintos modos a la evidencia de que es uno de los autores «clásicos» que más citas merece por parte de la comunidad científica internacional como creador de uno de los modelos que hoy sirve de núcleo de cristalización a las ciencias biomédicas.

Lo que importa destacar en este momento es que dicha imagen tópica se basa en varios supuestos que falsean gravemente la realidad. El primero de ellos es que fue un investigador sin raíces en la historia científica de nuestro país, «surgido por generación espontánea», como llegó a decir Ortega y Gasset. Ello significa, por un lado, desconocer la tradición micrográfica española, iniciada a finales del siglo XVII por un «microscopista clásico» como Crisóstomo Martínez; por otro, ignorar el ambiente, encabezado por Aureliano Maestre de San Juan, en el que Cajal se inició en la observación microscópica, así como la influencia que Luis Simarro ejerció sobre su obra en dos momentos cruciales de la misma, a pesar de las generosas e inequívocas declaraciones del propio Cajal acerca de ambos hechos. El segundo de los citados supuestos consiste en presentarlo como un genio solitario que trabajó aislado desde todos los puntos de vista y en convertirlo en expresión eminente del individualismo que los ensayistas triviales atribuyen a un supuesto carácter español. A este tópico suele sumarse con frecuencia el recurso más socorrido de la literatura panegírica poco rigurosa: la exaltación retórica del «sabio incomprendido y sin medios». En la misma línea, un tercer supuesto minimiza la llamada Escuela Histológica Española, surgida en torno a la obra de Cajal, y olvida sus distintos grupos, comenzando por no distinguir entre sus discípulos propiamente dichos y los autores influidos de forma menos directa por su producción científica.

La Escuela Histológica Española

Como el más antiguo discípulo de Cajal puede considerarse a su hermano Pedro Ramón y Cajal, autor de notables trabajos neurohistológicos sobre los vertebrados inferiores, especialmente en la década final de la pasada centuria y la primera de la actual. De la misma generación con Cajal era también Domingo Sánchez Sánchez, su más importante colaborador en el terreno de la indagación de



FUENCISLA DEL AMO

la textura del sistema nervioso de los invertebrados. El más próximo al maestro de todos los discípulos directos fue Jorge Francisco Tello, perteneciente ya a la generación siguiente. Durante las dos últimas décadas de su vida, Cajal tuvo otros dos discípulos, mucho más jóvenes, de primer rango científico: Fernando de Castro Rodríguez y Rafael Lorente de No.

Junto a los discípulos directos, Cajal tuvo como colaboradores ocasionales a otros cultivadores españoles de la investigación neurohistológica, en cuyas obras influyó decisivamente. De todos ellos, resulta obligado ocuparse en primer término del bilbaíno Nicolás Achúcarro Lund (1880-1918). Nacido en el seno de una familia de gran distinción intelectual, el punto de partida de la formación de Achúcarro fue extraordinariamente cuidado. Estudió primero en el Instituto Vizcaíno de Bilbao, donde tuvo entre sus profesores a Miguel de Unamuno, y más tarde en el «Gymnasium» de Wiesbaden, en el que, además de perfeccionar su preparación cultural, adquirió un perfecto dominio de la lengua alemana y con ello la posibilidad de conocer directamente la medicina centroeuropea. De regreso a España, comenzó en 1897 sus estudios de medicina en la Universidad de Madrid. Allí tuvo como maestros, durante los primeros cursos, a Cajal, Olóriz y Gómez Ocaña. De los tres, se relacionó de modo especial con Gómez Ocaña, en cuyo laboratorio se inició en la experiencia fisiológica, interesándose especialmente en los problemas del funcionalismo endocrino. Sobresalió en sus estudios de anatomía con Olóriz, obteniendo los premios destinados a los alumnos de esta disciplina, mientras que entonces fue muy escasa su relación con Cajal. De acuerdo con la sensibilidad de este momento histórico (1898), el joven Achúcarro consideró la zona de la realidad española que le tocó vivir desde una actitud profundamente crítica y pesimista. Las revistas alemanas de anatomía y fisiología que ya consultaba le sirvieron de contraste para juzgar todavía más duramente el ambiente científico español. No puede extrañar, por tanto, que en otoño de 1899, aprobados tan sólo los dos primeros cursos en Madrid, se trasladase a la Universidad de Marburg, donde perfeccionó durante medio año su formación en patología general, fisiología y bioquímica. Reanudados sus estudios en Madrid, cursó como alumno libre los tres últimos años de la licenciatura de Medicina desde 1900. Su formación clínica la adquirió en el servicio que Juan Madinaveitia dirigía en el Hospital General. A

través de Madinaveitia y de Francisco Giner de los Ríos —con el que tuvo auténtica amistad— entró Achúcarro en relación con Luis Simarro, el maestro que orientó definitivamente el futuro de su dedicación científica. Durante estos últimos años de estudiante empezó a trabajar en su laboratorio en la histología normal y patológica del sistema nervioso, al mismo tiempo que se decidía a consagrarse a la neuropsiquiatría.

Achúcarro

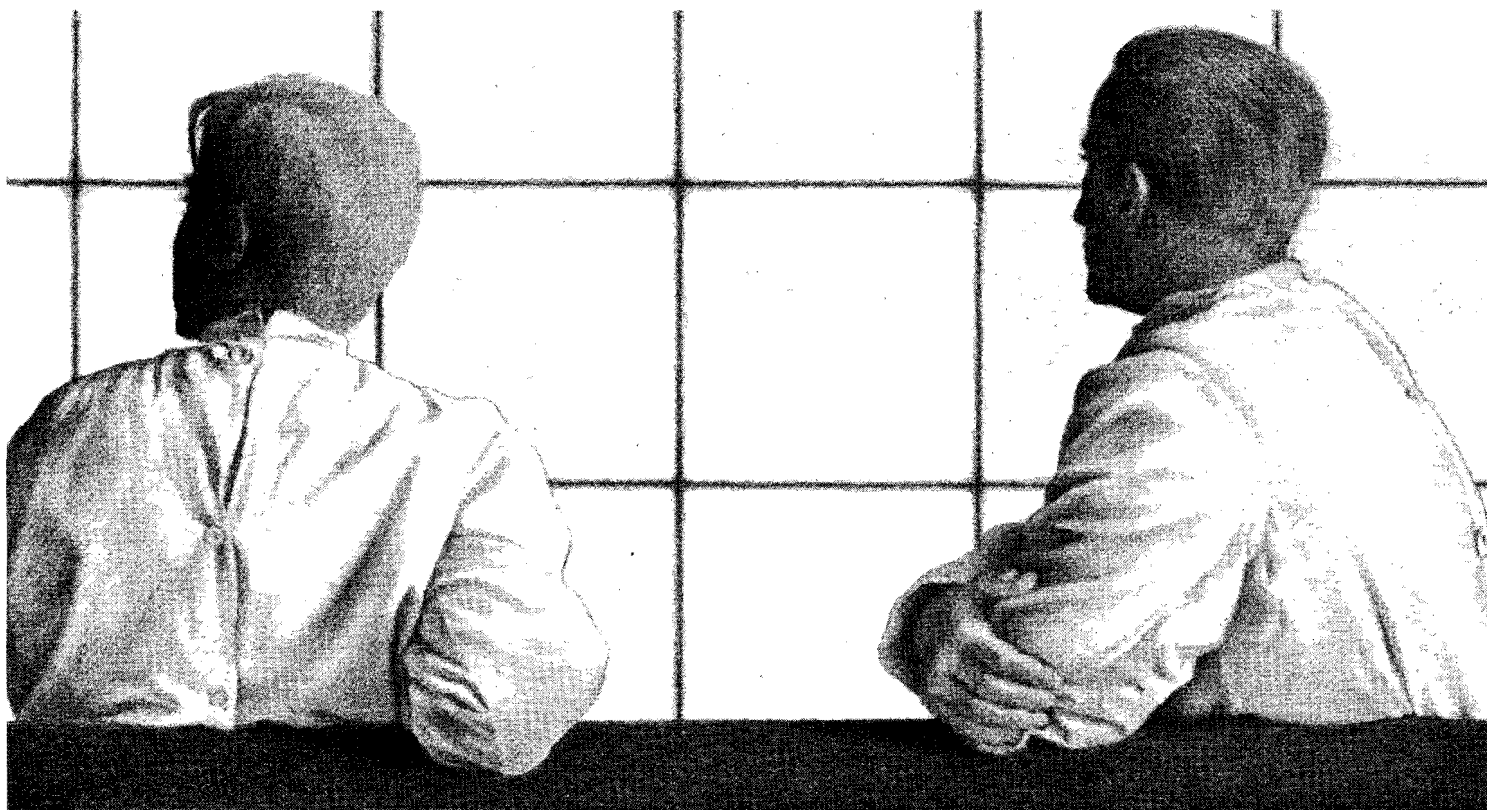
Recién terminados sus estudios en Madrid, Achúcarro pasó varios meses en París (1904-1905), asistiendo a la clínica de Pierre Marie en la Salpêtrière y a las lecciones de Joseph Babinski en la Pitié, con lo que tuvo ocasión de asimilar la sólida fundamentación anatomopatológica característica de la llamada neurología «clásica» francesa. Todavía en 1905, se trasladó a Florencia, ciudad en la que perfeccionó su formación psiquiátrica junto a Ernesto Lugaro y Eugenio Tanzi, para pasar después a Munich, donde residió casi tres años trabajando con Emil Kraepelin y Alois Alzheimer. Esta última estancia en la capital bávara fue decisiva para la orientación científica de Achúcarro. Las ideas que los dos autores citados personifican —la nosología psiquiátrica kraepeliniana y la especificidad histopatológica de las diferentes psicosis— constituirían uno de los más claros fundamentos de su obra de investigador. A mediados de 1908, Alzheimer le propuso ante el Gobierno americano como la persona más idónea para organizar y dirigir el departamento anatomopatológico del Manicomio Federal de Washington. Allí permaneció durante casi dos años aprovechando para su trabajo una casi ilimitada riqueza de medios de toda clase y una gran independencia científica. No obstante, en mayo de 1910, movido por las motivaciones habituales en estos casos, Achúcarro regresó a España. Los ocho años escasos que le restaban de vida los pasó en Madrid, sin que se resintiera la calidad e intensidad de su labor por la diversidad de puestos con que tuvo que ganarse la vida. Ejerció privadamente como neuropsiquiatra, consiguió una plaza en el Hospital General, trabajó durante unos pocos meses en el laboratorio de Cajal, quien lo incorporó también —aunque sin sueldo— al personal de su cátedra, y sobre todo, a partir de 1912, dirigió el Laboratorio de Histología Normal y Patológica fundado por la Junta de Ampliación de Estudios para perfeccionar la

formación de los médicos que habían de salir al extranjero. Allí tuvo como discípulos, entre otros, a Pío del Río Hortega, Gonzalo Rodríguez Lafora, Felipe Jiménez de Asúa, José Miguel Sacristán, Luis Calandre y Miguel Gayarre. No obstante, cuando estaban en la cumbre tanto su labor investigadora como su actividad docente, murió a los treinta y ocho años, tras varios meses de agudo sufrimiento, en su residencia veraniega de Neguri, víctima, al parecer, de una enfermedad de Hodgkin.

La primera aportación importante de Achúcarro consistió en demostrar que las llamadas «células en bastoncito», cuya significación había sido muy discutida, tienen como principal función fagocitar los productos de desintegración de las neuronas en los procesos inflamatorios. Partiendo de su estudio, se esforzó en obtener un método de tinción apropiado para colorear los distintos elementos de la neuroglia, lo que en buena parte consiguió con su técnica del tanino y la plata amoniacal (1911). Sin embargo, fue el método del oro sublimado, ideado, como es sabido, por Cajal, el que le permitió realizar estudios histopatológicos sistemáticos de la disposición de la neuroglia en la corteza cerebral y otras zonas nerviosas, que en buena parte efectuó en colaboración con su discípulo Miguel Gayarre. Hasta entonces se había utilizado el término «citoarquitectura» para designar la topografía estratificada de las neuronas. Achúcarro propuso, en un artículo publicado en 1913, el nombre de «gliarquitectura» para referirse al plan dispositivo del tejido nervioso, problema al que consagró una serie de investigaciones cuyos resultados constituyen, sin duda, el aspecto de mayor trascendencia de su obra científica. En toda ella está bien presente su condición de neuropsiquiatra, pero se refleja de un modo especial en los estudios que acometió al final de su vida acerca de las alteraciones del ganglio cervical superior simpático en algunas enfermedades mentales. Cajal, que se llevó siempre muy bien con Achúcarro, le dedicó una sentida necrología, en la que, entre otras cosas, dijo: «Como todos los caídos prematuramente, no pudo dar la medida de lo que valía; su haber potencial superaba con mucho al actual. Es triste pensar que nos ha sido arrebatado antes de llegar al cenit de su producción científica... Lo único que puede consolarnos de su prematura desaparición es que, para honra de la patria y esperanza de la renaciente ciencia española, nos



Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLE

dejó hijos espirituales capaces de proseguir su obra y de rendirle perenne justicia.»

En cambio, no fueron siempre cordiales las relaciones entre el gran histólogo aragonés y el vallisoletano Pío del Río Hortega (1882-1945), el principal discípulo de Achúcarro y la figura científica más importante de la Escuela Histológica Española después del propio Cajal. Río Hortega estudió Medicina en la Facultad de Valladolid, donde tuvo como primer maestro a Leopoldo López García, el antiguo ayudante de Maestre de San Juan que había sido uno de los iniciadores de Cajal en la observación micrográfica. En 1913 fue pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios y completó su formación en diferentes centros de París y Londres.

Río Hortega

Tras su regreso a España, a comienzos de 1915, trabajó en el Laboratorio de Histología Normal y Patológica junto a Achúcarro, con quien había ya estado antes en relación y que fue su auténtico maestro. Cuando éste falleció, Río Hortega le sucedió en la dirección del Laboratorio, aunque, debido al choque con Cajal del que a continuación hablaremos, pasó al año siguiente a otro nuevo instalado por la Junta en la Residencia de Estudiantes. En 1928 fue nombrado, además, jefe de la sección de investigación del Instituto Nacional del Cáncer, del que pasó a director tres años más tarde. Poco después de iniciarse la guerra civil se exilió y durante la contienda trabajó como histopatólogo primero en París y luego en Oxford. En 1940, la Institución Cultural Española de Buenos Aires le invitó a dar un curso parecido al que había pronunciado en la capital argentina con anterioridad. Acabó quedándose allí los cinco años que le quedaban de vida, como director de un laboratorio de investigaciones histológicas creado por dicha Institución.

El punto de partida de la labor de Río Hortega fue la obra de Achúcarro, tanto en el terreno de la técnica como en el conceptual. Comenzó trabajando con el método del taniño y la plata amoniacal ideado por Achúcarro, que fue modificando hasta conseguir cuatro variantes distintas. Una de ellas tenía la ventaja de impregnar selectivamente las estructuras intracelulares, lo que permitió llevar a cabo estudios citológicos de las neuronas y de la neuroglía. Para continuar las investigaciones de su maestro sobre esta última utilizó más tarde un método propio: el de carbonato

de plata amoniacal, que ideó en 1918. A partir de esta fecha, realizó una serie de trabajos que modificaron por completo los conocimientos relativos a la neuroglía. Hasta entonces se admitía solamente la existencia de dos variedades fundamentales de la misma —la protoplásmica y la fibrosa—, además de unos elementos mal estudiados a los que Cajal había llamado glía adendrítica o «tercer elemento». Río Hortega demostró que en este último había que distinguir dos especies citológicas bien distintas: la microglía o mesoglia y la glía interfascicular u oligodendroglía. Este fue el factor desencadenante de su choque con Cajal, quien en octubre de 1920 le obligó a abandonar el Laboratorio de Histología Normal y Patológica. El enfrentamiento había sido interpretado hasta ahora de formas muy diversas, sobre la base de los testimonios existentes. Lo que resultaba indudable es que a él contribuyeron el talento y la avanzada edad de Cajal, la personalidad de Río Hortega y las dificultades que planteó su condición de discípulo del recién fallecido Achúcarro para la convivencia con el personal del laboratorio de Cajal. No hay que olvidar, por otra parte, que el completo estudio de la morfología, citoarquitectura e histogénesis que Río Hortega realizó sobre la mesoglia y la oligodendroglía le proporcionaron un gran prestigio internacional. No solamente dio cursos y recibió honores en diversas instituciones científicas europeas y americanas, sino que investigadores extranjeros, entre ellos una gran figura como el neuropatólogo norteamericano Wilder Penfield, vinieron a Madrid con el fin de trabajar en su laboratorio.

En directa relación con sus investigaciones sobre la neuroglía, Río Hortega completó asimismo los trabajos que Achúcarro y José Miguel Sacristán habían llevado a cabo acerca de la estructura de la epífisis. Entre otras cosas, demostró que los lóbulos epifisarios están formados exclusivamente por neuroglía fibrosa, mientras que los elementos parenquimatosos o pinealocitos están localizados en los espacios interlobulares (1923).

La histopatología de los tumores generados en el sistema nervioso fue el principal tema de investigación de Río Hortega en el Instituto Nacional del Cáncer. Le consagró media docena de trabajos, el más importante de los cuales fue el dedicado a la tipología de los gliomas y paragliomas de acuerdo con la distinta madurez de sus elementos celulares (1932). Aunque renovadora, su aportación a este capítulo no tuvo tanta repercusión como sus estudios en torno a la glía. Juan Manuel

Ortiz Picón recuerda, a este respecto, que era esencialmente un histólogo más bien que un anatomopatólogo, lo que explica «que sus investigaciones sobre la estructura histológica de los tumores nerviosos estén demasiado desconectadas de la patología clínica de los mismos».

Desde su laboratorio en Buenos Aires, Río Hortega realizó todavía otra importante contribución: demostrar el carácter neuróglíco de las células satélites que envuelven a las neuronas de los ganglios sensitivos y del sistema nervioso vegetativo. La equiparación de dichos «gliocitos» a la oligodendroglía fue la culminación de su obra sobre la glía nerviosa.

Junto a Río Hortega se formaron numerosos discípulos no solamente en Madrid (Isaac Costero, Juan Manuel Ortiz Picón, Antonio Llombart Rodríguez, Román Alberca, etc.), sino también en su etapa de Buenos Aires (Moisés Polak, Julián Prado, etcétera).

Memorias y documentos

Con motivo de su enfrentamiento con Cajal en 1920, Río Hortega comenzó a redactar una especie de memorias que tituló *El maestro y yo*. El texto comprende desde su época de estudiante en Valladolid hasta finales de 1925 y está incompleto, interrumpiéndose a mitad de una frase. A pesar de que su autor comienza diciendo que no quiere «dar a estas páginas un tono autobiográfico» y que se limita a «mencionar los (episodios) que conciernen a mis relaciones con Cajal antes de llegar a su laboratorio, durante mi permanencia en él y después de abandonarle», su contenido tiene un interés que desborda amplia-

mente el incidente. Ofrece información inestimable acerca de la formación inicial de Río Hortega en Valladolid junto a Leopoldo López García, de su condición de discípulo de Achúcarro y del ambiente de la Escuela Histológica Española, aunque es cierto que insiste en su punto de vista sobre el enfrentamiento de 1920, documentándolo con las cartas que se cruzaron entre ambas figuras en ese momento.

Este texto de Río Hortega, tras su muerte en Buenos Aires en 1945, pasó, junto al resto de los trabajos inéditos, a manos de Nicolás Gómez del Moral, amigo y compañero de exilio del gran histólogo vallisoletano, y al fallecer éste, a Moisés Polak y luego a su viuda. Gracias a la gestión de García Durán Muñoz, casado con una nieta de Cajal y bien conocido por sus ediciones de materiales inéditos cajalinos, el original de *El maestro y yo* fue depositado en la Biblioteca Nacional, de Madrid, acompañado de correspondencia entre Cajal y Río Hortega y otros documentos. Entre las cartas figuran las dirigidas por Cajal a Río Hortega desde 1925 hasta 1933, que este último proyectaba al parecer utilizar en sus inacabadas memorias para demostrar la amistosa relación que tuvo con el «maestro», una vez superado el choque de 1920, y el abierto reconocimiento de sus contribuciones científicas por parte de éste.

Otras fuentes testimoniales

Por iniciativa de Severo Ochoa, a quien Durán había proporcionado fotocopia de todo este material, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas ha publicado una edición del mismo a cargo de Alberto Sánchez Álvarez-Insúa. Además de *El maestro y yo* y de las cartas de Cajal que hubieran figurado en su continuación, se incluyen tres «recuerdos de Don Pío» importantes como fuentes testimoniales. El primero está redactado por su discípulo Antonio Llombart-Rodríguez y se refiere al Laboratorio de la Junta en la Residencia del Pinar; el segundo es una breve semblanza que no llegó a publicar Nicolás Gómez del Moral, centrada en los años de exilio; el tercero, una nota del propio Ochoa con información de interés acerca del período de Oxford. En suma, una valiosa colección de fuentes que deben ser aprovechadas para la investigación histórica en torno a la Escuela Histológica Española con la rigurosidad que la materia merece.

Algo parecido puede decirse de otras fuentes testimoniales recientemente aparecidas, entre las que destaca el libro sobre Cajal de Enriqueta Lewy, secretaria del genial histólogo durante la última década de su vida, que ha publicado también el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. La satisfacción de disponer de estos interesantes materiales no debe ocultar las graves lagunas que todavía tiene el estudio del tema. Basta recordar la casi completa ausencia de ediciones de las obras y la correspondencia de Cajal y del resto de autores de la Escuela Histológica Española, equiparables a las que tienen en otros países las de figuras o grupos de parecida importancia científica. □

RESUMEN

José María López Piñero, al comentar un libro de memorias de Pío del Río Hortega, aprovecha para recordar en primer término que la imagen tópica de Cajal resultante de su mitificación supone un grave obstáculo para un adecuado conocimiento de la Escuela

Histológica Española. En este contexto, destaca en su artículo la importancia de la reciente publicación de las memorias de Río Hortega, no solamente para precisar su relación con Cajal, sino para conocer su propia trayectoria científica y la estructura de la Escuela.

Pío del Río Hortega

El maestro y yo

Ed. de Alberto Sánchez Álvarez-Insúa, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1986. 184 páginas. 1.600 pesetas.

Modelización matemática

Por Sixto Ríos

Sixto Ríos (Pelahustán, Toledo, 1913) ha sido profesor de la Universidad de Madrid durante más de cincuenta años. Es numerario de la Real Academia de Ciencias, Honorary Fellow de la Royal Statistical Society, y en 1977 obtuvo el Premio Nacional a la Investigación Matemática.

Un rasgo característico de la cultura actual es la amplia aplicación de los métodos matemáticos a las más diversas actividades humanas no sólo en los campos de la ciencia y la tecnología, sino también en las actividades complejas de la vida moderna, en todos sus aspectos organizativos, productivos, de decisión, etc.

Este proceso se inicia de modo progresivo y acelerado hacia los años 50, coincidiendo, no por casualidad, con la aparición de los primeros ordenadores, y el matemático, que hasta entonces era considerado como una planta rara de la sociedad, pasa a jugar un papel importante al convertirse en un rector de los «procesos de modelización matemática», que permiten progresos fundamentales no sólo en las ciencias (biología, medicina, física...) y técnicas, sino en la resolución de problemas económicos y políticos, clave del desarrollo de nuestro tiempo.

Frases corrientes en la prensa como «gracias al ordenador», «el ordenador predice...», etc., olvidan a los matemáticos aplicados con la actividad creadora de modelos y algoritmos de cálculo indispensables para que sus ayudantes, los ordenadores, trabajen y con ello enriquezcan la potencia intelectual del hombre de ciencia, el gobernante, el banquero, el médico...

Ciertamente la matemática es una de las más antiguas ciencias, que apareció en la aurora de la civilización por requerimientos naturales de simplificar y perfeccionar la vida práctica y civilizada de cada época. Y así podemos decir que el matemático trabaja como agrimensor en Egipto, como filósofo en Grecia, como ingeniero en Alejandría, como astrónomo en Arabia, como científico natural en el siglo de Newton. Desde Newton es difícil diferenciar entre matemáticos puros y aplicados, hasta que hacia la mitad del siglo XIX termina la época en que los matemáticos hacían conjuntamente matemática pura y aplicada.

Tras la creación de las geometrías no euclídeas, dejan de considerarse por muchos las matemáticas como un cuerpo de verdades relativas a conceptos que representan realidades físicas. Pasan décadas en que se acumulan conceptos abstractos muy remotamente inspirados en la realidad, y la matemática crece extraordinariamente sin pensar apenas en aplicaciones próximas o lejanas.

Son realmente excepciones, y no contradicen esta afirmación los ejemplos de Gauss, que simultaneó la creación del álgebra moderna con la construcción del primer telégrafo eléctrico; de Hilbert, que contribuyó con la misma fuerza en teoría de números y física, y de Von Neumann, que participó en la construcción de los primeros ordenadores y edificó la teoría de operadores lineales.

A mitad del siglo XX surge, como dijimos al principio, una nueva y bien dibujada figura de matemático aplicado, con unas carac-

terísticas de protagonismo que le diferencian del matemático puro y también del matemático como simple auxiliar de físicos e ingenieros.

Veamos cómo un notable matemático explica brevemente cómo colaboran éstos en las aplicaciones.

«Se trataba de establecer en Estados Unidos el sistema de defensas antiáreas NIKE, cuyo objetivo era proteger un cierto número de puntos estratégicos contra la acción posible de los modernos bombarderos. Como fase preliminar se consideró el estudio y formulación del problema en términos precisos. Posteriormente se consideró si realmente era posible una solución satisfactoria en el estado actual de la tecnología y por qué medios. Tal estudio hubo de tener en cuenta los desarrollos probables de las armas y bombarderos por el enemigo considerando diversos sistemas de propulsión, sistemas electrónicos, precisión del radar, diseños de aviones, tipos de misiles, ordenadores, etc. Especialistas de todos estos campos, así como de la estrategia militar, discutieron y estudiaron en equipo estos problemas. En el centro de estos equipos se encontraban los matemáticos. Y no porque cada una de estas técnicas requiriese la ayuda de la matemática como fiel servidora, sino porque los matemáticos, a causa de su formación típica, poseen la facilidad de destacar las líneas esenciales de las relaciones que existen entre las diversas causas, aspectos y efectos de una compleja situación como la que estamos considerando.»

Aparece así claro el papel del matemático en las diversas fases del problema, a saber: la «observación» de la realidad compleja, simplificación de la misma, formulación de «modelos» abstractos, «resolución» de los mismos y «aplicación» y «contraste» de la realidad con sus resultados.

Concretamente, la modelización matemática es un proceso mental que conduce a convertir un problema de la realidad en un problema matemático, de modo que resolviendo éste se consiga una solución o al menos un buen conocimiento del primero.

En la actualidad, el matemático, al enfrentarse con la modelización de un proceso real, no se preocupa de simplificar este todo lo necesario para que finalmente el modelo sea susceptible de una solución en forma explícita. Contrariamente, trata de que el modelo sea más representativo de las peculiaridades del objeto y las refleje lo mejor posible aunque el modelo no sea tan sencillo, pero sí permita inventar un algoritmo o secuencia de reglas de cálculo que conduzcan a la resolución del correspondiente problema matemático y a implantarlo después, mediante un código apropiado, en el ordenador. Así se ve que los ordenadores han contribuido a variar la actitud ante los problemas de aplicación de las matemáticas, haciendo necesarias nuevas ramas y orientaciones en las mismas.

Sentado esto, no hay duda de que la modelización matemática debe ser una fase obligada de la enseñanza de las matemáticas.

La forma tradicional de enseñar las matemáticas considerándolas como un edificio acabado, es que se parte de unos axiomas y se demuestran lemas, teoremas, escolios y corolarios en una sucesión interminablemente aburrida (para el 95 por 100 de los estudiantes), finalizando con unos ejercicios que osci-

lan entre lo trivial y lo ingenioso, pero que están siempre tan lejos de las aplicaciones reales como la teoría descarnadamente expuesta, es totalmente inadecuada y deformante para el que aspira a aplicar la matemática, llámese físico, economista, biólogo o matemático aplicado.

Los problemas de la realidad no se presentan nunca como los ejercicios de fin de capítulo de un libro tradicional de matemáticas, que comienzan con frases como las siguientes: «Demostrar que en todo triángulo isósceles...» «Probar que...» Son contrariamente del tipo: «¿Cómo evolucionará una población de mil peces que se colocan en un vivero con una cantidad fijada de alimentos...?» «¿Cómo podemos encontrar...?» «¿Qué sucede si cambiamos...?» Si se ha de preparar a matemáticos, ingenieros, economistas... para la modelización de este tipo de problemas complejos en que una masa de información irrelevante oscurece el objetivo central, y en que precisamente la habilidad consiste en destacar y caracterizar dicho objetivo, la formación debe diferir claramente de la tradicional. Tal modo viciado de enseñanza de la matemática, cuyas raíces se encuentran en la EGB y el BUP, se agudizó en muchos países con la introducción a tales niveles de la llamada matemática moderna, que acentuó la enseñanza de la matemática abstracta y los procesos deductivos, que favorecen el aprendizaje de técnicas de la demostración, muy necesarias para la formación de matemáticos puros, pero insuficientes e inadecuadas para el que va a aplicar la matemática o para el adiestramiento matemático del hombre medio.

Pena da recordar el caso frecuente del niño de ocho años, conocedor superficial de unas cuantas definiciones de la teoría de conjuntos, que, al presentarle un problemita real, de los que el ama de casa debe resolver a diario, pregunta si «es de sumar o de multiplicar». Justamente porque no le han enseñado como fase formativa la manera de modelizar el problemita real.

Conocimiento matemático

Se entiende hoy claramente que si desde la enseñanza elemental se llegara al conocimiento matemático, resolviendo problemas en íntima conexión con la vida diaria, la física, la biología y las ciencias humanas, y se educara a los alumnos enseñándoles cómo se modelizan tales problemas, el hombre medio tendría un concepto sobre la necesidad y el interés de las matemáticas muy superior al que tiene en la actualidad.

Y especialmente los directores de empresas y administraciones comprenderían más fácilmente, si hubieran recibido tal formación, qué tipo de ayuda les pueden prestar los matemáticos, colaborando en la resolución de sus problemas y lográndose así un avance importante en el progreso de las relaciones entre la universidad y la industria y la sociedad, de gran valor para nuestro progreso.

Con la vista puesta en remediar estos y otros defectos de la enseñanza matemática, han aparecido en la última década una serie de libros sobre «Modelización matemática», especialmente en Estados Unidos, Gran Bretaña, Rusia, etc. Se trata con estos libros de estimular a los alumnos a resolver una serie de problemas reales, poniendo especial énfasis en la tarea de obtener el modelo matemático de la situación, para pasar después al aspecto de las técnicas matemáticas de su solución y al cálculo numérico de la solución con el ordenador, para llegar finalmente a la interpretación y traducción de los resultados matemáticos a la solución real.

Muy necesario va siendo que estas ideas no lleguen con el tradicional retraso a la enseñanza matemática elemental, media y propedéutica en España, para lo cual se hace necesario poner énfasis en que los profesores realicen trabajos prácticos de matemática aplica-

da, ya que ésta no se estudia en libros, sino que hay que formarse en ella enfrentándose con problemas reales.

En la enseñanza superior se han adoptado en muchos países dos soluciones para lograr esto. Una es que los alumnos trabajen en equipos internos que existen en las empresas, administraciones, hospitales, etc., para abordar problemas de modelización matemática que se presentan, y la otra solución es constituir en los departamentos de matemática aplicada o de estadística e investigación operativa clínicas o servicios de consulta a los que lleven sus problemas las empresas y que sirvan a los profesores y alumnos integrados en los mismos para hacer auténticas prácticas de modelización matemática y resolución de problemas reales.

Justamente la lectura del magnífico libro editado por Tichonov y Goncharsky sobre *Ill-posed Problems in the Natural Sciences* (Mir Publishers, 1987) nos ha sugerido las precedentes consideraciones sobre la modelización matemática y la necesidad de su inclusión explícita en la enseñanza matemática a todos los niveles.

El libro sobre los llamados problemas «mal acondicionados», cuyo origen se encuentra en los trabajos iniciales de Hadamard, constituye una brillante contribución de varios matemáticos rusos en homenaje a su maestro Tichonov en el ochenta aniversario de su nacimiento.

Se trata de un conjunto de aportaciones importantes al llamado problema inverso que se presenta en la modelización matemática para descubrir, en un proceso real, la causa de un resultado conocido. En cierto modo, todos los problemas de interpretación de datos reales observados son problemas inversos, dentro de los problemas de modelización.

El gran desarrollo de los métodos de simulación, mediante los modernos ordenadores, permite resolver los problemas directos, es decir, calcular las propiedades observables para modelos muy complicados. Pero cuando se plantean problemas inversos se encuentran a veces muy severas dificultades por el «mal acondicionamiento» del problema, que comporta una falta de estabilidad en las soluciones.

Ya en problemas de un número finito de dimensiones es un hecho conocido de antiguo la falta de estabilidad de las soluciones de un sistema de ecuaciones lineales, es decir, que pequeñas variaciones en los datos iniciales pueden conducir a soluciones totalmente distintas, lo que es una subversión contra la idea de la continuidad, a la que tendemos de modo natural.

Los métodos de resolución de problemas «mal acondicionados» pueden ser utilizados para el cálculo de valores de funciones discontinuas con argumentos especificados de un modo aproximado.

Para su necesario tratamiento con el ordenador han surgido las metodologías de familias regularizantes de aplicaciones, cuyas posibilidades de aplicación se ven, a través del libro, en problemas tan diversos como los de sismología, geofísica, fusión nuclear controlada, astrofísica, tomografía, imágenes de televisión, diagnóstico médico, reconocimiento de formas, etc.

Su estudio difícil y altamente técnico confirma la necesidad de la formación armónica actual de los matemáticos aplicados, como hemos preconizado en este artículo. □

En el próximo número

Artículos de F. Ynduráin, R. Carballo Calero, José Hierro, E. García de Enterría, V. Palacios Atard, Guido Brunner y F. Rodríguez Adrados.

RESUMEN

Para Sixto Ríos, la aplicación de los métodos matemáticos a las más diversas actividades humanas ha hecho del matemático un rector de los procesos de modelización mate-

mática. Esta idea le viene sugerida por un libro colectivo que es, en su opinión, una brillante contribución soviética a dicha modelización.

A. N. Tichonov y A. V. Goncharsky

Ill-posed problems in the Natural Sciences (Advances in Science and Technology in the USSR)

Mir Publishers, Moscú, 1987. 344 páginas. [5.050 pesetas.]

Los anuncios por palabras

Por Francisco Ynduráin

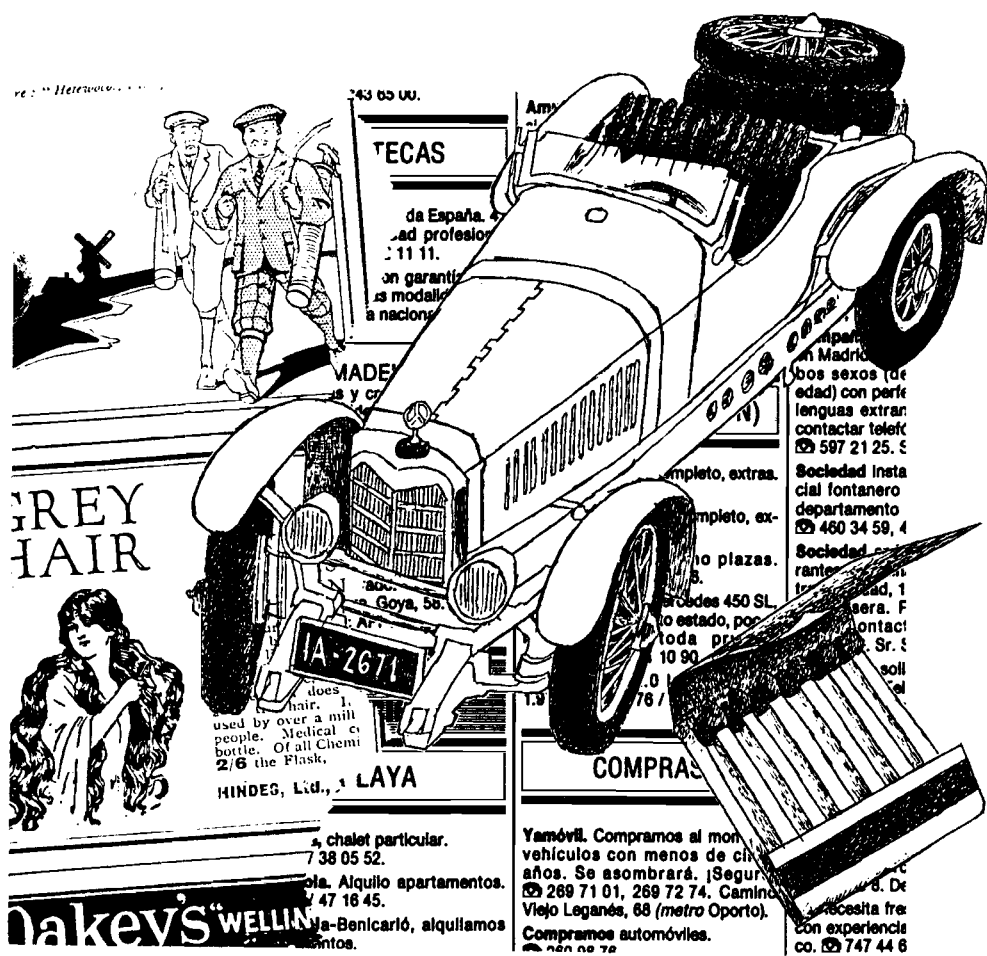
Francisco Ynduráin (Aoiz, Navarra, 1910) ha sido catedrático de Lengua y Literatura Españolas en las universidades de Oviedo, Zaragoza y Complutense de Madrid, además de rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de Santander. Se ocupa de distintos temas y autores, desde los del Siglo de Oro a los contemporáneos.

«Si a la lengua la ciencia no acompaña,
lo mismo es saber griego que gallego»
Lope de Vega

La historia de los anuncios por palabras (APP), que Eulalio Ferrer ha publicado en México, viene prologada por Abraham Moles, que ve en este libro, «más allá de su aspecto técnico de antología y de herramienta publicitaria, un acto de conciencia estética de lo real» (pág. 10). Y como prueba de la altura con que el autor se plantea y toca el asunto, se preguntaba Moles si la multiplicidad de anuncios refleja un vacío social, una carencia de «felicidad» para todos, para concluir: «Esta es la cuestión sociológica y sabia que Ferrer nos plantea entre líneas y como sin quererlo. El autor nos da ejemplos de anuncios insatisfechos, cuya única satisfacción fue, tal vez, por el hecho de la publicación misma, la catarsis de un deseo» (pág. 14). Lo que hubiera parecido a primera vista un mero tranche en la operación mercantil, se nos ha complicado ahora con este comentario. Luego veremos cómo lo que parece tan simple puede ser susceptible de varias interpretaciones que nos revelarán aspectos menos evidentes.

Pero digamos antes algo acerca del autor, uno de tantos trasterrados en la guerra civil, que halló acogida en México, después de haber sufrido en los campos de concentración franceses. Allí, en México capital, se dedicó a empresas publicitarias, en las que alcanzó las cotas más elevadas. Es autor de cerca de 20 libros, preside la Sociedad de Comunicación Aplicada en la capital azteca, donde ha venido publicando desde 1975 la revista «Cuadernos de Comunicación», para estudios de semiótica de la publicidad, con firmas como las de Laín Entralgo, Angel Benito, Marshall McLuhan, Umberto Eco, Gillo Dorfles, Lyle M. Nelson, J. L. Aranguren y el ya mencionado Moles.

También preside la Academia Mexicana de Publicidad, tiene un título de la Universidad de Stanford y es miembro correspondiente de nuestra RAE. Aunque ahora sea dato mar-



ginal, debe recordarse su donación al Estado mexicano del Museo Iconográfico del Quijote, con sede en la ciudad de Guanajuato, además de otras fundaciones con generoso mecenazgo para los dedicados al cultivo de las Letras. Y no resulta alabancioso este ceñido resumen biográfico, porque en algo tan mercantil como pueden sonarnos los APP, Ferrer ha proyectado un sentido humanístico, ideal proclamado ya en otro libro suyo, *Comunicación y opinión pública* (México, 1974), que lleva por lema: «Ser experto en comunicación conlleva un título más alto: ser experto en humanismo».

El tratado que ocupa ahora nuestra atención empieza por ser un objeto de muy cuidada hechura tanto en su disposición espacial como en recursos de tipografía y de ilustraciones. Nada, desde la guarda, que no nos impregne desde la primera vista en el tema que va a exponerse, que no es sino una técnica, la de lo que denomina «Comunicología». Nuestro léxico disponía de lo que secularmente venía conociéndose como «propaganda», con

sentido restringido para asuntos relativos a religión, política, idearios. En última instancia, ahora nos valemos de un medio de comunicación que se vale de las palabras, en sonidos o grafías, y con fines mercantiles, precisamente. El propio autor decía algo así: «Antes de que se inventara su término, publicidad era simplemente catequesis... De predicar se pasó a propagar» (en *La publicidad*, México, 1980, pág. 72).

Poner algún orden, definir, sistematizar la ingente masa de publicidad que la sociedad de consumo ha propiciado hasta invadirnos aural y visualmente, es empeño de grave compromiso.

Uno se halla entre mero curioso observador, más una cierta implicación en lo que le han interesado y le siguen atrayendo los hechos de lenguaje en todos sus niveles y manifestaciones.

Suele empezarse cada tratado con una definición de la materia que se va a exponer, y aquí nos las vemos con el primer problema, ya que toda definición debe valer siempre y sólo cuando se den tales condiciones en lo definido. Eulalio propone una lista de docientas definiciones de la publicidad en letra o por otro procedimiento cualquiera, en su libro *La publicidad* (México, 1980). Proliferación que se nos hace sospechosa de inseguridad; pero me valen las que refundiría, tomadas de dos fuentes: en la *Encyclopaedia Britannica* figura: «Una forma pagada de anuncio al público, con objeto de promover la venta de un artículo o de un servicio; de difundir una idea o de conseguir algún otro efecto deseado por el anunciante.» A esto añadiría lo que dice la *Encyclopédie Française*, que también recoge nuestro autor: «Por cualquier medio de co-

municación.» Por cierto que ya antes se había ocupado Ferrer de limitar lo exigible a la comunicación comercial cuando pedía que los anuncios, para ser eficaces, deberían «saber decir en el momento correcto, en el lugar correcto y en el medio correcto» lo que se pretendía transmitir comercialmente (en *Comunicación y opinión pública*, México, 1974, pág. 87). A esta altura, convendría deslindar las esferas de comunicación y de propaganda, para lo que me valgo de la distinción debida a Jesús Pueyo, cuando ve en la segunda un instrumento que busca la formación de convicciones profundas, mientras que la primera, la publicidad, aspira a la formación de actitudes efímeras, que se resuelven con un gasto en el acto de la compra. Opiniones que acoge nuestro publicista en los «Textos y conceptos» de su libro ya citado (México, 1980, pág. 77).

Mínimo medio de comunicación

Viniendo ya a la obra que nos ocupa, veo en ella por de pronto un resumen histórico y teórico de lo ya conocido, para enfrentarse ahora con lo que ha sido limitado al mínimo medio de comunicación, los APP. No deja de ser digno de nota que ahora, quien había sido y continúa siendo eminente empresario de empresas publicitarias, se haya planteado desde un punto de vista histórico y teorizante lo que venía siendo su negocio como dedicación central. Me parece que no es frecuente dar con tratados escritos por los que practican una actividad de empresarios y acerca de su especialidad precisamente, para contemplarla desde una perspectiva que atienda, más que a la praxis, a una interpretación que viene a coincidir con una suerte de humanismo. Porque el autor ve en los anuncios una huella cultural, con todas las implicaciones que ello supone, empezando con la primera noticia que nos da la Historia, en Egipto, unos tres mil años antes de Cristo, para seguir aceleradamente hasta llegar a lo más granado, que ocurre entre los siglos XVII y XIX, cuando el procedimiento ha cuajado definitivamente, como en el diario londinense «The Times», que vale para dar nombre a «la era del "Times"». Pero el hecho es que fue precedido el periódico inglés por el «Daily Universal Register», de Nueva York, el cual llenaba su primera página con los APP.

Continúa el proceso histórico tanto en Europa como en América, especialmente en México, seleccionando lo más significativo en anuncios, apoyado y enriquecido con una copiosa muestra de dibujos anunciante que van exornando márgenes y páginas enteras del libro. Una vez más las imágenes, aunque fijas y mudas, resultan más provocativas e incitantes para el receptor.

Otro capítulo viene dedicado a lo que titula «Fuentes de hallazgos y perplejidades», que empieza con el anuncio de los «Caprichos», de Goya, redactado por él mismo. Dedicada luego un espacio para acoger anuncios chistosos, como los que toma de Camilo José Cela, en su *Garito de hospicianos*, escritor tan

En este número

Artículos de	
Francisco Ynduráin	1-2
Ricardo Carballo Calero	3
José Hierro	4-5
E. García de Enterría	6-7
Vicente Palacio Atard	8-9
Guido Brunner	10-11
Francisco Rodríguez Agrados	12

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



Los anuncios por palabras

agudo para captar lo literario en sus niveles más elementales, sacándolo de su vulgar trivialidad hasta una atención renovada. Pero de esto, más adelante.

Prosigue con la abrumadora masa de anuncios que traen los diarios norteamericanos, sobre todo en los voluminosos números dominicales, que a uno le resultan disuasivos como lectura por lo engorroso de su manejo. Sigue luego una extensa «Antología contemporánea de anuncios por palabras» (páginas 81-181), para cerrar la exposición con *Una historia en 24 anuncios*, obra de Jardiel Ponceña, humorista injustamente olvidado hoy. Todavía queda lugar para una copiosa bibliografía, seguida del Índice onomástico. Nada menos.

Que en los APP se nos dice mucho más que la apelación mercantil, resulta ahora evidente. Como testimonio directo de una sociedad en un tiempo determinado, lo obtendríamos con sólo asomarnos a las columnas de la prensa que los acoge. Hace algunos años se hizo un concurso entre estudiantes ingleses para que propusieran qué objeto, sólo uno, valdría como información más completa sobre nuestra sociedad al visitante extraterrestre que

Qué es

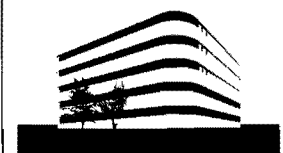
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March
Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCION: Cheque a nombre de la revista **SABER/Leer**. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

llegase aquí después de la catástrofe atómica: el premio lo ganó esta sencilla respuesta: «Los APP.»

La reconocida autoridad del profesor Abraham Moles subraya en el Prólogo los aciertos que ve en el texto de Eulalio. Por ejemplo, la atención que dedica a lo que podemos llamar el aspecto literario de los APP, apenas atendido antes. La brevedad del anuncio, debida al costo de su inserción, exige muchas veces que se le descifre, por donde se obtiene una más acusada marca en el receptor. Lo que tienen de formulario sus enunciados y la clasificación por asuntos, propician lección más rápida, diría yo. Moles advierte en el libro algo más que un instrumento publicitario y lo ve también como «un acto de toma de conciencia estética», aspecto que muy pocos de los autores han tenido en cuenta: nuevo contacto con el talante humanístico del empresario y autor.

La publicidad como ciencia

Más palmaria resulta la variedad de insatisfacciones que los APP revelan, y termina preguntándose si hay una «ciencia» de esta publicidad. Por mi parte entiendo que toda realidad es susceptible de ser tratada científicamente, en cada caso con el punto de vista oportuno y el método conveniente.

Ahora bien, lo que uno advierte en la propaganda comercial por palabras impresas es una complejidad de provocaciones cuya consideración puede requerir la atención de especialistas en economía, sociología, psicología, ética... o en lingüística. Empezaré por lo que más de cerca me atañe, por la letra en el texto, por la misma tipografía, ya que los tipos pueden hacer más notorio y memorable el mero signo gráfico. Posición relativa de éstos, subrayados, cursivas, versales, versalitas, mayúsculas, tipos de diferentes familias, son otros tantos medios de comunicar por la visión, antes que por el significado conceptual. Marshall McLuhan, en un curioso libro, *Counterblast* (Londres, 1969), nos ofrece un variadísimo muestrario de letras, organizadas en figuras con sentido reacuñado. Así, cuando para darnos la noción informativa del piloto sereno, a la caña, sobre oleaje tumultuo-

so, dispone los vocablos como un diseño de la situación. Claro que «stern», nombre y adjetivo en inglés, ahora en el puesto del timonel, supone connotaciones intraducibles.

Sí, las letras pueden comunicar sentidos que rebasan la mera designación. Todavía recuerdo los ya inexistentes librillos de papel de fumar con la marca «Zig-Zag» impresa en la cartulina de la guarda, que sugerían el movimiento de vaivén para extraer cada papel, mientras que las dos Z llevaban una línea zigzagante y los dos vocablos estaban impresos oblicuamente. ¿Cómo se hubiera podido memorizar en fumadores y hasta en abstemios la marca del papel para que resultara más seguramente encomendada a la memoria visual, cinética y táctil, por lo menos? Es una onomatopeya o, si se me permite, una «cinematopeya», porque hace en movimiento lo que dice. Su condición de vocablo singular (hápx) le daba más segura vigencia memorable.

Queda algún otro punto que considerar, pero me limito a la proyección en la literatura de los APP. Nuestro publicista ya lo ha tocado con mención de escritores que se han valido de tales textos para ambientar pasajes de su narrativa que vienen mencionados. Podría aducirse alguno más, como John Dos Passos en su trilogía *USA* (1930, 1932, 1936), o, más cerca, Miguel Delibes en su novela *Mi idolatrado hijo Sisí* (primera edición, 1953; hay ya una sexta), que con fina ironía y precisa información nos va dando con páginas de la prensa local provinciana —Valladolid, sin mención expresa— un trasfondo ambiental sobria y eficazmente presentificado.

En fin, por no alargar el asunto, un libro como *A method of interpreting literature* (Smith College, 1949) dedicaba un capítulo al «American advertising as popular art» (páginas 102-149).

La comicidad en los anuncios, intencionada o casual, para recoger el cabo suelto dejado antes, ha sido motivo de recogida y comentario de algunos escritores. Así, mi gran amigo José M.^a Iribarren cuando toma muestras de rótulos comerciales vistos en su tierra, Navarra, y los que recoge en Mesonero Romanos, al que he acudido en sus *Escenas maritenses* (Madrid, 1835), donde leo: «Hábitos y cajas para difuntos completos y medio herraje», o: «Cama de matrimonio con su cúpula correspondiente», etc. Incluye también anuncios de tiendas en la Puerta del Sol y pregones callejeros.

Ferrer no omite este aspecto y dedica un ejemplario de la misma nota, como por no citar más que una muestra: «Cojo del pie derecho desea asociarse con cojo del pie izquierdo para comprar zapatos de mismo siete». Apareció en «The News», de Edimburgo, febrero, 1935, en inglés desde luego. Si non è vero...

La comunicología, ciencia apenas cultivada entre nosotros, enlaza desde alguno de sus ángulos con la filología más moderna, como puede verse en *La lingüistique*, de A. Martinet (París, 1969), que dedica un capítulo a la comunicación en su más amplio sentido, o en Umberto Eco, *Il Segno* (Milán, 1973), que nos lleva a una semiótica. Y queda abierta la cuestión. □

RESUMEN

Desde hace años, Eulalio Ferrer viene dedicándose en México a la publicidad y a la comunicación, y esta experiencia la ha recogido en varios libros sobre la materia. Francisco Ynduráin siempre ha mostrado desde la lite-

ratura, campo de su especialidad, un interés por las palabras y por el lenguaje, y desde este interés valora y comenta una obra de Ferrer dedicada al popular y extendido sistema publicitario de los anuncios por palabras.

Eulalio Ferrer

La historia de los anuncios por palabras

Ediciones de Comunicación, México, D.F., 1987. 203 páginas.

SUMARIO

	Págs.
«Los anuncios por palabras», por Francisco Ynduráin, sobre el libro <i>La historia de los anuncios por palabras</i> , de Eulalio Ferrer	1-2
«La historia del gallego-portugués», por Ricardo Carballo Calero, sobre el libro <i>História do galego-português. Estado lingüístico da Galiza e do noroeste de Portugal desde o século XIII ao século XVI (com referência à situação do galego moderno)</i> , de Clarinda de Azevedo Maia	3
«La realidad trascendida», por José Hierro, sobre el libro <i>Obra poética completa (1963-1988)</i> , de Angel García López	4-5
«Terminar la Revolución Francesa», por Eduardo García de Enterría, sobre el libro <i>La Révolution. De Turgot à Jules Ferry, 1770-1880</i> , de François Furet	6-7
«La España de Carlos III vista por extranjeros», por Vicente Palacio Atard, sobre el libro <i>Berichte der diplomatischen Vertreter des Wiener Hofes aus Spanien in der Regierungszeit Karls III (1759-1788)</i> , de autores varios	8-9
«Adenauer, constructor de la nueva Alemania», por Guido Brunner, sobre el libro <i>Adenauer (I. El ascenso, 1876-1952)</i> , de Hans-Peter Schwarz	10-11
«Música y sociedad en Grecia», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre el libro <i>La musica in Grecia</i> , de B. Gentili y R. Pretagostini (eds.)	12

La historia del gallego-portugués

Por Ricardo Carballo Calero

Ricardo Carballo Calero (Ferrol, 1910) es catedrático jubilado de Lingüística y Literatura Gallega de la Universidad de Santiago. Entre otros títulos es autor de Gramática elemental del gallego común y de História da literatura galega contemporánea.

El voluminoso libro que la profesora de la Universidad de Coimbra, Clarinda de Azevedo Maia, ha consagrado al estudio de la lengua usada en Galicia y el norte de Portugal en los siglos en que se formó y aparece emancipado del latín el romance hispánico occidental, libro que unánimemente ha sido saludado como muy importante, nos plantea, si queremos precisar su sentido, un problema de terminología que, según nuestra opinión, no podemos resolver sino aproximativamente. El lector de esta revista que no conozca dicho libro, debe recibir alguna información a propósito de su contenido, expresado, pero no inequívocamente, en su título; pues éste puede entenderse de dos modos.

Cualesquiera que sean las aportaciones e incluso rectificaciones de detalle que diversos autores, todos ellos, al menos hasta hace poco, discípulos directos o indirectos de Menéndez Pidal, hayan incorporado a la obra del maestro, ésta continúa vigente en sus líneas generales y en la mayor parte de sus pormenorizados desenvolvimientos como síntesis sistemática de la historia de la formación de los romances hispánicos, tanto por lo que se refiere a su génesis a partir del latín en cuanto versiones vulgares y fragmentariamente divergentes del mismo, como, llegado el momento, en su calidad de nuevas lenguas literarias. Estas constituidas definitivamente, y absorbidas por las más pujantes, las que no mostraron vitalidad o personalidad suficiente —o carecieron del exigido apoyo político—, la situación lingüística peninsular se configura en tres franjas, la oriental, la central y la occidental, que, teniendo en el norte sus focos de expansión, van avanzando hacia el sur al compás de la Reconquista, sobreponiéndose a los dialectos románicos iliterarios hablados en los territorios recuperados para la cristiandad, que ceden ante la lengua de los invasores, si bien permaneciendo en muchos aspectos como fondo sustratístico, e inflexionando así localmente las prestigiosas formas septentrionales, potenciadas por la creciente hegemonía de las armas cristianas.

Lenguas romances

Así, cuando se trata de enumerar las lenguas romances actualmente vigentes en el territorio de la antigua Hispania, Menéndez Pidal menciona, de Oriente a Occidente, el catalán, el castellano y el gallego-portugués. Las dos primeras llevan los nombres de los núcleos originarios, porque las dependencias dialectales de los mismos —por ejemplo, el valenciano y el andaluz— no son lenguas oficiales de estados independientes. El romance occidental no es denominado «gallego», sino «gallego-portugués», porque, a diferencia de lo que ocurre con sus hermanos oriental y central, el dominio lingüístico correspondiente no se localiza totalmente dentro de un solo Estado, o poco menos, sino que se halla dividido entre los territorios de dos estados soberanos, y desde el punto de vista sincrónico resultaría inadecuado subsumir el portugués dentro de la denominación de gallego. No tiene la misma trascendencia la presencia catalana en Andorra y el territorio jurídicamente francés, o su persistencia en un punto de Cerdeña.

Pero el libro de la profesora Clarinda de Azevedo Maia no pretende hacer la historia del desenvolvimiento del sistema lingüístico hispano-románico occidental. De manera que juega —aunque no con una coherencia monolítica, como veremos— con un concepto de

lo que sea gallego-portugués distinto del que usa Menéndez Pidal al clasificar las lenguas habladas en la Península Ibérica.

En efecto, el concepto pidaliano implica la unidad lingüística de la franja occidental peninsular, en el sentido de que existe una lengua común a Galicia y Portugal. Mas la profesora Azevedo más bien parece inscribirse en el censo de los que opinan que gallego y portugués fueron una misma lengua en los orígenes, pero dejaron de serlo a determinada altura y pasaron a ser dos lenguas distintas. Entonces, el nombre de gallego-portugués, en la nomenclatura de la autora, designará la realidad lingüística de la época más antigua del romance occidental, anterior a la escisión en dos lenguas del primitivo conglomerado unitario. Unitario «relativamente», por supuesto. Pero en materia lingüística, cuando se trata de casos como éste, todo es relativo. No hay lengua que nos presente en la realidad una unidad perfecta, y los límites entre lo que son meras variantes dialectales y lo que son diferencias que suponen independencia lingüística son, claro está, muy imprecisos y convencionales, máxime en situaciones como la que consideramos, en la que la unidad primitiva es generalmente aceptada —aunque no falte el tipo del separatista radical, que postula la independencia desde los orígenes del portugués con respecto al gallego—. ¿Qué es una lengua? ¿Qué es un dialecto? No nos vamos a plantear ahora el problema de los universales. Las semejanzas o coincidencias entre el gallego y el portugués pueden considerarse relativas. Pero asimismo pueden considerarse relativas las diferencias o discrepancias. Creemos absolutamente falta de tino la doctrina que cuantifica, mide, pesa y valora numéricamente las relaciones de conformidad y disconformidad entre las formas lingüísticas para fijar un umbral porcentual que nos permita aceptar o rechazar la unidad o comunidad de dos códigos lingüísticos.

Conceptos universales

Es claro que los conceptos universales son apoyos funcionales de nuestra percepción de las cosas, instrumentos de clasificación mental que nos permiten ordenar categóricamente los fenómenos empíricos. Mas creer que esas categorías tienen un fundamento que trascienda la utilidad gnoseológica, supone una ingenua concepción de la capacidad humana para la aprehensión intencional de la realidad objetiva. Entonces caben distintas acepciones del concepto «gallego-portugués», y un estudio que crea hoy más práctico hablar de lengua gallega y lengua portuguesa que de lengua gallego-portuguesa, puede reservar este nombre compuesto para designar la situación lingüística durante la Edad Media de lo que hoy es Galicia y lo que hoy es Portugal, reduciendo incluso el territorio de Portugal a las tierras al norte del Duero. Esto último, que es realmente lo que hace la autora del libro que comentamos, equivale a identificar gallego-portugués con gallego antiguo, pues los territorios de las provincias portuguesas de Minho y Douro Litoral, que son los incluidos en su corpus documental, formaban parte de la Gallaecia romana. Como se admite generalmente que desde el punto de vista estructural las hablas portuguesas de Trás-os-Montes e incluso, pasado el Duero, de las tierras portuguesas hasta el Mondego, pertenecen en sus elementos originarios al gallego galaico y no al gallego mozarabizado que desembocó en el portugués padrón, la autora hubiera podido incluir, con las oportunas precisiones, textos arcaicos de aquellas tierras, si los hubiera disponibles y hubiera juzgado útil procurarlos, sin alterar el sentido ni la unidad de su investigación.

Esta merece la mayor gratitud por parte de todos los interesados en los problemas que afectan al gallego-portugués, en cualquier sentido que demos a la expresión. Pero la utili-



ALBERTO URDIALES

dad de la obra se concentra en el conocimiento de las formas lingüísticas medievales. El corpus comprende exclusivamente textos no literarios, en su mayoría inéditos, entre los siglos XIII y XVI.

Gallego moderno

Sin embargo —ya hemos aludido a ello—, la autora no se reduce estrictamente en su información y pesquisas a la época medieval, pues el mismo título del libro menciona la referencia complementaria del volumen al gallego moderno. Y es esa referencia la que ha sido objeto de mayores reservas por parte de la crítica especializada, que, desde distintos campos, ha considerado incompleta la bibliografía conocida por la autora en esta materia.

El minucioso comentario publicado en la revista «Verba» por R. Lorenzo, registra el hecho de que la información de Azevedo Maia sobre el gallego actual se funda muchas veces exclusivamente en mi *Gramática elemental del gallego común* (1970), cuando hoy se dispone de trabajos monográficos sobre diversos puntos que le proporcionarían datos más apurados y actuales. La verdad es que esa misma *Gramática*, después de esa edición, que es la tercera, tuvo una cuarta (1974), una quinta (1975), una sexta (1976) y una séptima (1979), todas ellas revisadas, por lo que, aun dentro del carácter general de mi manual, éste, consultado preferentemente en su última edición, hubiera contribuido un poco más a mejorar la información de la autora.

Otro artículo, escrito por J. Souto e inserto en la revista «Agália», hace hincapié en la escasa o nula mención de bibliografía no conformista con el Decreto de Normativización de 1982.

RESUMEN

Aunque esta historia del gallego-portugués se centra en los siglos XIII-XVI —cuando ambas lenguas más coincidencias presentaban—, incluye, además, referencias al gallego moderno, lo que le da ocasión

Podría pensarse que este último reparo es impertinente, porque la cuestión normativa pertenece al campo de la política lingüística y no al de la filología científica. Pero tal reproche carecería de fundamento, porque la distinguida estudiosa se refiere en diversas ocasiones al problema de la normativización. Lo que ocurre es que no parece haber recibido asesoramiento en este asunto de otra parte que la oficial. Nuestra autora no se limita a estudiar y clasificar los hechos, sino que da su opinión, y a veces muy resueltamente, a propósito del «status» del gallego con relación al portugués. Si su muy laboriosa y rigurosa investigación sobre el estado lingüístico de la zona acotada en el tiempo indicado, sean cualesquiera las reacciones puntuales de la crítica especializada, debe ser valorada como una contribución fundamental a la historia del gallego-portugués, que todos los gallegos y todos los portugueses, y todos los galleguistas y todos los lusitanistas han de agradecer y aplaudir, sus consejos o dictámenes sobre los problemas presentes de ordenación de la lengua gallega, aunque fundados en sus estudios científicos, ofrecen menos interés. La competencia de la autora en materia filológica no lleva consigo un especial voto de calidad en una materia que es sustancialmente una materia política. El filólogo no es un filósofo ni un sociólogo. Y como el entendido sabe, aunque al profano le sorprenda, el concepto de lengua no pertenece a la lingüística.

El lingüista conoce hechos lingüísticos, pero recibe del sociólogo muchos conceptos generales, que se legitiman pragmáticamente por su funcionamiento contingente en la conciencia social. Los conceptos son clasificadores, pero caben muchos criterios de clasificación. Como dice la profesora Azevedo, toda comunidad lingüística más o menos extensa se caracteriza por una variabilidad idiomática más o menos acentuada. No parece posible la existencia de una comunidad sin variación. Explotando las diferencias, se puede hacer una lengua de un dialecto. Explotando las semejanzas, puede hacerse una lengua de dos o más dialectos. El español se formó por síntesis de variantes dialectales. Lo mismo han hecho, de un modo u otro, todas las grandes lenguas de cultura. Es la historia, la historia política, la que nos impone una concepción u otra de lo que es o no es una lengua.

El gallego futuro

Hoy esa cuestión para el gallego está planteada, más que con referencia al pasado, con referencia al porvenir. ¿Qué queremos que sea el gallego? ¿Una lengua regional? ¿Una lengua nacional? ¿Una lengua internacional? ¿Puede perdurar hoy una lengua que no se use internacionalmente? Por su peculiar situación político-cultural, el idioma gallego exige, si quiere subsistir, una ponderada terapéutica que potencie sus debilitadas posibilidades de competitividad en el foro español y europeo. Libros como el que comentamos, además de su alto significado científico, y por ello mismo, suponen una valiosa información que, debidamente contrastada, puede ayudar a encarar con seriedad los problemas planteados a los responsables de la cultura gallega. □

Clarinda de Azevedo Maia

História do galego-portugués. Estado lingüístico da Galiza e do noroeste de Portugal desde o século XIII ao século XVI (com referência à situação do galego moderno)

Instituto Nacional de Investigação Científica, Coimbra, 1986. XVI + 1008 páginas [2.300 pesetas.]

La realidad trascendida

Por José Hierro

José Hierro (Madrid, 1922) es uno de los poetas más importantes surgidos tras la guerra civil. Su primer libro, *Tierra sin nosotros*, es de 1947, año en el que obtuvo, además, el Premio Adonáis con *Alegría*. Autor de una obra no demasiado extensa, crítico de arte también, Hierro obtuvo en 1953 el Premio Nacional de Literatura, el Premio Juan March en 1959 y el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 1981, entre otros.

Ángel García López nace en Rota, Cádiz, en 1935. Su primer libro, *Emilia es la canción*, aparece en 1963. El, por ahora, último, *Medio siglo, cien años*, en 1988. Entre uno y otro, doce títulos más. Son los catorce recogidos en su *Obra poética completa (1963-1988)*.

El primero de los títulos citados aparece en una colección minoritaria —«Alcaraván», de Arcos de la Frontera—, aunque esto de «minoritaria», tratándose de poesía, debería sobrar. Pese a tratarse de un libro primerizo, con cierto neoclasicismo garcilasista al fondo, se detecta en él al poeta futuro. (No se trata de «vaticinar el pasado», como dijo de los historiadores creo que don Juan Valera.) El dominio expresivo, la sensibilidad rítmica que muestra en sus sonetos, son notables. El libro pasa sin demasiada gloria y, creo, sin ninguna pena.

El segundo libro, *Tierra de nadie*, obtiene un accésit del «Premio Adonáis» en 1967. Con él se inicia la andadura del verdadero Ángel García López sólo esbozado en el poemario anterior. Se inicia, también, con este accésit, una serie de distinciones: doce premios de poesía otorgados a once de sus libros (uno de ellos, *Mester andaluz*, obtiene el «Leopoldo Panero», en 1976, y el de la Crítica en 1978), lo que prueba que la obra de Ángel García López ha sido reconocida en todo momento. Y conste que los doce premios aludidos son todos de primera fila: el «Adonáis», el Nacional, el «Ciudad de Irún», el «Boscán», el «Juan Ramón Jiménez», entre otros. Sólo uno de sus libros, *Comentario de textos*, aparecido en 1981, no obtiene premio alguno: se trata de un libro muy breve, una «plquette» en la que recoge nueve poemas-homenaje a otros tantos poetas: demasiado breve para concurrir con él a algún certamen.

«... un poeta singular, muy conocido, sin duda, y más valorado por el éxito fragmentario de cada libro que por el significado global de su obra.» Estas palabras aparecen en las solapas de los dos tomos que reúnen su obra completa. Si las transcribo es por su sorprendente verdad. Palabras que podrían aplicarse a otros poetas coetáneos de Ángel García López que, en menor medida que él, padecen una extraña marginación; hasta el punto de que ha empezado a hablarse de «generación de los sesenta» o «poetas de los sesenta», rótulo este último que me parece, en cierto modo, más preciso por las razones que explicaré.

Intermedio sobre la poesía de los sesenta

En primer lugar, ¿por qué «de los sesenta»? La respuesta es muy simple: abarca a poetas cuyo primer libro aparece en dicha década que, además, quieren hacerse conocer —no individualmente, que lo son— como grupo, dentro del cual cada uno conservará su personalidad, a la manera que se habla, reconociéndoles unas características comunes, de dos oleadas (no hay distancia temporal para hablar de generaciones) inmediatamente anteriores.

A los poetas de los años cuarenta nos etiquetaron pronto: «poetas de la posguerra». Los revelados en la década siguiente —Claudio Rodríguez, Valente, Gil de Biedma, Sahagún, Cabañero, Ángel González, Brines (en el umbral de la década siguiente, pues su pri-



TINO GATAGAN

mer libro aparece en 1960) fueron agrupados bajo el rótulo de «poetas de la segunda posguerra» (como si hubiese habido dos guerras seguidas). Pero, en cualquier caso, aún sin título abarcador, se reconocía en ellos una actitud común que los distinguía de la de sus hermanos mayores, de la que discrepaban levemente. Los primeros, los de los cuarenta, eran vistos como practicantes de una poesía crítica y social, prosaica y más o menos tremendista (esquemización falaz, pues por esos años publicaban sus primeros libros Morales, Hidalgo, Bousoño, Gaos, García Baena, Ricardo Molina, Ory y bastantes más a quienes no les correspondía la etiqueta de «poetas sociales»). Los poetas de los cincuenta eran vistos como creadores que rehusaban la poesía comprometida, aunque sin abjurar del realismo, y mostraban una mayor preocupación por lo formal (como si los que acabo de citar, a los que podría añadirse algún poeta social, como Blas de Otero, se desprecupasen de los aspectos formales). Para el primer grupo, la poesía era comunicación o instrumento para transformar el mundo. Para el segundo, la poesía era forma de conocimiento; «poesía de la experiencia» era otro de los títulos que invocaban.

Estas clasificaciones, lo repito, resultan demasiado esquemáticas para ser convincentes. Pero funcionaban, y no es cosa ahora de intentar matizar. El caso es que fueron —fuimos— aceptados, salvo los que, como Ory o los poetas de «Cántico», o algunos más o menos próximos al surrealismo, como Labordeta, se desviaban de la corriente realista. Estuvimos en las antologías y en ellas adquirió el lector conciencia de que existían dos tribus poéticas claramente diferenciadas.

Los poetas de los sesenta, en cambio, no han tenido tanta suerte: por eso, y con razón, se quejan. Pero es preciso precisar un poco más, pues en la misma década empiezan a ser conocidos poetas —Gimferrer, Vázquez Mon-

talbán, Martínez Sarrión, Azúa, Carnero, y otros más— a los que, sin mengua de su personalidad propia, se les incluye en una nueva tribu: la de los «novísimos», antologizados por Castellet. De manera que los poetas del sesenta constituyen dos familias: una —hasta cierto punto— marginada; la otra, aceptada entusiastamente.

Creo que el fenómeno tiene una explicación: los novísimos rompen, abruptamente, con la poesía inmediatamente anterior, recuperan fórmulas superrealistas, manejan el absurdo (en grados diferentes, pues hay una gran distancia, a este respecto, entre Manuel Vázquez Montalbán y Ana María Moix), se alejan del magisterio machadiano (que quedará reducido a una difusa admiración-excusa por su ejemplo moral), y en la panoplia de maestros a quienes admiran y cuya lección aprenden, aparecen nombres inexistentes para los poetas anteriores: Eliot (admiración, no obstante, ya anticipada por Vicente Gaos, traductor de sus *Cuatro cuartetos*), Ezra Pound, Octavio Paz, Lezama Lima, etc. Es, en cierto modo, una recuperación de la vanguardia, aunque con la mirada puesta en el futuro. La ruptura abrupta con lo inmediatamente anterior es lo que hace que aparezcan con rasgos bien definidos. Sus ídolos ya no serán los Che Guevara ni el Picasso del «Guernica», sino personajes del «comic». Los poemas tienen un acento coloquial, como si en ellos nos hablase no un «poeta», sino un hombre culto que no se propone (entiéndase rectamente esta expresión) «hacer poesía».

Nada de esto sucede en esa otra zona de poetas de los sesenta a la que pertenece Ángel García López. Hasta cierto punto, con variaciones de tono, siguen la línea anterior potenciando la expresión, barroquizándola en algunos casos, poniendo el acento en la expresión, en el lujo de la palabra. Sus aportaciones son menos notorias que las de los novísimos. Y no olvidemos que las modas se imponen más por lo «externamente» no-

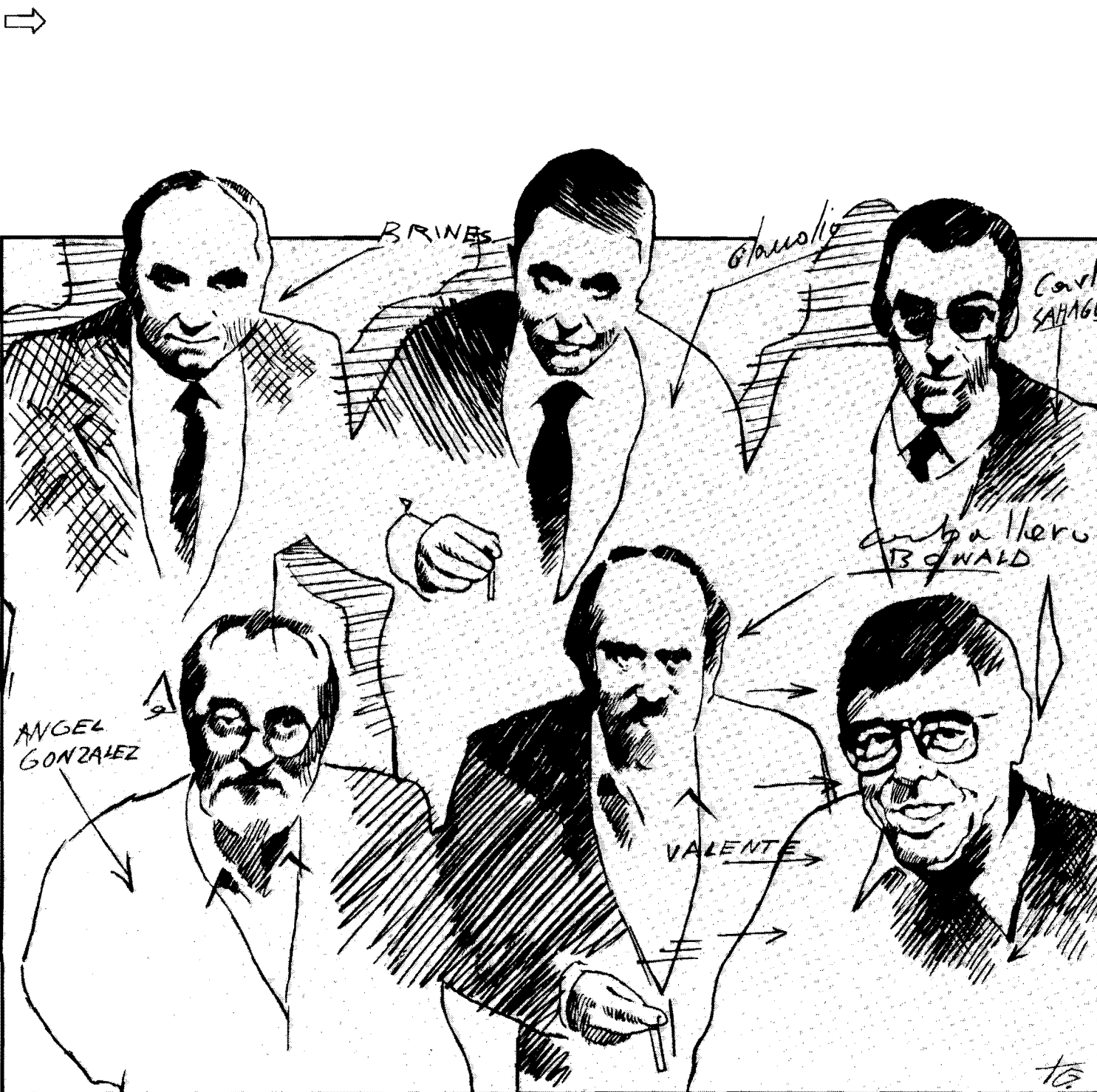
vedoso que por lo «esencialmente» nuevo (Antonio Machado no fue «visto» por los del 27).

Ángel García López, a partir de su segundo libro, se nos presenta como un gran poeta que nos sorprende por su dominio de la expresión. Es un poeta de la realidad, pero realidad trascendida, convertida en joya por obra y gracia de su riquísima palabra y del refinamiento de las sensaciones. Cuando evoca la infancia o los lugares perdidos, lo hace sin caer en lo delicuescente, en la autocompasión (frecuentes en los poetas que «cantan lo que se pierde» sin ser Antonio Machado). Para Ángel García López el pasado no es algo perdido irremisiblemente y evocado con melancolía, sino un ámbito al que es posible volver, hacerlo presente.

Raíces tradicionales

Las raíces tradicionales de su poesía son muy hondas. Suele ocurrir que los ojos nos hagan creer que algunas de sus estrofas están escritas en versículo libérrimo, pero al leerlas, el oído nos advierte de que tales versículos son en realidad series de 7+7+7 sílabas (recuérdese, al respecto, cómo una característica de los novísimos consiste en su repudio del verso tradicional y la adopción, casi exclusiva, del verso libre). Esta fidelidad a los procedimientos tradicionales es patente en sus sonetos. La venerable fórmula introducida en la poesía por Boscán y Garcilaso (después de haber sido tan maltratada por el Marqués de Santillana), confirma en Ángel García López su vigencia. Dos de sus libros —*Volver a Uleila*, de 1971, y *Los ojos en las ramas*, de 1981— están escritos íntegramente en este molde, y con excelentes resultados poéticos. Porque el soneto ha sido, y es, en muchos, mero ejercicio retórico, simple habilidad versificadora im-

Viene de la página anterior



TINO GATAGAN

permeable a la poesía. Angel García López no pierde el pulso al adoptar este molde. «Pienso» en soneto en vez de «traducir», como los retóricos, una idea previa y verterla en los catorce endecasílabos. Y pese a la gravedad propia del soneto, Angel García López, al igual que los poetas del barroco, lo utiliza frecuentemente para mostrar en ellos su costado lúdico, su humor siempre tierno. Los que constituyen el libro *Los ojos en las ramas*, inspirados en sus hijos, constituyen un alto ejemplo de su capacidad de poeta-sonetista, admirable de observación, imaginación y sentido rítmico.

El libro en que se produce el encuentro total del poeta con su voz genuina (revelada, acá y allá, en poemas de sus libros anteriores) es, en mi opinión, *Elegía en Astaroth*, de 1973, que obtuvo el Premio Nacional de Poesía.

Qué podrán exigirme cuando el tiempo
[nos vuelva
claridad. Cuando acerquen toda la
[historia. Y salven
de tanta letra muerta la sustancia, los
[pocos
signos vivos del hombre.

Sé malgasté los
[años
en amar. De esto sólo tal vez deje su ropa
mi corazón.

Quién dijo «el agua arde»,
[y mentira
volvió verdad. Quién dijo «arroyo fue,
[envejece;
su cabello no es joven, no es corredor con
[niños».

Quién pudo mentir tanto
de este sol que conozco más que mi
[cuerpo, más
que mi voz.

Es una poesía de una rica esencialidad, de grave acento moral, escasa de adjetivos que no dan vida («el adjetivo, cuando no da vida, mata», había dicho Vicente Huidobro).

Pero la serenidad y la resignación de que habla el texto, lo desmiente la frecuencia de encabalgamientos, como si la pasión pidiese su parte a la reflexión al entrar el ritmo en colisión con el metro. Es la historia de una niñez en Andalucía (temas recurrentes en Angel García López):

Narciso mío, reflejado en el lago
de la niñez y el sur.

Retrato respirable en un desván, de 1973, es un libro recorrido por el gozo de la plenitud amorosa vivida en un paisaje clásico, acaso una trasposición de Andalucía. El endecasílabo (camuflado, como en otros casos el heptasílabo), con presencia de la asonancia, a veces interior (cuando me llegas con tu luz y ordeno la gran ropa caliente, tus cabellos / tu novia mano de lebrél. Y acuesto la carne junto a tí, dejando ciego / el ventanal con sol, todo el silencio en sombra. Y se deslumbra el aposento...), se utiliza frecuentemente, y nos da idea del refinamiento de la técnica con la que Angel García López logra la más exquisita musicalidad. El libro es como un paréntesis que prepara el *Mester andalusí*, de 1978, una crónica lírica de Andalucía, una hermosa elegía en la que se evoca la grandeza y esplendor de Al-Andalus, mezclados con datos —poetas, cantaores, toreros— de la Andalucía cristiana, de rica cultura soterrada. *Mester andalusí* canta el orgullo de pertenecer a una patria que, bajo el desamparo y la pobreza de hoy, conserva el latido de la vida. Es un grandioso testimonio lírico, una declaración de la propia identidad que nada tiene que ver con la Andalucía jaranera y seudofolclórica de pandereta. Esta veta andalusí recorre igualmente el libro inmediatamente posterior, *Auto de fe*. En ambos, el lenguaje ha llegado a su máxima exaltación, barroquizándose, potenciándose, hecho fantasía y música.

Pero una circunstancia va a originar un cambio notable —por lo menos temporalmente— en la evolución del poeta. He aquí

las palabras que Angel García López antepone a los poemas que constituyen su libro *Trasmundo*, aparecido en 1980:

Este libro comenzó a escribirse en los días iniciales de 1978, horas después de mi ingreso en el centro hospitalario en que había de extirpárseme una tumoración en el pulmón y se dio por terminado la fecha inmediatamente anterior al levantamiento de los puntos de sutura...

El libro está dedicado al cirujano y a los doctores que intervinieron en la operación y

... a Lola de la Fuente, que me dio su fuerza y su alegría, y al autor de mis libros anteriores, A. G. L., porque, cuando escribía estos poemas, estubo a punto de morir conmigo.

Trasmundo es la narración de la dramática peripecia, aunque narrada sin el menor dramatismo. Quiero decir que el dramatismo está en el propio suceso narrado, no en la manera —contenida, elegantemente distanciada— de narrarlo. En él no se eluden los prosaísmos, pero elevados a categoría poética (porque muchas veces el prosaísmo no es sino un esteticismo de signo contrario que pone el excremento, provocativamente, donde se espera una esmeralda). Los poemas son, en

RESUMEN

Un poeta como José Hierro desmenuza por extenso la obra de otro poeta, Angel García López, perteneciente a una generación posterior a la de Hierro, a la que él llama de los «poetas de los sesenta». La obra completa, re-

la medida de lo posible, pues estamos en el ámbito de la lírica, objetivos, salvo en un caso: el fechado en 14 de noviembre (referido sin duda a la anestesia), en el que utiliza un procedimiento próximo al superrealismo, al irracionalismo de la escritura automática.

En los libros posteriores, *Memoria amarga de mí*, de 1983, y *De atrocidades y virgindades*, el poeta desarrolla un tema que ha estado presente en toda su obra anterior: el amor.

Esta noche decido tener contigo un libro.

[Comienzo en ti a engendrarlo escribiendo estos versos que en tus labios he visto. Y que así, su memoria, explique a quienes lean qué de amor hubo en ello.

He decidido, libre, pedirle a estos poemas

[sólo digan tu nombre. Y, luego, he prometido más

[de tí

enamorarme, sabiendo de ambas cosas la segunda más fácil y las dos muy difíciles.

Con estos versos comienza el primero de los libros citados. Todo él constituye un hermoso poema de amor. De amor presente, no evocado tras su pérdida. Poema de gozo, madrigal encadenado escrito en estrofas formadas por pies de 7 (ó 14) sílabas que prestan a los poemas su solemne andadura («y avanza tu figura haciéndose memoria con la súbita forma del pájaro visible que es el alejandrino»). Tanto en este como en el libro siguiente, *De atrocidades y virgindades*, la expresión se ha decantado hacia la sobriedad. Ya no canta «con aquella locura armoniosa de antaño», dicho sea con palabras de Rubén. Las expresiones coloquiales menudean, pero siempre sin perder su intensidad lírica.

El último de los libros incluidos en estas poesías completas es el titulado *Medio siglo, cien años*. La sobriedad expresiva a la que acabo de referirme se intensifica aquí, al igual que la contención de la emoción. Este libro, formado por poemas escritos en y sobre Buenos Aires (en alguno de los cuales utiliza formas verbales argentinas: «sabés», «sos», y ciertas sonoridades que nos recuerdan letras de tangos imaginados), es más complejo que los anteriores a causa de la visionaria superposición o alternancia de tiempos y de espacios, de elementos contemplados y de elementos evocados. Todo ello impregna estos versos de una dolorida temporalidad, nota nueva en la poesía de Angel García López (pues ya dije que cuando recurre al pasado, la infancia o el viejo esplendor andaluz, lo «presentiza», se sume en él como si fuese presente).

Unas breves notas —aunque al lector le habrán parecido, por culpa mía, más dilatadas de lo tolerable— son insuficientes para dar idea de la riqueza de la poesía de Angel García López, de su unidad, dentro de una variedad innegable. Cada libro es un paso más hacia adelante, jamás un arrepentimiento ni un cambio abrupto de rumbo. Señalaré, para finalizar, que Angel García López es poeta de poemas, no de versos aislables por su belleza destellante. O acaso es que todos ellos se mueven en el ámbito de la belleza sin desmayos, por lo que no es posible aislar a uno solo. Un poeta cuyo mundo y cuya expresión bien merecen un estudio en profundidad. □

Angel García López

Obra poética completa (1963-1988)

Dos volúmenes, Torre Manrique, Madrid, 1988. 298 y 320 páginas. 3.710 pesetas.

Terminar la Revolución Francesa

Por Eduardo García de Enterría

Eduardo García de Enterría (Cantabria, 1923) es catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid, doctor «honoris causa» por la Sorbona (1977) y por otras universidades, y Premio «Príncipe de Asturias» de Ciencias Sociales (1984). Autor, entre otros libros, de *Revolución francesa y Administración contemporánea*.

En unas semanas fulgurantes de 1789 se producen en Francia una serie de sucesos continuados que, en conjunto, como se verá después, van a ocasionar una de las más gigantescas conmociones de la historia. Toda la Europa contemporánea arranca de ahí. En elemental resumen, esos sucesos relevantes son:

— El 5 de mayo de 1789 se abre en Versalles por el Rey la sesión de los Estados Generales del reino, no reunidos desde 1614.

— El día siguiente, 6 de mayo, el Tercer Estado o Estado llano rehusa constituirse en Cámara particular, se instala en la sala general e invita a los otros dos estados o brazos, nobleza y clero, a reunirse con él en una formación única.

— El 17 de junio el Tercer Estado, a instigación de Sieyès, se constituye en Asamblea Nacional; tres días después, 20 de junio, sus diputados, habiendo sido impedidos de reunirse en la sala en que estaban haciéndolo, se congregan en un lugar próximo, en el «Juego de la Pelota», y prestan el famoso juramento de no disolverse y de mantenerse reunidos «hasta que la Constitución del reino sea establecida y afirmada sobre fundamentos sólidos» por ellos mismos.

— El 23 de junio el Rey anula las decisiones del Tercer Estado y ordena la deliberación por estamentos; el Tercer Estado no acepta esta decisión y proclama la inviolabilidad de los miembros de la Asamblea Nacional.

— El 27 de junio el Rey vuelve sobre su decisión y ordena a los miembros de la nobleza y del clero que se reúnan con el Tercer Esta-

do; la totalidad de los Estados Generales se ha convertido así en Asamblea Nacional única en la que predominan netamente los miembros del Tercer Estado.

— El 6 de julio se crea el Comité de Constitución en la Asamblea con la misión de elaborar un proyecto constitucional y someterlo al pleno; sus miembros son designados el día siguiente; el día 9 el pleno de la Asamblea se proclama solemnemente Asamblea Nacional Constituyente.

— El 11 de julio el Rey cesa a Necker, lo que da lugar a desórdenes generalizados en París, declarándose favorable a los amotinados una parte de la guardia; el 13 la Asamblea Nacional Constituyente se proclama en sesión permanente y declara la responsabilidad de los ministros del Rey; antes, en el Ayuntamiento, se ha ordenado la formación de una milicia civil.

— El 14 de julio es el día, luego simbólico, de la toma de la Bastilla.

— El 15 de julio el Rey rectifica y anuncia a la Asamblea que retira a las fuerzas militares que rodean París; el 16 vuelve a llamar a Necker al poder; el 17 el Rey visita París y es recibido en el nuevo Ayuntamiento por las autoridades surgidas de la revuelta, visita de donde quedará consagrada la bandera tricolor; ese mismo día comienzan a aparecer ya los nuevos periódicos revolucionarios o «patrióticos» acompañando a la nube de panfletos ya en curso, y se inicia también la emigración de la nobleza fuera del país, comenzando por el propio hermano del Rey, el Conde de Artois (que luego será Carlos X).

— El 20 de julio y los siguientes hay revueltas y asesinatos en casi toda Francia: es el comienzo de la «Grande Peur».

— El 24 de julio se instala ya la nueva administración municipal de París, elegida por los distritos.

— El 4 de agosto, en cuya mañana el Rey ha tenido que reformar el ministerio para dar entrada en él a los nuevos poderes, se concluye en la Asamblea con la famosa noche en que se acuerda la abolición de todos los privilegios y de los derechos feudales y se proclama

el principio de igualdad absoluta de todos los franceses.

— El 21 de agosto comienza el debate, que concluirá el 26, con un voto positivo del que sale la Declaración de Derechos del Hombre y el Ciudadano.

Cierro aquí de momento esta efemérides de hechos que se encadenan y precipitan porque justamente en este mes de agosto de 1789, al comenzar a considerarse los artículos de la nueva Constitución, hace su aparición primera un tema que va a ser recurrente durante un siglo entero (y aún más, como veremos), el tema de que hay que «terminar la Revolución». Esta consigna va a aglutinar, alrededor de constituyentes que han jugado en los sucesos descritos un papel radical (Mounier, que fue quien tomó la iniciativa para el juramento del «Juego de la Pelota»), será la cabeza visible de esta dirección), el grupo llamado de los «monarchiens», que propugna la desembocadura de todo el proceso en una monarquía constitucional sobre el modelo inglés.

Herida sangrante

Pero la enorme herida que los sucesos descritos han abierto en el costado de la imponente Monarquía francesa no dejará de sangrar tan pronto. La Revolución no será detenida, sino que seguirá, apasionadamente, su curso frenético hasta la instauración de la República, el regicidio, el jacobinismo, el Terror. Conviviendo con la ebriedad asamblearia, y después relevándola, va a aparecer la guerra con Europa («es contra todos los reyes de Europa contra los que un nacionalismo democrático ha dirigido el mensaje universal de la Revolución»), que no concluirá sino con la aventura napoleónica.

Esa idea de «terminar la Revolución», de hacer el balance de lo adquirido y de gestionarlo tranquilamente en paz, conservando elementos relevantes del antiguo modo de gobernar, aparece en el curso frenético de los hechos constantemente como una ilusión reanunciada de nuevo cada vez. Pero va a ser ya el

programa declarado de todo lo que sigue a ese climax terrible del jacobinismo: Thermidor, el Directorio, el Consulado, el Imperio, las dos Restauraciones, la II República, el Segundo Imperio, la III República. A su lado se contraponen el programa de «continuar la Revolución», del «espíritu del 89», de llevarla a sus consecuencias finales. El autor del libro que comentamos, François Furet, hace de esa recurrencia del argumento quizá la línea maestra de su exposición: «La Asamblea constituyente ha destruido la sociedad de estamentos y de corporaciones, ha instaurado la igualdad civil en el viejo reino. Pero no ha resuelto con ello la cuestión del gobierno, que va a durar cien años.»

Conocíamos de Furet (aparte de la exposición ya original de los acontecimientos revolucionarios que había hecho en colaboración con D. Richet, *La Révolution Française*, 1965-6; 2.^a edic. 1973) el brillantísimo *Penser la Révolution Française* (Gallimard, 1976), con el que había irrumpido con fuerza en la historiografía revolucionaria y había osado medirse —y derrotar, propiamente— a la corriente «oficial», la representada sobre todo por la cátedra sorboniense de Historia de la Revolución Francesa (Aulard, Mathiez, Lefebvre, Soboul, Mazauric), demostrando el convencionalismo de sus métodos y lo inadmisibles de su sistemática toma de partido por uno de los bandos, y concretamente por el jacobino, reinterpretado al final a través de Marx y de Lenin; la dinámica de la Revolución se proyectaba hasta la Revolución comunista de 1917 y culminaría en la generalización de esta fórmula, que se daba por descontada, verdadera e inesperada clave de 1789. La crítica de Furet, lúcida e implacable, había preparado el terreno para edificar él mismo su propia construcción positiva, lo que, aparte de sus muchos estudios monográficos y de su importante e inteligentísimo *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, dirigido por él y por Mona Ozouf, publicado el mismo año de 1988, concluye ahora con esta magistral exposición general.



JUAN RAMON ALONSO

Viene de la página anterior



JUAN RAMÓN ALONSO

En el primero de los estudios incluidos en *Penser la Révolution Française* ya había dicho Furet: «Sueño con una historia de la Revolución infinitamente más larga, mucho más prolongada hacia el valle que hacia la cumbre y cuyo término no ocurre antes del fin del siglo XIX o a comienzos del XX. Pues la historia del XIX entera puede ser considerada como la historia de una lucha entre la Revolución y la Restauración. Sólo la victoria de los republicanos, al comienzo de la III República, es el signo definitivo de la victoria de la Revolución en las profundidades del país» (página 16). Esa historia soñada entonces es la que ahora el autor ha acertado a exponernos puntualmente en todos sus términos. La demostración debo decir que me parece completamente concluyente.

Aportación esencial

El libro se incluye en una serie, la de la «Histoire de France Hachette» (éste es el tercer volumen aparecido hasta ahora de la misma), que por sus características externas (libro encuadernado, con muchas ilustraciones a todo color, con genealogías, mapas y grandes cuadros temporales, sin apenas notas eruditas a pie de texto) parecería propia de una edición de mera divulgación (aunque hay que notar que los otros dos tomos hasta ahora aparecidos, debidos a Georges Duby —987/1460— y Emmanuel Le Roy Ladurie —1461/1610— nada menos, no tienen nada de vulgares). Sin embargo, la obra que comentamos es de una completa originalidad y supone una de las aportaciones esenciales de la innumerable bibliografía que está apareciendo en Francia en la conmemoración del bicentenario de la Revolución.

Obra maestra, en verdad, por la limpidez de su exposición, por su eficacia narrativa, por la lucidez y profundidad de los análisis en que constantemente se apoya. No se obsesiona por identificar las «causas» de la

Revolución, porque en rigor no hay nunca causas, sino condiciones que el azar humano utiliza luego o corrige. Un ceñido primer capítulo, entre los diez de que consta la obra, expone con sabiduría las circunstancias de ese «Ancien Régime» inmediato, desde 1770. La cadencia se acelera para explicar los sucesos revolucionarios y sus sucesivas y apasionantes transformaciones.

Furet aprecia sobre todas las interpretaciones la de Tocqueville, que hace de la igualdad el secreto motor de la larga carrera que lleva a la ruptura del 89 y que domina la evolución posterior y sus desenvolvimientos previsibles. Pero para él, aunque reconozca que la igualdad opere como base, el problema es esencialmente político, que es la formación de una legitimación democrática completamente original respecto del pasado y el largo proceso para hacer arraigar en la sociedad francesa esta planta nueva. Esta sería la clave del siglo posterior a la Revolución propiamente dicha.

Si convincente es su visión de los hechos revolucionarios, incluyendo en éstos a Napoleón (la visión del hombre y de su obra es un modelo de profundidad y concisión), espléndida es la parte segunda del libro (que es, por cierto, la que monopoliza el epígrafe de «terminar la Revolución», que él mismo en su otro libro citado *Penser...*, había aplicado sólo al thermidorismo, como salida de la fórmula jacobina), la que nos lleva desde la Restauración hasta la III República. La Revolución, dice, no sólo ha constituido un acervo de tradiciones y de fidelidades, sino que, a la vez, ha ofrecido a las generaciones que la siguen el ejemplo inaudito de una reinención de la sociedad por la acción de los hombres. El paradigma democrático ofrece como posible esa utopía nueva. Como había ocurrido ya en el XVIII, sobre las instituciones habilitadas sucesivamente con muletas diversas (repátese de nuevo la sucesión de regímenes a partir del jacobinismo), se formará en el XIX una «formidable política de oposición... segura del

irresistible movimiento de la historia; no tiene que vencer ya más que a vencidos».

La exposición resulta extrañamente iluminadora del curso histórico francés del XIX. El papel jugado por la Iglesia y por el sentido de la expiación de culpas en la Restauración, la finura y las limitaciones de los liberales doctrinarios que administran la Monarquía de julio, el gozo popular del reencuentro con el manantial revolucionario en 1848 y su reinterpretación socialista que entonces comienza, la habilidad demagógica de Napoleón III y la importancia de la obra económica y de afianzamiento social cumplida durante su período. Todo ello culmina en los años inmediatos a 1870, cuando la caída del Imperio y el estúpido integrista de los legitimistas hacen posible, por vez primera, un régimen democrático, cuya legitimación admite ya sobre todo el campesinado, entonces dominante, y que, en cierta manera, viene a cerrar la gran cuestión abierta desde 1789. «Un siglo después que los Estados Unidos, Francia ha encontrado el medio de conciliar la división de los poderes con la existencia de una fuente única de la autoridad pública: la voluntad del pueblo.» Las elecciones de 1876 pueden ser vistas como el punto de inflexión: «por primera vez los republicanos se apoderan del Estado sin otro apoyo que la voluntad expresa de todos

los ciudadanos, cuya fortaleza nace de una legitimidad que nadie contradice ya».

¿Ha terminado ahí la Revolución? Aunque ahí se cierra el libro, parece evidente que el impacto revolucionario sigue prolongándose.

La «summa divisio» de las actitudes políticas en derechas e izquierdas se sigue aglutinando durante toda la III República sobre las respectivas tomas de posición ante la ruptura magna de 1789. Sólo en los combates de la Resistencia y en la posterior formación de los partidos populistas van a jugar los católicos sin desconfianza la carta democrática. Factores esenciales de ese capital desplazamiento serán la condena vaticana de la Acción Francesa y del nazismo y la figura misma y la obra ingente del general De Gaulle.

El libro que comentamos ha sido, muy merecidamente, «best seller» de las librerías francesas durante largo tiempo. Francia ha inaugurado así la conmemoración del gran suceso con una espléndida guía, que ofrece lo que en los dos siglos que hoy se cumplen ha sido tan poco frecuente: presentar sin pasión, con una fría lucidez de cirujano, los memorables acontecimientos, sin tomar partido por ninguna de las banderías que agitaron la historia profunda entonces y en el siglo inmediato, hasta hoy mismo. □

RESUMEN

De los sucesos ocurridos en Francia hace ahora dos siglos arranca la Europa contemporánea. En el país vecino, la Revolución francesa, una de las más gigantescas conmociones de la historia, en opinión de Eduardo García de Enterría, está provocando una ex-

tensa bibliografía, de la que Enterría ha extraído esta obra, singular por muchos aspectos, que no se obsesiona únicamente por identificar las «causas» de la Revolución, sino que va más allá: a su arraigo en la sociedad francesa en los siglos posteriores.

François Furet

La Révolution. De Turgot à Jules Ferry, 1770-1880

«Histoire de France Hachette», Hachette, París, 1988. 525 páginas.

La España de Carlos III vista por extranjeros

Por Vicente Palacio Atard

Vicente Palacio Atard (Bilbao, 1920) ha sido catedrático de la Universidad Complutense de Madrid y es académico de la de Historia. Es autor, entre otras obras, de *Los españoles de la Ilustración*, *La España del siglo XIX* y *los Cuadernos bibliográficos de la guerra de España 1936-1939*.

La celebración del II Centenario del fallecimiento de Carlos III ha dado lugar a un amplio y disperso examen historiográfico sobre la significación de aquel reinado, que se ha solido considerar como el momento cenital de la Ilustración española. Se han publicado algunas monografías, se han celebrado varios congresos, simposios o mesas redondas, se han desarrollado ciclos de conferencias de diverso nivel, es decir, ha tenido lugar un conjunto desigual de aportaciones para la interpretación renovada de aquella época. Buena parte de los trabajos realizados con motivo del centenario esperan todavía su publicación y la consiguiente difusión, y por eso me parece prematuro aventurar una valoración global de la nueva bibliografía histórica carolina. Habrá que esperar algún tiempo para analizar el nuevo «estado de la cuestión» que pueda deducirse de la misma.

Sin embargo, de entre todo el material historiográfico nuevo, cabe hacer una mención especial de las publicaciones de carácter instrumental y, sobre todo, la edición de fuentes y documentos de indiscutible interés. Así, por ejemplo, ocurre con las cartas de Tanucci, un florentino al servicio del rey Carlos en Nápoles, donde fue ministro omnipotente, y que luego mantuvo correspondencia asidua con el Rey de España, con la reina Amalia, con el duque de Losada y otros importantes personajes de la Corte y del gobierno de Carlos III. En Italia se ha iniciado la edición de esta correspondencia, que constituirá una obra monumental por su extraordinaria envergadura. Sólo en Simancas se conservan varias docenas de libros copiadores y legajos de cartas del ministro napolitano. También en España se acaba de publicar el primer volumen de las cartas de Carlos III a Bernardo Tanucci, que comprende los años 1759-1763, meticulosamente transcritas y anotadas por Maximiliano Barrio, con un prólogo de Gonzalo Anes.

«Corpus» documental

Del conjunto de aportaciones documentales para la historia de Carlos III cabe destacar, hoy por hoy, la edición completa de los *Berichte der diplomatischen Vertreter des Wiener Hofes aus Spanien in der Regierungszeit Karls III, 1759-1788* («Despachos de los representantes diplomáticos de la Corte de Viena, acreditados en Madrid durante el reinado de Carlos III»). Se compone de un total de catorce volúmenes en gran formato, el último de los cuales ha aparecido a finales de 1988, coincidiendo con las celebraciones del centenario. Esta obra constituye un «corpus» documental del más alto interés y, a mi entender, merece la pena llamar la atención sobre ella, ya que precisamente por su naturaleza puede quedar confinada casi exclusivamente al mundo de los investigadores y de los eruditos.

Cuando apareció el primer volumen de la colección, y a manera de presentación del mismo, escribí yo que habría de ser «una contribución verdaderamente espléndida para ahondar en la comprensión y el conocimiento no sólo de la política hispano-alemana o de las relaciones entre los gobiernos, sino también para la comprensión misma de España y de los españoles, de su historia y de sus problemas en los países germánicos». Al examinar ahora el contenido de los catorce volúmenes, o al repasar simplemente los índices de materias y nombres que se reúnen en el último tomo, creo que se hace evidente el interés

que tiene el acceso a esta documentación, puesta al alcance de todo el que se interese en conocer lo que fue la Corte de Carlos III; el conjunto de las relaciones hispano-austriacas, en el contexto de la política internacional de su tiempo; la obra política y de gobierno de los ministros de Carlos III, así como la imagen que de cada uno de ellos se deduce de las observaciones hechas por los diplomáticos imperiales. El telón de fondo sobre el que desfilan las «dramatis personae» de esos documentos será la imagen de la España ilustrada o, aún mejor dicho, la imagen del «absolutismo ilustrado» español.

La imagen alemana del «absolutismo ilustrado»

A mediados del siglo XIX, Hermann Baumgarten diseñó con gran vigor en la historiografía alemana la imagen del absolutismo ilustrado español, y hasta muy entrado el siglo XX constituyó un cliché aceptado con bastante unanimidad gracias a la autoridad consagrada de Baumgarten en el tema. Se le consideraba el gran experto en la historia y cultura española de aquel tiempo, «der Fachmann für Hispanica». Algunos aspectos de su investigación sobre la España de finales del siglo XVIII nos siguen sorprendiendo por su penetración y la solidez del análisis. Pero también es verdad que padeció a veces la dis-

torsión óptica inducida por una serie de pre-conceptos comunes al protestantismo militante que tanta influencia tuvo en la Alemania de su tiempo y que había de desembocar al fin en el ambiente que propició la «Kulturkampf».

Durante el siglo XX los hispanistas alemanes concentraron su atención preferentemente en la revisión histórica de la España del Siglo de Oro, del reinado del emperador Carlos V, o de la historia hispano-americana, y en estos campos de trabajo se consagraron muchos nombres ilustres cuya escuela ha perdurado hasta nuestros días. Pero la revisión del mundo del absolutismo ilustrado español por la historiografía alemana ha sido más tardía y la inició un historiador benemérito, Richard Konezke, en el Seminario de Historia española e iberoamericana de la Universidad de Colonia. La figura de Konezke en el cuadro de honor de los hispanistas alemanes de nuestro siglo bien merece la pena de ser recordada. La Universidad de Madrid, ahora llamada Complutense, reconoció sus méritos al hacerle doctor «honoris causa» en 1961.

Konezke era un historiador lleno de sabiduría y de modestia al mismo tiempo, con gran independencia en sus comportamientos y en sus juicios, que no se preocupó de rodear su nombre de una aureola de relevancia pública. Fue hombre de sincera confesión religiosa protestante, pero absolutamente desprovisto de los prejuicios que habían caracterizado a los continuadores de la línea de Baum-

garten, y supo interpretar con gran serenidad de ánimo, no exenta de amistosa comprensión hacia las peculiaridades de nuestra historia, el complejo panorama de una España en la que chocaban los hábitos tradicionales y las novedades modernas, las pretensiones de una gran potencia venida a menos y las necesidades de supervivencia de un imperio ultramarino todavía impresionante, amenazado desde fuera por potencias hostiles y en trance de experimentar una dinámica interna difícil de encauzar desde Madrid en las postrimerías del antiguo régimen.

En el Seminario de Konezke se renovaron, por tanto, los estudios de historia española e hispanoamericana, y de él han salido los más importantes especialistas alemanes actuales que se ocupan de esas materias. En él se formó el profesor Hans-Otto Kleinmann, quien en 1967 defendió su disertación doctoral con el título *Die Politik der Wiener Hofes gegenüber der Spanischen Monarchie unter Karl III*, obra prácticamente desconocida en España. Kleinmann es el editor de los «despachos» a que nos referimos, trabajo realizado dentro de un programa de investigación dirigido por el profesor Hans Juretschke, bajo el patrocinio de la Goerres Gesellschaft, con la cooperación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

El trabajo de Kleinmann se ha realizado con el mayor rigor en la transcripción y con una muy cuidada profusión de notas explicativas, así como en los estudios introductorios de los tomos I y XII. Por su parte, el profesor Juretschke también ha redactado una introducción general a la edición y un estudio sobre uno de los más singulares personajes de aquel mundo diplomático, el italiano Giusti, al servicio de la diplomacia austriaca en Madrid, al que me referiré luego con algún pormenor, porque fue él quien redactó los más pretenciosos informes sobre España, que abarcan parte del volumen VI y la totalidad de los volúmenes XII y XIII de esta edición.

Las relaciones hispano-austriacas

Las relaciones de Carlos III con la Corte imperial de Viena fueron en todo momento distendidas y amistosas, aunque no exentas de alguna reserva por la lógica disparidad en los criterios respectivos, dado el carácter continental europeo de la política austriaca y el carácter marítimo americano de la española, en la que el «concierto europeo» se concebía como una relación de espacios geográficos autónomos, aunque interrelacionados: el Atlántico, el Mediterráneo, el complejo mundo alemán y el Este europeo.

En el sistema de relaciones internacionales del siglo XVIII posterior a la «inversión de las alianzas» de 1756 prevaleció el buen entendimiento de las casas de Habsburgo y de Borbón. No hubo, pues, problemas difíciles que resolver o negociar entre Madrid y Viena. La relación amistosa se reforzó con enlaces matrimoniales, según el estilo dinástico propio de la diplomacia de entonces.

La selección de los embajadores destinados a la Corte de España no tenía necesidad, por tanto, de echar mano de los más hábiles y expertos negociadores. Pero los seis embajadores que desempeñaron su cometido en Madrid en tiempo de Carlos III son figuras de notorio relieve político, profesional y social, como corresponde al rango que en Viena atribuían a la Corte española. Fueron observadores desapasionados y a veces perspicaces de la vida política y también del pulso de aquella España que latía entre iniciativas ilustradas de reforma y el peso inerte de la rutina de algunos medios sociales y cortesanos.

Sus despachos se redactan con un elegante distanciamiento y frialdad. Incluso el tema del establecimiento de relaciones permanen-



STELLA WITTENBERG

Viene de la página anterior



tes entre España y Prusia, que no podía por menos de causar recelo a Austria dada la pugna del dualismo alemán, no alteró su tono mesurado, aunque Floridablanca, por su parte, consideraba el fortalecimiento de Prusia como un factor de estabilidad, de «equilibrio», en el Este europeo, y en la «instrucción» a la Junta de Estado de 1787, el ministro español exponía claramente la cuestión en estos términos: «Basta usar de los medios políticos y de las negociaciones que convengan en Berlín, San Petersburgo, Suecia, Dresde y otras cortes electorales, a fin de mantener a éstas en la desconfianza y separación de un jefe poderoso (el Emperador)... y fortificar al rey de Prusia en su justa rivalidad con la cabeza del Imperio...», si bien todo esto debiera hacerse sin complicar a España en las querellas internas del «cuerpo germánico».

Pequeña y grande historia

El conjunto de informaciones que se recogen en los despachos de los embajadores podríamos agruparlas en varias rúbricas. Ante todo, las noticias e informes de la Corte, la salud y los sucesos de la familia real, los viajes o desplazamientos de la Corte: es todo un mosaico variado, en el que la pequeña historia se mezcla con las grandes cuestiones de Estado. Una segunda rúbrica abarcaría las noticias o comentarios sobre la situación en cada momento de las relaciones internacionales en general, y de un modo más concreto de la política internacional española: la valoración del pacto de familia, el carácter que la alianza francesa tiene para España, considerada no sólo como un «affaire» dinástico, sino como la alianza natural para enfrentar el poderío marítimo inglés. No deja de ser interesante subrayar el reconocimiento de las razones americanas de España, es decir, las razones «marítimas», por parte de una potencia eminentemente continental como era Austria.

En tercer lugar, estos documentos dedican considerable atención al estado del ejército y de la marina, a los armamentos, a los preparativos militares en situaciones de alarma, a las noticias que se reciben sobre los acontecimientos bélicos en tiempo de guerra, incluso a los pequeños incidentes aislados que ocurren de vez en cuando. No obstante la precisión con que quieren informar sobre estas materias los representantes diplomáticos, a mi entender no constituye este capítulo de sus despachos lo que más agradecerá el historiador actual.

Más interés seguramente tienen, a la hora de conformar la imagen del absolutismo ilustrado español, los informes sobre las reformas internas de carácter político-administrativo, las relacionadas con el regalismo carlotercista, que era observado con particular atención cuando en los dominios de los Habsburgo estaban en auge unas directivas análogas; y de un modo concreto, la expulsión de los jesuitas y sus consecuencias, entre las cuales no podía ignorarse la repercusión en el campo de la enseñanza. También las medidas de reforma del ordenamiento económico y de promoción de riquezas tienen algún relieve, a tenor con las «instrucciones» dadas casi rutinariamente a los embajadores.

Por fin, estos documentos ofrecen curiosas y a veces agudas semblanzas de personajes o interpretaciones de sus comportamientos, sobre todo de los hombres de gobierno, cuyas acciones son enjuiciadas con normal libertad de espíritu. En cambio, la figura de las personas reales es tratada siempre con respetuosa circunspección, sin que el reproche crítico vaya más allá de los habituales comentarios cortesanos, que lamentaban algunas veces el abandono de los negocios por Carlos III o sus pocos conocimientos en materia económica, cuyas decisiones había de confiar a los colaboradores más expertos.

Dos hombres de gobierno y un personaje influyente en la sombra adquieren perfiles



STELLA WITTENBERG

relevantes en los informes de los embajadores imperiales: Grimaldi, Floridablanca y el P. Eleta. Sobre el marqués de Grimaldi, a la luz de estos documentos, ha hecho un reciente estudio el profesor Juretschke con motivo del centenario de Carlos III, y a él me remito. La figura de Floridablanca, que inicialmente aparecía un poco desconcertante, quedó captada en un claroscuro de cualidades personales, humanas y políticas que enriquecen la imagen a veces demasiado lineal con que se nos presenta aquel ministro. En el informe del 15 de septiembre de 1777, cuando apenas llevaba nueve meses Floridablanca en el ejercicio del gobierno, el secretario Giusti exponía su juicio con estas palabras: «Del nuevo secretario de Estado... yo señalaré simplemente... que, siendo menos hombre de genio que de orden y aplicación, parece soñar con afianzar su crédito por una conducta circunspecta y moderada, más bien que buscar la ambición de brillar en el ministerio con gran resplandor. Una cosa, sin embargo, hace honor a este ministro...: es el sistema que ha adoptado, y que ha sabido sostener con firmeza y resolución, de negociar directamente el acomodamiento (de la paz) con la Corte de Portugal, independientemente de la de Versalles, la cual, celosa en extremo de esta novedad y temiendo que España no se libere de esta especie de subordinación en la cual la tiene, ha hecho todos los esfuerzos posibles, aunque inútilmente, para intervenir esta negociación.» En verdad, éste había de ser el objetivo de la política

internacional de Floridablanca a lo largo de sus quince años de gobierno. La personalidad del P. Eleta, confesor del rey desde 1761 hasta su fallecimiento, ocurrido en 1788 casi a la vez que el de Carlos III, quedaba tempranamente perfilada por el conde Rosenberg en 1763: «Tiene sobre todo astucia, por lo que le considero un hombre muy peligroso... Sus conversaciones con el rey son diarias y largas, y como el príncipe tiene una conciencia timorata, yo he comprobado por varios ejemplos que abusa de ésta para extender su autoridad.» Muchas veces se recogerán en los despachos alusiones a las intrigas del P. Eleta a lo largo de los años. Pero en estos documentos también se encontrarán testimonios de que la conciencia del rey no fue tan timorata que no se

RESUMEN

Los diplomáticos imperiales en la Corte de Carlos III fueron observadores desapasionados y perspicaces de aquella España en que se oponían las iniciativas ilustradas y el lastre de la rutina. Los casi 2.000 do-

cupiera defender de los enredos del influyente confesor, a quien más de una vez le enmendó la plana.

En la historia española del siglo XVIII hay personajes que desempeñaron papeles de primerísima fila y que carecen todavía de un estudio biográfico acabado. Grimaldi, Floridablanca y el P. Eleta son tres ejemplos de esos personajes en busca de un biógrafo.

El «tableau politique» de Giusti

El secretario de Legación Pietro Paolo Giusti, que residió en España desde 1772 hasta 1781, redactó una serie de ensayos o informes dirigidos a la emperatriz María Teresa unos y al canciller Kaunitz otros, sobre el estado interior y exterior de la monarquía española, con algunos escolios históricos, que, como dice Kleinmann, convirtieron el informe diplomático en un conjunto de noticias, opiniones y pensamientos como parte de la imagen de una España ilustrada.

En otra ocasión me he permitido sugerir que Giusti pudo inspirarse al redactar este tipo de informes en las «Letters concerning the Spanish Nation» de su coetáneo Edward Clarke, capellán del embajador británico en Madrid, publicadas con gran éxito en 1763 y difundidas luego en traducción alemana en 1765 y en versión francesa en 1770. Giusti cita muchas veces a Clarke, aunque casi siempre sea para discutir sus opiniones, que sólo coincidían en lamentar ambos las censuras inquisitoriales.

La imagen de España que transmite Giusti en un pretencioso estilo burocrático, carente de la viveza de los relatos de algunos viajeros de su época, como Townsend o Bourgoing, está afectada por la hispanofobia de los italianos pro-austriacos de aquel siglo, y también por su afán de hacerse grato al destinatario exclusivo, que era su superior jerárquico, a fin de ascender en la escala administrativa. Supo también hacerse grato a los hombres de gobierno españoles, sobre todo a Campomanes, quien le hizo elegir en 1781 académico honorario de la Real Academia de la Historia.

Las «Consideraciones» que transmitía a Kaunitz el 1 de abril de 1780 resumían su crítica despectiva de lo que eran las reformas carlotercistas, pues en su opinión se dirigían tan sólo a «objetos pequeños y minuciosos, cuya rectificación, aunque útil en sí misma, contribuye muy poco a la perfección del sistema general», y no se remontaban a la fuente originaria de los males, que era la ausencia de «buenos principios» de gobierno que, por otra parte, tampoco él precisaba. Pero una cosa sí acertó a ver con claridad Giusti: la dicotomía de una Corte donde se removían intrigas contra los ministros reformistas, y unos hombres de gobierno, tenaces propulsores de las reformas modernizadoras de España.

Situado entre unos y otros, por encima de ellos, Carlos III mantuvo perseverante la confianza en sus ministros. Así se perfila su figura en los trazos de esta correspondencia diplomática. Por eso a Carlos III se le debe llamar, con todo merecimiento, el Rey de los ilustrados. □

cumentos que se editan en esta colección, que trae a estas páginas el historiador Vicente Palacio Atard, permiten renovar la imagen alemana del absolutismo ilustrado español.

Autores varios

Berichte der diplomatischen Vertreter des Wiener Hofes aus Spanien in der Regierungszeit Karls III (1759-1788)

Dirección de Hans Juretschke y edición de Hans-Otto Kleinmann, Goerres Gesellschaft-CSIC, 14 volúmenes, Madrid, 1970-1988. 7383 páginas.

Adenauer, constructor de la nueva Alemania

Por Guido Brunner

Guido Brunner (Madrid, 1930) es embajador de la República Federal de Alemania en España y miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia desde 1985. Licenciado en Derecho por la Universidad de Madrid y doctor por la de Munich, es autor de Bipolaridad y seguridad, Mantenimiento de la paz por las Naciones Unidas, Orgulloso como don Rodrigo y El poder y la unión.

Hay una fotografía de Colonia en 1946. Muestra la procesión del Corpus. Como en un retablo medieval, largas hileras de monjas, tocas amplias, la mirada clavada en el suelo, convergen hacia un punto no visible. Al fondo, cual en una escena de teatro, masas de ruinas. Desde este punto sociológico —post-guerra ruinoso y catolicismo renano— arranca la carrera fulgurante que llevaría al entonces ya anciano ex alcalde de esta ciudad, Konrad Adenauer, a ser el primer Canciller de la Alemania libre.

Colonia le había quedado ya estrecha. La práctica municipal empezaba a aburrirle. Su despido como alcalde por las autoridades de ocupación británicas en ese mismo año ocurrió en el momento justo. El motivo alegado por el general John Barraclough: «En mi opinión, no ha cumplido usted con sus obligaciones frente a la población de Colonia.»

Sin saberlo, los militares ingleses le proporcionan así un trampolín. Determinan su proyección hacia el único espacio abierto que quedaba: la presidencia del Partido Cristiano-demócrata en la zona de ocupación británica.

De ahí en adelante todo parece desarrollarse en una secuencia lineal: Adenauer, presidente del Partido en Renania en 1946, en la zona fusionada británico-americana en 1947, presidente del Congreso Constitucional de las tres zonas (americana, británica y francesa) en 1948, Canciller de la República Federal de Alemania en 1949, coartífice de la Unión Europea del Carbón y del Acero en 1950, del Mercado Común en 1954, estadista de rango europeo, impulsor de la República Federal de Alemania, redentor de los alemanes derrotados en la Segunda Gran Guerra.

Visto desde el final, todo parece llevar de forma lógica e imparable hacia este desenlace. En la realidad del devenir histórico, las cosas fueron más complicadas.

La procesión del Corpus: allí están, desde siempre, sus raíces. No ha dejado de participar en este evento desde su infancia. Un catolicismo de pequeña burguesía provincial con sus virtudes de laboriosidad, parsimonia, disciplina, determina al personaje.

Fases de una vida

«Veó en mi vida tres fases: la primera, hasta la época nazi en 1933, la segunda, hasta el final de la guerra en 1945, la tercera, a partir de entonces», diría en sus años postremos. Significativamente objetiviza, percibe sus jalones vitales, marcados por las circunstancias que atraviesa su país, no por su vida personal. No dice: «Mi primera etapa, la juventud; después la de alcalde; luego la de canciller»: «La primera, mi juventud; la segunda, hasta la muerte de mi primera mujer; la tercera, hasta la muerte de la segunda; la cuarta, mi viudedad.» No, su vida ya no le pertenece, no es personal, es política, es Historia.

Desde su nacimiento en tiempos inmemoriales, en 1876, pocos años después de la guerra franco-prusiana y de la creación del Reich de Bismarck, todo en su vida parece una preparación para conseguir algo bien modesto: ascender, a través del escalafón de funcionario municipal, desde su clase pequeño-burguesa —el padre es un secretario de juzgado en Colonia— a la burguesía acomodada.

Como colegial y estudiante no es brillante. Contrasta con su hermano August, exce-



Adenauer asiste a una procesión del Corpus en Honfelf (13 de junio de 1963).

lente jurista, fundador más tarde de uno de los bufetes de gran renombre en Bonn. Pero lo que le falta en nivel académico, lo suple con habilidad y sentido práctico. Desde su boda con una sobrina del alcalde de Colonia, Waltraff, hasta sus relaciones con banqueros y empresarios de pro en dicha ciudad, todo está planeado en esta vida austera, marcada por la ambición. La fortuna le acompaña. Su tenacidad, su talento para buscarse apoyos dentro de su partido —naturalmente el mayoritario católico «Centro» de Renania—, su excelente disposición para materias administrativas, le convierten en 1917 en alcalde de Colonia, el más joven de toda Prusia.

En épocas de crisis se crece, es el mantenedor del orden, artífice de soluciones prácticas. Dispone lo necesario para su ciudad, aunque sea con riesgo de la propia vida. Muestra un valor poco común en la etapa revolucionaria de 1918, al acabar la Primera Guerra Mundial. Poco a poco se convierte en una institución. De trascendencia local sólo, pero con peso en los círculos burgueses de Renania y, por tanto, con alguna repercusión en el Parlamento prusiano de Berlín durante la República de Weimar.

Oigamos a sus adversarios. Ahí están las memorias de un separatista renano, el doctor Dorten, exiliado en 1937: «Un oportunista nato e intrigante, acostumbrado a operar con cautela y a posarse, en cuanto pueda, en un nido hecho.» Lo acerbo de la crítica deja traslucir el fondo: Konrad Adenauer es un hombre de talento, realista y calculador, energético, que rara vez comete un error.

Durante su mandato municipal, Colonia se convierte en una gran ciudad. Construye grandes espacios verdes cubiertos de árboles, praderas y arbustos. Amplía el área vital del municipio haciendo dinamitar parte de las murallas. Sabe atraer nuevas industrias, impulsa la construcción de puentes. Todo ello sin temor a contraer deudas, situando varias veces la ciudad al borde mismo de la bancarrota.

Hasta un testigo tan poco sospechoso de simpatías como era Hitler, no le niega méritos: «Adenauer es un enemigo por su catolicismo militante y no puede seguir de alcalde», diría en 1934. «Pero tiene mucho talento, es consciente de la importancia histórica y de las bellezas naturales de su ciudad. Ha visto con claridad lo que se requiere para el desarrollo orgánico de Colonia y lo ha promocionado sistemáticamente. Naturalmente, eso cuesta dinero y las deudas que contrajo afectaron al desarrollo de la ciudad. Pero Colonia saldará estas deudas y sus ciudadanos reconocerán que los esfuerzos de Adenauer merecen reconocimiento y no que se le prive de su pensión.»

Esta opinión positiva sería una ayuda preciosa después de 1933, cuando el acceso del nazismo al poder le impone a Adenauer una dramática lucha por la supervivencia. En fuga permanente, de un convento a otro, su situación es angustiosa. Expulsado de su cargo de alcalde de Colonia, casi arruinado tras un descalabro financiero en la bolsa americana, la lucha existencial le ocupa enteramente. «He estado durante unos días en una situación bastante depresiva», escribe en mayo de 1933. «La situación política, el futuro de mi familia, la separación de los míos, lo humillante de mi situación presente me afectan», escribe desde el convento de Maria Laach, donde ha encontrado refugio. Pide ayuda a su amigo judío Heinemann que está en Bruselas, y la recibe en forma de prestaciones financieras. Pero tampoco Heinemann puede encontrarle un empleo en alguna empresa. ¿Hubiera servido para ello? Adenauer era un burócrata perfeccionista, de formación exclusiva para quehaceres administrativos, apenas hablaba idiomas...

Plan prefijado

Todo se concentra en una lucha por los derechos de jubilación que le corresponden. Tras años de desesperación, hacia mediados de 1937, consigue poner fin a su litigio con una transacción. Recibe parte de su pensión de alcalde con efecto retroactivo. En octubre de 1937 dispone así de cerca de doscientos mil marcos. Puede comprar una nueva vivienda en Rhöndorf, cerca de Bonn, en las colinas que bordean el Rin.

De ahora en adelante, y a través de la Segunda Guerra Mundial, vive de jubilado, apartado de la vida política, con sólo contactos ocasionales con correligionarios. Sus días siguen al ritmo implacable de un plan prefijado. (Sin este orden perdería todo su apoyo vital.) Duerme poco, se levanta temprano, trabaja en el jardín, lee los periódicos, se ocupa con su pasatiempo favorito: los «inventos». Desde joven, Adenauer es un maniático de toda clase de invenciones: destrucción de insectos por choques eléctricos, cepillos eléctricos anti-insectos para coches, desvío de emanaciones de chimeneas de fábricas a la canalización, etc. Mantiene una abundante correspondencia con técnicos, abogados, oficinas de patentes en Alemania y en el extranjero. Los técnicos de la Oficina de Marcas y Patentes reconocen en él al tipo clásico de cliente habitual «incomprendido», de ideas fijas. Sólo ve en ellos un freno a su «genialidad».

Se cuida mucho de enmarañarse demasiado en las redes de la oposición al nazismo. Teme sobre todo la falta de pericia conspira-

dora de una de las figuras centrales de la resistencia alemana, el ex alcalde de Leipzig, Gördeler. Sus peores preocupaciones se ven confirmadas al enterarse de que Gördeler mantiene contactos con más de cien personas, entre civiles y militares. Adenauer sabe que está bajo vigilancia, que no tiene ningún grupo en que apoyarse y que su contribución, por tanto, sería puramente testimonial. No tiene madera de mártir. Está ya hecho a la idea de que el régimen de Hitler no acabará antes de que se produzca una derrota catastrófica de Alemania.

No obstante sus sagaces precauciones, es detenido dos veces, una vez en 1944, otra en 1945. (Su mujer pierde los nervios bajo la presión de un interrogatorio y delata el escondrijo de su marido.) La última detención casi le cuesta la vida. Su breve estancia en un campo de concentración cerca de Colonia, con prisioneros de guerra rusos, presos políticos y delincuentes comunes, le pone al borde del colapso físico y psíquico.

Por fin, en marzo de 1945 acaba la pesadilla. Comienza una nueva era. Los americanos ocupan Rhöndorf, el pueblo donde vive. Quedan tras él la persecución, una dictadura totalitaria de doce años, angustias existenciales. Es uno de los pocos hombres públicos alemanes sin connotación de apoyo al nazismo. ¿Tendrá aún oportunidades a sus setenta años?

A los pocos días de ocupar la vanguardia del Primer Ejército americano la zona de Colonia, se presentan un comandante y un capitán de los Servicios de Inteligencia americanos en su casa. Llevan consigo una nota: «Adenauer (sic), Konrad: Bad Honfelf, antiguo alcalde de Honfelf. Vale la pena ser contactado por Aliados para cooperación, en opinión de un prisionero de guerra anti-nazi. (Podría ser idéntico con Adenauer, Konrad, presidente-alcalde de Colonia 1919-1933)» ¡Milagros de una burocracia organizada!

Comienza la tercera etapa de su vida. Pasarán años hasta que se perciba con qué afán sistemático este anciano planea y lleva a término una nueva carrera política. Sueña al principio con volver a ser alcalde de Colonia. Lo consigue. El 4 de mayo de 1945 accede a su antiguo puesto nombrado por los americanos. Aprovecha los próximos meses para restablecer sus contactos. Tiene bien clara una cosa: el restablecimiento de un partido clerical católico a la imagen del «Zentrum», al que pertenecía, no es viable. En una Alemania en plena mutación, con la afluencia de millones de refugiados de las provincias del Este, en su mayoría protestantes, hay que ampliar la base. Hay que ir hacia un partido cristiano-demócrata en que estén representadas las dos confesiones católica y protestante. Hay que elegir a los dirigentes creando un precario equilibrio confesional. Esta norma se convierte en consuetudinaria. (Todavía en mi propia promoción de 1955 en la Escuela Diplomática de Asuntos Exteriores éramos en proporción exacta mitad católicos y mitad protestantes.)

Al poco tiempo de estar de Alcalde de Colonia, se van los americanos y ocupan los ingleses la zona de Renania. Desde 1945 hay en Londres un Gobierno laborista. Las relaciones con el Alcalde conservador católico no pueden ser buenas. Ocurre lo que hemos descrito: en octubre del mismo año le deponen de su puesto. ¿Guarda desde entonces un rencor implacable hacia Inglaterra? Algunos lo opinan y explican así sus pésimas relaciones con políticos británicos de todo plumaje, incluido el cultísimo y astuto millonario editor conservador, MacMillan.

En adelante, el «viejo zorro» arrinconará con consecuencia implacable a sus rivales. Reclama para sí los puestos de presidente de congresos de partidos y de asambleas parlamentarias que, dada su edad, no le pueden disputar. No le faltan competidores, pero Adenauer es ducho en artes maquiavélicas. ➔

Viene de la página anterior



ANGELES MALDONADO

Pero hay más en este político. No es sólo fuerza vital, astucia y capacidad de trabajo. Tiene una calidad esencial: ve las cosas como son. No se hace ilusiones sobre un renacimiento alemán bajo el signo de la reunificación. Lo tiene claro: los soviéticos no se irán de su zona de ocupación. El país permanecerá dividido. Sobre todo, sabe perfectamente cuál es la principal baza de Alemania: una población preparada y culta, con aptitudes técnicas, una situación geográfica en el centro de Europa. Este potencial estará de un lado o de otro, no desaparecerá. Adenauer lo expresa con claridad ya en 1946: «La política de Rusia es diáfana. Rusia persigue claramente la meta de conseguir que todo el pueblo alemán apoye su política, con Berlín como centro y, digámoslo claramente, bajo dominación soviética.» Para él, ante esta amenaza no caben matices.

Desde 1945 persigue sin desfallecer una política de continuidad nacional bajo signo democrático, con un distanciamiento claro frente al nazismo del pasado y al comunismo estaliniano del presente. Para ampliar su espectro de actuación recurre a su idea antigua de la postguerra de 1914, a los Estados Unidos de Europa. Busca una relación estrechísima con Francia. Pero también se queja del nacionalismo francés. Escribe el 8 de abril de 1946: «Estoy convencido de que Europa tiene que ser dirigida desde Inglaterra y Francia. Los alemanes tenemos, al igual que los ingleses, gran interés en que Inglaterra se sienta como potencia europea. Por ello, Francia deberá tener una posición preeminente, pero por cifras de población y económicamente no es lo suficientemente fuerte para tener una hegemonía exclusiva.»

Su preocupación inmediata es la reconstrucción económica del país. Se apoya para ello en un profesor de Economía liberal, Ludwig Erhard. Adenauer ve en la economía de mercado un instrumento adecuado para alcanzar la prosperidad, pero a diferencia de aquél, no es un doctrinario liberal.

Se opone crecientemente al desmantelamiento de fábricas. (Otra fuente de discrepancia con los británicos.) Tras una eficaz reforma monetaria y la creación del marco alemán, la situación madura hacia una Constitución propia de Alemania Occidental.

De nuevo, Adenauer se aprovecha de su edad para ocupar el puesto de presidente de la Asamblea Constitutiva. De allí espera dar el salto a Canciller. Subordina las elecciones de septiembre de 1949 enteramente a esa am-

bición. Lo había dicho durante la campaña electoral: «Dicen que quiero ser Presidente de la República. Esto es una tontería. La personalidad política más importante es el Canciller. Que sea otro Presidente, yo quiero ser Canciller. Tengo setenta y tres años. Tengo autoridad en la zona británica, tengo experiencia en asuntos de Estado y en la administración y, por último, tengo codos más fuertes de lo que hubiera creído.»

Busca socios en la operación. A través de la doctrina de la economía de mercado se une a los liberales. Oponiéndose a toda nacionalización, se enfrenta a los socialdemócratas. El resultado le da la razón. Los cristiano-demócratas ganan 139 escaños, los socialdemócratas 131, los liberales 52. Equivale a un plebiscito del pueblo alemán a favor de la economía de mercado.

Todo culmina con su elección como Canciller, el 15 de septiembre de 1949, con un solo voto de mayoría (el suyo propio).

El retorno alemán

Desde ahora tiene prioridad en su mente el restablecimiento de una cierta posición internacional de la recién creada República Federal de Alemania. Su programa: retorno de Alemania a una agrupación de pueblos libres europeos, liquidación del control del Ruhr, establecimiento de una base de confianza con Francia, seguridad frente a la Unión Soviética en un bloque de democracias occidentales.

Paso a paso va obteniendo en negociaciones lentas y tozudas más competencias para Alemania. Aumenta el peso del nuevo Gobierno Federal, disminuye lentamente el de los Altos Comisarios aliados. La señal de partida en esta carrera ya la había dado al presentar su Gobierno a estos Altos Comisarios. Simbólicamente dio un paso de más sobre la alfombra en que ellos estaban, un paso anti-protocolario que le ponía a su misma altura.

A partir de 1950 arriesga el todo por el todo. Ve que la seguridad europea va a ser el tema central. El 7 de agosto de dicho año sugiere una contribución de los alemanes a la defensa occidental, sin miramientos hacia el ambiente pacifista y neutralista de la postguerra alemana. Acepta una escisión en su propio partido con la dimisión del ministro del Interior, Heinemann.

Es una decisión revolucionaria. Aún no hace un año que está en el poder y ya se deci-

de por una navegación arriesgada y tormentosa. Los vientos en Washington giran tornados entre la presencia americana en Europa y la retirada al aislacionismo.

Peor aún, la economía entra en recesión. Pero Adenauer no se arredra. Establece un contacto permanente con Jean Monnet, inicia las negociaciones sobre la Comunidad del Carbón y del Acero. ¿Darán los Altos Comisarios aliados su consentimiento a que lleven los alemanes mismos estas negociaciones de política exterior? Así lo hacen. En dos horas de conversación entre Adenauer y el ministro francés Schuman se decide el gran proyecto de la primera unión supranacional del carbón y del acero en nuestro continente.

Ya se puede palpar un futuro entendimiento entre Francia y Alemania, una nueva organización de la industria pesada, un comienzo de cooperación pacífica, un papel renovado de Europa en el mundo. Adenauer no pierde tiempo en anunciar: «Una Europa federal se convertirá en una tercera fuerza y será un factor eminentemente pacífico en el mundo.»

Un acontecimiento bélico fomenta indirectamente los planes de Adenauer: la guerra de Corea. Primero, porque produce rápidamente una expansión económica mundial que saca a Alemania de la recesión incipiente; segundo, porque demuestra que una contribución militar alemana a la seguridad de Occidente es necesaria. Los análisis militares de los aliados occidentales lo mantienen desde hace años: en caso de ataque soviético, Europa Occidental no tendría defensa. La primera línea de contención posible serían los Pirineos.

Adenauer, antimilitarista visceral, renueva en 1951 sus impulsos para una participa-

ción de un nuevo ejército alemán en el entramado defensivo de Occidente. Preferiría una solución europea en combinación con Francia. La Asamblea Nacional Francesa la rechaza. No queda otro remedio que la integración en el Pacto del Atlántico, en la OTAN. Con la firma de este acuerdo el 26 de mayo de 1952 en Bonn y el 27 de mayo en París, se recupera la soberanía alemana.

A partir de este momento, Adenauer adquiere para la opinión pública mundial un relieve que no tenía. Ya no es un político de provincias de un país vencido, es un estadista.

Para los alemanes es aún más. Es el arquitecto de una «democracia de Canciller» irreplicable. Ningún Jefe de Gobierno volvió a alcanzar la posición que Adenauer conquistó «gracias a su prestigio internacional, a sus éxitos electorales, a su ingenio político, pero también gracias a su antigüedad y autoridad personal» (Schwarz).

Personalmente le vi pocas veces. Recuerdo una vez a finales de los años cincuenta. Recién ingresado en el Ministerio de Asuntos Exteriores, me enviaron a hacer una gestión en la Cancillería. Finalizada ésta, bajaba por la escalera principal. No había nadie. En este momento entró el Canciller y empezó a subir por la escalera. Le saludé y me devolvió el saludo, destacándose con un gesto lento, ceremonioso, ya entonces anacrónico. Como se saluda a una persona importante y no a un veinteañero. Reflejaba una inmensa dignidad.

La obra de Adenauer perdura ya más que el imperio de Bismarck. Encontró un sitio para Alemania en la comunidad de naciones libres que ya nadie le disputa. A diferencia del Reich de Bismarck, la República Federal de Alemania se ha convertido en un soporte decisivo de la estabilidad en Europa. □

RESUMEN

Tras la caída del III Reich, el ex alcalde de Colonia, Konrad Adenauer, se convertiría, en los inicios de la postguerra y de la división de Alemania, en canciller de la República Federal, en su impulsor. Fue, además, redentor de los alemanes derrotados y un estadista de

rango europeo. Hasta llegar a ser todo esto, la vida de Adenauer fue complicada y azarosa, tal como se recoge en el primer volumen de esta biografía, que es comentada por el actual embajador en España de la República Federal.

Hans-Peter Schwarz

Adenauer (I. El ascenso, 1876-1952)

Deutsche Verlagsanstalt, Stuttgart, 1988. 976 páginas.

Música y sociedad en Grecia

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas «*Emérita*» y «*Española de Lingüística*», el Diccionario Griego-Español y la «*Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos*».

Bruno Gentili, profesor de la Universidad de Urbino, es un gran animador en Italia de los estudios sobre poesía griega antigua. Dentro de este contexto edita ahora este libro, que contiene las ponencias y discusiones de un Congreso sobre el tema que se celebró en Urbino en 1985. Digo dentro de este contexto, porque no es posible comprender nada sobre la poesía griega, incluido el teatro, sin estudiar al tiempo la música y, con frecuencia, la danza. Palabra poética, métrica, rítmica, música, danza quedaban englobadas para los griegos dentro del concepto de «*mousiké*». Sólo en época griega tardía y luego en nuestro mundo fueron aflojándose los lazos que unían todo esto. Aunque de cuando en cuando se reconstruyen.

Por esto es tan importante el estudio de la «*mousiké*» griega: tan importante como difícil. Pues la música no ha llegado a nosotros, salvo unos pocos textos con notaciones musicales por lo demás no siempre claras. Hemos de proceder por inducciones y con ayuda de los datos de eruditos antiguos. Por supuesto, hay una importante bibliografía y hay ediciones de estos textos musicales (la última, la de E. Pöhlmann). Pero el presente libro añade muchas cosas nuevas y pasa revista a una larga serie de temas que, sin duda, interesarán no sólo al helenista y al musicólogo, sino a muchas personas más.

La nueva música

Se abre con una introducción de Gentili, que insiste en que en el siglo V antes de Cristo predominaba una adecuación del diseño melódico al texto verbal, mientras que la revolución musical de fines de siglo (la «nueva música») buscaba un expresionismo musical y el ritmo de la melodía podía desligarse ocasionalmente del texto hasta modificar los valores temporales de los signos métricos. Hay ahora un dominio de la música sobre el texto poético, al revés que antes: se inicia una nueva era.

A partir de aquí, las contribuciones del libro, obra de los más destacados especialistas mundiales, se dividen en tres partes: «Teoría y práctica musical», «Poesía y música» y «Música y sociedad». Nosotros no vamos a seguirlas aquí paso a paso. Preferimos destacar algunos temas particularmente interesantes, persiguiéndolos a veces a través de contribuciones que aparecen en las diversas partes del libro.

Comenzamos refiriéndonos, antes que nada, al trabajo del propio Gentili «Metro e ritmo nella dottrina degli antichi», que es una buenísima introducción al conocimiento de lo que era la relación entre poesía y música en



MARINA LLORENTE

la época arcaica y clásica de Grecia. La música, antes de las revoluciones musicales, consistía en melodías simples que encontraban apoyo en la estructura rítmica del texto. Luego la relación entre métrica y rítmica, rítmica y melodía, melodía y palabra, cambió completamente.

Notaciones musicales

Un tema que resulta esencial para quienquiera que trate de formarse una idea de la música antigua, es el de las notaciones musicales. A este tema se refieren cuatro trabajos, a más de uno sobre los orígenes babilonios, del que luego hablaremos. El primero es el de A. Comotti («I problemi dei valori ritmici») que, sobre la base de datos interpretativos muy concretos (variedad del tiempo de la llamada «larga de dos tiempos»; ambigüedad del signo del «leímma», que no sólo indica la pausa; recurso sólo esporádico a la duplicación de las vocales para indicar la protracción), concluye que, a diferencia de la música moderna, medida estrictamente, la griega estaba fundada sólo sobre la melodía y su ejecución podía comportar variaciones importantes en la realización de los metros.

Dejando algún trabajo menos conclusivo, como el de Jourdan-Hemmerdinger sobre el epigrama de Pitecusa (nada menos que del siglo VIII antes de Cristo: pero sigue siendo dudoso si tiene notación musical), es muy interesante el de E. Pöhlmann («Sulla preistoria della tradizione di testi e musica per il teatro») que propone que los textos teatrales con notación musical que han llegado a nosotros proceden de ejemplares destinados a los actores. Esta fue suprimida, en cambio, de los ejemplares destinados a la lectura, los editados para el público. A partir de esta idea, que es plausible y concuerda con el hecho de que los textos musicales epigráficos eran una especie de partitura que tenían delante los ejecutantes, este autor pasa a una hipótesis interesante, aunque arriesgada (y criticada efectivamente por otros estudiosos): la falta de corales en el último Aristófanes, ya en el siglo IV, se debería a que los ejemplares de lectura los eliminaban, ni más ni menos que eliminaban las intervenciones corales en la comedia nueva.

Una nueva lectura, por Annie Belis, de los himnos délficos a Apolo, hace un momen-

to aludidos, es la base para una nueva interpretación de la ejecución de los mismos. El primer himno, provisto de notación vocal, sería ejecutado «a cappella»; el segundo, provisto de notación instrumental, sería ejecutado por un coro y al menos nueve instrumentos.

Este tema de la ejecución musical de la poesía, sobre todo en el momento en que nace la «nueva música» o en lo relativo a casos especiales, ocupa diversos artículos. Así el de A. Barker, que propone que el término «*magadis*» indica las más veces no un instrumento musical, sino una responsión en la octava superior con ayuda de diversos instrumentos: hay aquí, si esto es cierto, un alejamiento ocasional, ya desde la época arcaica, del principio estricto de la homofonía, que como se sabe dominaba la música griega. Más flojo me parece, y sin la necesaria información bibliográfica, el artículo de A. Privitera sobre el dítirambo (y, concretamente, sobre la posición de Arquilocho en su historia).

Pasos de danza

Notable es el trabajo de F. Zamminer, que trata de reconstruir los pasos de danza a partir de la métrica de los anapestos de marcha. Y el de R. Pregostini sobre «Parola, metro e musica nella monodia dell'upupa» (en Aristófanes, *Aves*). Es notable el análisis de cómo el poeta, dentro todavía de la música clásica, pudo componer esta pieza que contiene una conexión estrecha y constante entre metro y palabra: crea música a partir del ritmo. No son así las cosas en la monodia de Agatón en *Tesmoforias* del mismo poeta, obra ya del siglo IV: está dentro de la nueva música, expresiva y mórbida. «Música, canto y danza están colocados en una voluntaria falta de armonía que da, sin embargo, la impresión de unidad.»

Otros trabajos se refieren a los instrumentos musicales y a los músicos y ejecutantes. Así el de D. Restani, que trata de los problemas musicales en el libro XIV de los *Deipnosofistas* de Ateneo: todo el rico mundo de la música griega desfila por sus páginas, pero son sus aspectos vivos y sociales los que más interesan a este erudito antiguo. Y el artículo de A. M. Di Giulio sobre los instrumentos musicales (dionisíacos: «*tympanon*» y *sistro*) representados en los vasos de Apulia. A su vez, el artículo de R. P. Winnington-Ingram, referente a conocidos músicos de la edad ateniense, toca el tema de la valoración social de los diversos tipos de musicantes de instrumentos de cuerda o de viento; de los puros instrumentistas y de los citarodos. Piensa que el flautista recibía, según los contextos en que actuaba, diversas valoraciones sociales: su intervención en ciertos cultos y en la tragedia le daba dignidad, pero el banquete y ciertos cultos y modos musicales de origen extranjero, más la relación con la nueva música, provocaban desprecio y ataques.

Esto nos lleva al tema, tan importante para los antiguos, de música y sociedad y del

«ethos» de los distintos modos de la música. Es sabido que para Damón, el teórico del siglo V, un cambio en la música anticipa un cambio en el Estado, y que Platón atacó duramente, desde este punto de vista, diversos géneros musicales y, concretamente, la «nueva música». El tema es objeto de diversos estudios dentro del volumen. Sobre todo de A. Gostoli sobre «Terpandro e la funzione etico-politica della musica nella cultura espartana del VII secolo a. C.»; de E. Rossi sobre «La dottrina del "ethos" musicale e il simposio»; y de G. Marzi sobre «El "Dicroto" degli Spartani contro Timoteo».

Frente al poeta cuya enseñanza musical se considera como portadora del orden y la concordia en la ciudad, caso de Terpandro y otros poetas arcaicos, encontramos la rica experimentación, en el banquete, de nuevas formas musicales. Y la reacción contra la nueva música personificada en Timoteo, al cual, se nos cuenta, se le obligó a prescindir de las nuevas cuerdas que había añadido a la lira y que introducían una nueva (y sospechosa) musicalidad. Toda una pequeña antología de la lucha de la música dentro de un ambiente social cambiante y de su progreso, pese a las reacciones conservadoras. Nunca se volverá a la vieja música, mero subrayado rítmico y melódico de la palabra poética.

Relaciones con otras culturas

Finalmente, tiene un interés extraordinario el estudio de las relaciones de la música griega con la de otras culturas. Sólo desde los años sesenta tenemos datos sobre la música babilonia, gracias a textos a partir de entonces publicados e interpretados. El profundo estudio de los mismos por F. Lasserre, en ese volumen, propone (creemos que con razón) que la teoría y la práctica de la tradición musical babilonia fue transmitida a Grecia por medio de los instrumentos. Hay una serie de detalles concretos referentes a los nombres de las cuerdas, al acorde del arpa y la determinación de los intervalos en el interior de la octava, así como a la determinación de los modos, que así lo certifican. Y la notación musical griega debe venir, en definitiva, de Babilonia.

Finalmente, hay la cuestión de la relación de la música griega con la posterior. De una parte, la tradición clásica ha sido esencial en los orígenes del melodrama, sobre todo a partir de las interpretaciones renacentistas sobre la monodia y los corales: un detallado estudio de S. Franchi aporta datos numerosos. De otra, en la Grecia moderna, en la canción popular, quedan huellas muy exactas de la música antigua: puede verse sobre ello el estudio de S. Baud-Bovy, que compara la música de la «Invocación a la Musa», de Mesomedes, y una canción por él recogida en Creta.

Todas las comunicaciones van acompañadas de un amplio aparato crítico y bibliográfico. Y se añade un índice de los nombres citados y otro de «cose notevoli» que hacen el libro fácilmente manejable. Todo él es fácilmente legible, aunque evidentemente la lectura requiere a veces conocimientos musicales. Pensamos, ya lo decíamos al comienzo, que puede interesar a un círculo mucho más amplio que el de los helenistas y los musicólogos. Es al tiempo estimulante y, muchas veces, novedoso. □

En el próximo número

Artículos de *Elías Díaz*, *Carlos Seco Serrano*, *Xesús Alonso Montero*, *Ricardo Gullón*, *Jesús Villa Rojo*, *Olegario González de Cardedal* y *José María Valverde*.

RESUMEN

Los griegos englobaban dentro del concepto de «*mousiké*» lo que hoy se entiende por palabra poética, métrica, rítmica y música. Para el helenista Rodríguez Adrados no se puede comprender nada sobre la poesía grie-

ga, incluido el teatro, sin estudiar al tiempo la música. De esta cuestión se ocupa al comentar un libro colectivo que recoge ponencias y discusiones presentadas en un congreso en Italia sobre este tema.

B. Gentili y R. Pretagostini (eds.)

La musica in Grecia

Laterza, Roma-Bari, 1988. 317 páginas. 42.000 liras.

La filosofía del poder constituyente

Por Elías Díaz

Elías Díaz (Santiago de la Puebla, Salamanca, 1934) es catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad Autónoma de Madrid y director de la revista de pensamiento «Sistema». Autor de Estado de Derecho y sociedad democrática, Legalidad-legitimidad en el socialismo democrático y De la maldad estatal y la soberanía popular.

Además de las exigencias políticas democráticas y las derivadas de su específica representación socialista, buscando siempre la concordanza con ellas, Gregorio Peces-Barba llevó también a la Ponencia Constitucional — fue, recuérdese, uno de los siete miembros de ella — sus propios conocimientos técnicos y científicos de riguroso jurista, así como sobre todo sus preocupaciones y construcciones teóricas de fondo como filósofo del Derecho. De todo ello hay amplia y fuerte presencia en este valioso libro, que es, entre otras cosas, una detallada y bien ordenada memoria interna y externa (explicativa y crítica) acerca del complicado proceso, con diferentes versiones para un generalizado consenso, en que tuvo lugar la génesis y la elaboración de nuestra Constitución entre 1977 y 1978.

Rendición de cuentas

Imagino que los constituyentes, diputados y senadores, de entonces, especialmente los otros seis ponentes y los miembros de la Comisión Constitucional, no dejarán de intervenir, al menos por alusiones (por ejemplo, Jordi Solé-Tura o Miguel Herrero de Miñón), para ratificar, objetar, oponerse o matizar unas u otras de las afirmaciones y tomas de posición — aunque siempre respetuosas y mesuradas, a veces (PNV) insistentemente polémicas — hechas en esta sincera y comprometida rendición de cuentas, con la que yo estoy básicamente de acuerdo. Hay, desde luego, en sus páginas material importante y abundante para esos plurales debates que, en definitiva, podrán aportar mucho para un mejor conocimiento del trasfondo y los entresijos de la Constitución y, desde ahí, para una interpretación más auténtica de ella.

Prácticamente todos los temas de mayor relevancia y conflictividad (forma de Estado, educación, nacionalidades, derechos funda-



FRANCISCO SOLE

mentales, garantías jurídicas, aborto, libertad religiosa, etc., en menor medida quizás los de carácter económico-social) son aquí considerados en su origen, desarrollo y revisión crítica en cada una de las instancias parlamentarias atravesadas — Ponencia, Comisión, Pleno —, con lo que el análisis se enriquece dinámicamente, si bien por ello mismo se hace más de notar la falta de un oportuno índice onomástico y, sobre todo, de un totalmente necesario índice de materias que establezca las correlativas concordancias temáticas en cada uno de esos momentos y con otros diferentes

pasajes y tratamientos de la obra: queden, pues, dichos índices formalmente solicitados para una, segura, segunda edición de ella.

Filosofía jurídica

Dentro de esa muy amplia temática, también de intereses y, por ello, de posibles diversas lecturas (unas más útiles para la historia política, otras para la dogmática constitucional), yo destacaría aquí, desde el título mismo de estas notas, la perspectiva totalizadora, filosófica, de filosofía del Derecho que, me parece, es central y la más relevante para el profesor Peces-Barba: y no sólo ahora, diez años después, en la exposición y reconstrucción teórica de este libro, sino también en 1977 y 1978, en la praxis que conducía a la elaboración concreta del texto de la Constitución; en medio estaría, con ese mismo espíritu, su obra de 1981 sobre aquélla (en colaboración con el profesor Luis Prieto Sanchís), precedente válido de la actual.

En los debates de entonces, en sus intervenciones constituyentes y también ahora en esta genética rememoración, quedan patentes los grandes esfuerzos, yo diría que hasta los «sufrimientos», de Gregorio Peces-Barba y su

«desesperación» ante las incomprensiones de algunos por lograr en aquélla una estructuración y una articulación coherente y rigurosa incluso en el lenguaje, de acuerdo con las exigencias de la ciencia jurídica y, desde ahí, como enfoque de totalización, sobre todo con la filosofía del Derecho, teoría de la Justicia incluida: Kelsen, Hart, Bobbio, Dworkin, Rawls son, entre otros, autores frecuente y consecuentemente tenidos en cuenta, a veces en merecida consideración crítica. Con todo, yo también discrepo de algunos que me atrevería a llamar excesos «sistémicos» de aquél, como el de las argumentaciones que le llevan (incitado por el común amigo Jorge de Esteban) a poner en cuestión la calificación sin más del derecho al trabajo como derecho fundamental.

Creo que los ejes del «paradigma constitucional» del iusfilósofo catedrático de la Complutense son principalmente los dos siguientes: por un lado (teoría del Derecho), su concepción normativa, pluralista y con «textura abierta» del ordenamiento jurídico, así como su concepto (más realista de lo que es tradicional) sobre la validez del Derecho fundada en el Poder, el cual es en última instan-

En este número

Artículos de

<i>Elías Díaz</i>	1-2	<i>Jesús Villa Rojo</i>	8-9
<i>Carlos Seco Serrano</i>	3	<i>Olegario G. de Cardedal</i>	10-11
<i>Xesús Alonso Montero</i>	4-5	<i>José María Valverde</i>	12
<i>Ricardo Gullón</i>	6-7		

SUMARIO en página 2





La filosofía del poder constituyente

cia poder social, pero que se institucionaliza después como poder político en el Estado: sus anteriores libros *Libertad, poder, socialismo* (1978) o su *Introducción a la Filosofía del Derecho* (1983) ilustrarían con mucho mayor detalle sobre esa rigurosa pero no formalista ni científica teoría del Derecho; íntimamente unidas a ella, por otro lado (teoría de la Justicia), estarían sus críticas radicales al iusnaturalismo —hoy, por fortuna, de mucho menor dramatismo esta polémica—, con su concepción de los derechos fundamentales y los valores jurídicos entendidos como concreción y como resultado histórico y racional de los valores de libertad e igualdad, cuya síntesis constituye precisamente el núcleo central de dicha teoría de la Justicia: aquí sus obras *Derechos fundamentales* (1973, con sucesivas nuevas ediciones) y *Los valores superiores* (1984) serían de obligada consulta para el debate con las posiciones del otrora destacado parlamentario socialista y, entre 1982-86, presidente del Congreso de los Diputados.

El propio Peces-Barba señala en diversos pasajes de su libro artículos concretos de la Constitución (el 1.1 o el 9.1, por ejemplo) o aportaciones específicas en ella (principalmen-

te en esos campos del ordenamiento jurídico y de la teoría de la justicia) que derivarían directamente de la filosofía del Derecho, perspectiva de totalización que considera, con razón, como de importancia básica para aquella: tanto para su parte «orgánica» como para su parte «dogmática» (en la vieja, inapropiada, terminología), es decir, tanto para la organización de los poderes y las reglas procedimentales del funcionamiento democrático como para la declaración de los valores jurídicos y los derechos fundamentales que determinan su contenido. La síntesis de todo ello configura lo que puede muy bien llamarse la «filosofía de la Constitución» o, con otro lenguaje, su «norma básica», la kelseniana «Grundnorm» que, evitado el formalismo, acaba siempre reenviando de un modo u otro a esa pregunta con la que precisamente Gregorio Peces-Barba concluye su libro (dejándolo, pues, abierto), la pregunta acerca de por qué hay que obedecer al Derecho y a la Constitución.

Soberanía popular y consenso

Diferentes filosofías, como es bien sabido, dan lugar a muy diferentes respuestas a esas preguntas, e incluso a la previa de si hay o no que obedecer al Derecho. Y diferentes filosofías hacen diferentes Constituciones o, al menos (es nuestro caso), diferentes plurales interpretaciones de una común, democrática, Constitución: sobre ello y sobre la posibilidad-legitimidad de las interpretaciones y aplicaciones progresistas de nuestra ley fundamental permítaseme que remita al lector al capítulo sexto de mi libro *Socialismo en España: el partido y el Estado* (1982). Pero lo que yo quería resaltar aquí es que, dentro de esa misma línea interpretativa, esta obra teórica de Gregorio Peces-Barba, y antes su trabajo en la praxis como ponente constitucional, son aportaciones que se estructuran y adquieren todo su pleno significado en y desde una filosofía jurídica y política de carácter explícitamente democrático, donde el concepto de soberanía popular, soberanía originaria, como poder constituyente —histórica y sociológicamente configurado y delimitado su titular, por el artículo 1.2, en el «pueblo espa-

ñol»—, se establece como hecho fundante básico de la Constitución, tanto para su teoría del Derecho, para la validez del ordenamiento jurídico, como —y aquí se precisarán sin duda ulteriores discusiones y aclaraciones— para la concreción de su teoría de la Justicia desde los valores supremos de la libertad y la igualdad.

En tales situaciones democráticas, y también en la España de 1977 y 1978, el poder social constituyente (formado no sólo por individuos aislados, sino también por diferentes tipos de asociaciones políticas, profesionales, etc., e, incluso, por instituciones y corporaciones procedentes de etapas anteriores) actúa siempre decisoriamente a través del sufragio universal y de la soberanía popular —así debe ser—, pero sin excluir en ningún caso las vías del consenso que resulten posibles y más concordantes en todo momento con aquél. De este modo, gran parte del proceso interno y externo de elaboración de nuestra Constitución, y ahora el consecuente relato hecho por Peces-Barba, gira en buena medida —podemos ver— en torno a los denodados esfuerzos socialistas (con «portazo» incluido) por superar el primero, insuficiente y muy limitado consenso expresado en el pacto AP-UCD, pacto a todas luces mucho menos cercano entonces, y ahora, a la expresión mayoritaria de la soberanía popular, dando así el paso progresivo hacia el que fue definitivo y más amplio consenso UCD-PSOE, que buscaba además la incorporación al mismo del resto de las fuerzas políticas y sectores sociales implicados en tal poder constituyente: y así es como se lo-

garía finalmente el amplísimo y legitimador apoyo del voto popular expresado a través del sufragio universal.

Constitucionalidad-realidad

En este proceso de reforma-ruptura, de poder constituyente originario pero —como siempre ocurre— a la vez histórico, de consenso realista refrendado por el sufragio universal, es como se elaboró la Constitución de 1978. Gregorio Peces-Barba, protagonista de excepción, narra en estas páginas las mil vicisitudes del poder constituyente en acción, los mil problemas y obstáculos que hubo entonces que superar; no oculta las limitaciones y deficiencias de aquella, ni tampoco lo que ¿definitivamente? salió mal, principalmente la no incorporación final de los nacionalistas vascos —resalta siempre el contraste con la madurez del nacionalismo catalán— y la distorsionada malformación del Senado; pero insiste, y con plena razón en todo momento, en que sólo por esas vías de diálogo y de acuerdo fue posible esa Constitución de todos, sin vencedores ni vencidos, y que sólo actuando según esas reglas de participación y de libertad que ella establece será posible construir una duradera democracia profundizando en la igualdad y en la solidaridad. Esta es —también a mi juicio— la mejor filosofía constitucional: sólo resta, pero es mucho, seguir siempre trabajando para que progresivamente y cada vez más ésa sea la filosofía asimismo implantada en la realidad. □

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Uno de los «padres de la Constitución», Gregorio Peces-Barba, ponente socialista, presidente del Congreso de los Diputados entre 1982-86 y catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad Complutense, hace en este libro memoria del proceso constituyente

español de 1977-78. Las vicisitudes políticas del consenso y la insistencia en la importancia de la perspectiva filosófico-jurídica son elementos centrales en este análisis interno y genético de la Constitución, que comenta en estas páginas el profesor Elías Díaz.

Gregorio Peces-Barba

La elaboración de la Constitución de 1978

Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1988. 299 páginas. 2.000 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«La filosofía del poder constituyente», por Elías Díaz, sobre el libro <i>La elaboración de la Constitución de 1978</i> , de Gregorio Peces-Barba	1-2
«Libros de memorias, una fuente insustituible», por Carlos Seco Serrano, sobre el libro <i>Una vida presente</i> , de Julián Marías	3
«Los poemas en gallego de Carles Riba», por Xesús Alonso Montero, sobre el libro <i>Papers de joventut</i> , de Carles Riba	4-5
«El texto, desde su perspectiva», por Ricardo Gullón, sobre el libro <i>Retratos de ambigü</i> , de Juan Pedro Aparicio	6-7
«El músico y la tecnología», por Jesús Villa Rojo, sobre el libro <i>Il calcolatore e la musica</i> , de Alessandro Tamburini	8-9
«El Papa: sentido y límites de su autoridad», por Olegario González de Cardedal, sobre el libro <i>The limits of the Papacy</i> , de Patrick Granfield	10-11
«¿Hacia un buen Nietzsche en nuestra lengua?», por José María Valverde, sobre el libro <i>Consideraciones intempestivas</i> , de Friedrich Nietzsche	12

Libros de memorias, una fuente insustituible

Por Carlos Seco Serrano

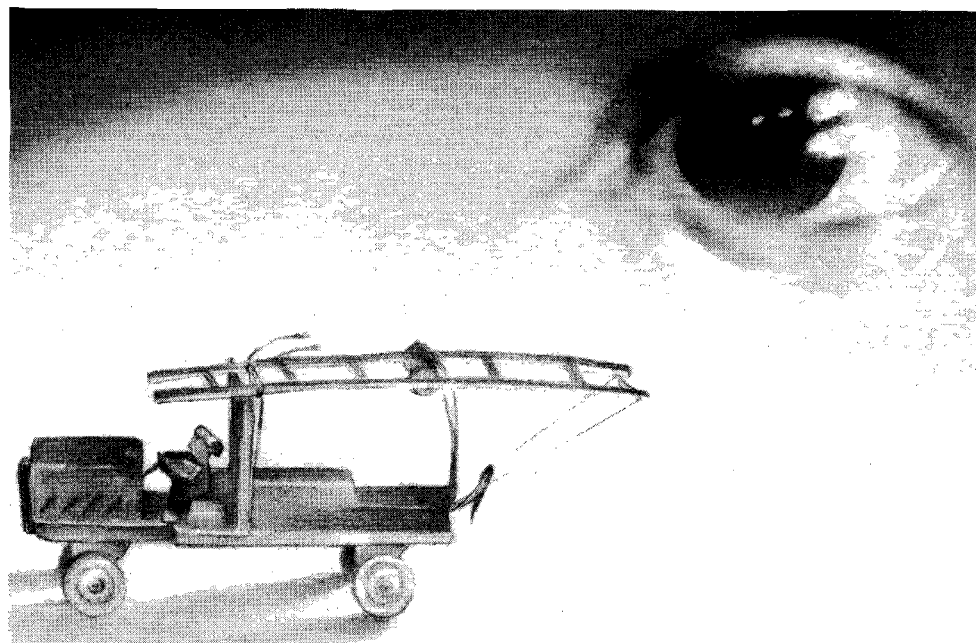
Carlos Seco Serrano (Toledo, 1923) es catedrático de Historia Contemporánea de España en la Universidad Complutense de Madrid. Es académico de número de la Real Academia de la Historia (Madrid) y de la de Buenas Letras (Barcelona). Es autor, entre otros títulos, de *Epoca contemporánea: la República, la guerra, la España actual*; *Alfonso XIII y la crisis de la Restauración y Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, con el que obtuvo el Premio Nacional de Historia 1986.

Si el hombre «individuo» no puede ser olvidado nunca por el historiador, y si es evidente —lo es en el actual momento— la importancia de la biografía en la reconstrucción del pasado, parece lógica la revalorización del libro de memorias en cuanto fuente primordial para la obra histórica. Sino que, según he repetido más de una vez, se trata de una fuente de difícil manejo. Por lo general, el que escribe sus memorias —sobre todo si ha tenido un papel político de cierto relieve— lo hace con un claro propósito de reivindicación personal: trata de fijarse una imagen favorable ante la posteridad, y en ese empeño se esfuerza por olvidar lo que no le conviene que sea recordado y en matizar oportunamente las propias actitudes y, por supuesto, las de sus adversarios. De aquí que el historiador, ante el libro de memorias, se vea precisado a afilar su crítica en una doble tarea: leer entre líneas, contrastar con otros testimonios, relativizar versiones contrapuestas: buscar, en definitiva, la compleja realidad humana que se oculta tras las «nubes de humo» del memorialista. En cualquier caso —por lo que dice y por lo que oculta—, él está allí, tras sus memorias: muchas veces se descubre, o se traiciona, precisamente en su cuidadoso montaje. Descubrirlo, descubrir la verdad de fondo, es la tarea del historiador; pero el libro de memorias «no estorba» nunca. Por eso hemos de celebrar la actual proliferación de este género literario, en contraste con otras épocas en que, al menos en España, no dio mucho de sí. Ortega lo comentó apesadumbradamente, aunque quizá no con excesiva razón.

Vidrios coloreados

Al menos, en el despuntar de la revolución contemporánea —la época crítica que enlaza los siglos XVIII y XIX— no faltaron ese tipo de testimonios: lo advertí al prologar las *Memorias del Príncipe de la Paz* para la BAE, hace ya muchos años; y precisamente entonces denuncié el carácter «defensivo» de aquel libro, muy importante sin embargo. Dije que era como «una ventana de vidrios coloreados». El conocimiento a fondo del reinado de Carlos IV a través de archivos documentales irrefutables ha dejado en entredicho muchas de las explicaciones —y exculpaciones— de Godoy. Y ello nos permite ahora conocer mucho mejor al personaje no por cuanto dice, sino por cuanto trata de «recomponer»: en esa preocupación angustiada palpita la verdadera realidad del famoso favorito, «el primer dictador de nuestro tiempo», según lo calificó Roger Madol en una conocida biografía cuyo mérito o cuyo acierto está más en el título que en el texto.

De los numerosos libros de memorias españoles relativos a la época de la guerra civil, puedo decir que el que me ha parecido más sincero es el de Joaquín Chapaprieta —editado por mí—, que muchos habrán podido entender como réplica al de Gil Robles por su título (la obra de este último se rotuló *No fue posible la paz*; el de don Joaquín, *La paz fue posible*). Pero ya advertí, cuando se imprimió, que el original de Chapaprieta no llevaba título alguno, y que las memorias de don José María se escribieron mucho después



JUAN RAMON ALONSO

que las de aquél, aunque se publicaran antes. Y si Gil Robles «se construyó» un aparato justificativo de cara al presente y al futuro, Chapaprieta se propuso únicamente legar a los suyos —no al gran público— un rendimiento de cuentas lo más exacto posible de su propia actuación al timón del Gobierno.

Por supuesto, hay un libro cuyo esplendor literario eclipsa la estimación de estos y de los otros testimonios similares de la época: me refiero a los *Diarios de Azaña*. Pero se trata de eso: de unos diarios escritos sin apenas correcciones, al hilo de acontecimientos inmediatos. Carentes de una reflexión retrospectiva, se concibieron ya «para la historia» en un empeño mantenido por el autor jornada tras jornada: alzar un monumento a la propia gloria (alguna vez he subrayado el impresionante «autorretrato» que en ese sentido supone el curioso «ensueño» que —en la noche siguiente a un día de triunfo parlamentario, aquel en que una gran intervención oratoria del presidente ha abierto camino en las Cortes al Estatuto catalán— enfrenta al propio Azaña con el trasunto imaginario del rey Alfonso XIII. Esas páginas, siempre olvidadas o ignoradas por los panegiristas de Azaña, constituyen una pieza histórica insustituible: explican no sólo cuanto hubo de positivo en el afán regeneracionista del debatido político, sino todo cuanto contribuyó a su gran fracaso: su convicción de estar en posesión de la verdad, el menosprecio sin paliativos de los otros —de las ideas o de las razones de los otros—, la autosatisfacción con que contemplaba la propia imagen como «estadista», como intelectual).

Fuera de esas «memorias» de políticos, es más fácil encontrar una ingenua transparencia del propio yo o de lo que quien escribe trata simplemente de «recordar» o de «fijar», al margen de empeños trascendentalistas. En este sentido, nada más conmovedor que el libro de «un soldado raso de la guerra de España», José Llordés, candoroso payés catalán cuya obra —*Al dejar el fusil*— refleja, mejor que ninguna otra relativa al conflicto, la situación del español medio, no definido en uno ni en otro bando, y arrastrado no obstante por la turbulencia extrema de la crisis que le tocaba vivir, en cuyos entresijos ni entraba ni salía. Ahora bien, Llordés es un pobre campesino movido por una meritoria inquietud —tratar de «explicarse», tratar de «saber»—, pero sin un mínimo trasfondo intelectual. De otro soldado raso de la guerra de España —Julián Marías, movido en 1936, aunque se libró de matar, reducido como estuvo por sus limitaciones físicas a un papel «no activo» dentro del ejército de la República—, y cuya significación en el campo de la cultura es bien conocida, nos llegan ahora sus recuerdos en un primer tomo de memorias que por lo pronto se detienen en 1951. Estas *Memorias* de Ma-

rías diría yo —a diferencia de las de Godoy— que son como una ventana abierta de par en par; no tanto —y es mucho— sobre la realidad que reflejan como sobre el hombre que la describe. «Es menester —nos dice el propio autor, y esta observación no puede ser más explícita—, en la medida de lo posible, evocar el pasado reconstruyendo no ya la circunstancia en que aconteció, sino sobre todo el yo, el «quién», qué hizo y a quién le pasó eso que se va a contar. Si no se consigue hacerlo, todo se convierte en una falsificación, en una suplantación del que fue, del que ha ido siendo, por el que escribe...» «Reconstruir la propia vida puede ser necesario para acabar de poseerla; acaso, en cierto momento, para poder seguir viviéndola.»

Claridad del recuerdo

Marías cuenta —aparte la galanura de su pluma— con una ventaja indudable: una portentosa precocidad y claridad del recuerdo. Sus primeras «vivencias» aquí evocadas se remontan a los dos años de su edad, y no se trata de «fogonazos» aislados, quizá muy transformados por el tiempo, sino de recuerdos perfectamente nítidos. Para el interesado por la «intrahistoria» ello hace especialmente valiosas las páginas en que el autor nos evoca el Valladolid y el Madrid de su infancia ya lejana: páginas entrañables, cálidas, difícilmente sustituibles. Para el historiador de la cultura resulta fascinante el cuadro —en el que Marías se recrea, sin duda: ¿son sus años más felices?— de la Universidad madrileña de la preguerra: aquella Facultad de Letras presidida por maestros como Ortega, Zubiri o Morente en el campo de la Filosofía —el roturado por el autor—, y que muchos hubiéramos querido vivir: los que llegamos a las aulas cuando en éstas se notaba el vacío tanto de maestros como de ideas (salvo notorias excepciones), y pesaban sobre las cátedras insoportables silencios o inconcebibles condenas; los que —hoy— se encuentran perdidos en una masificación que aleja la posibilidad de un magisterio auténtico cuando éste existe, y cuan-

RESUMEN

El comentario que realiza el profesor Seco Serrano al libro de memorias de Julián Marías amplía sus límites, al aprovechar el autor del artículo para recordar la importancia creciente que tiene todo material bio-

do el arribismo y la pedantería gárrula están sustituyendo, a marchas forzadas, la madurez y la experiencia cimentada contra viento y marea en años muy difíciles. Para el historiador de la política, hay capítulos excepcionales: ninguno tanto como el que relata la agonia de la República, con un protagonista extraordinario, Julián Besteiro, maestro de Marías en las aulas, pero, más que eso, su modelo humano, siempre querido y admirado: «única figura pública que mereciera a mis ojos, durante la guerra, un respeto integral». «Era un modelo de liberalismo, cordura y tolerancia; y de valor, virtud capital: un valor «civil», no agresivo, que lo llevaba a hacer lo debido sin más consideración.»

La contextura humana

Permítame el lector que haga aquí una leve digresión para apuntar que ya hace años insté a Marías para que escribiera sobre Besteiro, a raíz de cierta conversación en que me desveló su «proximidad» al gran político socialista en los días finales de la guerra. Marías ha hecho más que eso —y ha hecho muy bien— al situar sus evocaciones concretas en un contexto más amplio: el de toda su propia biografía. Porque no cabe duda de que en pruebas tan extremas como las que supone el horror de una guerra civil es donde mejor se define la contextura humana de quienes la vivieron. La prueba de la guerra dio la espléndida dimensión real de Besteiro (como la del propio Marías), culminando su «trayecto» vital; y redujo o minimizó efectivamente la de otros personajes coyunturalmente magnificados, convertidos —entonces o luego— en símbolo de aquello que no merecía la pena simbolizar.

Pero hay en estas *Memorias* otra peculiaridad, para mí la más valiosa. Desde el momento en que aparece en uno de sus capítulos la figura de Dolores Franco, compañera de estudios, amiga excepcional, esposa inolvidable —por este orden—, la protagonista y la musa es ella, aleteando en los afanes, en los estímulos, en las ideas del escritor; verdadera piedra de toque para darnos la dimensión humana de Julián Marías, tal como ingenua, descarnadamente, se nos trasparenta en un episodio desgarrador —la muerte prematura del primer hijo— en cierto modo culminación de esta entrañable veta sentimental del autor. Una veta esencial, junto a las que le definen en su vocación intelectual —el primer despliegue de una espléndida labor de filósofo, de publicista, de profesor y conferenciante—; «vocación y trayectoria» condicionadas por la peculiaridad de la «circunstancia», a veces crudamente definidora de momentos de la «gran Historia» (la prisión en las cárceles franquistas, la inaudita descalificación de su tesis doctoral; algo que nos descubre de golpe lo que fue quizá el aspecto más mezquino de la victoria fratricida, porque afectaba al mundo del intelecto y era un atentado contra el espíritu).

Se trata de un primer tomo; un primer tomo que deja en el lector el deseo de su continuación. Pero por lo pronto ya está aquí, entera, la realidad de «Marías y su circunstancia»: el equilibrio y la moderación en la crisis, eso que es tan difícil de encontrar en el español de antes y de ahora. □

Julián Marías

Una vida presente. *Memorias I*

Alianza Editorial, Madrid, 1988. 389 páginas. 1.800 pesetas.

Los poemas en gallego de Carles Riba

Por Xesús Alonso Montero

Xesús Alonso Montero (Vigo, 1928) es profesor titular de Literatura Española de la Universidad de Santiago (en el Colegio Universitario de Vigo) y miembro numerario de la Real Academia Gallega. Entre sus libros pueden destacarse Realismo y conciencia crítica en la literatura gallega, O que cómpre saber da lingua galega, Informe —dramático— sobre la lengua gallega y Rosalía de Castro.

1. Las páginas de un poeta adolescente

Es proverbial, entre los «lletraferits» catalanes, la precocidad literaria de Carles Riba. No hay manual o libro de texto que no mencione su traducción, en 1911, de las *Bucólicas* de Virgilio, versión iniciada en 1909, es decir, cuando el traductor cumplía, o iba a cumplir, dieciséis años.

Los *Papers de joventut*, que acaba de exhumar el Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, corroboran la precocidad del poeta. Recoge el volumen páginas escritas entre enero de 1909 (quince años) y julio de 1911, páginas, pues, en buena parte, de un adolescente. Contiene este volumen: poemas de Riba, de muy diversa índole; alguna traducción de fragmentos de las églogas de Virgilio, y, en prosa, tres cartas y los argumentos de la égloga virgiliana. Son los textos con los que se inaugura un escritor, un gran escritor, razón por la cual no debemos estar ajenos a esta publicación, a estos *Papers*, cualquiera que sea su calidad. Creemos que ningún crítico debe desdeñar o subestimar la «prehistoria» de un escritor, y menos la de quien, años después, se iba a convertir en uno de los grandes poetas catalanes del siglo XX, en una de las voces importantes de la poesía europea de su tiempo.

Como no pocos de los textos de este volumen son palabras suscitadas por un muy juvenil episodio amoroso, retengamos un pasaje del prólogo de Maria Porter i Moix, responsable de la edición: «En el text hi apareixen diversos personatges, a més dels literaris, del seu entorn familiar i amical centrats en una noia que en els primers poemes anomena Lola, però a partir del sonet que porta el número 6 es transforma en la "senyoreta Pepita Vila". En realitat, les dues són la mateixa, segons ens va relatar la persona que ens cedi el lligall».

Señalemos que la publicación cumple un requisito ecdótico fundamental: ofrece el fac-

símil de los manuscritos. Hablaremos, sin embargo, de la transcripción en otro lugar.

2. Lo que nadie sospechaba: Carles Riba, autor de dos poemarios en lengua gallega

De este volumen, el capítulo sorprendente y, en algún sentido, el más interesante son 205 versos en gallego, distribuidos en dos poemarios:

I) «Cantares d'amor»: 25 coplas de cuatro versos con rima, generalmente asonante, en los pares. El autor se atiene, por tanto, al esquema métrico de la copla popular («cántiga», o «cantiga», en gallego). El poemario, compuesto en Barcelona entre el 15 y el 22 de «xaneiro» (sic) de 1911, está dedicado «À Sña. Pepita Vila», presente también en otras páginas, catalanas, de estos *Papers*.

II) «Cantares d'amigo»: cinco poemas, que son, en realidad, cinco cantigas de amigo, en el sentido técnico de la expresión. Dedicados también a Pepita Vila, fueron escritos entre el 19 y el 24 de febrero de 1911, casi a poema por día.

Además de sorpresa, y asombro, estos dos poemarios en lengua gallega tienen que suscitar interés entre los romanistas de cualquier país, y un entusiasmo especial entre los filólogos gallegos. En cuanto a los estudiosos de la biografía literaria de Carles Riba, están ante unas páginas que, más allá del ejercicio literario, indican cuán temprano es su afán de forjar su palabra de poeta en contacto con palabras de otros códigos lingüísticos, ya para traducirlas (las latinas de Virgilio), ya para cultivarlas (las gallegas). Sépase que un año después de este «ejercicio» escribe dos poemas en francés, y ya en la madurez traduce a Homero, a Hölderlin y a Kavafis.

No es la primera vez que un escritor poetiza en una lengua de adopción que en él no funciona como lengua de instalación. El fenómeno, por algunos denominado alofonía, exige unos datos y unas observaciones.

3. Sobre la alofonía

En la Península Ibérica hubo un tiempo, no muy lejano, la Edad Media, en que algunos géneros literarios estaban adscritos a determinadas lenguas. Así, los escritores de lengua catalana trovaban en provenzal, incluso quienes utilizaban su lengua, el catalán, para la prosa. En otras áreas de la Península la lengua de la poesía no épica era el gallego-portugués, y no es el único ejemplo el castellano Alfonso X.

Este esquema cultural posee lejanos y muy ilustres precedentes, sobre todo en la Antigua Grecia. En un principio, en la Hélade, el jónico era el dialecto de la prosa científica, mientras el dórico lo era de la lírica coral y el eólico-jónico de la épica, cualquiera que fuese el dialecto natal del escritor.

Sin embargo, ¿por qué en los tiempos modernos y contemporáneos, especialmente los poetas, protagonizan esta emigración lingüística? Creo que hoy cada poeta alófono exige su explicación, trátase del inglés Hopkins cuando escribe poemas en galés o del griego Papadiamantopoulos que poetiza en francés antes de exiliarse a Francia y firmar Jean Moréas. Sin duda, pertenecen a otro universo de circunstancias los autores que, forzados a vivir mucho tiempo en otra tierra, se acogen a su idioma. Pensemos en el sevillano Blanco White, autor de un celeberrimo soneto en inglés; en Rilke, poeta alemán, autor de unos versos en francés; o en el ruso Josep Brodski, exiliado en los Estados Unidos desde 1972, quien en los últimos años también escribe en inglés. En nuestros días lo habitual es que el poeta poetice en la lengua en la que está instalado, y por lengua de instalación hay que entender algo más, mucho más, que lengua aprendida. Sin embargo, puede haber momentos en la biografía de los poetas transterrados en que la nueva lengua sea, a su modo, su patria, para decirlo con palabras próximas a Unamuno y Pessoa.

El problema en la Edad Media se plantea en términos de menos autenticidad. Alfonso X, castellano que poetiza en gallego-portugués, cultiva una poesía más artificial, una poesía de arte, lo que facilita la adscripción de una determinada lengua a un determinado género literario, lengua que confiere prestigio a la obra por el mero hecho de ser formulada en ese idioma. En los tiempos modernos, la poesía, concebida como una empresa de autenticidad, como una escritura en la que incluso el idioma propio se siente «rebelde y mezquino» (Bécquer), los casos de poesía alofónica no se inscriben en ningún esquema cultural como los existentes, en la Edad Antigua, para los dialectos griegos, y en la Edad Media, para el provenzal o el gallego-portugués. Hoy hay que explicar la alofonía dentro de la biografía y de la poética de cada escritor concreto.

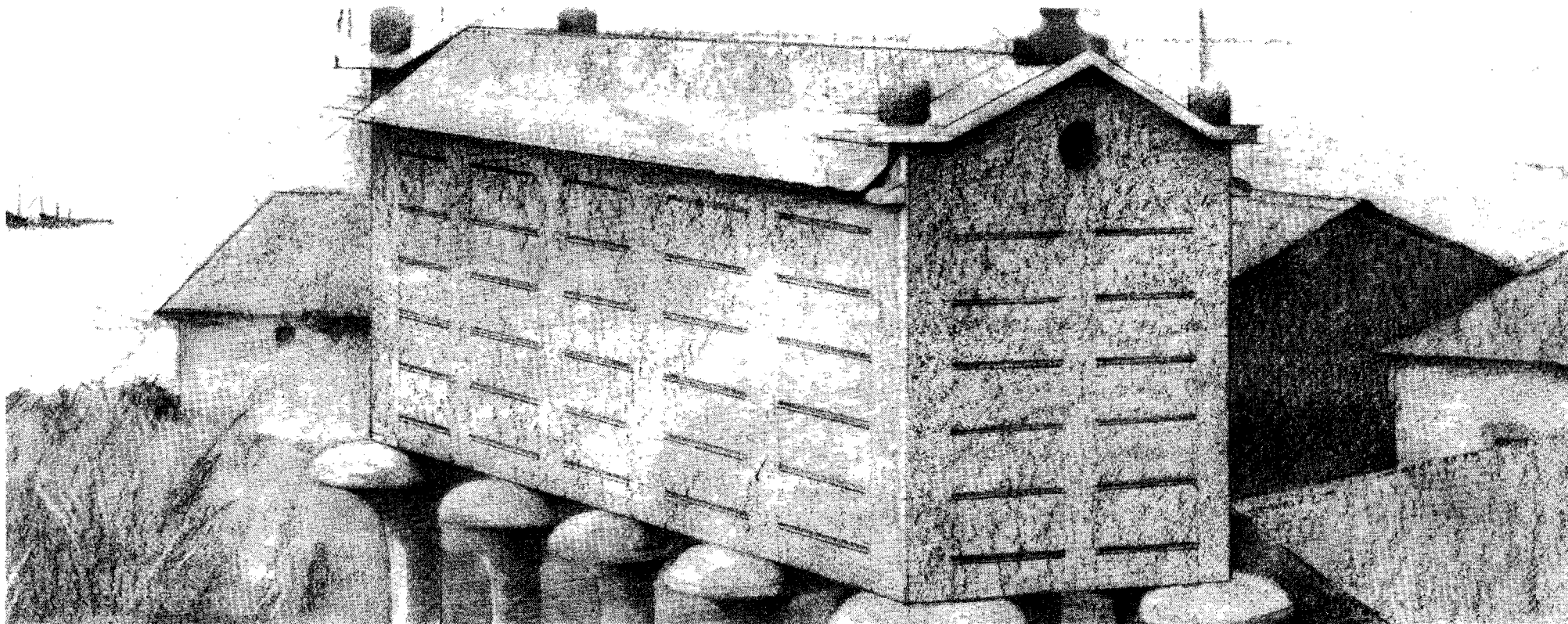
Pero lo cierto es que en este siglo algunos importantes poetas foráneos han poetizado en lengua gallega, lo que no debiera dejar

indiferentes a los interesados en la poesía alofónica, cuya historia, y es lástima, está por escribir.

4. Poetas no gallegos que escriben en gallego: tres voces importantes y algunas otras

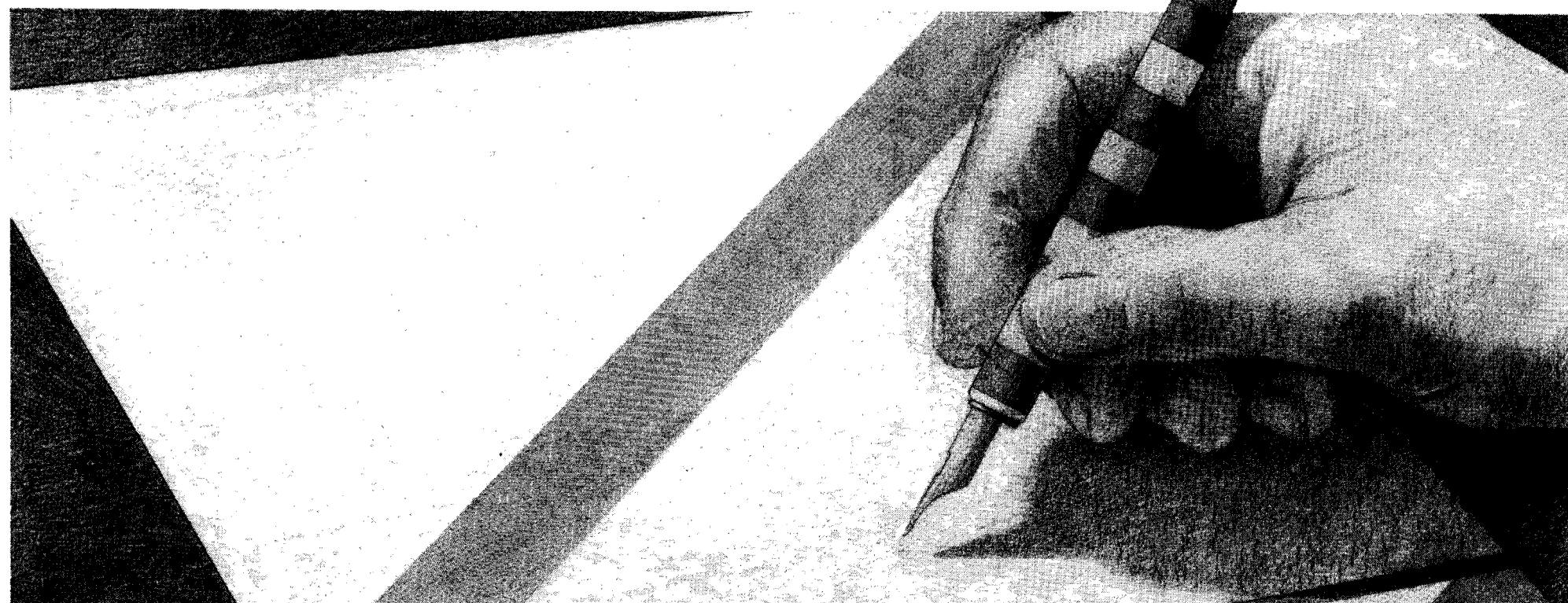
IncurSIONES anecdóticas en lengua gallega se producen desde hace más de un siglo: un soneto del portugués José Leite de Vasconcelos (1881), unos versos del andaluz Francisco Rodríguez Marín (1885), un epigrama del cántabro Gumersindo Laverde (1888), unas estrofas del alicantino Gonzalo Cantó (1898), un poema del minhoto João Verde (1902)... Meros ejercicios literarios, recibidos con simpatía en Galicia por los hombres de Letras empujados, entonces, en la tarea de la «renaxença» literaria del gallego. En tiempos recientes realizan incursiones menos episódicas algunos escritores argentinos vinculados, en Buenos Aires, a la colonia gallega, como Eduardo Jorge Bosco y Víctor Luis Molinari.

De los poetas que en nuestro siglo «trovaron» en gallego, el más conocido e importante es Federico García Lorca, que publicó, en diciembre de 1935, el famoso y controvertido poemario *Seis poemas galegos* (Santiago, editorial Nós). Granadino de cuna, andaluz de nación, castellano de lengua y no muy dotado, al parecer, para la consecución de otros idiomas, ¿por qué escribió estos seis poemas en lengua gallega? La pregunta ha suscitado varias respuestas, que habrá que revisar a la vista de una carta de Ernesto Guerra da Cal (1949) exhumada por Andrew A. Anderson (1988), en la que aquél confiesa que sirvió a Lorca «de diccionario viviente y —si me es permitido el decirlo— poético y discriminativo. El me decía un verso en castellano y yo lo traducía libremente al gallego, buscando, como es natural, las palabras que a él más pudieran impresionarle por color, sonido y evocación mágica. Si no le gustaba alguna... yo le daba otra opción, y él, augustamente, elegía la que le salía de los cojones líricos». Guerra da Cal, amigo íntimo, entonces, de Lorca, anuncia, desde Estoril, donde reside, todo un libro sobre su colaboración en el poemario, libro en el que encontraremos, probablemente, algunas claves para entender las motivaciones e intuiciones poéticas de quien decide publicar con su nombre seis poemas en una lengua que no es la suya y que, en el mejor de los casos, conoce muy poco. ➔



ARTURO REQUEJO

Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

En 1951, el poeta jiennense, residente en Madrid, Juan Pérez Creus publica *As canciós dise amor que se diz olvido* (Pontevedra, colección Benito Soto), poemas escritos tras pasar parte de dos veranos, con preocupaciones lingüísticas, en un pueblo orensano, Allariz. En realidad, a mí no me parece un juego el amor expresado en algunas de estas canciones, vivencia que la alofonía no desvirtúa. Existe alguna incorrección lingüística, y el libro contiene las artificialidades del gallego literario de aquellos años.

De 1964 es el libro *Voz fuxitiva* (Vigo, ed. Galaxia) de Anne Marie Morris, profesora de español y de italiano en Georgia (Estados Unidos), quien, años antes, se había encontrado con algunos libros en gallego, lengua que muy pronto se le convierte en una obsesión. Y en esta lengua, que ella «no escogió, que la escogió a ella», publica su único libro de poemas. Quien sólo oyó hablar en gallego, ad hoc y episódicamente, al profesor exiliado Rubia Barcia, confiesa que sólo esta lengua le ofrece la posibilidad de expresar peripecias íntimas que nunca sintió la necesidad de formular en su lengua nativa o en alguna de las adquiridas con cierta pericia (español, italiano y francés).

Tal vez esté aquí la razón esencial, en la forma interior del lenguaje («Innere Sprachform»), en el fondo, en la cosmovisión inherente a cada lengua, sobre todo cuando ésta se realiza en el poema lírico. Por esos matices, en principio ajenos a la «verdadera» lengua del escritor, es por lo que un poeta (creo) emigra a otro código idiomático, es decir, a otro universo espiritual. Sospecho que las lenguas no oficiales y poco «cultas», portadoras de un universo «sui generis», tientan especialmente a ciertos poetas, algunos egregios. Pienso, por ejemplo, en la tentación gallega de Lorca y en la tentación galesa del inglés Hopkins.

Importantes o no, el número de escritores foráneos que poetizaron en gallego es elevado. A los citados, al británico actual Gerald Denley y a algunos otros, hay que añadir un nombre ilustre, ignorado como poeta gallego durante setenta y siete años: el de Carles Riba.

5. Sobre los poemas gallegos de Carles Riba

5.1. De la lengua

El segundo asombro: el poeta catalán escribe, casi siempre, un gallego aceptable y, a veces, un buen gallego. Quien quiera verificarlo debe leer con atención el texto manus-

crita, de grafía bien legible, con lo cual evitará algunos errores existentes en la transcripción: «roubava» (por «roubara»), «bagra» (por «bágoa»), «llo» (por «ceo»), «xriña» (por «xoiña»), «riuse» (por «rinse»), «aunque» (por «anque»), etc.

¿Dónde o de quién aprendió Riba el gallego, este gallego tantas veces adecuado? Los biógrafos no indican viajes ni sugieren fuentes literarias o gramaticales. Por el propio poeta sabemos que leyó a Rosalía de Castro, estimada y traducida en Cataluña desde hacía años, y cabe sospechar que no era ajeno a la poesía de Curros Enríquez, tan elogiada por Joan Maragall, a quien trató Riba desde muy pronto. Por aquellos años la lengua gallega tenía en Cataluña un devoto defensor: Miquel Ventura Balañá, escritor no ajeno a la lingüística y autor de un extenso poema alófono: «Fala armoñosa, non morrerás», publicado en Madrid, en 1916, por Aurelio Ribalta, novelista traducido al catalán por Miquel Ventura. A la vista de datos tan precarios no resulta muy disparatado sospechar una cierta relación entre este escritor y Carles Riba. Apuntado queda.

5.2. Carles Riba en Galicia

Poeta gallego en su adolescencia, visita la patria de este idioma en julio de 1954 como miembro del Congreso de Poesía, tercero y último de los celebrados en la era de Franco. Y en Padrón, ante la casa de Rosalía de Castro, hace al escritor Xosé M.^a Alvarez Blázquez una muy importante revelación, contada así: «Me habló de Rosalía con una tonificante naturalidad y me dijo que, allá por el año diez, un mundo desconocido se le había revelado, leyéndola. Por devoción a ella, Carles Riba había jugado a escribir en gallego. Un gallego —se disculpaba él, humanista de tan generosas raíces— de estudiante de idiomas. Y me dijo más. Me confesó que un día, traduciendo a Heine, no halló modo más propio de hacerlo que vertiendo su verso en el caz entrañable de la lengua gallega.» Revelado lo cual, Alvarez Blázquez pide al poeta catalán «uno de aquellos poemas», quien, tras hacer «un esfuerzo de memoria...», escribió estos cuatro versos, que él mismo me leyó con un temblorcillo en la voz:

Crara, bela estrela d'ouro,
saluda aló o amor meu,
dille que eu inda son sempre
mirrado e pálelo e fiel.

(De Heine: *Helle, schöne goldne Sterne*, trad. C. Riba, c. 1910).

En el manuscrito de 1911, en esta «copla», la XX, leemos «bella» (no «bela») y «qu'eu» (no «que eu»), lo que no desvirtúa ni su memoria ni su esfuerzo. Tampoco hay error en la fecha de redacción. Sin embargo, no precisa al referirse al número de coplas, «diez o doce poemas breves, nada más», que son, en realidad, veinticinco.

No parece ajeno a nuestro «cancioneiro» popular quien escribe de este modo:

Cando morras, os teus ollos
n'ha de comelos a terra,
que Dio-l'os pondrá no ceo
pra qu'inda alí resprandezan. (IV)

Meu amor ech'unha rosa,
rosa fresca do rosal,
pónche-a ti no teu peito
pra que non seque enxamais. (XXIV)

Disculpemos el castellanismo «pondrá» (por «porá») y también la construcción «pónche-a ti», que debería ser «pona ti», pero que no carece de pericia a la hora de calcar el castellano «póntela tú», construcción reflexiva inexistente en gallego.

5.3. Riba, poeta «medieval»

En el artículo de Alvarez Blázquez «Carles Riba, poeta en gallego» (*Papeles de Son Armadans*, nov., 1961) nada se dice del segundo poemario en lengua gallega, las cinco cantigas de amigo que hemos mencionado. Transcribo la II, en la que aparecen, excelentemente trovados, tres recursos muy frecuentes en este género poético medieval (paralelismo, leixapren y refrán o estribillo):

Antr'os verdes pinos pretiño do mare
O amigo dizía chorando un cantare.

Ay, soño d'amor!

Antr'os verdes pinos pretiño d'as ondas
O amigo dizía chorando unha trova.

RESUMEN

La publicación de dos poemarios gallegos del poeta catalán Carles Riba, obra de sus años mozos, constituye, sin duda, un acontecimiento literario que debe suscitar, piensa

Ay, soño d'amor!
O amigo dizía chorando un cantare:
«Ay meu ben, eu morro por ti de soidades!»

Ay, soño d'amor!

O amigo dizía chorando unha trova:
«Ay, por ti d'amores eu morro, xeitosa!»

Ay, soño d'amor!

«Ay meu ben, eu morro por ti de soidades!»
As ondas chegaban os pes lle bicare.

Ay, soño d'amor!

«Ay por ti d'amores eu morro, xeitosa!»
As ondas traguían lembranzas gratiosas.

Ay, soño d'amor!

As ondas chegaban os pes lle bicare.
O amigo cantaba e miraba o mare.

Ay, soño d'amor!

As ondas traguían lembranzas gratiosas.
O amigo choraba e miraba as ondas.

Ay, soño d'amor!

Ya aquí habría que preguntarse por las fuentes literarias en las que bebió Riba antes de 1911, fecha en la que aún no había publicado José Joaquim Nunes su edición de las *Cantigas de amigo* (1926), edición que tanto contribuyó a difundir, en los medios cultos, este género lírico. Me resisto a creer que este muchacho catalán de diecisiete años consultase algún ejemplar de la primera edición del *Cancioneiro da Vaticana* o del *Cancioneiro de Colucci-Brancuti*. Cabe sospechar que Riba fue motivado por las canciones de amigo reproducidas —siempre en número escaso— en alguna antología o estudio de lírica hispánica medieval (Menéndez Pelayo, por ejemplo).

No va a ser fácil encontrar fuente medieval a estas cantigas de amigo, cinco composiciones en las que los errores lingüísticos son muy escasos.

Con este poemario de amigo, Carles Riba se convierte en el precursor más valioso de la escuela que, desde 1933, el año de *Nao senlleira* de Fermín Bouza-Brey, aporta algunas páginas muy interesantes a la lírica gallega. □

Xesús Alonso Montero, atención y estudios. El profesor Alonso sitúa estos 205 versos en el discurso de la poesía gallega y en la tradición de la poesía alofónica.

Carles Riba

Papers de joventut

Departament de Cultura, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1987. 164 páginas.

El texto, desde su perspectiva

Por Ricardo Gullón

Ricardo Gullón (Astorga, León, 1908) perteneció a la carrera fiscal y ha sido profesor de literatura en varias universidades norteamericanas. En Puerto Rico dirigió la Sala Zenobia-Juan Ramón y es autor de varios libros sobre temas y autores de literatura contemporánea. Ha obtenido el Premio Príncipe de Asturias de las Letras (1989).

Con las narraciones reunidas en *El origen del mono* (1975) entró Juan Pedro Aparicio en el mundo de la ficción, un mundo que a lo largo de la presente década ha ido enriqueciendo por el rigor de la construcción, la eficiencia de la prosa y la variedad de la invención.

Si en *Lo que es del César* (1981) la parábola se desplazaba al esperpento, quizá el desluzamiento se debía a condicionamientos de un referente propicio a la extremosidad. Humor acre y una voluntad deformante combinados en un texto donde el dramatismo se diluía en lo grotesco del incidente. No suele ocurrir así en las novelas de Valle-Inclán adscritas al subgénero, y habría que remontarse a ciertas páginas de Quevedo para encontrar la complacencia sadomasoquista con que Aparicio se burla y escarnea de lo que más le duele.

Cuando en 1986 aparece *El año del francés*, tema, estilo y estructura han variado. Si la expresión no resultara hiperbólica yo diría que el escritor ha pasado de la actualidad (histórica) a la intemporalidad. Sin desinteresarse del presente e incluso aproximándose a él con mayor «realismo», con más atención a detalles que permiten al lector reconocer circunstancias y personajes de su propio entorno.

En los años ochenta y un poco antes asistimos a un curioso fenómeno —cuyo antecedente más prestigioso es *Ulises*, de James Joyce—: la infiltración en los textos más al día de un neo-costumbrismo funcionalmente distinto al vigente en el siglo pasado. Relegado a lo ancilar y pintoresco, cuando no desechado, está retornando para reivindicar la anécdota como parte del sistema. Sin menospreciar la primacía de la invención, el sustrato anecdótico facilita el descifrado al situar en la diégesis elementos espacio-temporales de fácil identificación.

Escena costumbrista

No dañan estos elementos a la intemporalidad de novelas como *El año del francés*, adscritas a una línea de pensamiento muy visible en nuestra tradición; nada cambia sustancialmente en los hábitos y comportamientos del ser hispano: lo acontecido ayer volverá a suceder mañana. Las expectativas de futuro son poco más que variantes del mismo tema: lo dicho por Ganivet y Unamuno ya se oyó en Cadalso y en Larra. Para señalar el dónde y el cuándo es útil la escena costumbrista, porque sitúa y localiza el momento en que transcurre la acción.

Las leyes de la novela desaconsejan apoyarse en la tesis y en la demostración: con mostrar es suficiente. Una estructura bien calculada hará ver en la repetición de sucesos y personajes las constantes de lo permanente; en dos planos de temporalidad establece Aparicio una acción coincidente y unos actantes de análogo perfil: el francés de ayer y el «francés» del presente encarnan el espíritu de aventura que inquieta la inercia del ámbito mortecino de que la catedral es emblema perturbador.

Emblema y protagonista en lo espacial; testimonio y desafío en lo temporal, yergue en el texto su mole de piedra, tentadora para quien intuya la posibilidad de hacerla suya mediante el juego peligroso de poseerla ascendiendo hasta las altas torres. Llegar a la altura para desde allí contemplar la ciudad, no al modo del Magistral en *La Regenta*, esgrimien-

do el catalejo-falo con que escudriña sus dominios, sino con la serenidad del vencedor de la trivialidad proliferante a ras de tierra.

Sigue pareciéndome válida la fórmula que utilicé en el pasado respecto a trama y argumento. En *El año del francés* la acción depende del modo como se presenta en la trama y, más, en la pauta estructural se encuentra la clave. La duplicidad interior sugiere la filiación temática de la novela: como olas sucesivas que van y vienen vuelve el pasado con rostros apenas diferentes. «Lo mismo de siempre», le reprochaba algún crítico a Somerset Maugham, y el popular escritor puso la frase al frente de uno de sus libros.

Vivir —decía Azorín— es ver volver. No todos aciertan a distinguir los signos lejanos en el acontecimiento a cuyo transcurso asisten, y es posible que más de un lector se distraiga buscando en la profundidad lo perceptible en la superficie. Una cierta inclinación a diluir la presencia del autor en el texto —inclinación acentuada en *Retratos de ambigü*— se ajusta a la conveniencia de que la repetición, principio rector del sistema, se produzca como ley natural y no por decisión, artística o extraliteraria, del autor.

Si el protagonista es un poeta, otro habrá a la vuelta de la esquina y de otro se recordarán, si no versos, anécdotas y actitudes: lo singular del caso es que Alvaro, el tímido lírico del hoy, parece destinado o predestinado a constituirse en degradada versión del poeta medieval, ya leyenda de inciertos contornos. Degradación inevitable por contagio del espacio en que se produce. Y no porque todo tiempo pasado fuera mejor, sino porque la

nostalgia lo embellece y por la falta de alicientes ofrecida por el escenario: una ciudad provinciana en los años sesenta, a mitad de camino entre la vulgaridad y la monotonía.

Ni el joven poeta ni «el francés» se ajustan al ambiente: su agonismo participa de lo pensante y de lo actancial, a diferencia de quienes les acompañan en el texto —salvo Valenti, la muchacha que en ser y conducta anticipa la insumisión juvenil de quince años después—. Tres criaturas se distinguen del conjunto, deliberadamente borroso, incluso en el lenguaje; ni el tono ni el ritmo de la narración son los mismos cuando se oyen las voces —tensas o apagadas— de los insólitos en el largo discurso de la penuria intelectual y moral en que se insertan.

Autor implícito

Ciudad y catedral, puntos emblemáticos de la permanencia; cafés y cines como lugares de lo transitorio. De un ámbito a otro se desplaza un narrador en cuyo discurso se vislumbran las tensiones del autor implícito. No será temerario reconocerle, pese a su invisibilidad, como determinante de la invención y, a la vez, como espectador de situaciones producidas por la dinámica del texto. Situaciones que se acogen a una perspectiva distanciadora que no es sino la del texto mismo, según se notará con mayor transparencia en *Retratos de ambigü*.

Aun sin examinar con detalle los problemas de perspectiva, conviene tener presente una de las características más notorias de la

modernidad: la atribución al texto de una autonomía de que no solía disponer en la novela decimonónica. Esto significa que el texto debe ser leído desde su perspectiva y, todavía más, que el texto es una perspectiva. En *Mientras agonizo*, de William Faulkner, el autor casi no se deja ver; la novela *En el estado*, de Juan Benet, si no prescinde del narrador, lo trasmuta en redactor de historias paródicas. La «manera» de Aparicio la analizaremos en seguida.

Retratos de ambigü, su novela más reciente, Premio Nadal 1988, es un esfuerzo sostenido y a mi juicio logrado de distanciar al autor del texto, haciendo tan invisible su presencia como la trama lo permite. A la estructura metódica de *El año del francés* la sustituye una estructura abierta cuyas líneas de fuerza resisten la tentación de disgregarse en pequeños núcleos de diversidad. De esas líneas, dos requieren atención especial: la saga de los Mosácula y la crónica de Vidal, conectadas por el amor y el engaño.

Más al fondo, en el nivel mítico de la historia, se sitúa la figura de Chacho, el héroe de nuestro tiempo, que en el discurso opera como dudoso figmento de una realidad transfigurada por la leyenda. El «stadium» es el ámbito natural del agonista en quien las multitudes reconocen al representante del deseo colectivo. Vivo o muerto, su peso específico es el mismo: número uno de las figuras cuyos retratos se exhiben en una taberna, la Charca, o se recatan en el altillo de los privilegiados.



ALFONSO RUANO

Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

Cada retrato, una historia; cada historia, un enigma que se aclarará por sus propias contradicciones. Retratos de gente distinguida por su actividad en algún sector de la vida ciudadana; fuera de su marco se convierten en figuras de otro cuadro más amplio; sus movimientos declaran un carácter a veces acorde o discrepante con lo sugerido por la imagen pintada.

De hecho, las figuras anteceden en el texto a los retratos; el juego de los actantes empieza por la presentación, continúa en la representación (gráfica) y concluye en la rectificación-revelación. Las figuras aparecen desde las primeras líneas con operatividad suficiente, en tanto el autor se asigna un lugar marginal y un mínimo de participación en el drama.

Drama, escribo, donde pensé comedia: tal es a primer examen lo tratado partiendo de un argumento de corrupción y mentira. Como en la crónica del francés, fluyen las constantes históricas del miserabilismo y, para contrarrestarlas, el recurso al mito. El tejido verbal transmite una historia sórdida de prevaricación y engaño más otra historia municipal y espesa enlazada con la línea principal de la acción hasta el punto de incorporarse al argumento y constituirse en parte de él.

Lo que sucede, sucede ante un lector-espectador inclinado, si no forzado, a plantearse hipótesis sobre los sujetos a quienes oye y entiende —malentendiéndose—, imaginando posibles evoluciones de los problemas. Sin asistencia narrativa, limitada su información, ¿cómo podría reconocer bajo la máscara el rostro y cómo adivinar propósitos contradictorios por la actitud de los farsantes? Tan in-

defenso como Vidal, el lector valora los acontecimientos partiendo de supuestos equivocados, y la equivocidad se mantiene hasta que el actante la disipa poniendo las cartas boca arriba.

En la penumbra

El alejamiento del narrador ni es ni puede ser total; le descubrimos apostado en la penumbra del comentario. A la pregunta clásica: ¿quién habla y desde dónde?, responde el texto en pasajes, generalmente breves, en que por vía de aclaración y complemento se describen espacios y situaciones. No tendría sentido calificar de rebelión actancial lo que no pasa de ser un ejercicio en autonomía textual. Tal ejercicio da por supuesto un mecanismo de control que aquí o no existe o no se deja ver. En clara divergencia con lo acontecido en *Niebla*, autor y personaje no se enfrentan: el discurso de *Retratos* se inclina más a la posición de Augusto Pérez que a la de Unamuno: espacio, argumento y trama son creación del personaje y sólo a través de éste se vislumbra ocasionalmente la mano de su hacedor.

Las consecuencias del silencio narratorial son tangibles: predominio del diálogo, parvedad del comentario y segmentos digresivos (como el de los espeleólogos perdidos y hallados en la cueva) en apariencia desconectados —conectados de modo oblicuo— con el asunto central. Centralidad sugerida desde el primer capítulo, asociada al caso de conciencia en que se debate ¿el protagonista?, sujeto atípico en un ámbito novelesco donde la palabra conciencia no circula. Primera voz audi-

ble en la página, tibiamente respondida por don Enrique y dilatada en la glosa de las tres damas que, en función coral, informan de cómo era Blanca Pérez Ansa, segunda figura mítica de la novela, aunque sin la dimensión simbólica del héroe popular. Recluida en la casa-castillo-prisión, en un pasado lejano alcanzaron a verla quienes desde el presente del discurso reviven el pasado de la historia.

Conductas y actos ambiguos van siendo dilucidados a medida que la novela adelanta: la luz de las páginas finales se proyecta en las primeras, altera el significado de la percepción inicial y pone en claro lo turbio. En el último capítulo todos los hilos de la madeja se anudan e integran en el espacio de la revelación. Tres tiempos yuxtapuestos, tres momentos «históricos», destacan la persistencia de la diversidad en la unidad de lo eterno femenino: Blanca «la reina», Blanca «la extraña» y Marta «la inquieta», tres encarnaciones disonantes del arquetipo, trivializado en representantes de menor entidad —Laura y María Dalia— y

RESUMEN

Ricardo Gullón, al comentar el último Premio Nadal, la novela de Juan Pedro Aparicio, encuadra ésta en una tendencia narrativa que es, en su opinión, una de las características más notorias de la modernidad; tendencia que

Juan Pedro Aparicio

Retratos de ambigü

Destino, Barcelona, 1989. 216 páginas. 1.300 pesetas.

exaltado en la mención de Carmen Miralles, víctima de la represión incivil.

Embriagado de sí mismo, el texto se abre a fantásticas transfiguraciones. Los delirios alcohólicos y la droga alteran las percepciones de un ámbito en que el onirismo encuentra espacio propicio para su desarrollo. Planea la leyenda sobre el texto y sobre la ciudad: mito contra historia, Chacho, el futbolista inspirado y genial, es el héroe que excita y arrastra las pasiones de la multitud. Si además se ajusta ideológicamente al esquema de lo recuperable en la hora tardía de la revisión, su contorno heroico resultará perfecto.

Transfigurado provisionalmente en Neptuno, no tardará el vulgar Linaza en oficiar como locutor de radio transmitiendo el partido entre el Athletic de Bilbao y el Deportivo local, sus alternativas y el despertar glorioso de Chacho. El sarcasmo de los paralelos alcanza su grado más alto al relacionar a Churruga y la batalla de Trafalgar con Chacho y el partido Athletic-Deportivo, pero tal vez opere con eficacia más continuada al mostrar las esculturas del pórtico catedralicio —los profetas y apóstoles— ocupadas por los héroes de la contemporaneidad.

Realidad irreal

Vidal, fuera y dentro de la catedral, asiste a espectáculos de los que su mente es escenario y agente: «Las estatuas se movían, brincaban, se peleaban, cazaban sin que sus movimientos parecieran afectar a la inmensa máquina de piedra que aguantaban sobre sus cabezas protegidas con rodetes, tal y como la esfera terrestre rota y se traslada sin que los humanos sientan sus desplazamientos.» Entra en la catedral, interroga a las esculturas. La realidad es irreal. No es posible distinguir entre lo que es real y lo que no lo es; una misma sustancia los constituye. Se está rodando en el interior de la catedral: Marta, la actriz, es la doncella medieval y en la visión de Vidal es la fugitiva Blanca Mosácula, casi un sueño, más que un sueño. Así la ve Laura en un momento anterior.

Estas páginas ligadas con lo mejor de la novela moderna: Joyce, Djuna Barnes, Juan Benet. Tentador sería un estudio comparativo de las modalidades de cierre en la novela de los adelantados de la modernidad y de quienes como Aparicio, Lourdes Ortiz, Eduardo Alonso..., apuestan por la renovación y echan mano de recursos que les acercan a la metanovela.

En el capítulo décimo de *Retratos*, Vidal y el abogado Longinos hablan de una novela que está escribiendo el autor de otra, en que aparece un comisario de policía llamado Bienzobas, es decir, un actante de *El año del francés*. Como en Cervantes, los personajes opinan sobre la novela y el autor, preguntándose «qué haría ahora con una historia como ésta, con estos problemas familiares y esta complejidad de los Mosácula». La respuesta la da el volumen que el lector tiene en sus manos. Notas así pueden pasar inadvertidas a quienes no creen en la conveniencia, por no decir la necesidad, de situar el texto en un supertexto —la obra total del autor— que o directamente o por implicación atribuye sentido global al significado de lo particular. □

atribuye al texto una autonomía de que no solía disponer en la novela decimonónica. En torno a esta cuestión gira el trabajo de Gullón, que no olvida, además, situar el relato de Aparicio en el conjunto de su obra narrativa.

El músico y la tecnología

Por Jesús Villa Rojo

Jesús Villa Rojo (Brihuega, Guadalajara, 1940) estudió clarinete, piano, violín y composición en el Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, donde actualmente es profesor. Es fundador de los grupos *Nuove Forme Sonore* y *The Forum Players* en Roma y del LIM (Laboratorio de Interpretación Musical), del que es director artístico en Madrid. Es autor de los libros *El clarinete y sus posibilidades*, *Juegos gráfico-musicales* y *Lectura musical I*.

Es posible que las pretensiones científicas del músico hayan ocupado un segundo lugar en sus inquietudes creativas. Su deseo comunicativo ha intentado ser directo aunque los medios de expresión musical no siempre le han facilitado la labor. Estos medios, desde los períodos primitivos, le han exigido planteamientos donde su sentido imaginativo debería encontrar procedimientos lejanos a su propia capacidad transmisora. Así, ha tenido que valerse de sus propios recursos pero incorporando todos los elementos a su alcance que pudieran servirle. Según el deseo de comunicación y sus pretensiones, los procedimientos han encontrado las variantes correspondientes a cada caso. Las posibilidades que la capacidad de sus órganos expresivos hacían factibles, fueron ampliadas con elementos rudimentarios —en principio— que con el tiempo siguieron desarrollándose y perfeccionándose hasta llegar a los sistemas más sofisticados de la tecnología actual, sin que pueda dejarse de lado su aportación personal y humana que es decisiva en la valoración de la obra, ya que en un cierto sentido, con el perfeccionamiento de los elementos, su participación consiste la mayoría de las veces en controlarlos y manipularlos para que el resultado responda a lo planteado artísticamente.

Instrumentos convencionales

Desde el momento en que el músico siente la necesidad de ampliar su capacidad expresiva y de comunicación, los medios usados, que han sido casi interminables, para conseguir su finalidad, son muy variados y responden a planteamientos constructivos que van desde lo insignificante y primario hasta las últimas aportaciones —como se decía— tecnológicas. Esta necesidad le ha obligado a seguir de cerca la evolución tanto de las artes como de las ciencias: las artes le han motivado y relacionado con el sentido cultural y estético, mientras que las ciencias le han permitido situarse en un contexto organizativo racional en el que cualquier progreso evolutivo puede servirle como medio enriquecedor. El músico, que en otros períodos, incluso en el actual ha olvidado todo elemento ajeno a lo que sus propios órganos pueden realizar, ha producido también esos elementos ajenos, o sea instrumentales, creados para ampliar sus posibilidades expresivas, siendo sin lugar a dudas algo de lo más importante que ha generado. Esta adopción de elementos que amplían dichas posibilidades es muy primitiva y sigue paralelamente el nivel cultural y tecnológico de cada período, aun cuando ha querido limitarse a la capacidad de los medios propios de la persona, el tratamiento y la utilización de esos medios ha necesitado investigar en los recursos apropiados que pudieran responder a los resultados deseados. La voz, que en este sentido es el principal órgano de emisión sonora del hombre, podría ser considerada la base fundamental de donde ha surgido la experimentación musical instrumental. Su amplia capacidad expresiva, tanto en el campo del sonido como en el de la poesía o literatura, la ha mantenido en relación a todos los elementos que la tecnología ha venido produciendo. La relación de la voz con las familias de los diversos tipos de instrumentos ha sido cons-

tante. Las innovaciones que cada nuevo instrumento ha presentado, la voz en cierto sentido, ha ido incorporando a su amplio catálogo de posibilidades. Lo que quiere decir que ha venido asumiendo sus aportaciones tecnológicas.

La adopción de elementos instrumentales creados por el músico para ampliar su capacidad expresiva es lo que de forma más clara le ha obligado a penetrar en el mundo de la tecnología. El planteamiento de cualquier instrumento, su forma de construcción y de utilización, ha hecho necesario en cada momento un amplio conocimiento tecnológico. Los procedimientos seguidos para su realización son ejemplos innovadores en función del empleo y uso de cada uno de ellos, que como se sabe constituyen muy variados sistemas generadores de sonido, la mayoría representando con fidelidad a las culturas y a los períodos en que fueron creados, en cuanto a los materiales de construcción y a la forma de hacerlos sonar, o sea percutiéndolos, punzándolos, frotándolos, soplándolos, etc. Son numerosos los grupos y familias que responden a cada una de estas características, perteneciendo a períodos y culturas determinadas, aunque el transcurrir del tiempo y la evolución de la cultura y la ciencia han ido haciendo olvidar muchos de ellos, transformando y enriqueciendo los que se mantienen actualmente.

Estrecha relación

Por tanto, los medios instrumentales utilizados por el músico siempre han estado en estrecha relación con el conocimiento de la ciencia y de la tecnología, pareciendo actualmente que unos son excesivamente primarios y otros sofisticadamente futuristas, sin olvi-

dar los que parecen de una exquisita sutileza y siguen atrayendo la mayor atención.

La realidad actual planteada por Alessandro Tamburini en *Il calcolatore e la musica*, aunque pueda parecer lejana a las características románticas del sentido y significado heredado de nuestros músicos predecesores, está en perfecta relación con situaciones vividas en períodos anteriores. Es evidente que en otros períodos lo histórico no era continuamente representado con pretensiones de actualidad, como está sucediendo en nuestros días, siendo la producción de sus contemporáneos prácticamente la única música interpretada. Esa música exigía en su momento utilizar buena parte de las innovaciones tecnológicas de las que el músico era conocedor. Claro que la complejidad tecnológica de nuestro siglo no tiene ningún precedente, lo que con toda lógica hace que nos encontremos en un momento difícil. Esta realidad nos sumerge en mundos que raramente podía haber soñado el compositor, no solamente el compositor de música instrumental, el compositor «futurista» conocedor de los «intona rumori» o el laborioso manipulador de sonidos (ruidos) grabados siguiendo los procedimientos electroacústicos de la «música concreta», sino el mismo compositor de sonidos producidos por los generadores de diversas formas de ondas electrónicas. La informática y el ordenador ofrecen al compositor mayores posibilidades de las que nunca había poseído: el control de todos los parámetros en que basará su obra. «Puede tener interés usarse como "máquina inteligente" que ayuda en la composición, como medio para crear estructuras en base a las cuales organizar una forma compositiva de alto nivel y puede producir también partituras de tipo tradicional.» Es el comienzo de un proceso musical en el que todos los planteamientos

creativos ofrecen sustanciales novedades en la forma de generar la obra, ya que la «computer music» sí puede asegurarse que abre inmensos campos a la creatividad. Las limitaciones no existen, el compositor puede realizar su obra con un margen de control inimaginable hasta nuestros días. Puede determinar todos y cada uno de los parámetros y, lo que es más importante, comprobarlos y experimentarlos. No le es necesaria la intervención de otras personas que en definitiva pueden interferir en el resultado de la obra, como sucede en lo instrumental con el intérprete. No tiene necesidad alguna de recurrir a procedimientos del pasado, aunque de interesarle sí puede hacerlo. Pero... ¿el ordenador es un nuevo instrumento? En principio también puede ser un instrumento de incalculables posibilidades, pero sobre todo es un medio que permite la investigación de cada uno de los elementos básicos que constituirán la obra, su elaboración y realización.

El compositor tenía tradicionalmente una cierta capacidad inventiva en el control de su obra, sobre todo cuando le era posible crear instrumentos, estructuras y plantear nuevas formas interpretativas, pero ahora es más bien teoría, ya que en este siglo hemos encontrado unos instrumentos con excelentes posibilidades, donde apenas hemos podido incorporar elementos propios, al tratarse de instrumentos creados para la música de otras épocas. Cosas semejantes suceden en lo estructural e interpretativo, que siempre están en función más del pasado que del presente. Con este mundo que surge ante el compositor, los parámetros están completamente abiertos y a disposición de su imaginación para que pueda crear algo nuevo sin precedentes en la larga historia de los sonidos, permitiéndole pensar y crear no solamente su construcción y disposición, sino también la composición del sonido mismo. El sonido, su calidad y timbre, tanto en los medios tradicionales como en los electrónicos, venía ya creado y compuesto por los instrumentos que lo generaban; el músico podía mezclarlo y superponerlo entre sí, habiendo conseguido, como sabemos, logros de sumo interés en este sentido; mientras en la «computer music», donde vibraciones y números se representan mutuamente, no existiendo el elemento físico determinado por sí mismo, es el ordenador el que con ese material «completa las operaciones de proyección y manipulación requeridas por el compositor mediante la inserción de datos y programas adecuados. El resultado viene entonces pasado a un convertidor digital-analógico (DAC), una especie de "puerta" entre el mundo de los números y el mundo real, que transforma los valores numéricos en valores eléctricos. Estos serán después amplificados, al obtenerlos, para hacerlos escuchar en un altavoz normal que los traducirá en sonido». Por ello *Il calcolatore e la musica* se proyecta hacia un futuro donde la creatividad musical puede ser total porque no existe otra limitación que la del propio compositor.

Mitología tecnológica

No obstante, y al margen de toda aportación, uno de los fenómenos particulares que se producen en el mundo del sonido es la convivencia de lo primario —elemental— con lo sofisticado —complejo—. El primitivismo originario de muchos de los instrumentos actuales no queda al margen de algunos de los planteamientos electrónicos. Además, está comprobado que esta relación ofrece los mejores resultados para introducir las nuevas tecnologías en la sala de conciertos, donde lo convencional de tendencias precedentes impide la aparición de las producciones actuales. La presencia del intérprete y de los instrumentos en el escenario sigue siendo un elemento de reconocimiento de la validez del espectáculo.



PABLO NUÑEZ

Viene de la página anterior



RECORD

PABLO NUÑEZ

Los problemas de aceptación de la «tape-music», o sea de la música grabada en cinta magnética como realización de la obra que puede responder a las principales denominaciones de «música concreta», «música electrónica» o «computer music», están en la falta de elementos visuales a los que el espectador de conciertos está habituado. La presencia, los gestos, la mímica del intérprete están integrados en el resultado total de la obra. Por ello, cuando la obra está producida por medios en los que no aparece la figura del intérprete, su aceptación se hace con dificultad. La presencia aislada en la sala de los altavoces que servirán para ampliar y difundir el sonido de la «tape-music» da sensación de frialdad y distanciamiento entre autor y público. En este sentido, se viene insistiendo en la necesidad de crear espacios donde presentar la música de estas características. El compositor y teórico Walter Branchi ya ha manifestado su oposición a que sus obras sean dadas en salas convencionales de conciertos. Exige que la disposición de los sistemas técnicos y acústicos responda a las necesidades de la obra, cosa que generalmente no sucede. Salas polivalentes no pensadas exclusivamente para la duración de las resonancias de los sonidos de los instrumentos, son muy pocas; entre éstas pueden mencionarse el «Espace de Projection» del IRCAM de París, el auditorium de Scharun en Berlín y el «Sfera» de Oxaka.

Nuevas posibilidades

De todas formas, los aspectos técnicos o tecnológicos del pasado podemos apreciarlos hoy como algo histórico, importante, que es necesario conocer, pero en definitiva, ya superado. Las interrogantes planteadas por Tamburini en su libro relacionando la informática con el compositor y el público, donde queda patente el nivel, dedicación e interés de los músicos y científicos italianos por engrasar esta «mitología tecnológica», son muy variadas. El optimismo, la amplitud abierta de las nuevas posibilidades, son limitados por los convencionalismos a los que la música, no solamente como arte, medio expresivo o cultural, está sometida. La dimensión de las nuevas posibilidades tecnológicas es indeterminada, pero el problema del compositor para hacer llegar esta música nueva a un público que no ha entendido aún la situación histórica o actual de este arte es constante. Los grandes logros del pasado pesan en todo momento sobre la producción actual y no son admitidas ni comprendidas sus necesidades. Estas interrogantes planteadas por Tamburini pueden centrarse:

a) En el compositor o la persona que plantea la idea musical y la realiza valiéndose de las nuevas tecnologías. Esta actividad hace necesario un nuevo enfoque de la labor

compositiva. Confeccionar una partitura instrumental pensando en su interpretación-realización, en la que puede participar el mismo compositor u otras personas, dónde se producirá o, al menos, dónde será presentada la obra, es cosa que ya no surge así. Ahora es el propio compositor quien lógicamente plantea la idea, no siendo ya el intérprete quien la realiza en la sala de conciertos, sino él mismo, en el laboratorio, rodeado de las máquinas que necesita, posiblemente con la ayuda de algún técnico, el que realiza la obra. ¿Cómo debe ser formado el compositor? Su conocimiento de la informática es imprescindible, siendo recomendable además un buen conocimiento de las técnicas compositivas tradicionales. Ser un excelente conocedor de la técnica o un virtuoso instrumentista no serían razones suficientes para ser un buen compositor.

b) En la presentación de las obras, la realización, que podría ser perfecta y controlada en todos sus parámetros por el compositor, es una de las aportaciones que el público no consigue admitir. La forma de presentar la obra, utilizando el sistema de la «tape-music», no parece ser el sustituto válido del intérprete, por lo que el interés del concierto como espectáculo no parece llegar a ser satisfactorio. Ese espectáculo de tan modestas limitaciones teatrales, surgido por lo general (aunque con algunas excepciones) al margen del proyecto compositivo, parece haberse convertido en la forma única de representación de la audición musical o «espectáculo de los sonidos» que es el concierto. Es posible que no se haya encontrado la forma adecuada de presentar una música tan compleja en su contenido y elaboración, excluyendo todos los aspectos visuales habituales, y es seguro que en muy pocas ocasiones la instalación para la difusión y proyección de la obra es correcta. Por todas estas razones, los trabajos que mejores resultados de aceptación están consiguiendo de cara al público son aquellos en los que figuran de alguna forma aspectos visuales, bien porque intervienen intérpretes (músicos, actores o bailarines), técnicos de sonido o algún sistema de visualización (plástica, cinematográfica, etc.). La combinación de instrumentos convencionales con los sistemas tecnológicos actuales está alcanzando buenos resultados. Los instrumentos convencionales que pueden ser utilizados con técnicas en las que sus calidades tímbricas responden al material sonoro generado por los medios tecnológicos actuales, pueden también ser reelaborados y transformados por estos medios. En estos casos, además de la relación sonora conseguida, es mantenida, en cierta medida, una particular visualización del concierto.

c) En lo que al público se refiere, muchos de los fenómenos que se producen son completamente extramusicales. Como es el atraer su atención hacia aspectos donde no

existe lo creativo ni original. Fomentar la mitología del divo. Desviar el sentido histórico, estético y social de la obra musical. Su formación-información no está dirigida hacia un abierto sentido de la apreciación. Está dirigida hacia el mantenimiento de tópicos históricos clasistas que sólo contribuyen a la marginación y olvido de tantos y tantos ejemplos ilustres del pasado y de la actualidad y hacia unas tímidas pretensiones consumistas. Por estas razones, la contribución del público hacia la evolución y enriquecimiento del mundo sonoro está quedando fuera de lo que podría ser su necesaria y valiosa aportación.

Anotaciones y perspectivas

Uno de los aspectos de mayor interés de nuestra tradición, como es el de poder representar —anotar— en la partitura las ideas musicales para que otras personas, los intérpretes, puedan realizarlas, no llega a ser resuelto con las tecnologías actuales. Este problema, que fue iniciado con las nuevas formas de producir sonido en el «movimiento futurista», dio como resultado un sistema de escritura que se apartaba de todos los grafismos y símbolos empleados en la música tradicional. Este sentido de encontrar la grafía apropiada para anotar la idea musical ha sido más aplicado en la música instrumental que en la electrónica. Con el ejemplo del «Estudio II» de Stockhausen, en el que determina gráficamente todos los parámetros de la composición para su posible realización por medios electrónicos, puede decirse que la música electrónica ha surgido sin ayuda de la partitura o de un buen esquema compositivo. Ha surgido experimentando y comprobando las ideas que el compositor tenía «in mente», pero sin que pueda decirse que estaban determinadas en su totalidad anteriormente. Si han aparecido después de la realización de la obra esquemas o gráficos que de alguna forma intentan representar, con un sentido más o menos plástico, sus aspectos fisonómicos característicos, sin pretensiones interpretativas.

RESUMEN

Tal vez la inquietud creativa del compositor ha ido por delante de los medios de expresión musicales que, en ese momento, tenía a su alcance. La voluntad de expresarse es ilimitada, y por eso el músico ha buscado siempre incorporar todas las innovaciones que le fuesen necesarias. Jesús Villa Rojo, musicólogo y compositor, comenta las relaciones entre música y tecnología, disciplinas que no tienen por qué estar alejadas, sino próximas, y en ocasiones, como se señala, se complementan. Este maridaje, en su opinión, hace necesario un nuevo enfoque de la labor compositiva.

Alessandro Tamburini

Il calcolatore e la musica

Franco Muzzio Editore, Padova, 1988. 116 páginas. 28.000 liras.

Este aspecto, tan rico en el transmitir ideas de otros periodos, en las distancias geográficas o entre distintas culturas, es posible que no tenga justificación en su utilización convencional desde los planteamientos de la informática. La programación (memoria-partitura) de la obra puede quedar grabada en cualquiera de los sistemas utilizados en estos medios, quedando alejados del formato de la partitura tradicional, aunque su uso pueda hacer necesario un conocimiento que la mayoría de los músicos no poseen.

Material sonoro

La formación del compositor o del músico en general, como ya se decía, tiene que surgir sobre las bases de la tecnología actual de la misma forma que en otros periodos era conocido de todos los procedimientos estéticos y técnicos de interés para su forma de expresión. Pero conseguir algún sistema de escritura o de anotación que permita la posibilidad de otras realizaciones ofrecería una mayor dimensión de la obra desde la concepción compositiva. La organización de la partitura o del proyecto compositivo está en función del material sonoro elaborado. La forma de representar ese material debe ser el auténtico cometido de la partitura. Lo que exige una buena relación caracterizadora, que defina con precisión cada uno de los componentes. Así, puede apreciarse que los procedimientos seguidos para representar el sonido efectuado con precisión tecnológica sólo podrán ser representados con ese mismo sistema.

Las perspectivas ante las que nos encontramos son espléndidas y, de acuerdo con todo lo comentado, abren un futuro de grandes posibilidades, solamente que las incógnitas siguen pendientes del sentido artístico de la obra musical, de la sensibilización del público y de su justificación social.

¿Llegará la música —como arte de los sonidos— a ocupar el lugar que le corresponde en el «espacio» y el «tiempo»? La sociedad sí puede decidirlo. □

El Papa: sentido y límites de su autoridad

Por Olegario González de Cardedal

Olegario González de Cardedal (Lastra del Cano, Avila, 1934) es doctor en Teología por la Universidad de Munich, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y miembro de la Comisión Teológica Internacional. Es autor, entre otros libros, de El poder y la conciencia, Jesús de Nazaret, España por pensar y El lugar de la teología.

En el otoño de 1964, durante la tercera sesión del Concilio Vaticano II, contemplamos con nuestros ojos sorprendidos el gesto inesperado y solemne por el cual Pablo VI, rodeado de todo el episcopado de la Iglesia católica, con sus propias manos se quitaba la tiara y la entregaba deponiéndola. Un símbolo más entre aquéllos que Pablo VI realizó en momentos decisivos de su vida, como el viaje a Tierra Santa, el abrazo a Atenágoras, patriarca de Constantinopla, el discurso en la ONU hablando de la Iglesia como aprendiz de humanidad a los pies de Dios hecho hombre, y por ello experta en humanidad.

La tiara de los tres poderes: ¿Qué había detrás de este gesto de deposición de la tiara? Habría que recordar la larga historia de este objeto, cuyo origen se remonta al ceremonial de la corte persa cinco siglos antes de Jesucristo y que a través del imperio bizantino llegó a la corte pontificia. La tiara (o triple corona) expresaba la triple soberanía del Papa como obispo de Roma, patriarca de Occidente y primado de toda la Iglesia católica.

El gesto de Pablo VI introducía una revolución en la conciencia del pontificado romano. Ante todo era la voluntad de abandonar todos los restos de poder de este mundo, que a lo largo de los siglos se han adherido y en parte configurado la autoridad en la Iglesia. El ceremonial de la corte imperial y los atributos de autoridad propios de los funcionarios del imperio pasaron a la Iglesia, confundiendo así ámbitos de sentido y actitudes espirituales. Pablo VI quería, por tanto, retornar a la comprensión evangélica de la autoridad. Aquella donde el que preside sirve; el que invita lava los pies; el que más puede más se preocupa de los demás; quien más cerca está del origen más lejos tiene que ir en el cuidado de los lejanos o alejados. Pablo VI no era un teólogo profesional: tenía profundas intuiciones que expresaba con hechos y con gestos, antes que con ideas e instituciones. Pero los símbolos y los gestos son la matriz fecunda que tras decenios fructifica en ideas, acciones y realizaciones.

Autoridad y absolutismos: El libro que presentamos analiza una cuestión muy concreta: los límites que tiene la suprema autoridad en la Iglesia, el obispo de Roma, en cuanto primado universal. Mientras el siglo XIX lleva a su culminación un largo proceso, afirmando el primado del obispo de Roma y su magisterio infalible, el siglo XX va a vivir un proceso de sentido inverso. El siglo XIX ha sido vivido en la Iglesia bajo el signo de la autoridad. Una autoridad que se ejerció en la protección del evangelio como la revelación de Dios a los hombres, defendiéndola como una posibilidad más de la razón humana, que además de verdad conquistada puede contar con la verdad ofrecida. Frente a una razón racionalísticamente entendida, el cristianismo reclamó el derecho y el deber de comprender la razón humana no sólo por lo que es capaz de hacer, sino por lo que es capaz de recibir, por el ensanchamiento que ella se puede dar a sí misma y por el ensanchamiento que puede recibir en el encuentro, la palabra y el amor que le pueden ser ofrecidos gratuita e inesperadamente por Dios.

Esa defensa de la revelación, de la autoridad divina, de la fe y del evangelio se concretaron en la defensa de los órganos eclesiales de autoridad, y casi exclusivamente en la defensa de la autoridad pontificia. Tal defensa, como todo fenómeno histórico, fue unida

a la defensa de otras situaciones sociales, culturales y políticas. Para muchos, defender al Papa era defender a las monarquías vigentes, a los poderes absolutos, a los regímenes económicos, a la cultura recibida. Discernir el contenido estrictamente religioso de la autoridad del obispo de Roma, como elemento originado en el evangelio y por ello esencial a la Iglesia, en un momento en que el obispo de Roma era soberano de un estado como otro cualquiera (los «Estados pontificios»), no era tarea fácil.

Hacer la defensa de la autoridad legítima en un momento en que se estaba viviendo la batalla entre los autoritarismos regios por un lado y los movimientos obreros por otro, era una tarea tan necesaria como ambigua.

La historia del primado del obispo de Roma, tal como se formula en el Concilio Vaticano I, está afectada ambientalmente por esa ambigüedad histórica. Y si bien las fórmulas dogmáticas del Concilio eran nítidas y sobrias, sin embargo una opinión común, compartida por muchos católicos y no católicos, terminó viendo en el Papa un monarca en el orden de lo religioso, algo así como un semidiós, una autoridad incondicional e ilimitada, una voluntad absoluta frente a todo y todos, sin más límites que su propia decisión. Una tan sincera como bobalicona piedad popular ha mitificado al Papa, a veces olvidando su naturaleza religiosa, sus orígenes evangélicos y la obligada referencia al Cristo, pobre y crucificado, al que él como todo cristiano tiene que imitar (cfr. M. Tillard, *El obispo de Roma. Estudio sobre el papado*, Santurce, 1985, y R. Aubert, *El pontificado de Pío IX*, Valencia, 1984).

Las dos formas históricas del papado: Hoy nos encontramos en una encrucijada teológica dentro de la Iglesia con respecto al Papa. Al final del segundo milenio redescubrimos que la forma de ejercicio del supremo pontificado ha tenido dos formas fundamentalmente distintas. Una que llega hasta Gregorio VII (1073-1085) y la reforma gregoriana, en la que la Iglesia católica se organizó a partir de las iglesias locales, regionales o nacionales, y donde Roma sólo intervenía en caso de necesidad para salvaguardar la ortodoxia y la unidad eclesial o para hacer cumplir los cánones de los concilios ecuménicos.

A partir del segundo milenio, como resultado de una lucha de la Iglesia para recuperar su libertad frente a los poderes de este mundo (investiduras, regalismos...), el obispo de Roma se convierte en la palanca de la libertad para las iglesias locales amenazadas por sus propios reyes, invadidas por otros pueblos o sometidas a regímenes que tenían otra religión. Roma cumplirá una función no sólo de centro o símbolo de la unidad católica, sino que terminará siendo centro de gobierno, órgano único de decisión para toda la Iglesia católica, con una subordinación casi total de las iglesias locales y una uniformación disciplinar, litúrgica y teológica. La vida católica a partir de Trento refleja este proceso de uniformación que se consuma en 1870.

El Concilio Vaticano II se sitúa al final de ese proceso que va de Gregorio VII a Pío XII, y es posible gracias a los movimientos reformadores de nuestro siglo. Renacimiento bíblico, que nos permite revivir la especificidad del evangelio, fuente y norma permanente de la Iglesia. Renacimiento patrístico, que nos redescubre con los testigos primeros del evangelio, confrontándose con culturas nuevas, dejándose fecundar por ellas y a la vez conformándose a ellas. Renacimiento litúrgico, que obliga al cristianismo a purificarse de tres siglos lastrados por un individualismo, moralismo y racionalismo que han recortado las dimensiones comunitarias, experienciales, simbólicas y celebrativas del hombre. Renacimiento ecuménico, que nos ha hecho presentes de nuevo las reales iglesias existentes junto a la católica (todo el Oriente ortodoxo), y las reales comunidades eclesiales, surgidas del protestantismo, que han mantenido vivo el

evangelio aun cuando hayan olvidado elementos esenciales.

Como resultado de estos movimientos renovadores surge una nueva conciencia de Iglesia. Frente a la vieja definición de «sociedad perfecta, jerárquica, de miembros desiguales», se acentúa una nueva que comprende como «fraternidad», «comunidad de realidades sacramentales» que hacen surgir hombres santificados; como «pueblo de Dios» que peregrina en este mundo solidario de todos y teniendo que ser para ellos signo e instrumento de la salvación que Dios ofrece a todos.

La Iglesia es hoy comprendida a partir no tanto de las realidades institucionales, estructurales o autoritativas cuanto de las realidades teológicas, salvíficas y sacramentales. Con ello la Iglesia es comprendida a partir de la Palabra de Dios que la suscita, de los sacramentos que la constituyen, del apóstol que la anima y edifica. La Iglesia existe por tanto en un lugar concreto: allí donde se oye la palabra de Dios, se celebra la eucaristía, se vive en comunión con el obispo y bajo su autoridad, a la vez que se realiza el evangelio como fraternidad entre los creyentes y solidaridad con los no creyentes (cfr. R. Blázquez, *La Iglesia del Concilio Vaticano II*, Sígueme, Salamanca, 1988).

En esta eclesiología, el lugar de Roma y del Papa son distintos. Las iglesias locales y el episcopado universal cobran de pronto un relieve nuevo. La Iglesia católica se piensa y construye desde abajo hacia arriba; desde la periferia hacia el centro; desde las iglesias locales a las que preside en la caridad la sede de los apóstoles Pedro y Pablo. El Papa es así visto como cabeza del colegio episcopal y en cuanto tal es el órgano supremo de autoridad en la Iglesia. Un miembro que evidentemente no es igual que los otros, ya que sobre él recae, lo mismo que sobre Pedro en el colegio apostólico, la última responsabilidad. La misión del Papa es en un primer momento la misma que la de los demás obispos: predicar el evangelio y edificar la Iglesia en el mundo para hacer posible a los hombres que puedan oír la buena noticia de la salvación. El Papa en el orden sacramental es igual que los demás obispos. No hay un sacramento nuevo que reciba él y nadie más.

Si la Iglesia es a la vez local y universal, tendrá que haber en ella estructuras e instituciones que respondan a esas dos dimensiones: a la particular y a la universal. Sin diócesis, parroquias, obispos y sacerdotes en cada lugar no hay Iglesia católica. Estas instituciones tienen su legitimidad absoluta en sí mismas y no como delegaciones en provincias que un gobierno con su sede central en Roma tendría. Legitimidad y autonomía que no pueden ser desconocidas ni en la teoría ni en la práctica. Pero a la vez la Iglesia tiene que tener instituciones, estructuras, signos y autoridad que reflejen y expliciten esas dimensiones de universalidad, de comunión en la misma fe, de unidad de vida y de esperanza. El Papa y la sede romana son la concreción de esta estructura, el símbolo jurídicamente eficaz de esta unidad y universalidad de la Iglesia católica.

La autoridad y su modo de ejercicio: Hay que distinguir siempre dos aspectos de un mismo problema: por un lado, el hecho de la autoridad suprema del obispo de Roma y de su magisterio infalible en determinadas situaciones y condiciones, que es el logro irrenunciable del segundo milenio de historia cristiana. Por otro lado, la forma concreta en que de hecho cada pontífice ejerce esa autoridad suprema mediante su personal actitud y los dinamismos que insufla en los órganos de la Curia Romana, que tiene a su servicio. Hay mil formas posibles de ejercer el pontificado: desde una centralización del pensamiento y disciplina mediante la cual de hecho toda la Iglesia es gobernada desde Roma, a otra en la que el protagonismo, la iniciativa, la responsabilidad primera y última corresponden a las iglesias locales.

El Papa puede, por tanto, ejercer un protagonismo máximo y diario sobre todas las iglesias; o puede, por el contrario, recluirse en su misión de ser símbolo eficaz de la unidad, interviniendo sólo en situaciones límites. Estas tienen lugar cuando la fe está amenazada; cuando se ha roto la unidad y las partes en cuestión no son capaces de restaurarla; cuando las iglesias locales, por su situación de pobreza, debilidad estructural o acoso exterior necesitan ayuda. El Papa puede equivocarse su misión por injerencia excesiva en el resto de las iglesias o por negligencia culpable.

Con ello nos encontramos ante dos movimientos de signo contrario a la hora de pensar la forma de ejercicio del ministerio pontificio en la Iglesia católica actual. Por un lado, el Concilio Vaticano II ha recuperado la colegialidad de todos los obispos y mostrado el necesario protagonismo de las iglesias locales; pero a la vez, la unificación de conciencia mundial reclama que la Iglesia católica encuentre formas de vida y signos de su presencia que hagan patente esa unidad. Por un lado está la necesaria participación de todos los individuos, grupos y pueblos en la configuración cultural, simbólica y disciplinar de la Iglesia, ya que la fe se puede expresar en muchas culturas y hablar muchas lenguas, en un ejercicio democrático real; pero a la vez la unidad de la fe se establece mediante la manifestación exterior de las realidades interiores comunes, y mediante el ejercicio de una autoridad última, que ponga de relieve en concreto cómo la pluralidad de expresiones sirve a un único contenido. Finalmente, el diálogo ecuménico de la Iglesia católica con las otras iglesias y comunidades cristianas ha puesto de relieve la necesidad de un símbolo y principio de unidad para todos los creyentes en Cristo. En esta línea la última asamblea de Lambeth, de los obispos anglicanos, ha proclamado su aceptación de un primado de honor del Papa.

«La primera sede no es juzgada por nadie»: Tras una inmutación histórica general, que obliga a repensar la relación entre autonomía y autoridad, a la vez que sobre el trasfondo de conciencia eclesial que ha surgido en los últimos cincuenta años y se ha expresado de forma definitiva en el Vaticano II, se entiende el contenido de este libro. El autor parte de un análisis de los últimos años, en los que ha tenido lugar un ejercicio de la autoridad pontificia sobre las distintas iglesias locales, sobre facultades de teología y sobre personas concretas, que por muchos ha sido percibido como un «abuso» de poder, como un recorte de la legítima autonomía de las iglesias locales, o como un freno a la independencia de la teología como ciencia frente a la autoridad episcopal.

El segundo capítulo ofrece una breve historia del desarrollo de la idea del primado, desde los orígenes en los que la sede de Roma se comprende a sí misma con una dignidad y responsabilidad especial, por haber sido fundada por los dos principales apóstoles, San Pedro y San Pablo; por haberla sellado ambos con su martirio, y consiguientemente por haber quedado en ella la que podríamos llamar «doble primacía»: una «institucional», representada por San Pedro y a la que van unidas todas las promesas de Jesús a este apóstol, y otra «pneumática», representada por San Pablo, el apóstol de la originalidad del evangelio, de la integración de los gentiles en la Iglesia y de la libertad cristiana.

Desde ese origen, en un lento, incesante y al final totalizador proceso, la sede de Roma ha pasado a ser no sólo «la que preside en la caridad» (San Ignacio de Antioquía) y «la que tiene un origen más excelente» (San Ireneo de Lyon), sino la que responde a las demandas hechas por otras iglesias, la que juzga los litigios, la que impone sus normas disciplinares y litúrgicas, la que establece los criterios de canonización de los santos, la que se reserva el derecho de nombramiento de

Viene de la página anterior



obispos, la que tiene una palabra última e infalible. Si al principio el papel de Roma era ante todo simbólico-sacramental, al final ha sido también jurídico. Esta prerrogativa de autoridad suprema encuentra una fórmula clásica en carta del Papa Nicolás I al emperador Miguel (865): «*Prima sedes non iudicatur a quoquam* = Roma, como primera sede episcopal y de la Iglesia, no es juzgada por nadie.» Esa fórmula, tras compleja y persistente historia, ha encontrado su sitio en los dos códigos de Derecho Canónico de nuestro siglo, el de 1917 y el de 1983, en cuyo canon 1404 se dice: «*Prima sedes a nemine iudicatur* = Nadie puede juzgar a la que es primera sede», es decir, al Papa.

Los límites de la autoridad suprema: Aquí surge la cuestión exacta: ¿Esa autoridad no tiene límites? ¿Puede el Papa actuar a su antojo como un monarca arbitrario y veleidoso? La legítima conciencia de autonomía del hombre ante la verdad, la legítima conciencia democrática y la exigencia cristiana de igualdad fundamental entre los que creemos en Cristo llevan inevitablemente a plantear ciertas cuestiones. Cuestiones que no planteamos hoy por primera vez. Se las planteó San Pablo a San Pedro en los primeros días de la Iglesia corrigiéndole cuando pensó que no había obrado conforme a la verdad del evangelio (Gálatas 2,11). Se han planteado en la Edad Media ante el cisma de una iglesia con tres Papas. El conciliarismo, el galicanismo y otros movimientos son distintas formas de afrontar este problema, movidas unas veces por la legítima voluntad de afirmar el derecho divino del episcopado, otras por la legítima voluntad de reforma, y otras por la ilegítima pretensión de los emperadores, reyes o príncipes de someter la Iglesia a su dominación.

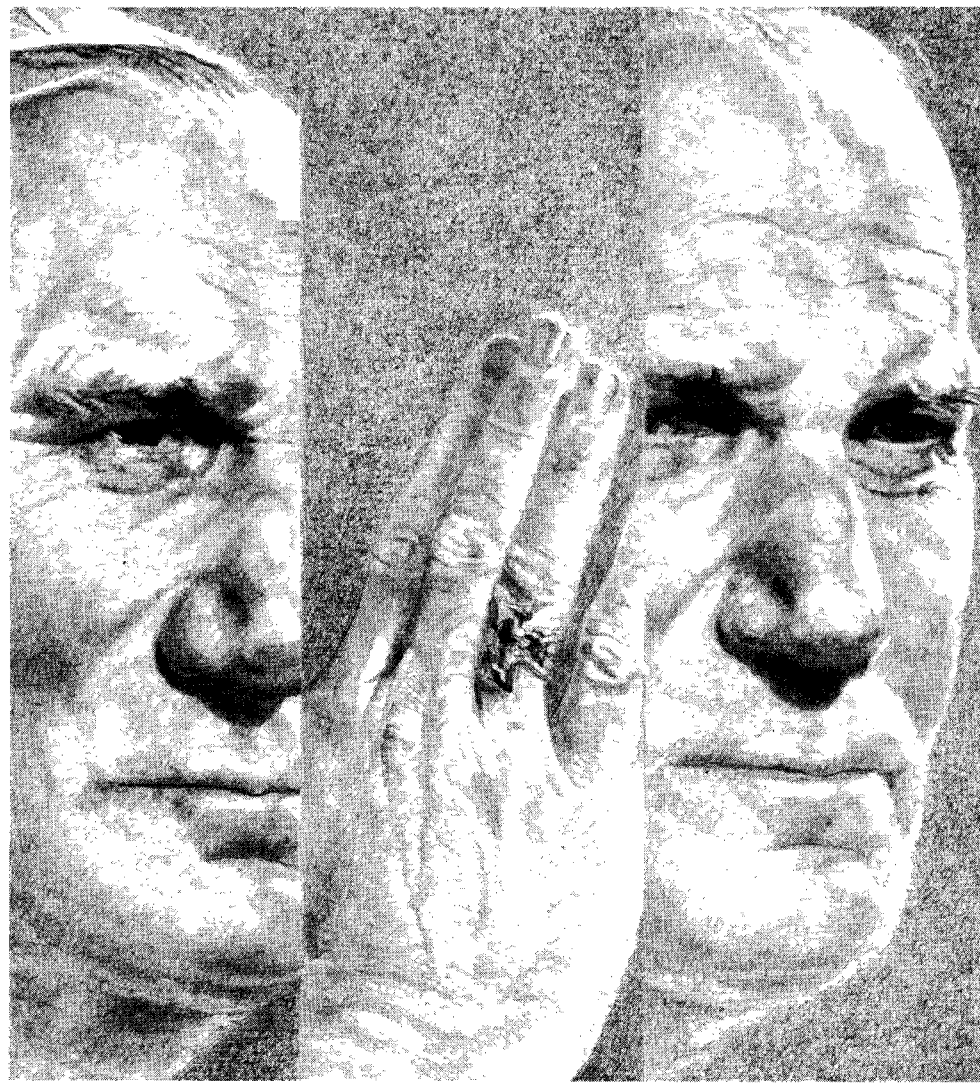
La autoridad pontificia es sólo universal y plena con respecto a ciertos órdenes, en ciertas situaciones, con ciertos fines. El autor del libro distingue: «límites» por el oficio u «oficiales», límites legales, límites dogmáticos y límites prácticos. Toda autoridad está legitimada por la responsabilidad y el fin al que sirve. Quien tiene autoridad propone unos medios para que los súbditos caminen por ellos hacia un fin. Si los medios no son proporcionados o ajenos al fin, los súbditos no están obligados a seguirlos.

El Papa tiene una misión y no otra: asegurar la verdad de la fe, la unidad de la Iglesia, la concordia del episcopado, el bien de los fieles mantenidos en la comunión. Para eso sólo y no para otra cosa tiene el Papa autoridad. El fin ofrece unas posibilidades, pero a la vez fija unos límites.

Límites legales: El Papa no es un monarca absoluto. Ningún concilio ecuménico ha autorizado esta fórmula, que no corresponde a la verdadera naturaleza de la autoridad pontificia. El Papa está en la Iglesia y no sobre la Iglesia; vive dentro de ella y no fuera. Por eso la constitución divina de la Iglesia es el fundamento sobre el que existe el Papa, a la que sirve y por la que él a su vez está legitimado. La ley divina, la ley natural y la ley eclesial son tan normativas para el Papa como para cualquier cristiano. Es verdad que él tiene la responsabilidad de interpretarlas; pero esa interpretación es para mejor conocerlas y servir las, no para eliminarlas o despreciarlas.

La Comisión Teológica, encargada de redactar el texto fundamental del Concilio Vaticano II (la Constitución «*Lumen Gentium*») rechazó una enmienda de Pablo VI, quien pedía se introdujera la siguiente fórmula: «El Papa está obligado sólo delante de Dios.» La Comisión rechazó la enmienda con el siguiente razonamiento:

«Esta fórmula es simplificador. El Romano Pontífice está también ligado por la revelación, por la estructura fundamental de la Iglesia, por los sacramentos, por las definiciones de anteriores concilios y por otras obligaciones demasiado numerosas para mencionarlas to-



ANTONIO LANCHO

das aquí. Dado que una fórmula como ésta requeriría largas y complicadas explicaciones, la Comisión ha decidido que es mejor no integrarla» (*Acta Synodalia, SCE Vaticani II: III,1,247*).

Límites dogmáticos: La revelación divina es la fuente y el límite a los que está sometida toda autoridad en la Iglesia. Por eso el Vaticano II se ha cuidado muy bien de afirmar que «el magisterio no está sobre la Palabra de Dios, sino para servirla, enseñando sólo lo que le ha sido entregado» (Constitución sobre la revelación divina, 10). Y en el Vaticano I, precisamente para situar el sentido de la infalibilidad, el relator monseñor Gasser afirma lo que por otro lado es de sentido común: «Una infalibilidad absoluta pertenece sólo a Dios, verdad primera y esencial, que no puede engañar ni ser engañada en manera ninguna. Toda otra infalibilidad, por el mero hecho de que es comunicada para un fin concreto, "tiene sus límites y condiciones", dentro de los cuales sólo existe. Y esto es también verdad de la infalibilidad pontificia» (Mansi, 52, 1214 A).

Por eso el texto conciliar que fija los términos de la infalibilidad lo hace con máximo rigor. He aquí las cuatro condiciones para dar que un juicio del Papa sea irreformable:

- Hablar como supremo pastor y maestro de la Iglesia católica.
- Querer poner en juego esa autoridad o hablar «*ex cathedra*» y no como un teólogo o persona privada.
- Tratar de cuestiones de fe o moral.
- Proponer la cuestión como obligatoria para toda la Iglesia católica. Por si todavía esto no fuera suficientemente claro, el Código de Derecho Canónico actual añade otra condición: «Ninguna doctrina se considera definida infaliblemente si no consta así de modo manifiesto» (749, 3).

Habría que añadir que una fórmula, por más infaliblemente que haya sido propuesta, no por eso se convierte en intocable. Toda palabra humana necesita ser entendida, situada en los nuevos contextos, integrada en la totalidad de la experiencia humana, y en nuestro

caso en la totalidad de la experiencia e historia cristiana. Toda palabra es capaz de una prolongación cognoscitiva. Toda fórmula dogmática es definitiva en cuanto expresa un aspecto de la verdad que no puede ya ser negado; pero siempre está abierta a nuevas lecturas que profundicen su sentido y lo hagan significativo para cada lector y generación.

Límites prácticos: El Papa es un individuo mortal de la especie humana, que es mortal y pecadora. Los límites de lo humano, de lo temporal y de lo local le afectan como a todos los mortales. Puede haber un Papa con predilecciones peculiares y extrañas. Y un Papa pecador. Y un Papa hereje. La teología discutí mucho esta hipótesis y las múltiples formas en que puede ser infiel a su misión: por herejía, por cisma, por inmoralidad, por no acceder a la reforma o peticiones de la parte más sana de la Iglesia. El Papa no es un ángel: es un ser redimido y necesitado de redención. Esos límites humanos no son superados ni por la gracia general ni por la propia de su ministerio. A estos límites personales hay que añadir los límites de su entorno, de los instrumentos personales e institucionales que utiliza. ¿Cuánta falsificación y cuántos malentendidos han tenido lugar atribuyendo autoridad pontificia a cualquier texto, rumor o noticia que venían de Roma o que se decía saber venir de Roma! Si la degradación de cualquier autoridad es terrible, la degradación de la autoridad religiosa es trágica.

RESUMEN

El teólogo González de Cardedal se ocupa de un texto que trata sobre los límites, posibles o imposibles, que tiene la suprema autoridad en la Iglesia, es decir, el obispo de Roma, en cuanto primado universal. En

su opinión, este libro es una síntesis precisa y objetiva de inmensos problemas históricos, filosóficos y teológicos que reclamarían un tratamiento más analítico y exhaustivo.

La teología actual ha releído esas realidades que condicionan y limitan el ejercicio de la autoridad pontificia. No es un acoso al Papa, sino el lúcido y cristiano realismo de quien toma como verdad revelada lo que es verdad procedente de Dios; y toma como hecho humano e histórico, a veces pobre y degradado, lo que es fruto de los hombres. El ejercicio del magisterio pontificio es situado hoy día en el contexto de la colegialidad con el resto de los obispos; en comunión con las iglesias locales; en contacto directo con el pueblo de Dios, que vive en el mundo el evangelio y que, por tanto, posee el «sentido de la fe»; en solidaridad con el destino humano, afectado por él y responsable de él. Uno de los grandes hechos nuevos que reclaman una nueva configuración de la autoridad pontificia es la nueva relación entre los católicos y los demás cristianos. El futuro del ecumenismo depende también de la forma en que la Iglesia católica comprenda y quiera realizar este «ministerio de Pedro», que aparece ya en el Nuevo Testamento y que está en el origen del ministerio del Papa. Así comprendido es un don de Cristo a su Iglesia, que ella tiene que acoger y obedecer.

Los problemas de fondo: Este libro es una síntesis precisa y objetiva de inmensos problemas históricos, filosóficos y teológicos, que reclamarían un tratamiento más analítico y exhaustivo. En el fondo de todo ello está el problema de la relación entre verdad e historia, verdad y autoridad, individuo y comunidad, instituciones con pretensión divina e instituciones de realización humana. El caso del Pontificado es un hecho de la historia cristiana, pero a la vez es uno de los momentos constitutivos de la historia espiritual de Occidente. Su configuración concreta, por ser el exponente de una de las comunidades humanas y religiosas más numerosas del mundo, es decisiva para la humanidad actual. Frente a una visión centralista, que comprende toda la Iglesia católica desde Roma, este libro orienta en la dirección inversa: comprender a Roma desde el resto de la Iglesia. Todo lo que dice es legítimo y está fundado. A uno le hubiera gustado encontrar más comprensión para las razones que han hecho necesaria, también en la Iglesia posconciliar, alguna intervención de Roma en las iglesias locales, si bien es siempre difícil saber en qué medida esa intervención ha sido acertada y justa con todas las personas y con todos los problemas.

El problema de la «suprema autoridad» plantea en el fondo el tema de la autoridad, sin más, en la Iglesia, de su naturaleza específica y de su diferencia con la de este mundo. Ella será siempre necesaria y será siempre un «escándalo». Su pretensión, legítima en principio aun cuando esté manchada por el barro humano, suscitará el rechazo que suscitó la palabra de Jesús de Nazaret, un judío del norte de Palestina como todos aparentemente, y que sin embargo era la revelación definitiva del Misterio en el mundo, el don supremo de Dios a los hombres.

Este libro invita al realismo, al análisis riguroso y a la superación de simplificaciones que se han hecho en otros tiempos. En este sentido es un bello servicio a la conciencia humana como tal y no sólo a la teología cristiana. □

Patrick Granfield

The Limits of the Papacy. Authority and Autonomy in the Church

The Crossroad Publishing Company, Nueva York, 1987. 207 páginas. 15,95 dólares.

¿Hacia un buen Nietzsche en nuestra lengua?

Por José María Valverde

José María Valverde (Valencia de Alcántara, Cáceres, 1926) es catedrático de Estética de la Universidad de Barcelona, además de ensayista, poeta y traductor de Rilke, Eliot y Joyce, entre otros. Ha escrito con Martín de Riquer una Historia de la Literatura Universal, y es autor, entre otras obras, de Enseñanzas de la Edad (Poesías, 1945-1970) y Vida y muerte de las ideas.

Cuando empezó a aparecer, desde 1967, la magna edición berlinesa de Nietzsche, al cuidado de Giorgio Colli y Mazzino Montinari, nos dolió que no fuera a publicarse una traducción paralela en nuestra lengua, tal como se anunciaba en la lengua de esos dos editores, el italiano, y en francés. Sin embargo, empezamos a consolarnos cuando, desde 1971 a 1974, Andrés Sánchez Pascual fue dando, en «El Libro de Bolsillo», de Alianza Editorial, siete volúmenes de Nietzsche, no en su orden cronológico: *Ecce Homo* (póstumo, 1908), *Genealogía de la moral* (1887), *Así habló Zaratustra* (1883-1885), *Más allá del bien y del mal* (1886), *El nacimiento de la tragedia* (1872), *Crepúsculo de los ídolos* (1889) y *El anticristo* (1895).

Puesta en claro

Estos pequeños tomos, muy bien traducidos, prologados y anotados, pudieron ir teniendo en cuenta también la edición Colli-Montinari, para la puesta en claro de ciertos pasajes cortados o falsificados y para eventuales citas, en las notas, del legado de papeles —el *Nachlass*— que había ido quedando inédito; a menudo borradores, u ocurrencias marginales respecto a lo publicado, o proyectos de organización de obras futuras, alcanzando en total un tamaño equivalente al de los libros propiamente dichos. Pero en 1974, como decíamos, se detuvo el trabajo de Andrés Sánchez Pascual a pesar de su éxito, manifiesto en las reimpresiones.

Por su parte, tras fallecer sucesivamente Colli y Montinari, su gran edición —que incluía el epistolario de y a Nietzsche— se dio por terminada en 1977, aunque de hecho dejaba «flecos» —en general, la época pre-Basilea, para la cual hay que apelar a la edición llamada Beck, en cinco volúmenes, donde, en medio de una variada «juventud», hay algún prometedor texto lingüístico, así como otros ya de Basilea—. Después, en 1980, una bonita edición de bolsillo, en quince tomos en caja, formaría, sin el epistolario y sin algún trabajo meramente filológico, el Nietzsche «estándar».

Pero he aquí que, en 1988, Andrés Sánchez Pascual reanuda su tarea nietzscheana y, por cierto, en una forma aún más enriquecida y elaborada que en su primera etapa: lo presentado ahora es la primera de las cuatro *Consideraciones intempestivas* (1873-1876), la dedicada a David Strauss. «Voici des détails exacts», al modo stendhaliano: el prólogo llega a la página 22; el texto de la *Consideración*, a la 150; los fragmentos póstumos relaciona-



STELLA WITTENBERG

dos con esa *Consideración* —coetáneos o posteriores— llegan a la 220; luego viene el «apéndice segundo», con los fragmentos de *Vieja y nueva fe*, de David Strauss, a que aludía más directamente Nietzsche en su *Consideración*, y con añadiduras de su cuarta edición, hasta la página 295; después un «apéndice tercero», con un artículo de Karl Hildebrand (1873) en apoyo de Nietzsche contra Strauss, apoyo que quedó entibiado al incluirse este texto, con otro título, dentro de un libro (hasta la página 315), y un «apéndice cuarto» (hasta el final, página 328), con un artículo de patriótico rechazo a la *Consideración* nietzscheana, de 1873, bajo las iniciales B. F., que acaso fueran de Bernhard Förster (luego marido de la terrible hermana de Nietzsche, la que censuró y rehizo ciertos textos de éste, medio inventando también a su gusto ese irreal libro tan famoso, *La voluntad de poder*).

Como se ve, aquí hay un verdadero «embarras de richesse», con ese doble contrapunto de textos propios y ajenos en torno a la *Consideración*, además del amplio y sabroso prólogo y el documentadísimo zócalo de notas en pie de página: el resultado es espléndido.

Espectáculo nietzscheano

Y lo es más, paradójicamente, por tratarse de aquella *Consideración* que Giorgio Colli consideró —traducimos de la traducción alemana— «la obra más débil que jamás publicó Nietzsche, precisamente por su “tempestividad”. ¿Qué nos importa hoy aquel incoloro filisteo?» Y añade, poco después, que Nietzsche «todavía no sabía buscarse rivales que tuvieran porvenir por delante» (alude, claro está, por contraste, a la posterior situación de «Nietzsche contra Wagner»). Con todo eso, a pesar de que en principio Colli llevara bastante razón, aquí, en el montaje que ha hecho Sánchez Pascual, David Strauss se convierte en un gran espectáculo nietzscheano.

Incluso en el aspecto formal, aunque no deje de ser cierto que, como dice Colli, «Nietzsche trata en esos años de conquistarse un estilo, pero todavía no lo posee», precisamente resulta sugestivo aquí verle tantear hacia lo que, a partir de *Humano, demasiado humano*, sobre todo en forma de aforismos, iba a ser su gran estilo crítico, bifurcando su expresión en contraste con la otra línea expresiva, la que se esbozó en *El nacimiento de la tragedia* y llegó a su paroxismo ditiámbico cuando «le asaltó» Zaratustra. (En su recapitulación final, *Ecce Homo*, Nietzsche se mostrará consciente de ese contraste diciendo maliciosamente: «Suponiendo que yo hubiera bautizado mi Zaratustra con un nombre ajeno, el de Richard Wagner, por ejemplo, la perspicacia de dos milenios no habría bastado para adivinar que el autor de *Humano, demasiado humano* era el visionario del Zaratustra...», traducción de A. Sánchez-Pascual.)

En el semiolvido

Justamente porque David Strauss ha quedado semiolvidado en la «letra pequeña» de la historia cultural es por lo que nos sirve mejor de encarnación típica de aquella mentalidad contra la cual Nietzsche consigue, en esta versión, una auténtica creación, como en un teatrillo, con la que respirar la atmósfera de aquel tiempo: el «cultifilisteo», con una variante ocasional, el «culticamello», según traduce A. Sánchez Pascual apoyándose en precedentes quevedianos. Y nos damos cuenta del trasfondo histórico de aquella mentalidad: Prusia acababa de derrotar a Francia, proclamando —desde París, para mayor escarnio— el segundo «Reich alemán», y el ensobrecimiento de esa victoria podía contribuir a que la cultura germánica se volviera más «filisteo». Contra ello se mueve el aún poco conocido Nietzsche, quien, aunque había combatido voluntario, renunciando a su neutral situación de profesor en Suiza, adoptaría cada vez más una posición antialemana, incluso con la afirmación de que su apellido era de origen polaco («Nietzsky»), y con la consiguiente broma de traducir su nombre y apellido por «Pacífico Nil» («Pacífico Nada»).

Con todo ello, la presente edición de esta primera de las cuatro *Consideraciones intempestivas* resulta un alarde de abundancia que nos sorprende y enorgullece que se haya dado entre nosotros y en traducción, y no en la propia Alemania. Sin embargo, pensando en la necesidad de tener en nuestra lengua un buen Nietzsche total, según lo había dejado interrumpido Sánchez Pascual, este volumen, por su mismo logro, nos inquieta: ¿qué va a pasar ahora con el resto de lo ya publicado

de la obra nietzscheana? Una vez establecido este nuevo nivel de presentación, este traductor-editor-ambientador, ¿va a volver sobre los siete tomos ya aparecidos para enriquecerlos de modo análogo? Y en cuanto a lo que queda por aparecer, ¿nos lo va a ir dando también de esta nueva forma? Concretamente, el *Nachlass*, el legado de papeles póstumos, que, como decíamos, es tan amplio como los libros propiamente dichos, y a veces no menos sabroso que ellos, ¿aparecería siguiendo su propio orden cronológico, tal como en la edición Colli-Montinari, o, tal como en este caso, arrojándose a cada uno de los libros de que esas notas fueron bosquejo, acompañamiento y residuo? (Pero, en este caso, no pocos de esos papeles quedarían huérfanos de árbol a que arrimarse.) Es inevitable sentir cierta inquietud, sobre todo pensando que «ars longa, vita brevis»: este volumen, ¿representa la nueva puesta en marcha de un «Nietzsche total»? Y, en tal caso, ¿establece una nueva norma y manera de realizarlo, también con efectos retroactivos? O, por el contrario, ¿va a ser un «post-scriptum», o pretexto o coartada para dejar abandonado el proyecto total, dado que esta nueva forma de editar requiere mucho más trabajo y tiempo que la inicial? Aquí hay algo de interés cultural público: tal vez el editor, y alguna institución o fundación, deberían tomar cartas en el asunto para lograr que este excepcional dominador de la cuestión nietzscheana se entregara por completo a ella, aun a costa de que nos perdiéramos otras posibles traducciones suyas, como las recientes de Adorno y Jünger.

Revisar la imagen tradicional

Lo mejor puede ser enemigo de lo bueno, dice el proverbio, y aunque sea impertinente meterse a dar consejos editoriales, yo me permito expresar el deseo de que Angel Sánchez Pascual tire adelante, por la calle de en medio, y nos dé lo que falta de los libros nietzscheanos —entre la cuarta y la tercera parte, según se mire—, tal como dio los anteriores, y sólo después de eso se plantee si el *Nachlass* ha de salir en su simple secuencia cronológica o rehaciendo los volúmenes ya aparecidos según este nuevo planteamiento que, hoy por hoy, podría quedar como un regalo «fuera de serie».

Esto nos ayudaría a todos a plantear debidamente la gran «cuestión Nietzsche», tan importante en la atmósfera intelectual de hoy: la necesidad de revisar la tradicional imagen, sobre todo zaratústrica, de Nietzsche, para comprender que su «transvaloración» empezó por la conciencia lingüística, el reconocimiento de que la vida mental no es sino hablar dentro de la «coerción del lenguaje» —no de su «cárcel», como se ha traducido arbitrariamente.

Esto es lo que algunos franceses, hace ahora algo más de veinte años, empezaron a cambiar en la lectura de Nietzsche, si bien (sobre todo en el caso de «Derri-dadá»), en lugar de proponerla claramente, tomándola como estímulo para sus oscuras convulsiones de «écriture». Y a partir de ahí tal vez podríamos ver adecuadamente el contraste complementario entre el lúcido y corrosivo crítico que aplicó el escepticismo lingüístico contra «el llamado Yo» y ese patético desvalido que trataba de aferrarse a una conciencia de superioridad aristocrática para consolarse de su miseria personal y humana. □

En el próximo número

Artículos de J. Ferrater Mora, C. Sánchez del Río, J. C. Mainer, J. J. Martín González, J. Velarde Fuertes, A. López Gómez y F. Tomás y Valiente.

RESUMEN

Quizá sea paradójico, pero suele acontecer que cuanto más conocido sea un autor, la situación de su obra —los pases a una u otra lengua— resulte intrincada y no fácil de desentrañar. José María Valverde, filósofo y traductor, da un repaso breve al estado actual de la obra del filósofo ale-

mán Nietzsche no sólo en nuestra lengua, sino también en otras. La «reanudación» de sus traducciones al español, en lo que vuelve a ocuparse Andrés Sánchez Pascual, es algo que Valverde saluda con gozo a la vez que plantea ciertas interrogantes y preocupaciones.

Friedrich Nietzsche

Consideraciones intempestivas. I. David Strauss, el confesor y el escritor (y fragmentos póstumos)

Ed. de Andrés Sánchez Pascual. Alianza Editorial, Madrid, 1988. 330 páginas. 600 pesetas.

Mariposas y super-cuerdas

Por José Ferrater Mora

José Ferrater Mora (Barcelona, 1912) ha sido profesor de Filosofía en Estados Unidos, país en el que reside. Es autor de diversos trabajos filosóficos como *El ser y la muerte*, *Principios de filosofía* (El ser y el sentido) y *De la materia a la razón*. Entre sus libros literarios figuran *Claudia*, *mi Claudia*, *Hecho en Corona* y *El juego de la verdad*.

Cada día me parece más prometedora la idea de examinar qué función pueden ejercer en un pensamiento filosófico, una teoría científica, inclusive una obra artística, ciertas nociones muy generales y básicas. Uso el término «nociones» neutralmente, porque no estoy seguro aún de qué se trata: si de ideas básicas, orientaciones generales, intuiciones últimas, marcos de referencia, paradigmas conceptuales, supuestos, presuposiciones, etc. Lo único que me parece seguro es que en toda obra científica, filosófica o artística de alguna consideración, pueden descubrirse ciertas nociones subyacentes, a menudo no advertidas por el autor —en cuyo caso podrían compararse con las «creencias» en sentido orteguiano—, pero en ciertas ocasiones muy conscientemente mantenidas. A veces operan como las constantes en una teoría o serie de teorías, a veces se asemejan a invariantes en una ecuación, a veces funcionan como una figura inalterada en el curso de transformaciones topológicas. Pero las «nociones» en cuestión son de índole distinta. En todo caso, no son necesariamente motores de la producción o de la investigación, ni menos aún principios fundamentales de los cuales quepa derivar consecuencias, teóricas o empíricas.

¿Qué son, pues? Si lo supiera a ciencia cierta, o inclusive si dispusiera de mayor claridad que la que usufructúo, lo diría de inmediato sin ambages. En vez de ello tendré que contentarme con dar ejemplos, y la obra de Freeman Dyson aquí comentada es uno particularmente interesante.

Acaso la versión más simple de dichos supuestos, conceptos, marcos, etc., sea la que se descubre en el curso de la filosofía, y que, por bien o por mal —aunque sospecho que más bien por mal—, se ha venido llamando «metafísica» y, a partir de comienzos del siglo XVIII, «ontología». Este último nombre es preferible al primero, porque descarta toda veledad de decir algo sobre un supuesto mundo «más allá» del mundo real, o «detrás del mundo real», o «por debajo del mundo real». No se trata de «destruir» o de «des-



TINO GATAGAN

construir», a los modos heideggeriano o derridiano, la metafísica, porque me parece que estas «destrucciones» y «desconstrucciones» «son» justamente metafísica y no precisamente de la más recomendable —curioso que la oposición de algunos autores a la metafísica se manifieste tan metafísicamente—. Llamemos, pues, a los intentos aludidos al comienzo «ontología», y aunque esta palabra no está tampoco exenta de tachas, ofrece por lo menos la ventaja de haber sido menos usada y manoseada que «metafísica». En todo caso, entiendo por tales intentos algo semejante a lo que hizo «en su tiempo» Aristóteles —que «no» empleó la dudosa palabra «metafísica» y se contentó con la expresión «filosofía primera»— o a lo que han hecho varios filósofos —entre ellos, Lesniewski, Quine y, con toda la distancia que se quiera, el autor de estas líneas—, a quienes no cabe acusar de especulaciones gratuitas, entre otras razones porque sus exploraciones ontológicas han tratado de apoyarse en nociones e investigaciones lógicas y lógico-semánticas, al punto que a menudo pueden identificarse con éstas.

Una aclaración última sobre este punto: las nociones básicas en cuestión no son referenciales, pero no porque haya que desterrar para siempre toda expresión de esta índole alegando que todo «texto» versa siempre sobre algún otro «texto» y que ahí termina la historia, sino porque su función no es ni siquiera latamente referencial, sino, como la he llamado, «transreferencial». El referencialismo radical presupone que todo lenguaje (cientí-

ficamente admisible) ha de estar en relación biunívoca con el mundo. El textualismo extremo mantiene que no hay esta correspondencia (lo cual parece muy cierto) ni ninguna otra de ninguna otra índole (lo que parece hartamente improbable). Entre estos dos «ismos» queda todavía mucho terreno sin ocupar.

Mero cambio de vocabulario

Las nociones específicas que tengo en mente para ejemplificar las de los tipos sugeridos han sido, en el pasado, las de sustancia, esencia, existencia, materia, forma, accidente y otras similares. Más tarde han sido varias que —como las de individuo, categoría, actividad, permanencia, etc.— han dado a algunos la impresión, a mi entender errónea, de que se trataba de un mero cambio de vocabulario. Sin eliminar por completo algunas de las precedentes, se han ido introduciendo otras que parecían responder mejor que las anteriores a los problemas planteados en las ciencias, tales como las de predicado, estructura, nivel, continuo (y discontinuo), sistemidad (a diferencia de sistematicidad), etc. La verdad es que el número de nociones del género indicado ha sido tan elevado que convendría agregar a los trabajos ya llevados a cabo en este terreno una nueva, y muy detallada, investigación (histórica y analítica). Tarea poco llamativa, y siempre amenazada de ser juzgada como irrelevante o, para tomar prestado de Ortega uno de sus términos preferidos, «periclitada», pero que, a la postre, podría ser filosóficamente algo más eficaz que las propuestas por algunos textualistas que, a diferencia de los que han tomado esta dirección para ciertos cometidos muy específicos (la teoría y práctica literarias, por ejemplo), se han tomado la cosa verdaderamente al pie de la letra.

¿Qué nociones comparables con algunas de las señaladas adopta Freeman Dyson en su libro *Infinity in All Directions?* En este caso no caben dudas, porque el autor lo dice claramente: son las nociones de infinitud y diversidad. La primera figura en el título del libro actual, pero la segunda —que sirvió para una versión primitiva de la presente obra— es

la más importante. La primera parte del libro de Dyson versa sobre la vida en sentido biológico —y la realidad física y química subyacentes—. La segunda trata de cuestiones éticas y políticas —y del «ambiente», natural y cultural, en el que se plantean—. En cada caso surge una multitud de cuestiones que no pueden afrontarse mediante un solo punto de vista o siguiendo un solo modelo, así como una multitud de problemas que no pueden resolverse mediante una sola doctrina. Hay que adoptar, pues, una gran variedad de posiciones y puntos de vista. Como esto equivale a mantener la diversidad y la variedad tanto del mundo como de los modos de entenderlo, cabría objetar que de este modo se niega justamente que pueda, o deba, adoptarse «un» punto de vista, que sería el de diversidad. ¿Cómo conjugar «un» punto de vista con la diversidad? ¿No será el titulado «punto de vista» de la diversidad sólo uno entre muchos otros posibles puntos de vista? Y como uno de ellos es el de la unidad, los partidarios de ella pueden alegar que al adoptarlo no infringen en modo alguno las «reglas» sentadas por los partidarios de la diversidad. En cambio, los partidarios de la diversidad infringen la «regla» sentada por los que predicán la unidad.

El asunto no es tan rompecabezas como parece. En primer lugar, el que un punto de vista permita otros no es siempre inconveniente. De hecho, es una de las reglas más fecundas que dio Peirce: no obstaculizar el camino de la investigación. Pero, además, resulta que ni la «unidad» ni la «variedad» son, en rigor, puntos de vista: son más bien modos posibles de manejar puntos de vista. No es, pues, en modo alguno contradictorio adoptar una, y sólo una, regla general: la que afirma la diversidad de las cosas y de los modos de entenderlas.

Por lo demás, la diversidad no comporta necesariamente el aislamiento de cada cosa, o clase de cosas, diversas. Puede muy bien mantenerse que hay conexiones y enlaces —y, por si fuera poco, una gran variedad de ellos—. La afirmación de que hay, en plural, enlaces, constituye asimismo «un» punto de vista que, por razones similares a las antes apuntadas, no es contradictorio consigo mismo.

«Tanto los problemas científicos como los humanos —escribe Freeman— los considero desde el punto de vista de un apasionado [«lover», en el texto original] de la diversidad. La diversidad es el gran don que la vida ha traído a nuestro planeta y acaso la vida pueda transmitirla un día al universo entero. La conservación y promoción de la diversidad es el gran objetivo que me gustaría ver incorporado a nuestros principios éticos y a nuestras acciones políticas.» Si se quieren usar los términos de la ontología «antigua», cabría hablar del problema, y la dicotomía, de lo uno y lo múltiple, de que tanto se ocupó Platón y que fue uno de los principales motores del pensamiento de los pre-socráticos. Lo Uno y «en una sola dirección», como habría dicho Parménides. Lo Múltiple en todas las direcciones, como habría proclamado Protágoras.

En este número

Artículos de

José Ferrater Mora	1-2	Juan Velarde Fuertes	8-9
Carlos Sánchez del Río	3	Antonio López Gómez	10-11
José-Carlos Mainer	4-5	Francisco Tomás y Valiente	12
Juan José Martín González	6-7		

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



Mariposas y super-cuerdas

Para volver a Freeman Dyson, hay dos modos de concebir el mundo.

Uno consiste en verlo solamente como un conjunto de super-cuerdas —que, por lo demás, aparecen sólo por el momento como una estructura matemática y como un modelo de explicación que espera oportuna confirmación experimental—. Desde luego, aunque la super-teoría de las super-cuerdas fuera experimentalmente comprobada, no por ello sería, como se la ha nombrado a veces, «una teoría de todo [de todas las cosas]». No todo se reduciría a super-cuerdas, ni todo se explicaría apelando a semejante super-teoría, por fuerte que persistiera el deseo de que así fuese.

El otro modo de concebir el mundo consiste en reconocer su complejidad maravillosa. Un ejemplo de ella lo tenemos en la mariposa. Por eso Freeman ha dado el título de «super-cuerdas y mariposas» —adoptado para titular este artículo— a uno de los capítulos de su libro. Pero la mariposa es aquí sólo una imagen poética que permite hablar de milagros sin creer mucho en ellos. De hecho, la complejidad más maravillosa de todas la tenemos en que aunque hay cosas tan variadas

en el mundo, resulta que todas ellas forman parte del mundo. Sospecho que a Freeman no le desagradaría del todo que se hablara del mundo como «la complejidad de las complejidades». A la idea dominante de la diversidad cabría agregar la idea no menos dominante de los enlaces entre diversidades.

Apuntamos antes que empezar por loar la diversidad —lo que comporta, además, reconocer que todo (el mundo físico, el biológico, el moral, etc.) es enormemente complicado— parece lógicamente incompatible con adoptar «un» punto de vista. Pero realmente no es así. Ello se debe a la razón ya dada de que no se trata, propiamente hablando, de puntos de vista. ¿De qué se trata, pues? Me da la impresión de que, entre otras cosas, se trata de la expresión de un temperamento. El de Freeman Dyson es notoriamente «diversificador», al revés de los «temperamentos» de Einstein y, más recientemente, de Stephen Hawking, que son obviamente «unificadores» y, hasta cierto punto, «reduccionistas».

En todo caso, cada temperamento —cada «noción», en el sentido de esta palabra sugerido al comienzo— tiene muchas y muy plausibles justificaciones. Por si fuera poco, con ellos pueden obtenerse excelentes resultados, si más no en lo que concierne al mundo físico (incluyendo el biológico). En cuanto al mundo moral, Dyson afirmaría seguramente —y no le faltarían ni razones ni datos— que el unitarismo y el reduccionismo a ultranza pueden dar muy malos resultados, de modo que, por lo menos en esta esfera, sería recomendable el reconocimiento de la diversidad —si se quiere, del «pluralismo».

El título de la obra de Freeman no es sólo la expresión de una «tesis general». Es asimismo el anuncio de que va a servir para muy diversas aplicaciones.

Unas palabras sobre la «tesis general». Para Freeman Dyson el universo se extiende infinitamente en todas las direcciones y ello en todas las esferas de la realidad. Esto no equivale a decir que el universo físico sea infinito en el espacio y en el tiempo y que pueda extenderse «en todas las direcciones», al modo como se lo figuró, en su «pasión por lo infinito», Giordano Bruno a comienzos de la época moderna o en la forma en que se lo representaron muchos científicos y filósofos

de los siglos XVII y XVIII. No es estrictamente necesario que el universo sea infinito en el espacio y el tiempo para que se manifieste «en todas las direcciones». Lo único realmente necesario es la variedad.

Respecto a las «aplicaciones», sería tarea inútil tratar siquiera de resumirlas. El libro de Freeman aporta suficientes detalles al respecto. De hecho, la obra es sugestiva justamente porque no es ni un conjunto de vagas generalizaciones ni tampoco una compilación de hechos varios y curiosos.

No es lo primero por el modo como el autor brinda y desarrolla su «noción capital» —la de la infinitud/diversidad— y por las varias formas con que la presenta y explica a los oyentes de sus «Gifford Lectures» y luego a los lectores del libro resultante. Baste mencionar al efecto el contraste entre «Manchester y Atenas» —que es en cierto modo un «Manchester «contra» Atenas»—, un ejemplo tan iluminador para las ideas del autor como para su biografía. A veces se le va la mano, acaso porque se ha esforzado por no ser demasiado infiel al legado de las «Gifford Lectures», que especifican para todos los invitados el tema «La teología natural» —entendida ciertamente en un sentido muy lato y nada dogmático—. O también porque, de hecho, el autor ha querido expresar su manera de ver el cosmos entero; aunque esto lo hace como científico, lo hace asimismo como persona que quiere ver hasta dónde llega el punto de vista —la «noción»— sumamente amplio de la diversidad. Como lo habían sido sus anteriores «Turner Lectures» —a las que Dyson dio justamente el título de «elogio de la diversidad»—, la

obra actual es un buen ejemplo de sobriedad dentro de la especulación.

No es lo segundo —una mera compilación de datos más o menos arbitrariamente elegidos entre un número prácticamente incalculable—, porque especialmente en sus mejores momentos Dyson propone teorías dignas de seguirse elaborando hasta alcanzar el estadio en el que puedan contrastarse más adecuadamente con observaciones y experimentos. Tal ocurre con la «hipótesis» (Dyson subraya que de esto se trata y no de una teoría) del doble origen de la vida, que presupone la génesis de células (primitivas) sin aparato genético. Las páginas consagradas a esta cuestión, a la que se agrega el intento de explicación de la extraordinaria complejidad de la vida (biológica), constituyen un ejemplo del modo como Dyson establece «enlaces». Aquí se trata de enlaces entre dos maneras como un científico de su talla puede hablar acerca del mundo. Uno se queda con la impresión de que al tratar estos asuntos, y al buscar apoyo en varios ilustres predecesores, incluyendo los trabajos experimentales de Manfred Eigen, Leslie Orgel y Lynn Margulis, Freeman se está contemplando en el mismo espejo en el que podía haberse contemplado su más eminente antecesor en la física, Erwin Schrödinger, en el influyente libro titulado *¿Qué es la vida?*, de 1943. «Ahora —escribe cuarenta años después—, es el momento justo para formular las preguntas que Schrödinger evitó.»

Tengo la impresión de que el más ferviente deseo de Freeman Dyson sería pasar a la historia de la ciencia como «el segundo Schrödinger». □

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista SABER/Leer es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER

Leer

Revista crítica de libros

Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

El filósofo Ferrater Mora gusta de esos límites imprecisos en los que nociones filosóficas y científicas andan mezcladas. Buena prueba de ello es el comentario a un libro de Freeman Dyson en el que esa mixtura se percibe clara-

mente, una obra que versa sobre la vida en sentido biológico —y su realidad física y química subyacentes— y que trata, además, de cuestiones éticas y políticas y del «ambiente» natural y cultural en el que éstas se plantean.

Freeman Dyson

Infinity in All Directions

Harper & Row, Publishers, New York, 1988. 319 páginas. 19,95 dólares.

SUMARIO

	<i>Págs.</i>
« <i>Mariposas y super-cuerdas</i> », por José Ferrater Mora, sobre el libro <i>Infinity in All Directions</i> , de Freeman Dyson	1-2
« <i>Residuos nucleares</i> », por Carlos Sánchez del Río, sobre el libro <i>Les déchets nucléaires</i> , de Jean Teillac	3
« <i>Una historia del hispanismo francés</i> », por José-Carlos Mainer, sobre el libro <i>Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España</i> , de Antonio Niño	4-5
« <i>La fiesta como imagen del soberano</i> », por Juan José Martín González, sobre el libro <i>Arte y poder. Fiestas del Renacimiento</i> , de Roy Strong	6-7
« <i>La economía del Sexenio revolucionario</i> », por Juan Velarde Fuertes, sobre el libro <i>Apogeo del liberalismo en «La Gloriosa». La reforma económica en el Sexenio liberal</i> , de Antón Costas Comesaña	8-9
« <i>La geografía económica española, a examen</i> », por Antonio López Gómez, sobre el libro <i>L'Economie de l'Espagne</i> , de Alain Huetz de Lempis	10-11
« <i>Las Cortes castellano-leonesas en sus inicios</i> », por Francisco Tomás y Valiente, sobre el libro <i>Las Cortes de Castilla y León en la Edad Media</i> , de autores varios	12

Residuos nucleares

Por Carlos Sánchez del Río

Carlos Sánchez del Río (Borja, Zaragoza, 1924) obtuvo en 1953 la cátedra de Física Atómica y Nuclear de la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido director general de Política Científica y presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Sociedad Nuclear Española.

La polémica sobre las centrales nucleares se ha ido desplazando desde la supuesta peligrosidad intrínseca de las mismas hasta los problemas que plantean los residuos altamente radiactivos que generan. El accidente de Chernobyl revivió entre el público la aprensión sobre las propias centrales, aunque todos los expertos coinciden en que un accidente semejante es impensable entre las centrales de tecnología occidental operadas con la reglamentación occidental; de hecho, el mencionado accidente es el único que ha afectado a la población durante las más de tres décadas que llevan funcionando las centrales nucleares.

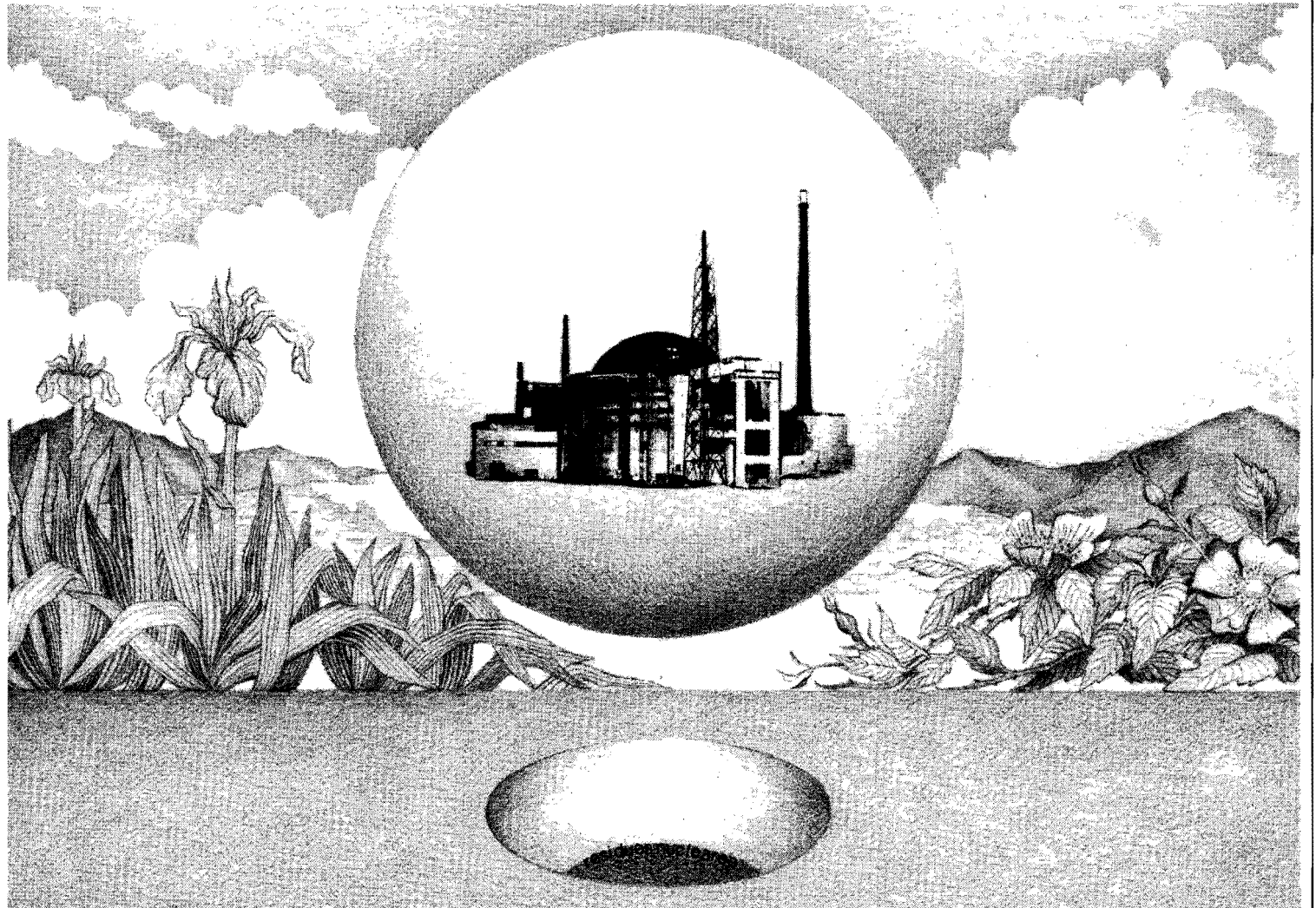
Una central nuclear en operación normal es mínimamente contaminante; el único efecto sobre el ambiente es el calor que desprende y que puede elevar ligeramente la temperatura del curso de agua que se emplee en la refrigeración. Sólo las centrales hidroeléctricas son comparables en inocuidad, aunque se produzca en este caso el efecto contrario: el agua del río aguas abajo de una presa es ligeramente más fría que cuando la presa no existe. En ambos casos puede alterarse levemente la ecología de una parte del río.

Pero las centrales nucleares y la industria asociada producen residuos radiactivos cuya eliminación plantea problemas especiales. Los residuos de la industria nuclear ocupan poco volumen en relación con los de otras industrias, pero su toxicidad es grande y atípica, por lo que se presta a malentendidos entre el público que desconoce los aspectos técnicos de este tipo de residuos. Con objeto de evitar estos malentendidos, Jean Teillac, alto comisario de la Energía Atómica de Francia, ha publicado un librito claro y completo sobre los residuos nucleares que puede leer cualquier persona culta.

Las radiaciones ionizantes y sus peligros

Muchos núcleos de los átomos no son estables sino radiactivos, y se van desintegrando a la vez que emiten radiaciones ionizantes de efectos análogos a los rayos X; estas radiaciones afectan negativamente a las células de los seres vivos y por eso debe limitarse su presencia en la biosfera. Su eliminación completa es imposible porque existen muchos elementos radiactivos en la naturaleza que están ahí desde que se formó la Tierra; además, los rayos cósmicos que inciden sobre nuestro planeta son también ionizantes, de manera que la humanidad ha estado sometida a radiaciones naturales desde siempre con efectos indetectables.

La producción artificial de radiaciones ionizantes intensas (rayos X, sustancias radiactivas artificiales, etc.) permitió conocer los efectos biológicos de dichas radiaciones y establecer las dosis que podemos recibir sin peligro. Los efectos biológicos de las radiaciones ionizantes son de dos clases: somáticos y genéticos. Los primeros ocurren en los individuos que reciben dosis importantes de radiación y se manifiestan en radiopatías que afectan a los tejidos hematopoyéticos en casos leves, al aparato gastrointestinal en casos intermedios y al sistema nervioso en casos graves; en estos casos el desenlace es fatal. Las irradiaciones menos importantes pueden producir tumores años después.



MARINA LLORENTE

Los efectos genéticos consisten en mutaciones generalmente nocivas que aparecen en los descendientes. Para que se produzcan bastan dosis de radiación pequeñas si inciden sobre una población importante. Se conocen las dosis que producen mutaciones en animales aunque no en el hombre, porque no se puede experimentar con seres humanos; se sabe, sin embargo, que hay dosis que no producen efectos genéticos perceptibles porque hay grupos humanos que habitan en zonas graníticas de alta montaña donde la radiación natural es importante y llevan allí milenios sin que la tasa de mutaciones sea distinta de la media. A partir de todos estos datos y con las hipótesis más pesimistas, conocemos hoy las dosis de radiación por debajo de las cuales no deben ocurrir efectos genéticos.

Las sustancias radiactivas pueden ser nocivas por una doble vía: las radiaciones ionizantes que emiten pueden incidir sobre los individuos (radiación externa), y esto sólo puede suceder a los profesionales de la industria nuclear, que se atienen por ello a reglamentos severos. Es también posible la irradiación interna si se ingieren o inhalan sustancias radiactivas presentes en el agua o en el aire; esto podría afectar a toda la población y para evitarlo la normativa internacional es sumamente estricta.

Residuos de la industria nuclear

En un reactor nuclear se produce energía por la fisión de núcleos de uranio mediante neutrones. Los núcleos residuales de la reacción son en su mayoría radiactivos. Estos fragmentos de fisión radiactivos son muy diversos y de peligrosidad muy variable, porque las radiaciones que emiten son diferentes y el ritmo de desintegración puede ser rápido o lento.

Además de los fragmentos de fisión, se producen en los reactores nucleares elementos transuránicos, algunos de los cuales, como el plutonio, es útil como combustible de futuros reactores, por lo que conviene su re-

cuperación a pesar de los problemas que ello plantea debido a su extrema toxicidad y a la posibilidad de su empleo indebido en la construcción de armas nucleares.

El intenso flujo neutrónico dentro de los reactores nucleares provoca la activación radiactiva de parte de sus componentes estructurales, y esta radiactividad residual debe también tenerse en cuenta porque planteará problemas cuando haya que dismantelar las centrales nucleares al final de su vida industrial útil, que puede cifrarse en treinta o cuarenta años.

Para comprender el alcance de la problemática de los residuos nucleares no basta referirse a las centrales nucleares. Es preciso considerar la industria nuclear en su conjunto, empezando por la minería del uranio, siguiendo por las plantas químicas de extracción, las fábricas de enriquecimiento, la manufactura de los elementos combustibles, las centrales nucleares y los establecimientos de reproceso de combustibles irradiados. Todas estas instalaciones se refieren a la industria nuclear civil, pero no debe ignorarse la existencia en muchos países de una industria nuclear paralela que también contribuye a la producción de residuos nucleares.

El panorama esbozado a grandes rasgos en los párrafos anteriores no debe inducir a pesimismo respecto de la posibilidad de manejar adecuadamente los residuos radiactivos. De hecho, los residuos de la industria nuclear y su peligrosidad han sido mejor estudiados

que los de cualquier otra industria y jamás han sido diseminados en la biosfera con la frivolidad con que otras industrias vertían sus residuos en ríos o mares o los lanzaban a la atmósfera.

Reglamentos y prácticas

A lo largo de los años se han establecido reglamentos y prácticas muy estrictas para la gestión de residuos nucleares que se basan en tres principios: en primer lugar, se busca minimizar los daños que pueden causar en el hombre y preservar el medio ambiente; en segundo lugar, se trata de optimizar la gestión de los residuos nucleares en relación con otros problemas de seguridad que engendra el conjunto de las actividades humanas; finalmente, se deben aplicar los dos principios precedentes tanto a las generaciones actuales como a las futuras.

La puesta en práctica de estos principios se basa en métodos estudiados durante muchos años tanto a nivel de laboratorio de investigación como a escala semiindustrial e industrial. Los detalles técnicos de esta metodología son complejos, pero el libro que ha sugerido estas líneas permite que el lector atento pueda formar un juicio objetivo sobre el problema de los residuos nucleares. Y me atrevo a pensar que la lectura del libro disipará muchos temores. □

RESUMEN

Hoy día, como recuerda Sánchez del Río en su artículo, el debate nuclear no se plantea en torno a la supuesta peligrosidad intrínseca de las centrales nucleares, sino en torno a los residuos altamente radiactivos que aquéllas generan. Qué hacer con dichos residuos, cómo

destruirlos, son, entre otras cuestiones, temas básicos de este libro, del que es autor Jean Teillac, alto comisario de la Energía Atómica de Francia, y que resulta ser una obra clara, amena y precisa, al alcance de cualquier lector no especializado.

Jean Teillac

Les déchets nucléaires

Presses Universitaires de France, París, 1988. 128 páginas.

Una historia del hispanismo francés

Por José-Carlos Mainer

José-Carlos Mainer (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de su ciudad natal, tras haber profesado en las de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia de la literatura de los dos últimos siglos y ha escrito varias obras, entre las que cabe citar Falange y literatura, Literatura y pequeña burguesía en España, La Edad de Plata (1902-1939), La doma de la Quimera y el ensayo de teoría Historia, literatura, sociedad.

Ahora que tanto se habla de «nueva historia» y de nuevos temas, resulta que hemos venido a descubrir que los libros más sugestivos siguen siendo aquellos que resultan de la confluencia fecunda de otros varios posibles. Este es el caso de la presente obra de Antonio Niño, *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España, 1875-1931*, que, por supuesto, es algo más de lo que enuncia. Se presenta como un ejercicio académico de «historia de la historiografía» (género que apadrinan los investigadores citados con largueza en el prefacio) pero, tras él, bullen y se agolpan un montón de preguntas más o menos menesterosas de respuestas históricas y, sobre todo, de aquella índole de reflexiones que más bien pertenecen a la conciencia civil colectiva.

Queríamos saber, por ejemplo, cómo el siglo XIX, a vueltas del entusiasmo romántico y de la fe positivista, transforma la historia de la literatura en una disciplina universitaria y, a la par, le confiere la condición de referencia de las identidades nacionales: en ese orden de cosas, algo y mucho han hecho Gérard Delfau y Anne Roche en un libro como *Histoire/Littérature* (1977), y entre nosotros Juan Sisinio Pérez Garzón, Paloma Elorriaga, Teresa Cirujano, Gonzalo Pasamar, Ignacio Peiró... por lo que hace a la historia «tout court», pero el campo de la historiografía literaria sigue casi virgen mientras no se publique la tesis doctoral de Antonio Fernández Ferrer, solitaria aproximación al tema. Necesitaríamos saber después cómo la institución universitaria organiza y también jerarquiza los saberes «nacionales» y de qué modo el cultivo de las lenguas y las culturas ajenas tiene algo que ver con el colonialismo, con el complejo de inferioridad o con la reconstrucción de un pasado prestigioso que mitigue presen-tes más aciagos. Aunque cumple reconocer que, en ese ámbito, algo sabemos del arabismo español (y se debe a Manuela Manzanares y a James Monroe) pero muy poco o nada de nuestro hispanoamericanismo... Queríamos saber, por último, qué cosa es el hispanismo y disponer de una historia manual de sus afanes. Hace ya muchos años, la editorial Gredos anunciaba un libro sobre ese propósito original de Germán Bleiberg, y complace pensar que allí se hubiera hablado de Longfellow y de Ticknor, de Southey y Lord Holland, de Allison Peers o de James Fitzmaurice-Kelly, de Pío Rajna o de Arturo Farinelli..., pero la promesa nunca fructificó en realidad bibliográfica.

Hispanismo del corazón e hispanismo de la cabeza

No sé, sin embargo, si hubiera sido el lugar de definir el hispanismo como concepto emocional y como paradoja viva: vale decir como vivencia personal de quien lo abraza como profesión y como única disciplina cuyo nombre significa tanto como «latinismo» o «helenismo». Quizá quien mejor explicó esa particular modulación afectiva fue Karl Vossler en aquella *Spanischer Brief*, de 1927, que abrió su fecunda dedicación a la filología española: en el *Poema del Cid*, en el *Lazarillo* y en *La Dorotea* había encontrado un clima de humana pasión que no le habían brindado, en tiempos menos fuertes, sus largas dedicaciones a las letras francesas e italianas. Es-

tudiar a Lope, recorrer el tema de la soledad en la poesía española, recomponer la figura intelectual de Fray Luis de León, eran modos de vivir experiencias muy enriquecedoras en una lengua por la que no habían hablado ni la física moderna, ni la filosofía idealista, ni tan siquiera las pautas de la estética normativa: una lengua de intuitivos, más duchos en explorar su propio corazón que el mundo en torno. ¡Rara pasión la del hispanista! Con poca profundidad, Francisco Murillo Ferrol («En que se trata de los hispanistas», *Sistema*, 14, 1976, 5-12) trazó una fenomenología de tal espécimen humano que lo singulariza entre otros congéneres: el hispanismo surge, nos recuerda, de un desnivel cultural y económico del país con el de sus estudiosos; consiste a despecho de las incomprensiones de sus objetos de análisis y hasta de su menor crédito universitario en los países donde se produce; sus frutos se incorporan de pleno derecho a la vida intelectual de España mucho más que a la de sus lugares originarios, y, por último, hacen circular otro aire en una sociedad cultural como la nuestra, que tiende al ensimismamiento.

Muchas de las líneas del panorama que traza Antonio Niño ilustran a la perfección el diagnóstico de Murillo. Y otras no tanto porque el autor no oculta lo que el mundo del hispanismo galo tiene de menos idealizante que el alemán y de menos aventurero que el británico: también por él transitan los resabios indulgentes del hermano mayor, la incomprensión del rival histórico y la indulgente curiosidad del naturalista por lo exótico. Y el cálculo mercantil del vecino adinerado... La elección de las fechas que jalonan el estudio no puede ser más atinada: en 1875 parece finalizado el período de los «hispanissants» aficionados y de aquella imagen romántica que difundió el Segundo Imperio, que tenía música de Bizet, Chabrier y Lalo, con letra de Mérimée (o de Paul Verlaine, si pensamos en que «La mort de Philippe II», tan cerca de la «espagnolade», es la penúltima composición de los *Poèmes saturniens*). En 1875 suenan todavía los ecos regeneradores que trajo la derrota de Sédan a la conciencia nacional, y revistas como la *Romania*, de Gaston Paris y Paul Meyer, o la *Revue Critique d'Histoire et Littérature*, de Gabriel Monod, significan la hora de la solidez germánica en el seno de la Universidad francesa. Por su lado, en esa fecha los problemas constitutivos de la España contemporánea se encaminan por la vía oligárquica y moderada que posibilitó la Restauración, a la vez que la obra de Menéndez Pelayo, la de Eduardo de Hinojosa o la del P. Fidel Fita entrañan una rectificación de los rumbos universitarios precedentes. Por otro lado, la fecha de 1931, que es el término «ad quem» del libro de Antonio Niño, se encuentra en los aledaños del final de un ciclo biológico del hispanismo francés: en 1924 muere Ernest Mérimée, en 1925 lo hace Alfred Morel-Fatio y en 1929 Raymond Foulché-Delbosc. Quienes les sucedan habrán de vivir su fervor hispano de muy otro modo, como colegas y no como misioneros laicos de sus vecinos españoles: al calor juvenil de la Residencia de Estudiantes o de la Casa de Velázquez (que crea el Gobierno francés en 1929, en plena fiebre edificatoria de la Ciudad Universitaria), y ya nunca a la sombra diplomática de la embajada. No parece casual que el más representativo de estos nuevos hispanistas, Marcel Bataillon, simultanee la traducción de Unamuno con los estudios sobre los erasmistas (y que éstos los haya descubierto al abandonar su primer objetivo, que fueron las obras griegas de la biblioteca escurialense). Max Aub lo retrató, con mucha gracia, en el personaje de André Barillon de *La calle Valverde*, y cuando publicó su tesis de estado, *Erasmus en España*, vino de Antonio Machado (y en plena guerra civil) el espaldarazo que haría de ese monumento de sensibilidad y erudición un hito en nuestra historia civil. No podría decirse lo propio de Morel-Fatio, que apenas visitó

dos veces España y siempre tuvo manifiesto desdeñ por lo que no fuera su patrimonio cultural...

Y, sin embargo, a aquel altivo y nada simpático profesor debe remitirse el origen del hispanismo francés contemporáneo. No podía ser de otra manera en quien concurría la condición de discípulo de Paris y de Monod, aunque hubiera llegado al español de modo casual como redactor de cartas comerciales; no fue, pues, una vocación precoz ni un caso de fortuna académica, pero el tiempo y su constancia le llevaron al cabo a ejercer su magisterio en la École des Chartes, la École Pratique des Hautes Etudes y el Collège de France, que componen la triada superior del humanismo universitario francés. Los frutos de tal encumbramiento son tardíos y hubieron de remontar una larga polémica que enfrentaba a los partidarios de la equiparación del español y el italiano con el inglés y el alemán como lenguas vivas con los desdeñosos de tal objetivo y con quienes veían en esas maniobras un ataque a la continuidad de los estudios clásicos. Pero las resistencias no durarían mucho tiempo, y ya en 1886 se creó la primera cátedra universitaria de español en la Universidad de Toulouse, donde la asistía con ventaja la veterana vinculación hispánica de la ciudad: la plaza fue a manos de un discípulo del maestro de Rouen, Ernest Mérimée. Hasta 1895, sin embargo, no existió una licenciatura en Lenguas Vivas (mención español) en la academia tolosana, pero pronto le siguieron la que se creó en Burdeos (donde gobernó Georges Cirot) y la de Montpellier en 1900 (cuya cátedra se adjudicó a Henri Mérimée), el mismo año en que, bajo la presidencia de Morel-Fatio, tenía lugar el primer concurso de agregaciones de español con carácter nacional. La lista de los titulados es muy significativa: a la primera promoción pertenece Jean Ducamin; a la segunda, Jean Saroihandy; a la tercera, Camille Pitoulet; a la quinta, Jean Amade... Bataillon logró la suya en 1920, un año antes que Maurice-Edgar Coindreau y diez antes que Charles Aubrun y Robert Rumeau. En 1906 se creó la licenciatura de español en París, que fue jurisdicción de Ernest Martinenche y la última de las sedes históricas del hispanismo.

Mandarines y víctimas

Pero esta trayectoria académica trajo también frustraciones para muchas expectativas personales. Para Jean Ducamin, primer editor moderno del *Libro de buen amor*; para Jean Saroihandy, lingüista avezado y buen conocedor del eusquera, y para Camille Pitoulet, que estudió la querrela calderoniana de 1814, un modesto puesto en la segunda enseñanza y en un mortecino liceo de provincias era muy exiguo botín, cuando habían empeñado en su carrera tesis doctorales muy ambiciosas y muchas horas de estudio. Y no todos aceptaron con resignación su relegamiento de los grandes empleos universitarios. Fue el atrabiliario Camille Pitoulet el más explícito al respecto, y Antonio Niño reproduce sabrosos textos suyos —muchos publicados en revistas españolas— que resultan ser un análisis implacable de los modos nepotistas de la vida académica francesa. Y es que el personaje hubiera merecido por sí mismo una biografía que podría titularse «Etopeya de un resentido»: ¡lástima es que el autor no mencione que, casi al fin de su vida, fue colaboracionista, o que, a mitad de su camino profesional, resultó ser el primer estudioso de Vicente Blasco Ibáñez (*Vicente Blasco Ibáñez: ses romans et le roman de sa vie*, 1921)... pero a sueldo del activo novelista valenciano, lo que, muerto su patrón, reveló con notable encarnizamiento y ánimo de venganza en un nuevo volumen, ahora titulado *Le véritable Blasco Ibáñez... par son premier biographe*, 1933!

La víctima más significativa de esas frustraciones profesionales fue, sin embargo, Raymond Foulché-Delbosc, alumno en su día de

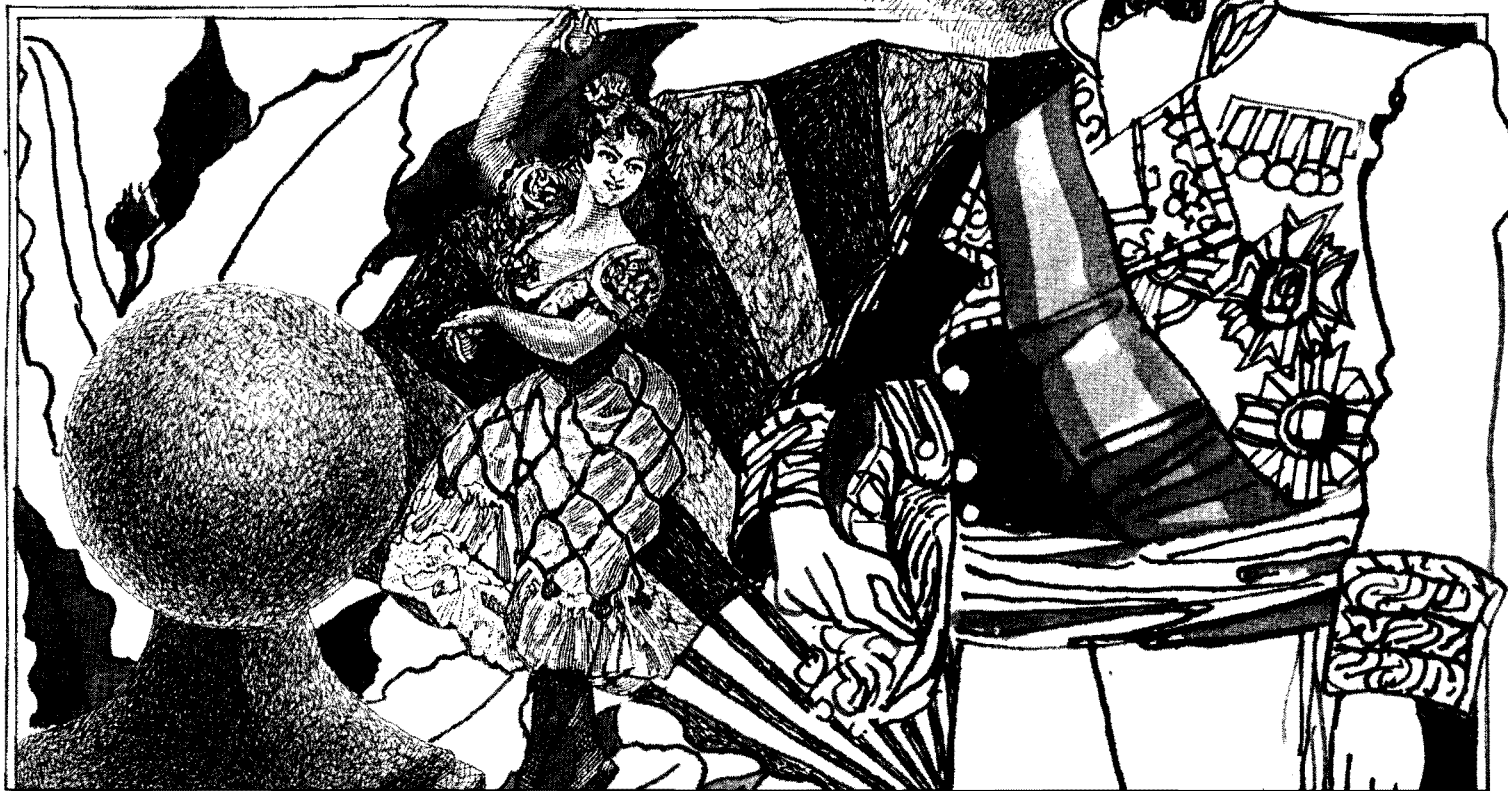
Morel-Fatio en la École Pratique, pero que fracasó en su intento de ingresar en la carrera consular y luego al pretender ratificar su empleo como profesor de la École des Hautes Études Commerciales en París. Su ruptura definitiva con Morel-Fatio y su grupo se debió, no obstante, a un malentendido revelador: desplazado a España por cuenta de su maestro para estudiar el manuscrito de la *Guerra de Granada*, de Hurtado de Mendoza, se negó a entregar a su patrón la copia de su transcripción y decidió estudiarla por sí mismo, cosa que el gran caci que universitario no le perdonó jamás. Pero tampoco Foulché-Delbosc le perdonó su marginación... En 1894 fundó la memorable *Revue Hispanique*, venero de textos y estudios en los que todavía aprenden los filólogos de ahora, que agrupaba significativamente a muchos despechados: Henri Pesoux-Richard (que sería el primer estudio serio de Felipe Trigo), Léo Rouanet (el benemérito editor del *Códice de Autos Viejos*), Louis Barrau-Dihigo (quien prepararía con Foulché-Delbosc el todavía útil *Manuel de l'hispanisant*), Adolphe Coster (investigador del Renacimiento español)... Y era casi inevitable que aquella exhibición de rigor erudito entrara en colisión con la revista que en 1899 fundaron los profesores universitarios en su centro bordelés: me refiero al *Bulletin Hispanique*, todavía vivo y lozano a la fecha.

Hispanismo y política

Con mucho tino, Antonio Niño ha resal- tado lo que ambas revistas hicieron por la definición de dos formas de hispanismo: uno, el «monástico», erudito y alejado de toda implicación extraprofesional, que cultivó y presentó la *Revue* de Foulché-Delbosc y sus camaradas; otro —el del *Bulletin* de Cirot y Pierre Paris— que no vaciló en hacer suyo un regeneracionismo político y un mestizaje diplomático-académico que, de otro lado, era hijo de las circunstancias. Tanto Francia como España vivían a la sazón dos «noventa-yochos» paralelos y la sospecha común de una decadencia de los pueblos latinos que precisamente un francés, Edmond Demolins, había definido como un estigma del fin de siglo: su libro *A quoi tient la supériorité des anglo-saxons?* se había publicado en 1897 y dos años después encontró entre nosotros un traductor y prologoista en la figura de un inquieto Santiago Alba. A la fecha, además, la humillación española de Santiago y Cavite encontraba su paralelo francés en la retirada de Facho-da ante los ingleses y, al poco, en la sonada quiebra del Canal de Panamá, mientras que el movimiento español en torno al general Polavieja recordaría muchísimo el paradigmático recurso de la mesocracia gala al general Boulanger en el marco de dos aciagos despedidas de la centuria. Por eso sonaban tan bien en los oídos españoles las palabras de Pierre Imbart de Latour en el primer número del *Bulletin Hispanique*: «De cruelles leçons, la menace même de dangers communs, ont enfin abaissé la barrière que nous-mêmes avions laissé se redresser. Nous commençons à comprendre que si la France veut garder son idéal, elle doit sa sympathie aux peuples qui n'ont pas fait du culte de la force ou de l'argent leur suprême religion.» ¿No venía a ser esto en prosa noble lo mismo que Rubén llevó a sus versos encendidos de los *Cantos de vida y esperanza*, o lo que Unamuno enhebró en paradojas bien conocidas, o lo que Joaquín Costa transportó a trenos hidráulico-políticos de resonancia nacional?

La rivalidad de las dos publicaciones conoció episodios casi cómicos y otros de mayor fuste intelectual. A los primeros perteneció la invención —quizá fruto de la imaginación del propio Foulché-Delbosc— de un texto apócrifo, el *Fuero de Piedrafita*, que, a pesar de ser una superchería filológica de punta a

Viene de la página anterior



JOSE ANTONIO ALCAZAR

cabo, fue eruditamente reseñado por los redactores del *Bulletin* en una versión renovada del «quid pro quo» decimonónico del *Buscapié*. Entre los segundos, el más representativo vino traído de la disparidad de opiniones sobre la actitud ante el público español con motivo de la primera guerra mundial: altivo silencio por parte de los «monásticos» de la *Revue Hispanique* y participación sin reservas en la propaganda bélica por el lado de los «seglares» del *Bulletin* bordelés. El tema trasciende con mucho la anecdota pintoresca de las peleas a bastonazos entre aliadófilos y germanófilos a la salida de los casinos provincianos: para nuestros conciudadanos no faltaron motivos de preocupación —la bonanza económica trajo la sombra tenebrosa de una inflación monetaria galopante—, y los sectores de la «intelligentsia» vieron en sus polémicas una verdadera reválida de su significación cívica. Revistas tan importantes como el semanario *España*, de 1915; libros tan significativos como *Política y toros*, de Pérez de Ayala, y la revisión machadiana de *Campos de Castilla*, nacieron de esa coyuntura histórica sobre cuya relevante importancia llamamos la atención hace algunos años Christopher Cobb y yo mismo. Después se han multiplicado los trabajos sobre este campo, aunque predomine el tratamiento de las implicaciones económicas y políticas sobre las propiamente intelectuales y aunque todavía falte el pertinente despojo de la documentación que al respecto deben atesorar los archivos del Quai d'Orsay, de la Wilhelmstrasse, de Whitehall y, por supuesto, del Palacio de Santa Cruz.

Sobre la galofilia de 1914

Lo que cuenta Antonio Niño en una de las secciones más abultadas de su libro es muy pertinente y lo acompaña además una meritisima bibliografía de impresos franceses sobre el problema de la neutralidad española y la propaganda de guerra. Resulta sintomático que el *Bulletin Hispanique* sea una de las referencias más citadas y que en sus páginas se plantee el problema capital de toda la propaganda francesa en España: en un país lleno de recelos hacia su vecino del norte, ¿convenía presentar como centro de atracción la imagen revolucionaria y secularizada de Francia, la de tres repúblicas reformadoras, la de la legislación laica de Waldeck-Rousseau y la del centralismo histórico? O, en cambio, ¿convenía más bien mitigar la posible reacción de las derechas y hablar de la Francia de Juana de Arco y Chateaubriand, hija mayor de la Igle-

sia católica desde Clodoveo hasta Louis Veillot y las apariciones de Lourdes? Aquella doble vía de actuación —que podría personificarse en Maurice Legendre, por el bando conservador, y en Ernest Mérimée por el republicano— condicionó incluso la visita de la misión intelectual que en 1916 trajo a Madrid a Henri Bergson, el organista Charles Widor, el secretario de la Academia Étienne Lamy y el naturalista Edmond Perrier, todos los cuales habían sido elegidos cuidadosamente para no herir las susceptibilidades de la caverna hispánica: Bergson era un judío converso cuyo relieve filosófico demostraba que también Francia era tierra de pensamiento y que éste no era patrimonio germánico; Lamy y Perrier eran católicos y el último no olvidó elogiar a Cajal en su conferencia del Ateneo; Widor, por su parte, representaba el auge de la moderna enseñanza musical gala y tampoco se retrajo en los encomios de la obra de Enrique Granados, reciente víctima inocente de la guerra submarina de los alemanes. Como es sabido, la embajada cultural francesa fue replicada por otra española que llegó a tierra francesa al año siguiente: bajo la presidencia del Duque de Alba, la formaban Rafael Altamira, Ramón Menéndez Pidal, Jacinto Octavio Picón, Manuel Azaña, Antonio Gómez Ocaña, Odón de Buen, Miguel Blay, Gonzalo Bilbao y Américo Castro, que actuó como secretario, todos los cuales se habían caracterizado por sus posiciones aliadófilas y buena parte de los cuales fueron firmantes del famoso manifiesto intelectual de 1915, redactado por Ramón Pérez de Ayala.

Aquellos éxitos, sin embargo, vinieron posibilitados por la larga siembra anterior en la que intereses universitarios españoles y el expansionismo cultural francés habían coincidido fecundamente. Los activos misioneros laicos del país vecino aprovecharon en 1908 convocatorias tan significativas como la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza (en el primer centenario de los Sitios de 1808), a la que acudió Georges Cirot, y como el centenario de la Universidad de Oviedo, núcleo que en los últimos veinte años fue feudo de simpatizantes de la Institución Libre de Enseñanza y donde los bordeleses lograron establecer unos cursos regulares de lengua y civilización. Aquel mismo año los profesores de Toulouse inauguraron sus cursos de Burgos para alumnos franceses y en 1909 promovieron la École des Hautes Etudes Hispaniques en Madrid, con pareja finalidad formativa. Y en 1913, por último, la actividad conjunta —y a menudo la rivalidad— de todos logró la constitución del Instituto Francés de la capi-

tal, donde se integraron los importantes cursos que la Junta para Ampliación de Estudios venía impartiendo con notable éxito. Los acontecimientos de la guerra impulsaron la creación de un Comité de Rapprochement Franco-Espagnol que vivió de los entusiasmos y los nombres propios movilizados por las misiones de 1916 y 1917: éstos alcanzaron a organizar una Semana Española en París, en 1919, y otra Francesa en Madrid al año siguiente, más pródigas en buenos propósitos que en realidades. Pero ya para entonces el Ministerio de Asuntos Extranjeros francés reemplazaba con su iniciativa lo que hasta entonces fueran actividades particulares. Los intereses económicos, los políticos derivados del doble protectorado franco-español de Marruecos, los cálculos de las futuras alianzas y la necesidad de racionalizar la expansión de la cultura francesa auspiciaron, sin embargo, la definitiva solidificación de un hispanismo que, si bien tuvo en la Universidad una vida no siempre fácil, en su provincia española gozó de fundaciones tan fecundas como la de la Casa de Velázquez.

Preguntas finales

Señalaba anteriormente que una investigación de la índole de la acometida por Antonio Niño se alza sobre un friso de nuevas preguntas que, en el futuro, exigirán nuevos historiadores. Alguna de esas preguntas, no obstante, resulta lo bastante obvia como para haber solicitado algunas páginas más en el libro de nuestro autor, por mucho que solamente fueran tangentes a su objetivo básico. Me refiero a las reflexiones que suscita la presencia de una imagen de Francia entre los españoles y que lógicamente no pueden reducirse a la oportuna mención de los corresponsales

franceses de Menéndez Pelayo o a las actitudes de algunos significativos compatriotas en orden a la guerra de 1914. En 1940, un profesor alemán en España, Hans Jureschke, publicó un volumen, *España ante Francia*, que, al lado de su buena información, no ocultaba el lamento y hasta el vejamen por un encandilamiento hispánico que él veía como un desvío de la verdadera luz del espíritu y de los auténticos intereses nacionales que llamaban a nuestro país al lado de Alemania... Y es curioso que hayan sido conservadores berroqueños y poco dados a los lujos de la razón —pensemos en el Ricardo León, propagandista germanófilo de 1914— los grandes defensores de su idea de lo alemán, a la vez que quienes han bebido en fuentes alemanas su más viva experiencia formativa —pienso en los becarios de la Junta para Ampliación de Estudios— resultaran los más fervorosos aliadófilos. ¿Será que la derecha española es más prusianófila que germanófila, mientras que el complejo de inferioridad de nuestra izquierda intelectual la lleva del lado de la dificultad espiritual en tiempos de paz y del lado de la emoción política en tiempos de guerra? Conviene reconocer que las excepciones abundan tanto como los casos obedientes a la norma. Ortega, por ejemplo, combatió arduosamente contra su afinidad por el análisis y la sensibilidad franceses (digamos que contra su atractivo juvenil por Ernest Renan y su afición de siempre por la música y la pintura galas), y logró al final entronizar en su inteligencia y en su corazón una Alemania que era —ciencia pura y reflexión idealista— la legítima sucesora de la Grecia clásica... a la vez que abominaba del gregarismo social y político del segundo Reich. Pío Baroja, sin embargo, fue un galófilo convencido, a vueltas de su hostilidad por lo latino y lo cristiano, pero un germanófilo bastante singular y casi limitado a cierta beatería por la ciencia positiva y a una melomanía algo más seria. Quizá el francófilo más consecuente habría de ser, al cabo, Manuel Azaña, quien supo con bastante precisión que los límites de su radicalismo burgués y las esperanzas de su idea de sociedad civil se hallaban esbozados en el clima de la Tercera República: como ha destacado Juan Marichal con su proverbial finura, sus inconclusos tres *Estudios sobre política francesa* (cuyo primer tomo, «La política militar», vio la luz en 1919) prefiguraron lo que, en 1931, fue su programa de gobernante: reforma funcional del ejército, secularización de la vida nacional por la separación de la Iglesia y del Estado, logro de una política electoral responsable. A cambio, el galicanismo de Azorín —recuérdense sus libros *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)* y *París bombardeado y Madrid sentimental*— oculta, tras el buen corte de ese traje, una mercancía averiada que remite a *Action Française* y al autoritarismo de Charles Maurras, por mucho que al fondo sonría Anatole France y perviva la ya vieja admiración por el escéptico Montaigne. Francia, Alemania, Inglaterra, Portugal, América... son también parte y referencia de esa historia profunda de España —la crónica de un difícil nacionalismo— a la que libros como el de Antonio Niño siempre nos aproximan un poco más. □

RESUMEN

Una vez que el entusiasmo romántico y la fe positivista hicieron de la literatura una disciplina universitaria, irrumpió un término, «hispanismo», en el que se agrupan, desde entonces, todos los que, desde fuera, han hecho de la cultura española objeto de estudio y análisis.

El profesor Mainer comenta en su trabajo una historia del hispanismo francés y aprovecha para intentar definir esta dedicación como concepto emocional y como paradoja viva, como vivencia personal de quien lo abraza como profesión.

Antonio Niño

Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España, 1875-1931

C.S.I.C. Casa de Velázquez-Société des Hispanistes Français, Madrid, 1988. XXX + 482 páginas. 3.500 pesetas.

La fiesta como imagen del soberano

Por Juan José Martín González

Juan José Martín González (Alcazarquivir, Marruecos, 1923) es profesor emérito de la Universidad de Valladolid, donde ha dirigido el Departamento de Historia del Arte. Es miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Entre sus obras más conocidas se hallan *El artista en la sociedad española del siglo XVII* y *Escultura barroca en España*.

El 2 de junio de 1953 se abrían las puertas de la abadía de Westminster, de Londres, para dar acogida a la selecta concurrencia que acudía a la ceremonia de coronación de Isabel II de Inglaterra. Todo el rancio ceremonial atesorado por la monarquía inglesa se desplegó en aras del mayor boato de la festividad. No importa que el peso político efectivo fuera escaso. La monarquía es un símbolo celosamente conservado por el pueblo británico que había que resaltar ante los ojos de asistentes venidos de todo el mundo. La fiesta sigue siendo el espejo de un estamento del más brillante historial. Pero ahora ya es reflejo melancólico de un poder perdido.

Por contraste, ¿dónde podrá hallarse un esplendor similar en acontecimientos donde el poder militar o político es efectivo? Si en la ceremonia a que hemos aludido el foco de atención es la personalidad de la reina, en las grandes festividades de nuestro tiempo el interés se reparte difusamente rehuyendo personalismos. Al término de la segunda guerra mundial se hizo un magno desfile. El paso de los soldados fue saludado con grandes aclamaciones. Allí estaban los generales victoriosos. Pero el triunfo era de todos; se celebraba la paz deseada y nadie estaba en condiciones de monopolizar la victoria.

Más conforme retrocedemos en la historia, se observa que entre fiesta y poder hay un entendimiento. Quien manda necesita la fiesta como un mecanismo de propaganda y de sostenimiento.

Roy Strong viene desde hace largo tiempo dedicado al estudio del espectáculo en función del personaje que lo promueve, en alianza con la preocupación que hoy existe sobre el arte de Corte. El espacio temporal que abarca se sitúa entre 1450 y 1650, bajo la rúbrica del Renacimiento. Su obra apareció en lengua inglesa en 1984; de 1988 es la versión española.



Jacopo de Strabourg inspirado en Mantegna, 1503: Los elefantes

Al tratarse de un estudio referido al Renacimiento, inevitablemente han de considerarse los antecedentes en los tiempos clásicos. La democracia ateniense no era el marco adecuado para producir un mundo festivo que exaltara las glorias del poder personal. Las grandes festividades hacen referencia a las divinidades o a las asambleas colectivas en las olimpiadas, donde las recompensas son tanto simbólicas. El culto a la personalidad en Roma resplandece en el emperador. Concentra el poder y la fama; la fiesta reclama su sitio. Para un emperador, la entrada triunfal en Roma constituye el sueño dorado. El arco de triunfo y la cuádriga imperial van unidos a la apoteosis de quien penetra victorioso en la Urbe. Después otras fiestas completarán el ciclo de la entrada. Lo que acontezca en el circo y en el teatro tendrá su convergencia en la figura del emperador que complace gustosamente al pueblo.

En la baja Edad Media, las fiestas adquieren brillo inusitado. El ideal caballeresco alimentaba la celebración de torneos en que se ponía a prueba el esfuerzo, la honorabilidad y el espíritu victorioso. El vencedor adquiere calidad de héroe, de hombre fiel y abnegado. El torneo se constituye en maravilloso espec-

táculo, en presencia del Rey, hacia el que se vuelven todas las miradas. Un multicolor aderezo de tapices, reposteros y banderas, el agudo sonar de las trompetas, el vocerío de las multitudes, convierten el torneo en una magna fiesta. La deslumbradora corte de Renato de Anjou acogió brillantes torneos, provistos de meticuloso ceremonial, en que lo poético y lo militar hallaban admirable armonía. Era de ver la magnificencia de la tribuna, que dominaba la amplia palestra. No era un espectáculo pasajero, sino que duraba varios días, mezclándose con otras actividades lúdicas. Con frecuencia los torneos se convocaban en ocasión de nacimientos o bodas reales. De esta suerte el torneo era la fiesta diurna, que habría de continuar con el banquete, animado con canciones, conciertos musicales, recitales y danzas. La suntuosidad fue apoderándose de la vida cortesana, sobre todo en Borgoña. Carlos V heredaría el ceremonial borgoñón, superando la pompa.

La realeza reclama esplendor, boato, «magnificencia». La fiesta reúne un aparato que apunta hacia lo maravilloso. El Príncipe debe militar en una región superior a la de los súbditos. Llegado a Rey, esta magnificencia deberá ser acrecentada. El heredero tendrá que

iniciar la trayectoria hacia lo sublime. Todo eso requiere una política del espectáculo, de la propaganda, de la imagen. Se propicia la mitificación de la sangre real. La poesía, la tramoya teatral, todo el variado atavío del traje, la heráldica, la etiqueta, forman la complicada trama artística que conduce a la exaltación de la personalidad real. Los súbditos quedan bajo el asombro de los artificios desplegados. Lo real es sinónimo de lo maravilloso. Muchos de los recursos utilizados son improvisados; constituyen arte «efímero». Mucho hay en la poesía de Jorge Manrique de evocación de estas vanidades espléndidas.

De la antigüedad romana se extrae el triunfalismo de la entrada en la ciudad. Arcos de triunfo, portadas y retablos constituyen las referencias arquitectónicas del solemne desfile del soberano por la ciudad. El grabado divulga la imagen del rey encaramado a un carro, a veces arrastrado por solemnes elefantes, el animal de la suprema pompa. Alfonso V de Aragón entró apoteósicamente en Nápoles en 1443, a través de una puerta de la muralla, en que Laurana representó en relieve al monarca transportado por una cuádriga. Numerosos dibujos elaborados por artistas famosos dan noticia de los arcos de triunfo y no menos cuantiosa es la relación de grabados.

La entrada se convierte en el auténtico signo del arte de gobernar en todas las monarquías europeas. Es verdad que la misma Iglesia cuida este aspecto. El comienzo de un pontificado debe arrancar de una solemne entrada. Tal acontece con los pontífices; pero asimismo se rodean de rico ceremonial las entradas de los obispos en sus diócesis.

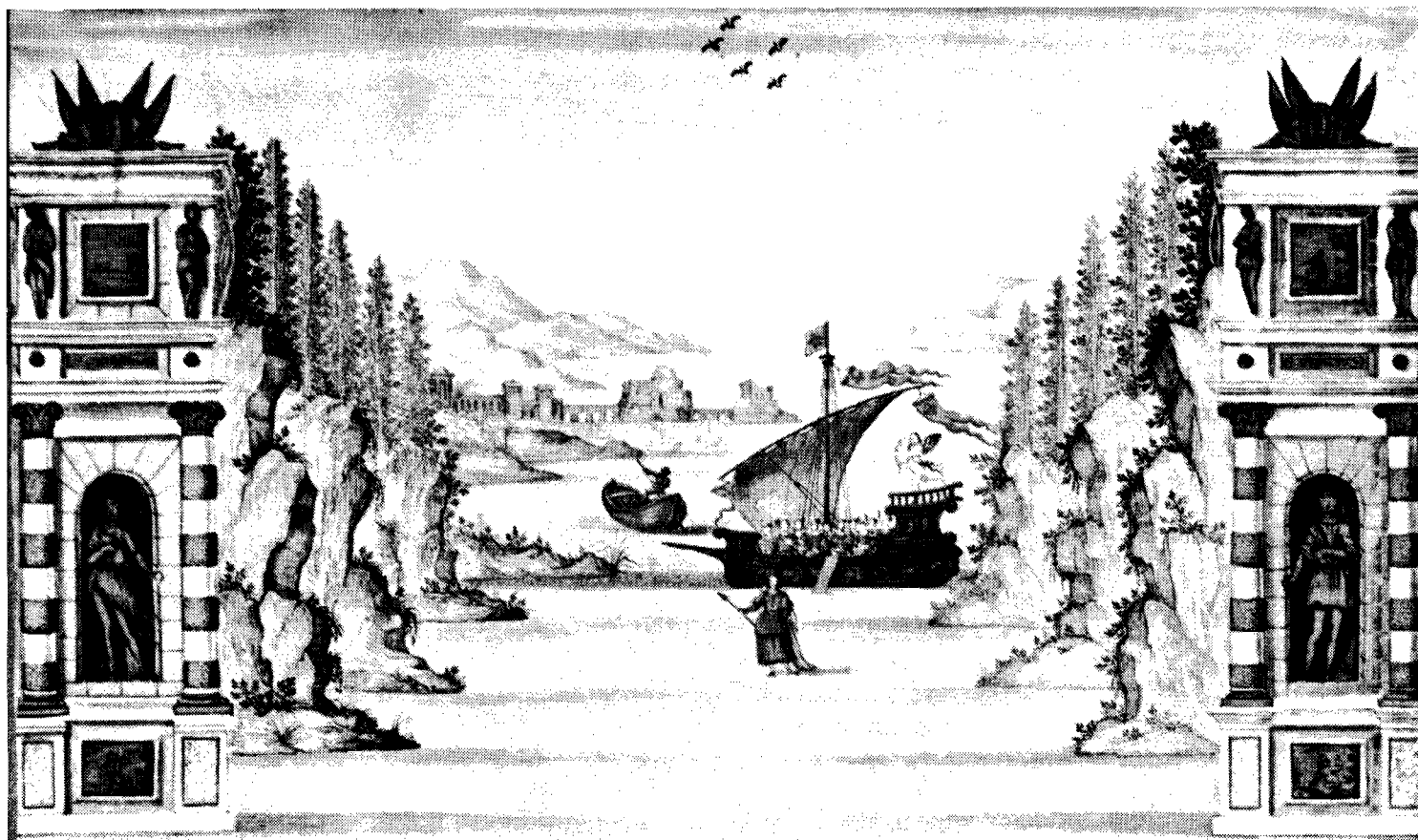
Prueba de lealtad

Strong observa la evolución del torneo medieval durante el Renacimiento hacia una forma teatral, con un tema que conduzca a la exaltación del monarca. Los nobles rompían su lanza como prueba de lealtad al soberano. Un complicado argumento, ambientado por la decoración, la música y la poesía, agiliza la trama, convirtiendo lo que fuera lid militar en un juego escénico.

El espectáculo en local cerrado es otra de las aportaciones del festival principesco del Renacimiento. El progresivo desarrollo del teatro favoreció el que la Corte dispusiera del suyo propio, dedicado a la exaltación del monarca. El disponer de abundantes recursos económicos fue circunstancia altamente propicia al esplendor de este tipo de teatro, orientado hacia la política. Otra aportación fue la del «ballet», que nace precisamente en el ambiente cortesano. El argumento es generalmente mitológico, el más apto para mitificar al príncipe. La acción se desarrolla a través de la danza y la música. Se atiende a la coreografía y la decoración para formar el ambiente ilusionista necesario. Las más hábiles tramoyas hacen aparecer y desaparecer personajes y escenarios. Es un mundo regido por la norma de lo maravilloso, imprescindible si se desea elevar al monarca.

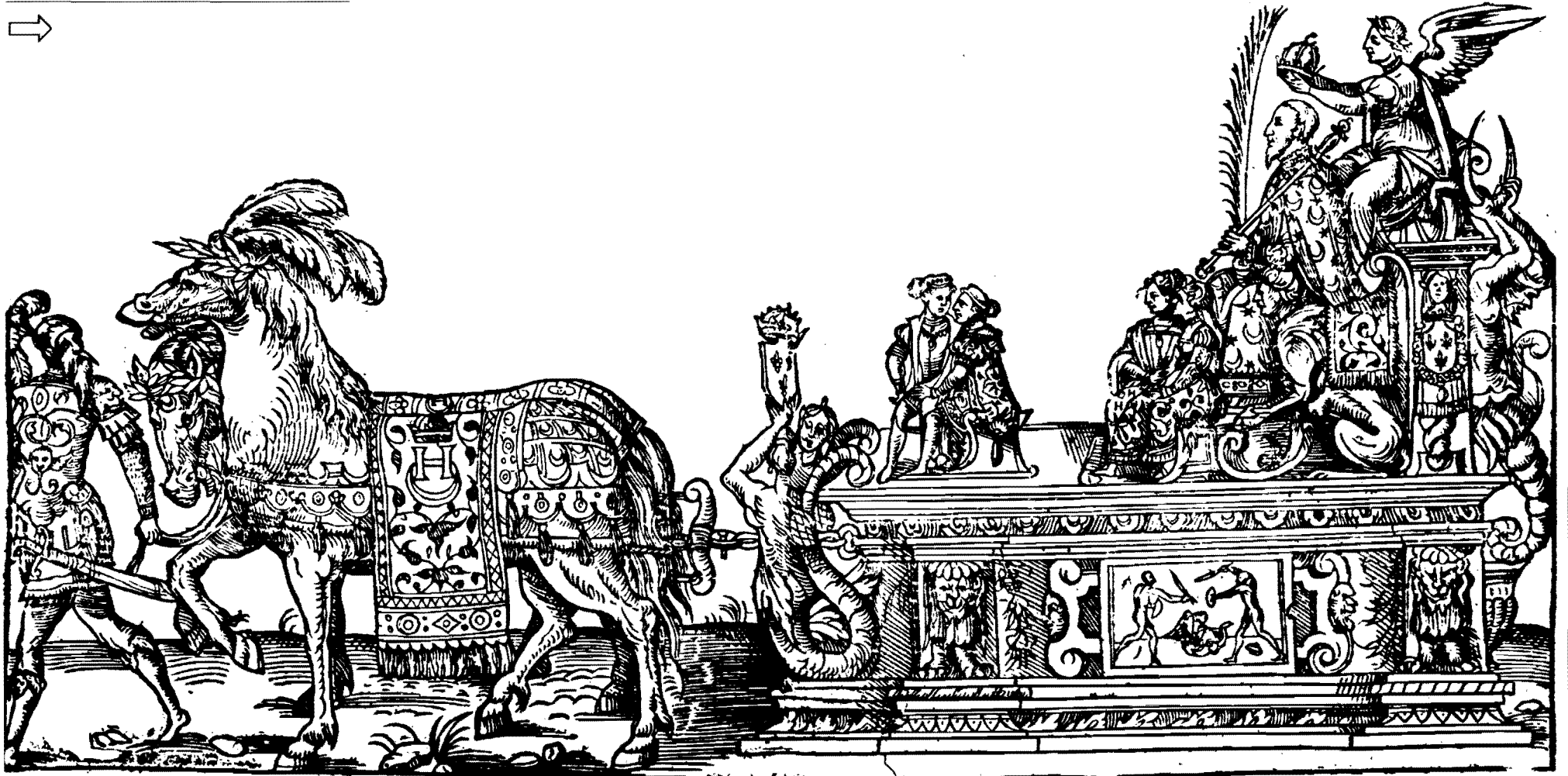
Pero también existe la danza en que han de intervenir los invitados. La indumentaria, la etiqueta, los elementos simbólicos hechos por escultores y pintores son manejados también dentro de una línea argumental en que resplandece la virtud del soberano. El hecho de que se empleen disfraces justifica el nombre de «mascarada». Si el ballet de Corte fue aportación de italianos y franceses, la mascarada tuvo especial cultivo en la Inglaterra de Carlos I Estuardo.

Teatro, ballet y mascarada requieren un local apropiado. En palacio aparecen el salón para fiestas y el teatro. La fiesta no se expone a la improvisación. Si el literato y el músico escriben de intención las obras para los príncipes, el local necesita el acondicionamiento



Escena del ballet *Hercole e Amore*, 1640: La hija de la duquesa de Saboya llega en un barco.

Viene de la página anterior



Entrada de Enrique II en Rouen, 1550: La carroza del rey.

to pertinente. Hay requerimientos de iluminación, funcionamiento y adorno. Es una arquitectura de Corte imprescindible en el cultivo de la imagen. A lo lejos se vislumbra el Salón de los Espejos de Versalles. El teatro Farnesio, de Parma, es la gran creación producida para satisfacer esta demanda principesca. Es teatro cubierto, con magno graderío y colosal escenario, preparado para desarrollar una ambiciosa acción teatral.

La escenografía constituye otro de los capítulos fundamentales, ya que el público tiene que proyectarse hacia la ilusión. El decorado es concebido con carácter móvil, a lo que contribuye el arquitecto versado en ingeniería. La maquinaria alcanza una prodigiosa perfección de raíz manierista. Técnica y arte estrechan sus lazos. La perspectiva también colabora. Sin el conocimiento científico de las leyes de la óptica no se hubiera ido muy lejos. Pero a la vez la perspectiva encierra un significado simbólico, en este caso enderezado a glorificar al monarca. Se concibe como un «orden» urbano sujeto a la disciplina del gobernante.

El modelo festivo de Carlos V

En 1519 era elevado a la categoría de emperador; el Sacro Imperio Romano Germánico recaía en su persona. De ello fue consciente y quiso ejercer en consecuencia. Gracias a Carlos V, los Habsburgo encarnan la suprema dignidad de ser emperadores de hecho. Si era dueño de una buena parte de Europa, los recientemente conquistados dominios americanos le convertían en un gobernante de poder universal. Su divisa, las columnas de Hércules, representan Europa y América. Si 1525 supuso la victoria sobre Francisco I, 1529 es el año del Saco de Roma, la mayor humillación del Papado.

Fue muy viajero; eso le mantenía fiel al ideal de los viejos soberanos romanos. De éstos captó la importancia de la entrada triunfal. No bastaba vencer; había que evidenciarlo y mostrarse victorioso.

Después del Saco de Roma, el papa Clemente VII acudió a Bolonia para coronar a Carlos V. El éxito de la ceremonia desbordó todas las previsiones. En 1530 se publicó una obra que da fiel testimonio de la ceremonia, que conocemos por el único ejemplar conservado en la Biblioteca Nacional. El acontecimiento tuvo lugar, en la iglesia de San Petronio de Bolonia, el 24 de febrero de 1530. El libro que conservamos constituye una muestra de todo el ceremonial seguido. Está valorado por una colección de láminas, debidas a Nicolás Hogenberg, sobre dibujos ejecutados por el holandés Martin Heemskerck. El tema es el del cortejo, en el que figuran las in-

signias de la Universidad de Bolonia; los altos representantes extranjeros que acudieron al acto, los soldados vencedores, el papa Clemente VII y el Emperador. Nada menos que cuarenta láminas ilustran el acontecimiento, lo que prueba el interés que tenía Don Carlos de que se hiciera propaganda del mismo. Numerosos arcos de triunfo jalonaron el espacio urbano seguido por el cortejo imperial. El estilo clásico había sido adoptado por el César, consciente de que ejercía de heredero de los romanos.

El viajero emperador trasladó el escenario a Túnez, donde alcanzó señalada victoria. El mundo habría de enterarse también por medio de sus triunfales entradas en Mesina, Nápoles, Roma, Siena, Florencia y Lucca. Nuevos arcos de triunfo saludarían al emperador. El de Mesina fue diseñado por Polidoro de Caravaggio. La recepción en Florencia coronó el proceso. Numerosos artistas, entre los que figura Vasari, trabajaron en el exorno de la población, regida por los Médicis. El modelo romano, basado en la entrada triunfal bajo arco, quedaba espléndidamente definido.

Tal modelo deseó transmitirlo y preparó un viaje triunfal para su hijo y heredero Don Felipe. En sus planes políticos entró el dejar al Príncipe asegurado con los dominios de los Países Bajos. Preparó un viaje por Italia, Alemania y Países Bajos. Comenzó a finales de 1548 y se extendió a lo largo del siguiente año. Solemnes entradas se hicieron en Génova, Milán, Mantua, Bruselas, Lovaina y Amberes. La entrada en esta última ciudad fue apoteósica. Numerosos arcos engalanaron el espacio y se efectuaron diversas ediciones ilustradas con grabados para dar a conocer el acontecimiento.

El modelo se complementa con las exequias. El 21 de septiembre de 1558 se produjo el fallecimiento de Don Carlos en el monasterio de Yuste. Las principales iglesias del imperio español celebraron solemnes funerales, levantándose grandes catafalcos. En 1559 apareció un libro dedicado a las exequias celebradas en Valladolid, en la iglesia de San Benito, con asistencia de Felipe II. Poseemos el grabado del túmulo en esta publicación debida a Calvete de la Estrella. El arquitecto Claudio de Arciniega diseñó el túmulo para los funerales celebrados en la iglesia de San Francisco de los Naturales, en la ciudad de Méjico. Pero nada igualó a la ceremonia fúnebre realizada el 29 de diciembre de 1558 en Bruselas. La imprenta Plantin publicó un gran volumen con treinta y cuatro láminas. Representó esta obra la codificación de un funeral egregio, sirviendo de modelo para la posteridad. El cortejo, la presidencia, los atributos heráldicos, y entre ellos las coronas que hacían referencia al monarca fallecido, constituían la trama del acto.

Con Carlos V se puso en marcha un proceso de incentiación de la fiesta conducente a la exaltación de la familia gobernante. Magníficas fiestas ofreció la reina viuda María de Hungría en su palacio de Bains. Consistieron en torneos, disfraces y episodios teatrales. Los festivales de la familia Médicis alcanzan su cima en los que ofreciera el gran duque Fernando de Toscana. Grandes «intermezzi» se celebraron en el Teatro Mediceo, equipado con todos los medios para lograr una dinámica escenificación. Era un paso firme en el logro de un teatro estable dentro del recinto palacial.

Los Médicis ampliaron su radio de acción. El duque don Fernando consiguió el matrimonio del rey Enrique IV de Francia con su sobrina María de Médicis. Florencia celebró el acontecimiento con notables fiestas.

Boato mediterráneo

La simiente de los Médicis alcanzaría a Inglaterra. En 1625 el rey Carlos I Estuardo casó con Enriqueta María, hija de Enrique IV y María de Médicis. El boato mediterráneo de la vieja corte de los banqueros de Florencia llenó el reinado de Carlos I. La pintura flamenca estuvo representada por una copiosa producción. Relevantes son el paso a Inglaterra de Van Dick y la pintura de Rubens en el Comedor de Gala del Whitehall de Londres. En éste se celebraron los grandes banquetes. La «mascarada», que entonces alcanzó su esplendor, requirió que se construyese un Salón de Máscaras separado. La mascarada encarna un género dramático representado por personajes que mantienen oculta su identidad mediante máscaras, hasta que al final se descubren en el momento en que se proclama la virtud de los reyes. Iñigo Jones no sólo fue el arquitecto de estos edificios, sino el inventor de las decoraciones. Espectáculo cortesano de moda, la mascarada supuso un acercamiento a la estética continental, fundiéndose pintura, ornamentación, poesía y danza.

La obra de Roy Strong, como él mismo reconoce, viene a ser una síntesis de numero-

sas investigaciones fragmentarias que versan sobre festividades, crónicas de viajes, composiciones literarias, ideas políticas, amén de muchas obras artísticas de la más diversa condición. Supone la irrupción de un tipo de libro absolutamente necesario que proclama la necesidad imperiosa de lo interdisciplinar, que progresivamente gana adeptos entre los investigadores.

Su tarea debe proseguir más allá de 1650. Aguarda toda la pompa artística del gobierno de Luis XIV. Es de agradecer la atención que ha prestado a España, significando la decisiva participación del emperador Carlos V. El espectáculo cortesano adquiere en la primera mitad del siglo XVII unos caracteres elevadamente artísticos en España. El portugués Tomé Pinheiro da Veiga ha narrado, en su obra *La Fastigia*, la celebración en Valladolid del natalicio del hijo de Felipe III y Margarita de Austria, que había de reinar con el nombre de Felipe IV. El nacimiento tuvo lugar el 8 de abril de 1605. La Corte estaba en Valladolid y con tal motivo el mundo entero había de celebrar el feliz arribo del heredero de la monarquía más poderosa que a la sazón existiera. Lo que especialmente llamó la atención del visitante portugués fue la prioridad del mundo del espectáculo. La etiqueta, la indumentaria, la música, la danza, las obras literarias, se juntaron para producir el más deslumbrador aparato festivo. Se fabricó un Salón de Saraos adornado con arquitectura efímera y donde se escenificaron obras literarias, se organizaron saraos y «máscaras». El salón, bien descrito por Pinheiro, vino a ser antecedente para el Salón de Reinos en el Buen Retiro, que Brown y Elliott consideran simbólico del ámbito que pregona la Virtud del Príncipe. Nos hallamos por tanto ante una arquitectura preparada para las fiestas de corte dentro del Palacio Real. Por otro lado, también a las entradas se dio especial relevancia, como acredita la de Felipe III en Lisboa en 1619. La ciudad recibió al monarca español con un cúmulo de arcos triunfales. De esta suerte, la fiesta como elemento de propaganda, como imagen del poder, tuvo en la Corte de España singular relevancia. □

RESUMEN

Roy Strong estudia los festivales de Corte como una programación meticulosa encaminada a lograr una imagen que favorezca lo mejor posible al promotor. Más allá de la

anécdota, la fiesta entra en el campo de la política. Según el profesor Martín González, este libro viene a demostrar el carácter interdisciplinar de los estudios de arte e historia.

Roy Strong

Arte y poder. Fiestas del Renacimiento. 1450-1650

Alianza Forma, Madrid, 1988. 319 páginas. 2.800 pesetas.

La economía del Sexenio revolucionario

Por Juan Velarde Fuertes

Juan Velarde Fuertes (Salas, Asturias, 1927) es catedrático de Economía Aplicada en la Universidad Complutense de Madrid y miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es autor de Flores de Lemus ante la economía española, Política económica de la Dictadura y El libertino y el nacimiento del capitalismo.

Cuando va a poner el punto final a su *Teoría General*, Keynes redacta así el colofón de su obra: «Las ideas de los economistas y de los filósofos políticos, tanto cuando son correctas como equivocadas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree. En realidad, el mundo está gobernado por poco más que esto. Los hombres prácticos, que se creen exentos por completo de cualquier influencia intelectual, son generalmente esclavos de algún economista difunto... Estoy seguro de que el poder de los intereses creados se exagera mucho comparado con la intrusión gradual de las ideas... (porque) tarde o temprano son las ideas y no los intereses creados las que plantean riesgos, tanto para mal como para bien.»

En su reciente libro *Apogeo del liberalismo en «La Gloriosa»*. La reforma económica en el Sexenio liberal (1868-1874), el profesor Antón Costas Comesaña adopta precisamente este método para estudiar cómo se transformó la realidad económica española desde la Revolución de septiembre hasta que Serrano da paso a la Restauración canovista. De ahí que señale que tiene para sí «que las ideas económicas y la actuación de determinados grupos reducidos de economistas son un factor de mayor importancia que los intereses económicos en la explicación concreta del porqué y cómo fueron posibles las reformas en sentido liberal de nuestro sistema económico».

Considera, pues, que medidas importantes «responden menos a la presión de los intereses económicos que a la ideología económica de los reformadores». Entiende por ésta lo que Albert O. Hirschman, un economista al que quizás aquí valoramos por debajo de lo que se merece, señala en sus *Estudios sobre política económica en América Latina. En ruta hacia el progreso* (Aguilar, 1964). Para éste, tal ideología es una «estructura intermedia cuya misión es forjar una relación causal plausible entre dos problemas distintos, poniendo en acción un mecanismo de persuasión que, en determinadas circunstancias favorables, permite al reformador desviar la presión social que generan ciertas situaciones y problemas económicos acuciantes que todo el mundo quiere solucionar, hacia aquellos problemas que al reformador le interesa abordar».

Con estos antecedentes doctrinales que, sin necesidad de bucear mucho, se observa tienen su entronque en la escuela del profesor Estapé, se nos va a relatar en el trabajo del profesor Costas tanto lo que sucedió en la economía española tras el destronamiento de Isabel II, como la explicación de esto a causa de la arrolladora entrada en el seno del poder político de la llamada «escuela economista» desde las primeras jornadas del levantamiento de septiembre de 1868.

El asalto al poder

Por supuesto que se había difundido en España la ideología económica liberal a partir del siglo XVIII. Recordemos, sin ir más lejos, la influencia de Adam Smith en Jovellanos y, entre los doceañistas, el caso señero de Alvaro Flórez Estrada. Sin embargo, no lo hace sin dificultades. Mencionemos las muchísimas que planteó fray Diego José de Cádiz a Lorenzo Normante y Carcavilla en la cátedra de esta materia en Zaragoza, la primera que existió en España, o lo que se relata en el ensayo de Manuel Martín Rodríguez *La institucionalización de los estudios de economía*

política en la Universidad española (1784-1857), estudio preliminar a la reciente edición de los *Elementos de Economía Política con aplicación particular a España*, del marqués de Valle Santoro (Instituto de Estudios Fiscales, 1989). En el fondo, lo que había concluido por arraigar era una especie de mercantilismo tardío por esperarse de él que fuese el vehículo capaz de acercar nuestra economía a la europea, que comenzaba a escapársenos impulsada por los vientos de la Revolución Industrial.

De todos modos, los grandes economistas liberales pasaron a gozar de extraordinario prestigio. Se iniciaron así juegos malabares para cohonestar lo que había arraigado como «sabiduría convencional» en nuestro pueblo y en nuestros gobernantes y lo que enseñaban los grandes maestros del llamado pensamiento clásico. Acertó Galdós a ofrecernos esta tensión al transcribir en su novela *Narváez*, de los *Episodios Nacionales*, una intervención de Mendizábal en una discusión arancelaria: «Yo, señores..., soy partidario del libre comercio, pero no desconozco que en espera de tiempos mejores hemos de conceder a nuestra industria una protección prudente.» Afianzaban estas aficiones sincréticas las noticias que circulaban sobre ciertas manifestaciones de Carey. Su recepción postrera la he encontrado en la obra de Antonio Robert *Un problema nacional: la industrialización necesaria* (Espasa-Calpe, 1943): el Reino Unido había maquinado destruir una enojosa y peligrosa competencia española por medios bélicos y políticos de todo tipo. Los catálogos de agravios eran considerables. Desde el bombardeo in-

glés de la fábrica de china del Retiro a intrigas y sobornos, la lista fue muy amplia. Con Gran Bretaña sólo podía emplearse no la sumisión admirada de Espartero, sino la mano dura de Narváez. Este, cuando «entregó sus pasaportes al embajador inglés con la firme resolución de quien se halla dispuesto a todo», era el ejemplo de lo que debía hacerse «cuando el Gobierno de la Gran Bretaña quiso injerirse en nuestra política, provocando descaradamente revueltas y conspiraciones», según las frases que sobre esto publicó José María de Areilza en *Embajadores sobre España* (Instituto de Estudios Políticos, 1947). La síntesis de lo que creía casi todo el mundo, ciudadanos y gobernantes, se encuentra en estos párrafos de otra novela de Galdós también de los *Episodios Nacionales*, *Los ayacuchos*: «Créame usted, señor don Fernando: la Inglaterra ha comprado a buen precio la ruina de nuestra industria algodonera, librándose por el medio más sencillo de un competidor formidable.»

Alterar todas esas ideas que, aunque nacidas entre nosotros ya en el siglo XVIII, ahora arraigaban con fuerza en el partido moderado, sólo podía hacerse por un grupo que estuviese muy convencido de que una política económica poco obvia era capaz de resolver buena parte de nuestros problemas. En gran parte todo procedía de la llamada «teoría de los costes comparativos», enunciada por David Ricardo desde el capítulo VII de sus *Principios*, pero puede que conocida por los españoles a través de las versiones de Cobden, persona muy capaz y que había visitado en campañas divulgadoras y de agitación libre-

cambista a España. Sin embargo, no puede dejarse a un lado a Torrrens. En una biblioteca española de economía, muy probablemente implicada de algún modo en el levantamiento de 1868 del almirante Topete, he localizado trabajos de Torrrens. Tampoco se debe desdén a Stuart Mill, que desarrollaría después todo esto. Pero, ¿cómo convencer a casi todos de que lo racional no era especializarse en lo más barato, sino en aquello en que se tenía una ventaja comparativa mayor? Con todo este respaldo doctrinal, nuestro librecambismo llegó a pulimentar tanto la piedra para su honda, que en 1868 consideró posible abatir al Goliath mercantilista y proteccionista que parecía reinar como monarca absoluto de nuestra política económica.

Optimistas al poseer esta arma, los españoles pertenecientes a la liberal «escuela economista» se consideraron seguros y dispuestos, de paso, a enmendar los estropicios causados por la crisis económica de 1866, la iniciada con la bancarrota de la firma bancaria más importante del Reino Unido después del Banco de Inglaterra, la Overend, Gurney & Co., entidad que estuvo a punto de crear entre nosotros una institución alternativa del Banco de España.

Esta crisis se relacionaba con los trastornos provocados por la llamada «hambre de algodón», fruto de los desastres originados por la guerra de Secesión y por la sobreinversión de las compañías ferroviarias. Era lógico que la «escuela economista» estuviese dispuesta a la acción, porque el impacto de todo esto en España significaba el agotamiento del sistema protector ligado a Narváez. La carestía del algodón, la crisis de las subsistencias provocada por la escasez de trigo, impusieron algo así como un librecambio forzado para que las agitaciones populares no degenerasen en violencias mil. Al mismo tiempo, la represión del contrabando por parte de los últimos gobiernos de Isabel II para allegar recursos para la Hacienda, creó un contradictorio aparato interventor y proteccionista al aparecer mil y una aduanas interiores para vigilar las posibles defraudaciones al Fisco, con lo que se atentaba a la unidad del mercado nacional. Esto también exigía, a todas luces, un cambio radical en la política económica.

El apoyo de Prim

Se lanzó a ello la citada «escuela economista» por considerar que eran claras sus ideas. Por eso, según el texto del profesor Costas, «protagonizó un verdadero 'asalto al poder', ocupando aquellos cargos desde los cuales llevar adelante la nueva política. Laureano Figuerola en la cartera de Hacienda, Ruiz Zorrilla en Fomento, Luis M.^a Pastor como asesor de Figuerola, José M.^a Sanromá como subsecretario de Hacienda, Bona como director general de Tributos, José Echeagaray primero como director general de Obras Públicas y posteriormente ministro de Fomento, Gisbert en la Dirección General de Aduanas y otros miembros de la escuela ocuparon aquellos cargos en el gobierno provisional y en las comisiones de las nuevas Cortes Constituyentes desde las cuales pudieron influir y formular la nueva política liberal». A ese despliegue relatado por Costas debe agregarse la figura señera de Gabriel Rodríguez, sucesivamente subsecretario de Hacienda, diputado por Ciudad Real y senador por Puerto Rico.

Nada de este asalto al poder hubiera sido posible sin el apoyo de la espada de Prim. Es más, tras el asesinato del conde de Reus comenzó a liquidarse buena parte de la reforma económica llevada adelante por esta «escuela economista» capitaneada por Figuerola. Dirá Costas, con toda la razón, que «el fin de la coalición revolucionaria ocurrida a la muerte de Prim; la escisión posterior de los progresistas en 'radicales zorrillistas' y 'con-



STELLA WITTENBERG

Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

servadores sagastinos'; la insurrección carlista y, finalmente, el creciente localismo republicano, hicieron imposible aquellas condiciones que requería la buena marcha de la reforma».

Prim es, pues, el eje; Figuerola quien impulsa la rueda hacia una libertad doble: la que proporciona la reforma del arancel y la del mercado interior, porque al rebajarse los derechos se esperaba que disminuyese verticalmente el aliciente para el contrabando, con lo que carecerían de sentido normas que, para la pluma de Figuerola, significaban «desconfianza suma». Es más, consideraba éste que era posible provocar lo que hoy llamaríamos un «efecto Laffer», esto es, que la reducción de los tipos impositivos, al generar una actividad económica mayor, aumentase el rendimiento tributario. Costas lo transcribe así: «La reducción del contrabando y el aumento del comercio interior permitirían aumentar la renta de aduanas, rompiendo de esa forma el conflicto que en el viejo sistema proteccionista aparecía entre necesidades del Tesoro y facilidades para el comercio.» El ejemplo de la Zollverein, o unión aduanera germana, impulsaba a obrar en este sentido.

Medidas restrictivas

La rectificación, sin embargo, no tardó. Aún en el Sexenio, Camacho, en 1874, retornará a las restricciones en el tráfico interior de tejidos. En cuanto al exterior, Moret iniciará el abandono ya en 1871, y de manera aún más clara, Juan Tutau, en el período republicano, continuará el cambio de nuevo hacia el proteccionismo. Tutau fue ministro de Hacienda en el famoso «Gabinete de la pajarería», pues con él eran ministros Pi, Sorni y Chao, y basta pronunciar los nombres de los cuatro seguidos para entender el motivo del nombre. Desde Hacienda alteró profundamente las cosas, a pesar de afirmar su fe en «los principios económicos proclamados por los hombres que más coadyuvaron a la revolución de septiembre», al defender la necesidad de establecer «medidas un tanto restrictivas» con el Decreto de 30 de mayo de 1873, y esto para el comercio exterior y para el interior.

Todo indica que el cambio revolucionario en la economía se provocó por la combinación de Prim y Figuerola. El problema es que esta mezcla no era precisamente fácil. El héroe de los Castillejos, cuando se muestra espontáneo, es proteccionista. En una entrevista con Puig y Llagostera y el obrero Roca y Galés, según documenta bien Manuel Pugés en *Cómo triunfó el proteccionismo en España*. (La formación de la política arancelaria española) (Juventud, 1931), al exponer éstos al general las consecuencias que, según ellos, iban a tener los proyectos de Figuerola en la

producción industrial, provocaron esta enérgica reacción: «Sacrificaré mi posición y hasta los intereses políticos que represento en el Gobierno antes que permitir que la industria de mi país sea sacrificada al capricho de una escuela.» Una secuela de esto se relató así por Manuel Tuñón de Lara en su libro *La España del siglo XIX (1808-1914)* (Club del Libro Español, 1961): «En enero de 1869, el Instituto Industrial de Cataluña se había dirigido a Prim expresando razonadamente su oposición (a los planes de Figuerola). Al plantearse la cuestión en Cortes, todos los diputados catalanes hicieron bloque, desde los republicanos de izquierda, como Pi, hasta conservadores como Puig y Llagostera, pasando naturalmente por los progresistas Madoz y Balaguer, que de antiguo venían defendiendo a la burguesía del Principado. El debate tomó proporciones dramáticas. Figuerola insultó a Llagostera y entonces se dio el caso insólito —y aleccionador— de ver a Prim, presidente del Consejo, desolidarizarse de su ministro de Hacienda para defender a los industriales catalanes. Figuerola se levantó violentamente del banco azul.»

Escribe Costas: «¿Cómo explicar entonces que Prim, proteccionista declarado y con intereses textiles en Reus, nombrase primero y mantuviese después todo su apoyo político a Laureano Figuerola? La respuesta es importante, ya que sobre este último gravitó la mayor parte de la responsabilidad de la obra reformadora llevada a cabo en el Sexenio.» Pírala, en su *Historia contemporánea*, cree que tal apoyo se debe a que Prim consideraba que Figuerola era un hombre «capaz de trabajar largamente y con tranquilidad, poniendo orden en la Administración y responsabilizándose de las medidas que adoptara». Oliver Bertrand, en *El caballero Prim* (Destino, 1955), opina que esta simbiosis política se debe a la amistad existente entre ambos. Costas disiente, y creo que proporciona la respuesta acertada: «En el momento de proclamarse la Revolución, la escuela economista aparecía como el único núcleo capaz de ofrecer un programa económico alternativo al viejo sistema de política económica y un grupo de hombres para llevarlo adelante.» O lo que es igual, si Prim reaccionó como lo hizo fue por patriotismo.

Costas nos presenta los puntos esenciales del programa económico que se gestó en el núcleo de progresistas, demócratas y unionistas que dio sentido al alzamiento de septiembre, de acuerdo con la síntesis efectuada por Diego Mateo del Peral. Era este proyecto muy liberal; exigía además una desamortización absoluta con mejoras para el proletariado; pretendía una reforma tributaria articulada alrededor de una contribución única directa; buscaba una reforma arancelaria librecambista; finalmente formularía un presu-

puesto de desarrollo al reducir los gastos improductivos y aumentar los productivos.

Tras recibir una Hacienda calamitosa y una economía en crisis, Figuerola tiene muy claro que ha de procurar que la economía española dé un salto adelante gracias a la ampliación del mercado interior y a la rebaja arancelaria. Después —el plazo eran seis años— vendría el despliegue de una reforma tributaria que mantendría el equilibrio presupuestario. De momento, sin embargo, tanto Figuerola como sus sucesores de la «escuela economista» —el más destacado, Echegaray—, para financiar el exceso de gasto público hubieron de recurrir al endeudamiento, a conceder el monopolio de emisión al Banco de España, a crear contra sus convicciones a largo plazo el Banco Hipotecario de España. Se encontraron atrapados estos economistas por un endeudamiento creado por una tremenda inestabilidad político-administrativa. Mientras tanto —y es una buena aportación del profesor Costas el desvelarlo— se puso en marcha por Figuerola lo que Costas denomina «proteccionismo dinámico», que dejaría paulatinamente de existir a lo largo de doce años. Hoy una política de ese tipo ha de calificarse como «clara y coherente». Sin embargo, los proteccionistas consiguieron que la opinión creyese que la rebaja arancelaria sería instantánea.

Viraje canovista

El viraje canovista nació, precisamente, de esa violenta oposición. No poca culpa tuvo un bloque de librecambistas destacados —Gabriel Rodríguez, Echegaray, Moret, el célebre masón Marqués de Sardoal— que se opusieron en las Cortes Constituyentes al cauto gradualismo de Figuerola. Este bloque radical-librecambista había sido derrotado, pero la opinión creía que Figuerola acabaría pensando lo mismo que estos cuatro. A pesar de todo esto, hasta que con el Arancel de Guerra de 1891 se separó definitivamente el rumbo del mercado por este Ministro de Hacienda, fueron evidentes «los efectos benéficos del

arancel de 1869 sobre la coyuntura económica de la época». Simultáneamente, es clara la expansión exportadora. Según los datos de Leandro Prados de la Escosura, la cobertura media de las importaciones por las exportaciones, que era de un 73 por 100 como media en el período 1850-62 y de un 70,4 por 100 en el período 1863-68, pasa a un 98,8 por 100 en el 1870-76. Dos grandes partidas impulsaron este progreso: el vino y los minerales. Naturalmente que esta última expansión, contemplada a la luz actual, «no deja de estar sometida a crítica».

El culto al espíritu liberal del Sexenio se nos muestra en más de un escenario. Tal es el caso del Código de Comercio de 1885, dando cuerpo «al capitalismo industrial y financiero español de la época», al revés de lo que había acontecido antes de 1869. Además, ¿qué decir de realidades tan positivas como un sistema monetario racional basado en la peseta a partir del Decreto de 19 de octubre de 1868, con lo que se liquidaron nada menos que 97 clases de moneda diferentes que convertían en un caos la circulación monetaria de entonces?

No fue mala, en su conjunto, no, la ideología aportada por los miembros de la «escuela economista». Sus resultados, desde la normalización monetaria a la expansión industrial, fueron positivos. Flores de Lemus se referiría con elogio a «las grandes reformas liberales de la Revolución». De todos modos hay que dar la razón a Miguel Artola, en *La Hacienda del siglo XIX: progresistas y moderados* (Alianza, 1986), cuando descalifica con dureza la situación hacendística del Sexenio al hablar del mismo como de «un proyecto revolucionario mal concebido... (que) enterró para un siglo el ideal progresista». Costas encaja todas estas piezas que parecen incompatibles en exceso. No se originó el fracaso porque la del Sexenio fuese una ideología absurda, incapaz de crear una realidad económica progresiva. Se debió éste al caos engendrado por los violentos bandazos provocados desde la muerte de Prim. El magnicida —o mejor, su inductor— supo golpear en el eje de la Revolución. Al quebrarlo, ésta comenzó a girar en el vacío, sin tino alguno. □

RESUMEN

La política económica del Sexenio revolucionario y las realidades derivadas se explican como fruto de una ideología gestada en la llamada «escuela economista». El gran conductor de la misma fue Laureano Figuerola,

quien desplegó una política económica muy racional, similar en muchos puntos a la desarrollada en España a partir del Plan de Estabilización de 1959, según Velarde Fuentes.

Antón Costas Comesaña

Apogeo del liberalismo en «La Gloriosa». La reforma económica en el Sexenio liberal (1868-1874)

Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1988. XII + 218 páginas. 950 pesetas.

La geografía económica española, a examen

Por Antonio López Gómez

Antonio López Gómez (Madrid, 1923) es catedrático emérito de Geografía en la Universidad Autónoma de Madrid, miembro de las Academias de la Historia y de Doctores de Madrid, ex director del Instituto de Geografía «Juan Sebastián Elcano» y vicepresidente de la Real Sociedad Geográfica. Es autor, entre otros títulos, de Geografía de las terres valencianes, El transporte urbano en Madrid y La población de Madrid.

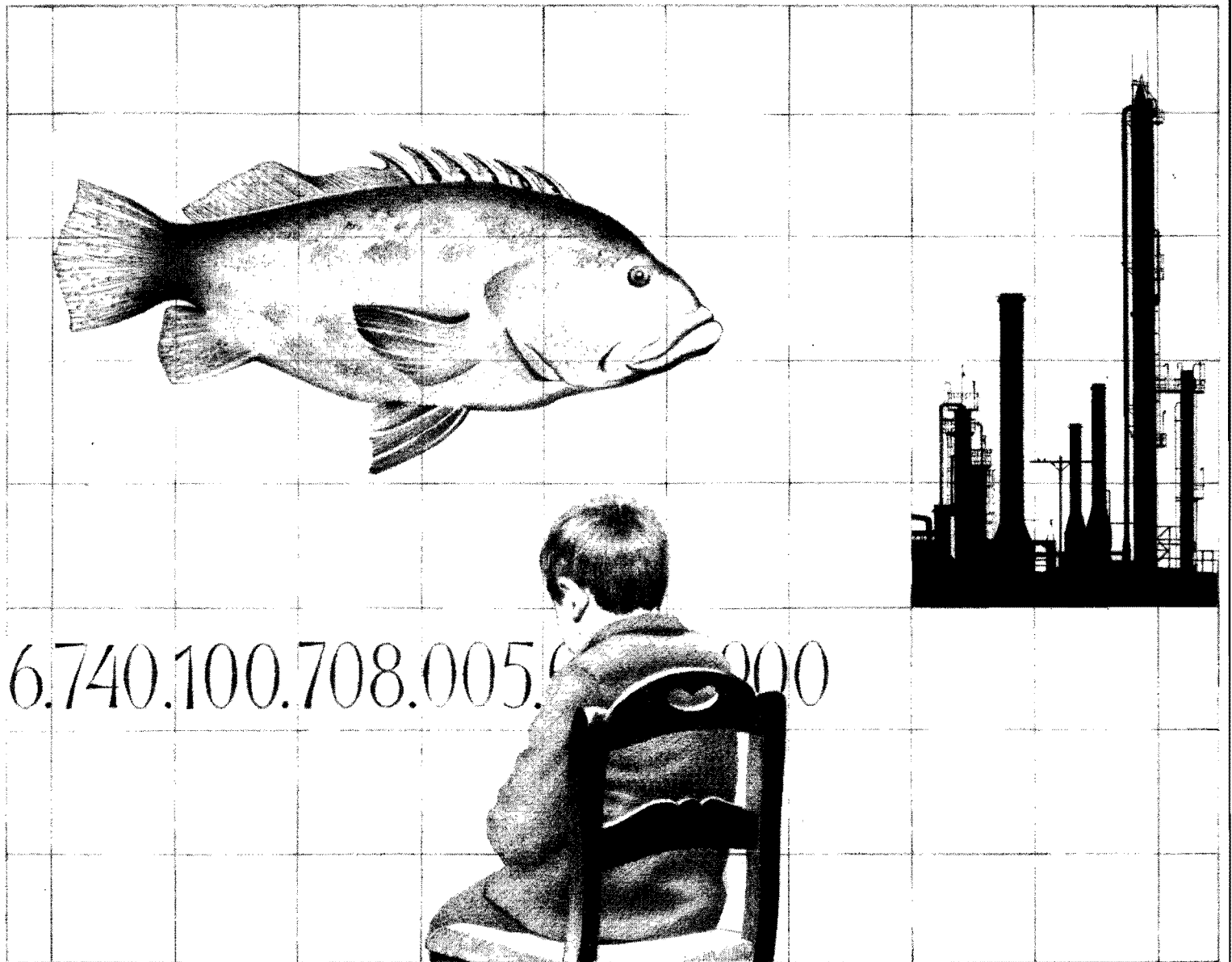
El interés por las cuestiones económicas españolas en Francia se ha acrecentado, sin duda, con nuestra entrada en la CEE, ya que supone para dicho país un favorable mercado industrial, pero también un rival en ciertos productos agrícolas; así, el libro de Huetz de Lempis llega en el momento más oportuno para facilitar el mejor conocimiento de España a los estudiosos galos (1)... y a muchos más, a nosotros mismos. Aunque no faltan prestigiosas obras españolas sobre geografía o bien sobre estructura económica, con ediciones recientes, no hay ninguna actual, extensa y unitaria, sobre Geografía Económica exclusivamente.

Este libro pertenece a una colección geográfica bien conocida, con cerca de 40 obras de las cuales más de una docena se refieren a Geografía Económica de tipo general o sobre espacios concretos. El autor de la que comentamos es uno de los geógrafos hispanistas más veterano y destacado; profesor en la Universidad de Burdeos III y especialista en temas agrarios, sin embargo se ha mantenido siempre atento a la geografía entera y no desmembrada en parcelas individualizadas en exceso que pueden desdibujar su unidad esencial. Buena parte de sus trabajos se refieren a España, con la que mantiene intensa relación científica y personal. No podemos aquí, obviamente, reseñar todos sus estudios hispánicos; solamente recordaremos algunos tanto de investigación como de síntesis. Hace una docena de años publicó su espléndida y extensa tesis doctoral sobre el viñedo del norte de España, incluyendo el valle del Duero, en dos gruesos volúmenes, resultado de largos años de trabajo; en 1969, una excelente monografía sobre el clima de Canarias; en 1972, una síntesis sobre Madrid; y en 1976, un volumen de 300 páginas dedicado a nuestra Patria en conjunto; allí, siguiendo una línea de gran tradición francesa, después de una extensa introducción sobre los rasgos físicos e históricos, analizaba los grandes espacios regionales, para concluir con los aspectos económicos generales y la situación entonces.

Visión espacial

En la obra actual apenas ha variado la introducción, y todo el resto se dedica al estudio de la Geografía Económica general, sin que falten, por supuesto, consideraciones regionales específicas. Es la visión espacial, la propia de un geógrafo: el país —la tierra y sus hombres— es lo sustantivo, en él las actividades económicas tienen diversas formas según los distintos territorios y a la vez son parte esencial en el conjunto. Sin entrar ahora en discusiones de detalle sobre el significado del «espacio geográfico», no hay duda que en su organización y modelado los hechos económicos, tanto los visibles como los funcionales, inciden de manera muy diversa pero decisiva. Investigar esos fenómenos en sus conexiones y modalidades es tarea del geógrafo que en ese caso se cumple de manera brillante.

Los actuales mecanismos económicos y políticos —difíciles de separar en múltiples ocasiones— tienen un gran impacto geográfico, y más ahora con el entramado comunitario europeo; pero también los del pasado han ejercido influencia notoria y dejado muchas huellas. Asimismo es esencial la consi-



FUENCISLA DEL AMO

deración del entorno geográfico total, desde los rasgos naturales (relieve, clima, etc.), como marco favorable o como obstáculo a vencer, hasta la población (estructura, dinámica, distribución) en estrechas relaciones.

Así la obra que comentamos comienza con una extensa introducción de más de medio centenar de páginas sobre aspectos físicos y humanos, con un esquema de los grandes conjuntos del relieve y la diversidad climática, sin olvidar la personalidad de Canarias, indispensables para entender aspectos básicos de las actividades agro-forestales, comunicaciones, turismo, etc. Después, en una apretada síntesis, se exponen con claridad los rasgos esenciales del pasado histórico hasta nuestros días, con un último apartado desde 1950 hasta hoy y subrayando, como es lógico, los aspectos de mayor incidencia económica. Pudieran parecer innecesarios algunos de estos capítulos; sin embargo, resultarán un útil recordatorio sobre todo para el lector francés al que se dirige la obra.

Otro capítulo se dedica a la población con sus espectaculares cambios desde comienzos de siglo y sobre todo en los últimos decenios. Subraya la caída de la natalidad, desde el 27 por 1.000 antes de la guerra civil al 12 por 1.000 en 1986; también la mortalidad, del 17 al 8 por 1.000. Así, el crecimiento natural ha sido alrededor del 1 por 100 anual, y la esperanza de vida ha llegado a setenta años; pero el envejecimiento aumenta con rapidez y los mayores de sesenta y cinco años suponen ya el 11,5 por 100, con todos los problemas que ello significa y más aún en el futuro próximo.

Fenómenos importantes son los movimientos migratorios, tanto los exteriores como los interiores, con el éxodo rural hacia las ciudades, que ha acentuado los desequilibrios en la densidad y la marcada concentración urbana: sólo las capitales de provincia suponen ya el 45 por 100 de la población total; así rea-

liza un conciso examen de pequeñas ciudades, capitales de provincia y de región, conurbaciones y las dos grandes metrópolis de Madrid y Barcelona. Concluye señalando la gran transformación social, con el alza del nivel de vida, desarrollo del comercio y modificación del género de vida. Todos los aspectos se exponen con la necesaria y suficiente precisión.

El estudio económico propiamente dicho se inicia con un capítulo dedicado a los grandes cambios desde los años 40. Analiza el papel del INI, fundamental en las actividades básicas como el carbón, siderurgia, construcción naval, etc., pero desde la crisis del 75 convertido en muchos casos en «hospital industrial» con fuertes pérdidas; después los planes de desarrollo y descongestión, con resultados decepcionantes en muchos casos, para concluir con la situación en el posfranquismo con la crisis, planes de reestructuración, etc., hasta la política económica actual, que califica de «muy prudente».

Cambio radical

Las grandes transformaciones han determinado un cambio radical en las actividades. La vieja afirmación de España como país eminentemente agrícola, valedera hasta hace unos decenios, ya no corresponde a la realidad: la población activa agrícola y pesquera baja del 46 por 100 todavía en 1955 al 16 por 100 en 1985; la industrial, incluida la construcción, sube del 28 al 32 por 100, y los servicios se duplican, del 26 al 52 por 100. Más acusado aún es el cambio en el producto interior bruto; no es que la producción agraria haya disminuido, es que las otras actividades han crecido de modo espectacular: en 1985 corresponde a la agricultura y pesca sólo el 6,5 por 100; a la industria, el 33,5; y a los servicios, el 60 por 100; con lo cual las rentas agrícolas siguen siendo inferiores a las de otras actividades. En

unas décadas el cambio ha sido total y España se incorpora al mundo occidental moderno.

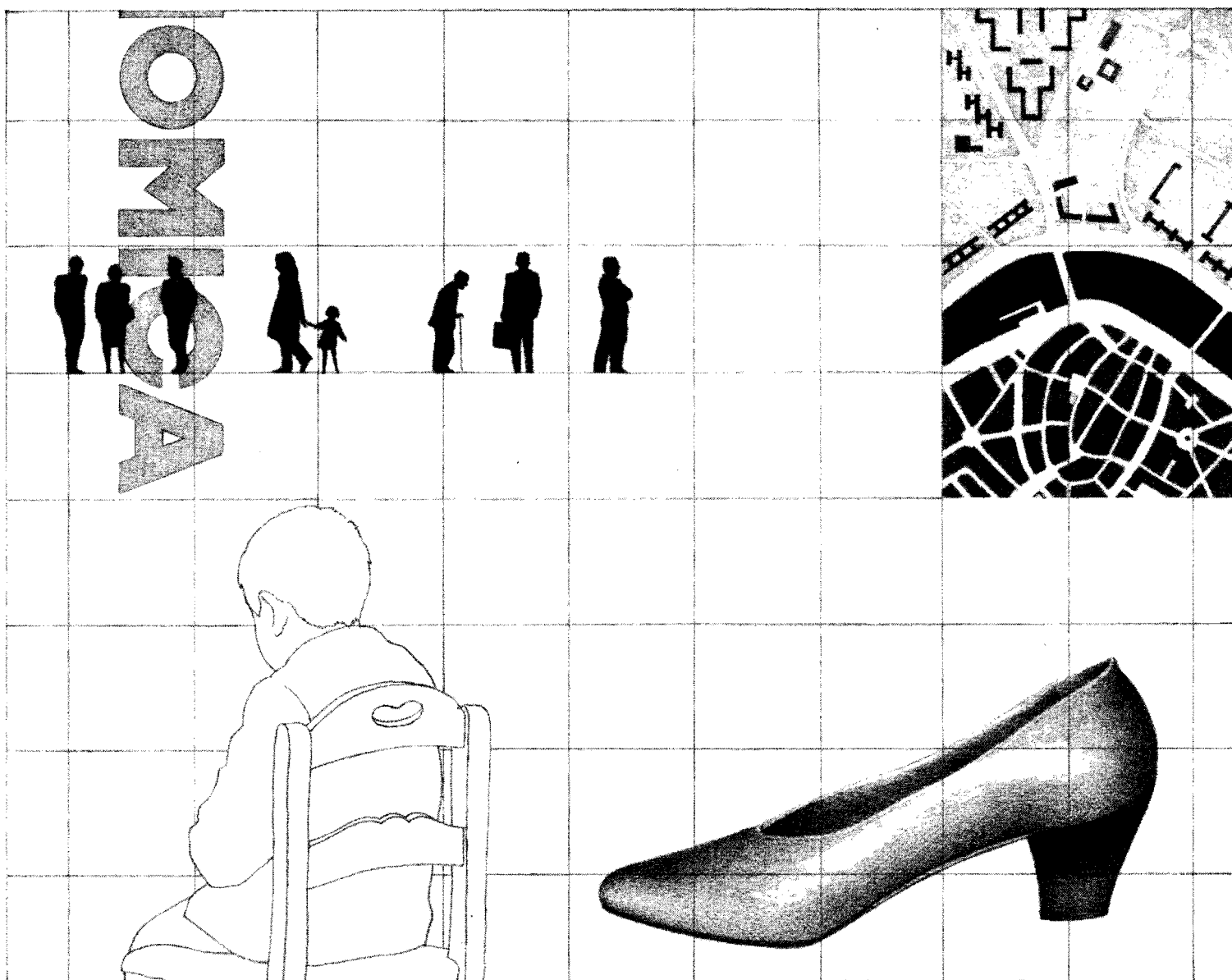
Otro aspecto destacado es la balanza comercial, con notable desequilibrio entre importaciones y exportaciones, ya que éstas sólo alcanzan una cobertura del 70-80 por 100, y en primer lugar ya las industriales, como se analiza brevemente. Sigue después la balanza de pagos, con el resultado favorable por el turismo, remesas de emigrantes e inversiones; analiza luego el sistema bancario, llegando a las fusiones últimas, y los aflujos extranjeros. Como resumen expone acertadamente la situación general con el relanzamiento económico, descenso de la inflación y el problema del paro.

Estos capítulos generales suponen en conjunto una introducción extensa y muy útil a las cuestiones esenciales. Un economista señalaría quizá demasiada concisión en algunos puntos, pero lo que en realidad intenta el autor, y lo logra perfectamente, es una visión global para el geógrafo en la medida necesaria para enmarcar las actividades espaciales, que son, en definitiva, el núcleo de una obra de Geografía Económica.

En ese núcleo se observa una gran diferencia en la extensión: 120 páginas se dedican a la agricultura y pesca, 70 al resto; si comparamos con la población activa o el producto interior, ya citados, hay claro desequilibrio. Ocurre a la inversa, aparte del distinto tratamiento de los temas, en conocidas obras de estructura económica, como la de Tamames. En el libro que comentamos quizá haya influido la especialidad del autor y posiblemente deba añadirse cierto aspecto académico, ya que los estudios de Geografía Agraria están bastante más desarrollados en España que los de otras actividades. En una Geografía General de España bien prestigiada, como la dirigida por Terán y Solé, en la última edición (1987)



Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

agricultura y pesca ocupan casi iguales páginas que el resto. Parece así que se trata de algo más profundo; los geógrafos españoles conceden gran importancia a las actividades agrarias por considerarlas decisivas en la mayor parte de nuestro territorio, aunque ocupen a menos personas y el resultado económico sea menor; ello enlazaría con la relación entre criterios espaciales y socioeconómicos, tema en el que no podemos entrar aquí, aunque sí apuntar nuestra opinión concordante con los que estiman necesaria la armonía y no la oposición, pero destacando el aspecto espacial, básico en geografía.

Volvamos a la obra que nos ocupa. Comienza el estudio agrario con la modernización y los desequilibrios en la propiedad, con acertada caracterización en las diversas regiones; después las políticas de concentración parcelaria y cooperativas en sus distintas formas, así como los avances técnicos: mecanización, abonado, desarrollo de industrias agroalimentarias y acción estatal. Otro capítulo se dedica al regadío, con detallada exposición; primero lo que suponen los ríos y su dominio, sobre todo en los últimos decenios de grandes avances, la acción del INC y del IRYDA, etc. En apartados diversos se estudian con precisión los distintos tipos de riego: derivados de los ríos, embalses, pozos, etc., sin olvidar formas de detalle como los de «boquera» con aguas de crecida, galerías, etc., así como los problemas actuales, por ejemplo salinización o agotamiento de acuíferos, para concluir con una acertada síntesis de los regadíos en las diferentes regiones.

Se analizan después los cultivos de cereales, destacando los aspectos básicos con la expansión fulgurante de la cebada (piensos por la creciente demanda de carne, industria cervecera): de 1,4 millones toneladas en 1956-60, sobrepasa al trigo en los años 70 y alcanza los 6-8 millones toneladas en los 80 y hasta 10 millones en años muy buenos, con una superficie

de más de cuatro millones de hectáreas, ahora el doble que el trigo. En éste la extensión se ha reducido notablemente, a unos dos millones de hectáreas, la mitad que en los años 50, pero se mantiene la producción de 4-5 millones toneladas merced al mejor rendimiento unitario. Estudia después el autor las diversas regiones cerealistas y los problemas del déficit de maíz, a pesar de su aumento a más del doble, y exceso de arroz. Luego las leguminosas y hortalizas, sin olvidar cuestiones tan actuales como los cultivos forzados o los problemas que se plantean con la entrada en la Comunidad Europea, y después los cultivos industriales: algodón y su reciente relanzamiento, auge del girasol, problemas del tabaco y del azúcar, etc. En otros capítulos se consideran la arboricultura (agrios, olivo, etc.) y, con especial minuciosidad —el tema es caro para el autor—, la vid y el vino en las distintas regiones y los problemas frente a la CEE. Finalmente la ganadería, especialmente la lanar, bovina y porcina en sus formas tradicionales y modernas.

Nuevos problemas

Al estudiar los bosques y tierras incultas se expone primero la cobertura vegetal en los distintos tipos regionales, para analizar después los aprovechamientos, repoblaciones modernas, incendios, etc., y nuevos fines como los parques naturales, caza y protección de especies. Bien estructurado es también el capítulo dedicado a la pesca: evolución, problemas actuales, tipos de pesca, regiones pesqueras, etc.

Como resumen general de estos capítulos ha de apuntarse la precisión, destacando todos los aspectos esenciales, y la evolución, sobre todo la reciente, señalando en cada caso los nuevos problemas que supone la integración europea; con ello se acrecienta la utilidad

de la obra, resultado de un profundo conocimiento por el autor de nuestra realidad actual.

Las fuentes de energía han experimentado cambios notables en los últimos decenios con el estancamiento de la hulla (alrededor de diez millones de toneladas), mientras que el lignito salta de manera espectacular (desde menos de tres millones en 1970 a más de 20) en relación con la producción termoeléctrica; es muy escaso el petróleo y con notorio descenso en los pocos yacimientos; en cambio, se desarrollan las refinerías, se extienden los oleoductos y el gas experimenta rápido aumento. En la electricidad se destaca una gran expansión con notables cambios: la hidráulica se estanca y baja de dos tercios al 20 por 100; sube en flecha la térmica, que desde el alza de precios del petróleo, en su inmensa mayoría se produce con carbón; la nuclear alcanza ya el 25 por 100, pero los nuevos planes energéticos han detenido su expansión.

En otro capítulo, «De los metales a la química», se consideran la minería del hierro y la siderurgia, con sus orígenes y progresos después de la guerra hasta la reconversión, con sus múltiples problemas de reducción de trabajadores, cierre de fábricas, necesidad de exportaciones, problemas en la CEE, etc. Muy brevemente se refiere a los otros metales y al cemento; entre las industrias químicas se des-

taca la petroquímica y los abonos. Después se consideran las industrias de bienes de consumo, entre las cuales incluye el material de transportes, con especial detalle para la industria del automóvil, en rápido desarrollo, y la naval, con su crisis; siguen la textil, calzado, electrodomésticos, muebles, etc. Puede discutirse la sistemática en algún punto, pero siempre se expone lo esencial, aunque hubiéramos deseado encontrar más detalles en algunos casos, especialmente en la industria textil. Asimismo habría sido muy útil una síntesis sobre las grandes regiones industriales, de la misma manera que la realiza, con mucho acierto, en otras actividades.

Turismo y comunicaciones

En las comunicaciones desfilan las cuestiones básicas de la red de carreteras y los sucesivos intentos de mejora; la ferroviaria, con la mitad de la red actual electrificada y los intentos modernos de aumentar la velocidad, aunque el autor no puede llegar, claro está, a los planes de los últimos meses. Concluye con los transportes aéreos y marítimos y unas demasiado breves líneas sobre las telecomunicaciones.

El turismo se analiza con el detalle que requiere su importancia: el 10 por 100 del producto interior bruto, el 11 por 100 de la población activa. Así estudia las causas, la evolución, origen del turismo, consecuencias del desarrollo, etc., sin olvidar los aspectos negativos sobre el paisaje y, en ciertos casos, sobre los hombres, salidas de beneficios fuera de la región y aun de España, etc., para concluir con el examen de las regiones turísticas.

Finaliza la obra con un esquema apretado, pero convincente, del desigual desarrollo de las regiones autonómicas.

Contribuyen a la mejor comprensión de las cuestiones expuestas 34 cuadros estadísticos y 35 figuras muy expresivas de los aspectos esenciales (quizá en la primera, alguna simplificación excesiva). En la bibliografía se mencionan las principales fuentes de documentación oficial, revistas, etc., y media docena de obras generales sobre España. La ausencia de la dirigida por Terán y Solé, en dos volúmenes, se debe, sin duda, a falta tipográfica, ya que en su otra obra sobre España la califica el autor de excelente. No hay duda tampoco de que Huetz de Lemps conoce bien la bibliografía, como lo demuestran esta obra misma y las citas en la anterior, cerca de 300, pero la drástica reducción realizada ahora parece quizá excesiva.

Se trata, en resumen, de una obra de enfoque geográfico preciso tanto en las cuestiones generales como en los análisis regionales, de gran claridad, más detallada en los aspectos agrarios. Presenta un panorama muy completo y al día de la Geografía Económica de España y cumple perfectamente su finalidad. Como excelente síntesis unitaria será muy útil para los geógrafos universitarios y para cualquier interesado, o simplemente curioso, de la economía española y su desarrollo espacial. □

(1) Pueden citarse también como estudios generales franceses anteriores: *L'Économie de l'Espagne*, de M. Drain, París, 1968, colección «Que sais-je?», y el más reciente de G. Cazes y otros *L'Espagne et le Portugal aux portes du Marché Commun*, París, Breal, 1985.

RESUMEN

En la obra de Alain Huetz de Lemps, uno de los más destacados geógrafos hispanistas franceses, se exponen con gran claridad, según el profesor Antonio López Gómez, los

rasgos más destacados de la Geografía Económica de España tanto en sus aspectos generales como regionales, presentando de la misma un panorama muy completo y al día.

Alain Huetz de Lemps

L'Économie de l'Espagne

Masson, París, 1989. 278 páginas.

Las Cortes castellano-leonesas en sus inicios

Por Francisco Tomás y Valiente

Francisco Tomás y Valiente (Valencia, 1932) ha sido catedrático de Historia del Derecho en Salamanca y en la actualidad lo es en la Autónoma de Madrid. Magistrado desde 1980 del Tribunal Constitucional, desde marzo de 1986 es presidente de dicho Tribunal. Entre sus obras pueden citarse El marco político de la Desamortización en España, Manual de historia del Derecho español y Gobierno e instituciones en la España del Antiguo Régimen.

Las instituciones políticas les cuesta nacer y les cuesta todavía más adquirir el «nomen iuris» con el que serán conocidas acaso durante siglos. Los historiadores de las instituciones solemos escribir el epígrafe de sus antecedentes y el de sus orígenes con notoria y consciente imprecisión, y cuando el alumno inteligente y pedante que nunca falta nos pide que abandonemos el lenguaje titubeante y que tracemos con claridad la frontera entre «precedentes históricos» y «primeros momentos de la institución», comprueba con fruición que no sabemos cómo salir del apuro. Ni el Estado, ni el Municipio, ni las Cortes «et sic de coeteris» tienen claro en sus respectivas partidas de nacimiento el día, el mes ni el año.

Y sin embargo, siglos después, al menos en este que termina, nos encanta celebrar centenarios y conmemoraciones a fecha fija. 1988 ha sido, con desigual exactitud, el año recordatorio de la muerte de Carlos III y el del «nacimiento» de las Cortes castellano-leonesas allá, según dicen, por 1188. Dejemos al rey ilustrado y concentremos la atención en la asamblea política castellano-leonesa.

Teoría de las Cortes

Forma parte de la condición del ser humano su afición a meditar sobre lo que es partiendo de lo que fue, y a menudo su complacencia en el presente le lleva a identificar con él un remoto pasado. «Somos demócratas, tenemos Cortes; en 1188 ya teníamos Cortes, en 1188 ya eramos demócratas.» El mecanicismo es así de simple y de peligroso. Los políticos no siempre se esfuerzan en sortear estos riesgos. Los historiadores, sí, salvo que sean ademiradores políticos. Martínez-Marina y otros historiadores proto-liberales nos dejaron no una historia, sino una teoría de las Cortes construida con inadmisibles transposiciones del presente hacia el pasado. Las conmemoraciones actuales podían haber acabado igual, pero, por fortuna, no ha sido así. Creo, como ha escrito Salustiano de Dios, que «ni el sistema constitucional actual precisa de apoyos ideológicos tan románticos, ni los medios documentales a nuestro alcance nos autorizan a continuar inmersos en la rutina».

Lo cierto es que, aunque no sea recomendable escribir la Historia a golpe de efemérides, ésta de las Cortes de 1188 ha servido para promover investigaciones múltiples, acumuladas, a través de la organización de tres congresos, en las correspondientes actas. Hubo reuniones científicas en Burgos (1986), Salamanca (1987) y León (1988) organizadas por la Comunidad de Castilla-León y por las uni-

versidades sitas en su territorio. Hace meses, todavía en 1988, se han publicado las actas del Congreso de Burgos bajo el título de *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Media*, y en ellas quiero centrar mi comentario.

No sin antes señalar que, al margen de estos congresos, las Cortes son uno de los temas historiográficos de moda desde hace algunos años, sin duda por esa influencia del presente sobre la retina de quienes miran profesionalmente el pasado.

Rigor científico

Ahora y no antes ha sido traducido el libro de la fallecida profesora Evelyn Procter (1986). En la *Revista de las Cortes Generales* han aparecido artículos tan sólidos, polémicos y notables como los de Pablo Fernández Albadalejo (I, 1984) e I.A.A. Thompson (8, 1986); Oliveira Serrano ha publicado (1986) una extensa monografía sobre *Las Cortes de Castilla y León y la crisis del reino (1445-1474)*. El registro de Cortes; Juan Manuel Carrero Zamora es el autor de otro libro de muy expresivo título: *Cortes, monarquía, ciudades: Las Cortes de Castilla a comienzos de la época moderna (1476-1515)* (Ed. Siglo XXI, 1988); Salustiano de Dios ha fijado su atención en «La evolución de las Cortes de Castilla durante el siglo XV» en un breve pero denso estudio (manejo separata del mismo con indicación de que pertenece al libro ¿colectivo? *Realidad e imágenes del poder*); y si a mis manos, ocupadas ahora en otros menesteres, han llegado estos trabajos sin buscarlos, debo pensar que algunos otros habrá sobre el mismo asunto que el lector interesado encontrará a poca diligencia que ponga en el empeño. Me apresuro a declarar que todos los que conozco y cito tienen como denominador común el más depurado rigor científico. La tentación oportunista no ha cegado esta vez a los historiadores, quienes, llevados o no por la moda y la ocasión, han hecho sólo ciencia. A todos ellos mi felicitación exenta de sorpresa.

¿Qué se desprende de los dos gruesos volúmenes excelentemente impresos sobre las Cortes castellano-leonesas en la Edad Media? Algunas conclusiones firmes y no pocos puntos en discusión. Trataré de resumir de una y otra serie lo que más ha llamado mi atención.

El principal trabajo sobre los orígenes es la ponencia de Carlos Estepa, que si de algo peca es de cierto criticismo positivista; aunque, bien mirado, vale más este mérito que el demérito contrario. Hubo un proceso histórico de entrada en la Curia, junto a los magnates, de unos «milites» que Estepa razonablemente califica como miembros de la baja nobleza, y que considera muy próximos a los «boni Homines Civitatis», esto es, a los burgueses de unas villas y concejos de naciente y creciente importancia económica y, por ende, política. En las reuniones conocidas como Cortes de 1188, 1202 y 1208 aparecen los «cives», término general oponible al de «Principes terrae» (alta nobleza). Estepa, cautelosamente escribe: «El término ('cives') es por tanto muy vago y lo que está dando a entender es que se trata de los principales de la ciudad y de sus territorios, que a mediados del

siglo XII todavía suelen identificarse casi exclusivamente con una baja nobleza.» No se trata de un hecho repentino, no estamos ante la entrada en escena de unos representantes electivos de las ciudades, conocedores «ab initio» de su papel histórico. De nuevo contemplamos no un acontecimiento sino un proceso. Pero el caso es que en esas reuniones de finales del siglo XII y comienzos del XIII aparecen, llamados por el rey, en su Curia unos «boni homines burgueses» que, sin dejar de ser miembros de la nobleza inferior, proceden de unos «grandes concejos urbanos» y, al parecer, son convocados a causa de esta procedencia, de modo que aunque no hay todavía una representación corporativa organizada, «lo que cuenta es la entidad llamada concejo» y su presencia en la Curia. Estepa termina diciendo que las Cortes de 1188, 1202 y 1208 fueron unas asambleas que «difícilmente podremos llamar Cortes» pero que son su «antecedente inmediato». En anteriores estudios del mismo historiador y, por otra parte, de J. M. Pérez Prendes se había ya puesto en duda la existencia de tales «Cortes de 1188» y se había defendido la sospecha de que el documento que conocemos como Decretos de aquellas «Cortes» no fuera de esa fecha y/o estuviera manipulado. Ahora, en esa línea crítica y analítica, la hipótesis que sirve de pretexto a la conmemoración no queda desvirtuada, sino más bien matizada y enriquecida, aunque, como apuntábamos al comienzo de este comentario, difuminada en el tiempo.

Carácter medieval

Las excelentes aportaciones de O'Callaghan y, sobre todo, de Julio Valdeón insisten, respectivamente, en el carácter medieval (en modo alguno «parlamentos modernos» antes de hora) y en la importancia de tales asambleas —tras el desprecio con que las trató Pedro I— en los reinados de los primeros Trastámaras Enrique II y Juan I. Valdeón roza el polémico problema de la naturaleza de las Cortes. ¿Simple expresión del deber feudal de «consilium», o copartícipes junto al rey de la potestad legislativa? Valdeón no se pronuncia de modo rotundo. Quienes como Colmeiro y Pérez-Prendes apoyan el carácter de órgano consultivo dentro de la monarquía feudal, valoran la evidente importancia política de las Cortes en la segunda mitad del siglo XIV como intento frustrado de control político de la monarquía por las Cortes. A mi entender, rápidamente expuesto y, por tanto, exento de matices, ni las Cortes fueron nunca (ni siquiera en esos decenios de apogeo) copartícipes con la monarquía del poder legislativo (tesis que implica la proyección a los siglos del bajo medio de los principios de la monarquía constitucional, con notorio anacronismo romántico o liberal), ni fueron sólo expresión de un deber feudal de consejo. Equivalían al Reino, se correspondían con la estructura estamental de éste y, como asamblea política, tuvieron el poder que en cada momento lograron alcanzar. A veces colegislaron o, al menos (Valdeón), fueron el «escenario apropiado para el anuncio de las nuevas disposiciones legislativas»; cuando pudieron, sentaron el principio de la prioridad del Derecho aprobado en Cortes (ordenamientos); aprovechando ocasiones propicias, decidieron sobre la regencia durante las frecuentes minorías de edad del rey; su capacidad para aprobar o conceder servicios y para intervenir más o menos en la fiscalidad regia fue «abundante y continua» (M. A. Ladero), si bien el éxito de su intentado control dependió de complejas y movidas circunstancias. Es cierto, como escribe Ladero, que «la contextura política de la Corona de Castilla, las relaciones de poder entre sus diversos sectores sociales, impedía que madurase una vinculación de control estamental a la que la Corona hubiera de sujetarse». Pero siendo como eran, por decirlo con palabras del mismo M. A. Ladero, «una pieza esencial

de la maquinaria de relación rey/reino», no creo que su «continua función» fuera simplemente una función de consejo. No hay espacio para la polémica abierta.

Dispongo todavía de alguno para referirme a las ponencias incluidas en el área cuarta (volumen II), que por su contenido institucional son las que más me interesan. Benjamín González Alonso ha escrito unas preciosas páginas sobre los programas políticos de la monarquía y de los estamentos durante el bajo medievo castellano y sobre el papel que en ellos (opuestos entre sí) jugaron las Cortes. Unas Cortes cuyo motor impulsor fue ya entonces el estamento concejil, enfrentado tanto con la monarquía como con la nobleza. Si (pág. 229) «no era fácil conciliar el reforzamiento de la monarquía con la presencia de unas Cortes activas y exigentes», ello quiere decir, a mi entender (y vuelvo al problema de la «naturaleza» de las Cortes), que éstas componían una verdadera asamblea política, de poder oscilante ciertamente, pero no reductible a la aportación de una mera función consultiva. Suscribo íntegramente las palabras de González Alonso sobre la importante intervención de las Cortes como orientadoras, a través principalmente de los procuradores municipales, de la política legislativa de la monarquía. Su tesis sobre la naturaleza legal de los cuadernos de peticiones promulgados por el monarca como titular único de la potestad legislativa es matizada y convincente (págs. 232 a 236). En última síntesis: el objetivo de las ciudades castellanas consistió en limitar el poder regio y trataron de conseguirlo «en Cortes» a través de la aceptación y cumplimiento por el rey de lo que «en Cortes» se ordenara y promulgara. Programa moderado, sí, pero que pone de manifiesto la importancia de las Cortes como asamblea política.

Aparato del poder

La ponencia de Salustiano de Dios es en cierto modo complementaria de la anterior. El fortalecimiento de la Corte, esto es, del aparato de poder centralizado en torno al rey, produjo el gradual y progresivo «control de las Cortes por la Corte». El proceso de centralización se acentúa en el siglo XV. De modo simultáneo decaen las Cortes. La Corona de Castilla caminaba hacia un absolutismo que, paradójica pero interesadamente, fomentaron (es la tesis de S. de Dios, aquí sólo apuntada, pero ya sugestiva) los señores laicos y eclesiásticos.

Las notables ponencias de José Luis Bermejo y de M. González Jiménez completan una sección de máximo interés para el historiador del Derecho.

Los dos volúmenes, vistos en conjunto, contienen estudios valiosos para la historia institucional y también para la social o la económica. Quiero destacar finalmente la colaboración entre historiadores pertenecientes no sólo a distintos sectores o especialidades, sino a universidades españolas y extranjeras. Las ponencias de O'Callaghan, F. J. Fernández (Ottawa, Canadá), Angus Mac-Kay, J. Gautier Dalché y P. Linehan ponen de manifiesto que la colaboración entre estudiosos es más fecunda si, como en este caso, no reconoce fronteras políticas. □

En el próximo número

Artículos de Vicente Verdú, Francisco Ayala, Gabriel Tortella, José María Jover, Ramón Pascual, José María Torroja y Claudio Prieto.

RESUMEN

Aunque en Historia cuanto más allá se remonte más impreciso resulta dar una fecha concreta, el año pasado se conmemoró el 800 aniversario del «nacimiento» de las Cortes castellano-leonesas. Las actas, en dos volúmenes, de un congreso que tu-

vo lugar en Burgos, le dan ocasión al profesor Tomás y Valiente, presidente del Tribunal Constitucional, para traer a estas páginas un tema historiográfico tan en boga como el estudio de las instituciones parlamentarias.

Autores varios

Las Cortes de Castilla y León en la Edad Media

Actas de Congreso (1986), Junta de Castilla y León, volúmenes I y II. 1988. 426 y 605 páginas.

El castillo de la escritura

Por Vicente Verdú

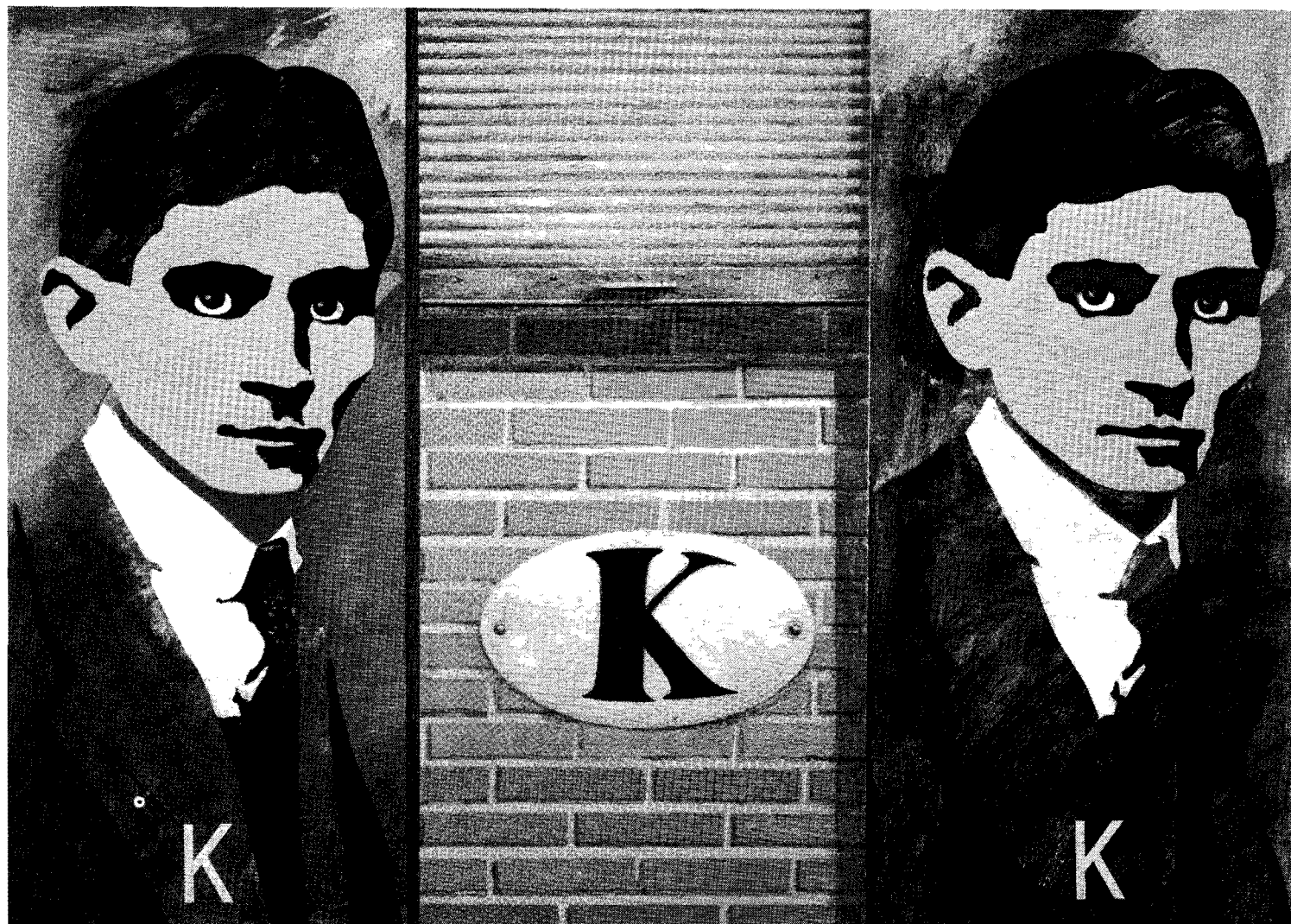
Vicente Verdú (Elche, 1944) es licenciado en Económicas y periodista. Ha sido redactor jefe en «Cuadernos para el Diálogo» y jefe de Opinión y de Cultura del diario «El País». Fue finalista en el premio Anagrama de ensayo con el libro *Días sin fumar*. Es autor, también, de *Noviazgo y matrimonio en la burguesía española* y *El fútbol: mitos, ritos y símbolos*.

Aunque Franz Kafka empujó buena parte de su vida demostrando que distaba mucho de ser un personaje kafkiano, es notorio que fracasó en su propósito. Pese a la biografía básica de su amigo Max Brod, pese a los abundantes escritos de su correspondencia, especialmente con Felice y Milena, y por encima de sus meridianas confesiones en los *Diarios* desde 1910 a 1923, la idea imperante es que en el escritor checo se cumplía un personaje enigmático y torturado. Nada menos conveniente, sin embargo, para entender su vida personal y literaria, contumazmente bañadas, o encharcadas, con una luz tenebrosa. El reciente libro de Joachim Unseld, *Franz Kafka. Una vida de escritor*, es, frente a lo convencional, un sosegado y persuasivo alegato a favor de la normalidad psicológica del personaje, centro de una biografía en la que efectivamente se sucedió la soledad y el desaliento literario, pero también el amor, el deporte y la razonable pugna por triunfar públicamente.

Joachim Unseld es editor e hijo del acaudado y prestigioso editor Siegfried Unseld, director general desde 1959 de la casa Suhrkamp, que edita hoy 500 títulos anuales, entre ellos de españoles como Juan Goytisolo, Eduardo Mendoza o Sánchez Ferlosio.

La figura del editor

El conocimiento de la actividad editorial le es más que familiar y ello le ha permitido investigar en el entorno de las publicaciones que acogieron los escritos kafkianos. Precisamente en el curso del libro se destaca el relevante papel que en las primeras décadas de este siglo desempeñaba la figura del editor, estimulador, orientador y, en ocasiones, mecenas de algunos escritores, entre los cuales aspiró a figurar, sin conseguirlo, el propio Kafka. Kurt Wolff, su editor casi universal, gerente de la editorial Rowohlt, era entonces un referente capital de las modas culturales, y contrastarse entre sus favoritos propiciaba, si no ga-



ALFONSO RUANO

rantizaba, una privilegiada atención de la crítica y de los mejores lectores. Kafka perteneció a la editorial y podía haber disfrutado de tales ventajas, pero el temple de uno y otro, autor y editor, más una serie de circunstancias sin fortuna, impidió que la relación culminara felizmente. Unseld describe a este propósito la frustración que a Kafka le supuso mantener con su temperamental editor apenas dos efímeros encuentros poco significativos y siempre en presencia de otras personas. La razón de esta exigua relación se carga tanto a la timidez del autor como a la continua mediación de Max Brod, el persistente amigo de Kafka, que oficiaba, valiéndose de su cordialidad y de su fama, como un agente.

La obsequiosidad de Max Brod, a la que Kafka debía agradecer su introducción, por precaria que fuera, en los círculos cultos de Praga y Berlín, además de la publicación de sus cuentos y buena parte de la crítica favorable de su primer libro (*Meditaciones*, 1912), le cegó la oportunidad de mantener mayores nexos o de ampliarlos, en el caso de la editorial Rowohlt, más allá de una correspondencia nerviosa que Kurt no recibió con simpatía. En suma, si como testimonia Unseld el vínculo entre el autor y su editor es crucial, Kafka no disfrutó de todos sus aspectos.

Escribir y divulgar

Decía Paul Valéry que para llevar una existencia como escritor hacen falta dos cosas: una es, desde luego, escribir; la otra es saber divulgar la obra. «La gloria literaria —afirmaba— es algo que sólo se obtiene por la conjunción de dos condiciones que pueden ser consideradas independientes entre sí: la primera es la elaboración acabada del libro en cuestión. La segunda se refiere a la promoción de ciertos valores del libro por parte de aquellos que han conocido y gustado la obra, que han logrado cimentar su fama y asegurar su difusión, conservación y paso a la posteridad.»

Por su lado, el mismo Wolff declaraba que «todo buen libro debe aparecer en el momento oportuno, en la editorial conveniente y rodeado del entusiasmo que merece; de lo contrario se tratará de una publicación perdida».

Pocos de estos factores coadyuvantes coincidieron en la producción kafkiana, y el autor fue cada vez más consciente de no haber acertado con los contenidos, tiempos y modos. Anhelando ser aceptado por los lectores, porque de ello podría derivarse su reconocimiento, y entregarse así, mediante mecenazgo, al exclusivo oficio de escribir, Kafka apechó con el alistamiento en corrientes tan oportunas como ajenas a su estilo y no rehusó participar en alguna escaramuza comercial que le reportara fama.

Una prueba de lo anterior fue el episodio del premio Fontane en 1915, cuando se avino a cobrar la dotación económica del concurso que no llegó a ganar. Los editores habían dispuesto, en complicidad con un jurado dócil, que el galardonado fuera Carl Sternheim y que éste, una vez proclamado vencedor, cedería altruistamente el dinero a Franz Kafka en reconocimiento de sus valores. La operación, en fin, pretendía promocionar dos nombres en lugar de uno para beneficio de la

En este número

Artículos de

Vicente Verdú	1-2	Ramón Pascual	8-9
Francisco Ayala	3	José María Torroja	10-11
Gabriel Tortella	4-5	Claudio Prieto	12
José María Jover	6-7		

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



El castillo de la escritura

colección de novelas cortas «Der Jüngste Tag», también de Kurt Wolff, donde publicaban ambos escritores (Kafka con su relato «El fogonero», primer capítulo de lo que después fue la novela *America*).

Por la integración en la colección «Der Jüngste Tag», Kafka soportó, según confesó él mismo con pesadumbre, la etiqueta de «expresionista», movimiento a la sazón en boga y del que se autoconsideraba extranjero. Escarmentado de su propia debilidad, no cedió, sin embargo, más tarde cuando se hallaba en preparación la salida de *La metamorfosis*, incluida en la misma «Der Jüngste Tag». Temió entonces que la incontinente afición «expresionista» de los responsables recayera sobre la misma cubierta del libro, y en esa ocasión, con fecha 25 de octubre de 1915, escribió a Wolff: «A la vista de que, en efecto, Starke va a encargarse de las ilustraciones (para el libro), se me ha ocurrido que podría querer dibujar también el insecto que aparece en el relato. ¡Por lo que más quieran, que no lo haga! No es que yo vaya a limitar sus perspectivas de artista, ni mucho menos, pero sí

quiero hacer aquí un ruego que es producto de mi mejor conocimiento de la historia en cuestión. No debe incluir al insecto en las ilustraciones. No debe aparecer siquiera de lejos.»

La historia de las posteriores ediciones de *La metamorfosis* ha demostrado las fundadas inquietudes de Kafka sobre la atracción del insecto y, simbólicamente, corroboran su fracaso en haber sido correctamente atendido en vida y entendido posteriormente con justeza. Los cultivos de su propio personaje literario nunca se orientaron a mostrarse como un ser patológicamente desdichado. Los lamentos que profiere en torno a sus relaciones con la escritura se refieren ante todo al poco tiempo de que dispone para completar una obra de envergadura y a la insuficiente respuesta del público. Jamás, con mayor frecuencia de lo que es normal en un escritor, alude a sus conflictos y desesperanzas. Por añadidura, en repetidas ocasiones celebra sus resultados, y cuando los censura no se distingue de lo que puede tenerse por común en el oficio. Más aún, por períodos, en los que escribe con fluidez y deleite, se confiesa el más feliz y sociable de los hombres. Unseld alcanza a establecer en la dedicación literaria de Kafka ciclos de productividad intensa concentrados en períodos recurrentes de cinco meses, tras los cuales aparece la inactividad. ¿Puro azar?, se pregunta Unseld. Su conclusión es que a cada fase de estos ciclos corresponde una temporada coincidente con sus decaimientos románticos, lapsos de desafección o menor apoyo exterior. «Cada vez que se le agotaba la energía inspiradora, sus contactos personales con Felice se estrechaban», escribe Unseld. O bien: la incapacidad para escribir le impulsaba de nuevo hacia Felice y hacia la «seguridad» que comportaba.

Vegetariano, aficionado a estancias en centros naturistas, amante de la gimnasia, de la natación y del aire libre, sus vaivenes románticos con Felice Bauer, con quien llegó a casarse finalmente en 1919, cuando ya conocía su tuberculosis pulmonar, no le impidieron una media docena de aventuras sentimentales más, de una de las cuales, con Grete Bloch, nacería un hijo que murió a los siete años sin que extrañamente jamás llegara a saber de su existencia.

Tímido, pero no solipsista; insatisfecho, pero nunca rendido; afianzado a su escritura y preocupado por la aceptación del lector..., los trazos de la vida de Kafka, en el libro de Unseld, reproducen los tres o cuatro vectores que traspasan obsesivamente el quehacer de un artista y el indefectible conflicto con la creación. Pero también escribir para ser querido o más querido, escribir para lograr celebridad, escribir para afirmar una identidad, escribir para vencer la culpa de no escribir. Este tipo de aspiraciones marcan la vida de Kafka como un bastidor subyaciendo a impulsos que pueblan los lazos con la escritura. Un oficio en el que realmente no encontró, si se exceptúa el persistente aliento de Brod, el apoyo que reclamaba. Ni siquiera de Felice, su más continuado amor, obtuvo unas palabras de moderado entusiasmo.

En otoño de 1912, pasando los días sin conseguir un comentario de ella a sus *Meditaciones*, le escribe: «En verdad que hay en él (en el libro) un caos sin remedio posible, o quizá más bien son miradas luminosas que penetran en un desorden infinito, y hay que acercarse mucho a todo esto para poder ver algo. Por tanto, sería muy comprensible que tú no supieras qué hacer con este libro. No obstante, siempre quedaría la esperanza de que en un momento de benevolencia y debilidad te sintieras inclinada a intentar entenderlo. Nunca habrá nadie que sepa qué hacer con todo esto, eso lo tengo y lo tuve siempre claro, y lamento mucho el sacrificio de un editor derrochador, y la idea de que todo han sido pérdidas me produce profundo malestar. Pero yo

me digo que tú y yo, a fin de cuentas, algo tenemos en común, y que una blusa que a ti te guste es posible que a mí no me agrade, pero por el solo hecho de que tú la lleves puesta a mí me complacerá verla. Así, mi libro en sí no te gusta; pero en cuanto que es obra mía a buen seguro que te agrada. Así es como se dicen esas cosas, en ambos casos.»

De *Meditaciones*, el libro de mayor éxito de Kafka y con el que esperaba despertar la atención de los medios literarios e iniciar acaso su emancipación de empleado administrativo, se tiraron 800 ejemplares que seguían sin agotarse en 1926, dos años después de su muerte. Ninguno de sus otros volúmenes publicados, siempre recopilación de relatos, obtuvieron ni el halago de la crítica ni las ventas que cosechó aquí. Kafka se encontraba pues perfectamente en sus cabales cuando pidió a Max Brod que destruyera sus manuscritos, de cuyo valor podía dudar sensatamente. El libro de Joachim Unseld contribuye una y otra vez a demoler el beato interés que ha pretendido enaltecer a Kafka por el camino de la locura. En Kafka se encarna la historia completa de un autor debatiéndose con el deseo de perfeccionar el conocimiento y la comunicación de sus trabajos. Una batalla de la que sólo empezó a descansar cuando en 1917 le comunicaron su enfermedad incurable y desde la cual, desconsoladamente, aceptó el matrimonio con Felice y procuró conciliarse con el estrecho espacio y el breve tiempo de que disponía. Si bien conciliarse significó resignarse con dolor y rencor, como previsiblemente hubiera hecho un ser normal decepcionado y vivo. □

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del *saber*. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista **SABER/Leer**. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

La fama y el tópico han venido recubriendo con un oscuro manto la vida, y también la obra, del escritor checo Franz Kafka. Una reciente biografía, subtitulada expresivamente «Una vida de escritor», le parece a Vicente Verdú un sosegado y per-

suasivo alegato a favor de la normalidad psicológica del personaje, un personaje atacado por la soledad y el desaliento literario, pero también alentado por el amor, el deporte y una razonable pugna por triunfar públicamente.

Joachim Unseld

Franz Kafka. Una vida de escritor

Anagrama, Barcelona, 1989. 288 páginas. 2.000 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«El castillo de la escritura», por Vicente Verdú, sobre el libro <i>Franz Kafka. Una vida de escritor</i> , de Joachim Unseld	1-2
«La Poética, antigua y nueva», por Francisco Ayala, sobre el libro <i>Teoría de la Literatura</i> , de Antonio García Berrio	3
«Un gran economista de Chicago», por Gabriel Tortella, sobre el libro <i>Memoirs of an Unregulated Economist</i> , de George J. Stigler	4-5
«Historia y vida privada», por José María Jover, sobre el libro <i>De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial</i> , de autores varios	6-7
«El papel de las simetrías en Física», por Ramón Pascual, sobre el libro <i>Symmetries in Physics</i> , de autores varios	8-9
«La Tierra, en observación científica», por José María Torroja, sobre el libro <i>La figure de la Terre du XVIIIe siècle à l'ère spatiale</i> , de autores varios	10-11
«Para acercarse a la música», por Claudio Prieto, sobre el libro <i>Hablemos de música</i> , de Helen Epstein	12

La Poética, antigua y nueva

Por Francisco Ayala

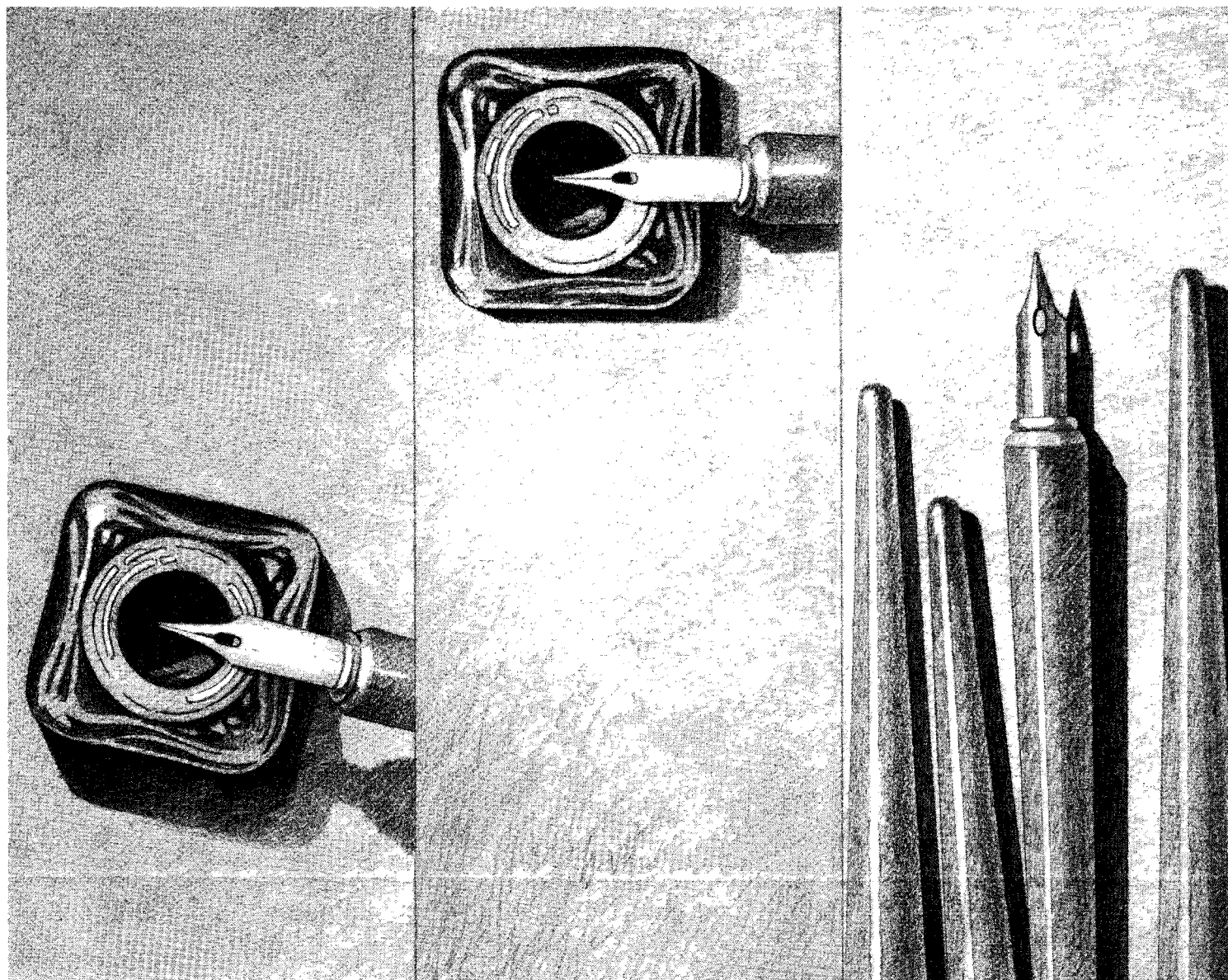
Francisco Ayala (Granada, 1906) es autor de una considerable obra como narrador y profesor de Sociología. Vivió muchos años en el exilio (Argentina, Puerto Rico, Estados Unidos), donde impartió clases en diferentes universidades. Académico de la Lengua, es Premio de la Crítica y Premio Nacional de Literatura. Entre sus libros destacan Los usurpadores, El jardín de las delicias y Recuerdos y olvidos.

La literatura como objeto de meditación y especulación teórica ha sido sometida en el presente siglo a un tratamiento espectacular, sólo comparable al de sus inicios en la *Poética* de Aristóteles y al de su gran elaboración renacentista. Se trataba ahora de establecer «científicamente» la especificidad del texto literario en cuanto obra de arte poética; y si subrayándolo he puesto énfasis en el adverbio de modo, es porque antes, y en particular a partir del Romanticismo, hubo, en cambio, intentos de alto alcance filosófico por fijar en principio la peculiaridad de la experiencia estética, una experiencia que es esencial y determinante para la poesía tanto como para cualquiera de las demás artes. Dentro del modelo de las ciencias naturales y exactas, y mediante la adaptación más rigurosa posible a sus postulados metodológicos, se ha pretendido crear después una auténtica «ciencia de la literatura», objetiva y neutra respecto de los valores, cuyo empeño conduciría por diversos caminos a una pluralidad de postulaciones y propuestas sistemáticas enfrentadas a veces en enconadas facciones. Situación tal me indujo a mí, observador atento aunque instalado más bien en el cultivo de la ficción novelesca, a presentar, con ocasión de un congreso celebrado en Nueva York el año de 1975 sobre «Los métodos contemporáneos de análisis crítico», una ponencia que titulé «La disputa de las escuelas críticas», sometiéndola a consideración algunas reflexiones, resumen de mi punto de vista un tanto escéptico respecto de la funcionalidad que pudiera tener en la tarea de apreciación crítica el estricto absolutismo a que cada posición aparecía aferrada.

El hecho literario

En estos últimos días llega a mis manos el número de mayo pasado de la autorizada revista *PMLA* (Publications of the Modern Languages Association of America), donde encuentro un artículo suscrito por el profesor Roger Seamon, de la University of the British Columbia en Vancouver, quien, bajo el título de «Poetics against Itself: On the Self-Destruction of Modern Scientific Criticism», repasa los diferentes intentos que a partir del «new criticism» se han venido haciendo por alcanzar un conocimiento «científico» del hecho literario; tras de lo cual alcanza por fin la conclusión de que quizá sea demasiado pronto para escribir el epitafio de la crítica científica, pero que, según lo que él ha expuesto, «la hermenéutica triunfa sobre la poética en la interpretación misma de las prácticas antiinterpretativas de ésta». La dicha exposición del profesor Seamon resulta clara, bien documentada y, dentro de su línea sumaria, bastante precisa acerca del proceso que han seguido los estudiosos de la literatura a lo largo del siglo XX, queriendo darle al conocimiento de su objeto una base estrictamente «científica» en el sentido de la «ciencia moderna».

Llegadas las cosas a este punto, no hubiera podido ser más oportuna la aparición del libro *Teoría de la Literatura (La construcción del significado poético)*, del profesor español Antonio García Berrio, que acaba de publicar en Madrid la Editorial Cátedra. Nos encontramos ante una obra de gran envergadura —un nutrido volumen de 526 espesas páginas—, cuyo propósito, declarado ya desde el título, es abordar en toda su complejidad la



ARTURO REQUEJO

materia literaria que —desde perspectivas diversas y con resultados en definitiva decepcionantes, aunque en manera alguna infundados al final de cuentas— ha venido siendo objeto de sucesivos —y a veces simultáneos, aunque contrapuestos— enfoques durante el presente siglo. Se trata, pues, de un libro de extraordinaria importancia. Y sin embargo —contra lo que es el evidente propósito de la presente publicación: ayudar al lector en la tarea de interpretar y valorar los libros que la actualidad le ofrece—, en este caso debo limitarme a dar mera noticia de su aparición, señalar su excepcional entidad y recomendar no sea escatimado el esfuerzo que su atenta lectura pide y merece, una lectura que, por lo demás, deberá ser crítica y, sin duda, polémica en más de un pasaje.

Propósito totalizador

La misma magnitud del empeño que el considerable volumen representa conspira, haciendo arduo ese requerido esfuerzo, contra la eficacia pública de una obra que, por su índole y la sazón en que acude al mundo académico, estaría más bien llamada a concitar una cuidadosísima atención y a producir un grande y saludable impacto. Su novedad consiste en el propósito, no ya ecléctico, sino totalizador, con que aborda el estudio de su objeto: esto es, la literatura, para contraste con las estricteces dogmáticas que han conducido a la situación descrita por el profesor canadiense cuyas observaciones he citado antes; novedad que, según tantas veces ocurre en la historia de la cultura, se ha alcanzado retomando de otra manera sendas previamente abandonadas.

En el ambicioso tratado del profesor García Berrio se atacan los problemas de la teoría literaria desde los ángulos más diversos, persiguiendo así el elusivo hecho poético a tra-

vés de las distintas vías que hacia él conducen, muchas de las cuales han venido explotándose en los tiempos recientes con una obsesión escrupulosa, cuyo empeño exhaustivo solía conducir, paradójicamente, a la pérdida final de un objeto que, por su propia índole singular, escapa al rigor científico postulado, procurado y perseguido por las varias escuelas críticas.

Hacia esa absoluta singularidad del hecho poético apuntan en definitiva, tras haber examinado y discutido con incansable detalle las posiciones contrapuestas de dichas escuelas, las especulaciones de esta *Teoría* literaria. Desde el prefacio mismo se encuentra establecido con diafanidad su programa: «La fisonomía de la Teoría de la Literatura —dice ahí el autor—, bajo la forma en que me ha parecido adecuado articularla en este libro, presenta indudables proximidades con el tratamiento tradicional, filosófico e histórico de los fenómenos artísticos en la Estética general y literaria europea de la Ilustración y del siglo XIX. No ignora los resultados de la especulación poetológica moderna sobre la naturaleza verbal del texto literario, ni soslaya —antes al contrario, como he advertido ya, trata de integrarlo— el relieve antropológico significativo del trabajo de la imaginación en el «espesor» sicológico del texto.» Y a conti-

nuación señala que el campo de intereses de una Teoría literaria actual no «difiere sustancialmente de los objetos de reflexión y de los problemas estéticos que constituyeran las aspiraciones teóricas de Kant, Hegel, Schlegel o Coleridge. Lo diferencial, como es lógico, que ahora hacemos entrar en juego simultáneamente, son las formas y categorías de enriquecimiento metateórico de la Teoría literaria moderna».

Un «valor» estético

Como ya advertí al comienzo, sería para mí imposible ofrecer aquí como servicio al lector una idea sintetizadora del contenido y de los logros de este libro, cuyo estudio quiero recomendar y recomiendo con apremiante instancia. Citaré tan sólo una afirmación suya que pone de manifiesto en modo preciso aquello que, remitiéndose a la tradición intelectual invocada en la anterior cita, establece el autor frente a las laboriosas reducciones científicas de las escuelas más recientes: «Si la literariedad es una «opción» cultural convencionalizable, la poeticidad es un «valor» estético impredecible.» A perseguir ese valor se encamina el voluminoso trabajo del profesor García Berrio. □

RESUMEN

El escritor y ensayista Francisco Ayala, quien desde sus muchas y variadas curiosidades científico-literarias ha tomado en ocasiones la literatura como objeto de meditación y especulación teórica, comenta

en su trabajo un libro del profesor García Berrio, en el que se aborda en toda su complejidad la materia literaria en sus distintos enfoques, desde los ángulos más diversos.

Antonio García Berrio

Teoría de la Literatura (La construcción del significado poético)

Cátedra, Madrid, 1989. 526 páginas. 2.440 pesetas.

Un gran economista de Chicago

Por Gabriel Tortella

Gabriel Tortella (Barcelona, 1936) es catedrático de Historia Económica de la Universidad de Alcalá de Henares. Ha sido profesor visitante en la Universidad de Chicago y miembro del Institute for Advanced Study de Princeton. Es vocal del Comité de la Asociación Internacional de Historia Económica y director de la «Revista de Historia Económica». Entre sus libros se cuentan *Los orígenes del capitalismo en España* e *Introducción a la economía para historiadores*.

En uno de los últimos capítulos de este libro, tratando de demostrar la aplicabilidad general del razonamiento económico (uno de sus temas favoritos), Stigler refiere una curiosa anécdota acerca de uno de los fundadores de la escuela marginalista, Philip Wicksteed, londinense, coetáneo y amigo del legendario Alfred Marshall. Wicksteed era muy aficionado a desayunar huevos frescos que, dadas las condiciones de conserva y transporte de principios de siglo, le era más fácil conseguir en las afueras que en el centro de la ciudad. Pero cuanto más lejos viviese del centro urbano, según cuenta el propio Wicksteed, menos frecuentes serían las visitas de sus amigos, que también le agradaban mucho. El equilibrio de fuerzas (centrífuga en pos de buenos desayunos, centrípeta en aras de la amistad) determinó su elección de vivienda en un punto en el que las utilidades marginales de ambos bienes (desayunos opíparos y aréopagos fraternales) se igualaban. Para Stigler éste es un ejemplo ilustrativo del vasto alcance de la lógica económica. Si con este método «podemos comparar huevos y amistades, ¿qué no podremos también comparar?» (pág. 194).

A mí también me parece éste un buen ejemplo no sólo de lo que Stigler quiere demostrar, sino además del estilo en que está escrito este libro: con sencillez, buen humor, optimismo y sin pretensiones. Pero no a todo el mundo le parece lo mismo. En la recensión que apareció en el *New York Times*, esta anécdota se citaba como ejemplo de lo absurdo y extravagante del método económico, que equipara y revuelve el valor de los huevos con el de los amigos. Tal apreciación indignó a un viejo amigo de Stigler que, como él, fue Premio Nobel de Economía y profesor en Chicago, Milton Friedman, quien en una carta breve pero incisiva al mismo periódico se quejaba de que el reseñador no había entendido a Stigler ni su razonamiento, basado en la tradicional distinción económica entre utilidad marginal y utilidad total. No eran amigos y desayunos lo que Wicksteed equiparaba, sino las respectivas utilidades marginales. Y concluía Friedman: «Ese reseñador no entien-

de el román paladino [“plain English”], y por lo tanto no está cualificado para su tarea.»

Sin duda tenía razón Friedman. El libro de Stigler parece escrito para poner la economía y los economistas al alcance del público, evitando tecnicismos esotéricos y narrando sin engolamiento de ningún tipo la vida y obra de uno de los grandes economistas de nuestros días, defendiendo sus puntos de vista y atacando los de sus contrincantes a veces con ironía mordaz, pero nunca con pedantería. Por todo ello resultaba un poco descorazonadora la estolidez del crítico en las páginas del periódico más influyente de los Estados Unidos.

Hay otra bien conocida historia a la que Stigler también hace referencia, de la que él mismo es protagonista, e ilustrativa de su estilo. En 1982, poco después de recibir el Premio Nobel, fue invitado a la Casa Blanca para hablar de economía. El oropel del premio, más la reputación conservadora de Chicago, en cuyo monetarismo pretendía inspirarse la política económica de Reagan, sin duda propiciaron la invitación. El chasco fue mayúsculo: Stigler «causó consternación [...] al decir que estábamos en una depresión, palabra sin duda obscena en Washington». El lector quizá recuerde que se le desconectó el micrófono y se le pidió que abandonara el podio, en una escena, según el propio Stigler, de «vo-devil». Esta historia viene a cuento porque muestra varias cosas: que nuestro autor no olvida episodios penosos, que no tiene pelos en la lengua y que se enorgullece de su fidelidad al mandamiento número uno del intelectual: expresar su opinión «en temas de su incumbencia» sin ambages, cueste lo que cueste y caiga quien caiga (siendo lo más probable que el primero en caer sea él mismo). Esta es la piedra de toque que separa al intelectual del político y que explica la mala fortuna en política de los buenos intelectuales. Su conclusión es que cuando un economista se mete en política «merece el mismo crédito, ni más ni menos, que cualquier otro político, y es ligeramente engañoso llamarle doctor o profesor» (págs. 135-6).

La obra de Stigler

Quizá el lector no economista se pregunte: ¿aparte de estas anécdotas, qué hizo este señor para que le dieran el Premio Nobel? Lo cierto es que Stigler es mucho menos conocido del profano que su amigo Friedman, a quien todo el mundo identifica con el monetarismo y el conservadurismo de Chicago. Quien lea este libro no sólo podrá enterarse de las contribuciones de Stigler, sino también de en qué medida existe la tal «escuela de

Chicago» y de hasta qué punto las características que se le atribuyen son meros estereotipos.

Las contribuciones de Stigler, que él explica con su sencillez acostumbrada, pero sin falsa modestia, pueden agruparse en cuatro categorías: historia del pensamiento económico, teoría económica de la información, teoría económica de la intervención estatal en economía y estudio empírico del monopolio. A esto habría que añadir, como mínimo, sus magníficas síntesis de teoría económica, en particular de microeconomía, es decir, teoría de los precios. En historia del pensamiento en economía y estudio empírico del monopolio. A esto habría que añadir, como mínimo, sus magníficas síntesis de teoría económica, en particular de microeconomía, es decir, teoría de los precios. En historia del pensamiento en economía y estudio empírico del monopolio. A esto habría que añadir, como mínimo, sus magníficas síntesis de teoría económica, en particular de microeconomía, es decir, teoría de los precios. En historia del pensamiento en economía y estudio empírico del monopolio.

No tenemos aquí espacio para más: baste decir que el análisis y la síntesis de Stigler han pasado a los mejores libros de texto. A pesar de sus repetidas y mordaces lamentaciones de que «la historia intelectual [...] ha declinado continuamente en la estima de los profesionales» (págs. 27-28), de que «ni las fundaciones ni el Gobierno tienen el menor interés [en ella], por lo cual quizá sea el área de investigación menos subvencionada en el campo de la economía» (*Essays in the History of Economics*, The University of Chicago Press, 1965, p. v), Stigler confiesa: «Mi interés por la historia intelectual ha continuado hasta hoy.» Y el hecho es que, como sus maestros, Frank Knight y Jacob Viner, Stigler ha simultaneado sus estudios de economía teórica y aplicada con importantes aportaciones en el campo de la historia del pensamiento.

Sin embargo, la aportación de Stigler que más contribuyó a que recibiera el Premio No-

bel fue su teoría de la información como bien escaso. Esto se puede explicar brevemente. La teoría económica convencional nos dice que todo comprador racional (y se supone que la mayoría lo son) comprará al precio más barato posible. Por ello, los vendedores careros o ineficientes acabarán arruinándose o cambiando de táctica y vendiendo barato. Pero el supuesto básico aquí es que el comprador racional está enterado de los precios que ofrecen todos los vendedores para poder escoger el más barato. Pero este «conocimiento perfecto» de las condiciones del mercado que la teoría económica atribuye a los agentes económicos dista mucho de la realidad. Nadie tiene conocimiento perfecto. ¿Qué queda entonces de la teoría neoclásica? Este es punto de partida de los estudios de Stigler en esta materia. Su conclusión es que la teoría no se ve demasiado afectada por la escasez de información, en gran parte porque la propia información se ha convertido en una mercancía más, que se compra y se vende en el mercado entre empresas competitivas. Entre otros efectos de esta competencia está el rápido progreso técnico en este campo. Los desarrollos de la electrónica nos acercan cada vez más a ese ideal teórico del conocimiento perfecto. Las posibilidades de abarcar grandes segmentos del mercado han aumentado con el progreso técnico. La compra por correo permite seleccionar entre diversos catálogos; el teléfono nos permite hacer amplios muestreos; las compras por computadora pronto pondrán un conocimiento cuasi perfecto del mercado al alcance del ama de casa. Entre tanto, en los mercados intermedios (capitales, materias primas, productos agrícolas) la electrónica ya ha hecho pleno impacto: el «big bang».

Gobierno y monopolios

La investigación más típicamente «de Chicago» llevada a cabo por Stigler es la relativa a la intervención del Gobierno en la economía. Aunque ésta es una cuestión de la que casi todos los economistas tienen que ocuparse de un modo u otro (como ha escrito el propio Stigler, «la economía es, después de todo, economía política», *Production and Distribution Theories*, MacMillan, 1941, pág. 8), nuestro autor, como experto en teoría del precio y del mercado, ha prestado especial atención al tema teórico y empíricamente. Aunque en general y «a priori» predispuesto en contra de la regulación estatal (de ahí el título de sus memorias), los resultados de sus estudios empíricos no son totalmente inequívocos. Aunque en algunas materias la intervención estatal no



ALFONSO S. PARDO

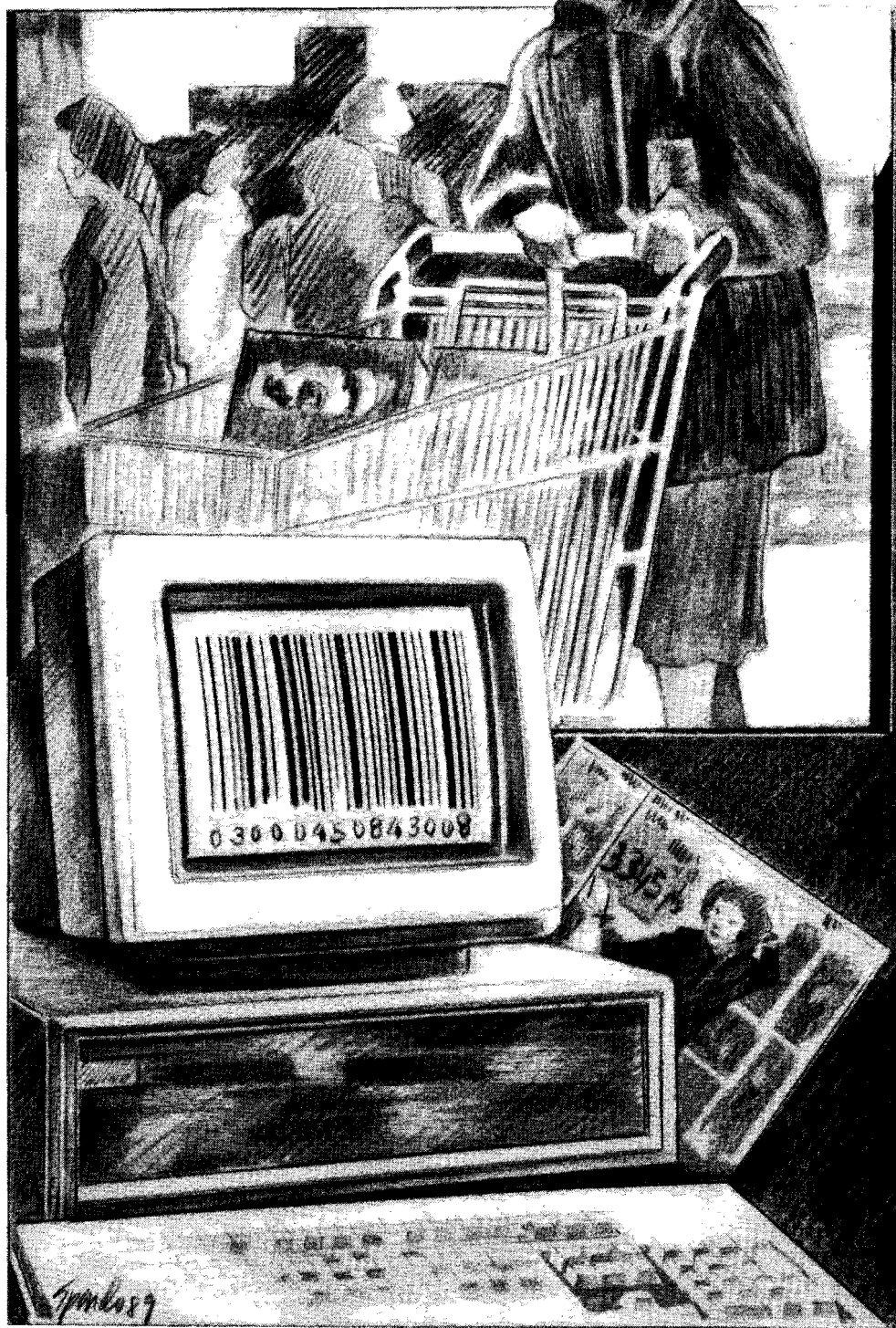
Viene de la página anterior



sólo no ha logrado sus fines, sino que ha sido contraproducente, en otros campos no ha sido así. La regulación en favor de la competencia, por ejemplo, parece haber sido efectiva en Estados Unidos. En general, sin embargo, los estudios de Stigler y sus seguidores muestran que en Estados Unidos —pero yo creo que estas conclusiones pueden extenderse a todas las economías capitalistas— las regulaciones estatales acaban siendo utilizadas por grupos privados en su propio provecho a expensas de los intereses de la mayoría y a menudo en contradicción con los objetivos perseguidos por esa regulación. Ello es en gran parte, y esto ha sido observado por muchos otros autores, porque los grupos relativamente pequeños de interés y presión son mucho más eficaces para el logro de sus objetivos que el pueblo llano y soberano, mayoritario pero amorfo (piénsese, típicamente, en los grupos que logran protección arancelaria en su propio beneficio, protección que se articula por medio de un impuesto que acostumbra a pagar sumisamente la mayoría silenciosa).

Algunos de sus resultados en este tema contradicen el optimismo de Stigler acerca de los monopolios. Según él, los efectos perniciosos de los monopolios se han descrito con exageración; el monopolio no es tan dañino simplemente porque el monopolista no puede evitar la amenaza de la competencia. Si un vendedor, afirma Stigler, abusa excesivamente de su condición de monopolista, pronto aparecerán competidores atraídos por sus altos precios y beneficios. Por eso no hay tanta conducta monopolística como la gente cree: «La competencia es hierba dura, no flor delicada» (pág. 104). Un ejemplo bien conocido en apoyo de la tesis de Stigler es el reciente episodio del intento por parte de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo) para controlar el mercado petrolífero. El propio éxito de la OPEP causó a la larga su debilitamiento. La subida de precios que logró fue tal que afluyeron al mercado nuevos productores en gran número y ello terminó por producir una caída radical en el precio. Sin embargo, ni siquiera en este caso, que tan buen ejemplo constituye para corroborar la teoría de Stigler, está dicha la última palabra. Aunque debilitada, la OPEP contraataca. El lector recordará que después de las tremendas bajas en el precio del petróleo en 1986, en 1988 ha habido recuperaciones parciales. La competencia es hierba dura, pero el monopolio también.

Esta es una cuestión donde sigue habiendo tema para mucho debate, y Stigler es un polemista nato. Entre sus blancos preferidos se cuentan Edward Chamberlin y Harvard. Chamberlin es el autor de un famoso libro sobre la *Competencia monopolística*, y Harvard, donde Chamberlin fue profesor muchos años, tiene fama de ser «liberal» frente al «conservadurismo» de Chicago en materia económica (las comillas se deben al muy especial y vago significado de estos términos en el contexto en que estamos). La aparición de una serie de anomalías económicas en el siglo XX que la teoría tradicional no podía explicar (la aparición de los grandes «trusts» a principios de siglo, las inflaciones y depresiones de los años veinte y treinta) dio lugar a una serie de nuevas teorías económicas. Simplificando mucho, varios autores (el más famoso, sin duda, Keynes) afirmaron que el capitalismo competitivo del siglo XIX había dado paso a un capitalismo monopolístico en el XX por una serie de razones en las que no podemos entrar aquí. Una de las consecuencias de esta situación era que los mercados no funcionarían efectivamente: de ahí la necesidad de que el Estado interviniera para suplir las deficiencias del mercado y para restaurar la competencia verdadera cuando fuera posible (lucha antimonopolística). Aparte de la obra de Keynes, uno de los libros más influyentes en este sentido fue el de Chamberlin, que teorizaba sobre las causas y las consecuencias de esta competencia entre unos pocos gigantes. El contraataque de



ALFONSO S. PARDO

Chicago (iniciado, es curioso, por un economista de Harvard —aunque austriaco—, Joseph Schumpeter, como reconoce Stigler) ha consistido en afirmar que no importa el número de las empresas en un mercado mientras éstas se comporten «como si» hubiera muchos competidores. La característica principal de un mercado verdaderamente competitivo es que nadie controla el precio; éste es la resultante de los numerosos regateos entre compradores y vendedores. Pues bien, nos dicen Stigler y Friedman, mientras las empresas respeten el precio del mercado (mientras sean «precio-aceptantes» o «price-takers»), no importa que sean dos o doscientas. Y añaden: y en general, son precio-aceptantes. Esto último, sin embargo, es muy difícil de demostrar.

La dificultad de la demostración radica en varios puntos. Primero, es casi imposible pillar a las empresas con las manos en la masa de la confabulación para fijar los precios. Segundo, el que un mercado dé signos de competitividad no demuestra ni que los otros también sean competitivos, ni que el mercado en cuestión vaya a seguir siéndolo en el futuro. Por todo ello, la materia sigue siendo altamente opinable, pese a las andanadas que Stigler lanza contra Chamberlin (y varios otros). Por añadidura, y aquí está la contradicción a la que antes me referí, el mismo Stigler muestra, en su teoría de la regulación, cómo hay siempre grupos de intereses que se van a beneficiar incluso de leyes diseñadas contra ellos. La conclusión de Stigler es que hay que regu-

lar menos, y quien esto escribe conviene con él casi totalmente; pero como ni el mismo Stigler propone la abolición del Estado, la oportunidad para los grupos monopolísticos de usar la ley para hacer la trampa está siempre ahí. Y entramos así en un círculo vicioso: como no se puede abolir toda regulación, habrá que regular contra los monopolios.

La escuela de Chicago

El libro contiene también una breve y personal historia de la escuela de Chicago que interesará y sorprenderá a más de uno, porque muestra mucha menor unanimidad de lo que muchos esperarían. El conservadurismo de Chicago, como la competitividad perfecta de

los mercados, no es tan evidente como piensan muchos. Entre los profesores de Chicago en los años treinta, por ejemplo, se contaban un socialista marxista como Oskar Lange, un socialista keynesiano como Abba P. Lerner y el luego senador demócrata Paul Douglas, reformador laboral y co-inventor de la famosa función agregada de producción (la llamada «Cobb-Douglas»). El propio maestro de Stigler, el gran Frank Knight, distaba mucho de ser un conservador incluso en materias puramente económicas. La polémica epistolar que mantuvo con Paul Douglas, y que Stigler transcribe con deleite, apenas tenía que ver con posiciones ideológicas. El enfrentamiento era el típico entre el intelectual puro, Knight, y el académico-político, Douglas. La preferencia de éste por la vida política era clara. Cuando tras dieciocho años en el Senado de los Estados Unidos se reintegró a su cátedra y alguien le dijo que ahora podría descansar, Douglas respondió que prefería estar cansado y ser senador.

Aparte de tener un magnífico claustro de profesores (a los ya citados habría que añadir Henry Simons, Lloyd Mints, Henry Schultz y, más tarde, Ronald Coase), la tan cacareada escuela de Chicago en los años treinta y cuarenta es más mito que realidad. La visión convencional es que Simons fue el fundador y Friedman el sucesor. En realidad, las cosas no son tan simples. Simons, que escribió muy poco, es considerado el gran patriarca de la escuela porque era extremadamente (yo casi diría disparatadamente) conservador en materia monetaria. Lo que nadie menciona es que era casi socialista en otros temas: por ejemplo, era partidario de nacionalizar varias industrias básicas. Entre muchas de aquellas figuras había una cierta cooperación, pero también disensiones y rivalidades. Si predominó desde muy pronto un cierto escepticismo hacia las ideas de Keynes, fue en parte porque algunos de ellos (Simons, Mintz, Knight y Viner) ya las habían anticipado. Al menos esto afirma el propio Friedman. En realidad, la «escuela de Chicago» son Stigler y Friedman (estudiantes en Chicago en los años treinta) y sus discípulos, y sus notas características son el anti-keynesianismo, la confianza en el buen funcionamiento general de la economía de mercado y el monetarismo. Friedman ha trabajado más en la vertiente macroeconómica (teoría e historia monetaria, función de consumo); Stigler, como hemos visto, se ha interesado más en temas microeconómicos y de historia del pensamiento. Curiosamente, el primero en hablar de una «escuela de Chicago» fue su gran enemigo, Edward Chamberlin, que, en 1957, le atribuyó como principal característica el estar dedicada a atacarle a él. Más adelante el propio Friedman, quizá para reforzar sus argumentos o por el interés de formar escuela, se complació en buscar antecedentes a sus teorías en el monetarismo extremo de Henry Simons (pero también en los escritos de John Neville Keynes, padre del tan criticado John Maynard Keynes...).

Una de las conclusiones que yo obtuve de este libro (y de un trimestre en Chicago) es que en el mundo académico, como en el mundo material, las cosas vistas de cerca son a la vez más complejas y más simples; es decir, muy diferentes que a distancia. □

RESUMEN

La Teoría Económica es una disciplina cada vez más tecnificada y hermética, incomprensible para los no especialistas. Libros como el que trae a estas páginas Gabriel Tortella contribuyen a facilitar la popularización de la economía. Se trata

de las memorias de un Premio Nobel, el economista norteamericano George J. Stigler, que parecen escritas, señala Tortella, para poner la economía y los economistas al alcance del público, sin esquivar la polémica.

George J. Stigler

Memoirs of an Unregulated Economist

Basic Books, Nueva York, 1988. xi + 228 páginas. 17.95 \$.

Historia y vida privada

Por José María Jover

José María Jover (Cartagena, 1920) ha sido catedrático de Historia Moderna y Contemporánea en las Universidades de Valencia y Madrid (Complutense); en la actualidad es profesor emérito de esta última. Miembro de la Real Academia de la Historia y del Colegio Libre de Eméritos; Premio Nacional de Literatura (1963) y Premio Nacional de Historia de España (1981). La mayor parte de sus publicaciones responde a una larga dedicación al estudio de la historia de España en el siglo XIX.

En el siglo XIX, la vida privada de la familia y de los individuos, genéricamente considerada, solía quedar al margen del trabajo de los historiadores. Novelistas y dramaturgos, en cambio, se sumergieron, a veces con una capacidad de observación y de introspección geniales, en ese estrato básico de la historia social, de la vida humana. El teatro y la novela fueron, especialmente en la segunda mitad del siglo, los principales ámbitos de encuentro entre «vida privada» e «historia social». Quizá haya sido esta proximidad lo que ha inducido a Michelle Perrot a recurrir a la tradición escénica en su búsqueda de un artificio vertebrador de las quince monografías que integran este tomo cuarto de la *Histoire de la vie privée*, dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby, dedicado al siglo XIX. Un siglo XIX abarcado en sus fronteras cronológicas más anchas —«De la Révolution à la Grande Guerre»— y circunscrito geográficamente a Francia, sin que falten referencias al modelo inglés.

Protagonistas y escenarios

Detengámonos brevemente en la estructura del volumen. En ella podremos apreciar el esfuerzo de imaginación llevado a cabo por la coordinadora de aquél (y autora de la mayor parte de sus monografías), Michelle Perrot, para sustituir la clásica compartimentación lógica, cartesiana, visible en tantos manuales y monografías franceses, por una distribución de materias más plástica y movida, menos convencional. «Se levanta el telón», «Los actores», «Escenarios y lugares», «Entre bastidores»: tales son las rúbricas que presiden las cuatro partes en que se divide la obra. En la primera aparecen sucesivamente, como en la descripción de un escenario partido, sendas visiones de conjunto de lo que significara para la vida privada de los franceses la gran Revolución iniciada en 1789 (Lynn Hunt); de lo que representara para los ingleses, por los años de la Revolución, el hogar, la vida familiar, los papeles respectivos de la mujer y del hombre en el marco de una sociedad en plena transformación (Catherine Hall). Segunda parte: salvo un estudio de Anne Martin-Fugier sobre los ritos de la vida privada burguesa, son seis artículos de Michelle Perrot relativos a la familia los que prestan contenido a esta semblanza de «les acteurs» de la vida privada: funciones de la familia y de sus distintos componentes, vida familiar, dramas y conflictos familiares, solteros e individuos aislados. La tercera parte nos coloca ante un par de sugestivas monografías (M. Perrot, Roger-Henri Guerrand) referentes a las formas de habitar y a los espacios privados. El tema central de esta tercera parte es, por supuesto, la casa, con la inmensa variedad que a este escenario privilegiado de la vida privada imprimen la situación urbana o rural, el nivel socioeconómico y cultural de la familia o el individuo que la habita, el lento transcurso de la civilización y el consiguiente cambio de mentalidades y costumbres. En fin, la cuarta parte, a través de bastidores y accesos más o menos velados, nos conduce al ámbito de la persona en sí, de la intimidad individual en la que cada uno proyecta o improvisa el despliegue de su propia vida a partir de un nom-

bre, de un cuerpo —con sus exigencias y sus servidumbres—, de una imagen de sí mismo, de unas pasiones, de un espíritu; de una manera peculiar de ceñirse al tiempo que transcurre; de una manera peculiar de apreciar, dominar y dejarse impregnar por el espacio. Tres largos y sugerentes artículos de Alain Corbin pasan revista a las principales experiencias vitales del individuo, referidas siempre a un contexto social y de civilización. Una breve conclusión de la coordinadora, una bibliografía bien seleccionada, unos índices, cierran el volumen.

He hablado antes del sentido plástico que preside la organización del volumen. Es momento de subrayar el valor de la ilustración en una obra de este carácter, si partimos de la consideración de fuente valiosísima que para el conocimiento de la vida privada del Ocho-cientos corresponde al retrato y a la pintura de interiores; a la fotografía. Interiores frecuentemente enfocados —sobre todo en la segunda mitad del siglo— con una intención social y con una subordinación de la estética al realismo, que contribuyen a hacer de cada ilustración un documento. Quizá la selección hubiera podido mejorarse; es posible que el lector hubiera deseado una mayor variedad de planos de distribución de espacio en casas familiares de distinta fisonomía social, o de otros marcos dondó transcurrieron oscuramente tantos segmentos de vida privada: hospitales, cuarteles, cárceles... En resumen, el volumen dirigido por Perrot y editado por Seuil muestra cierta apariencia exterior de libro-objeto. Pero hay que apresurarse a decir que constituye, en su conjunto, una excelente iniciación, bien documentada y redactada por acreditados especialistas, a uno de los más jóvenes sectores de la historia social.

Cuando se aborda la historia de algo —una nación, un grupo social, un sector de actividad humana— conviene partir de unas ideas claras acerca de lo que es, en sí mismo, ese «algo» cuya historia pretendemos trazar. «Historia de la vida privada»: ¿qué es, desde el punto de vista de un historiador habituado a investigar procesos sociales, «la vida privada» de antaño? ¿Qué contenidos específicos corresponden a una historia de la vida privada en el contexto de una amplia historia social? Y, todavía, otra pregunta que no llegará a plantearse el historiador de oficio, pero que quizá surja en la mente del lector menos avezado al horizonte actual de las ciencias sociales: ¿realmente forma parte la vida privada de lo que generalmente entendemos por historia?

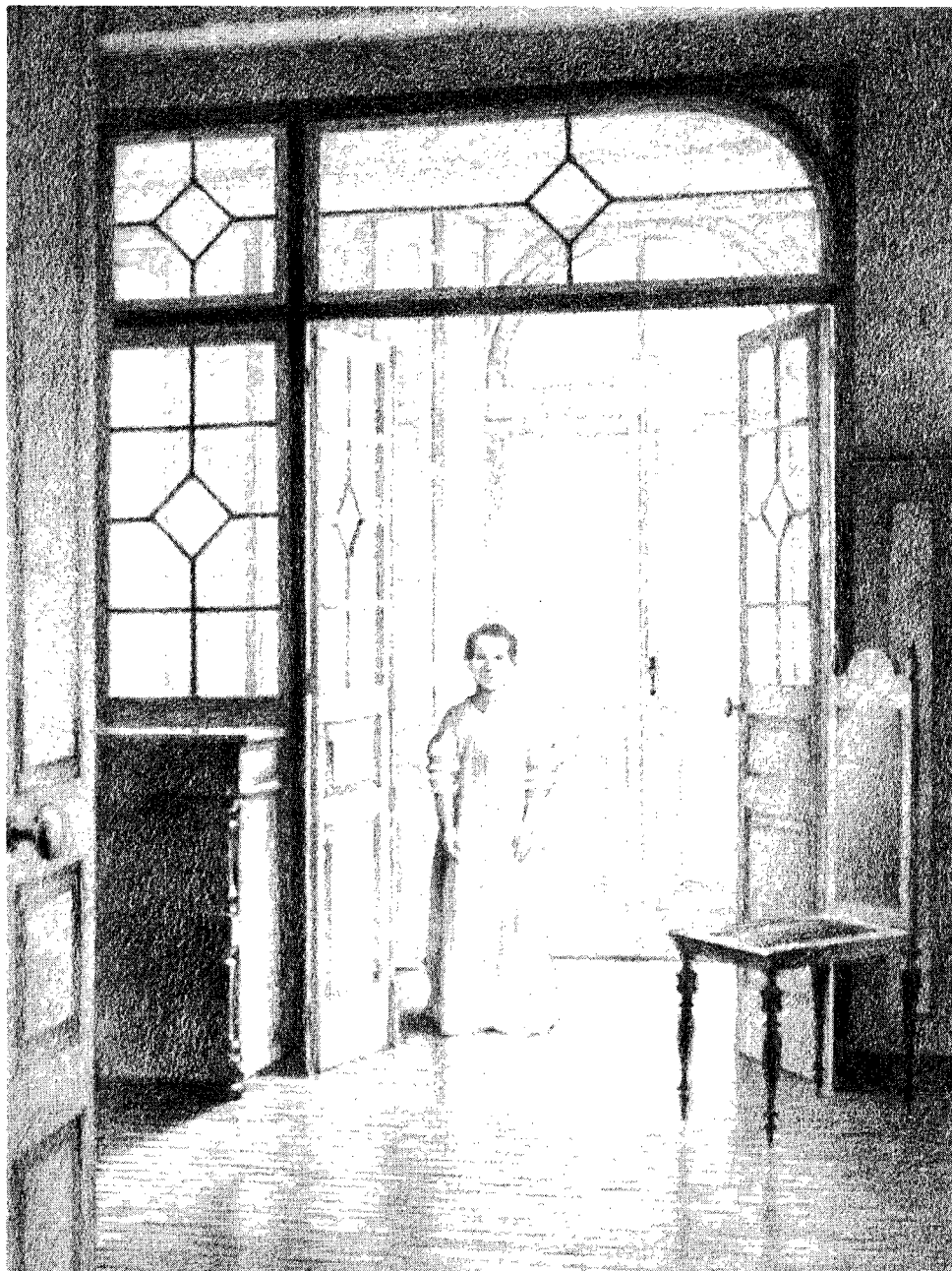
La esfera de lo privado

Una tradición clásica que se remonta a los hontanares de nuestra civilización ha enseñado a los occidentales a distinguir entre lo «público» y lo «privado». Un largo proceso histórico —llamado a culminar con el movimiento liberal del XIX— ha ido decantando la esfera de lo privado en torno a unas cuantas realidades que, por su proximidad inmediata a la persona humana en cuanto tal, han requerido y requieren una protección adecuada frente a la intromisión de cualquier poder ajeno. No es, pues, casual, sino resultado de una evolución consustancial con el despliegue de nuestra tradición histórica, el hecho de que la joven «historia de la vida privada» tienda a polarizarse en torno a los tres grandes núcleos de interés que hemos visto presidir la síntesis dirigida por Michelle Perrot: el «hombre»

—varón o mujer— individualmente considerado; la «familia», como célula social en la cual los vínculos de parentesco tienden entre un conjunto de individuos un sistema de relaciones privadas de particular intensidad y consistencia; en fin, la «casa» como espacio privado que constituye el entorno material inmediato de la familia y del individuo.

Obviamente, lo que antecede no es sino una elemental simplificación que requeriría no pocas precisiones. Por ejemplo, la distinción entre «biografía» e «historia de la vida privada» en cuanto al individuo se refiere, puede parecer confusa si no tenemos en cuenta que aquélla proyecta su indagación sobre una persona determinada y única, con nombre y apellidos. En tanto que esta última tenderá a decantar, a través de unas fuentes muy variadas, un proceso genérico —es decir, social—: cómo percibía su propia identidad cada ser humano en función del contexto de civilización en que aparece inserto; cuáles eran las etapas, los objetivos, las grandes motivaciones de su vida; cómo afrontaba y en qué condiciones reales los problemas de la enfermedad, del sufrimiento y de la muerte; cuál era el universo de sus creencias. De unas creencias que toca analizar aquí, no ya en las formulaciones dogmáticas o ideológicas que nos ofrecen las historias de las religiones o las historias del pensamiento, sino como componente del propio tejido existencial de cada uno de los miembros de un conjunto humano, de los comportamientos de la vida cotidiana. Por supuesto que todo ello queda muy cerca e invade, en ocasiones, el campo de otro sector puntero de la historiografía actual: el estudio de las mentalidades. Sólo que, en cuanto se refiere a este último, el planteamiento de los problemas suele hacerse desde un punto de vista orientado a una definición más precisa de los distintos grupos sociales, en tanto que los estudios de vida privada tienden a situar en un primer plano lo que es y lo que representa la vida de un hombre cualquiera, de una persona de carne y hueso, en el marco de una situación histórica previamente definida en sus coordenadas temporales, espaciales, sociales.

La historiografía más reciente abunda en monografías que muestran las posibilidades de los estudios de referencia. No hay lugar aquí para un inventario, por somero que fuese, de los precursores y de los principales teóricos de este nuevo sector de investigación. Pero vale la pena mencionar, por significativo, lo que supuso en la década de los setenta la aparición de la obra de Theodore Zeldin, precisamente en el marco de una de las más clásicas colecciones históricas británicas (*The Oxford History of Modern Europe*). Zeldin abordó la presentación de la historia de Francia entre 1848 y 1945 mediante dos volúmenes dedicados íntegramente a analizar una serie de aspectos un tanto insólitos, hasta entonces, en las exposiciones de historia social: *Ambition, Love and Politics* (1973), *Intellect, Taste and Anxiety* (1977). Es difícil adscribir la obra de Zeldin a cualquiera de los sectores hasta entonces establecidos en el ancho campo de la historiografía; pero no es difícil encontrar en su discurso trazas de una presencia de la vida privada como componente histórico ineludible: el matrimonio y las costumbres, los niños, la mujer, felicidad y humor, comida y bebida, el individualismo y los sentimientos; inquietud, aburrimiento e histeria; el nacimiento y la muerte... Calificada por la crítica tras su aparición como «obra maestra en el arte de la exposición histórica», como obra imprescindible para el conocimiento de Francia en nuestro siglo, la obra de Zeldin vino a hacer evidente que las preguntas formuladas por el historiador a sus fuentes habían ampliado el abanico de sus temas; que no era posible imaginar una historia integral o «total» que no diera cabida a ese ancho y casi desconocido sustrato de toda historia social que es la historia de la vida privada. En la actualidad no



FRANCISCO SOLE

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLE

escasean las monografías relativas a tal tema; entre ellas, no quisiera dejar pasar sin mención el espléndido estudio que John McManners ha dedicado a analizar uno de los aspectos más profundos de la condición humana en Francia y en pleno «siglo de las luces». Me refiero a *Death and the Enlightenment* (Oxford, 1981), verdadera obra maestra por la amplitud de su erudición y por el equilibrado desarrollo del tema, que nos muestra la medida en que la muerte —con sus temores, sus incertidumbres, sus esperanzas, sus ritos, sus formas— gravitaba radicalmente, en lo más hondo de su intransferible intimidad, sobre el despliegue vital de cada uno de los hombres que vivieron los años de la Ilustración. Por lo demás, el «tiempo lento» que caracteriza la evolución de creencias y mentalidades hace que la documentada obra de McManners proporcione no pocas claves para la comprensión de la vida privada del siglo XIX, y en particular de la civilización del Romanticismo.

Las investigaciones sobre los aspectos de la vida privada de antaño a que acabo de aludir —y que son, en líneas generales, los que prestan contenido a los capítulos redactados por Alain Corbin en la obra que estamos comentando— han tenido escaso eco, hasta la fecha, en la historiografía española. Mayor atractivo manifiesta, especialmente entre los jóvenes historiadores, el tema de la familia y su evolución histórica. Es verdad que una tradición alimentada por sociólogos y antropólogos había conferido previamente a este último unos prestigios científicos de que, por lo general, carecieron los estudios relativos a los caracteres de la intimidad individual en las civilizaciones del pasado, hasta la aparición de obras como las de Zeldin, McManners, Hirschman o Dumont. Pero quizá el apreciable tirón actual hacia los estudios sobre la familia provenga, en parte, de la crisis que la familia misma está atravesando en el marco de las sociedades occidentales; en el marco, también, de la crisis de civilización que se manifiesta en estas últimas, al hilo de la que Galbraith llamara certeramente «era de la incertidumbre». Es sabido que cuando una institución entra en crisis —definitiva o temporal— se

aguzan el interés de los historiadores acerca de su fisonomía y su trayectoria. A esta posible motivación ambiental se une la boga actual del tema entre los demógrafos y el interés que los movimientos feministas han suscitado en torno al papel desempeñado por la mujer en el contexto familiar, en unos años en que la generalización del trabajo femenino extradoméstico todavía no había impreso un cambio profundo en la distribución de funciones y papeles que tradicionalmente correspondían a los distintos miembros de la sociedad familiar. El tratamiento que el tema de la familia como ámbito de vida privada recibe en la obra de Perrot es excesivamente sobrio; pero el lector no especializado encontrará en sus páginas una sugestiva visión de conjunto, y eventualmente un útil repertorio de temas para posible análisis en profundidad. En estos capítulos de la *Histoire de la vie privée*, como en tantos otros, sale al paso la reflexión de los nuevos caminos que abre a nuestra historiografía —y, en última instancia, al trabajo por un mejor conocimiento de la formación y de los caracteres de nuestra sociedad— el conjunto de problemas y de sugerencias que plantean sus páginas. Lo que desde luego puede asegurarse a quien se disponga a efectuar una incursión por esta parcela, mal conocida, de la España del siglo XIX, es que no le faltarán fuentes de todo orden.

El hogar y sus fronteras

Reflexiones análogas cabría hacer tras la lectura de los capítulos dedicados en la obra dirigida por Perrot a los «modos de habitar» y a los «espacios privados», capítulos centrados obviamente en «la casa». Sobre la casa, vivienda familiar o personal, ha venido a converger durante las últimas décadas la atención de especialistas muy diversos. Para los historiadores de las sociedades, el asiento material de estas últimas, las diferencias de «status» social y de condiciones de vida que en la casa se manifiestan viene siendo objeto de análisis, como antaño lo fuera de escritores costumbristas y de reformadores sociales. Para los

urbanistas y los historiadores del urbanismo, el conocimiento de la compartimentación social que manifiesta la ciudad tanto en su dimensión horizontal —bulevares burgueses, calles mesocráticas, barrios residenciales de la alta clase, barriadas obreras y suburbios— como en sus distintas alturas —qué distinta, en las viejas calles burguesas, la condición social que expresan, en la fachada de un mismo edificio, el «principal», el tercer piso, la buhardilla...— está invitando al análisis de las viviendas por dentro; al análisis de la distribución interna que muestra el plano de cada casa, en función de la vida cotidiana que corresponde al nivel social de la familia que la habita. Los historiadores de las mentalidades, por su parte, han visto solicitada su atención por el hecho de que el espacio en que transcurre día tras día la vida familiar está destinado a expresar de manera inmediata —en su distribución, en su menaje, en los objetos dispersos por sus paredes o sobre sus muebles— una específica mentalidad de grupo; a traducir plásticamente una determinada concepción de la sociedad. En fin, los historiadores de la vida privada han podido beneficiarse de estas experiencias para encuadrar el escenario, el espacio acotado que corresponde al sector de historia humana que se proponen resucitar. Espacio acotado, cercado; y ésta es la primera noción que subraya Perrot, transcribiendo una definición del *Dictionnaire* de Littré (1863-1872) en la que cristaliza, ya, toda una

tradición liberal: «La vie privée doit être murée. Il n'est pas permis de chercher et de faire connaître ce qui se passe dans la maison d'un particulier» (pág. 307). La cita me parece tanto más oportuna cuanto que, sin tenerla muy presente en su gestación histórica, en su significado social y en sus proyecciones normativas y jurídicas, nos exponemos seriamente a no entender una palabra de lo que fuera la sociedad del siglo XIX y de lo que esta centuria aportó a la civilización occidental de manera irreversible, si es que nuestra civilización no está destinada a experimentar un retroceso en sus contenidos estrictamente humanos.

El historiador no va a violentar «el sagrado de la vida privada», el «santuario del hogar» (expresiones de nuestra retórica ochocentista correspondientes al amurallamiento laico propugnado por Littré), pero puede y debe esforzarse en reconstruir los patrones genéricos a que se atuvo el transcurso de millares y millares de «vidas privadas» vividas en estrecha y permanente simbiosis con unos espacios igualmente «privados». Y nuevamente ha de salir al paso en este punto la riqueza extraordinaria de fuentes de que el historiador dispone —todavía— para llegar a conocer, en sus líneas generales y en sus matices más significativos, lo que fueran los espacios sobre los cuales extravió la dimensión privada de su vida la sociedad española del siglo XIX. La primera de estas fuentes, conviene tenerlo muy en cuenta, es el conjunto de viviendas que en distintas ciudades, barrios, calles y aldeas de España conservan no sólo sus paredes y distribución originales, sino también un mobiliario y unos objetos de época impregnados todavía de las creencias, las ideas y las mentalidades, el tono de la vida, las alegrías y sufrimientos que la esfera de lo privado deparaba a cada familia y a cada ser humano a lo largo de unas décadas cuyas supervivencias corren peligro, porque nuestra sociedad no se caracteriza por la sensibilidad para captar la historicidad de lo que queda todavía relativamente cerca de nosotros. En muchas viejas casas burguesas y de clases medias, de las que conservan en el dintel de sus portales la fecha de construcción del edificio, puede seguirse todavía con impresionante precisión la transición que conducía gradualmente, a través de espacios definidos, de lo privado a lo público; del hogar a la calle. Así la «sala» o salón, modesto trasunto del salón de las clases altas, especie de enclave privilegiado abierto a las visitas, pero generalmente marginado de la vida cotidiana familiar; el «recibidor» o vestíbulo, pieza intermedia entre el acceso a la escalera común y las habitaciones y pasillos privados; el «mirador», especie de avanzada de la casa sobre la calle, que permite seguir desde la intimidad lo que transcurre fuera... Toda esta compleja frontera de lo doméstico estaba ausente en las viviendas de las clases populares de la ciudad. En la vida cotidiana de estas últimas, lo característico era la radical extraversion callejera de personas y espacios, la continua simbiosis entre la casa y la calle, como quedó registrado en tantas páginas galdosianas y, con toda la fuerza expresiva del contraste con respecto al hermetismo de la casa burguesa, en sendos capítulos (XXX y finales del XXXVI) de *La tribuna*, de Emilia Pardo Bazán. □

RESUMEN

La vida privada de antaño constituye uno de los campos de investigación característicos de la joven historia social. El interés actual por este nuevo sector de lo histórico plantea problemas de determinación de contenidos, de integración del mismo en el proceso histórico

global, que invitan a una reflexión seria por parte del historiador. El tomo que dedica al siglo XIX la presente Historia de la vida privada, al pretender esbozar un panorama sintético del sector indicado, abre camino, piensa Jover, a tal reflexión.

Michelle Perrot (dir.) y autores varios

De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial (tomo IV de la *Historia de la vida privada*)

Taurus, Madrid, 1989. 642 páginas. 6.750 pesetas.

El papel de las simetrías en Física

Por Ramón Pascual

Ramón Pascual (Barcelona, 1942) es catedrático de Física Teórica de la Universidad Autónoma de Barcelona y rector de la misma. Ha sido profesor en las Universidades de Valencia, Complutense de Madrid, Zaragoza y Autónoma de Madrid, así como investigador de la JEN (Madrid), del ICTP (Trieste), del CERN (Ginebra), de Orsay (París) y del Rutherford Laboratory (Oxford).

Algunas de las características comunes que han compartido las teorías científicas desde la antigüedad han sido la simplicidad y la belleza. Ambas características estaban presentes en las armonías pitagóricas y en los movimientos circulares aristotélicos. La teoría heliocéntrica que, con Galileo, da lugar al nacimiento de la ciencia moderna se impone sobre los complicados epiciclos debido a su simplicidad, ya que tanto la una como los otros daban razón de los movimientos planetarios. Modernamente, las grandes revoluciones sufridas por la ciencia han sido guiadas también por principios de simplicidad y belleza. Enumeremos tres ejemplos: la teoría general de la gravitación de Newton, que unificaba las caídas de los graves, los movimientos planetarios y las fuerzas de las mareas en la ley universal y sencilla del cuadrado inverso; la relación entre los complicados e inconexos fenómenos eléctricos y magnéticos encontrada por Faraday y la posterior unificación por Maxwell en sus elegantes ecuaciones; y la simplicidad y ordenación que supuso la tabla periódica de los elementos.

Ya entrados en este siglo, las grandes revoluciones de la física moderna han surgido cuando, en una situación de desconcierto que exigía un excesivo número de componentes elementales o unos esquemas terriblemente complicados para explicar los hechos experimentales, se ha encontrado algún principio que venía a arrojar luz sobre una situación confusa. Pensemos, por ejemplo, en la gran simplificación que la estructura atómica introdujo en el casi centenar de elementos químicos que se conocían y en las contradicciones que desaparecieron con la introducción de la relatividad restringida y de la mecánica cuántica, o en la simplicidad que se logró en los

términos espectrales al introducir el espín del electrón.

La simplicidad y la belleza, además de ser características de las teorías físicas, también son características comunes de los objetos simétricos. Desde la antigüedad, las repeticiones y las cenefas han sido elementos de decoración en casi todas las civilizaciones. La simetría es una característica abundante en una de las mejores maravillas de España: la Alhambra de Granada. La naturaleza también ofrece ejemplos de relación entre simetría, simplicidad y belleza: los cristales.

Simplicidad y belleza

Cerrando el triángulo, podemos intuir que detrás de la simplicidad y belleza de las leyes de la física se esconden simetrías. Si bien la relación entre simetría y ley física ha estado presente de manera un tanto oscura en épocas pasadas, durante este siglo, y especialmente en los últimos decenios, la relación se ha explicitado de manera absoluta. Convenía, por tanto, reflexionar acerca del papel que las simetrías han ejercido a lo largo del desarrollo de la ciencia moderna, desde 1600 hasta nuestros días. Fruto de esta reflexión es el libro que comentamos, que contiene las ponencias y posteriores discusiones de un congreso organizado por los profesores Manuel G. Doncel, de la Universidad Autónoma de Barcelona; Armin Hermann, de la Universidad de Stuttgart; Louis Michel, del Instituto de Altos Estudios Científicos de Francia; y Abraham Pais, de la Universidad Rockefeller y autor de una de las mejores biografías de Albert Einstein que lleva como subtítulo «Sutil es el Señor». En el congreso se reunieron, además de los organizadores (alguno de los cuales ha tenido papeles importantes en la introducción y desarrollo de algunas leyes de simetría), varios físicos eminentes. Señalemos entre ellos a Eugene P. Wigner, Premio Nobel de Física, pionero en el uso del instrumento matemático fundamental para el estudio de las simetrías, la teoría de grupos, y uno de los «padres» de la Mecánica Cuántica; a Murray Gell-Mann, destacado filólogo y ornitólogo, además de Premio Nobel de Física, introductor de los grupos de simetría en la clasificación de las partículas elementales e inventor del

concepto de «quark» y de su nombre (extraído del *Finnegans Wake* de Joyce); a Val L. Fitch, también Premio Nobel por su descubrimiento de la violación de la simetría CP, de la que hablaremos más tarde. Todos ellos y muchos otros físicos eminentes son los autores de las ponencias contenidas en el volumen que comentamos.

Intentemos precisar un poco qué entendemos por simetría. Decimos que un sistema es simétrico cuando al aplicar sobre él ciertas transformaciones el sistema ofrece el mismo aspecto. Por ejemplo, un cristal de cuarzo, al ser girado un ángulo de 60 grados en torno a su eje, ofrece el mismo aspecto al observador: diremos que es simétrico bajo el grupo de rotaciones de ángulos múltiplos de 60 grados. Una cenefa periódica (si olvidamos sus extremos) ofrecerá el mismo aspecto si realizamos un desplazamiento espacial igual a un múltiplo de su motivo fundamental: diremos que es simétrica respecto al grupo de traslaciones discretas caracterizadas por esta longitud fundamental. El universo, lejos de las regiones atípicas en que se encuentran nuestro sistema solar y las galaxias, aparece igual en todos sus puntos y en todas sus direcciones: decimos que es homogéneo e isótropo, es decir, es simétrico bajo cualquier traslación y bajo cualquier rotación.

El papel fundamental que las simetrías juegan en la física moderna se puede considerar que arranca en 1918 con el trabajo de Emmy Noether. Los teoremas de Noether establecen de manera clara la estrecha relación que existe entre las simetrías continuas de un sistema físico y las leyes de conservación. Cuando un sistema físico es invariante bajo ciertas transformaciones, existe alguna cantidad que el sistema mantiene constante durante su evolución. Los ejemplos son numerosos y vale la pena explicitar algunos de los más conocidos. La invariancia del espacio bajo las traslaciones y rotaciones que ya hemos mencionado lleva aparejada, respectivamente, la conservación de la cantidad de movimiento (o momento lineal) y la del momento cinético (o momento angular). Se trata además de simetrías continuas, ya que tanto las traslaciones como las rotaciones pueden hacerse en longitudes o ángulos cualesquiera. Estas simetrías y sus leyes de conservación son de gran importancia: pensemos que, en general y a pe-

sar de la sencillez de las leyes físicas fundamentales, los sistemas físicos reales son muy complicados y su estudio suele ser imposible de realizar de manera exacta; pero el hecho de que exista alguna magnitud física que se conserve constituye una enorme ayuda en el estudio de la evolución del sistema.

Los ejemplos citados, o mejor aún sus extensiones relativistas y mecánico-cuánticas consistentes en la homogeneidad e isotropía del espacio-tiempo de la relatividad restringida, que lleva a la conservación de la energía y el momento lineal y a la del momento angular total (suma del momento angular orbital y el espín), son simetrías exactas de la naturaleza, y también son exactas las leyes de conservación que llevan aparejadas.

Operaciones de simetría

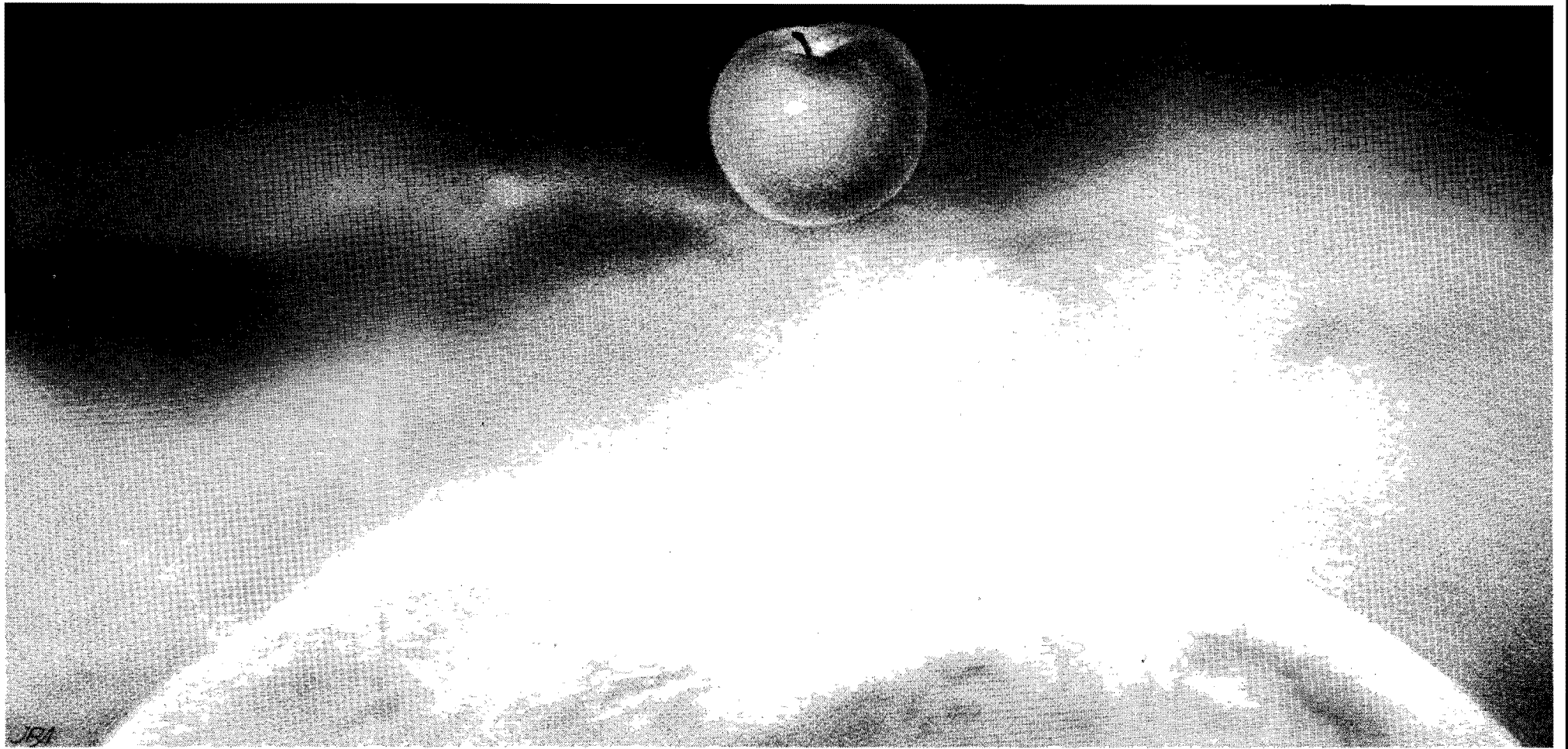
La creencia de los físicos en la validez de las invariancias bajo las operaciones de simetría y en las leyes de conservación correspondientes, ha llevado varias veces a realizar hipótesis arriesgadas. Uno de los casos más espectaculares ha sido el provocado por la desintegración beta de los núcleos radiactivos, en la que las medidas experimentales correspondientes a la transformación de un neutrón en un protón y un electrón, si bien conservaban la carga eléctrica, aparentaban violar el momento lineal y el angular. Es por ello que Pauli, antes que renunciar a estas leyes de conservación y a sus correspondientes simetrías, postuló la existencia de una nueva partícula, el neutrino, que suponía casi imposible de ser detectada y que, en realidad, tardó más de veinte años en ser puesta en evidencia. La misma creencia en las simetrías de la física llevó a Heisenberg a introducir el isospín, predecesor de las simetrías internas, de las que hablaremos luego. Más recientemente, la creencia en otro tipo de simetrías asociadas a las permutaciones entre partículas idénticas llevó a Gell-Mann a introducir el concepto de la carga de color de los «quarks», que ha resultado ser la base de la actual teoría de las interacciones fuertes, la cromodinámica cuántica.

Este último tipo de simetría, el asociado con el intercambio de pares de partículas idé-



JUAN RAMON ALONSO

Viene de la página anterior



JUAN RAMON ALONSO

ticas, merece un especial comentario y a él se dedican algunas secciones del libro que comentamos. Al intentar describir los átomos multielectrónicos aparecieron ciertas dificultades que fueron resueltas por Pauli postulando su famoso Principio de Exclusión: en un átomo no puede haber más de un electrón con las mismas características o números cuánticos. Este postulado «ad hoc» no es más que una consecuencia del comportamiento que tienen las funciones que describen los sistemas de varias partículas idénticas al ser sometidas a permutaciones mutuas. Si las partículas tienen espín entero, la función no cambia de signo al cambiar dos partículas (función simétrica), mientras que sí cambia si el espín es semientero (función antisimétrica), como en el caso de los electrones. Esta simetría o antisimetría implica no sólo el Principio de Pauli, sino que es responsable de las características de muchos sistemas físicos, incluso del especial comportamiento de algunos de ellos a bajas temperaturas al convertirse en fluidos sin viscosidad o en conductores de corriente sin resistencia: los famosos superconductores a bajas temperaturas.

Simetrías «rotas»

En la física existen otras simetrías que durante este siglo han ayudado al progreso de las teorías. Algunas de estas simetrías, con el paso del tiempo han resultado no ser auténticas simetrías, ya que en algunas ocasiones no se satisfacían, eran simetrías «rotas». Pero incluso en estos casos de simetrías rotas, el conocimiento de la manera cómo una cierta simetría se rompe nos puede ayudar en el análisis de los sistemas. Un ejemplo bastante conocido es el de la reflexión especular, lo que en física se llama la simetría de paridad. Hasta entrada la segunda mitad del siglo XX se pensaba que todos los sistemas físicos eran simétricos bajo la transformación discreta de reflexión en un espejo: tanto el objeto real como el reflejado satisfacen exactamente las leyes de la física, simetría que llevaba aparejada la conservación de una cantidad conocida como paridad del sistema. La sorpresa se produjo cuando en 1956 T. D. Lee y C. N. Yang apuntaron la posibilidad de que algunos pro-

cesos (regidos por las fuerzas nucleares débiles) podían no ser simétricos bajo la reflexión especular y no conservar, por tanto, la paridad. Lo acertado de su hipótesis no tardó en ser demostrado experimentalmente por C. S. Wu, y su mérito les valió el Premio Nobel de Física. Pero la física sigue utilizando el concepto de paridad, ya que la manera precisa de cómo se viola una simetría y la no conservación de la correspondiente ley pueden ser tan interesantes como su conservación.

Aunque la paridad no es pues una simetría exacta, un teorema basado en principios generales establece que la física es simétrica bajo la denominada operación CPT: la reflexión especular seguida de una inversión del eje de tiempo (inversión temporal) y del cambio de las partículas por sus antipartículas (conjugación de carga). La violación de la paridad iba acompañada de la violación de la conjugación de carga, de manera que parecía que el producto CP (y también T) era aún una buena simetría. Fue Fitch quien demostró experimentalmente que ello no era cierto, lo que también le valió el Premio Nobel.

Además de estos tipos de simetrías, a principios del decenio de 1960 empezaron a jugar un papel importante las llamadas simetrías internas que, introducidas por Gell-Mann y Ne'eman (también participante en el volumen), permitían una clasificación, a manera de nueva tabla periódica, de las decenas de partículas elementales que se habían ido creando a medida que los aceleradores de partículas aumentaban su energía. El éxito de estos esquemas de clasificación condujo la atención de los físicos hacia los grupos correspondientes a las simetrías que se utilizaban, de manera que los grupos de Lie, como el llamado SU(3), empezaron a ser instrumentos de uso común. La meta perseguida consistía en encontrar alguna teoría física que fuese simétrica bajo las transformaciones de algún grupo suficientemente grande que contuviera los grupos de traslaciones y rotaciones (el grupo de Lorentz) junto con los grupos de simetría interna como el SU(3).

Desgraciadamente pronto se comprobó que matemáticamente era imposible encontrar un grupo que contuviera a la vez el grupo de Lorentz y alguno de los grupos de simetría in-

terna, con lo que parecía que el problema no tenía solución. Sin embargo, como suele suceder casi siempre, el teorema que prohibía la existencia dejaba alguna posibilidad que parecía muy alejada de la física. Recientemente esta vía ha sido explorada de manera extensiva y ha dado lugar a las actuales teorías supersimétricas. Estas teorías, además de apuntar a la deseada unificación, presentan algunos otros aspectos muy positivos, pero adolecen, en cambio, de la necesidad de ampliar considerablemente el número de partículas elementales existentes, con el agravante de que, hasta ahora, ninguna de las predichas ha sido detectada, quizá debido a que su masa es inaccesible para la actual generación de aceleradores.

Simetrías de aforo

El progreso realizado en los últimos veinteaños ha sido considerable y ha estado guiado esencialmente por la búsqueda de una teoría bella y única, lo más general posible, basada en alguna simetría de las denominadas de aforo (en inglés, «gauge»). Disponemos ya de algunas piezas del rompecabezas: por un lado tenemos la electrodinámica cuántica unificada con la teoría de las interacciones débiles basada en una simetría denominada SU(2) XU (1). Por otro lado, los «quarks» de Gell-Mann, con sus tres clases (o colores) distintas, experimentan las interacciones fuertes regidas por una teoría, la cromodinámica cuántica, basada en el grupo SU(3). Incluso existen candidatos a unificar ambas teorías en

una de gran unificación basada en grupos mayores, aunque el hecho de que los varios experimentos en marcha no logren detectar la inestabilidad del protón obliga a descartar los candidatos más sencillos. Los intentos de unificar estas teorías con las interacciones gravitacionales han conducido a nuevas teorías basadas siempre en grupos de simetría mayores y en el contexto de las supersimetrías: las teorías de supercuerdas. A pesar de la ausencia de datos experimentales que, de momento, apoyen algunas de las hipótesis más avanzadas, pocos físicos no están convencidos de que nuestro universo es describible mediante alguna teoría más o menos única basada en alguna simetría más o menos exacta.

El volumen que comentamos contiene la historia de los conceptos que hemos descrito y de otras muchas ideas relacionadas con otros tipos de simetría, en muchos casos relacionada por alguno de los físicos que tomaron parte activa en sus desarrollos. Contiene también, después de cada conferencia, las transcripciones de los diálogos y las discusiones que tuvieron lugar. Todo ello, junto con las transcripciones cuidadosamente revisadas de las mesas redondas que se organizaron sobre algunos conceptos, permite al lector formarse una viva idea sobre la manera como avanzan las teorías físicas. El enriquecimiento que se obtiene al profundizar en la evolución histórica de los conceptos, tal como sucede al avanzar en la lectura, suele ser un buen complemento al conocimiento que se adquiere cuando se estudian los mismos conceptos en un texto de síntesis elaborado con una perspectiva histórica. □

RESUMEN

Simplicidad, belleza, simetría parecen términos propios de un orden artístico más que de uno científico, y, sin embargo, son aquéllas, características comunes que han compartido, como nos recuerda el profesor

Ramón Pascual, las teorías científicas desde la antigüedad. Un libro colectivo que se refiere a la estética de la ciencia, al papel de las simetrías en la física, le da ocasión para exponer su opinión.

Manuel G. Doncel y otros

Symmetries in Physics (1600-1980)

World Scientific Publishing, Singapur, 1988. 678 páginas. 75 dólares.

La Tierra, en observación científica

Por José María Torroja

José María Torroja (Madrid, 1916) es doctor en Ciencias y ha sido catedrático de Astronomía y Geodesia de la Universidad Complutense, de donde actualmente es profesor emérito. Es ingeniero geógrafo, astrónomo del Observatorio de Madrid y secretario de la Real Academia de Ciencias.

La Academia de Ciencias de París ha publicado recientemente un volumen titulado *La figure de la Terre du XVIII^e siècle à l'ère spatiale*, en conmemoración del 250 aniversario de las observaciones efectuadas a lo largo de los años 1736 a 1743, con objeto de determinar experimentalmente cuál era la forma de la Tierra, problema que ha ocupado la atención del hombre a lo largo de los siglos.

En efecto, los grandes filósofos griegos, desde el siglo VII a.C., Tales de Mileto (s. VII a.C.), Pitágoras (s. VI a.C.), Platón (s. IV a.C.), admitían la forma esférica de la Tierra. Aristóteles, en el siglo IV a.C., afirmaba que la forma de la Tierra era esférica porque ésta era la forma de los demás astros y porque la sombra de la Tierra sobre la Luna en los eclipses lunares era circular. A la misma conclusión llegó Arquímedes un siglo más tarde: «La superficie de cualquier fluido en reposo es una esfera, cuyo centro coincide con el de la Tierra.»

Admitida la forma esférica de la Tierra, faltaba conocer el valor de su radio. Bastaba para ello medir la longitud de un arco de meridiano y el ángulo formado por los radios en sus extremos. Y esto fue lo que hizo Eratóstenes (s. III a.C.) con un ingenioso procedimiento para medir ese ángulo. Suponiendo que Alejandría y Siena (la actual Assuan) se encontraban en el mismo meridiano, observó que el Sol iluminaba los pozos hasta el fondo en el solsticio de verano, lo cual indicaba que se encontraba en el cenit de Assuan. Determinando la distancia cenital del Sol en Alejandría en esa misma fecha, esa distancia cenital era igual al ángulo en el centro que necesitaba conocer. Con el valor de la distancia entre ambos puntos, que pudo encontrar en la biblioteca de Alejandría, pudo determinar por primera vez el radio de la Tierra supuesta esférica.

En 1670, la Academia Real de Ciencias de París se ocupó de preparar la confección de la «carta de Francia», encargando al abate Picard la medida de un nuevo arco de meridiano en las proximidades de París y la determinación de las latitudes de sus extremos.

Del análisis del resultado de estas observaciones resultó que la longitud de un arco de un grado a lo largo del meridiano no era constante, como debía ocurrir si la Tierra fuera efectivamente esférica. Por el contrario, esa longitud disminuía desde el ecuador hacia los polos. Ello hizo pensar que la Tierra, en lugar de esférica, debía ser un elipsoide de revolución alargado en el sentido de su eje de rotación.

Por aquella época, en 1687, Newton publicó su obra cumbre *Philosophiæ Naturalis Principia Mathematica*, en la que, como una de las consecuencias de la gravitación universal que allí exponía, resultaba que la Tierra debía ser un elipsoide de revolución achatado en el sentido de su eje de rotación.

Se planteó así una discusión: ¿La Tierra era alargada o achatada en el sentido de su eje de rotación? La única forma de resolver esa disputa era recurrir a la observación. Y así lo acordó la Academia de Ciencias en 1735 tras amplia discusión. Se organizaron, en efecto, dos expediciones que deberían trasladarse una a Laponia, cerca del polo, y otra a las proximidades del ecuador, al virreinato del Perú. La expedición a Laponia estuvo integrada por Maupertuis, Clairaut, Le Monier y Camus. Al Perú fueron los académicos franceses Godin, Bouguer y La Condamine y los guardiamarinas españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa

y el criollo Pedro Vicente Maldonado. A la intervención de los dos españoles se refirió en 1967 el académico francés e ilustre geodesta profesor Pierre Tardi con estas palabras: «De fait, le roi d'Espagne, Philippe V, avait désigné deux jeunes officiers du Corps des gardes de la Marine d'Espagne, Jorge Juan et Antonio de Ulloa, qui étaient très jeunes à l'époque de leur désignation (23 et 20 ans) mais qui se révélèrent l'un et l'autre de très grande valeur et qui devaient rendre à la mission d'inappréciables services, non seulement pour les contacts avec les autorités locales, mais également pour les observations scientifiques.»

La publicación que comentamos de la Academia de París contiene dos conferencias generales de los académicos señores Levallois y Kovalevsky. La primera, del profesor Levallois, lleva por título «L'Académie Royale des Sciences et la Figure de la Terre». En ella hace historia de la cuestión, empezando por recordar las medidas de arcos de meridiano efectuadas por Schnellius (1617), Norwood (1635) y Riccioli (1661). Pasa a continuación a recordar la propuesta de Juan Bautista Colbert, ministro de Luis XIV, de formar una nueva carta geográfica de Francia, cuyo proyecto pasa a la Académie Royale des Sciences para su ejecución. En cumplimiento del encargo recibido midió Picard un arco de meridiano de 150 kilómetros de longitud en las proximidades de París. Como resultado de esta medida se dedujo que la longitud de un arco de un grado de meridiano disminuía desde el ecuador hasta el polo. Resultaba así que la Tierra era un elipsoide de revolución alargado en el sentido de su eje de rotación.

Por aquellos años se conoció en Francia la obra de Newton *Philosophiæ Naturalis Principia Mathematica*, en que afirmaba que la Tierra debía ser un elipsoide achatado, lo que dio lugar a la discusión a que antes nos referimos, y ésta a su vez a la organización de las dos expediciones a Laponia y al Perú. Al referirse a esta última expedición, dice el profesor Levallois:

«Deux officiers Espagnols G. Juan et A. de Ulloa désignés par Madrid participaient et en fait participèrent à toute l'opération avec un loyalisme total et une parfaite compétence: une partie du succès de la mission leur revient.»

Geodesia espacial

La segunda conferencia general, la del profesor Kovalevsky, trata de «La figure de la Terre à l'ère spatiale». En efecto, la Geodesia clásica abordó el problema del estudio y determinación de la forma y dimensiones de la Tierra por varios procedimientos, además de los arriba citados. Pero a partir del lanzamiento del primer Spoutnik, el 4 de octubre de 1957, por la Unión Soviética, la observación de satélites artificiales ha abierto nuevas perspectivas con lo que se ha llamado Geodesia espacial o Geodesia por satélites.

Las dos grandes posibilidades iniciales de la Geodesia espacial son las que se han llamado «método geométrico» y «método dinámico». El método clásico de las triangulaciones se había aplicado ya al enlace de continentes, observando un gran cuadrilátero entre España y África, en 1879 bajo la dirección del general Ibáñez, marqués de Mulhacén, por parte de España, y el coronel Perrier por Francia. Pero esto no es posible para enlazar las triangulaciones entre continentes más alejados, como Europa con América y Asia con América y con Oceanía. Ello ha sido posible utilizando satélites artificiales observados simultáneamente desde estaciones alejadas, lo que permite fijar la posición del satélite en el espacio y utilizar esta posición para definir una triangulación espacial que permitirá enlazar estaciones alejadas. Mediante este procedimiento, el U.S. Geodetic Survey definió entre los años 1960 a 1970 una red geodésica mundial.

El método dinámico se basa en las siguientes consideraciones: Un satélite artificial se mueve alrededor de la Tierra sometido, fundamentalmente, a la acción de la gravedad. La órbita del satélite depende de la forma de la Tierra y la distribución de masas en su interior. El método dinámico en Geodesia espacial trata de resolver el problema inverso: determinada por observación la órbita del satélite, buscar cuál debe ser la forma de una Tierra que origine ese movimiento del satélite.

Después de estas dos conferencias generales siguen una serie de comunicaciones al coloquio, agrupadas en dos grandes capítulos. El primero comprende una serie de «Comunicaciones históricas sobre la figura de la Tierra».

La primera comunicación, de P. Costabel, es un estudio de las opiniones de los académicos franceses, que, partidarios en un principio de la teoría de los torbellinos de Descartes, fueron tomando en consideración las opiniones de Huygens y Newton, opuestas a las de Cassini y a los resultados de sus medidas.

Otras dos comunicaciones, de R. Taton y A. Lafuente, se refieren a las dos expediciones a Laponia y al Perú. Taton empieza su comunicación refiriéndose a las discusiones mantenidas en la Academia, en particular a la posición intransigente de J. Bernoulli en defensa de una Tierra alargada y a las dificultades de resolver la cuestión por observación.

Cuando Maupertuis dio cuenta a la Academia del resultado de las observaciones en Laponia, sigue diciendo Taton, resultó que la longitud del arco de meridiano de un grado en Laponia era mucho mayor que en las latitudes de París-Amiens, con lo que debía rechazarse la hipótesis de una Tierra alargada. Este informe de Maupertuis fue violentamente contestado por Cassini, que criticó los métodos de observación utilizados. Y cuando Cassini, que había participado en la medida del arco en Laponia, conoció esta postura de Cassini, reaccionó atacando a su vez los métodos que el propio Cassini había utilizado en la medida de su arco. Esta discusión fue comentada por Voltaire, ardiente defensor en Francia de las ideas de Newton, diciendo que los académicos, con sus medidas, habían aplastado a la Tierra y a los Cassini.

El arco observado en Laponia abarcaba cerca de dos grados de latitud; las observaciones geodésicas duraron sesenta y tres días, y las astronómicas se repitieron en 1736 y 1737.

Por su parte, las observaciones en Perú abarcaron unos tres grados de latitud y duraron cuatro años, y las dificultades de todo orden fueron enormes, tanto administrativas para lograr la autorización de las autoridades españolas, como con la llegada de fondos desde París..., como dos procesos a La Condamine por determinadas actividades nada científicas, como discusiones entre los académicos franceses.

Las dos comunicaciones siguientes son de J. Lévy, sobre «L'Astronomie et les expéditions», y de J. Dorst e Y. Laisus sobre «L'apport aux sciences naturelles, Joseph de Jussieu». La primera trata de las expediciones efectuadas a lo largo de los siglos para tratar de resolver problemas astronómicos y geodésicos, y la segunda sobre nuevas plantas y animales encontrados por Jussieu, miembro de la Academia de Ciencias de París que acompañó a la expedición al Perú.

En la siguiente comunicación, A. M. Chouillet trata de la repercusión de estas expediciones en la prensa tanto francesa como holandesa que, legal o clandestinamente, se recibía en Francia y del impacto de estas noticias en los lectores. Las informaciones recogidas de los periódicos de la época se refieren, por una parte, a noticias sobre la salida de los expedicionarios a Laponia y al Perú, sobre la marcha de las observaciones y sobre su regreso a París. Dan también noticias sobre las discusiones mantenidas en la Academia de Ciencias y después de la realización de las medi-

das. Y por último se refieren a las disputas entre Bouguer y La Condamine, continuación de las mantenidas durante su estancia en Perú.

Siguen dos comunicaciones en las que L. Marquet y D. Fauque estudian los instrumentos utilizados en las dos expediciones tanto para las medidas de las bases y de ángulos en las triangulaciones como para las observaciones astronómicas. La unidad utilizada para la medida de las bases fue la «toesa de París», definida por una regla que se conservaba en el Grand Chatelet, de la que se hicieron dos copias: la «toesa del Norte» y la «toesa del Perú». A partir de 1766, la toesa del Perú fue adoptada en Francia como patrón oficial, en lugar de la toesa del Chatelet.

«Toesa del Perú»

Esta «toesa del Perú», luego llamada «toesa de la Academia», estaba destinada a jugar un papel preponderante en el futuro. En efecto, cuando se observó la triangulación entre Dunkerque y Perpiñán, Borda hizo construir cuatro reglas bimetálicas de platino y cobre que se utilizaron para medir sendas bases en Melun y Perpiñán. En 1799 se adoptó oficialmente como valor de la cuarta parte de la longitud del meridiano terrestre el de 5 130 140 toesas de la Academia, y este arco de meridiano fue el que se utilizó posteriormente para definir el metro como nueva unidad para la medida de distancias, que resultó ser 1 m = 0,513074 toesas.

En cuanto a los instrumentos para medida de ángulos, se limita D. Fauque al estudio del cuarto de círculo, por ser el instrumento fundamental. De las dos expediciones, dice, la del Perú fue la más ricamente dotada. Cuatro fueron los instrumentos de este tipo llevados al Perú: Bouguer llevó un cuarto de círculo de 30 pulgadas que había sido encargado por Cassini en 1730; Godin, uno de 21 pulgadas, propiedad de la Academia; los españoles (Juan y Ulloa), uno de 24 pulgadas que había sido encargado por el Gobierno de Madrid, y La Condamine, uno de tres pies que había pertenecido a Louville y adquirido a su muerte por la Academia de París. En las dos observaciones en Laponia se utilizan dos cuartos de círculo de dos pies y de 18 pulgadas de radio respectivamente, un antejo de pasos de 15 pulgadas, un círculo mural y otro círculo mural de tres pies que aportó Maupertuis. Sigue una breve exposición sobre los problemas originados por la puesta a punto y utilización de estos instrumentos, que fueron una de las causas de las discusiones entre los académicos franceses en el Perú.

La siguiente es una comunicación de B. Bru titulada: «Laplace y la crítica probabilística de las medidas geodésicas». El problema de la precisión de las observaciones y de los resultados, en la medida de arcos, venía preocupando a los geodestas y se presentaba en el caso de los arcos de meridiano medidos en Laponia y en Perú. Conocidos los resultados de las observaciones en Laponia, la Academia de París acordó repetir las observaciones de la meridiana de París, cuyos trabajos se iniciaron en mayo de 1739 por Cassini de Thury y el abate La Caille. Este último propuso una compensación empírica que fue rechazada más tarde por la Comisión de Pesas y Medidas, que deseaba las máximas garantías con vistas a la futura definición del metro como nueva unidad de medida. La citada Comisión logró un decreto del rey que disponía una nueva medida del arco de meridiano entre Dunkerque y Barcelona, que habría de ser cubierto por un total de 53 triángulos, y cuyos trabajos fueron encargados a Delambre y Méchain.

Legendre (que con Delambre y Méchain formaban parte de la citada Comisión, que presidía Laplace) publicó en 1805 su método de los mínimos cuadrados, que tantas aplica-

Viene de la página anterior



ciones habría de tener en el futuro, y no sólo en Geodesia, en el cálculo de magnitudes determinadas a partir de observaciones. D. Bernoulli, Lagrange, Lambert y Gauss se ocuparon del problema, pero fue Laplace el que mayor atención le prestó. En 1816, en la tercera edición de su *Essai philosophique sur les probabilités*, así como en su *Théorie analytique des probabilités*, dedica especial atención a las aplicaciones geodésicas de la teoría de probabilidades, en particular a la compensación de redes geodésicas y de nivelación.

El trabajo siguiente, de A. Ten, de la Universidad de Valencia, trata de la prolongación del meridiano de París hasta las islas Baleares, aportando interesantes datos poco conocidos, para lo que ha tenido que consultar diversos archivos en París. Da las razones por las que la Academia de París recomendó esta prolongación desde Barcelona, que llevaron al Bureau des Longitudes a decidir, el 31 de agosto de 1802, la realización de esta operación, de la que fue encargado el astrónomo Méchain. Este llegó a Barcelona el 5 de mayo siguiente, iniciando las gestiones cerca de las autoridades españolas y los trabajos de reconocimiento del terreno para fijar las posiciones de los vértices y el emplazamiento de una base. En las observaciones colaboraron el director y subdirector del Observatorio de Madrid, Ximénez Coronado y José Chaix, así como el P. Agustín Canellas y el barón de la Puebla. El 20 de septiembre murió Méchain en Castellón, siendo encargados Biot y Arago de continuar los planes preparados por Méchain.

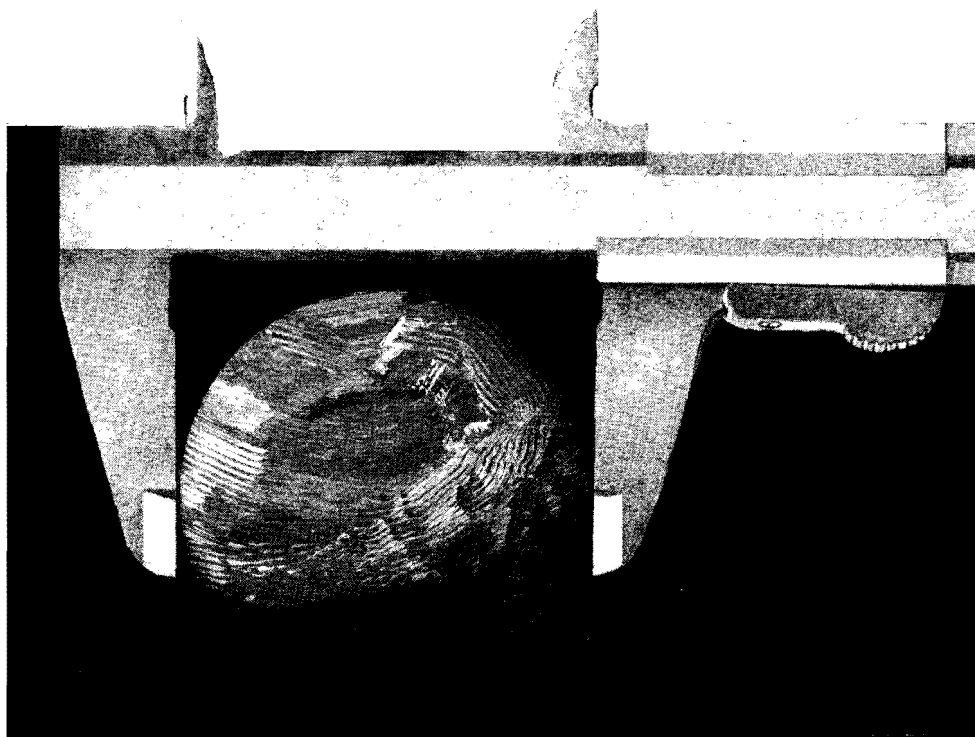
Sigue esta primera parte de la obra con un trabajo de L. Gerardin en que trata de la introducción del metro como unidad en sustitución de la toesa. Hace historia de las diversas unidades utilizadas desde el antiguo Egipto hasta la introducción de la «toesa de la Academia». Se refiere a la idea de introducir como unidad de longitud la del péndulo que bate segundos y a la propuesta del abate Mouton de introducir una unidad que estuviera relacionada con las dimensiones del globo terrestre, condición que cumple la milla. Esta propuesta fue apoyada por Cassini en su obra *De la grandeur et figure de la Terre*. El problema fue llevado en 1790 a la Asamblea Constituyente, donde recibió el eficaz apoyo de Talleyrand. Y, en efecto, en 1793 un decreto de Luis XVI fija el metro como unidad de longitud, equivalente a la diezmilésima parte del cuadrante del meridiano terrestre.

Termina esta primera parte de la obra comentada con un trabajo de F. Mignard sobre «La teoría de las figuras», en que estudia el problema general de determinar la figura del equilibrio de una masa fluida homogénea en rotación sometida a la acción de la gravitación universal. Este problema, que había sido iniciado por Newton y Huygens, ha sido tratado posteriormente por Maclaurin (1742), Clairaut (1743), Laplace (1776), Legendre (1789), Jacobi (1834) y más modernamente por el gran matemático francés H. Poincaré.

El geode

La segunda parte del libro contiene una serie de comunicaciones sobre «aspectos contemporáneos de la figura de la Tierra».

Las expediciones organizadas en el siglo XVIII tenían por objeto comprobar si la Tierra era alargada o achatada en el sentido de su eje de rotación, dando por sentado que su forma debía ser una elipsoide de revolución. Pero es evidente que esto no es sino una primera aproximación. La figura de la superficie física de la Tierra no es evidentemente un elipsoide. Gauss (1771-1835) definió la figura de la Tierra como una superficie equipotencial en el campo de la gravedad, superficie que luego se ha llamado geode a propuesta del geodesta alemán Listing, y que debe coincidir con la superficie de los mares en reposo, eliminados los efectos de las mareas, de



ANTONIO LANCHO

las corrientes marinas y los vientos. La determinación de esa superficie y el obtener la máxima información sobre sus variaciones con el tiempo y sobre la constitución de la corteza terrestre es uno de los problemas que trata de resolverse por la observación de satélites artificiales.

La forma de la Tierra y del campo de gravedad se estudian en dos de las comunicaciones debidas a J. Barlier y A. Balmino. Son dos problemas íntimamente relacionados, puesto que la forma de la Tierra queda definida, como acabamos de indicar, como una superficie de nivel en el campo de la gravedad, campo que define a su vez el movimiento de los satélites artificiales.

Las leyes de la Mecánica celeste pueden aplicarse al estudio del movimiento de los satélites artificiales lo mismo que se aplican al estudio del movimiento de los astros del sistema solar. Podemos así conocer la órbita de un satélite artificial en un sistema de coordenadas geocéntricas, con la ventaja de que, dada la gran altura a que se mueven, no están afectadas por las perturbaciones producidas por la atmósfera terrestre. Además pueden observarse simultáneamente desde puntos muy alejados de la superficie terrestre, lo que ha permitido resolver el problema del enlace de redes geodésicas en varios continentes mediante la observación de satélites provistos de reflectores de luz láser o de ondas de radio.

Las realizaciones y perspectivas para el futuro de la aplicación del láser para la determinación de la distancia de la Luna y de los satélites artificiales son estudiadas por Veillet, Pierron, Mangin y Barlier. Hasta ahora se ha logrado determinar la posición geocéntrica de la estación de Grasse (Francia) y el período de la rotación de la Tierra, el día, con una precisión de 0,0002 segundos, y se espera en un futuro próximo enlazar Grasse con otras tres estaciones que se proyectan en Texas, Hawai y Australia.

Una comunicación del profesor H. Moritz reseña los resultados obtenidos en la determinación de los parámetros que definen la forma y dimensiones de la Tierra: las «constantes geodésicas fundamentales». Empieza por el elipsoide de la Comisión de Pesas y Medidas (1799) que sirvió de base para la definición del metro hasta el «Sistema geodésico de referencia 1980», adoptado por la Unión Geodésica y Geofísica Internacional en la reunión celebrada en Cambera en 1979.

El profesor P. Melchior, secretario de la citada Unión Geodésica y Geofísica, estudió la labor desarrollada por este organismo no sólo en el estudio de la forma de nuestro planeta, sino también en el del campo magnético terrestre, las variaciones de la densidad y del flujo de calor en el interior de la Tierra.

«Geode y estructura interna de la Tierra» es el título de la comunicación de A. Cazena-

ve. La Tierra no es un cuerpo rígido, por lo que las atracciones gravitatorias del Sol y la Luna producen deformaciones en su superficie sólida que dan lugar a las mareas terrestres, lo mismo que originan las mareas oceánicas, de mucha mayor magnitud. Por otra parte, la existencia de zonas de diferente densidad en el interior de la Tierra se acusa por perturbaciones en el movimiento de los satélites, y la observación de estas perturbaciones puede permitir el conocimiento de esas variaciones de densidad en el interior de la Tierra, lo mismo que ocurrió hace años con el estudio de los movimientos de los satélites artificiales puestos en órbita alrededor de la Luna, que permitieron identificar y localizar lo que se llamaron «mascones».

Tectónica de placas

El geólogo alemán Wegener sugirió en 1912 la existencia de movimientos de los continentes, teoría que ha sido reemplazada recientemente por la tectónica de placas, que supone la litosfera terrestre constituida por una serie de placas rígidas sometidas a lentos movimientos de algunos centímetros por año. Esta es otra cuestión que se ha tratado de confirmar utilizando observaciones de satélites artificiales. El estudio del movimiento de estas placas tiene gran importancia, pues las zonas de fricción presentan una notable actividad sísmica y volcánica, especialmente en los fondos oceánicos. Por otra parte, la existencia de grandes ondulaciones del Geode presenta dificultades que no se han logrado salvar, pero que se espera hacerlo en los próximos años mediante nuevas misiones espaciales.

R. Biancale y E. Lansard tratan de la posibilidad de resolver el problema de la determinación de la forma de la Tierra por el método dinámico a que más arriba nos referíamos al tratar de la conferencia general del profesor Kovalevsky: determinada por observación la órbita de un satélite, buscar cuál debe ser la forma de la Tierra que dé lugar a ese movimiento, resolviendo el problema a partir de medidas Doppler.

RESUMEN

Hoy nadie duda de que la Tierra tiene forma esférica, pero no siempre se ha creído esto. Muchas vueltas se han dado, en el pasado, a su forma y a su tamaño. Una obra colectiva de la Academia de Ciencias de París, con la que se conmemora el 250 aniversario

Otro tema al que también se refirió el profesor Kovalevsky es el de la determinación de una red geodésica mundial. La resolución de este problema por telemetría láser es estudiada por D. Gambis, Y. Boudon y P. Exertier. Se refieren en particular a dos campañas internacionales organizadas con este fin. La primera en los años 1975 y 1976, en la que intervino el Observatorio de San Fernando (Cádiz), y una segunda en 1983 y 1984, lo que se llamó el «Proyecto MERIT», que se prolongará en un futuro próximo, esperando obtener posiciones de las estaciones de observación con errores del orden de algunos centímetros y el desplazamiento de las placas tectónicas.

Por último, otras dos ponencias tratan de la determinación de posiciones de puntos de la superficie terrestre, por C. Boucher, y de la resolución del mismo problema por observaciones interferométricas sobre radiofuentes, por G. Petit, J. F. Lestrade, C. Boucher, F. Biraud, A. Rius y A. Nothnagel.

El geode no es sino una superficie de nivel cuyo conocimiento nos permite tener una idea aproximada de la figura de la Tierra, pero ese geode no coincide con la superficie física de nuestro planeta. Para el conocimiento de esta última se han desarrollado procedimientos que permiten situar un punto de dicha superficie en un instante dado, en un sistema de referencia geocéntrico, bien por su longitud, latitud y altitud, bien por sus coordenadas cartesianas. Cuatro son las posibilidades para resolver este problema. La telemetría láser consiste en medir el tiempo de ida y vuelta empleado por una señal láser enviada desde una estación en Tierra y devuelta por un reflector situado en la Luna o en un satélite artificial. Otra posibilidad es sustituir el láser por señales de radio, con la ventaja de su utilización cualesquiera que sean las condiciones meteorológicas. Pueden también utilizarse señales de radar emitidas a bordo de un satélite. Y, por último, puede recurrirse a un procedimiento que venía utilizándose ya en Radioastronomía: estudiando las interferencias producidas por las señales recibidas en dos o más estaciones procedentes de una misma radiofuente. Este sistema puede utilizarse observando desde estaciones muy alejadas en la Tierra, lo que se viene llamando VLBI, iniciales de «very long base interferometry».

Los resultados de las experiencias realizadas y las perspectivas para el futuro de este último procedimiento son expuestos en el último de los trabajos. En la experiencia realizada se utilizaron tres radiotelescopios instalados en Brasil, Atibaia; en Africa del Sur, Hartebeesthoek; en Madrid, Robledo de Chavela; en Francia, Nançay; y en Suecia, Onsala. Se determinaron las posiciones relativas de estas estaciones (no geocéntricas) con una precisión de algunos centímetros referidas a Madrid. La ventaja principal de este método está en la posibilidad de poder obtener en pocas horas de observación la máxima precisión de algunos centímetros.

Se trata, en resumen, de una obra que estudia el problema de la determinación de la figura de la Tierra desde el punto de vista histórico y las perspectivas de futuro, de gran interés para estudiosos de la Historia de la Ciencia y para geodestas. □

H. Lacombe y P. Costabel (eds.)

La figure de la Terre du XVIIIe siècle à l'ère spatiale

Gauthier-Villars, París, 1988. 472 páginas. [6.400 pesetas.]

Para acercarse a la música

Por Claudio Prieto

Claudio Prieto (Muñeca, Palencia, 1934), compositor, ha realizado estudios musicales en Alemania, España e Italia y es titulado por el Conservatorio Superior de Música de Madrid y la Academia Nacional de Santa Cecilia, de Roma. Entre otros premios posee el Internacional «Oscar Esplá», el «Manuel de Falla», el «Reina Sofía» de Composición Musical y el de Radio Televisión Italiana.

De interesante y ameno se podría calificar el libro de Helen Epstein *Hablemos de música. Conversaciones con músicos*, editado por Javier Vergara. Interesante porque aborda aspectos humanos y artísticos de la vida musical actual que, en general, suelen ser desconocidos para el público. Ameno porque está escrito con un lenguaje fluido, abierto, rezumando la lógica agilidad del estilo periodístico que permite fácilmente el acceso a sus páginas de cualquier lector, sea músico o no. De hecho —y a propósito de esta alusión a sus orígenes periodísticos—, creo que sería más acertado hablar aquí de una recopilación o de una sucesión de «artículos» o «reportajes» que de un libro en el sentido tradicional del término. Los trece capítulos de que consta son completamente independientes entre sí, salvando alguna conexión temática o de entorno, como veremos más adelante, de tal forma que la escritora podría haber suprimido o añadido artículos sin que su estructura interna se viera en absoluto modificada. Esto no significa, sin embargo, que carezca de coherencia. Helen Epstein parece haber planteado este volumen con la clara intención de acercar a los lectores al mundo de la música, tanto desde lo que se proyecta en el escenario como desde lo que se esconde tras los bastidores, pasando por cualquiera de los campos profesionales que afectan al proceso productivo de la música.

Pero, además, el libro contiene otros ingredientes que contribuyen no poco a su amenidad: anécdotas, intimidades de la vida de los músicos, entrevistas, opiniones del público y de profesionales con respecto a muchos de los artistas hoy en candelero, datos biográficos, curiosidades... Todo ello mezclado por la hábil mano de la escritora para ofrecer un producto atractivo en el complejo mercado editorial.

Los protagonistas

Como decía, el libro está dividido en trece capítulos. De ellos, nueve están dedicados a ofrecer perfiles biográficos que basan su interés no sólo en la narración historizada de una carrera profesional, sino en el retrato intimista del artista. Epstein tiene las suficientes dotes psicológicas como para mostrar en una pequeña fotografía aquellos detalles, a primera vista insignificantes, que marcan la personalidad humana.

El primer artista a cuya figura nos aproxima la escritora es el pianista ruso Vladimir Horowitz. La conclusión a la que parece querer llevarnos es tanto más lamentable cuanto más admirable nos resulte su rendimiento en un escenario. Público, colaboradores, amigos

y familiares no deben merecer, a juicio de Horowitz, mayores muestras de respeto a pesar de la rendición incondicional de éstos a su genialidad. Cuando había terminado de leer este capítulo, me vino a la memoria una frase del prólogo que decía textualmente: «Algunos ejecutantes que desde lejos resultan inspiradores, de cerca son personas horribles; la inteligencia en la música no siempre se traslada a la inteligencia en la vida.» No puedo evitar deducir —aunque me tachen de malicioso— que la frase fue escrita pensando en él.

Desde otro prisma mucho más colorista y, por cierto, bastante completo, se estudia lo que ha sido y es el «fenómeno Bernstein» en la historia de la música. Sale aquí a relucir la conjunción de muchas características imprescindibles para la creación de un mito, en particular si se trata de un mito nacido en la nación norteamericana: gusto por el espectáculo, teatralidad, pomposidad, brillantez, habilidad en la promoción, provecho de la publicidad..., y todo ello sazonado con una pizca de morbosidad, equívoco y escándalo. Bernstein posee estos rasgos y los sabe utilizar en su beneficio a través de sus múltiples actividades, aun a pesar de las lagunas que se puedan detectar en su faceta de compositor.

Otro aspecto primordial para el desarrollo y la canalización de las cualidades de un artista es su educación. Desde la enseñanza técnica hasta la utilización de la misma al servicio de la sensibilidad musical, hay un largo proceso pedagógico en el que interviene directamente el educador. Este proceso se nos muestra en toda su extensión de la mano de Dorothy Delay, profesora de violín de la prestigiosa escuela Juilliard y responsable de la educación de violinistas de la talla de Itzhak Perlman, Cho-Liang Lin, Nadja Salerno-Sonnenberg... Las propias declaraciones de Delay se mezclan con las de sus alumnos, quienes coinciden en admirar los secretos de un método basado en un juego de estímulo psicológico-respuesta que se ha declarado eficaz para muchas generaciones de ejecutantes. Este artículo —a mi juicio, uno de los mejores— se me antoja una especie de homenaje no sólo a Dorothy Delay, sino a todos los profesores que dedican sus vidas a la formación de los futuros músicos.

Uno de los reportajes más curiosos es el dedicado al flautista James Galway. Y digo curioso porque me parece toda una lección de cómo se deben aplicar las técnicas publicitarias a la carrera de un hombre. Un rápido vistazo a su biografía basta para reconocer que ha sido uno de los músicos que más y mejor han vendido su imagen y talento: promoción de discos, lanzamiento al mercado de diversos productos de consumo con su nombre (remeras, silbatos de lata, flautas), producción de programas especiales para televisión... En general, se trata de comercializar un producto utilizando unos canales tradicionalmente rechazados por los músicos «serios».

En el polo opuesto, casi a modo de «contrapunto», encontramos la historia del fagotista Hugo Burghauer, nacido en Viena en 1896 y fallecido en Nueva York en diciembre de 1982. Hombre afable, con una actitud hacia su profesión que podríamos calificar de humilde, ha contado en su currículum con las presidencias de la Orquesta Filarmónica de Viena y del Sindicato de Músicos, la asesoría



Leonard Bernstein.

musical de la Corte de Austria y la fundación del Ensemble de Salzburgo. Desde que la Segunda Guerra Mundial truncara lo que prometía ser una brillante carrera, adoptó el anonimato como su nueva fórmula de vida en Nueva York, donde formó parte de la plantilla de la Orquesta Sinfónica de la NBC y de la del Metropolitan Opera House hasta su muerte.

Otra de las cuestiones que aborda Epstein en su libro es el tratamiento que reciben los músicos desde el punto de vista «obrero». Independientemente de menciones tangenciales a este tema en otros capítulos, se afronta aquí en paridad con la biografía de Edward Birdwell, una de las figuras más activas del sindicalismo norteamericano en materia musical. El problema profesional —salarios, horas de trabajo, continuidad de los contratos, administración de los recursos económicos, competencia de las orquestas extranjeras— se comprende fácilmente si tenemos en cuenta que, a pesar de que existen en Estados Unidos alrededor de 180 orquestas sinfónicas —entre nacionales, regionales y metropolitanas—, sólo el Sindicato de Nueva York registraba, a mediados de los 70, la nada despreciable cantidad de 200 afiliados nuevos cada mes, cifra difícil de absorber por las estructuras de las orquestas.

Niños prodigio

Siguiendo con el esquema biográfico, entramos en el mundo de los llamados niños prodigio, personalizado en el cellista Yo-Yo Ma. La actitud de padres, profesores y amigos frente a estos niños, su aislamiento del mundo normal para dedicar horas y horas al máximo perfeccionamiento de su talento, las presiones y la competencia a que suelen estar sometidos, los apretados programas de trabajo, las deficiencias a nivel cultural que suelen acusar por la imposibilidad de llevar a cabo un programa de estudios normal, son algunos de los múltiples problemas que rodean a estas pequeñas «superestrellas», por no entrar en otro tipo de factores, como los psicológicos, tan negativos a veces para sus vidas. Yo-Yo Ma relata su experiencia personal en relación con este entorno, del que también le han separado diferencias considerables.

Un nuevo salto nos lleva ahora al terreno de la producción discográfica en conexión con la música clásica. Un brevísimo artículo recorre el «modus laborandi» de un especialista en la materia: Andrew Kazdin. Educado en el Conservatorio Nueva Inglaterra y en el Instituto de Tecnología de Massachusetts, se ha convertido, por su combinación del conocimiento musical con la tecnología de las grabaciones, en uno de los productores preferidos de artistas como Murray Perahia, Pierre Boulez o Glenn Gould, entre otros.

Y ya para finalizar con estos apuntes biográficos, Epstein ha elegido la figura de la violinista Cecylia Arzewski, quien desde 1987 ocupa el cargo de primer violín asociado de la Orquesta de Cleveland. Bajo su perspectiva podemos introducirnos en el camino de los músicos de orquesta, de aquellos que por diferentes motivos han renunciado a una carrera de solistas, sometiéndose a un conjunto orquestal. Paralelamente se plantean aquí cuestiones como la limitación creativa, la dificultad de comunicación entre los compañeros y los prejuicios sexistas que aún existen a la hora de conceder puestos de cierto poder o responsabilidad organizativa.

Las relaciones personales dentro de un colectivo son, asimismo, el eje en torno al cual gira el capítulo dedicado al Cuarteto Juilliard. Los sucesivos componentes que han formado parte de esta agrupación desde su fundación en 1945, van narrando lo que han sido sus experiencias dentro de la misma, caracterizadas por el equilibrio en la capacidad decisoria de todos sus miembros y en el análisis pormenorizado de las interpretaciones que han jalonado su amplio repertorio.

Similar, en cierto modo, es el enfoque del Festival Musical Marlboro, que se celebra todos los veranos en las Green Mountains de Vermont. La convivencia temporal en una «república de iguales» no siempre ha resultado fácil para los músicos, aunque el resultado global, a decir de sus participantes —entre los que se ha encontrado durante trece años el cellista español Pablo Casals—, es altamente positivo: se preparan conciertos públicos de música de cámara, se comparten trabajos de organización, se asumen todas las tareas cotidianas (limpieza, comidas, etc.) y, lo que quizá sea más enriquecedor a nivel profesional, se intercambian conocimientos e ideas en las numerosas horas que dedican al estudio de las partituras.

Otro acontecimiento anual de relevancia es el seminario de dirección de Tanglewood de Lenox, Massachusetts, que congrega a los que inician su carrera profesional en el campo de la dirección orquestal. En él se conjuga el aprendizaje con la convivencia y cuenta con las enseñanzas de prestigiosos directores de ámbito internacional, como Seiji Ozawa, Leonard Bernstein o André Previn.

Por último, queda el capítulo dedicado al Concurso Internacional Leventritt, nacido en 1940 en memoria de Edgar Leventritt, un abogado aficionado a la música e interesado en ayudar a los jóvenes intérpretes en sus comienzos. En mi opinión se trata de uno de los artículos más flojos de este volumen, pero no deja de tener su curiosidad en esa especie de vorágine que son los concursos de estas características, donde se puede pasar de la brillantez al eclipse o viceversa traspasando tan sólo una sutil barrera.

Esta sinopsis del libro de Helen Epstein supone únicamente un pequeño conjunto de las múltiples pinceladas que contiene en su interior. En él se dan cita instituciones, centros de enseñanza y artistas que son hoy la espina dorsal de la vida musical estadounidense, y las situaciones que se plantean son, amén de actuales, extrapolables a cualquier ámbito cotidiano. Por eso decía al principio que era interesante y ameno tanto para los que somos músicos como para los que no lo son, y por eso me parece que resulta un buen libro para acercarse a la música. □

En el próximo número

Artículos de Antonio Domínguez Ortiz, Miguel de Guzmán, Pedro Laín Entralgo, Gregorio Salvador, Emilio Lledó y Josep Soler. Índice 1989.

RESUMEN

En ocasiones, la accesibilidad de un texto, el esfuerzo de los autores por lograr que el profano se interese por cuestiones difíciles o de las que no tiene un conocimiento sólido suele destacarse al abordar una obra. Esto precisa-

mente resalta Claudio Prieto de este libro, que acerca la música —en su complejidad, en su cotidianidad— al gran público, y lo hace mediante reportajes y entrevistas a numerosas y conocidas figuras de la música contemporánea.

Helen Epstein

Hablemos de música

Javier Vergara Ed., Buenos Aires, 1988. 310 páginas. [1.350 pesetas.]

Sobre la población española

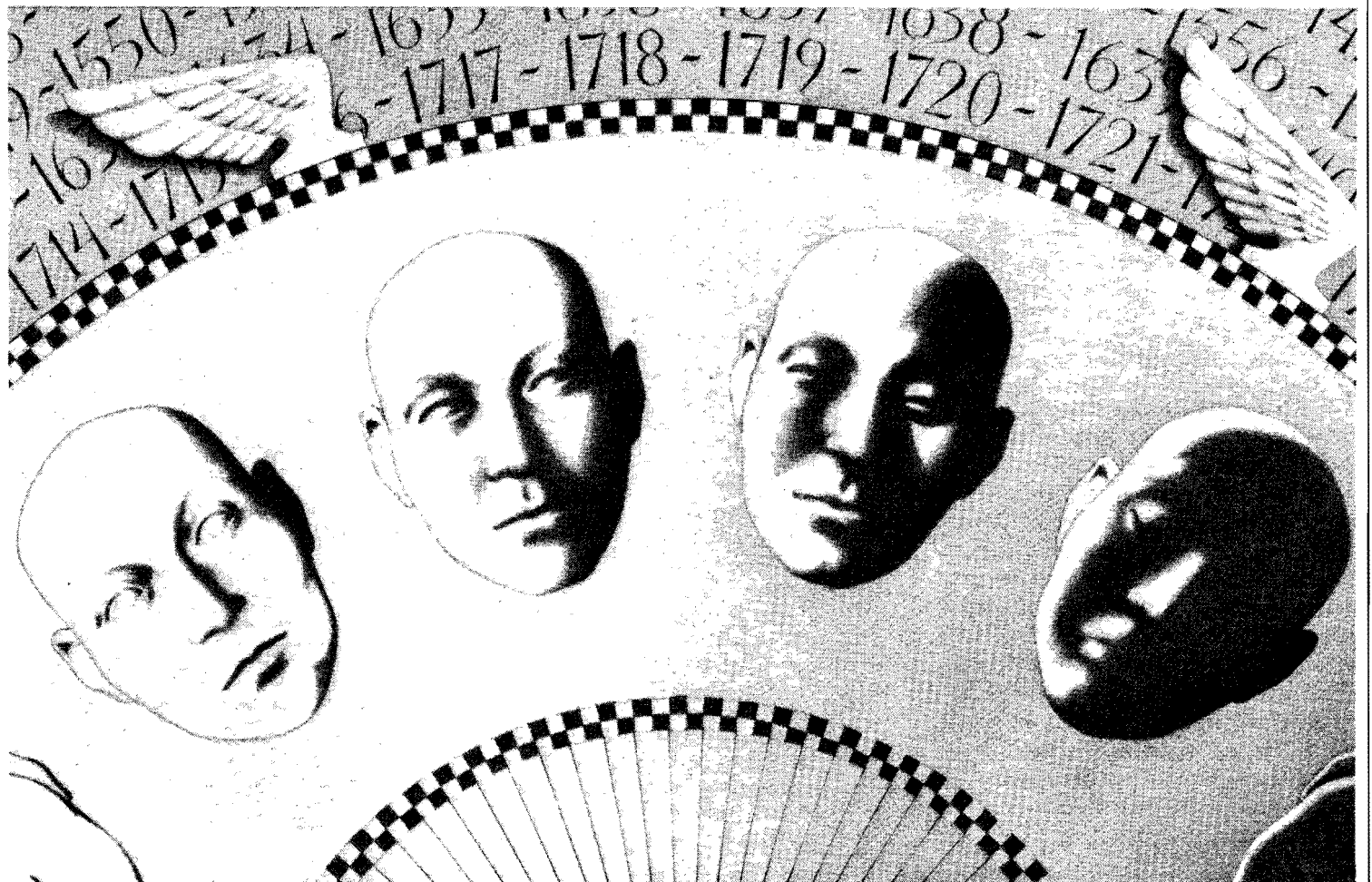
Por Antonio Domínguez Ortiz

Antonio Domínguez Ortiz (Sevilla, 1909) ejerció la docencia hasta su jubilación en 1979. Es académico de la Historia, doctor «honoris causa» por varias universidades, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1982) y Premio Menéndez Pidal (1986). Su amplia bibliografía se ha centrado en Sevilla, Andalucía y la España de la Edad Moderna.

En su incesante expansión, la ciencia histórica aborda continuamente nuevos espacios en los que se pone en contacto con otras ciencias humanas. A veces esos contactos resultan conflictivos: hay problemas de precedencias, conflictos sobre metodología, discusiones sobre la forma de encarar y resolver las infinitas cuestiones que plantea el estudio de unas manifestaciones culturales muy complejas, que con frecuencia requieren el empleo de técnicas muy especializadas; las fronteras entre dominios íntimamente relacionados son imposibles de trazar; una y otra vez surge la cuestión de si al historiador pueden exigírsele competencias universales o basta con que haga suyos los resultados obtenidos por los especialistas de las áreas contiguas.

Uno de los casos más evidentes de esta necesaria colaboración es la Demografía, la ciencia de la población, materia en la que tienen voz y voto médicos, economistas, sociólogos, politólogos, geógrafos y también estadísticos con una sólida base matemática. Si se trata de estudiar no la población actual sino la de épocas pretéritas, la intervención de los historiadores es indispensable, porque ellos son los que conocen las fuentes y el modo de aprovecharlas; pero también están obligados a poseer conocimientos fundamentales de las ciencias conexas y admitir la colaboración de profesionales de estas materias. Se trata, pues, de una labor ardua que no se verá recompensada con resultados espectaculares porque el gran público no se apasiona por trabajos de esta índole. Sin embargo, la Demografía histórica es una ciencia en constante progreso, con escuelas bien definidas, revistas especializadas y una producción bibliográfica que se enriquece continuamente y que está iluminando sectores muy mal conocidos de nuestro pasado.

En España, el impulso inicial nos llegó de Francia, y sigue manteniendo ese empuje no obstante la aportación metodológica de autores anglosajones, italianos y germanos.



FUENCISLA DEL AMO

Entre otros muchos nombres podríamos destacar los de dos eminentes hispanistas, Pierre Chaunu y Bartolomé Bennassar. Chaunu, en su extensísima obra escrita y en su actividad docente, no ha dejado de señalar de manera incansable el papel primordial del factor demográfico en la cultura humana en general y en la civilización europea de modo especial. Nadie como él ha señalado con tanta elocuencia y convicción las relaciones entre el impulso demográfico de la Europa moderna y la creatividad y el irresistible ímpetu expansionista de este área cultural privilegiada. Fue la unión de una masa humana creciente con unas técnicas basadas en progresos científicos y un mejor dominio de las energías naturales lo que dio a la civilización occidental una primacía absoluta; me refiero a la funcionalidad; no entro en valoraciones éticas, pero es evidente

que estamos asistiendo a la europeización del mundo.

Lo mismo en *La civilización de la Europa clásica* que en el volumen gemelo dedicado a *La Europa de las luces*, Chaunu hace gran uso del elemento cuantitativo, para lo que le fue de bastante ayuda el manual de Reinhardt que también por los años sesenta había sido divulgado entre nosotros. La obra de Bennassar nos influyó de otra manera: su *Valladolid y sus campiñas* es una monografía en la que estudia en profundidad y con uso exhaustivo de fuentes documentales la vida de una ciudad castellana en el Siglo de Oro. En ella, el factor poblacional aparece íntimamente ligado a otros (económicos, políticos, culturales) que en conjunto configuran la vida de un grupo humano bien definido.

estas ideas, mostraron su interés, entre otras maneras, disponiendo la ejecución de censos, bastante buenos para la época: censos de Aranda (1768), Floridablanca (1787) y Godoy (1797); censos realizados con fines estadísticos, científicos, y no como meros instrumentos recaudatorios.

Curiosamente, la moderna escuela de Demografía histórica ha desmontado aquellas ideas tradicionales. Sin duda, las expulsiones masivas, la emigración y las guerras tuvieron su responsabilidad en la relativa despoblación de España; pero no tanto como otros factores menos aparatados y más efectivos: factores biológicos y económicos, responsables del retraso de los matrimonios en épocas difíciles, de la tremenda mortalidad infantil y de las oleadas de hipermortalidad causadas por desastrosas epidemias.

Algunos pioneros, entre los que es justo mencionar a Antonio Eiras, de la universidad compostelana, y los profesores catalanes Giralt y Nadal, se pusieron a la tarea e iniciaron a discípulos suyos; en todos los departamentos de Historia se han ido acumulando memorias de licenciatura y tesis de doctorado, pocas de las cuales han logrado los honores de la publicación. Puesto que las estadísticas oficiales eran pocas y de dudoso valor, había que recurrir a la Iglesia, a la institución que entonces llevaba los registros de bautismos, casamientos y entierros. A pesar de tantas des-

En este número

Artículos de			
Antonio Domínguez Ortiz	1-2	Emilio Lledó	8-9
Miguel de Guzmán	3	Josep Soler	10-11
Pedro Laín Entralgo	4-5	Índice 1989	12
Gregorio Salvador	6-7		

SUMARIO en página 2

Razones de la decadencia

Aunque el interés que despertaron estas obras en la década de los sesenta estaba ligado al movimiento renovador de los estudios históricos en general, también pesaba la idea tradicional que relacionaba la decadencia española con una escasez de efectivos humanos debido a factores de varia índole: expulsiones de judíos y moriscos, emigración a Indias, celibato eclesiástico, pérdidas de guerra... Todo esto formaba parte del discurso tradicional sobre las causas de nuestra decadencia. Los hombres de la Ilustración, penetrados de





Sobre la población española

trucciones, hay miles de archivos parroquiales en los que constan los únicos actos que dan fe del paso por la tierra de la inmensa mayoría de los humanos: nacieron, contrajeron nupcias y murieron. Antes, los investigadores habían acudido a buscar las partidas de algún personaje, algún literato o artista famoso; pero ahora es la masa anónima la que se erige en la gran protagonista de la historia.

Desde los años sesenta, muchas personas e instituciones se están incorporando a estas actividades. Pienso, por ejemplo, en la aportación del Instituto Nacional de Estadística, que con la colaboración de Annie Molinié Bertrand ha publicado el «Censo de la Corona de Castilla de 1591», documento de fundamental importancia, y el censo de 1787, llamado «de Floridablanca». El hecho más decisivo lo constituye el nacimiento, en 1983, de una Asociación de Demografía histórica que, a pesar de su aún escasa andadura, ya ha conquistado un sólido prestigio. Su nombre es inseparable del de David Sven Reher, un norteamericano que llegó a España con la pretensión de realizar un estudio urbano según el modelo del

Valladolid de Bennassar. Le indiqué el interés que podría presentar el estudio de la ciudad de Cuenca y se puso a trabajar con ardor, pero luego ha reducido el ámbito de sus tareas a la población y la familia. Terminada su tesis sobre Cuenca, ha contagiado a otros investigadores su entusiasmo por estas materias.

Demografía histórica

El libro que ahora comentamos lo ha coordinado D. S. Reher en colaboración con otro pionero de los estudios demográficos: Vicente Pérez Moreda, autor de un sólido estudio titulado *Las crisis de mortalidad en la España interior*. El volumen misceláneo pilotado por ambos, *Demografía histórica en España*, reúne en su primera parte cinco monografías sobre temas varios; uno sólo de los autores es español, lo que indica el grado de aceptación internacional logrado por la Asociación de Demografía histórica. La segunda parte está integrada por 18 estudios regionales en los que se hace el balance de los resultados obtenidos hasta el momento presente por las investigaciones realizadas en el ámbito del Estado español. Y la tercera es una completísima bibliografía.

A partir de este volumen se puede hacer un resumen de lo ya conseguido y de lo que aún está en disputa en el conocimiento de la población española del pasado. Sabemos poco del reinado de los Reyes Católicos por insuficiencia de las fuentes. Entrevemos un panorama muy contrastado, en el que los factores positivos (fundamentalmente, el poderoso ímpetu biológico) se ven contrarrestados por otros negativos de gran volumen: expulsión de más de cien mil judíos, persecución de moriscos y conversos, atracción de las Indias recién descubiertas. Ignoramos el balance total, y quizás lo ignoremos siempre.

Conforme avanza el siglo XVI, las fuentes se van haciendo más abundantes. Aun antes de las prescripciones del Concilio de Trento, los párrocos españoles llevaban sus libros, y los visitadores episcopales les obligaban a realizar su tarea con escrupulosidad. Por otra parte, la Administración de Felipe II, la más perfecta de su tiempo, realizó una serie de estadísticas de una perfección que para la época

resulta asombrosa. Como resultado podemos afirmar que a partir del segundo tercio de aquel siglo hubo en casi toda España un impulso demográfico muy sostenido; los pocos más de cinco millones de habitantes que habría en España hacia 1530 se habrían convertido en siete, siete y medio u ocho (afinar estas cifras es imposible) en 1600. Un crecimiento muy notable para un régimen de demografía antigua en el que no faltaban las crisis de mortalidad excepcional y el porcentaje de fallecimientos en el primer año de vida era tan elevado como hoy en los países más subdesarrollados.

El enigma del siglo XVII se va aclarando, aunque falten muchas piezas para completar el puzzle. El siglo se inició con una tremenda epidemia de peste bubónica que abarcó todo el occidente europeo y puso fin a la etapa expansiva de la centuria anterior. Otra epidemia de igual violencia, aunque limitada al sur y a Levante, sacudió la Península entre 1648 y 1653. Antes y después de estas fechas, otras mortandades mantenían las poblaciones en un estado que con frecuencia rozó los límites de la histeria colectiva, mientras que las adversas circunstancias climatológicas y políticas impedían a muchos formar una pareja estable, o bien contraían matrimonio a edades tardías. Todo esto se sabía por las fuentes literarias, pero ahora aparece rigurosamente documentado. La gran sorpresa es que la población española a fines del siglo XVII parece haber sido poco más o menos igual que a principios del mismo. ¿Cómo pudo llegarse a este resultado? En esencia, por dos factores: un crecimiento muy fuerte de las

regiones cantábricas ligado a la expansión del maíz y una recuperación débil, desigual pero bastante generalizada, en las últimas décadas del XVII. O sea, que lo más profundo del bache se situó entre 1640 y 1660, y el reinado de Carlos II, a pesar de sus miserias, fue de silenciosa recuperación.

Un nuevo mapa

Y llegamos así al siglo XVIII, con un volumen poblacional equivalente al del XVII pero con diferente distribución; mientras la Meseta se ha hundido la periferia avanza, y en ocasiones con gran fuerza, como fue el caso de Cataluña y Valencia. Ha surgido un nuevo mapa, un nuevo equilibrio de fuerzas, que en esencia sigue todavía vigente y cuya manifestación más llamativa es Madrid en cuanto oasis en medio de regiones deprimidas. Seguimos sabiendo poco de la primera mitad del XVIII. Para la segunda tenemos el apoyo de censos que seguían la mejor tradición de los Austrias. España llega a los inicios del XIX con algo más de once millones de habitantes. El retraso respecto a otros estados europeos no ha podido ser reducido, y se agravará más hasta que, ya en el XX, surjan nuevas circunstancias. Sin América, España no tenía ya posibilidades de ser una potencia mundial. Los altibajos de la posición internacional de España y las relaciones internas entre sus diversas partes se explican con esas columnas cerradas de cifras que llenan el libro que comentamos y que son el fruto de una obstinada e incesante labor. □

Qué es

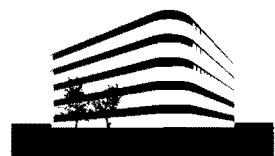
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Información y Prensa

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en: G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

El reciente desarrollo que han adquirido en España los estudios de Demografía histórica tiene su concreción en un volumen colectivo que recoge aportaciones de 23 investigadores españoles y extranjeros, y constituye,

a juicio del profesor Domínguez Ortiz, una puesta al día de nuestros conocimientos sobre la población de España en la Edad Moderna. Este trabajo se enriquece, además, con una completísima bibliografía sobre el tema.

Vicente Pérez Moreda y David Sven Reher (eds.)

Demografía histórica en España

Ed. El Arquero, Madrid, 1988. 608 páginas. 1.908 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«Sobre la población española», por Antonio Domínguez Ortiz, sobre el libro <i>Demografía histórica en España</i> , de Vicente Pérez Moreda y David Sven Reher (eds.)	1-2
«Matemáticas para todo», por Miguel de Guzmán, sobre el libro <i>For all Practical Purposes</i> , de Solomon Garfunkel	3
«La bioética y sus fundamentos», por Pedro Laín Entralgo, sobre el libro <i>Fundamentos de Bioética</i> , de Diego Gracia	4-5
«Escritores, lectores, críticos», por Gregorio Salvador, sobre los libros <i>Literatura y público</i> , de Ricardo Senabre, y <i>Estética de la recepción</i> , de autores varios	6-7
«Lenguaje y memoria», por Emilio Lledó, sobre los libros <i>Les savoirs de l'écriture en Grèce ancienne</i> , de Marcel Detienne (ed.), y <i>Schrift und Gedächtnis: Archäologie der literarischen Kommunikation</i> , de A. y J. Assmann y Chr. Hardmeier (eds.)	8-9
«La "infima transición" de Alban Berg», por Josep Soler, sobre el libro <i>Alban Berg. Le maître de la transition infime</i> , de Theodor W. Adorno	10-11
Índice 1989	12

Matemáticas para todo

Por Miguel de Guzmán

Miguel de Guzmán (Cartagena, 1936) es catedrático de Análisis Matemático de la Universidad Complutense y miembro de la Academia de Ciencias, además de presidente de la Asociación Matemática Española. Su campo de trabajo es el análisis armónico, con obras como *Differentiation of Integrals in R^n* y *Real Variable Methods in Fourier Analysis*.

Uno de los grandes misterios en torno a la matemática es el de su propia aplicabilidad. ¿Cómo es que la matemática, aparentemente un puro producto del pensamiento humano, logra obtener un verdadero señorío de la realidad en una multitud de campos?

El proceso de construcción y aplicación de la matemática transcurre de acuerdo con el siguiente esquema general:

a) El matemático observa con atención la realidad de su mundo externo o de su propio mundo mental.

b) De esta amplia realidad abstrae unos cuantos rasgos estructurales que se prestan a un cierto tipo específico de manipulación racional.

c) A partir de esta abstracción elabora, mediante las leyes del funcionamiento lógico de su mente, el universo que constituye una teoría matemática, llegando a consecuencias bien apartadas de los elementos iniciales observados.

d) Asombrosamente, al aproximar los resultados de su teoría a la compleja realidad inicial de la que en principio sólo se tuvieron en cuenta unos pocos rasgos, se encuentra con la sorpresa de que los constructos teóricos que realizó, guiado por un sentido estético mucho más que por una finalidad práctica inmediata, le descubren aspectos de esa realidad totalmente insospechados y le permiten predecir lo que ocurrirá al manipularla de tal o cual manera.

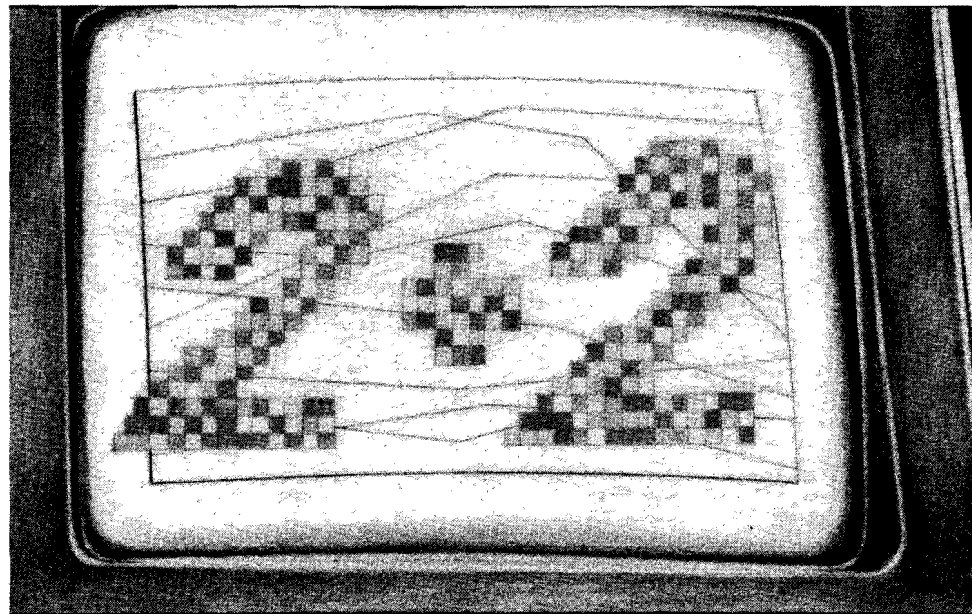
Ha habido quien ha intentado trivializar el proceso señalando diciendo que sacamos de él lo que previamente habíamos metido, pero quien mira en lo profundo puede fácilmente apreciar que en él se encuentra algo tan hondo como la misteriosa adaptabilidad de nuestra mente para la exploración eficaz del universo que la rodea.

Un don maravilloso

E. P. Wigner, Premio Nobel de Física en 1972, expresa este estado de cosas de la siguiente manera en un artículo certeramente titulado «Sobre la irrazonable efectividad de las matemáticas en las ciencias naturales»: «El milagro de la adecuación del lenguaje de la matemática para la formulación de las leyes físicas es un don maravilloso que ni entendemos ni merecemos. Deberíamos mostrarnos agradecidos por él y esperar que permanecerá siendo válido en la investigación futura y que se extenderá, para bien o para mal, para placer nuestro, aunque también tal vez para nuestra perplejidad, a ramas más amplias del saber.»

Y N. Bourbaki, en su artículo titulado «La arquitectura de las matemáticas», alude a esta situación con las siguientes palabras: «Que existe una relación íntima entre los fenómenos experimentales y las estructuras matemáticas parece confirmarse plenamente de la forma más inesperada mediante los descubrimientos más recientes de la física contemporánea. Pero no sabemos absolutamente nada sobre los fundamentos de este hecho (suponiendo que se pudiera encontrar realmente significación a estas palabras) y tal vez no lleguemos a saber nunca sobre ello.»

La matemática como tarea colectiva siempre ha perseguido en el fondo un interés aplicado. La matemática surge del confrontamiento de la mente humana con los diferentes niveles de complejidad de la realidad, en su afán por dominarlos intelectualmente y por



ALFONSO S. PARDO

poner a su disposición las fuerzas y poderes que de este dominio puedan derivarse.

La complejidad derivada de la multiplicidad dio lugar a la introducción del número y más tarde a la aritmética. Con ella se lograba el dominio de la cantidad, que tradicionalmente ha venido considerándose como específico de la matemática.

Pero lo más característico de la matemática más adulta consiste en la creación de modelos de estructuras mucho más generales que las que meramente se refieren al número o a la cantidad. Y precisamente este ensanchamiento de sus miras iniciales es lo que va confirmando a la matemática mayor utilidad para la exploración de campos más amplios y de niveles de complejidad más profundos de la realidad.

El interés por entender la complejidad que se deriva de las formas en el espacio y sus relaciones mutuas dio lugar entre los griegos a la geometría, que llegó a ser por mucho tiempo verdadero modelo de pensamiento científico.

En el siglo XVII se abordó a fondo el estudio cuantitativo del cambio una vez construidas las herramientas que lo hacían posible, tales como los instrumentos de medida del tiempo y del espacio y los útiles conceptuales adecuados, como la simbolización del álgebra y el concepto de función. El cálculo infinitesimal, que así fue creado, constituye una de las obras de arte más elevadas del pensamiento humano.

Más adelante la matemática arrojó la complejidad que presentan los procesos reales sometidos a multitud de causas imposibles de controlar individualmente. La probabilidad y la estadística fueron los instrumentos poderosos que el matemático se fabricó para explorar la incertidumbre de ciertos fenómenos, con lo que la matemática se adentraba por vez primera en campos cercanos a las ciencias humanas y sociales.

En nuestro siglo, la invasión del ordenador ha hecho posible la exploración y modelización de aspectos de la realidad cuya complejidad sobrepasa en muchos órdenes de magnitud la que hasta los años cincuenta era abordable. Es muy probable que la influencia del ordenador en la ciencia y en la cultura general del hombre, que no ha hecho más que comenzar a hacerse sentir, sobrepasará ampliamente la que han ejercido el telescopio y el microscopio hasta la actualidad.

La aplicabilidad de las estructuras matemáticas llegará, con la ayuda del ordenador, gracias a su potencia de cálculo, su capacidad de modelización, su impresionante efectividad gráfica, a convertir la matemática en una versátil herramienta útil en tareas mucho más abarcadoras aún que aquellas en las que en la actualidad se ve involucrada, con incursiones en aspectos de las ciencias sociales y humanas cuya complejidad deja atrás a de las

ciencias más tradicionales de la física, química, etc.

La obra *For all Practical Purposes*, subtítulo *Introduction to Contemporary Mathematics*, constituye una magnífica introducción, para un público no especializado, a la inmensa riqueza de ideas y métodos de la matemática aplicada actual. Es una parte de un ambicioso proyecto del COMAP («Consortium for Mathematics and its Applications») dirigido por Solomon Garfunkel y en el que actúa como coordinador Lynn A. Steen, matemático muy influyente en los intentos actuales de reorientación de la enseñanza matemática en Estados Unidos. De cada una de las cinco partes de la obra se ha encargado un equipo de expertos en los temas correspondientes. A pesar del gran número de personas que han colaborado en el proyecto (14 autores), resalta fuertemente la unidad de presentación y estilo, así como la consistencia de objetivos a lo largo de toda la obra.

Aplicaciones insospechadas

Las cinco partes de la obra se dedican a los temas siguientes: I, Ciencias de la empresa; II, Estadística: la ciencia de los datos; III, Elección social; IV, Sobre tamaño y forma; V, Ordenadores. La organización del material es excelente incluso desde un punto de vista didáctico. Se ha concebido con la posibilidad de su utilización como base de un curso, bastante común en los «Colleges» de Estados Unidos, de apreciación de las aplicaciones de la matemática para estudiantes universitarios con intereses generales, no propiamente científicos. El material se presenta de forma muy bien diferenciada, separando lo que responde al interés propiamente técnico, cuyo nivel de especialización no llega a ser nunca tan avanzado que el lector no experto en matemáticas no pueda seguirlo cómodamente, de lo que constituye la savia humana de las matemáticas, su naturaleza, sus contenidos, sus aplicaciones. Los problemas propuestos al final de cada capítulo están escogidos con acierto y la solución de una buena parte de ellos se presenta en un apéndice al final de la obra.

RESUMEN

La matemática, nos recuerda Miguel de Guzmán al encararse con una obra colectiva que de alguna manera trata de la aplicabilidad de la misma, surge del confrontamiento de la mente humana con los dife-

Tal vez las partes I y II en particular contengan para muchos revelaciones insospechadas de lo que la matemática actual puede hacer en relación con problemas importantes de la economía y la política de la sociedad contemporánea.

La parte I, en cuatro capítulos, está dedicada a ciertos aspectos matemáticos de las ciencias empresariales. Los dos primeros capítulos constituyen una magnífica introducción a la teoría de grafos y sus aplicaciones en aspectos tan importantes como el problema del viajante y el algoritmo de Kruskal para la construcción del árbol mínimo. Todo ello presentado de forma muy asequible y sazonado con interesantes informaciones sobre el quehacer matemático desde el punto de vista humano y con toda una colección de problemas con los que se puede comprobar el nivel de dominio del tema que se ha alcanzado. El capítulo tercero se dedica a la matemática de la planificación y secuenciación de tareas, con información amplia sobre sus aplicaciones en problemas diversos, entre otros al de la criptología de clave abierta, tan de actualidad hoy día. En el capítulo cuarto se proporciona una sencilla introducción a la programación lineal, con datos interesantes sobre el estado actual del método del simplex, el algoritmo de Karmarkar, etc...

La parte III, Elección social, contiene cuatro capítulos centrados fundamentalmente en los interesantes problemas matemáticos que surgen cuando se consideran a fondo las estructuras de funcionamiento de la máquina social, política y económica de nuestra sociedad. Un ejemplo sobresaliente de este estudio se encuentra en la paradoja de Arrow, sobre la imposibilidad de un sistema de votación perfecto. Kenneth Arrow, que en 1972 recibió el Premio Nobel de Economía por sus estudios sobre el equilibrio económico, había descubierto en 1952 que cualquier sistema de votación que se pueda diseñar viola necesariamente alguna condición de un conjunto de cinco, todas ellas obviamente deseables en un método democrático de votación, como es por ejemplo que las decisiones de una sociedad no se identifiquen necesariamente, según el sistema de votación, con las de un solo individuo; es decir, que el sistema excluya la dictadura. Este y otros problemas íntimamente relacionados con las estructuras sociales, como la teoría de juegos de von Neumann y Morgenstern, son tratados de forma muy interesante e inteligible en esta parte III.

La obra, en conjunto, es muy recomendable para todos aquellos que quieran explorar algunos aspectos de los impactos prácticos de la matemática en el mundo contemporáneo sin necesidad de introducirse a fondo en los aspectos técnicos de las diversas ramas de la matemática.

Finalmente conviene hacer notar que el libro constituye una parte, que puede ser usada de forma totalmente independiente, de un proyecto audiovisual más amplio. Los autores han realizado, juntamente con el texto escrito, una serie de 26 programas de media hora de vídeo que transcurren de forma paralela a los contenidos de los diferentes capítulos. Esta serie ha sido realizada con gran profusión de medios y el resultado parece haber sido satisfactorio, a juzgar por las muestras que el autor de esta reseña ha tenido ocasión de observar. □

Solomon Garfunkel (ed.)

For all Practical Purposes

W. H. Freeman and Co., Nueva York, 1988. XIV + 450 páginas.

rentes niveles de complejidad de la realidad, en su afán por dominarlos intelectualmente y por poner a su disposición las fuerzas y poderes que de este dominio puedan derivarse.

La bioética y sus fundamentos

Por Pedro Laín Entralgo

Pedro Laín Entralgo (*Urrea de Gaén, Teruel, 1908*) es profesor emérito de Historia de la Medicina y miembro de la Real Academia Española. Autor de numerosos libros de tema histórico-médico y antropológico, entre ellos, *La medicina hipocrática*, *Sobre la amistad*, *Antropología médica* y *El cuerpo humano*, teoría actual.

Procedente de los Estados Unidos, el término «bioética» se ha extendido por todo el mundo civilizado, y en todo él ha sustituido rápidamente a los dos viejos rótulos que desde los comentarios al código de Hammurabi y al juramento hipocrático presidían el estudio de los aspectos jurídico-morales de la medicina: «deontología médica» y «ética médica». Es preciso admitir que con alguna razón. La llamada deontología médica venía a ser sólo una colección más o menos bien organizada y más o menos aceptablemente razonada de reglas morales pertinentes a la conducta clínica y profesional del médico, y siempre se apoyaba sobre creencias de carácter religioso. Por su parte, la ética médica estudiaba, con una intención menos visiblemente preceptiva y confesional que la deontología, más atendida a los principios de la que desde el siglo XVIII se ha llamado «moral natural», las cuestiones éticas que suscita la práctica clínica de la medicina.

La actual bioética es algo más. Ante todo, porque su novedad ha sido suscitada por las realizaciones y las posibilidades de una tecnología cuya aplicación trasciende en no pocos casos la actividad clínica del médico. Mas también, como el autor de este libro subraya, porque «si en otros tiempos la medicina monopolizó las ciencias de la vida, hoy no es así, y por tanto sería un error reducir el ámbito de la bioética al de la ética médica, o convertirla en mera deontología profesional». Los biólogos, los ecólogos, los filósofos, los juristas, los sociólogos y los teólogos deben colaborar con los médicos en la construcción de la bioética, y también ellos deben ser destina-

tarios de cuanto sobre la bioética se piense y se escriba.

Con tal propósito y tal ambición ha compuesto Diego Gracia estos espléndidos *Fundamentos de Bioética*, parte primera de un *Tratado de Bioética Médica*, cuya segunda parte, *Bioética Clínica*, estudiará los problemas concretos que la práctica de la medicina plantea en las sociedades occidentales de nuestro tiempo y estos *Fundamentos* permiten adecuadamente entender y resolver.

El contenido de este volumen —más de 600 densas páginas; no, no se trata de uno de esos ensayuelos cuya lectura es «coser y cantar»— se divide en dos partes: «Historia de la bioética» y «Bioética fundamental». Puesto que el primero y más elemental de los deberes del crítico consiste en dar a conocer la realidad de lo que se propone criticar, expondré sumariamente el contenido de una y otra.

I. Siguiendo una regla de Ortega, que a lo largo de una vida yo he convertido en hábito intelectual, la historia de la bioética —de las varias actitudes sucesivas de la sociedad y de los médicos ante los problemas morales que la medicina plantea— es el sistema, más aún, el mejor sistema para entender lo que la bioética misma es en la actualidad. Pues bien, en esa historia distingue Gracia tres bien diferenciadas etapas: el paternalismo médico, la autonomía del enfermo y el principio de justicia social.

1. Desde la Grecia clásica hasta el mundo moderno, el paternalismo, el providente y afable gobierno técnico del enfermo con vistas a su bien, la recuperación de la salud y el buen empleo de ella, ha sido el principio rector de la actividad del médico. Como el gobernante a su pueblo, según Platón, el médico debe tratar al enfermo como un padre trata a un hijo menor. La salud consiste en un «buen orden», y es el médico quien verdaderamente conoce el orden de la naturaleza humana, sus ocasionales desórdenes y la técnica para corregirlos. En tanto que persigue el restablecimiento del orden, la actividad propia del médico sería a un tiempo paternal (el médico como hombre que autoritariamente decide), maternal (el médico como procura-

dor de que la enfermedad sea lo menos ingrata posible) y sacerdotal (el médico como mediador entre la naturaleza y la divinidad, en cuanto que gobierna la vida y la muerte). Por su parte, el enfermo tendría su máximo deber en la obediencia.

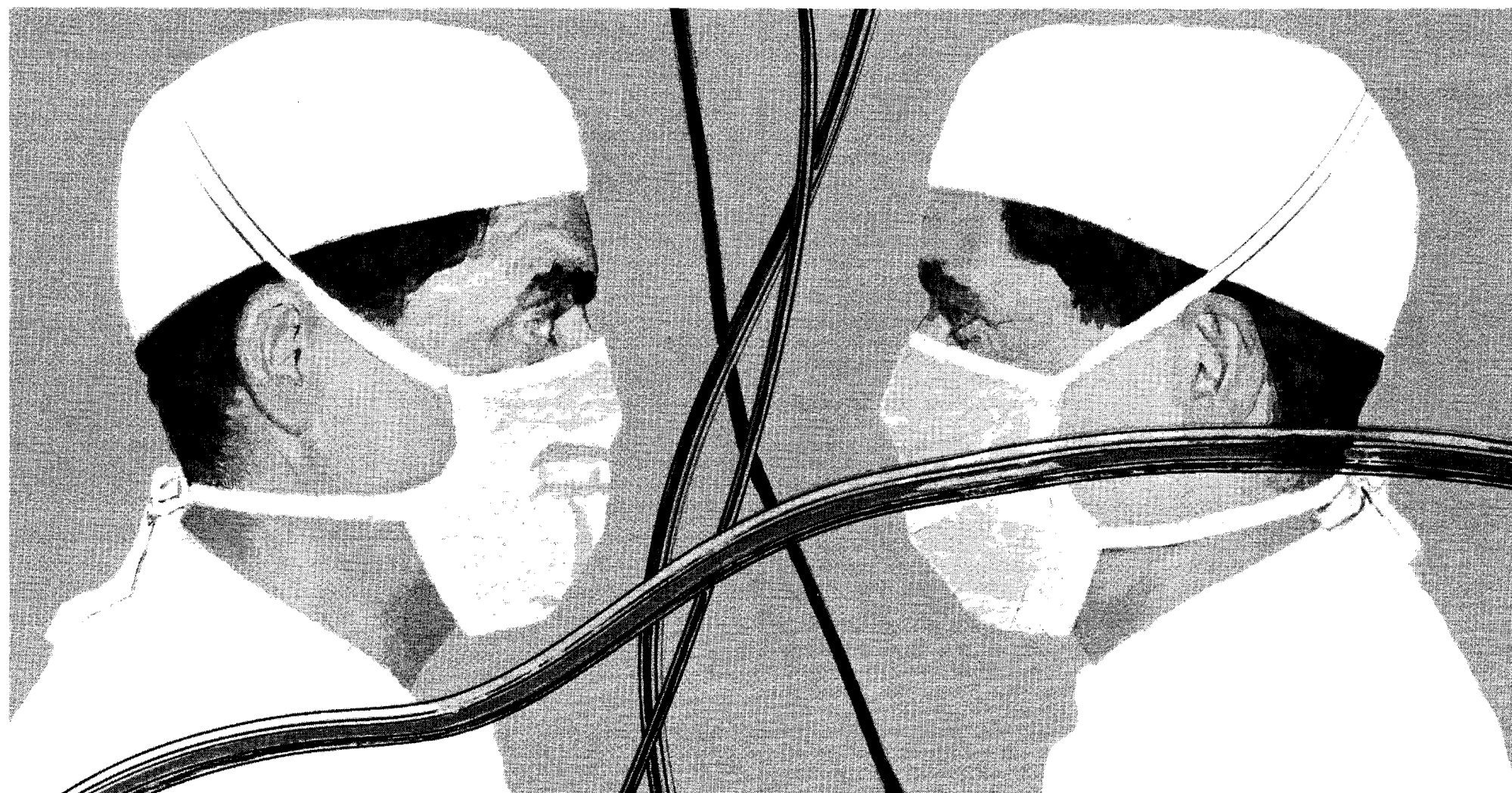
Con su espléndido y original estudio del famoso Juramento hipocrático, Gracia muestra la estructura y el modo como el paternalismo médico se realizó en la Grecia antigua, y cómo, cristianizándolo, lo asumió y realizó la Edad Media en su «disciplina». El buen trato del enfermo por parte del médico —las «gratificaciones» de que habla el *Corpus Hippocraticum* y caracterizan al «*medicus gratus*» de Escríbonio Largo— se convierte en «caridad médica», cristianamente entendida. Todavía en los dos primeros siglos del mundo moderno, aunque secularizado, profesionalizado y burocratizado, seguirá vigente el paternalismo médico. Claramente lo demuestran la mentalidad profesional y corporativa que presidió la creación del «Royal College of Physicians», y la ética que informa la *Medical Jurisprudence* de Thomas Percival (1803). Definiendo y defendiendo la práctica de su profesión, el médico se ve a sí mismo como un miembro de la sociedad elegido, segregado, privilegiado y, en lo suyo, autoritario e impune. En él cobran realidad «*sui generis*» las notas características del rol sacerdotal, espiritual en el Papa, temporal y político en el Emperador —más tarde, en el Príncipe—, y corporal en el Médico.

2. Tras el nominalismo y el voluntarismo de la Baja Edad Media, el individualismo del Renacimiento, que se hace doctrina ética en los humanistas italianos y doctrina metafísica en Francisco Suárez, y la ulterior secularización de la vida y la cultura, el paternalismo médico —el «principio de beneficencia»— será sustituido por una nueva actitud: la versión médica del «principio de autonomía». El enfermo empieza a ser titular de derechos, no sólo ejecutor de deberes, y el médico deja de ser, en su ejercicio profesional, el gobernante sabio y benéfico que desde los hipocráticos venía siendo. Gracia estudia la génesis y el desarrollo de la nueva actitud ética

—la paulatina conquista de los derechos humanos— a través de los cronistas de Indias Thomas Hobbes, John Locke —figura decisiva a este respecto— y Adam Smith; y dentro de ese marco histórico e ideológico examina la penetración de la naciente mentalidad liberal en el ámbito de la práctica y la ética médicas. Junto a la libertad de ejercicio que defienden Adam Smith y John Gregory —éste ya en 1772—, va surgiendo la sucesiva proclamación de los derechos del enfermo. Gracia la ordena en tres etapas: la negligencia del médico como lesión del derecho a la salud (1780-1890), la intervención en el cuerpo de otro sin su permiso, como caso de agresión física (1890-1920) y la previa información como requisito del consentimiento (1945-1972). La autonomía de la persona y el consiguiente «orden moral» han sustituido, en tanto que principios éticos, a la helénica y medieval ética del «orden natural».

3. No quedarán ahí las cosas. Sobre el principio de beneficencia y el de autonomía va a prevalecer, está prevaleciendo en nuestros días, el principio de justicia. «La tradición política y el criterio de justicia: El bien de terceros» es el título del capítulo que Gracia dedica a la reciente historia de este tercer principio de la ética médica. Cuatro modos distingue en la concepción de la justicia: la justicia como proporcionalidad natural (Aristóteles, Tomás de Aquino), como libertad contractual (Bodino, Hobbes, Espinoza, Locke, Rousseau y Proudhon, Smith, Nozick), la justicia como igualdad social (desde Marx y Engels hasta varios recientes tratadistas norteamericanos) y la justicia como utilidad pública (J. St. Mill, Keynes, Beveridge, el «Welfare State»). Según los tres últimos, se irá configurando la actitud que desde hace pocos lustros ha comenzado a presidir la práctica social de la medicina. Aun cuando, eso sí, no falten autores que intentan armonizar el principio de beneficencia con los de autonomía y justicia.

II. Tras la historia, la teoría. Tras la exposición diacrónica de las tres actitudes fun-



ANTONIO LANCHO

Viene de la página anterior



damentales ante la dimensión moral del acto médico, Gracia se enfrenta con el grave y acuciante problema de construir una teoría de la bioética adecuada a la actual situación de la sociedad occidental y de la práctica médica. A ello consagra la parte segunda de su libro, «Bioética fundamental», ordenada en tres capítulos, «Fundamentación de la bioética», «El método de la bioética» y «Bioética mínima».

1. Como es obvio, la bioética debe fundarse en la ética general; esto es, en lo que desde la Antigüedad clásica vienen pensando los filósofos acerca de «lo bueno» y «lo malo»: esencia de tal distinción y modo de establecerla. Para llegar a su personal manera de fundamentar la bioética, Gracia recurre de nuevo al método diacrónico, y expone con amplitud y rigor las varias etapas que pueden discernirse en el pensamiento ético del mundo occidental. Son las siguientes:

Fundamentación naturalista: «Es, luego debe ser». El deber ser —el «bonum», dirán los escolásticos— no es sino un modo de expresarse el ser. El orden natural y el orden moral son dos aspectos de un mismo «orden». Aristóteles, de un modo helénico, y Santo Tomás de Aquino, de un modo cristiano, así entenderán el fundamento de la ética.

Fundamentación idealista: «Debe ser, luego es». La acerada crítica a que David Hume sometió el paso del «es» al «debe ser», abrió la vía a las dos más altas formulaciones de la fundamentación idealista de la moral: el «imperativo categórico» de Kant y el «llega a ser quien eres», de Fichte. H. T. Engelhardt es el más reciente representante de esta actitud.

Fundamentación epistemológica: «Ni es, ni debe ser.» La ciencia, en el sentido fuerte del término, no la metafísica ni la especulación filosófica, es la que debe dar razón de los juicios morales. Adam Smith, con su concepción economicista de la ética, y luego el positivismo, el neopositivismo, la lógica deontológica y la filosofía de la ciencia, en tanto que base de la reflexión sobre la ética, han sido los hitos principales en el desarrollo de la visión epistemológica de la eticidad. Dentro de este contexto pueden ser situadas las distintas formas de la racionalización de la ética desde la ciencia económica: Economía socialista (condición ética del Estado) y economía del bienestar (moral de consumo).

Fundamentación axiológica: «Vale». La noción de valor, fundamento de la ética. Iniciada por Husserl con su fenomenología del sentimiento, esta nueva actitud de la axiología ha tenido su más brillante paladín en Max Scheler: ética formal y ética material de los valores.

Sobre esta amplia y profunda revisión de las sucesivas fundamentaciones de la ética levanta Gracia su propio pensamiento: una «ética formal de bienes» que desarrolla originalmente la idea zubiriana de la «protomoral» y sirve de base a una reflexión sobre la bioética adecuada tanto a la realidad como al nivel histórico de nuestro tiempo.

2. Protomoral: el fundamento o sistema de referencia desde el que la razón es capaz de establecer principios y normas morales concretos. Se trata, pues, de acertar en el método más adecuado para ejecutar esta delicada operación.

Gracia distingue en la conceptualización del método para el razonamiento ético varios modos típicos. Son los siguientes:

El método ontológico o principalista: versión del momento especulativo del juicio ético como «recta ratio», y de su momento práctico como «recta ratio agibilium». Es el método aristotélico y el de la moral más tradicional.

El método deontológico o formalista: el que, partiendo del imperativo categórico kantiano, llega en la actualidad hasta K. O. Apel, J. Habermas, J. Rawls y H. T. Engelhardt. «Si la acción es buena sólo como medio para alguna otra cosa, entonces el imperativo es hipotético», dijo Kant. Tales acciones pueden



ANTONIO LANCHO

no ser buenas. Para serlo, tienen que obedecer al imperativo categórico: «Obra de tal modo que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre como principio de una legislación universal.»

El método epistemológico o decisionista. Tiene también en Kant su punto de partida, pero no queda ahí; a través de no pocas vicisitudes, llega hasta el neopositivismo, la teoría de la ciencia y el cálculo estadístico de la decisión, en tanto que vías para la reflexión moral. En él tiene su fundamento la «moral de consenso» que exige la actual sociedad pluralista.

El método axiológico o del conflicto de valores. Sir David Ross y R. Nozick, por un lado; H. Rickert y Max Weber, por otro; los axiólogos de la fenomenología y de los valores (E. Husserl, M. Scheler y N. Hartmann), por el suyo, son los más conspicuos representantes de esta concepción del método para el razonamiento ético.

Como en el caso de la fundamentación de la ética, Gracia corona ese vasto y minucioso recorrido histórico con una propuesta personal: una moral normativa basada en el pensamiento de Zubiri, cuyos momentos básicos son: el deber como sistema de referencia moral, el esbozo de posibilidades morales, la experiencia moral como apropiación de posibilidades y la justificación moral.

3. El último capítulo de *Fundamentos de Bioética* y de su segunda parte lleva por título «Bioética mínima». Se trata en él de elab-

orar una «bioética de mínimos». Frente a la «ética de máximos» que fue el tratado *Magna moralia*, tradicionalmente atribuido a Aristóteles, Th. W. Adorno ha publicado otro significativamente titulado *Minima moralia*. Con ambicioso optimismo, el Estagirita pensaba que el fin a que aspira la vida moral del hombre es la felicidad, la «eudaimonía». Herido por la experiencia de haber visto reiteradamente prostituidas las «grandes palabras» y las «grandes promesas», el filósofo francfortés propone ver la vida moral como una retirada a la propia intimidad, para desde ella juzgar la moral pública y ejecutar acciones a las que pueda llamar, modestamente, decentes.

Gracia, una vez más, examina sucesivamente la relación entre ética y derecho según la razón natural (Heráclito, Platón, el estoi-

cismo, la Baja Edad Media, parte del pensamiento moderno), según la razón especulativa de la modernidad (paso del Derecho natural al Derecho histórico, superación hegeliana del naturalismo y el historicismo, Carlos Marx), según la razón instrumental o estratégica (Max Weber, Max Horkheimer, Habermas, la racionalidad científica) y según la racionalidad práctica (Kant, K. O. Apel, Adela Cortina); para, como conclusión, elaborar su personal concepción de la relación entre la bioética y el bioderecho.

Un hermoso epílogo —«El médico perfecto»— pone fin a esta poderosa «gigantomaquia en torno al bien», como en griego diría un griego antiguo. El ideal del «médico amigo», causa de la cual he sido tenaz militante, viene a ser la «ultima ratio» de este libro, tan reciamente razonador.

III. El lector que haya tenido la paciencia de leer esta esquemática reseña de *Fundamentos de Bioética*, es seguro que habrá sentido en su alma —tal ha sido, al menos, la intención con la que yo la he escrito— dos sentimientos estrechamente ligados entre sí: la admiración que siempre suscita el debate de una clara inteligencia con un gran tema, y más cuando la documentación acerca de él ha sido tan amplia, leal y rigurosa como en este caso, y el deseo de leer sin intermediarios lo que el autor dice comentando a los demás y hablando por sí mismo. Hágalo, y me agradecerá el consejo.

Sinceramente creo, en efecto, que acerca de este tema no hay en la bibliografía universal libro alguno que pueda compararse a los *Fundamentos de Bioética* de Diego Gracia. Ojalá su autor se decida a componer sin demora la segunda parte de ellos, *Bioética clínica*, y a publicar, de esta primera, un volumen «bolsillable», como decía Américo Castro, apto para la lectura de los estudiantes de Medicina y de los médicos que no disponen de mucho tiempo.

Quiero terminar repitiendo algo que durante mi vida he dicho varias veces. Leí hace tiempo que los conquistadores de Irlanda llegaron muy pronto a ser «hibernis ipsis hiberniores», más irlandeses que los mismos irlandeses. Con el recuerdo de esa sentencia, yo he solido decir a quienes con alguna ambición intelectual se han acercado a mí, que nuestro deber de españoles consiste en ser «europensibus ipsis europensiores», más europeos que los que a sí mismos se tienen por europeos genuinos. Frente al habitual nacionalismo intelectual de tantos franceses, alemanes e ingleses —quien lo dude, vea la bibliografía que de ordinario acompaña a sus trabajos científicos—, los españoles debemos extender el área de nuestra información a todo el ámbito europeo. Desde Cajal y Menéndez Pidal, tal ha sido el proceder de nuestros mejores. Hoy, con la creciente importancia científica de los norteamericanos, esa fórmula tiene que ser ampliada: los intelectuales españoles debemos ser «occidentalibus ipsis occidentaliores»: más occidentales que los mismos occidentales. No, claro está, para ser «orientales por sobra de Occidente», como de Portugal dice un soneto de Eugenio d'Ors, sino para movernos con pleno derecho en la vanguardia del mundo occidental. Así lo ha hecho ahora Diego Gracia con sus *Fundamentos de Bioética*. □

RESUMEN

El término de «bioética», que procede de Estados Unidos, va más allá de la ética médica o de la deontología profesional, conceptos a los que, en principio, parecía que fuera a sustituir. Pedro Laín Entralgo da noticia de una ambiciosa obra que trata —en un primer volu-

men y desde una perspectiva teórica— de algo que afecta no sólo a los médicos, sino también a los biólogos, ecólogos, filósofos, juristas, sociólogos y teólogos. Todos ellos, piensa Laín, deben colaborar con los profesionales de la medicina en la construcción de la bioética.

Diego Gracia

Fundamentos de Bioética

Eudema, Madrid, 1989. 605 páginas. 6.095 pesetas.

Escritores, lectores, críticos

Por Gregorio Salvador

Gregorio Salvador (Cúllar-Baza, Granada, 1927) es miembro de número de la Real Academia Española y catedrático de la Universidad Complutense. Dialectólogo y lexicólogo, fundamentalmente, se ha ocupado también de crítica literaria. Es autor de libros como *Semántica* y *lexicografía del español*, *Estudios dialectológicos* y *Lengua española y lenguas de España*.

Creo que oí hablar por primera vez de estética de la recepción hará cosa de diez o doce años. Se juzgaba una tesis doctoral de crítica literaria y un miembro del tribunal le señaló al doctorando el fallo de que no hubiese tenido en cuenta las doctrinas imperantes en Europa sobre investigación de la recepción, la función apelativa de los textos, el horizonte de expectativas ante el que surge la obra literaria y la distinción, inexcusable, entre lector implícito y lector explícito. A continuación lo abrumó con media docena de títulos alemanes y afirmó que la obra de Hans Robert Jaus, representaba, sin duda, un cambio de paradigma en los estudios literarios y que un análisis inmanente, como el que se presentaba, estaba bien, tal como se había planteado, pero se situaba en una perspectiva metodológica ya superada por la «Rezeptionsästhetik».

Quedé intrigado con tan alabada revolución teórica y, como el alemán no es lengua que entienda, me dije que si era verdad tanta maravilla, ya habría ocasión de conocerla en algún idioma accesible, posiblemente en el propio, porque la verdad es que al español se traduce pronto todo lo que vale la pena y mucho también de lo que no la vale. Como uno tiene cada vez menos tiempo para atender a todo lo que le gustaría y ha de ir reduciendo cada vez más su campo de intereses, la teoría literaria, que hace veinte años era una de mis ocupaciones y preocupaciones, se me ha ido quedando relegada y, salvo en especiales circunstancias académicas como la antes aludida, apenas si puedo prestarle atención.

Literatura y público

No había vuelto, pues, a acordarme de la estética de la recepción hasta que llegó a mis manos el sabroso libro de Ricardo Senabre *Literatura y público*. En el prólogo, de poco más de una página, el catedrático de Salamanca manifiesta que la idea directriz que preside su estudio es «el hecho de que una obra artística pueda ser como es porque su autor, deliberada o inconscientemente, ha tenido en cuenta el carácter, los gustos o las apetencias de sus posibles receptores», y añade que «la historia literaria suele desdeñar abusivamente la naturaleza del receptor en cada caso para hacer hincapié en la personalidad del autor y en el mensaje mismo». Como ni siquiera falta el término «expectativa», pues «la atención con que el autor ausculta las expectativas de ese público anónimo e inmediato repercute a menudo en la obra», yo me pregunté si no me hallaba, al fin, ante un producto hispánico originado en aquel planteamiento teórico alemán del que había tenido años antes tan somera noticia.

La aparición, meses después, de un volumen colectivo, *Estética de la recepción*, donde por fin se traducen una serie de textos relativos a esta posible disciplina, compilados por José Antonio Mayoral, me proporcionó la ocasión de instruirme suficientemente en ella, tratar de encontrar la raíz teórica del libro de Senabre y ampliar aquellas lejanas noticias, profundizando hasta donde pudiera en tan encomiado cuerpo teórico.

Como no hallé nada, salvo coincidencia de palabras, que pudiera haber servido de impulso teórico a la investigación de Senabre, ni fui capaz de encontrar ideas profundas en las



TINO GATAGAN

que sumergirme, quedé desconcertado y hasta sin ánimo de llevar adelante el comentario conjunto que le había prometido a la redacción de esta revista. Pero más adelante tuve una conversación con el autor de *Literatura y público* y le pregunté, lisa y llanamente, hasta qué punto tenía que ver su libro con la llamada estética de la recepción; me respondió de inmediato que, con lo que Jaus entendía como tal, nada en absoluto.

Evidentemente, la argumentación de Senabre se apoya en datos, en una riquísima documentación pacientemente allegada y que demuestra, desde los hechos, la interacción que se establece entre el escritor y sus lectores, entre el autor y su público, y hasta qué punto esos receptores acaban moldeando la obra, condicionando, en muchos casos, su propia estructura. En cambio, la estética de la recepción, tal como se nos ofrece en la colección de artículos traducidos, la veo yo en un estado meramente especulativo, donde abunda más la palabrería pedante y los palos de ciego que la seria consideración y los hechos convincentes.

Jaus: Egotría y autocorrección

Dire enseguida que, de los nueve artículos recopilados, el más significativo y aleccionador es precisamente el escrito por H. R. Jaus, el padre de la criatura, creador de la teoría y maestro reconocido de la nueva escuela desde que dio a conocer sus ideas en el discurso inaugural de la Universidad de Constanza, en 1967: *Literaturgeschichte als Provokation der Literaturwissenschaft*. El artículo que aquí se publica, «El lector como instancia de una nueva historia de la literatura» (donde a uno le queda la duda de si el alemán «Instanz» del título originario se ha traducido adecuadamente), apareció en la revista *Poética* en 1975, y el autor se muestra ególatra, no sin razón, dado el éxito inmediato y extenso de sus planteamientos y de su terminología. Porque lo cierto es que, a partir de su opúsculo del 67, todo el mundo en Alemania se había puesto a hablar, al parecer, de «estética de la recepción» y de «horizontes de expectativas», incluso trasladando este último hallazgo terminológico a otros ámbitos muy alejados de la literatura; Jaus parece sentirse muy satisfecho de que, en un reportaje futbolístico a propósito del Bayern de Munich, se hubiera escrito que «el interés de los hinchas se basa en un alto horizonte de expecta-

tivas» (pág. 61), lo que lleva a suponer que el periodismo deportivo germánico está, como el nuestro, a lo que caiga.

Orgulloso de sus logros, de la pronta y fulgurante expansión de sus doctrinas, Jaus se permite moderar algunos ímpetus de sus seguidores y critica abiertamente la investigación empírica de Hillmann, que había analizado la recepción, por alumnos de formación profesional y bachillerato, de una de las *Historias del señor Keuner*, de Brecht, la titulada *El encuentro*, que dice así: «Un hombre que hacía tiempo que no había visto al señor Keuner lo saludó con las palabras: "Usted no ha cambiado nada." "Oh", dijo el señor Keuner, y palideció.» A los 300 encuestados les pedía Hillmann simplemente esto: «Exprésese usted respecto de este texto.» Como cuestiones de este jaez han sido y son, en nuestros exámenes de bachillerato, anteriores en mucho a la estética de la recepción, la variopinta cantidad de estupideces que obtuvo el investigador germano es fácilmente imaginable para cualquier profesor español que se haya movido en esos niveles; el asunto es más propio de la novelística de Tom Sharpe que de una investigación medianamente seria. No extraña, pues, el bochorno del maestro ante la ligereza del secuaz, decidido a obtener conclusiones del pintoresco batiburrillo, y de ahí su interrogante perplejidad: «¿La recepción, empírica?» (pág. 64), que lo llevará finalmente a establecer «la primacía hermenéutica del lector implícito» (pág. 68) frente al lector explícito, lo que en resumidas cuentas no es otra cosa que volver al punto de partida, es decir, al texto, puesto que «la función implícita del lector es comprobable en las estructuras objetivas del texto» (pág. 78). El artículo de Jaus deviene así en una más o menos confesada autocrítica o, cuando menos, autocorrección, pues reconoce que algunos deslices se basan en sus propios planteamientos iniciales, que intenta salvar a última hora con una frase de Paul Valéry: «Mes vers ont le sens qu'on leur prête», insistentemente citada por estos críticos de la recepción, de la que, para no manifestarlo con la cruda palabra castellana que me pide el cuerpo, diré que se trata simplemente de una «boutade» de escaso fuste.

¿Cambio de paradigma?

Peter Uwe Hohendahl, que escribe sobre el estado de la investigación de la recepción, nos informa de que el mismo Jaus había hablado ya en 1969 de un cambio de paradigma

en la ciencia de la literatura. Desde que Thomas S. Kuhn, en su *Structure of scientific revolutions* (Chicago, 1962), estableció los criterios para distinguir aquellas obras que han motivado, históricamente, cambios tan esenciales en la investigación y el conocimiento de una determinada disciplina como para situarla en lo que él llamó «un nuevo paradigma científico», es decir, lo que hicieron en su tiempo la *Física*, de Aristóteles; el *Almagesto*, de Ptolomeo; los *Principios*, de Newton; o la *Química*, de Lavoisier, no faltan engrtidos dispuestos a reconocer en sus propias elucubraciones las señales fijadas y a pretender agregarse a tan excelsa compañía. Pero la fatuidad de Jaus se me antoja inaudita: que a los dos años de su lección inaugural de Constanza hablara ya de cambio de paradigma denota más bien megalomanía que soberbia y es detalle que predispone inevitablemente contra él y previene sobre el valor de sus teorías. Los cambios de paradigma —los giros copernicanos, que habíamos dicho siempre— requieren una madurez intelectual, un saber tan sedimentado y, en definitiva, tal dosis de incertidumbre, que nadie los puede proclamar por sí: tendrá que aguardar a que se le reconozcan. El único cambio de paradigma claro que ha habido, durante este siglo, en las disciplinas lingüísticas fue el proporcionado por el *Curso*, de Saussure, y él se murió sin estar convencido de ello.

Uno de los criterios establecidos por Kuhn es el de atraer enseguida un grupo perdurable de adeptos fuera de los hábitos competitivos de la actividad científica. Pues bien, la absoluta fidelidad de estos adeptos no parece muy clara después de la lectura de este libro. Por ejemplo, Hans Ulrich Gumbrecht, que trata de promover una ciencia literaria basada en la sociología de la comunicación, rechaza sin embages la pretensión del cambio de paradigma (págs. 173-175). Para el ya citado Hohendahl, la investigación de la recepción «no es actualmente ni una disciplina ni un método, sino un cúmulo de teorías y enfoques divergentes que tienen en común el ocuparse de la percepción y efecto de la literatura» (pág. 31). Arnold Rothe considera la complejidad de la pretensión de trasladar el centro de atención al lector, desde el autor, su esencial infinitud, y deduce que «la cantidad de estudios que hay que emprender impide a largo plazo, si no para siempre, la realización de una historia literaria de este tipo» (pág. 19).

Viene de la página anterior



TINO GATAGAN

Sin embargo, Karl Maurer estima que «este intento no está fatídicamente condenado al fracaso» (pág. 223), pero su inventario de peligros, de dificultades, de complicaciones, resulta aún mayor que el de Rothe. El artículo de Maurer, «Formas de leer», que cierra la compilación, es acaso el mejor escrito y eso lo hace especialmente interesante. Comprende que la invención del «lector implícito» le resulte simpática al filólogo tradicional, «pues le permite asediarla [tal figura] con el instrumental metódico acostumbrado» (página 252). La vuelta al punto de partida, que decía yo antes. Pero cree que existen «diversas "formas de leer"», que difieren tanto según el género literario y la época como según la disposición e intención individuales, y la investigación sobre ellas se encuentra aún en sus comienzos», y añade «que nos falta por el momento el equivalente a la Poética, la *Legética*» (pág. 259). Eso me hace pensar que un ensayo que escribí hace veinte años, «Reflexiones sobre la crítica de novela», habría que incluirlo en esa *Legética* inexistente. ¡Mira por dónde!

Los precedentes y la perspectiva española

Otro de los criterios de Kuhn para decidir que existe cambio de paradigma es el de que la teoría carezca de precedentes. Pues bien, el mismo Jauss reconoce que ya la poética de Aristóteles se había ocupado de la estética del efecto (pág. 61) y, si volvemos a nuestro primer libro, el de Ricardo Senabre, encontraremos abundante material al respecto: copiosos ejemplos del influjo del público sobre determinadas obras o autores, desde la conocida concesión de Lope a las preferencias del vulgo hasta los equilibrios de Mihura «para hacer un teatro que le gustase al público, pero que no fuese vulgar», tras la odisea de sus *Tres sombreros de copa*, que tuvo que esperar veinte años para ser estrenada y por un grupo universitario. Senabre recuerda, en la página 14, que ya Gustave Lanson proponía definir y explicar la literatura en relación con el público receptor, y cita una afirmación de Francisco Ayala, no sólo escritor sino también sociólogo, en su libro *El escritor en la sociedad de masas* (Buenos Aires, 1958): «El ejercicio literario se desenvuelve dentro de un juego de convenciones gobernadas en gran parte por la entidad del destinatario; según quien éste sea, así se configurará el mensaje, pues la relación entre escritor y lector constituye el sentido de cualquier actividad literaria al determinar su forma.»

Mérito de Senabre es dejar bien claro que eso que llamamos vagamente «público», y al

que consideramos va destinado el texto literario, no necesariamente es público en su amplio sentido, sino que a veces basta un destinatario individual o un grupo de destinatarios privados, que con sus observaciones y sus críticas ayudan al escritor a encontrar la forma más ajustada a lo que de él se espera, a perfilar y perfeccionar el texto.

Lectores reales

De enorme interés me parece el capítulo dedicado a lo que llama «la lectura privada», el más largo de la obra, encabezado con una reciente declaración de Gabriel García Márquez: «Cuando escribo una novela (...) la doy a leer a unos cuantos amigos y estoy muy interesado en que lo hagan. Esos amigos siempre son los mismos y actúan como mis críticos más implacables y feroces. De las discusiones con ellos puedo extraer la repercusión que la obra tendrá en los lectores. Yo recojo luego todas las críticas y reflexiono sobre ellas hasta decidir las correcciones que debo introducir.» Pero el caso de García Márquez no es insólito; lo sorprendente es lo contrario: el escritor poseído de sí mismo, refractario a toda crítica, incapaz de atender cualquier indicación, que da al público enseguida todo lo salido de su pluma, sin someterlo al juicio previo de unos lectores inteligentes en los que pueda confiar.

Y el hecho tampoco es nuevo. Ya lo practicaban los autores de la Roma clásica, que solían leer su obra, una vez concluida, a un grupo de amigos y entendidos, según cuenta E. Auerbach, y del éxito de esa lectura dependía que se hicieran o no copias del manuscrito, que se difundiese tal como estaba la obra o que se corrigiese hasta alcanzar un nivel adecuado de aceptación. Y hay numerosos testimonios de muy diversas épocas y de muy distintos lugares. Senabre ofrece un curioso ejemplo. Meléndez Valdés y Jovellanos, verbigracia, se intercambiaban sus escritos y se hacían mutuamente observaciones, correcciones y comentarios. Y, más cerca de nosotros, dos poetas señeros de este siglo, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, hicieron otro tanto. Senabre no descarta que en las variantes y supresiones de la segunda edición de *Solitudes*, con respecto a la primera, no se guiara en parte el poeta sevillano por el juicio del mogueño o por el de su hermano Manuel, al cual se mostraba también muy sensible. Una obra esencial de la literatura en lengua española, *Pedro Páramo*, de Juan Rufo, se elaboró trabajosamente en sucesivas redacciones simplificadoras que el autor leía a sus compañeros del Centro Mexicano de Escritores,

que se reunían para leerse y criticarse mutuamente sus textos. Lo que tampoco representaba ninguna novedad si recordamos las actividades, siglos antes, de las academias renacentistas.

La necesidad de vivir de la literatura, cuando la literatura se ha asumido como profesión, como medio de vida, obliga ineludiblemente al escritor a tener en cuenta a sus destinatarios: los mecenas de otro tiempo, el público lector en nuestros días. La obsesión de Balzac por agradar a su público y su preocupación por la variabilidad de los gustos lo llevaban, con frecuencia, a aceptar sugerencias de parientes, amigos o protectores a quienes daba a leer sus manuscritos. Galdós, el primero de nuestros escritores que tomó la decisión de vivir exclusivamente de la literatura, estuvo siempre muy atento a las preferencias de su público. Y el propio *Clarín*, que no tenía que vivir de ella, se muestra alarmado tras la publicación de *La Regenta* y la reacción que ha producido en determinados ambientes, y escribe a su editor, según cuenta Senabre (página 21), ofreciéndole una novela inédita «que se titulará *Su único hijo* y no será nada verde o casi nada, y en cambio sentimental de buena manera y muy propia para derramar lágrimas dulces alrededor de la chimenea de la familia».

Los planteamientos de los teóricos de la Universidad de Constanza acerca del lector explícito y el lector implícito adquieren cierto halo de bizantinismo ante la historia bien conocida de esos lectores reales a los que pretende llegar el escritor. Es la interacción lo que interesa —me parece a mí, como a Senabre—, el influjo que un público, real o supuesto o imaginado, ejerce sobre la obra literaria co-

mo producto que se le destina. El equipo crítico de lectores próximos que cada escritor se organiza: la esposa, determinados amigos, los hijos, los hermanos, personas en quienes sabe que puede confiar y que se van a poner más friamente que él en el lugar del lector anónimo.

Los críticos

Y la sombra de ese otro lector del que nadie habla en estos libros que comento, ese lector inquietante, casi terrorífico a veces, que es el crítico literario. Nadie habla de él porque son libros escritos por críticos, precisamente, y es él el que habla en ellos, el que lleva la voz cantante. Conviene, pues, que le prestemos un poco de atención, porque su sombra, como digo, se cierne sobre la mesa de trabajo del escritor. En realidad creo que es quien encarna para éste, de modo bastante aproximado, al llamado «lector implícito». ¿Qué otra figura, si no, puede responder a tal espécimen? Se supone que es el crítico quien sabe lo que debe hacer el escritor. Y aunque no lo sepa, va a haber muchos posibles lectores que crean que lo sabe, es decir, en cualquier caso el crítico hace opinión. Facultad que lo convierte en un factor notablemente poderoso y capaz de distorsionar la relación de escritor y lector.

Porque lo que el lector corriente pide en cada momento lo saben muy bien las editoriales, que pueden hacer hoy, con rapidez y seguridad, prospecciones de mercado y publicar sobre seguro, lo que le hubiera evitado a Balzac tantas dudas y sinsabores. Pero los críticos pueden resultar enigmáticos. De ahí que el equipo de lectores consejeros tienda más bien a situarse en el ánimo del crítico que en el del ingenuo lector.

Pero esto me llevaría ya muy lejos y no es materia que corresponda al contenido de estos dos volúmenes que he leído, sino más bien a sus autores, como críticos que son.

Excelente y sugestivo libro el de Ricardo Senabre, que afortunadamente, como él mismo afirma en el prólogo, trata más bien de inquietar que de dogmatizar. Admirable obra, pues, si la comparamos con la rigidez teórica, metodológicamente desbordada y sin apoyaturas reales, que nos ofrece la «Rezeptionsästhetik» alemana, cuyo muestrario nos ha llegado a la par. Y no está de más advertir a los entusiastas de lo foráneo que no siempre lo mejor se escribe en otra lengua, al menos en las llamadas ciencias sociales.

Nuestro agradecimiento a José Antonio Mayoral por haber compilado y propiciado la traducción de estos textos alemanes, tan representativos de esa escuela, debe ser también muy grande. Pues gracias a él podemos saber ahora, en español, que las nueces del contenido en esa llamada estética de la recepción no se corresponden, ni mucho menos, con los ruidos que acerca de ellas nos llegaban. □

RESUMEN

La casi simultánea aparición de un libro español sobre literatura y público y la traducción de nueve trabajos alemanes, representativos de la llamada estética de la recepción, le da pie a Gregorio Salvador para hacer una crítica de esta corriente teórica y poner de

relieve que no siempre es mejor lo que nos llega de fuera. La acción de los lectores sobre la obra literaria y la actitud del escritor ante su público son hechos de antiguo conocidos. Y tampoco hay que olvidar la figura mediadora y, a veces, mediatizadora del crítico.

Ricardo Senabre

Literatura y público

Paraninfo, Madrid, 1987. 126 páginas. 785 pesetas.

Autores varios

Estética de la recepción

Arco/Libros, Madrid, 1987. 293 páginas. 1.378 pesetas.

Lenguaje y memoria

Por Emilio Lledó

Emilio Lledó (Sevilla, 1927) es catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad a Distancia, ha sido docente en las universidades de La Laguna, Barcelona y Heidelberg y «fellow» del Wissenschaftskolleg, «Institute for Advanced Study», de Berlín. Entre sus libros se encuentran Filosofía y Lenguaje, El epicureísmo y La memoria del Logos.

La fijación y transmisión del lenguaje por la escritura constituye, como es sabido, un fenómeno reciente en comparación con los miles de años en los que los hombres se comunicaron a través del efímero aire semántico de la voz. La escritura, surgida inicialmente, como ayuda para la memoria, tal como nos cuenta el mito final del Fedro platónico, parece ser un pobre artificio que no alcanza a conservar la fuerza y la vida de la palabra hablada. Esta oposición entre «orality» y «literacy» ha llevado a plantear, en nuestros días, las esenciales diferencias que presenta la temporalidad de la escritura como memoria ante la temporalidad inmediata de la articulación fonética. Los problemas de la lingüística del habla, de la intersubjetividad comunicativa, han encontrado una nueva forma de planteamiento en el análisis de ese extraño fenómeno que expresa el mudo diálogo de unos ojos con unas letras que, sobre la superficie del papel, hablan.

Es cierto que la supuesta oposición entre «letra que mata» y «espíritu que vivifica» había sido un tema tradicional en la hermenéutica prefilosófica, y que a partir de Schleiermacher y, sobre todo, de Gadamer había alcanzado la paradójica formulación expresada en la frase: «Entender a un autor mejor de lo que él se entiende a sí mismo.» La problemática mismidad de un autor quedaba, sin embargo, reducida a un texto escrito en el que los ojos del lector descubrían, al parecer, un horizonte significativo del que el ausente autor no sólo no podía dar cuenta, sino que ni siquiera había entrevisto. En la historia de la recepción de los textos, una infinidad de posibles lectores buscaban algo más que a un perdido autor. La historia de la «recepción» nos ha enseñado que la voz de ese texto que el lector «recibe» es, en parte, eco de esa otra voz con la que el lector se habla y se encuentra a sí mismo.

Una serie de cuestiones relacionadas con este planteamiento general son las que estudio los dos libros a los que me refiero en es-

ta nota, y que constituyen una excelente muestra de las muchas publicaciones que, en torno a los problemas de la escritura, han aparecido últimamente. El primero de ellos, dirigido por Marcel Detienne, reúne trabajos que tratan, fundamentalmente, los diversos dominios en los que apareció, en Grecia, la escritura: ese rasgo sobre el papiro o la piedra que, más allá de la oralidad, comenzaba, paradójicamente también, a hablar a los ojos.

Objetos intelectuales

La escritura, como señala Detienne, empezó a crear los verdaderos «objetos» intelectuales. Estos objetos, sin embargo, operaban dentro del espacio político, dentro de la ciudad. El ejercicio del poder, en el nuevo ámbito público en el que viven los hombres, empieza a ejercerse a través de una sutil forma de dominio: la ley escrita. Desde el momento en el que la palabra que determina la posibilidad de la praxis se desprende, con la letra, de la inmediata y efímera temporalidad de aquel que la pronuncia, está entrando en el territorio de la historia, del tiempo de la memoria, donde no actúa ya el concreto poder del individuo que impone su voluntad, sino el abstracto contenido de esas palabras cuya única expresión es el «indefenso» signo gráfico que las sostiene. En esa indefensión y abstracción se encarna, precisamente, su poder. La autoridad que la palabra expresa no es ya la arbitrariedad de una voluntad excluyente, sino el espacio histórico donde un posible lector o intérprete, en el acto de asumir esos signos, está incorporando su propia voluntad y racionalidad a la de la ley. La escritura de la ley obedece, pues, a una forma de dominio socializado ya, y en el que las letras que lo manifiestan emergen de un contexto histórico condicionado por lo público, por lo colectivo. Sin embargo, en aquella escritura cuyo espacio público no es el de la ley y su cumplimiento, las motivaciones de un autor singular provienen de un dominio que también está marcado por formas colectivas. Así la escritura misma de los trágicos griegos estuvo también próxima a la oralidad de su representación, al teatro como institución pública, según muestra Charles Segal en uno de los capítulos más interesantes de esta obra. Entre la narración de los actores y el espacio interior de la tragedia, donde se desarrolla lo que no verán los ojos, el espectador descubre el espacio interior de su propia y peculiar intimidad. Por ello el autor y los actores empie-

zan a desaparecer en la mente que orienta e ilumina los ojos que contemplan. La posterior lectura de esas obras que nacieron colectivamente en el ágora del teatro, se constituye entonces como una gran metáfora que señala otro escenario distinto de aquel para el que el lenguaje se articuló: el escenario de una sensibilidad y una inteligencia que introduce en la escritura, a la que después se redujo el texto vivo de la tragedia, los nuevos personajes de la subjetividad del lector.

La teoría de la recepción que, en estos últimos años, ha dado alguna perspectiva nueva a la interpretación literaria, no ha hecho sino destacar, tímidamente, la revolución que supone la lectura de un texto en un horizonte histórico distinto de aquel en el que su autor lo compuso. En la imprecisa frontera de un autor que habla desde un lenguaje que lo precede y condiciona, y desde ámbitos colectivos —epos, tragedia, comedia, ética, política, derecho, filosofía, etc.— que también lo determinan, y el lector que viene de otra historia y, tal vez, de otra Paideia y otra lengua, el texto escrito representa el momento más alto de la inevitable historicidad y vitalidad de toda cultura y de su imposible «objetividad».

En los capítulos de Mario Vegetti y Patrice Lorau se muestra con originalidad esta problemática forja de un texto que, en el umbral de la tradición, habla ya una lengua más sutil que aquella que la letra consolida. Por eso, a pesar de que el libro «aisla al lector del contexto y del control del cuerpo social», establece, sin embargo, una forma de democratización, de apertura hacia una libertad interior, donde se levanta, en el tiempo mediato de la memoria, la consciencia en la que cada hombre se encuentra y, en parte, se reconoce a sí mismo. Esta frágil libertad interior está amenazada por la esclerosis de una memoria inactiva, por la ritualización dogmática donde se pierde el carácter del Logos, por la trivialización artificiosa en la escuela o, actualmente, en los imperios de los medios de comunicación. Estas amenazas, que, entre otras, son posibles por la libertad que, en el fondo, expresa cada lector, ponen de manifiesto el ambiguo momento de la creación desde el que nos llega el texto. Todo discurso que se enhebra en las letras constituye, pues, un conglomerado fluyente. Lo que la escritura fija son sólo momentos de esa varia y móvil constitución del Logos, que alienta antes de que la escritura lo aprese, y que vivirá, posteriormente, en la compleja historia de su recepción.

Descubrir los múltiples planos que forman la aparente simplicidad de las letras en

el momento en el que surgen los géneros literarios como abstractos espacios de comunicación, es, entre otras, una de las importantes aportaciones del libro de Detienne.

La complejidad de ese movimiento de la mano que se detiene en la letra es también objeto de la obra editada por Aleida Assmann, Jan Assmann y Christof Hardmeier. Pero este libro, que lleva el título de *Escritura y Memoria* y que expone problemas fundamentales de la comunicación «literaria» y de su particular «arqueología», no sólo se ocupa de la cultura griega sino que analiza el tránsito de la oralidad a la escritura en las culturas orientales y africanas. Precisamente en las culturas africanas los problemas de la paulatina pérdida de la oralidad han presentado un peculiar dramatismo. «Cada viejo que muere en Africa es una biblioteca inexplorada que arde.» Esta cita, que Claudia Klaffke recoge en su trabajo sobre la literatura africana, expresa el difícil futuro de la memoria oral. Una cultura ceñida a la presencia de la voz que, en momentos concretos, narra o canta, gana en vitalidad, en capacidad de fascinación, lo que pierde en posibilidad de permanencia. El viejo narrador de historias y mitos en el que se condensa, con la tradición que asimila, su propia experiencia, sólo puede actuar en el ámbito colectivo de un ágora ideal formado por la consciencia de los otros hombres ante los que, en un concreto y determinado momento, habla. Por eso todas las circunstancias reales o ideales en las que esos «actos de habla» tienen lugar, no podrían recogerse plenamente en la escritura. La letra requiere, en el momento en el que el autor escribe, unas condiciones distintas de aquellas en las que se produce la oralidad. El anciano que muere en Africa lleva consigo algo más que una biblioteca. Lo que con él se pierde es la memoria viva de una historia que existió para crear, por medio de la palabra, el espacio ideal de la inmediata aunque efímera solidaridad en la compartida memoria. En el lenguaje de la cotidianidad que habla desde la inaplazable urgencia de la vida, el discurso oral del anciano narrador se constituye como leyenda que levanta en la mente de los oyentes el escenario de la historia, de la abstracción y de la idealidad. Más allá de las urgencias del vivir, a las que el lenguaje cotidiano se refiere, se construye una nueva forma de convivencia, en cuyo perfil el individuo se reconoce a sí mismo y se integra con otros.



JOSE ANTONIO ALCAZAR

Viene de la página anterior



JOSE ANTONIO ALCAZAR

Un problema semejante expone Hans Robert Lug en el capítulo que dedica a la historia de la «música no escrita» y, por consiguiente, reducida al acto de su «práctica sonora». Sin la posibilidad de la «mediación» escrita, cada compositor tiene que ser también su propio intérprete. No cabe otra forma de transmisión que la inmediata temporalidad que alienta en el momento de la creación. Isidoro de Sevilla (*Etimologías*, III, 15), como recuerda Lug, afirma que: «Si los hombres no pueden retener los sonidos en la memoria, esos sonidos se esfumarán, ya que no pueden escribirse». El carácter efímero de los sonidos musicales no se debe sólo a que no puedan conservarse por la escritura, sino a que su verdadera existencia está siempre supeditada al instante de su improvisación o de su «interpretación». Cada presencia sonora que el artista produce viene, tal vez, de un fondo de la memoria del que únicamente hay noticia cuando alcanza el tiempo presente de cada «acto sonoro». Esta «encarnación», en algunos hombres, de un universo ideal que trasciende su propia vida, es a lo que Reinken se refería cuando, oyendo improvisar a Bach, exclamaba: «Yo creía que el arte había muerto, pero compruebo que, felizmente, aún vive en Bach.» De la misma manera que el anciano que, en la selva africana, conservaba la posibilidad de hacer presente, con la voz, la misteriosa idealidad de su memoria, así también desde otra peculiar memoria podía enhebrarse un mundo sonoro, que arrancaba del fondo insondable en el que, bajo determinadas formas de experiencia, se consolida la memoria individual. En oposición, sin embargo, a la escritura, la memoria no es un simple almacén de datos, ni está hecha con hileras de signos que hubiera únicamente que iluminar. Cada acto de memoria es, paradójicamente, un acto de creación. «Un saber que se entrega oralmente, o que se articula en el tiempo de su expresión, es un saber esencialmente «práctico»; un saber cuya existencia consiste en su propia realización.»

La escritura servirá, pues, para liberar al hombre de la claudicación ante cada instante de la temporalidad que, en principio, ofrece la única posibilidad de «presencia». Lejos de la vida, del tiempo inmediato de la improvisación que se alza sobre cada acto de memoria y de la «realidad» de un interlocutor o un oyente, las letras, a pesar de las limitaciones que Platón descubre en el mito final del *Fedro*, podrán resistir las, en parte, insuperables

limitaciones de la pura oralidad. Es cierto que las letras perdieron el «padre» que podía, tal vez, dar explicación de su sentido, y que cuando se les pregunta «dicen siempre una y la misma cosa» (*Fedro*, 275d); pero esa monotonía de la respuesta deja, precisamente, abierto el inmenso espacio de la interpretación, donde el lenguaje no es sólo el discurso lineal que limita y ciñe la posibilidad de comunicación, sino el «semillero» que abre el mundo de la reflexión y creación: «Palabras con fundamento, capaces de ayudarse a sí mismas, y que no son estériles, sino portadoras de simientes de las que surgen otras palabras que, en otros caracteres, son canales por donde se transmite esa semilla inmortal» (*Fedro*, 276e-277a).

Tradición oral

La tradición oral expresaba también una especial relación con la verdad. Cada hombre que escuchaba a un narrador o un rapsoda, estaba formando parte de un grupo humano que no esperaba de la palabra oída la referencia a una forma abstracta de verdad. El sistema ideal que el lenguaje oído manifestaba, exigía sólo esa forma de reconocimiento en el que se produce el paso de lo singular a lo colectivo. En este paso, a través del lenguaje entendido, reconocido y asimilado, se lograba una forma de intersubjetividad que el mito y la historia convertían en colectivo. En cierto sentido, la tradición oral presenta una fiabilidad más profunda e intensa que la escritura. La oralidad, como recuerda A. Assmann, recogiendo la distinción entre «lengua materna» y «lengua paterna», establece el momento más auténtico de socialización. La «lengua paterna» es un momento posterior condicionado a una fase de socialización secundaria. Oralidad y escritura constituyen, por consiguiente, dos polos antagónicos en los que, en principio, se enfrentan lo natural contra lo artificial, la naturaleza contra la falsificación e ideologización que tantas veces representa la cultura. Porque aunque parezca que la permanencia de un texto es una forma superior de vencer la diversidad e inestabilidad de cada momento, esa permanencia está también supeditada a la trivialización. La pervivencia que la escritura otorga a la creación y a la memoria no es, por sí misma, un valor. Si el significado de una palabra es, según Wittgenstein, su uso en el lenguaje, el sentido de una tradición li-

teraria es también la historia de su auténtica o inauténtica recepción. La autenticidad depende de la «educación» que reciba la larga cadena de posibles lectores. Esa educación les permite entender, a pesar de la singular perspectiva de cada uno, la supuesta objetividad de un lenguaje que, para existir, tiene que ser alimentado por la mente «ilustrada» del lector. Por ello, inevitablemente, sigue siendo la escritura el alimento esencial de la memoria. Esa presencia de la letra, múltiplemente interpretada y que, a pesar de ello, alienta hacia la busca de una pretendida objetividad, ofrece un estimulante motivo de reflexión sobre la historia.

Abundan hoy opiniones que sostienen el fin de la cultura del libro y pronostican la vuelta a una compleja forma de «oralidad» o «visualidad» que los modernos medios de comunicación fomentan. «En lugar de letras y libros, parece que el código universal lo constituyen los sonidos y las imágenes.» Ese nuevo espacio que el «nuevo mundo visual y acústico» levanta, como una inmensa caja de resonancia, irrumpe implacablemente en la vieja esfera de lo privado. Algunos de los profetas de esta renovada imagen del mundo llegan a afirmar que la cultura elitista del libro tiene que dar paso a una «postcultura» en la que, al amparo de las nuevas imágenes del mundo que los medios de comunicación ofrecen, se establezcan los principios de formas distintas de comunidad, de sociabilidad y de solidaridad.

Esta caja de resonancia que convierte la comunicación en un inmóvil presente, produce, sin embargo, una paulatina eliminación de la memoria sin la que es imposible cualquier forma de cultura. Los pueblos podrían tener presencia cultural sin escritura, pero no pueden tenerla sin memoria, que fecunda y «recibe» toda forma cultural y, en definitiva, toda «lectura». Lectura que no expresa únicamente la posibilidad de alimentar la mente con la que otras mentes pensaron y nos transmitieron, sino que, a través de ese alimento que la abstracción de la letra nutre, se forja un sentido crítico, un acervo de saber que crea la saludable distancia para no dejarse aturdir por la resonancia sin memoria que producen los medios «eléctricos» de comunicación. Un texto de Herder hace ya dos siglos recordaba, bajo el entusiasmo de una Ilustración hoy más que nunca necesaria, que «aprender palabras, oír palabras sin poder pensarlas, sin tener tiempo para pensarlas, es el opio más estúpido y funesto de la mente. Ese ridículo y dulce sueño de imágenes que danzan sin sentido ante nuestros ojos, inventa un espacio que, bajo la apariencia de la realidad, aplasta la actividad del pensamiento y aniquila la verdadera «existencia»». El cultivo de la memoria crítica, de la construcción de ideas en un espacio no dominado por la alucinante resonancia de la irrealidad, es algo hacia lo que nos proyecta la reflexión sobre los signos donde se sustenta la memoria, y desde la que se constituye. □

RESUMEN

Miles de años después de que el hombre empleara la voz, de que elaborase un lenguaje para comunicarse con los demás, surgió la escritura, que fijaba y transmitía ese lenguaje. En torno a los problemas de la escritura

han aparecido, últimamente, numerosos trabajos. De dos de ellos, uno sobre la escritura en Grecia y otro en el que se relaciona escritura y memoria, se ocupa en su artículo el profesor Emilio Lledó.

Marcel Detienne (ed.)

Les savoirs de l'écriture en Grèce ancienne

Presses Universitaires de Lille, 1988. 540 páginas. 160 francos franceses.

A. y J. Assman y Chr. Hardmeier (eds).

Schrift und Gedächtnis: Archäologie der literarischen Kommunikation

Wilhelm Fink Verlag, Munich, 1983. 284 páginas. 48 marcos alemanes.

La «ínfima transición» de Alban Berg

Por Josep Soler

Josep Soler (Vilafranca del Penedés, 1935) es compositor y escritor. Estudió con René Leibowitz y C. Taltabull. Es director de Conservatorio de Badalona y miembro de la Real Academia de Sant Jordi de Barcelona. Desde 1960 viene trabajando en óperas, siendo autor de ocho de ellas, habiéndose representado Edipo y Yocasta en el Liceo en 1984.

Junto con Debussy, Mahler, Strauss y Schönberg, Alban Berg es, sin duda, el creador musical más importante de nuestro siglo; con él —y paralelo a la figura de Webern— se cierra un inmenso ciclo que se inició, en el siglo XIII, con los compositores, los «organistas» —aquellos que «sabían organizar»—, de Notre Dame de París. El fin de la segunda guerra mundial señalará el definitivo final de un período que Schönberg aún alargará algunos años en su exilio americano (1951) y Strawinski —el «maestro de la rápida transición», aquel que no supo llegar a tiempo— cerrará por completo en 1971.

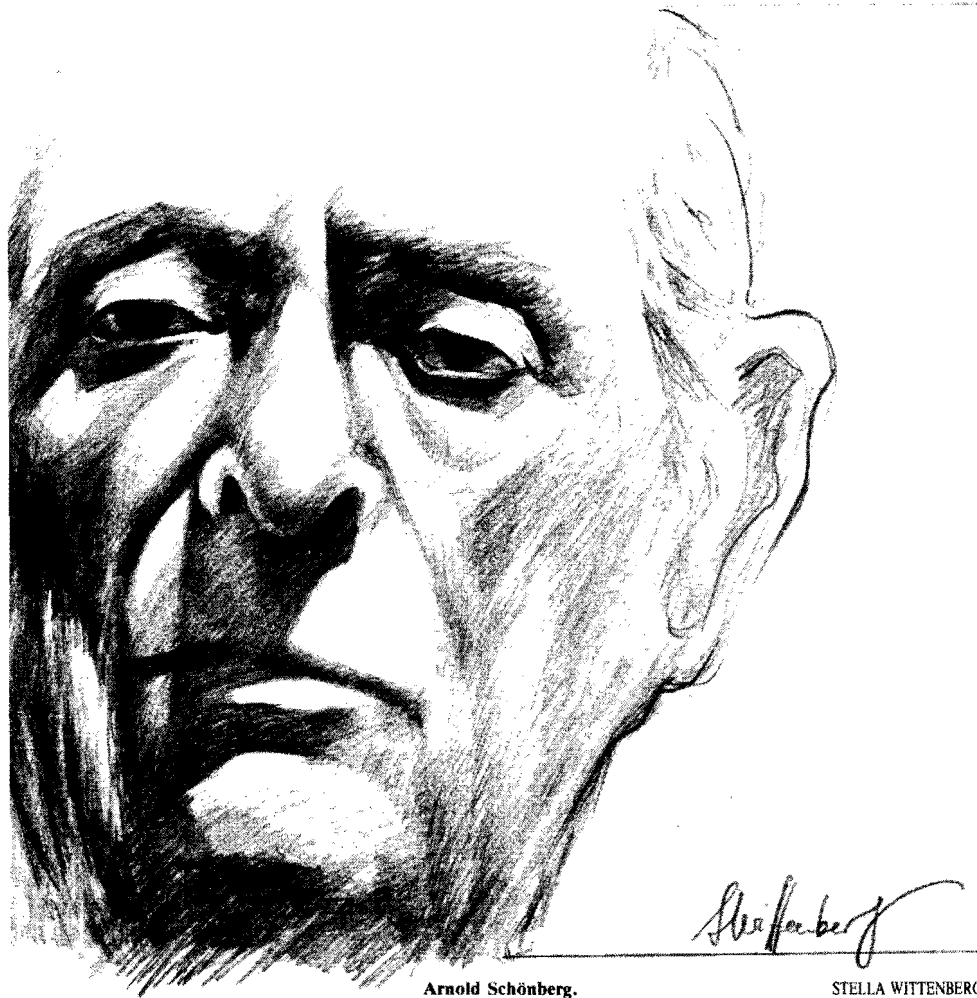
Pero, de hecho, al desaparecer Berg y, poco tiempo después, Strauss, el inmenso impulso que hizo florecer las músicas de Bach, Mozart, Schubert, Beethoven, Bruckner y Wagner —éste como punto central, principio y casi fin de toda la música—, estaba ya casi agotado: una civilización se define no sólo por todo aquello que crea, sino también por todo aquello que cierra, por todo aquello que, al aparecer, señala su final. Y en el momento estelar de la Viena de comienzos de siglo —como punto central y máximo de una inmensa irradiación— se juntaron un grupo de personas e ideas que, con su «organización», señalan el momento final de la llamada civilización cristiana, y lo que de este momento de muerte se puede ver ya como un principio (porque toda muerte es, asimismo, un comienzo) se sitúa en el ámbito científico, en las dos teorías básicas que abren paso a la posibilidad de un nuevo pensar y una nueva «manera» de pensar: la relatividad y la teoría cuántica.

No es extraño, por otra parte, que sea del campo científico donde procede el impulso que, después de mucho tiempo y grandes dificultades, llevará a la estructuración de un nuevo pensar; y éste hallará su fundamento —será arrancado de su no ser, como antaño sucedió gracias al genio «poético» griego— en la más radical revolución que nunca haya conocido el hombre: en la revolución científica.

Los síntomas que señalan esta alteración, que deberá afectar el habla y la estructura mental y semántica del pensador, son aún débiles: del nuevo pensamiento científico, lo más atrayente a primera vista son los llamados «adelantos técnicos» con el subproducto infame de la tecnología militar; esto era y es inevitable: la aparición de una de estas grandes ideas —auténticamente grandes y que sólo surgen raramente en muy dilatados espacios de tiempo— viene siempre señalada por su lenta y oscura asunción y por ser sólo comprendidas en su totalidad y en todas sus posibilidades al cabo de muchos años. Esta es la aventura que se propuso a la humanidad a comienzos de siglo y de la que cabe esperar el inicio de un nuevo ciclo cultural si es que el hombre es capaz de asumir y soportar sus inmensas dificultades.

La aparición de este momento estelar —que puede «explicar» el mundo y, lo que es más importante, puede generar un nuevo pensar (y en el pensar está la raíz del ser del hombre), un nuevo verbo y una nueva semántica que permita expresar la descripción del mundo— viene rodeada, y en ella halla su apoyo y fundamento, por una larga serie de obras literarias, musicales, cinematográficas, pictóricas, etc., de una calidad y nivel excepcionales.

Y todas estas obras, que «abren paso» y posibilitan y ayudan al nacimiento del futuro pensamiento, son obras conclusivas, obras que



Arnold Schönberg.

STELLA WITTENBERG

deducen sus elementos de todo aquello que se les entregó con anterioridad y que, en ciertos aspectos, únicamente organizan aquello que, confusa e intuitivamente, ya existía años ha; la obra de Richard Strauss es el mejor ejemplo de ello: no hay nada en sus óperas, poemas o «lieder» —técnica, armónica o estructuralmente— que no existiese en Liszt, Wagner o Beethoven. Pero la deducción que Strauss hace de estos elementos preexistentes y preñados de inmensos potenciales es única: de ellos sabe extraer un mundo musical que sólo se hallaba implícito en las obras de los compositores del siglo XIX. Lo mismo podríamos decir de Mahler y Debussy: la minuciosa estructuración de aquello que «ya existía» permite que aflore lo nuevo, la actuación del impulso interior, y que surja la forma de lo irracional; la «oscilación entre memoria involuntaria y maestría consciente está llevada al límite»: así lo observa Adorno —pág. 180 de la traducción francesa de *Alban Berg*— aplicándolo a éste y añadiendo que «una imponderable sutileza, combinada con una planificación casi maniaca...», está profundamente inscrita en la fisonomía de Berg.

Esta «planificación», que permite patentizarse a lo conclusivo, es lo que, posiblemente, define mejor la música de comienzos de siglo; y la paradoja que en ella resplandece está en la apariencia de «desorden», de instinto irracional —únicamente irracional— que de estas músicas se desprende. Pero, más que el análisis, la audición durante y a lo largo de muchos años, con el amor que en ellas nos hace depositar un instinto que cremos certero, nos hace ver —desvela— todo aquello que hay en estas obras —de *Erwartung* al *Pierrot Lunaire*, de las *Tres Piezas* de Berg a las obras de Webern— de ordenado, minucioso, estructurado y, en palabras de Adorno, «planificado»: el «desorden» no está en la música sino en nuestra íntima incapacidad —o capacidad— de recepción, en el «Grund» básico (en su sentido místico medieval, eckartiano) que participa, en su particular esencia, del esencial desorden universal, aquel que quizá constituye el «fondo» de todas las cosas.

Pero el artista quiere y necesita que este «desorden» sea percibido y esté presente como algo inherente a la obra; su existencia confirma la angustia que ésta nos produce y que de ella parece desprenderse. Y puede ser tan

grave, tan complejo, que de por sí colapse la posibilidad de acercarse a la obra de arte y, precisamente por esto, no podamos acceder a ella desde ningún lugar. Este es el riesgo, grave e inevitable, que corre el artista, y muchas de las músicas de comienzos de siglo son tan poderosas en su «desorden» que, para la mayoría de los oyentes, éste es superior a su fuerza dramática, al elevado nivel de su angustia (que las haría comprensibles porque sólo la angustia humana es comunicable y capaz de producir su efecto moral sobre el espectador), y por ello su total y caótica presencia impide el paso a cualquier posibilidad de que el oyente, confundido y sin la ayuda de unas estructuras ya conocidas y asumidas como tales, pueda aceptarlas y ser poseído por ellas.

El desorden básico

Sin embargo, en el caso particular de la obra de Berg, los textos sobre los que se desarrolla este desorden básico son de una estructura admirablemente «planificada» y ordenada, tal como era ya evidente y menos difícil de comprender en las antiguas músicas, fuesen los «organa» de Notre Dame, las «fugas» de Bach o las «sonatas» de Mozart: en todas ellas resplandecía la forma y ésta, aunque velada por la sutil sabiduría de los compositores que sabían manifestarla de infinitas maneras, era comprensible para el oyente y, junto con la música en sí, fuente de placer estético. Pero ahora el artista no desea ni quiere que la estructura pueda detectarse ni que sirva para la admiración del oyente.

Presente por todas partes, organizándolo y justificándolo todo, la forma y sus ramificaciones —aun las más complejas o las que podrían ser más evidentes— desaparecen tras la potente fuerza del «desorden» como si el artista tuviese miedo de ser comprendido demasiado deprisa o que el espectador, en la inmediatez de la audición, pudiese acceder con demasiada curiosidad en el interior del esqueleto que tan ordenadamente organiza la obra y la sostiene con tanta delicadeza: tanto más emocional y dramática es ésta, tanto más se halla organizada con una férrea «planificación» y tanto más el músico se esfuerza en que ésta no sea patente ni pueda descubrirse más que a través de un análisis —anterior o pos-

terior a la audición—, pero nunca factible en el momento en que se interpreta la obra.

Berg, el «maestro de la ínfima transición» (o de la «transición insensible») es, asimismo, el maestro de la menor posibilidad de ser comprendido de inmediato desde el punto de vista de la organización; Adorno, en el libro que sugiere estos comentarios —antología de textos ya publicados anteriormente (1968) en Viena como homenaje que un filósofo y gran pensador hace a un músico del que fue discípulo durante once años y con la conciencia de que se hallaba frente a uno de los más grandes músicos que hayan existido—, insiste en el carácter oculto, en la infinita paciencia y el extremo cuidado con que Berg trabajaba sus obras sin que ello pudiese ser comprendido (y sobre esto se derramaba el enorme oleaje de su música para velarlo) ni considerado, en el momento de la audición, por el oyente.

Como subtítulo de su antología, Adorno define a Berg con una, en apariencia, extraña definición: *Der Meister des kleinsten Übergangs*. Pero es Wagner quien, en una carta a Mathilde Wesendonck, el 29 de octubre de 1859 (*Journal et Lettres*, vol. II, París/Berlín, 1905, págs. 19 y ss.), explica su peculiar concepto de la «organización continua» de la obra de arte y su despliegue lento y orgánico («vegetal» dice Jean Louis Leleu en el prefacio del libro de Adorno): «... Es propio de mi naturaleza pasar rápida y fuertemente a uno y otro extremo de un estado de ánimo... y, de hecho, el verdadero arte no tiene otro objeto que el de presentar estos estados supremos en sus relaciones...; pero del choque de estas oposiciones puede nacer un hecho pernicioso, pues la obra degenera en una búsqueda de efectos puramente exteriores... Ello me ha llevado a ligar, con un paso fino en extremo, las ínfimas transiciones entre las fases más lejanas de los estados de ánimo. Quisiera llamar a mi arte, el más sutil y profundo, «arte de la transición», pues toda mi obra artística está compuesta de tales transiciones...; lo brusco puede ser necesario pero su aparición debe prepararse para que el ánimo lo reclame por sí mismo...; y este sentimiento ha inspirado múltiples invenciones musicales en el ritmo y en el desarrollo armónico y melódico, cosas que antes me eran imposibles de realizar: y este arte está ligado estrechamente a la vida...»

El análisis que Adorno realiza, con la cálida simpatía del que conoce profundamente el tema y sabe apreciarlo en todo su valor, está siempre apoyado —fundamentado— en la aguda observación de Wagner, y ésta le sirve de hilo conductor para la revisión de la obra de su amigo y maestro; Berg es un carácter extraordinario, mezcla de analista riguroso y trágico irracional: en todas sus obras surgen «gestos» dramáticos —escondidos o trascendiendo la malla del texto musical—, gestos de operista innato, que se deslizan tanto en sus obras de cámara como en sus conciertos o en sus óperas. Pero todos estos gestos están siempre impulsados por un deseo semejante al que Wagner explica a Mathilde: insensiblemente, con un movimiento «de la más ínfima transición», el material musical va surgiendo de sí mismo y en sí mismo se repliega después de haber generado las más complejas e infinitas formas; de la multitud de «gestos» irradia, emanándose como de un oscuro perfume, una trama de una complejidad contrapuntística como anteriormente sólo Bach había sido capaz de escribir: y esta trama se despliega, como fecundada por su propia energía, para finalmente volver a reposar en sus comienzos, en su impulso inicial.

La organización de estructuras circulares, retrógradas y que retornan a su punto inicial, la necesidad neurótica del empleo de formas simétricas, la oculta articulación del material musical por medio de los números —hecho que ya aparece en Debussy y, más tarde, en Bartók—, es propio y particular de Berg, y esta capacidad de dominar el impulso irracio-

Viene de la página anterior



nal y hacerlo pasar a través de una meditada «planificación» consigue que sus obras, aun las más complejas —el *Concierto de Cámara* o el *Cuarteto de Cuerdas*—, sean, al mismo tiempo, obras de una extrema tensión emocional y dramática y que tengamos siempre la sensación de hallarnos frente no sólo a un «objeto» musical, sino también frente a un ser vivo, con sus propias leyes e impulsos biológicos, que, en comunicación con nosotros, realiza un acto de nacimiento y, también, de reproducción y muerte.

Esta viva palpitación, poseída por una extraña vida que no siempre avanza en el tiempo sino que —así lo indica Adorno— parece detenerse como helada en su propio temor y que, otras veces (como en el *Allegro misterioso* de la *Suite Lírica* o en el *Ostinato* anterior a la segunda escena del segundo acto de *Lulu*), colapsa sobre sí misma retrogradándose en un evidente signo de que el tiempo no puede avanzar y que «su final es su comienzo», es un signo de la enorme complejidad de la música de Berg y de la existencia de un delicado equilibrio, no siempre fácil, entre lo demoníaco (en su más alta esencia, tal como Goethe lo analiza en sus conversaciones con Eckermann) y lo racional, aunque éste tenga un sentido constructivista, como una melodía de colores organizados, tan acusado que la razón se pierde y se disuelve en impulso irracional e intuitivo.

No es de extrañar que Berg fuese el inspirador del personaje de Adrian Leverkühn en la célebre y admirable novela de Thomas Mann; y fue Adorno el que influyó y colaboró con Mann para dibujar el personaje y extraer de Alban Berg los gestos que lo configuran en toda su trágica grandeza con la profundidad de que era capaz el genio de Mann; Schönberg pudo sentirse molesto —él era el creador de la técnica dodecafónica—, pero la «existencia» de Berg, viviente en Leverkühn, es el mayor homenaje que, a través de su discípulo, podían hacerle las enormes personalidades de Adorno y Thomas Mann: quien es capaz de potenciar y dar vida y mantener un espíritu como el de Berg, es que está dotado de aquella misma fuerza que construyó el Partenón o pintó la Capilla Sixtina.

Adorno insiste en señalar en todos sus ensayos el equilibrio, de una tensión oscilante y que nunca se detiene, entre los extremos que antes señalamos; y en el extremo «racional» destaca, muy en particular, la obsesión de Berg por los números: es sabido que Berg mantuvo una relación sentimental con la hermana de Werfel, Hanna Fuchs (cuñada de Alma Mahler; a la viuda de Mahler debemos agradecer la pronta edición de *Wozzeck*), y para ella escribió la *Suite Lírica* incluyendo, en el ejemplar anotado que le regaló, una larga serie de comentarios y, asimismo, en un «gesto» dramático, un «lied», en el último tiempo, *Largo desolato*, escondido entre las notas del cuarteto (es un poema de Baudelaire, «De Profundis Clamavi», procedente de *Les Fleurs du Mal* (1851) y traducido por Stefan George; véase la hermosa melodía en Perle, G.: *The Operas of A. Berg*, vol. II: *Lulu*, págs. 22 y 23; University of California, 1985); toda la *Suite Lírica* está basada en los números 23 —que Berg se asigna a sí mismo— y 10, que es el número de Hanna, y en sus múltiples o en las manipulaciones que con ellos pueden hacerse. Así, el *Largo desolato* tiene 46 compases y sus valores de metrónomo son «negra» igual a 69 y 46; lo mismo sucede con los otros tiempos: en el tercero, *Allegro misterioso*, hallamos 138 compases; el *Trío estático* entra en el compás 69 y dura 23 compases, su retrogradación se inicia en el 33; el valor de la «negra» es 150.

En otro peculiar «gesto» dramático Berg deja abierto el último compás de la obra para que la viola repita, hasta su completa extinción, incansablemente, «morendo» («¿ewig?»), las dos notas finales; ahora ya no es la obra curvándose sobre sí misma, sino que en su postrera desesperación el compositor «conde-



Alban Berg.

STELLA WITTENBERG

na a la música, al violista, a tocar eternamente; somos nosotros los que no sabemos oírlo...» (Adorno, pág. 179 de la edición francesa).

Expresión dramática

La expresión dramática, especialmente en sus óperas, oscila entre la fría estructura numeral y los peculiares usos de todos los artificios contrapuntísticos imaginables; pero es en éstos donde Berg aparece como un músico que por encima de todo es «emoción». Esta mezcla de cálculo e instinto dramático se agudiza al máximo en *Lulu* (al morir, Berg dejó completamente acabada la partitura de canto y piano, 1.326 compases de los cuales 390 estaban asimismo instrumentados; F. Cerha preparó la partitura para su estreno, en versión completa, en París, 1979); todas las antiguas «formas» entran en juego para articular el proceso dramático junto con otros «gestos» típicos de Berg. Uno de éstos crea un terrible efecto —que actúa como «planificación» aunque el espectador no llegue a tener conciencia de ello—: las voces de los tres hombres que morirán por culpa de la protagonista (irreal «coloratura» que por su misma extrañeza, semejante a la *Reina de la Noche* mozartiana, distancia el personaje y lo convierte en símbolo arquetípico, inhumano ejemplo que parece proceder de un texto freudiano) vendrán a ser, en el acto tercero, las de los tres clientes de Lulu en su buhardilla de Londres; la voz del último de los muertos, el doctor Schön, se reencarnará en la de Jack el Destripador y su aliento será el que consume la venganza del espíritu masculino sobre lo femenino que intentaba rebelarse.

Así, las voces cumplen la metáfora de incorporar el más allá como agente que acecha ansiando una venganza de sangre que debe realizarse inexorablemente y que, como «forma» de ejecución, se retrograda sobre sí misma tal como la música también lo hace, imagen de un tiempo —o un infierno— cerrado, sin principio ni fin, y del que nada puede escapar pues su final es su mismo principio.

Deberíamos asimismo señalar el inútil esfuerzo de la condesa Geschwitz para apoyar el movimiento de liberación feminista retornando a Alemania para estudiar leyes e intentando así dignificar y justificar su actuación en la tragedia de *Lulu*; su dolorosa imagen, posiblemente inspirada y asumida como tal en la hermana de Berg —aunque el personaje original sea de Wedekind—, es la más dramática de la obra. Su esfuerzo —el único positivo en *Lulu*— acabará en manos de Jack y la última palabra de la condesa —en quien quizá Berg se siente asimismo reflejado y a la que contempla con infinita piedad— es la misma que Mahler escribió para concluir *El canto de la Tierra*: «in Ewigkeit».

Pero Berg, como auténtico dramaturgo, tenía que concluir su ópera en un postrero gesto de teatro: en los dos compases finales, 1.325 y 1.326, escribe dos notas, debajo de la indicación «sie stirb», que debe cantar —en «Sprechgesang»— la condesa: es la palabra «Verflucht» —maldición— que cierra el texto original de Wedekind. Pero esta palabra no está escrita en la partitura. ¿Acaso no se atrevió, no pudiendo aceptar que el único final posible fuese la desesperación, y sólo escribió la música? ¿O es que estas dos notas deberían resolverse en un último suspiro? En todo caso, en la *Sinfonía de Lulu*, estas dos notas, que aparecen en la partitura de orquesta y en la reducción para piano escritas para la voz, han desaparecido de la parte de la soprano y es el corno inglés quien las interpreta.

RESUMEN

T. W. Adorno, filósofo y figura capital de la cultura centroeuropea contemporánea, rinde homenaje en este libro, que comenta Josep Soler, no sólo a quien fue, a título personal, su maestro, sino a una de las grandes per-

Las obras de Berg expresan, todas ellas, una aguda y violenta desesperación que el músico ha sabido trascender y elevar a categoría comprensible para todos, pero en esta constante duplicidad con la «forma», en este doble deber compartido, es donde hallamos lo más personal y característico de su figura; quizá el más importante de los textos de Adorno —todos ellos de una clarividencia digna de su genio— es el último ensayo, dedicado a *Lulu* (escrito en 1936, 1960 y 1968), donde resume y sintetiza todo aquello que, como discípulo y amigo, pero también como observador de una rara objetividad (sus comentarios sobre la viuda de Mahler no son precisamente halagadores), ha ido antes analizando.

Adorno es un testigo de excepción: no sólo es un gran pensador sino también un notable —aunque aún desconocido— compositor, y ha tenido la suerte de poder trabajar con Berg durante once años; fruto de esta labor son una larga serie de «lieder», dos piezas para cuarteto de cuerda (Op. 2, 1925/26), *Seis Piezas* para orquesta (Op. 4, 1929), dos «lieder» para un *Singspiel* sobre un texto de Mark Twain, para voz y orquesta (1932/33), etc. Todas estas obras (Munich, 1980) están, curiosamente, muy marcadas por la obra de Schönberg y, muy en especial, por Webern; de Berg resta quizá lo más importante: el rigor crítico en la escritura instrumental y en el manejo de la forma. El estudio de sus obras musicales tendría que ir a la par con el de sus escritos filosóficos, pues Adorno —en opinión de Berg— más que nada es compositor.

El libro que recoge casi todos los textos que escribió sobre Alban Berg es un documento de primera mano y, en el futuro, seguirá siendo un texto esencial.

La edición francesa no reproduce el facsímil de una carta de Berg (de 1927; págs. 33 y 34 de la primera edición alemana), así como la fotografía de la cubierta de esta primera edición, último retrato del compositor, hecho a finales de 1935 y que como documento humano es de un sombrío patetismo, como si presintiese su cercano final o se hallase doblado por el peso de las trágicas circunstancias políticas del momento. Réstanos lamentar que los traductores no hayan actualizado el catálogo de las obras de Berg dejando de citar las *Variaciones para piano*, la *Triple Fuga* para quinteto con piano, recientemente recuperada, la música coral, los «lieder» de juventud, etc. y, en especial, los escritos de éste de los que ya existen, en francés, dos ediciones (1957 y 1985).

Esperamos con ansia que se edite esta obra en España aunque es de agradecer la existencia de la traducción francesa, lo que quizá facilita la lectura en nuestro país. □

En el próximo número

Artículos de Emilio Lorenzo, F. Rodríguez Adrados, Pedro Martínez Montávez, José Luis Píñillos, Pedro Cerezo Galán, Antonio González y Francisco Villardell.

Theodor W. Adorno

Alban Berg. Le maître de la transition infime

Gallimard, París, 1988. 215 páginas.

ARTE

MARTIN GONZALEZ, Juan José
«Pintura y tiempo», sobre el libro *El tiempo en la pintura*, de Umberto Eco y Omar Calabrese. N.º 21. Enero. Págs. 1-2.
«La fiesta como imagen del soberano», sobre *Arte y poder. Fiestas del Renacimiento. 1450-1650*, de Roy Strong. N.º 28. Octubre. Págs. 6-7.
VAQUERO TURCIOS, Joaquín
«Un caballete en el cerebro», sobre *Hallucinations and their impact on Art*, de Edmund M. R. Critchley. N.º 25. Mayo. Pág. 3.

BIOLOGIA

ALVARADO, Rafael
«Retazos de la vida de un biólogo», sobre *La statue intérieure*, de François Jacob. N.º 24. Abril. Págs. 10-11.

CIENCIA

LOPEZ PIÑERO, José María
«Cajal y la Escuela Histológica Española», sobre *El maestro y yo*, de Pío del Río Hortega. N.º 25. Mayo. Págs. 10-11.

CINE

GUTIERREZ ARAGON, Manuel
«Huston y Bergman hacen recuento», sobre *A libro abierto*, de John Huston, y *Linterna mágica*, de Ingmar Bergman. N.º 23. Marzo. Págs. 6-7.

COMUNICACION

YNDURAIN, Francisco
«Los anuncios por palabras», sobre *La historia de los anuncios por palabras*, de Eulalio Ferrer. N.º 26. Junio-julio. Págs. 1-2.

DERECHO

DIAZ, Elías
«La filosofía del poder constituyente», sobre *La elaboración de la Constitución de 1978*, de Gregorio Peces-Barba. N.º 27. Agosto-septiembre. Págs. 1-2.

LATORRE, Angel
«Roma y los juristas», sobre *Storia del Diritto romano*, de M. Bretonne. N.º 22. Febrero. Pág. 12.

TOMAS Y VALIENTE, Francisco
«El sistema europeo de constitucionalidad», sobre *La formación del sistema europeo de control de constitucionalidad*, de Pedro Cruz Villalón. N.º 21. Enero. Págs. 8-9.

ECONOMIA

TORTELLA, Gabriel
«Un gran economista de Chicago», sobre *Memoirs of an Unregulated Economist*, de George J. Stigler. N.º 29. Noviembre. Págs. 4-5.

VELARDE FUERTES, Juan
«La economía del Sexenio revolucionario», sobre *Apogeo del liberalismo en 'La Gloriosa'. La reforma económica en el Sexenio liberal (1868-1874)*, de Antón Costas Comesaña. N.º 28. Octubre. Págs. 8-9.

FILOLOGIA

CARBALLO CALERO, Ricardo
«La historia del gallego-portugués», sobre *História do galego-português. Estado lingüístico da Galiza e do noreste de Portugal desde o século XIII ao século XVI (com referência à situação do galego moderno)*, de Clarinda de Azevedo Maia. N.º 26. Junio-julio. Pág. 3.

GARCIA CALVO, Agustín
«¿Qué es lo que escribe la escritura?», sobre *The origin of Writing*, de Roy Harris, y *La scrittura. Ideologia e rappresentazione*, de Armando Petrucci. N.º 25. Mayo. Págs. 6-7.

LORENZO, Emilio
«El mundo bullente de la traducción», sobre *Teoría y crítica de la traducción. Antología, y Fidas Interpres. Actas de las Primeras Jornadas Nacionales de Historia de la Traducción*, de Julio César Santoyo (comp.), y *Problemas de la traducción y Actas de las Jornadas de Traducción*, de autores varios. N.º 23. Marzo. Págs. 4-5.

LLEDO, Emilio
«Lenguaje y memoria», sobre *Les savoirs de l'écriture en Grèce ancienne*, de Marcel Detienne (ed.), y *Schrift und Gedächtnis: Archäologie der literarischen Kommunikation*, de A. y J. Assmann y Chr. Hardmeier (eds.). N.º 30. Diciembre. Págs. 8-9.

SECO, Manuel
«Nebrija en Cataluña», sobre *Diccionario latín-catalán y catalán-latín*, de Elio Antonio de Nebrija y Gabriel Busa. N.º 24. Abril. Págs. 1-2.

ZAMORA VICENTE, Alonso
«Quinientos años de español», sobre *El español hablado en la ciudad de Oaxaca, México. Caracterización fonética y léxica*, de Beatriz Garza Cuarón. N.º 22. Febrero. Pág. 3.

FILOSOFIA

CEREZO GALAN, Pedro
«La hermenéutica como vía de pensamiento», sobre *Du texte à l'action*, de Paul Ricoeur. N.º 22. Febrero. Págs. 6-7.

FERNANDEZ-CARVAJAL, Rodrigo
«El 'doctor Esperanza' sistematizado», sobre *Ernst Bloch: ¿Un futuro sin Dios?*, de Manuel Ureña Pastor. N.º 22. Febrero. Pág. 5.

FERRATER MORA, José
«La flecha del tiempo», sobre *A Brief History of Time: From the Big Bang to Black Holes*, de Stephen W. Hawking. N.º 21. Enero. Pág. 12.

«Mariposas y super-cuerdas», sobre *Infinity in All Directions*, de Freeman Dyson. N.º 28. Octubre. Págs. 1-2.

GARCIA-SABELL, Domingo
«La realidad en el espejo», sobre *Spiegelung in Mensch und Kosmos*, de autores varios. N.º 24. Abril. Págs. 6-7.

LLEDO, Emilio
«Acerca del sentido de la Filosofía», sobre *Filosofía '87*, de Gianni Vattimo (ed.). N.º 21. Enero. Págs. 10-11.

VALVERDE, José María
«¿Hacia un buen Nietzsche en nuestra lengua?», sobre *Consideraciones intempestivas. I. David Strauss, el confesor y el escritor (y fragmentos póstumos)*, de Friedrich Nietzsche. N.º 27. Agosto-septiembre. Pág. 12.

FISICA

GALINDO, Alberto
«Tres siglos de gravitación», sobre *Three hundred years of gravitation*, de S. W. Hawking y W. Israel (eds.). N.º 22. Febrero. Págs. 10-11.

GARCIA DONCEL, Manuel
«Las obras completas de Einstein», sobre *The Collected Papers of Albert Einstein. Vol. I: The early years, 1879-1902*, de Albert Einstein. N.º 23. Marzo. Págs. 10-11.

PASCUAL, Ramón
«El papel de las simetrías en Física», sobre *Symmetries in Physics (1600-1980)*, de autores varios. N.º 29. Noviembre. Págs. 8-9.

SANCHEZ DEL RIO, Carlos
«Evolución y termodinámica», sobre *Evolution, Thermodynamics and Information. Extending the Darwinian Program*, de Jeffrey S. Wicken. N.º 23. Marzo. Pág. 12.

«Residuos nucleares», sobre *Les déchets nucléaires*, de Jean Teillac. N.º 28. Octubre. Pág. 3.

GEOGRAFIA

LOPEZ GOMEZ, Antonio
«La geografía económica española, a examen», sobre *L'Economie de l'Espagne*, de Alain Huetz de Lemps. N.º 28. Octubre. Págs. 10-11.

TORROJA, José María
«La Tierra, en observación científica», sobre *La figure de la Terre du XVIII^e siècle à l'ère spatiale*, de autores varios. N.º 29. Noviembre. Págs. 10-11.

VILA VALENTI, Joan
«Una generación de geógrafos», sobre *Geografía humana*, de Rafael Puyol, José Estébanez y Ricardo Méndez. N.º 25. Mayo. Págs. 8-9.

HISTORIA

ARTOLA, Miguel
«Sobre la guerra», sobre *The military revolution. Military innovation and the rise of the West, 1500-1800*, de Geoffrey Parker. N.º 21. Enero. Pág. 3.

BRUNNER, Guido
«Adenauer, constructor de la nueva Alemania», sobre *Adenauer (I. El ascenso, 1876-1952)*, de Hans-Peter Schwarz. N.º 26. Junio-julio. Págs. 8-9.

DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio
«Los estudios inquisitoriales, al día», sobre *L'Inquisition*, de Jean-Pierre Dedieu. N.º 21. Enero. Págs. 4-5.

«Sobre la población española», sobre *Demografía histórica en España*, de Vicente Pérez Moreda y David Sven Reher (eds.). N.º 30. Diciembre. Págs. 1-2.

GARCIA DE ENTERRIA, Eduardo
«Terminar la Revolución Francesa», sobre *La Révolution. De Turgot à Jules Ferry, 1770-1880*, de François Furet. N.º 26. Junio-julio. Págs. 6-7.

JOVER, José María
«Los caminos de la dictadura», sobre *Radiografía de un golpe de Estado. El ascenso al poder del general Primo de Rivera*, de Javier Tusell, y *La Dictadura de Primo de Rivera. El Directorio Militar*, de María Teresa González Calbet. N.º 22. Febrero. Págs. 8-9.

«Historia y vida privada», sobre *De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*, de autores varios. N.º 29. Noviembre. Págs. 6-7.

MARICHAL, Juan
«La obstinación de la Iglesia española», sobre *Iglesia, poder y sociedad en España*, de William J. Callahan. N.º 25. Mayo. Págs. 1-2.

MARTINEZ MONTAVEZ, Pedro
«Un Oriente que somos nosotros», sobre *L'Orient imaginaire. La vision politique occidentale de l'est méditerranéen*, de Thierry Hentsch. N.º 24. Abril. Págs. 8-9.

PALACIO ATARD, Vicente
«La España de Carlos III vista por extranjeros», sobre *Berichte der diplomatischen Vertreter des Wiener Hofes aus Spanien in der Regierungszeit Karls III (1759-1788)*, de autores varios. N.º 26. Junio-julio. Págs. 8-9.

SECO SERRANO, Carlos
«Libros de memorias, una fuente insustituible», sobre *Una vida presente. Memorias I*, de Julián Marias. N.º 27. Agosto-septiembre. Pág. 3.

TOMAS Y VALIENTE, Francisco
«Las Cortes castellano-leonesas en sus inicios», sobre *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Media*, de autores varios. N.º 28. Octubre. Pág. 12.

LITERATURA

ALONSO MONTERO, Xesús
«Los poemas en gallego de Carles Riba», sobre *Papers de joventut*, de Carles Riba. N.º 27. Agosto-septiembre. Págs. 4-5.

ALVAR, Manuel
«Particularismo y universalidad», sobre *El primer siglo de oro. Estudios sobre géneros y modelos*, de Claudio Guillén. N.º 23. Marzo. Págs. 1-2.

AYALA, Francisco
«La Poética, antigua y nueva», sobre *Teoría de la Literatura*, de Antonio García Berrio. N.º 29. Noviembre. Pág. 3.

GULLON, Ricardo
«El texto, desde su perspectiva», sobre *Retratos de ambigü*, de Juan Pedro Aparicio. N.º 27. Agosto-septiembre. Págs. 6-7.

HIERRO, José
«La realidad trascendida», sobre *Obra poética completa (1963-1988)*, de Angel García López. N.º 26. Junio-julio. Págs. 4-5.

MAINER, José-Carlos
«Una historia del hispanismo francés», sobre *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España, 1875-1931*, de Antonio Niño. N.º 28. Octubre. Págs. 4-5.

MARTIN GAITE, Carmen
«El silencio del testigo», sobre *Mimoun*, de Rafael Chirbes. N.º 24. Abril. Pág. 3.

MARTINEZ CACHERO, José María
«Azorín, entre la Dictadura y la República», sobre *La hora de la pluma. Periodismo de la Dictadura y de la República*, de Azorín. N.º 24. Abril. Págs. 4-5.

SALVADOR, Gregorio
«Escritores, lectores, críticos», sobre *Literatura y público*, de Ricardo Senabre, y *Estética de la recepción*, de autores varios. N.º 30. Diciembre. Págs. 6-7.

SIGUAN, Miguel
«Escribir y pensar en dos lenguas», sobre *Le langage et son double/The language and its shadow*, de Julien Green. N.º 22. Febrero. Págs. 1-2.

SOBEJANO, Gonzalo
«Todos los miedos, el miedo», sobre *377A, madera de héroe*, de Miguel Delibes. N.º 21. Enero. Págs. 6-7.

SOPEÑA, Federico
«El epistolario de Rilke, una llamada actual», sobre *Teoría poética*, de Rainer Maria Rilke. N.º 23. Marzo. Pág. 3.

VERDU, Vicente
«El castillo de la escritura», sobre *Franz Kafka. Una vida de escritor*, de Joachim Unseld. N.º 29. Noviembre. Págs. 1-2.

MATEMATICAS

GUZMAN, Miguel de
«Caos matemático, ¿una revolución científica?», sobre *Caos. La creación de una nueva ciencia*, de James Gleick. N.º 24. Abril. Pág. 12.

«Matemáticas para todo», sobre *For All Practical Purposes*, de Solomon Garfunkel (ed.). N.º 30. Diciembre. Pág. 3.

RIOS, Sixto
«Modelización matemática», sobre *Ill-posed problems in the Natural Sciences (Advances in Science and Technology in the USSR)*, de A. N. Tikhonov y A. V. Goncharsky. N.º 25. Mayo. Pág. 12.

MEDICINA

LAIN ENTRALGO, Pedro
«La Bioética y sus fundamentos», sobre *Fundamentos de Bioética*, de Diego Gracia. N.º 30. Diciembre. Págs. 4-5.

MUSICA

PRIETO, Claudio
«Las cartas de Arnold Schönberg», sobre *Cartas*, de Arnold Schönberg. N.º 22. Febrero. Pág. 4.

«Para acercarse a la música», sobre *Hablemos de música*, de Helen Epstein. N.º 29. Noviembre. Pág. 12.

QUEROL, Miguel
«Las teorías musicales en el Renacimiento», sobre *Humanism in Italian Renaissance Musical Thought*, de Claudio V. Palisca. N.º 25. Mayo. Págs. 4-5.

RODRIGUEZ ADRADOS, Francisco
«Música y sociedad en Grecia», sobre *La música en Grecia*, de B. Gentili y R. Pretagostini (eds.). N.º 26. Junio-julio. Pág. 12.

SOLER, Josep
«La 'infima transición' de Alban Berg», sobre *Alban Berg. Le maître de la transition infime*, de Theodor W. Adorno. N.º 30. Diciembre. Págs. 10-11.

VILLA ROJO, Jesús
«El músico y la tecnología», sobre *Il calcolatore e la musica*, de Alessandro Tamburini. N.º 27. Agosto-septiembre. Págs. 6-7.

SOCIOLOGIA

SOTELO, Ignacio
«La otra cara de la modernidad», sobre *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*, de Ulrich Beck. N.º 23. Marzo. Págs. 8-9.

TEOLOGIA

GONZALEZ DE CARDEDAL, Olegario
«El Papa: sentido y límites de su autoridad», sobre *The Limits of the Papacy. Authority and Autonomy in the Church*, de Patrick Granfield. N.º 27. Agosto-septiembre. Págs. 10-11.